

Gabriel Medrano de Luna



COMO ME LO CONTARON SE LOS CUENTO

❧ Leyendas de Guanajuato ❧

**COMO ME LO CONTARON SE LOS CUENTO
LEYENDAS DE GUANAJUATO**

Gabriel Medrano de Luna



COMO ME LO CONTARON SE LOS CUENTO

Leyendas de Guanajuato



UNIVERSIDAD DE
GUANAJUATO



Radio 45
UNIVERSIDAD DE GUANAJUATO



orgullo y
compromiso
de todos

GUANAJUATO

UNIVERSIDAD DE GUANAJUATO

Luis Felipe Guerrero Agripino
Rector General

Héctor Efraín Rodríguez de la Rosa
Secretario General

Dr. Raúl Arias Lovillo
Secretario Académico

Mtro. Jorge Alberto Romero Hidalgo
Secretario de Gestión y Desarrollo

Primera reedición 2017

D. R. © Gabriel Medrano de Luna
D. R. © 2017
Universidad de Guanajuato
Lascuráin de Retana 5
Guanajuato, Gto., 36000 México

Agradecemos a la Secretaría de Turismo del Estado de Guanajuato el apoyo brindado

Portada: Francisco Javier Venegas Luna “ORSA” (2017)
Guanajuato en miniatura. El Callejón del Beso
Artesanía en barro

Formación y cuidado de la edición: Miguel Aguilar Carrillo

ISBN: 978-607-441-460-8

Prohibida su reproducción total o parcial por cualquier medio de impresión o digital, en forma idéntica, extractada o modificada, en castellano o en cualquier otro idioma, sin autorización expresa del autor o de la editorial.

Impreso en México / Printed in Mexico

*Para Gabo y Carlos...
y quienes continúan
creyendo en las leyendas.*

*Al Sol y a la Luna,
por sugestionar las leyendas.*

*A nuestros abuelos,
por seguir contando leyendas.*

Contenido

Prólogo. José Manuel Pedroza	9
Agradecimientos	13
Introducción	15
... y así se crean las leyendas	34

ANTOLOGÍA DE NARRACIONES POPULARES GUANAJUATENSES

Primera parte	51
El Callejón del Beso	53
La Bufa y El Pastor	81
La Calle del Truco	98
Los Carcamanes	120
El Cantador	132
El Callejón de la Condesa	154
El ahorcado de Mexiamora	162
Callejón del Infierno	168
El crimen de Tanganitos	180
La Cuesta del Tecolote	185
Callejón de la Cabecita	195
El Callejón de Tejada	209
El Hormiguero y el Callejón de la Luna	219
El Padre Belaunzarán	222
El Padre Jorgito	229
Apariciones	232
El Padre Marcelino Mangas	232
La carroza de don Melchor Campuzano	236
Deuda saldada	253
Crimen en la Presa de la Olla	255
Espantable suceso de horrenda fantasma que apareció en vieja casona	261
El paladín se aterroriza	265
Una noche con la muerte	268
Fiesta en el infierno	274
La Llorona	275
El diablo en los ejercicios	284
Religiosas	293

El Cristo moreno de Villaseca	293
Los cirios del padre	309
El Señor del Buen Viaje	316

SEGUNDA PARTE

Momias de Guanajuato	326
El gran Teatro Juárez	338
Mercado Hidalgo	341
Jardín de la Unión	342
Las Casas de Moneda en Guanajuato	343
El túnel del Cuajín	346
Alhóndiga de Granaditas	348
Reivindicación de Granaditas	355
Las batallas de los “Zafenis”	361
Basílica Colegiata y Nuestra Señora de Guanajuato	370
La Presa de la Olla	384
¡Aquellas fiestas de la Presa!	392
Origen de la Presa de la Olla y la tradicional apertura	397
Callejón de Pajaritos	399
Travesura heredada	400
Conclusiones	404
Bibliografía	409
Directorio de ilustradores	413

Prólogo

Los relatos a los que el lector podrá asomarse en estas páginas tienen algo de fotografías viejas, o de flores secas, o de adioses a formas de pensar, de creer y de ser que ya no volverán, o que volverán metamorfoseadas en materias diferentes de las que fueron.

Guanajuato, con sus piedras labradas y sin labrar, con sus subsuelos y sus alturas mitológicas, parece eterno. Pero las personas y la savia cultural que recorren cada día sus calles y sus túneles no son nunca las que fueron en el día anterior; y en cada rincón y en cada minuto que pasa está acechando el olvido.

Algunos de los guanajuatenses que lean estos relatos recordarán haberlos escuchado en sus casas cuando niños, y caerán en la cuenta de que aquello que entonces les pareció magia se les vuelve ahora nostalgia. Para otros guanajuatenses, los más jóvenes probablemente, muchos de estos relatos serán novedad y descubrimiento de memorias que no sabían que eran las suyas, y de paisajes que para ellos significaban otras cosas; y para quienes no sean nativos de la ciudad, les servirán de ventanas con vistas inmejorables a la historia y la identidad entrañables de una de las ciudades más hermosas y singulares, y con una tradición oral más rica y deslumbrante, de las que hay en México y en América.

Lo más llamativo de este libro no es la cantidad enorme de leyendas que atesora; es la cantidad enorme de leyendas que habrán quedado —porque su capacidad no es infinita— fuera de él, y que deberían ser capturadas en las continuaciones que ojalá vayan llegando; y, además, el caudal colosal de leyendas que no podrá ser nunca ya

recuperado, porque el olvido, que es el enemigo peor que tiene la voz, en especial la voz hecha de aire del pueblo, hizo por el camino su labor de destrucción.

El Crimen de Tanganitos, La Cuesta del Tecolote, El Padre Belaunzarán, Una noche con la muerte, El diablo en los ejercicios, El Señor del Buen Viaje, El Gran Teatro Juárez, Callejón de pajaritos, son algunos de los sucesos, lugares y personas cuyas moles de piedra o cuyos fantasmas sutiles han hallado abrigo en estas páginas. Los propios títulos son de por sí versos octosílabos: ¿qué mejor indicio de la entraña oral de la que han salido todos, aunque haya acabado de llegar el tiempo de verlos puestos por escrito?

Tras cada título, un misterio; tras cada misterio, un miedo a los accidentes del destino y un dolor que avisa no solo de la muerte, sino de lo que parece que nos interpela desde el más allá; tras cada misterio y cada dolor, un modo de compartir emociones, sin saberlo, con el resto de la humanidad. Porque se da la circunstancia de que muchos de estos relatos, que a algunos les parecerán crónicas verdaderas y a otros ficciones desmesuradas, son avatares de otros relatos que son contados, entre susurros o puestos en moldes de la imprenta, en ciudades, incluso en países y continentes distintos. Tantas veces lo que parece que es más local resulta que es lo más universal.

Gabriel Medrano de Luna, el recuperador más cabal y constante de las tradiciones orales de Guanajuato y su entorno, nos regala en estas páginas un ramo exquisitamente escogido y cuidado de esas quimeras extrañas hechas de historia y fantasía que ocupan páginas escasas cuando son puestas y leídas sobre el papel, pero que han tardado siglos en ser amasadas por las voces encadenadas de muchas generaciones de guanajuatenses.

Su libro llega en un momento crítico y se coloca sobre un espacio de frontera: muchas de estas leyendas habitan todavía en la voz, pero son atraídas cada día más hacia el imán de la letra impresa. De sus páginas saldrán, seguramente, cuando cualquiera de ellas sea evocada por sus lectores ante personas que están por llegar y ante auditorios que aún habrán de reunirse, nuevas versiones orales; las

cuales quedarán atrapadas, como si las moviera un conjuro pronunciado por Dante o por Borges, en el círculo sin principio ni final de la tradición, que algún día les llevará quizás a ser atrapadas en libros futuros.

En algún punto de ese círculo de fantasmas y de promesas de palabras nos situamos también nosotros, cuando, convencidos por la ilusión de que las estamos escuchando, leemos en realidad estas historias.

José Manuel Pedrosa
Universidad de Alcalá, España

Agradecimientos

La realización de este libro es resultado de múltiples apoyos, tanto institucionales como personales; son diversas las deudas de gratitud desde que se fraguó esta investigación, por ello hago público mi agradecimiento a la Secretaría de Turismo del Estado de Guanajuato, particularmente a los licenciados Jorge Luis Cabrejos Samamé y Eduardo Aburto Garduño, por el apoyo brindado. Asimismo, al Sistema de Radio, Televisión e Hipermidia de la Universidad de Guanajuato (SIRTH), por crear diversas cápsulas de divulgación de las leyendas guanajuatenses contenidas en este texto. Mi agradecimiento al doctor Ricardo García Muñoz y su equipo de trabajo por sumarse a este proyecto.

Un agradecimiento especial a la Universidad de Guanajuato, entidad para la cual trabajo y me ha brindado el cobijo institucional, prueba de ello es el apoyo concedido a través de la Dirección de Apoyo a la Investigación y al Posgrado, al aceptar y sufragar la Cátedra Rubén M. Campos de estudios multidisciplinarios del folclor en la Convocatoria Institucional para Fortalecer la Excelencia Académica 2016.

Expreso un agradecimiento especial al doctor José Manuel Pedrosa, por redactar el prólogo del libro, mayormente por sus aportaciones y enseñanzas de vida. Un reconocimiento a todas aquellas personas que generosamente me han brindado su amistad, asesoría y conocimiento, esencialmente a los doctores Herón Pérez Martínez, Virgilio Fernández del Real, Benjamín Valdivia y Pedro del Villar.

Una gratitud muy especial a don Mariano González Leal por sus críticas y aportaciones al texto, por la confianza depositada al compartir parte de la obra de su tío Manuel Leal, por consentir incluir en esta antología un texto inédito titulado “Travesura heredada”, que don Manuel le es-

cribió “de cuelga” en un día de su santo. Este trabajo no hubiera sido posible sin el apoyo de los estudiantes que de alguna u otra manera se han incorporado al proyecto en las clases y seminarios impartidos tanto en la División de Ciencias Sociales y Humanidades como la División de Arquitectura, Arte y Diseño, Campus Guanajuato de la Universidad de Guanajuato.

Gracias de igual manera a aquellos educandos que han participado en el proyecto mediante servicio social, estancias y veranos de investigación, tanto a nivel estatal como nacional, aunque sus nombres no aparezcan aquí ellos saben quiénes son.

Mi correspondencia con todas aquellas personas que contribuyeron a mi investigación, contando alguna historia u ofreciendo críticas y sugerencias constructivas. También a los adultos mayores por seguir transmitiendo historias y cautivar en los niños el interés por escucharlas. Manifiesto mi cariño y reconocimiento a mis abuelas, Isaura y Rosaura, porque desde pequeño despertaron en mí, el interés y pasión por las narraciones populares; de igual manera a mi familia, son ellos quienes siempre me impulsan a seguir estudiando nuestras tradiciones.

Finalmente, reconozco a Lety y nuestros críos Gabriel y Carlos, con el deseo que al crecer preserven y transmitan las historias y leyendas, no sólo las expuestas en este libro, sino también las que escuchen de los abuelos.

Gabriel Medrano de Luna
Guanajuato, Gto., en mi espacio Garambullo
Enero de 2017

Introducción

Es importantísimo lo que es la historia oral, la historia oral de México; son muy importante los testimonios, las leyendas, los mitos, las experiencias que cuentan los más viejos, yo creo que es muy importante acercarse a los viejos y hacerlos hablar. Ellos siempre están buscando también un oído amigo y simpatizante que quiera escuchar sus historias.

ELENA PONIATOWSKA ¹

Según cuentan los abuelos Guanajuato es una ciudad encantada y desde su fundación se han ido creando numerosas leyendas; la geografía misma del lugar permitió que los españoles descubrieran ricos yacimientos de minerales, lo que atrajo a una gran cantidad de personas en busca de riqueza. Se decía que en este lugar había una gran cantidad de oro y plata, que estaba a ras de la tierra y que sólo había que tener suerte para hallarlo. Eso también dio origen a múltiples historias, aunque la gente piensa que son sólo leyendas.

Con el descubrimiento y explotación de las minas y por ende la llegada de numerosas familias, las cuales traían sus propias vivencias, creencias y anhelos, quedaron plasmados en diversas leyendas de Guanajuato. Lo maravilloso de dichas historias es que a pesar de ser insólitas también son creíbles y circulan de boca en boca como si de verdades indiscutibles se tratara.

Los cuestionamientos de los curiosos sobre los sucedidos de las leyendas guanajuatenses siguen siendo casi los mismos de antaño: ¿se sigue apareciendo?, ¿fue cierto lo que cuentan?, ¿será posible tal suceso?, y las respuestas usted, afectuoso lector, las puede corroborar si decide ir de noche al lugar señalado en la leyenda; con un toque de suerte encontrará al ánima caminando, o verá a un ahorcado en Mexiamora; en lo menos esperado le saldrá un carruaje maldito por la Plaza del Baratillo o si decide acudir a los

¹ Entrevista hecha a Elena Poniatowska por Gabriel Medrano de Luna el 9 mayo de 2008 en la casa particular de Virgilio Fernández del Real en Guanajuato, Gto.

ríos guanajuatenses de seguro escuchará a la llorona... de no tener suerte tendrá que volver otro día a rondar dichos lugares.

Para dar cuenta de tales acontecimientos y redactar el presente libro, se recopilaron cuantiosas leyendas conformando un *corpus*, el cual se obtuvo principalmente de fuentes documentales, archivo y bibliográficas, además de entrevistar a diversas personas para que nos contaran sus historias y así enriquecer esta obra. Posteriormente se elaboró una taxonomía a fin de ofrecer una mejor sistematización de tales escritos para que el lector ubique a las leyendas bajo un tema determinado.

Las leyendas que constituyen el *corpus* forman parte del folclor literario, el cual se refiere a “las creaciones textuales de índole popular creadas y usadas para satisfacer algunas de las funciones vigentes en las costumbres y tradiciones de un pueblo”², esto es, al estudio de aquellos textos producto de la cultura de un pueblo, por ello la vida de esos textos del folclor es social: nacen y funcionan en un contexto social.³

Generalmente el concepto de folclor se define en el entendimiento del “saber popular”, el saber que sirve a un pueblo para llevar a cabo su vida cotidiana, el vocablo se compone de los elementos *folk*, que se refiere a “pueblo” y *Lore*, “conocimiento” o “ciencia”, esto es, el conocimiento o ciencia del saber popular.

Las leyendas aquí presentadas se crearon en un ambiente donde el aspecto urbanístico de Guanajuato fue fundamental, y si a ello agregamos los colores, sonidos, olores y sabores guanajuatenses comprenderemos el porqué de su difusión. Cabe señalar que muchas de estas leyendas reflejan el trabajo y la vida cotidiana de los pobladores, dando cuenta de sus aspiraciones, deseos, frustraciones, vivencias y creencias, citemos por caso la de El Callejón del Beso, El Cantador, La Calle del Truco, El Callejón de la Condesa, El Callejón del Tecolote, El Carruaje Maldito, El Callejón del Diablo y los Carcamanes entre muchas otras.

Un aspecto valioso a destacar es que las leyendas no emergen de la nada en Guanajuato, sabemos que desde muchos años atrás los españoles además de traer herramientas o armamento de hierro; ciertos animales

² Herón Pérez Martínez en: Herón Pérez Martínez, Raúl Eduardo González, Editores, *El folklore literario en México*, México, El Colegio de Michoacán – Universidad Autónoma de Aguascalientes, 2003, p. 15.

³ Herón Pérez Martínez en: *Idem*, pp. 15-16.

como caballos; especies y alimentos; también nos trajeron sus historias; y más aún, del mismo modo ellos heredaron numerosas leyendas que los árabes llevaron cuando los conquistaron y no descartemos que muchas de esas historias ya arraigadas al contexto español son de las que trajeron al Nuevo Mundo, por ello en México contamos con una gran riqueza en cuanto a tradiciones textuales se refiere.

¿Cuándo y dónde surge el interés por el estudio de las tradiciones populares?, ¿cómo llegaron a México?, ¿qué son las leyendas?, ¿cómo clasificarlas?, ¿el porqué de su riqueza?

Para dar respuesta, iniciemos señalando que el estudio de las tradiciones populares emergió propiamente con el movimiento romántico en Alemania a finales del siglo XVIII y sobre todo en los inicios del siglo XIX, aunque años atrás había gente que se interesaba en la recolección de testimonios y materiales relacionados a las costumbres populares, fiestas e historia local que fue el antecedente más importante para el estudio del folclor y la cultura popular. Dichas colecciones habían sido desarrolladas por anticuarios a lo largo de los siglos XVI, XVII y XVIII; durante estos años el interés por los materiales obtenidos en las comunidades hizo posible la creación de grupos para discutir y compartir sus testimonios con un público especializado, fundándose clubes de anticuarios en Europa, principalmente en Inglaterra, de hecho, William John Thoms, quien fue el creador de la palabra “folklore”⁴, también fue miembro de la Sociedad

⁴ Véase Lucio Mendieta y Núñez, *Valor Sociológico del Folklore y otros ensayos*, México, Biblioteca de ensayos sociológicos-Universidad Nacional-Instituto de Investigaciones Sociales, pp. 7-8 (pone Thomas en lugar de Thoms); Roberto Díaz Castillo, *Folklore y artes populares*, Guatemala, Centro de Estudios Folklóricos-Universidad de San Carlos de Guatemala, 1968, (Colección Problemas y Documentos, volumen 1), p. 17; Manuel Danneman R., “Teoría folklórica. Planteamientos Críticos y Proposiciones Básicas” en: *Teorías de folklore en América Latina, Venezuela*, Instituto Interamericano de Etnomusicología y Folklore del CONAC, 1975, (Biblioteca INIDEF # 1), p. 23; Augusto Raúl Cortazar, “Los fenómenos folklóricos y su contexto humano y cultural. Concepción funcional y dinámica” en: *op. cit.*, *Teorías de folklore en América Latina*, p. 52, y del mismo autor: *Esquema del folklore. Conceptos y métodos*, Argentina, Editorial Universitaria de Buenos Aires, 1959, p. 7; Darío Guevara, “En torno a una reconsideración del concepto científico de folklore” en: *op. cit.*, *Teorías de folklore en América Latina*, p. 89; Renato Almeida, “Conceituação brasileira de folklore” en: *op. cit.*, *Teorías de folklore en América Latina*, p. 113 (no se precisa el año); Dora P. de Zarate, “Nuestra posición frente a las teorías folklóricas” en: *op. cit.*, *Teorías de folklore en América Latina*, p. 135

de Anticuarios de Inglaterra y fundador de un departamento dedicado al folclor en la revista “Athenaem”, lugar en donde se acuña por primera vez la palabra “folklore” el 22 de agosto de 1846.⁵

A principios del siglo XX los estudios del folclor comenzaron a propagarse por Europa llegando también América, la valoración de lo popular, primitivo, legendario y tradicional produjo una doble consecuencia ya que se dio nuevamente el gusto por los romances anónimos escritos años atrás lo que estimuló a los propios románticos a cultivarlos por su cuenta. Este clima benefició la proliferación de recopilaciones de romances, coplas y otras formas de poesía popular, de leyendas y cuentos, de adivinanzas y refranes; así como también danzas, juegos tradicionales y un largo etcétera. La ciencia específicamente folklórica, consolidada desde fines del XIX se dedicó a estudiar e interpretar tales materiales.⁶

En ese contexto consideramos de vital importancia la recopilación de leyendas hechas en este libro, además de ser una aportación para los estudiosos del folclor literario y de las costumbres populares, da cuenta de diversas versiones que sobre una misma leyenda se narran, para ello se retoman textos desde principios del siglo xx incluso algunos más recientes, mostrando cómo una tradición oral en la cual los abuelos han contado sus historias a los hijos y éstos también a sus hijos; en las historias se muestra que los abuelos narran y recrean su pasado como una vivencia mejor que la presente.

Sabemos que la veneración hacia los objetos del pasado es una constante en la sociedad actual lo que nos hace pensar que lo concerniente a la tradición es lo mismo que todo aquello que evoca a un pasado venerable. Pero esa veneración hacia el pasado muchas veces nos expresa más de las expectativas que la sociedad tiene de su futuro que del anclaje en elementos anteriores. Esto ocurre porque al mantener rasgos del pasado en la estructura de su cultura actual, el grupo social está pensando en las generaciones futuras y en el cómo legarles lo que considera adecuado. Por ello, la reiteración de elementos es una clave que nos permite entender el sentido de las tradiciones y que mejor ejemplo que las mismas leyendas guanajuatenses.

(no se precisa el año); Ildefonso Pereda Valdés, “Teoría del folklore” en: *op. cit.*, *Teorías de folklore en América Latina*, p. 153.

⁵ Renato Ortiz, *Cultura popular: Románticos e Folkloreistas*, São Paulo, Pontificia Universidad Católica de São Paulo, 1985, pp. 3-5.

⁶ *Idem*, pp. 60-61.

La reiteración de los elementos que constituyen a una tradición permite que ésta subsista a través del tiempo y para lograr este objetivo no puede mantenerse estática sino que debe estar en un movimiento continuo, pasando de una generación a otra, es así como las leyendas en Guanajuato han sido transmitidas de generación en generación.⁷

La dimensión temporal de la cultura es otro elemento que nos permite entender a la tradición; cuando una tradición es aceptada por la colectividad, se vuelve tan vital para los que la aceptan como cualquier otro elemento de su acción o creencia. La tradición será en este sentido, la presencia del pasado en el presente, pero es tan parte del presente como cualquier innovación reciente; el pasado viene siendo un referente para el presente.

En el transcurso de su transmisión, recepción y posesión, las tradiciones pueden sufrir ciertos desacuerdos o modificaciones intencionales. En el caso de las tradiciones orales como las leyendas, las versiones que han pasado de una persona a otra modifican la versión original; el primer testigo cambia los hechos según su interpretación y esto puede ocurrir tanto intencional como inconscientemente ya que al recibir una parte de la información y anexar otra parte construida por él mismo, va teniendo lugar un proceso de cambio en la versión inicial, tal cual sucede en el proceso de una tradición y eso queda de manifiesto en las distintas versiones que de una misma leyenda se tienen en Guanajuato.

Cuando los relatos de índole popular pasan de generación en generación ocupando un sitio específico dentro de su sistema cultural, se dice que tal relato ha encontrado arraigo en la memoria colectiva. El término *memoria colectiva* es un concepto que se maneja desde varios puntos de vista, según las distintas disciplinas sociales en que se utilice, sin embargo el contenido semántico de sus dos elementos nos remite a un hecho concreto: conocimiento compartido de sucesos pasados.

⁷ Para indagar a profundidad sobre el tema de la tradición y sobre estudios relacionados con el tema puede consultarse la revista *op. cit.*, *Relaciones. Estudios de Historia y Sociedad*, núm. 59; Herón Pérez Martínez, *Refrán viejo nunca miente*, Zamora, Mich., El Colegio de Michoacán, 1997; Agustín Jacinto Zavala, Álvaro Ochoa Serrano (coord.) *Tradición e Identidad en la Cultura Mexicana*, México, El Colegio de Michoacán / CONACYT, 1995; Pierre Bonte, Michel Izard (dir.) *Dictionnaire de l'ethologie et de l'anthropologie*. Paris, Press Universitaires de France, 1991; y, Gabriel Medrano de Luna, *Danza de Indios de Mesillas*, México, El Colegio de Michoacán, 2001, pp. 187-193.

Las leyendas son parte de la memoria colectiva de los guanajuatenses, los sucesos pasados narrados en las mismas siguen siendo en gran medida mensajes moralizantes para quienes las escuchan y siguen cumpliendo una función social: ser portadoras y propagadoras de la identidad, cultura e historia de Guanajuato, por ello siguen relatándose de una generación a otra.

Ahora cabría preguntarnos qué entendemos por leyenda, para responder iniciemos indicando que dicha palabra procede del latín *legenda* y significa “cosas para leer, lo que habrá de ser leído”, de *legere* “leer”⁸. La mayoría de las acepciones sobre la leyenda coinciden en que se trata de relatos transmitidos desde el pasado por tradición oral y pueden contener hechos históricos y/o ficticios⁹. Fátima Gutiérrez divide a las leyendas en sagradas y profanas, respecto a las primeras menciona que el ejemplo más representativo son las hagiografías que se desarrollaron en el medioevo; sobre las profanas indica que destacan las denominadas históricas y que en cada nación podemos encontrar personajes que por lo excepcional de sus vidas o de sus actos, promueven la aparición de una leyenda.¹⁰

Lo particular de la transmisión de las leyendas es que tanto el narrador como su audiencia creen en ellas y los temas son muy variados, por ejemplo, en Guanajuato son muy comunes los temas de las calles y los callejones, religiosos, fantasmas, aparecidos, tesoros y un sin fin de temas debido a la riqueza que posee el estado en cuanto a su historia, geografía y vida cotidiana.

⁸ Guido Gómez de Silva, *Diccionario Internacional de Literatura y Gramática*, México, Fondo de Cultura Económica, 1ª reimpresión en español 2001, p. 314.

⁹ Véase Demetrio Estébanez Calderón, *Diccionario de términos literarios*, Madrid, Alianza Editorial, 1996, p. 614; Guido Gómez de Silva, *op. cit.*, *Diccionario Internacional de Literatura y Gramática*, pp. 314-315; María Eloisa Álvarez del Real, Dirección General, *Diccionario de términos literarios y artísticos*, Panamá, Editorial América, 1990, p.188; Alma Yolanda Castillo, *Encantamientos y apariciones. Análisis semiótico de relatos orales recogidos por Tecali de Herrera, Puebla*, México, INAH, 1994, Regiones de México, p. 442; Lilian Scheffler, *Cuentos y leyendas de México. Tradición oral de grupos indígenas y mestizos*, México, Panorama, 1982, p. 9 y, *Leyendas, cuentos, fábulas, apólogos y parábolas. Antología*, México, Editorial Emilio Rojas, 1993, pp. 9-10.

¹⁰ Fátima Gutiérrez, “Epifanías del imaginario: la leyenda”, en: Étienne Jean-Pierre, editor, *La leyenda. Antropología, historia, literatura: Actas del coloquio celebrado en la Casa de Velásquez-La Légende. Anthropologie, histoire, littérature: Actes du colloque tenu á la Casa Velásquez, 10/11-XI-1986, (Colloque franco-espagnol)*, Madrid, Universidad Complutense-Casa de Velásquez, 1989, Casa de Velásquez/Universidad Complutense de Madrid # 6, pp. 25-26.

La leyenda se sitúa en un lugar y en una época específica y los personajes por lo general son individuos determinados¹¹, además se distinguen de la historia formal no sólo en su estilo de presentación sino también en el énfasis y su propósito; las leyendas son como otra forma de cuento tradicional ya que tienden a adoptar fórmulas concretas utilizando patrones fijos y descripciones muy particulares de los personajes.

Otro tipo de leyendas que tratan recuerdos personales y explicaciones de aspectos geográficos y nombres propios del lugar, son las llamadas leyendas locales; en tanto las urbanas son historias contemporáneas ambientadas en un escenario urbano que son tomadas como verdaderas, además contienen patrones y temas que revelan un carácter legendario; el contexto de estas leyendas puede ser contemporáneo pero las historias reflejan preocupaciones eternas sobre la vida urbana, incluyendo la intimidad, la muerte, la decadencia y la muchedumbre.

Las leyendas suelen tener aspectos que nos pueden confundir en precisar si se trata de una leyenda, mito o cuento fantástico, por ello la definición no se debe tomar literalmente, ya que las tres formas se superponen, como lo podemos ver en muchos cuentos que son una mezcla de mito y leyenda, por ejemplo, los cuentos relativos a los trabajos de Hércules o los del rey Arturo; además de mezclar mito y leyenda, algunos llegan a incluir temas que aparecen también en el cuento fantástico. Una de las principales razones de ello es que los cuentos cambian constantemente de función, y por ende, de definición; al tiempo que unas sociedades conquistan a otras, se mezclan y cambian de creencias. Es común ver cómo una narración que deja de ser aceptada como religiosa o filosófica puede sobrevivir como cuento o fantasía; por otra parte, las heroínas y los héroes legendarios pueden asumir propiedades divinas y sus aventuras adoptar significados mitológicos.

Las leyendas de Guanajuato contenidas en el corpus son principalmente narraciones transmitidas por tradición oral y que un autor decidió plasmarlas al tiempo que le añadía sucesos o situaciones que inicialmente no estaban en la leyenda pero que él juzgaba pertinente para atraer más al público lector; dichas historias pueden contener acontecimientos históricos y/o ficticios; dar cuenta de las creencias, sucesos históricos y

¹¹ Arnold van Gennep, *La formación de las leyendas*, Facsímil de la edición de 1914, presentación de Ramona Violant, Madrid, Alta Fulla, 1982, p. 21.

aspiraciones de los guanajuatenses y los temas al que aluden son muy variados: históricos, toponímicos, nombres de callejones, tesoros, religiosos, apariciones y fantasmas entre otros.

Uno de los mejores estudiosos de las leyendas ha sido Arnold van Gennep, quien las cataloga en tres grupos tipológicos que son las relativas al mundo natural, al mundo sobrenatural y las históricas¹². Su clasificación ha sido un referente importante para crear nuevas taxonomías de leyendas acorde al contexto estudiado.

Para el caso de Guanajuato es posible encontrar leyendas que se ajustan a la tipificación hecha por este autor, pero considerando el número de leyendas existentes en el *corpus* me incliné por catalogarlas de distinta manera, pues algunas no se ajustarían férreamente a lo planteado por Arnold van Gennep; de ahí la importancia de crear una nueva tipificación para las leyendas guanajuatenses acorde a sus características textuales.

Es importante señalar que el corpus de leyendas se presentará de manera continua para no distraer al lector al momento de su lectura, considero más viable exponer en este apartado una forma de catalogarlas que no es la única ni la mejor, pero que permite situar a la leyenda en un tema específico, quizá no todas las leyendas guanajuatenses se ajusten o incluyan un lugar en esta tipificación, pero la mayoría sí se vincula con la siguiente taxonomía:

- a. *Calles y callejones*: Narran acontecimientos históricos sucedidos en el lugar mencionado trayendo como consecuencia el nombre de la calle o callejón; otras refieren a sucesos particulares como apariciones o asesinatos; tal es el caso de la leyenda “Del Callejón del Beso”, “La calle del Truco”, “Callejón del Tecolote” o “El Callejón de la Condesa”.
- b. *Personajes*: Muestran a personas que por aspectos particulares formaron parte de la memoria colectiva de los guanajuatenses y al paso del tiempo convertidos en leyendas como “El Cantador” o “El Padre Belauzarán”, entre otras.
- c. *Toponímicas*: Son leyendas que aluden a un pueblo o ciudad; otras narran acontecimientos en algún lugar geográfico; tal es el caso de “La Bufa o el Pastor”.
- d. *Brujas y espantos*: Refieren a mujeres que tienen cierto poder maligno,

¹² Arnold van Gennep, *op. cit.*, *La formación de las leyendas*, pp. 65-187.

en tanto otras muestran a personajes que se aparecen para espantar a la gente, citemos por caso la de “Tres fantasmas”.

- e. *Apariciones*: Relatan apariciones de personajes que en vida dejaron algo sin concluir y regresan como espantos para finiquitar lo que en vida dejaron pendiente, otras leyendas exponen algún personaje que se viste como fantasma para salir por las noches y asustar a la gente hasta que se descubre su verdadera personalidad con lo que deja de espantar. Una de las leyendas más divulgadas sobre apariciones es la de “La Llorona”, en Guanajuato también aparece este personaje manteniendo ciertos rasgos característicos: una mujer que arroja sus hijos al agua y después se aparece por las noches cerca de los ríos en busca de sus hijos ahogados por ella misma y gritando ¡Aaaaay mis hijoss; ¡Dónde estarán mis hijos!
- f. *Tesoros*: Alude a tesoros enterrados que al ser encontrados sólo traen la desgracia de quien los encuentra por la codicia.
- g. *Robos*: Se basan en algún robo cometido trayendo como consecuencia alguna desgracia.
- h. *Momias de Guanajuato*: Las narraciones no son precisamente leyendas, se optó por incluirlas porque en torno a ellas se construyen diversas historias fantasiosas que incluso han sido plasmadas en películas.
- i. *Asesinatos*: Muestran acontecimientos violentos que originaron la creación del nombre del lugar o la plazoleta, por ejemplo “La Plazuela de los Carcamanes”, “El ahorcado de Mexiamora” o “El crimen de Tanganitos”.
- j. *Religiosas*: Muestran aspectos vinculados a las divinidades como favores recibidos, apariciones de cristos en árboles o como narraciones que agradecen a una deidad algún favor recibido, tal es el caso de “El Señor de Villaseca”.
- k. *Milagrosas*: Exponen algún milagro realizado o haber recibido algún favor de alguna divinidad.
- l. *Históricas*: Referen algún suceso o acontecimiento histórico, en el corpus se tienen narraciones referentes a algunos de sus edificios arquitectónicos como el Teatro Juárez, el Mercado Hidalgo y “El túnel del Cuajín”, entre otras.
- m. *Antropomórficas*: Aluden a animales, rocas, astros y demonios que en un principio fueron seres de forma humana pero no necesariamente

hombres ya que podían tener rasgos diferentes como un solo ojo, muchos brazos, ser enanos o gigantes, algunos podían ser mitad hombre y mitad animal o también ser personas que se convertían en animales.

Como podemos observar, dentro de las leyendas en Guanajuato existen textos que manifiestan no sólo la riqueza narrativa sino también la imaginación del pueblo para testimoniar sus creencias, héroes, experiencias, anhelos y aspectos históricos; al tiempo que son parte de la identidad guanajuatense y algunas conllevan ciertos valores para enseñar algún código moralizante a la gente.

Acercarse al contexto guanajuatense retomando las leyendas permitirá contextualizar otros temas, personajes y realidades diferentes a las obtenidas en contenidos históricos que sólo avalan las fuentes de archivo, logrando así mostrar la tradición textual de la que son parte; al mismo tiempo revelar su función señalada líneas atrás, de ser portadoras y propagadoras de la cultura e historia de Guanajuato.

Puesto que la propuesta metodológica de la investigación folclorística se basa en el análisis de los diversos textos en su contexto debido a que la función del folclor literario depende de las relaciones entre el texto y su contexto; es en un contexto específico donde las leyendas adquieren significación. Para dar cuenta de las leyendas guanajuatenses expuestas en el *corpus*, es preciso exponer concisamente parte del contexto sociohistórico con el propósito de mostrar cómo es que se ha mantenido la tradición oral desde tiempos pasados.

Para lo anterior, habrá que precisar que el territorio que ocupa hoy el estado de Guanajuato antiguamente formaba parte de lo que se denominó la Gran Chichimeca. Cabe señalar que la guerra que emprendieron los españoles en contra de las tribus del norte marca un importante momento histórico en México, ya que es la única ocasión en que los hombres barbados no pueden vencer por la vía militar a los indios que habitaban la zona que va del Río Lerma hacia el norte. Ante esa imposibilidad militar para someter a los grupos indios se opta por nuevas formas para pacificar a los indígenas, realizándose por medio del poblamiento y la evangelización a través de zonas de frontera, las cuales cada vez tendían más hacia el norte de México llegando hasta Nuevo México.

Para el caso de Guanajuato, Aurora Jáuregui señala que los chichimecas dejaron pocas huellas de su paso por esa región:

[...] aunque se sabe que establecieron una aldea primitiva en donde hoy está el barrio del Mogote y como testimonio quedó la etimología *mo-o-ti*. Otro aspecto importante fue que en el siglo XV hubo invasiones nahuas que obligaron a los otomíes a refugiarse en los montes, desde donde atacaban con frecuencia a los invasores. El nombre Mootí fue sustituido por el de *Paxtitlan*, lugar antiguo. Pero a la vez los nahuas fueron arrojados del territorio por los tarascos, quienes establecidos en lo que hoy es Michoacán, tenían más fuerza. Ellos dieron al lugar el nombre de *Quanashuato*, lugar monstuoso de ranas.¹³

Para 1542 fue creado un camino carretero para unir la capital de Nueva España con Zacatecas lo que facilitó algunas exploraciones españolas. En 1546 el virrey don Antonio de Mendoza realizó varias donaciones de tierras como mercedes reales de la región guanajuatense y alrededores, favoreciendo a algunos españoles como a Rodrigo Vázquez, en recompensa a sus servicios como conquistadores. Pero no fue sino hasta 1556-1560 con el descubrimiento de los primeros yacimientos de minerales, uno de los cuales se llamo San Bernabé, cuando realmente se sentaron las bases de lo que sería el Real de Minas de Santa Fe de Guanajuato¹⁴. De este descubrimiento da cuenta el padre Lucio Marmolejo en sus efemérides guanajuatenses:

1548. En ese año tiene lugar el memorable suceso de haberse descubierto la primera veta de plata del mineral de Guanajuato, llamada de S. Bernabé; cuyo hecho se verificó de la manera siguiente: Caminaban unos arrieros de México para las minas de Zacatecas, que muy poco tiempo antes habían sido descubiertas y comenzadas a trabajar; e hicieron alto, no lejos del cerro del Cubilete, en un lugar comprendido hoy en las pertenencias de la mina de la Luz, con objeto de tomar allí descanso y alimento: encendieron fuego, y en derredor pusieron algunas piedras para colocar encima los comestibles que se proponían a preparar, encontrando al tomarlas que contenían un no despreciable ley de plata: sorprendidos con tal acontecimiento, cavaron un poco el terreno donde estaban las piedras, y hallaron que por allí pasaba una veta que prometía los más pingües productos a los que se dedicaran a su laborío. Participaron su descubrimiento a unos españoles aventureros que deseaban trabajar minas; y, unos y otros de acuerdo, pusieron a la veta el nombre de S. Bernabé, y la denunciaron en Yuririhapúndaro, que era el pueblo

¹³ Aurora Jáuregui de Cervantes, *Relato histórico de Guanajuato*, México, Ediciones La Rana, 1ª reimpresión 1998, Col. Nuestra Cultura, p. 17.

¹⁴ *Idem*, pp. 19-20.

más cercano donde había oficio público y registro de minas e hipotecas.¹⁵

Ese acontecimiento también sirvió para la construcción de una leyenda titulada “La primera mina en Guanajuato”¹⁶, en la que se añadieron aspectos ficticios, que es precisamente una de las características de la leyenda: poseer aspectos tanto históricos como ficticios, además de que en ocasiones le incluyen un toque bucólico:

CORRE el año del Señor de 1548. Anochece.

En el cruce del camino se destacan las siluetas de una mulada.

Acércanse entre sí los viajeros y se perciben los saludos.

—A la paz de Dios, hermano.

—Así sea, viajero.

Los caminantes hacen alto. Desensillan sus cabalgaduras y reúnen en un hato a los animales. Hablan un momento, con temor, de la inseguridad de la región, pues tiénese por cierto que por el Cubilete; sí ese cerro que se mira a tan corta distancia, merodea una gavilla de bandoleros, y deciden pasar la noche en compañía, allí mismo, para continuar la jornada cuando raye el alba.

Con que gusto acoge Maese Pedro la noticia de que Martín Rodrigo va, como él, a Zacatecas.

Y mientras el sol arriba se pierde entre las sangrantes nubes, brotan arrebatadas las confidencias de los viandantes.

Maese Pedro frisa por los cincuenta y cinco y desde los diez heredó de su padre el oficio. Pero en la Capital del Reino, con todo y ser tan populosa, el trabajo escasea y la carestía de la vida lo lleva a buscar nuevos horizontes. En Zacatecas —bien que lo debéis saber—, Martín descubrió hace poco una rica veta de oro puro.

—Lo chorrea, Maese Pedro.

—Una bendición, Martín.

Y claro, teniendo algunos animales que mejor pueden rendir en la usanza de la minería, se deja sin gran resquemor la urbe, y ¡a enfile los pasos al gran emporio!

¹⁵ Pbro. Lucio Marmolejo, *Efemérides Guanajuatenses*, Reedición Conmemorativa del VIII Concurso Fraternal, con motivo del CCXXXV Aniversario del Antiguo Hospicio de la Santísima Trinidad, hoy Universidad de Guanajuato, México, Universidad de Guanajuato, 1967, p. 115. Véase también Rosalía Aguilar Zamora y Rosa Ma. Sánchez Tagle, *De vetas, valles y veredas*, México, Ediciones La Rana, 2002, Col. Nuestra Cultura, p. 23.

¹⁶ Juan José Prado, *Leyendas y tradiciones guanajuatenses*, México, Editorial Prado Hnos., 1964, pp. 67-76.

Martín Rodrigo cuenta luego: arriero como Maese Pedro, realizó sus deberes y hace quince días que salió también de México. Lleva un solo par de bestias, pero él es joven y sus deseos de hacer fortuna son grandes. ¿Y por qué no con el favor de Dios?

Ha obscurecido ya.

En estática contemplación, los viajeros levantan la vista al cielo y la fijan en ése, aquél, o en aquel otro rutilante punto, como pidiéndole que se torne en su buena estrella.

La caminata ha sido larga.

Maese Pedro ofrece sus escasas viandas y para calentarlas, solícito Martín prepara la luminaria. Unas cuantas piedras improvisan la hornilla con ramas y hojas secas. El eslabón, el pedernal, la chispa y la llamarada.

Agrandándose los ojos de Maese y Martín parecían clavados en la hoguera.

—¡Martín, pecador de mí!

—¡Maese!

Aquellas piedras, a la luz de la fogata brillan, resplandecen, refulgen como si fuesen de oro, ¡como que son de oro puro, igual, mejor, inmensamente mejor que el que chorrea en Zacatecas.

Apresuradamente cavan con las manos, destrozándose las uñas y encuentran a flor de tierra el filón, la veta cuyo rastro se puede seguir sin el menor esfuerzo.

Enmudecidos, cubren con tierra y ramas el descubrimiento, abandonan la mulada y no aguardan el amanecer para ir al pueblo cercano a dar parte del hallazgo.

Allá logran interesar a varios españoles aventureros que deseaban trabajar minas, e inscribe su tesoro en el Registro Público de Minería e Hipotecas de Yuririapúndaro, bautizándose la veta con el nombre de “San Bernabé”, por ser ese el Santo del afortunado día.

La noticia cunde por todo el Reino de la Nueva España como reguero de pólvora. Caravanas de buscadores, de aventureros, llegan sin cesar.

Y la entonces pobre aldehuela de Guanajuato presencia el arribo de miles y miles de gentes sedientas de fortunas.

Los trabajos en la veta de “san Bernabé”, en pertenencias de la actual Mina de la Luz, marcan la iniciación de las actividades y auge minero de Guanajuato.

Fue “San Bernabé” la primera mina descubierta en la región.

A esos acontecimientos siguieron las fabulosas bonanzas de Rayas, también hallazgo de un arriero de nombre Juan de Raya (más conocido por Juan de Rayas).

Pero poco fue lo que de maese Pedro y Martín Rodrigo se supo después. Se hicieron ricos. Llenaron hasta los bordes sus grandes arcones. Y, convertidos en acaudalados señores, quisieron regresar a la metrópoli para darse la gran vida.

No alcanzaron a regresar.

¿Bandidos? ¿Salteadores? Se ignora.

Lo que llegó a saberse, aunque solamente como rumor que se alza y de pronto se opaca, fue que uno de aquellos españoles, socio de “San Bernabé”, de la noche a la mañana dobló su capital.

Y aún alguien quiso reconocer, en la casa del socio, una de las cajas de Martín Rodrigo.

Esta leyenda es una muestra de la riqueza del folclor literario para el estudio de la fundación de Guanajuato, se puede recrear cómo en aquellos años los caminos fueron muy importantes no sólo para el transporte de mercancías, de gente o de caravanas sino también para el descubrimiento de las minas. El descubrimiento y explotación de dichas minas propició la apertura de nuevas rutas accesorias, conectando los minerales del norte y nuevas estancias ganaderas con la rica zona agrícola de Michoacán y el sur de Guanajuato y Querétaro, en ambas márgenes del río Lerma. “Una ruta que iba de este a oeste conectaba a San Miguel con Guanajuato. Otra unía Guanajuato con el camino de Michoacán cerca de Silao. Guanajuato también quedó conectado con el camino real México-Zacatecas por una ruta norte-sur, la de San Felipe.”¹⁷

Fue así como Guanajuato quedó conectado a través de una red de caminos donde incidían las actividades mineras, agrícolas y manufactureras dentro de un marco privilegiado de intercambio mercantil, atrayendo a más gente a radicar en esta región.

Con el paso del tiempo los reales se multiplicaron y las poblaciones se desarrollaron, pasando de congregación a pueblo, villa y ciudad. El título de villa a Guanajuato lo concedió Felipe III en 1619 y Felipe V la elevó a ciudad en 1741, ya para el 4 de diciembre de 1786 adquirió el rango de capital de intendencia.

La urbanización de las calles de la ciudad de Guanajuato no siguió el

¹⁷ Rosalía Aguilar Zamora y Rosa Ma. Sánchez Tagle, *op. cit.*, *De vetas, valles y veredas*, p. 112. Ver Philip W. Powell, *La guerra chichimeca (1500-1600)*, 1975 1ª edición en inglés, 1977 1ª edición en español, México, FCE, 1996 tercera reimpresión en español, p. 35.

patrón establecido en muchas otras ciudades, es decir, a partir de una plaza central donde confluían los distintos poderes civiles y eclesiásticos:

[...] Se puede decir que Guanajuato se configuró en las cercanías de las minas. No existió un plan determinado para su urbanización, como en otras villas, donde se seguían al pie de la letra las disposiciones reales, según las cuales, en torno a una plaza central en la cual convergían los poderes civiles y eclesiásticos, partían las calles tiradas a cordel.¹⁸

[...] la ciudad de Guanajuato, ubicada en una cañada, en la cual, lo mismo que en las vertientes de los cerros que la forman y la rodean, se construyeron casas en cada repliegue, de la manera más caprichosa que se pueda concebir, sobrepuestas una a otra y sostenidas como por arte de magia. A ellas se tiene acceso por callejones tortuosos, empinados y estrechos, de nombres pintorescos: el Infierno, el Salto del Mono, los Angelitos, el Beso, Perros Muertos, etc. Cada rincón tiene su historia o su leyenda y se necesita imaginación para concebir la ciudad. En fin, se puede decir que el ambiente romántico del siglo XIX quedó plasmado en ella.¹⁹

Rosalía Aguilar Zamora y Rosa Ma. Sánchez Tagle dan cuenta del ambiente romántico en Guanajuato a finales del siglo XIX y mencionan que cada rincón o callejón tiene su historia o su leyenda. Dichas historias se han ido transmitiendo de generación en generación, pero antes de abordar este tema, cabría precisar algunas acepciones de la literatura oral y la importancia de su rescate:

La literatura oral, también denominada narrativa tradicional, a través de la cual se puede apreciar la visión del mundo del grupo que la produce, puesto que con ella expresa sus sentimientos, creencias, conceptos morales, concepciones míticas y religiosas, etc. Por ellos es que el conocimiento de la narrativa de un grupo dado muestra la participación de sus miembros en un universo simbólico común, que les da cohesión e identidad propias.²⁰

Algunas particularidades de los relatos es que son anónimos, es decir, al ser las historias parte de la tradición oral y no atribuírsele a un autor, pueden ser consideradas como creaciones colectivas ya que se transmitan a través de

¹⁸ Aurora Jáuregui de Cervantes, *op. cit.*, *Relato histórico de Guanajuato*, p. 23.

¹⁹ *Idem*, p. 148.

²⁰ Lilian Scheffler, *La cultura popular de Guanajuato*, México, Ediciones La Rana, 1ª reimpresión 1997, Col. Nuestra Cultura, p. 43.

mecanismos no institucionalizados. Su trasmisión, de padres a hijos, por lo general se preservan en la memoria de los narradores. Hay otros casos dentro de la narrativa tradicional que se manifiestan en diversas versiones, cada vez que un relato se narra se produce una versión, de la misma forma que existen variantes que se deben a relatores distintos o que proceden de diferentes regiones.²¹

Lilian Scheffler menciona que “los relatos del estado de Guanajuato, de sus diferentes pueblo y municipios, han sido poco estudiados y menos aún publicados; si acaso se han hecho algunas recolecciones. Sin embargo, la ciudad de Guanajuato es ampliamente conocida por sus típicas leyendas, relatos y sucedidos, muchos de ellos conocidos hasta por los niños.”²²

Para esta autora, posterior a la Conquista, comenzaron a llegar diversos relatos y algunos fueron adoptados e incorporados a la tradición narrativa propia de cada grupo social; en tanto otros relatos se fusionaron con narraciones similares, lo que hizo posible la creación de un sincretismo narrativo, sobre todo en lo que se refiere a relatos sobre apariciones de deidades cristianas en lugar donde se veneraba a dioses indígenas, como bien señala Lilian Scheffler:

[...] Durante la época de la Colonia, entre los pueblos indígenas debieron seguir existiendo relatos tradicionales propios, los cuales se unieron con otros –adquiridos o adoptados de la tradición europea–, y posteriormente se fueron re-creando y adaptando a las características de la región, dando lugar a un sincretismo narrativo, aunque, desde luego, el mestizaje cultural no fue homogéneo en los diferentes lugares del país, y de los relatos de aquella época, desgraciadamente, no se tiene registro alguno.

Por otro lado, entre los habitantes de distintas ciudades coloniales del país surgieron relatos de tipo religioso, de aparecidos o de ánimas en pena, así como de diversos sucesos acaecidos en las calles. Los relatos de este tipo que actualmente se conocen se deben, básicamente, a distintos escritores y se trata de narraciones reelaboradas que evidentemente, no tienen la forma ni el estilo con que entonces se contaba, o bien se trata de textos que dichos escritores han creado a partir de motivos narrativos tradicionales de la citada época.²³

Cabe señalar que no es mi propósito fundamentar si son ciertas o fal-

²¹ *Idem*, p. 44.

²² *Idem*, p. 48.

²³ *Idem*, pp. 47-48.

sas tales historias o leyendas que hemos retomado de diversos textos o de nuestros informantes, sin desmeritar la importancia de tal aspecto, consideramos significativo el rescate de la tradición oral de ciertos relatos que muestran elementos cotidianos asociados a las creencias de los guanajuatenses. Citemos por caso el típico ejemplo de “La llorona” que es un personaje que podemos encontrar en muchos países y regiones de México; en Guanajuato hay otras versiones que dan cuenta de la llorona rescatadas tanto de documentos bibliográficos como de entrevistas:

En Guanajuato hay muchas leyendas, tamos así mira llenos de puras leyendas y hay algunas, algunas que sí te sacan de onda porque sí son como dices tú: sí, sí lo creo, mira sencilla si hablamos por el río, si hablamos de la Llorona que es otro personaje, pos que mira el demontres o el diablo, como le dicen es un personaje, la muerte es otro personaje, la Llorona es otro personaje, ¿me entiendes?, son personajes diferentes mira. Antes sí se oyía, sí se oyía, pero yo nunca lo llegué a ver, me platicaba mi papá, la casa taba donde vivimos ahora, taba a la orilla en el río que era la casa de mi abuela, entonces mi papá lo mismo le daba vivir abajo que arriba, taban las casas juntas, me platicaba que una vez se bajo, iba a calzoniar²⁴ por acá, cuando dice que sí oyó, porque era incrédulo como yo, dici: mira oyí el grito como por La Purísima, bueno, ¿y cómo gritaba?... pues un grito de auxilio, ¿o que no? Gritaba como gritan ustedes, que aaayy, eso de que mis hijos no, pero sí ayyy... era un grito de una vieja, dijo ah caray... y luego dice ya estaba así amonao bien tras las nopaleras para allá cuando afuerita de la iglesia de la cañada otro grito y dije: ay jijo de la canija y entones otro grito; dijo entonces sí me metí a la casa, entonces le platiqué a la vieja, o sea a mi mamá, y dijo pues sí, sí oyí viejo, ¿no te dio miedo? No pos iba a lo que iba.²⁵

Otras maneras de interpretar la leyenda de la llorona es la que hace Benjamín Valdivia, para él va más allá del sentido superficial del texto, es decir, La Llorona es la representación de la separación en diversos sentidos:

El tema de la llorona pues, tiene estructuralmente una separación de la naturalidad orgánica a la que nos debemos, que puede ser el lugar, que puede ser la familia, puede ser la religión, el idioma, cualquier lugar donde nos sentimos como dentro de nuestra naturaleza, desde su punto de vista podemos decir que La Llorona sería una de las leyendas más fundamentales porque trata

²⁴ Con ‘calzoniar’ se refiere a que iba a platicar con la novia.

²⁵ Entrevista hecha a Luis Marín Rodríguez, el 2 de mayo 2008, por Gabriel Medrano de Luna, en la Casa Museo Gene Byron, Guanajuato, Gto.

precisamente de la separación de lo que ha nacido y cada uno lo ve desde su punto de vista: el hijo que ha sido separado de la madre, la madre a la que le han quitado los hijos que es la versión más general, porque la tradición hispánica viene de una religión donde la diosa principal es la Virgen, aunque claro se dice cristiana y demás, pero la figura principal es la Virgen, la Virgen es la que puede interceder ante el Padre y ante el Hijo y es la estructura familiar, y creo que es una de las más profundas, y por eso, de las más divulgadas y las que tienen más versiones porque cada uno elabora su propia separación según su punto de vista, en ese sentido, creo que en Guanajuato arraigó muy bien no sólo porque viene de una sociedad que tiene fuerte arraigo católico y por lo tanto esta figura materna, sino porque han sido desarraigados de la madre patria y encontrarse con quien nos está buscando desde la naturaleza, es una cosa de temer, por eso el tema de La Llorona es una aparición funesta, una aparición temible donde no es de final feliz.²⁶

Cómo hemos observado, las leyendas juegan un destacado papel en el folclor literario. Se mencionó que las leyendas contienen aspectos históricos y fantásticos, muchas veces es difícil entablar una línea divisoria entre ambas ¿cuál es la parte verdadera?, ¿qué es lo ficticio? Muchas leyendas inician ubicando sociohistóricamente al lector y ofrecen datos que difícilmente se obtienen en fuentes “oficiales”, así como también refieren a ciertos aspectos cotidianos de aquel entonces:

Estampa clásica de las épocas de oro de Guanajuato, donde se conserva todavía ese sabor delicioso y original, que le produce emoción al viajero venido de otras partes.

Calle del Campanero, con su puente plano y atrevido, que dio acceso a la casa de un minero acaudalado.

Por debajo de él pasaron las conductas de oro y plata, que venían de Sirena, Peñafiel, el Monte, Pinguico y Peregrina; cuyas bestias, portadoras de esos tesoros sacaron con sus herrajes acerados chisperío de luces en las piedras de esa calle, cuya lumbre aun ilumina las fantásticas memorias de las bonanzas de eso siglos, que se antojan fabulosas.

Por allí también pasó el enigmático coche de don Melchor Campuzano, envuelto en llamas, jalado por dos demonios con figura de caballos. Si caminamos un poco más adelante, encontramos la casa donde vivió en Intendente

²⁶ Entrevista hecha a Benjamín Valdivia el 14 de mayo del 2008, como parte del “Seminario de Culturas Populares” de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Guanajuato, a cargo de Gabriel Medrano de Luna, en el Centro de Estudios Cervantinos, Guanajuato, Gto.

don Juan Antonio de Riaño y Bárcena, de la cual salió para morir como un soldado en la Alhóndiga de Granaditas el memorable 28 de septiembre de 1810.

A la derecha está el pasamano de calicanto de la subida del “Tecolote”, el primer camino real abierto a la arriería en Guanajuato, por donde bajaron las primeras recuas de mulas trayendo sobre sus lomos, desde la Capital del Virreinato, las sedas de la China, los encajes de Holanda, los terciopelos de Damasco, los perfumes de Francia y los mantones de España, para las lindas criollas y mestizas de Guanajuato.²⁷

El primer camino de herradura que se abrió para comunicar Guanajuato es el que baja por la cuesta del callejón del Tecolote. Por ahí don Perafán de Rivera llegó en 1557 con la imagen de la Virgen de Guanajuato; por allí salieron las primeras conductas transportando la plata de las minas para ser llevadas a España; y bajaron las recuas trayendo el cargamento de sedas que vinieron en la Nao de China, los terciopelos de la damasco, los encajes de Holanda, las mantillas de Andalucía, los perfumes de la antigua Lutecia, los vinos de Borgoña las vajillas de Sajonia, la orfebrería de Florencia y los espejos de Venecia. Igualmente llegaron por ese camino las primeras caravanas de gambusinos en busca de riquezas.

Por esa pendiente subían los arrieros en las madrugadas, cantando el Alabado, y bajaban por las noches al toque de oración, musitando el Credo o entonando corridos o canciones de la época.²⁸

Actualmente ya no se cuentan leyendas como antes, las causas son muy diversas, una de ellas es el desarrollo de los medios masivos de comunicación, los niños ya no se acercan tanto a los abuelos como lo solían hacer años atrás, muchas veces dedican más tiempo a la televisión o a los aparatos electrónicos que a interesarse en escuchar leyendas, cuentos o fábulas.

Para el caso particular de la capital guanajuatense, han sido diversos autores los que han divulgado las leyendas a través de libros; siendo ésta una fuente importante para la elaboración del *corpus* y crear una antología de narraciones populares que dio origen al presente texto, por ello considero factible ofrecer un breve apartado a describir tales textos.

²⁷ “El Campanero”, en: Andrés García, *Guanajuato maravilloso y legendario*, México, D.F., 2ª edición, 1969.

²⁸ “Callejón del Tecolote”, en: Ezequiel Almanza Carranza, *op. cit.*, *Relatos y sucedidos de Guanajuato*, León, Gto., México, 5ª edición, 1972, pp. 103-108.

... y así se crean las leyendas

Las leyendas viven y palpitan en la imaginación popular de tal modo que son fuentes de emoción humana codiciada y sentida, adquieren, a veces, tal vitalidad, tanto realismo y tan poderoso poder de captación, que superan y substituyen incluso a la realidad de los hechos históricos.

G. MANRIQUE DE LARA¹

Para conformar el *corpus* de leyendas contenidas en este libro primeramente se realizó la búsqueda en archivos y bibliotecas de Guanajuato, a sabiendas de la existencia de otros textos que no me fue posible localizarlos en los archivos y bibliotecas del estado; me propuse hacer una nueva búsqueda en las “librerías de viejo” de la Ciudad de México, principalmente las establecidas en la Calle de Donceles.

En tales librerías logré adquirir algunos libros ya agotados y que en Guanajuato me fue imposible localizar. Una vez poseídos los textos convenientes, se procedió al vaciado de las leyendas para ir conformando el *corpus* de textos; al mismo tiempo se fue realizando trabajo de campo para recorrer los callejones mencionados en las leyendas tanto para el registro fotográfico como para realizar entrevistas a la gente, con la finalidad de saber si aún se conocían tales historias. Algunas han sido incluidas en el libro para revelar la manera de cómo se siguen transmitiendo las leyendas y dar cuenta de posibles cambios, ya sea de personajes, acciones, lugares o desenlaces.

Valdría adelantar que la leyenda más difundida y más arraigada en Guanajuato es la de El Callejón del Beso, no pareciera raro que la mayoría de los guías de turistas la aprenden de memoria para narrarla a cambio de una propina, no haciendo lo mismo con las demás leyendas.

¹ Texto que Manuel Leal retoma de G. Manrique de Lara, véase: Manuel Leal, *Relatos de vivos y muertos y motivos guanajuatenses*, México, Ediciones Valadés, 2001, p. 15.

Por otro lado, están los autores de los libros mencionados, citemos principalmente a Carlos de Gante, Agustín Lanuza, Juan José Prado, Salvador Ponce de León, Guadalupe Appendini, Manuel Leal y Ezequiel Almanza Carranza. Dar cuenta de cada uno de éstos autores es una tarea muy difícil, al emprender la búsqueda de sus semblanzas fue imposible localizarlas todas; de quién se obtuvieron más datos fue de Agustín Lanuza y Manuel Leal.

Por las fechas de edición de los libros de estos autores, pude percatarme de cómo algunos fueron retomando textos de autores más viejos, y en ciertos casos es palpable la búsqueda de recopilar más información para reescribir de nuevo la leyenda agregando nuevos datos.

Una primera indagación me hizo percatar que dos textos base fueron los publicados por Carlos de Gante en 1908 y el de Agustín Lanuza en 1910, a partir de su lectura y de las averiguaciones propias de otros autores se compendiaron nuevos textos, siendo el de Juan José Prado el que marcó una nueva etapa de divulgación de las leyendas escritas, para muestra veamos el libro publicado en 1972 que correspondía a la 25ª edición, además de ser editado en la propia Editorial Prado Hermanos donde participaba su hermano Manuel Prado como editor y Manuel Leal como dibujante.

Al conferenciar con Joaquín Arias Espinosa, originario de la ciudad de Guanajuato y mejor conocido por su sobrenombre, “Flaco Arias”, quien conoció a diversos autores mencionados, señaló que efectivamente Juan José Prado partió de las leyendas escritas por Carlos de Gante para hacer sus propias versiones de las leyendas, “para mí la más adecuada, la más certera es la del señor Carlos de Gante y la del señor Prado; las demás son variantes de eso mismo que llegaron a través de la misma conseja, se convierte en una especie de tradición y nace una leyenda.”²

Al platicar con el hijo de Juan José Prado, nos relató parte de sus recuerdos con su papá, de cómo y cuándo escribía leyendas:

Él me comentó una vez, estaba yo chico, tenía unos 14 o 15 años, y él se ponía a escribir a máquina en las mañanas, y es ahí donde se ponía a escribir sus leyendas, y tenía muchos apuntes. Yo me encontré posteriormente apuntes de

² Entrevista hecha a Joaquín Arias Espinosa, por Gabriel Medrano de Luna, el día 3 de abril de 2008 en el Jardín Unión, en Guanajuato, Gto., como parte del “Seminario de Culturas Populares” de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Guanajuato.

él. Me imagino que era la manera que iba conformando sus leyendas, de opiniones de unos y de otros, y juntaba unos, para hacer la versión oficial, como quien dice, así creo que fue como le hizo con todas las leyendas.³

Pareciera que algunos de los autores de las leyendas expuestas en el *corpus* siguió la misma inventiva para hacer sus textos, es decir, retomar algunas narraciones ya existentes para luego platicar con la gente y conocer otras versiones, paso siguiente en algunos era indagar ciertos datos, tanto históricos como geográficos, para finalmente hacer su propia versión de la leyenda; unos agregarán datos más tradicionales en tanto otros harán versiones más ficticias con la intención de “cautivar” al lector en su lectura.

Por ello reitero de nuevo que independientemente de la veracidad o ficción de los sucesos expuestos en las leyendas, considero valioso el rescate de tales versiones y sobre todo de la tradición oral, para conformar una antología más consumada y sugerente de las existentes, y que dé cuenta de las leyendas guanajuatenses.

Otros autores como Guadalupe Appendini, quien escribió *Leyendas de Provincia*, donde se exponen leyendas de diversos estados de la república mexicana, además de Guanajuato, incluyendo la capital, San Miguel de Allende y Celaya; para el caso de la capital guanajuatense, es evidente que en algunas leyendas se basa en el libro de Juan José Prado, ella misma lo señala en las leyendas de ‘El Callejón de la Condesa’ y ‘La venganza de Melchor Campuzano’: “Cuenta Juan José Prado”, en la leyenda de ‘La hazaña del Padre Belaunzarán’ menciona “dice el licenciado Juan José Prado”, aspectos que dan cuenta de las versiones escritas por Prado.

A pesar de retomar la historia de Juan José Prado, cabe señalar que Guadalupe Appendini da cuenta de nuevas fuentes de información, al leer sus historias es claro observar que se dio a la tarea de investigar en fuentes históricas los sucesos mencionados, y en la medida de lo posible, incluir los datos generalmente al comienzo para así adentrarnos a la historia. Esta autora señala que “en la ciudad de Guanajuato floreció la leyenda porque su pueblo tuvo las cualidades y defectos para que prohiciera y proliferaran esos mitos que se fueron sucediendo de padres a hijos.”⁴

³ Entrevista hecha a Juan José Prado, por Gabriel Medrano de Luna y Francisco Javier Velásquez Estrada, el día 25 de julio 2008, en Guanajuato, Gto.

⁴ Guadalupe Appendini, *Leyendas de provincia*, México, Editorial Porrúa, Primera edición 1996, Tercera edición 2003, p. 135.

Otro autor incluido en este texto fue Salvador Ponce de León, quien nació en la ciudad de México en 1907 y a pesar de no ser guanajuatense se dejó cautivar por esta ciudad para escribir el libro *Guanajuato en el arte, en la historia y en la leyenda*. En el proemio de ese libro Jaime Torres Bodet describe a la ciudad como:

Ciudad de múltiples dimensiones –de fantasía y de inteligencia, de lucha y tradición, de trabajo y de ocio contemplativo–, Guanajuato se encuentra siempre entre la leyenda y la realidad. Más que verla la imaginamos. Y la inventamos cada vez que la descubrimos. Como sus calles, rápidas y tortuosas, todo nos la revela súbitamente, con lucidez instantánea e inolvidable, y todo enseguida nos la arrebatara... Unos minutos y algunos pasos la trasfiguran. Era presencia. Y se ha convertido en nostalgia, en ausencia, en sueño.

El autor tiene razón al decir que Guanajuato es una ciudad de alguna manera surrealista, que está entre la leyenda y la realidad. El aspecto bucólico de la ciudad es una construcción social que se ha ido arraigando a través del tiempo; la apreciación de Guanajuato como una ciudad “española” donde las leyendas juegan un papel importante no es reciente y como prueba retomemos lo dicho en 1967 por Ismael Diego Pérez en el mismo texto ya mencionado.⁵

Quizá Guanajuato represente la huella española más pura en México. Sus callejas, sus gentes, sus rincones evocadores, sus casas con faroles, sus puertas y ventanas con rejas, sus patios y calles empedrados, nos hacen evocar sin ninguna violencia a tantas ciudades castellanas, hermanas de arquitectura, de raza. Y los nombres saltan con facilidad en la memoria o en la evocación: Ávila, la ciudad de Santa Teresa; Cuenca, la ciudad de Fray Luis de León; Alcalá de Henares, la de Miguel de Cervantes, etc.⁶

Quizá le faltó mencionar a Toledo por la traza urbana arabesca similar a la de Guanajuato, y porque sus callejones también contienen muchas historias y leyendas⁷. Ismael Diego también reconoce a Guanajuato como una

⁵ Publicado en *El Universal* el 29 de junio de 1967 y retomado por Salvador Ponce de León para su libro, ya que el texto refiere a su obra. Véase Salvador Ponce de León, *Guanajuato en el Arte en la Historia y en la Leyenda*, Ed. La impresora Azteca, México, D.F., febrero de 1973.

⁶ Salvador Ponce de León, *op. cit.*, *Guanajuato en el Arte en la Historia y en la Leyenda*, p. 22.

⁷ La traza urbana arabesca obedecía más a tácticas para el ataque y defensa militar que a

ciudad mestiza y recalca que en esta ciudad se haya gestado la Independencia de México, lo que dio paso a que el esto sea el “centro de la mexicanidad más pura”. Para dar cuenta de la construcción social de Guanajuato como una ciudad “española”, romántica y de leyendas, nos entrevistamos con Benjamín Valdivia quien explicó:

Guanajuato tiene una superabundancia de leyendas, hay un crecimiento de la leyenda porque es una ciudad que se ha creado una historia propia, a diferencia de muchas comunidades mexicanas que tienen una tradición previa al mundo hispánico, y que por lo tanto tienen cosmogonías, tradiciones y lenguaje que proviene de algo prehispánico.

Guanajuato es una ciudad plenamente hispánica y sus leyendas en gran cantidad son transposiciones de leyendas que llegan por parte de los españoles y es una ciudad muy necesitada de construirse una historia, porque es una ciudad que surge a partir de un hecho fortuito de la minería y que son los viajeros que encuentran una veta. Es una ciudad que crece a la orilla del río donde desembocaba esa veta y está formada fundamentalmente por gente foránea, desde su origen es un acopio de emigrantes y lo único que los identifica es lo que sucedió en aquel tiempo, entonces la leyenda es la identidad de Guanajuato como una historia formada por comunidades inmigrantes diversas que coinciden y se sienten a gusto en compartir un espacio común que es el espacio de la leyenda, por eso es que la ciudad es como una leyenda...⁸

Para este escritor, las leyendas en Guanajuato no sólo en el sentido de la narración sino también de otras apropiaciones culturales como la idea de que la ciudad tiene un contenido de oro equivalente al que tenía en el siglo XVIII, por lo que la capital “se convierte en una ciudad necesitada de glorias pasadas y en ese sentido las leyendas hacen que la gente se sienta cómoda porque hay la certeza de que volverá a ser la ciudad que era antes”; de hecho, la fundación de Guanajuato está ligada a esta creencia:

[...] en Guanajuato hay una leyenda fundamental que es la de la Ciudad de Oro, cuando la ciudad ha perdido su bonanza minera y va a volver a tener esta bonanza se convertirá en una ciudad de oro cuando se cumplan ciertos requisitos de leyenda: ir a la cueva de san Ignacio a encontrar una princesa y

la belleza arquitectónica propiamente dicha.

⁸ Entrevista hecha a Benjamín Valdivia el 14 de mayo del 2008, como parte del “Seminario de Culturas Populares” de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Guanajuato, a cargo de Gabriel Medrano de Luna, en el Centro de Estudios Cervantinos, Guanajuato, Gto.

bajar a la cañada sin voltear hacia atrás por todas las ofertas, sustos y demás que va a encontrar en el camino y que llegue y deposite a la princesa en la basílica en la Plaza de la Paz; es el proceso de Orfeo pero a la inversa, en vez de que salga del infierno y suba al mundo terrenal, trae las cosas del cielo hacia el mundo terrenal: la princesa hacia la cañada donde está la veta minera y la ciudad se vuelve a convertir en una cosa de oro. Como vemos, hay una aspiración a una grandeza perdida y yo creo que esa grandeza perdida es lo que constituye todo lo que es Guanajuato, es la nostalgia de una bonanza que se perdió pero también es el orgullo de una bonanza irrefutable en el futuro, y yo creo que todo mundo lo ve así Cuando un visitante llega a Guanajuato, ve una ciudad orgullosa de su pasado, con sus monumentos históricos, con sus casas antiguas, con sus leyendas y en éstas leyendas lo que se muestra es que la ciudad tiene historia ancestral y que tiene un destino próspero, un destino alto y eso lo notan los visitantes, no sólo por el tipo de construcción tan especial que tiene la ciudad sino porque la gente la camina, digamos da sus pasos físicamente pisando sobre ese pasado mítico, es un pasado que realmente no existe ahora, los edificios que se encuentran en la ciudad son cosas no muy antiguas, es decir, la ciudad rondará los 500 años pero cuando piensa uno en ciudades como Damasco que tiene más de 3000 y en tal caso Guanajuato quiere hacer algo semejante pero no tiene la alcurnia porque no tiene los 3000 años de Damasco, entonces qué hacer: pues traer a los seres más ancestrales y hay que traer al diablo, entonces aparece el diablo en las leyendas como ‘el Callejón del Infierno’; hay que traer los seres que puedan romper el hechizo o los que puedan realizarlo hasta llegar a leyendas contemporáneas más elaboradas...⁹

Lo que es indiscutible es la importancia que han adquirido las leyendas en Guanajuato como parte de su cultura y tradición, como dice Salvador Ponce de León al manifestar que fue seducido por la capital guanajuatense: “éramos admiradores, casi como un guanajuatense, de su historia, de su arte y de esa etérea tradición legendaria que flota en todos los rincones de la ciudad.”¹⁰

Además de este autor, hubo otros que sobresalieron por su obra literaria, tal es el caso de Agustín Lanuza que nació el 22 de julio de 1870

⁹ Entrevista hecha a Benjamín Valdivia el 14 de mayo del 2008, como parte del “Seminario de Culturas Populares” de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Guanajuato, a cargo de Gabriel Medrano de Luna, en el Centro de Estudios Cervantinos, Guanajuato, Gto

¹⁰ Salvador Ponce, *op. cit.*, *Guanajuato en el Arte en la Historia y en la Leyenda*, p. 40

y de quien Fulgencio Vargas hace una semblanza de su vida retomando remembranzas que Lanuza le contó:

Yo había hecho mis pininos en la literatura. Y recuerdo que un día, en cátedra, recité unos versos míos titulados: “Lágrimas y recuerdos”. Ya había estudiado con don Juan Urbina; pero, amante de estas cosas, fui a la cátedra de Literatura que daba el maestro Tovar [Andrés Tovar], y allí fue donde dije esos versos que aludo. Pero los primeros los pronuncié un 16 de septiembre, sobre uno de los pilares de La Compañía (bellísimo templo de la ciudad de Guanajuato), a la sazón que recorría la ciudad la procesión cívica. Tenía entonces diecinueve años.¹¹

Agustín Lanuza fue abogado de profesión, además de ser jefe político en Valle de Santiago, Gto., fue magistrado del Tribunal Superior de Justicia de Guanajuato. También fue maestro y escritor, siendo uno de sus libros el de *Romances, tradiciones y leyendas guanajuatenses* publicado en 1910, de este texto obtuvimos algunas leyendas que forman parte del corpus de textos de este libro.

Fulgencio Vargas hace notar lo valioso del texto de Lanuza al hacer patente lo difícil que era consultar archivos o adquirir documentos para sustentar ciertos datos históricos mencionados en las leyendas:

[...] sabemos bien cuántas dificultades se presentan y cuántos sacrificios y enojosidades hay que vencer para lograr determinadas noticias o para adquirir determinados y desconocidos documentos. La falta de archivos, en primer término, y en segundo la indolencia que nos caracteriza, menoscaban, y aun destruyen cualesquiera proyectos y esperanzas. Agréguese a esto el desdén con que se miran las labores de investigación y la falta de ayuda a las que tamañas empresas acometen [...].¹²

Si consideramos dichas dificultades para obtener información, este autor señala que Agustín Lanuza “pasó la mayor parte de su vida hurgando aquí y acullá, desentrañando nombre y fechas de infolios polvorientos y de apollillados pergaminos”; de ahí que este autor muestre una obra más

¹¹ Fulgencio Vargas, *Al Licenciado Agustín Lanuza. Sr. Poeta, historiador y Maestro*, Guanajuato, Gto., Imprenta del Estado, 1944, pp. 19-20. Este texto aparece también en: *Biografías, Órgano de divulgación del Archivo Histórico de Guanajuato*, Números 37-41, Director: Jesús Rodríguez Frausto.

¹² Fulgencio Vargas, *op. cit. Al Licenciado Agustín Lanuza. Sr. Poeta, historiador y Maestro*, pp. 25-26.

completa no sólo desde el punto de vista literario, pero cabría señalar que también hay datos que él mismo crea para darle un toque más fantástico a las leyendas.

Joaquín Arias señala que conoció personalmente a Lanuza y refiere: “yo conocí al maestro de todas las leyendas de Guanajuato que llegó a decir en verso lo que nadie puede decirte todavía en prosa. Es el maestro Don Agustín Lanuza. Las leyendas clásicas de Guanajuato, el contenido más sustancial y más hermosamente tratado indiscutiblemente, él era quien lo trataba”. Esta apreciación sobre Lanuza es compartida por muchos guanajuatenses y su libro fue muy bien acogido en dicha ciudad.

Se dijo que hay otros autores que nos fue prácticamente imposible localizar algunos datos biográficos, tal es el caso de Ezequiel Almanza y Andrés García. Sobre el primero Joaquín Arias menciona “El maestro Almanza Carranza, al que yo traté bastante tiempo, escribió leyendas y añadió algunos toques a sus leyendas, empleando por ejemplo nombres populares de esa zona, como es el caso de “La Coyota”, él le dio un giro total a esa leyenda como le dio a varias”¹³. Esto corrobora lo dicho anteriormente sobre que cada autor le “añadía” testimonios a las leyendas para crear su propia versión.

Manuel Leal fue otro autor muy popular en Guanajuato, además de ser maestro de dibujo durante muchos años, también escribió diversos textos, anécdotas y narraciones, su manera de escribir fue muy peculiar, prueba de ello son algunas memorias obtenidas de sus semblanzas: “Corría el año de gracia de 1893 cuando para bien de pocos y mal de los más, vino a éste valle de miserias un sujeto que al ser crecido, fué el pasmo del lugarejo por sus empresas, en las que siempre campearon el desatino y la falta de cordura. Fue su nombre de pila Manuel Porfirio, y el de su estirpe Leal, y Guerrero por la materna parte.”¹⁴

¹³ Entrevista hecha a Joaquín Arias Espinosa, por Gabriel Medrano de Luna, el día 3 de abril de 2008 en el Jardín Unión en Guanajuato, Gto., como parte del “Seminario de Culturas Populares” de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Guanajuato.

¹⁴ *Semblanza de Manuel Leal*, Guanajuato, Gto., 1982, Secretaría de Educación y Servicios Sociales-Museo Diego Rivera INBA.

En el libro *Croniquillas de Guanajuato*¹⁵, escrito por Manuel Leal, hay una semblanza de este importante autor:

Don Manuel Leal Guerrero, nacido en Guanajuato el 15 de septiembre de 1893 y fallecido en León el 14 de septiembre de 1975, fue descendiente de una antigua familia de origen gallego que dejó huella en la historia de Guanajuato desde 1712. Catedrático Decano de la Universidad de Guanajuato, impartió por más de cincuenta años, entre otras materias, las de Historia de Arte e Historia de la Cultura. Apasionado defensor del patrimonio monumental de Guanajuato, tuvo a su cargo la Inspección de Monumentos Coloniales desde 1937 hasta su muerte. Pintó abundantes escenas históricas de su lugar natal; escribió numerosas obras sobre historia, crónica, teatro, cuento y novela, destacando en este último género la obra *Una Verónica al Tiempo*, de ambiente taurino. Hispanista profundo, hombre de cultura universal y de espíritu bohemio, generoso y sensible, además de sus diversos libros publicados dejó obras inéditas. Algunos de los originales de éstas se conservan en el *Fondo Manuel Leal* de la Fundación Marqués de San Clemente, en proceso de constitución.¹⁶

Francisco Gómez Ramos a sus entonces 88 años, recuerda con a Manuel Leal, a pesar de que su relación fue de trabajo ya que como carpintero le manufacturaba los marcos; él mismo señala que se entabló una bonita amistad gracias al carácter de Manuelito Leal y señala que no le han dado el reconocimiento que merece:

Manuel Leal, fue maestro de la Universidad, pintor, polifacético, a Manuelito Leal le trabajé mucho tiempo porque fui carpintero y cartero, le hacía los marcos y los bastidores, de Santa Fe y del Hotel Unión y de diferentes partes.

Me da mucho sentimiento y coraje de que al mentar el Festival Cervantino, nunca lo mienten a él, porque él colaboró muchísimo, mucho colaboró, tanto personalmente como monetariamente, y con trabajo y todo, fue de los pioneros del Festival Cervantino y nunca lo toman en cuenta, era un personaje tan conocido, tan estimado que en Guanajuato se llegó a decir entre

¹⁵ Notas de Mariano González Leal, Guanajuato, México, Gobierno del Estado de Guanajuato, 1ª edición 2009, Serie Inclusión. Un agradecimiento muy especial a don Mariano González Leal, por sus críticas y aportaciones al texto, pero sobre todo por la confianza depositada al compartir parte de la obra de don Manuel Leal.

¹⁶ Para ahondar más sobre Manuel Leal, véase la semblanza que escribió su sobrino Mariano González Leal en el libro *Croniquillas de Guanajuato, op. cit.*, pp. 19-49.

los conocidos: –oye ¿fuistes a Guanajuato?, –a pos sí fui, –¿y no fuiste a ver a Manuel?, –no, –pos entonces no fuiste a Guanajuato. Sí, lo venían a ver toreros, pintores artistas, equis personajes pos de la época.¹⁷

Mariano González Leal, sobrino de don Manuel, hace un recuerdo de los que se han ido en alusión a su tío donde da cuenta parte de la vida cotidiana de los guanajuatenses:

Durante seis años solí acompañar con cotidiana frecuencia a mi tío Manuel en su habitual recorrido, desde Mexiamora hasta la librería de don Alfonso Cué, saludando uno por uno a sus amigos. El orden inalterado, que se cumplía a diario con la formalidad de un rito, era: el establecimiento comercial de las Frausto, Bertrita, Celina y Lupe; la tienda de Monina Alejandri, la librería de don Alfonso Cué; de regreso, la tienda de antigüedades de don Rodolfo González y el Café de Valadés, donde mi tío encontraba siempre a los amigos que habían faltado de ver en el diario paseo.¹⁸

Mariano también señala que Manuel Leal se hacía llamar “El duendecillo de Santa Fe”, o sea un espíritu que no podía desarraigarse a la vida porque no pertenecía a ella. Hay mucha gente que mantiene gratos recuerdos de don Manuel, tal es el caso de don Joaquín Arias quien señala: “Don Manuel se basa en la obra de Prado. Probablemente Don Manuel, que tenía una magnífica bibliografía, y aparte era un personaje indiscutiblemente grande en Guanajuato, y en toda la sección de Guanajuato, una base esencial, don Manuelito Leal, para todo lo que sean tradiciones, leyendas, romances, historia, de todo de Guanajuato.”¹⁹

Vale la pena resaltar que Manuel Leal comenzó sus escritos desde temprana edad, como señala su sobrino Mariano González: “Don Manuel Leal escribió sus primeros cuentos desde 1910, pero ya desde 1903 –a los nueve años de edad– sus caricaturas poseían gracia y calidad. Desde entonces, escribir, dibujar y pintar fueron para él imperativos irrenunciables.

¹⁷ Entrevista hecha por Mariel Vera Serna, como parte del Seminario de culturas populares de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Guanajuato, a Francisco Gómez Ramos, el día 14 de septiembre de 2007, en Guanajuato, Gto.

¹⁸ *Semblanza de Manuel Leal*, Guanajuato, Gto., 1982, Secretaría de Educación y Servicios Sociales-Museo Diego Rivera INBA.

¹⁹ Entrevista hecha a Joaquín Arias Espinosa, por Gabriel Medrano de Luna, el día 3 de abril de 2008 en el Jardín Unión en Guanajuato, Gto., como parte del “Seminario de Culturas Populares” de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Guanajuato.

A partir de aquella data temprana, no había quien escapara –en servilletas, programas y billetes– a la mordacidad ingeniosa y chispeante de su lápiz inseparable.”²⁰

Muchas personas asocian la figura de Manuel Leal con la creación de leyendas, para muchos es tan sólo un narrador de leyendas en Guanajuato, pero basta ver la vida y obra de este autor para darse cuenta que es una injusticia relacionarlo a relator de leyendas. Mariano González señala que en parte se debe a que su tío rescataba y defendía diversas tradiciones e historias emanadas de la tradición oral, y en cambio se opuso “a la comercialización de los cuentos de fantasmas y de aparecidos que se han inventado para venderse a Guanajuato como una ciudad turística de mínimas y reducidas dimensiones culturales”²¹. Un caso particular fue la edición de un libro donde Manuel Leal realizó las ilustraciones:

A ellos se suma el que un editor comercial de libros de leyendas encomendó a don Manuel, en los últimos años de vida de éste, la realización de acuarelas para ilustrar una de sus publicaciones: una obra anónima, titulada “Leyendas de Guanajuato”, de las que se han hecho hasta la fecha muy numerosas reimpressiones. Ese editor encargó las ilustraciones a don Manuel, quien, al tener en sus manos, ya impresa, la primera edición del libro, se sorprendió profundamente al ver colocado su nombre con grandes caracteres en la portada, mientras que con letra muy pequeña se leía “ilustraciones de”, sin citar autor alguno de los textos.

Su bondad natural le impidió hacer alguna reclamación legal al editor por aquella fáctica atribución, pero sí la realizó verbalmente, lo que valió para evitar peores consecuencias sucesivas.

En efecto: don Manuel no fue autor de los textos de esta obra, sino sólo de las acuarelas que la ilustran. Los textos de las leyendas se deben a un escritor local que no publicó bajo su nombre obra alguna, pero el editor que había comprado los textos, uno a uno, a su verdadero autor escatimó a éste el crédito correspondiente; crédito que muchos, por desconocer tal circunstancia, atribuyeron y siguen atribuyendo a don Manuel.²²

Manuel Leal no escribió libros de leyendas pero como ya se mencionó,

²⁰ Manuel Leal, *op. cit.*, *Croniquillas de Guanajuato*, p. 40.

²¹ *Ibid*, p. 42.

²² *Ibid*, pp. 42-43. El libro mencionado se vende bajo el sello editorial Stampart y, efectivamente, no aparece el nombre del compilador de las leyendas ni el autor de diversas historias contenidas.

dejó una vasta obra de cuentos y crónicas referidas a Guanajuato, su herencia literaria es un tesoro que nos permite descubrir y conocer desde otra óptica a Guanajuato; pudieras ser que su obra no sea muy perfecta desde el punto de vista “formal” pero desde es innegable el valor de ésta por su contenido, por su lenguaje y sobre todo por ser testigo fiel de los acontecimientos narrados.

Mariano González menciona que “es bueno tener presente que si la obra de Manuel Leal Guerrero no puede ostentarse pulida y perfecta; que si es susceptible de crítica la herencia cultural que nos legó, no será supe-
rable jamás su amor por Guanajuato, tierra que recogió, durante ochenta y dos años, el fruto de una vida que le sirvió con la más fiel de las dedicaciones y con el más apasionado de los afectos.”²³

Además de Manuel Leal, Guanajuato ha contado con diversos personajes que han sobresalido por su obra ya sea gráfica, narrativa o artística; una generación “se ha ido” como señalaba Mariano González Leal, otros aún viven. Ambos perviven de alguna manera en este libro ya que sus historias y leyendas han sido incluidas en el repertorio de textos que a continuación expongo, sirvan estas líneas como un reconocimiento a su obra y sus aportaciones a mi texto.

Para finalizar este apartado e introducirnos al fascinante mundo de las leyendas, deseo hacer manifiesto de cómo pueden surgir leyendas casi de la nada, como bien señala Luis Marín Rodríguez:

[...] no se trata de creer o no creer, sino se trata de que tú mismo le des vida a algo, bueno ese es mi manera de pensar, que tú mismo le des vida a algo, a un personaje. Yo te lo voy a decir, porque mira en la noche, cuando yo salgo, lo bonito es cuando empieza a caer el ocaso ¿verdá? Ves tú sencillamente, ves todo, mira me pasó en el rancho algo curioso, yo me sentaba afuera de un portal afuera del rancho, miraba yo todo, miraba todo, donde empezaba a caer así el ocaso, la claridad de la oscurida te salva a pesar de que yo no te voy a decir que yo sabía cuántos árboles había, ni cuantos garambullos, ni nopales, ni huizaches ni, bueno, todo lo que había de maleza, no sabía, yo sabía lo que miraba diario, pero en una ocasión me pasó, yo taba sentao, allí afuera del portal, mira, y dije ah caray, pero, si yo me acabo de asomar hace rato y eso no lo vi y no lo vi y no lo vi, yo miraba un bulto, miraba un bulto parao en un huizache, un bulto y se movía y cómo lo vas a solucionar, dije a ver que es, por

²³ *Ibid*, p. 49.

si no vas a fijarte no te das cuenta, ¿sabes que hizo un hermano mío? Cuando yo le dije: mira Juan, ven asómate, asómate, mira, ¿qué está allá?, dice pero si hasta se ve, nooo agarró a sus chiquillos y ya iba vuelto la canija, vámonos maistro, hay que se quede que se quede solo el rancho, teníamos todo, teníamos unas cocina, un cuarto y todo, ira, hasta una estufa allí, yo le dije, vete; mi mamá me encargó que le llevará unas hojas de limón y yo vengo a cortar hojas de limón, no pero él quería que me viera un poquillo más cobarde que yo, hombre. Me armé de valor, y agarré, brinqué el arroyo, salí por la parte de atrás de allá. Salí, brinqué el arroyo y ahí voy pa'riba a la misma dirección donde taba el bulto pa' desengañarme, ¿sabes que era?, digo porque le das tú mismo vida al personaje, ¿sabes que era? Era una chiva que taba todavía viva, cuando pasó se atoró de sus cuernitos en una horqueta y taba ahorcándose, y así es que le dije, pero al tener yo valor yo le salvé la vida a la chiva, porque era la chiva de un amigo mío, dije: ay no me acobardo como mi hermano, porque mi hermano, se bajó con su mente hacia la casa, se bajó con su mente, no solamente con el perjuicio de sus hijos, tan tonto él que en vez de darles el valor de deciles, no hijos no es nada, o digamos es un papel, algo que voló y allí se quedó, yo subí; de veras, así así sereno, subí, y yo que lo voy viendo, así de cerquita, porque yo pensé que era una vacilada para mí y él tomó las cosas no como una vacilada.

A la chiva yo no la voy a dejar en el rancho porque va a llegar un curioso y se la lleva y al final de cuentas mi conciencia va a decir que yo o alguien puede verme, me la traje a la casa, ya llegué yo, y todavía, cuando llegué taba temblando mi hermano, allá llegué y le dejé a mi mamá sus hojitas de limón. Órale pues crees que mi hermano ya les taba contando, bueno de allí vienen las historias, las leyendas, de allí nacen, ya mi hermano tenía a su mujer así sentada, así y a todos sus hijos así acomodaditos y ya les taba contando todo lo que a su modo lo que él vio y como lo sentía él, y luego los niños apoyándolo, nooo mamá 'nosotros también lo vimos' y que hasta le hacía así y se oyía como ruidos y que parecía que taba horcándose y que se oyía como ruido, entonces ya para ellos, fijate, nació esa leyenda, cuentan ellos que allí vieron un aparecido, digo, si yo no le doy solución a eso, ellos si en su mente de mis criaturas les había dicho miren, ellos desde chiquitos vieran dicho: nosotros vimos allí un muerto, entonces —pregúntale a mi hermano, y luego dicen, pregúntale a mi papá, también mi papá lo vio—, entonces allí nace la leyenda, cosa que la realidad es una cosa.

Llegué yo con la chiva, la amarré en el corral, entré al cuarto y pos ora ¿qué tan haciendo? Hay hijito de mi vida hasta ahorita vienes, hombre, ¿qué les pasó? Que este esté tan asustado, ya sabe que les estaba haciendo que pal susto, que pa' los niños, que sabes que hay que dales, un pedacito de bolillo

o de cosa así por el estilo. Digo, mira Juan, no les cuentes esas cosas a las criaturas, los vas a traumar hombre, pero no sé qué vio; sí, sí vi, ¿pero cómo es posible que no tenga miedo?, pero como voy a tenerle miedo le decía, le dije, mira, ven pa'aca, pal corral, ya te traje eso que dices tú; yo sí lo regañé, ya se asomó y dijo, ¿esa chiva maistro? digo: eso viene a ser lo que estas contando a tus criaturas, miren hijos —ya los saqué a todos—, miren hijos este era lo que taba allí atorao, pasó Julián [el dueño] ya muy tarde que no lo oyimos que andábamos regando, la chiva se paró en el huizache a comerse la vaina, se le atoró sus cuernos en una horqueta, allí se quedó atorada, hijos ningún muerto, dice entonces este era lo que creímos que era el muerto [...] y así se crean las leyendas [...].²⁴

No sería extraño que ciertas leyendas guanajuatenses, como de otras regiones de México, se hayan creado de manera similar y al correr de los años se tomen como hechos verdaderos. Otra manera de crear leyendas es como lo ha hecho Juan José Prado —hijo—, mejor conocido como “el Conde de San Sebastián”, quien señala:

[...] yo escribí otras leyendas que no son ciertas, yo las escribí porque me agarré como reto un día, y dije me voy agarrar un callejón que se me ocurra, y a ver por aquí hay un callejón que se llama “el de la Hoja Seca” y le inventé toda una historia, toda una historia para un callejón que no tiene leyenda, ¿por qué se llama así?, porque me imagino que de un árbol cayó una hoja y le pusieron así ¿no?, como el callejón de los Perros Muertos, me imagino que había siempre un chorro de perros muertos todo el tiempo ¿no? Y [...] ¿por dónde vives?, pues por ahí, donde está el callejón donde están los perros muertos, y así se le van quedando el nombre a los lugares ¿no?... y así van bautizando entonces este de la hoja seca yo le escribí todo una historia, y así como esa hice otras 2 o 3 historias a otros callejones que no tenían historia.²⁵

Quizá por ahora más de alguno sepa que es una historia inventada por este autor, pero determinados turistas al desconocerlo pueden darlas por ciertas; aun así, dentro de cinco, diez o veinte años, de seguro pasará como ha pasado con algunas leyendas y los guanajuatenses las irán contando, y con el pasar de los años serán parte de la memoria colectiva a tal grado que ya se puedan darse por hechos reales. Y no dudemos que algunos guías

²⁴ Entrevista hecha a Luis Marín Rodríguez, por Gabriel Medrano de Luna, el día 2 de mayo 2008, en la Casa Museo Gene Byron, Guanajuato, Gto.

²⁵ Entrevista hecha a Juan José Prado, por Gabriel Medrano de Luna y Francisco Javier Velásquez Estrada, el día 25 de julio 2008, en Guanajuato, Gto

de turistas lleven a los visitantes al callejón de la “Hoja seca” y cuenten la historia inventa por Juan José Prado, de hecho, él mismo está consciente que eso puede suceder y dice que de alguna manera ya ha sucedido con otras leyendas:

[...] de que alguien la lea y diga, yo supe de esta leyenda, y aquí en este libro, y que esa historia la estén contando posteriormente como una realidad ¿no? Pero esa es otra, aunque yo siento que las que ya existieron aquí, obviamente no son ciertas, porque muchas veces, una leyenda está basada en un pequeño chisme, luego fue agrandado y si realmente por ejemplo ‘El Callejón de los Carcamanes’, sí fue cierto, ese acontecimiento sí fue cierto, sí existieron dos personajes ahí que se pelearon por una muchacha, y todo eso fue cierto; ‘El Callejón del Infierno’ no fue cierto, nadie bajó al infierno, ni pasó lo que sucedió ahí; ‘el Callejón del beso’ tampoco, inclusive hay otras versiones, a alguien se le ocurrió y comenzó hacer una mini leyenda, y después poco a poco la fueron agrandando, pero así como dices tú, las leyendas que yo he escrito en un futuro... en cien años van a decir: cuenta la leyenda del Callejón de la Hoja Seca, sucedió esto y esto, otro sabiendo que ni siquiera sucedió.²⁶

... y así se crean las leyendas, algunas leyendas, porque de muchas otras cuentan los guanajuatenses que siguen apareciéndose las ánimas en busca de concluir aquello que en vida dejaron pendiente; otros pueden ser vistos colgados de algún árbol, en un carruaje o simplemente vagar por los callejones sin afán de molestar a la gente, esperando a cambiarse tampoco ser molestado por los mortales... por ello amable lector, le sugerimos caminar por las noches en los callejones del centro de la ciudad y compruebe por usted mismo la veracidad o ficción de las leyendas que a continuación le mostraremos y que se expondrán en dos partes: en la primera se presentan las leyendas consideradas como tal, en tanto en la segunda se ostentan aquellas historias que si catalogamos como leyendas correríamos el riesgo de equivocarnos, como ejemplo ponemos a las Momias de Guanajuato, que para algunos son leyendas y para otros sólo historias guanajuatenses.

Aprovechamos esta segunda parte para dar cuentas de otros textos que han sido publicados en las recopilaciones de leyendas de los auto-

²⁶ Entrevista hecha a Juan José Prado, por Gabriel Medrano de Luna y Francisco Javier Velásquez Estrada, el día 25 de julio 2008, en Guanajuato, Gto.

res ya mencionados, considero valioso su inclusión porque son parte importante de la identidad, cultura e historia de Guanajuato y seguro estoy que el lector se complacerá con su lectura.

En la primera parte se presentan las leyendas que considero son las más conocidas y difundidas de Guanajuato: la de El Callejón del Beso; la Bufa y El Pastor; la Calle del Truco, la de los Carcamanes y la de El Cantador, entre otras más; posteriormente se presentan en grupos otra serie de leyendas agrupadas por nombres de callejones, apariciones y religiosas.

Cabría precisar que este libro es un trabajo de investigación, su objetivo es divulgar las leyendas, historias y tradiciones guanajuatenses como parte importante de la cultura e historia de Guanajuato. Para ello he construido una antología de narraciones populares guanajuatenses germinada de la voz y obra de diversos autores y personajes que han jugado un papel fundamental para acrecentar el patrimonio intangible de Guanajuato.

Para adentrarnos a tales leyendas, sólo hace falta especificar al lector, que la lectura de las mismas será como un viaje a través de un largo y sinuoso camino que lo conducirá a la ciudad encantada de Guanajuato, a sus callejones, sus creencias, anhelos y aspiraciones; que no dude que él mismo puede ser parte de la historia... o con un poco de suerte, puede toparse con alguno de los protagonistas de las leyendas si es que camina por el lugar y la hora indicada. Iniciemos pues este maravilloso viaje con la leyenda de El Callejón del Beso...

ANTOLOGÍA DE NARRACIONES
POPULARES GUANAJUATENSES

Primera parte



El callejón del Beso
ALEJANDRO MONTES SANTAMARÍA

El Callejón del Beso

La leyenda de El Callejón del Beso es la más conocida y difundida de las leyendas guanajuatenses, la arquitectura de la ciudad fue un factor importante para su creación ya que la distancia entre los balcones donde sucede la historia se dice que son alrededor de 60 centímetros y el tema principal de esta historia es el amor prohibido —el pobre que no debe enamorarse de la mujer rica—, aspectos imprescindibles para crear una de las leyendas más representativas e interesantes de la capital.

¿En verdad sucedió? ¿fue tal como se cuenta?, ¿existieron los personajes? Dar una respuesta infalible no sería posible, pero lo que sí se puede mostrar es que mucha gente acude al lugar a escuchar la leyenda y la gran mayoría cree en el presagio de darse un beso en el tercer escalón para tener quince años de buena suerte pues de lo contrario se obtendrán siete años de mala suerte.

Las versiones presentadas aquí son diez y la mayoría se obtuvo de fuentes documentales de diversos autores como Carlos de Gante, Salvador Ponce de León, Juan José Prado, Guadalupe Appendini y Ezequiel Almanza entre otros; además se incluyeron algunas versiones recolectadas de manera oral, con la finalidad de mostrar cómo se ha ido transmitiendo la leyenda. Al aplicar una encuesta tanto a turistas como a guanajuatenses se demostró que ésta leyenda es la que más atrae y la que más gusto, incluso para algunos académicos —que no habiendo nacido en este estado—, y ya radicados aquí, es la leyenda que más les agrada por dar cuenta de la vida cotidiana y de las clases sociales, tal es el caso de Benjamín Valdivia:

[...] a mí me gusta especialmente la del Callejón del Beso porque tiene muchos elementos en su orden que por un lado la hacen increíble y por otro lado permiten un desarrollo más pícaro, más popular en ese sentido de folklore, más hondo y además tiene una supervivencia constante, la gente asiste al lugar y observa el espacio pero el observar el espacio no es suficiente, tiene que encontrarse con la narración, pero una vez encontrada la narración, tiene que volver al espacio a realizar un ritual y entonces esto es espectacular porque nos pone primero una característica típica de Guanajuato, que es la convivencia de las clases sociales. En Guanajuato no hay una zona de los ricos y una zona de los pobres, sino que hay unas casas de los ricos enfrente y atrás viven los de la miseria; está la casa de la Plaza de la Paz, por ejemplo la casa del Conde

Rul, y luego del callejón de atrás donde acaba la casa hacia la ladera, están los callejones donde vivían los trabajadores y donde vivían los aguadores y todo mundo, el proletariado. Y esa estructura se muestra en el mito de esta leyenda, por un lado el minero rico y por otro lado el trabajador de la mina compartiendo balcón a 70 centímetros, eso es propio de la orografía y de la orografía mental también de Guanajuato, aquí en Guanajuato todo mundo es aristócrata, aunque sea aristócrata del otro balcón, pero eso no importa porque está en la leyenda; y luego el seguimiento del amor de las dos familias que no van a permitir que suceda una relación amorosa entre clases diversas o entre familias que no son del mismo rango; ancestral también esta relación aparecida ya desde la Biblia, y luego que los sorprenda el padre, el lado del sesgo trágico de la narración, el giro, la peripecia como dice Aristóteles y entonces nos sorprende pero viene el giro y esperan que la gente vea el acontecimiento y entonces la comunidad tiene que creer en su exhibicionismo, en casarse, y es una leyenda.

Ese es desde mi punto de vista uno de los más completos y de los más complejos entre los cuentos de leyenda que se dan en la ciudad y a mí es el que más me gusta por eso, porque tiene de todo y concluye con los escuchas del mito actualizando en el tercer escalón un beso para que su futuro sea próspero como es el de la ciudad, si no se dan un beso dice el narrador, entonces los perseguirá la mala suerte, entonces tienen que besarse, y es una leyenda que concluye en un beso, muy interesante de verlo.¹

Como ya se mencionó, la leyenda del Callejón de Beso presencia diversas versiones acorde al autor, los actores principales tanto en la mayoría de las leyendas escritas como en las versiones que se cuentan a los turistas en el Callejón del Beso, son Carlos y Ana; pero en otras versiones como la que muestra Carlos de Gante aparecen con el nombre de María de Jesús, llamada comúnmente Luisa, y el protagonista es un mestizo llamado Miguel de Tapia, conocido como Antonio. Para adentrarnos a la leyenda mejor se la presentamos a continuación:

Finalizaba el año del Señor de 1678. La construcción del convento de San Diego se hacía con bastante actividad, pues los religiosos de la respectiva Orden tomaban tanto empeño, que no omitían ni gasto ni sacrificio alguno; sin embargo, la construcción no avanzaba con la violencia que se deseaba, porque

¹ Entrevista hecha a Benjamín Valdivia el 14 de mayo del 2008, como parte del “Seminario de Culturas Populares” de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Guanajuato, a cargo de Gabriel Medrano de Luna, en el Centro de Estudios Cervantinos, Guanajuato, Gto.

entre los mil obstáculos que se presentaron, el que opuso la Señora Doña María Obregón viuda de don Jerónimo Fernández, opulento y poderoso minero que fue de la Villa de Santa Fe, Real y Minas de Guanajuato, fue uno de los principales y que más de un dolor de cabeza ocasiono a los religiosos y a las autoridades.

La Señora Obregón había extendido sus propiedades a tal grado que no sólo había invadido la vía pública, sino también parte del terreno que correspondía al convento en construcción, y cuando se quiso ocupar ese terreno, la referida Señora se opuso con tal tenacidad, que hubo precisión de entablar un juicio que duro por algún tiempo hasta que en el año siguiente de 1679, el Rey don Carlos II, dio su sentencia a favor de los religiosos Dieguinos. Al ser notificada la real resolución a la Señora Obregón, esta, no solamente manifestó su inconformidad, sino que se opuso terminantemente a que el pedazo de terreno en cuestión volviera a poder de sus legítimos dueños; en vista de esto, el Alcalde Mayor de la Villa, se vio en el caso de hacer cumplir la resolución real por medio de la fuerza, hecho que conmovió hondamente el ánimo de la opulenta Señora, considerándose ella ultrajada y menospreciada, porque estaba acostumbrada a que se hiciera siempre todo cuanto deseaba, ya fuera con justicia o sin ella, y al efecto, ponía en juego su dinero, el dinero que en todo tiempo ha sido una arma poderosa.

Como consecuencia de este fracaso se enfermó, y sin embargo de los cuidados que se le prodigaron murió en poco tiempo, dejando una hija como de trece años de edad, que generalmente era conocida con el nombre de Luisa, pero que en realidad su nombre era María de Jesús, hermosa criatura que había recibido todos los cuidados, educación e instrucción que a los de su clase correspondía en aquellos benditos tiempos, últimos reflejos de un sombrío pasado.

Luisa desde que quedó huérfana, se retrajo tanto de la sociedad, que en poco tiempo su vida fue un misterio; desapegada a los bienes de fortuna, no se ocupó jamás de lo que le habían dejado sus padres; los pillos, que nunca faltan en todas partes, vieron una fácil presa y se apoderaron de los bienes de Luisa dejándola apenas con lo indispensable para subsistir; sus parientes, después de haber tomado su botín, la abandonaron y no se volvieron a ocupar de ella, sin embargo, a pesar de esto, continuó su vida misteriosa sin que le preocupara lo que el mundo dijera.

Luisa era una dama que había visto sucederse ya treinta primaveras, sin embargo, parecía una joven de veinte abriles, su blanca tez llena de fragancia, sus hermosos ojos, sus finísimos cabellos castaños y su esbelto cuerpo, le daban tanta hermosura como elegancia; esto, unido a su carácter jovial y su instrucción nada común, su conducta intachable aunque hasta cierto

punto misteriosa, hacían de Luisa una mujer encantadora, siempre admirada y siempre respetada por todos los buenos habitantes del Mineral de Guanajuato. No faltaban pretendientes que solicitaran su mano; ella nunca dio oídos a sus instancias amorosas, por lo que multitud de versiones corrían de boca en boca, no sólo entre los habitantes del lugar, sino también entre los de las comarcas vecinas. Algunos la creían una santa y sin discusión admitían todo cuanto ella decía, y en sus tribulaciones acudían a ella en demanda de consuelo. Otros la creían una caballera de industria y recelosos se acercaban a ella, sin embargo, siempre con respeto y miramientos. Las viejas santuchas la consideraban como hechicera y continuamente acudían a alguno de los curas del lugar pidiéndole reliquias contra los maleficios de Luisa. Las muchachas casaderas se burlaban de ella pero jamás en su presencia, y sus pretendientes se contentaban con verla cariñosamente y decir: es hermosa pero tiene corazón de roca. Los viejos verdes, esos vampiros que sólo están a caza de jóvenes incautas para hacerlas juguete de sus pasiones, veían a Luisa con tan lubricas miradas, que ella se vio precisada a huir de ellos siempre. Las jamonas, las que se habían quedado para vestir santos, esas, sencillamente, la creían loca. Sin embargo, Luisa no era lo que se figuraban; era una mujer de talento y bastante instrucción, tenía un corazón todo amor y sentimiento y un alma toda ternura y adoración. Amaba a un hombre que hacía tiempo había conocido en un pueblo cercano, y a donde ella había ido a pasar una corta temporada, y desde entonces con él mantenía una correspondencia bastante activa; esos amores eran todo el aliento de su alma soñadora y todo el consuelo para su corazón amante; él en cambio, la amaba con todo el corazón y su único pensamiento era ella. Sin embargo de esto, los enamorados hacía tres años que no se veían, desde que Luisa regresó a Guanajuato del pueblo de su amado, este se llamaba Antonio.

Las versiones que respecto de su persona andaban de boca en boca, no le eran desconocidas; de ellas se reía y seguía la vida que se había trazada, pensando en el amado ausente.

El tiempo siguió pasando hasta que un día recibió un paquete perfectamente cerrado que, desde la capital de la Nueva España, le envió un amigo suyo de la infancia. Ella, con la curiosidad propia de la mujer, en el instante abrió el paquete. Entre todo lo que le mandaban iban dos libros, uno era un tratado sobre la educación de la mujer, el otro una compilación de los mejores libros de alquimia. Este libro llamó profundamente su atención y desde luego comenzó a hojearlo. Su interés crecía a medida que leía. Continuamente encontraba signos catalíticos que descifraba después de muchos días de trabajo. Toda su atención fue puesta en el tratado de alquimia, olvidando por este, no sólo a su amado, sino también, muchas veces, cubrir las necesidades más

precisas de la vida. Este trabajo poco a poco fue destruyendo sus encantos, al grado de que después de un año, de su antigua y proverbial hermosura sólo quedaba el recuerdo.

El amado de Luisa, Antonio, que era un hombre soñador como ella, era un artista consumado que arrancaba a su citara las notas más tiernas y más dulces que se hayan oído jamás.

Cuando conoció a su amada, pulso su citara y canto con tanta ternura, que Luisa, desde ese instante, le entregó toda su alma y todo su corazón y, desde ese instante, los dos vivieron el uno para el otro acariciando los mismos ideales y las mismas ilusiones y viviendo la misma vida de ensueños y de esperanzas.

El silencio de Luisa puso a Pascual en un estado tal de horrible incertidumbre que no pudiendo soportar más tiempo, salió de su pueblo y se dirigió a la casa de la Señora de sus pensamientos.

Luisa, entre tanto, y a pesar de su ilustración y de su talento, estaba presa de todos los extravíos, hijos de una ardiente imaginación en comunión íntima con las doctrinas del libro de alquimia que no abandonaba un sólo momento. En su cerebro calenturiento se acumulaban tumultuosas ideas contradictorias, ideas que se disputaban el lugar de preferencia en la mente enferma de aquélla criatura desgraciada, produciendo, como consecuencia natural, el desequilibrio en el ser pensante.

Luisa creía en aparecidos, en el destino, en la mala sombra de algunas personas, en la existencia corporal del demonio y en todo lo extraordinario. Los días y los números fatales, según la superstición del vulgo, ejercían en su espíritu honda influencia, y por esto, más de una vez, se vio presa de una excitación terrible, al grado, de temerse por su vida. Su retraimiento llegó a tal extremo, que se negó hablar con persona alguna, y se encerró en su habitación, en donde dejaba pasar los meses enteros sin salir al patio de su casa sino sólo a las más precisas necesidades de la vida. Entonces su existencia fue más misteriosa para todos los habitantes de Guanajuato, y en todas partes se hablaba de ella.

El sol descendía en el ocaso dorado las nubes que se mecían en el espacio y lasavecillas entre las frondas cantaban despidiendo al día.

Aquel día era martes, día fatal según la cábala y, por lo mismo, Luisa estaba excitada hasta el paroxismo, tanto más cuanto que era día de San Bartolomé, fecha de tristes recuerdos en la historia de las iniquidades humanas, que no pasaba desapercibido para Luisa.

Antonio llegó hasta la puerta de la casa de Luisa y pulsando su citara, dejó escapar de su pecho la más tierna y apasionada canción que haya salido de labios humanos, la misma que cinco años antes, había conmovido hondamente a su amada Luisa; esta escucho aquellas dulces notas, primero con

recogimiento, enseguida con exaltación pasional hasta el delirio; después reino un silencio profundo, a éste siguió en las afueras el mugido del viento que arremolinaba; en el interior de la habitación se oía una respiración, fatigosa, como de una persona que acaba de hacer fuerte ejercicio corporal.

Por la mente de Luisa pasaban ideas extrañas y por delante de sus ojos figuras horribles que la amenazaban, que se detenían para hacerle muecas que causaban espanto y que corrían atropellándose, se agitaban, se esfumaban y después reaparecían aun más horribles, aun más espantosas. Luisa estaba de pie en un rincón de la pieza de entrada, en actitud amenazante a la vez que de defensa, con los ojos desmesuradamente abiertos, la boca espumosa y sanguinolenta y con los puños apretados; de tiempo en tiempo salía de su garganta una especie de gruñido aterrador; adelantaba un paso y volvía a retroceder, entre tanto, su abundante cabellera jugueteaba en caprichosas ondulaciones sobre sus robustos hombros.

Antonio llamó a la puerta, entonces Luisa dejó escapar de su garganta un alarido terrible, cuyo eco se repercutió en aquel recinto con pavor, y se lanza furiosa a la puerta, de un tirón la abrió y al reconocer a su amado, quedó como petrificada delante de él, con el pecho saliente, los brazos echados hacia atrás y los puños apretados; la abundante cabellera que caía en ondulaciones sobre los desnudos y blancos hombros y los ojos extremadamente abiertos mostrando sus fulgurantes pupilas; mas sin embargo, Luisa estaba terriblemente hermosa en esos momentos; era la mujer defendiendo su hogar, era la pitonisa ejerciendo su ministerio, era la vestal cumpliendo su misión, era la amazona defendiendo a la patria. Antonio, la contemplo un momento y en seguida pulsando su citara replicó aquella misma canción de hacía cinco años. Sus acentos fueron aun más tiernos, aun más dulces que en aquel entonces; Luisa a medida de que la canción adelantaba, fue perdiendo su actitud hostil, sus facciones descompuestas se fueron tornando en delicadas y la expresión de su rostro en apacible y dulce apasionada como en mejores tiempos. Cuando Antonio calló, Luisa, que parecía una joven de veinte primaveras, estaba a sus pies de rodillas mirándolo con ternura infinita; entonces él levantándola la estrechó entre sus brazos y al unir sus labios a los de ella en un ardiente beso, cayeron sin vida sobre el umbral de la puerta.

Este acontecimiento tuvo lugar en el año de 1696, en el que se celebró la dedicación de la Iglesia Matriz de la entonces Villa de Santa Fe, Real de Minas de Guanajuato, en el callejón que desde entonces es conocido con el nombre de Callejón del Beso y que parte al concluir el del Patrocinio sobre la izquierda hasta llegar a Puentequito y Subida de la Bola, y en una casa de humilde apariencia, en donde, hacía algún tiempo, vivía Luisa retirada de la sociedad.

En aquella época comenzaba a formarse lo que es el Cuartel segundo pero ya estaba determinada la Plazuela de los Ángeles.

Con motivo de las fiestas de la dedicación de la Iglesia Matriz, que duraron varios días celebrándola con grandes funciones, religiosas, mascaradas, luminarias, corridas de toros, fuegos artificiales etc.; por lo que las autoridades y los vecinos apenas si se ocuparon de los infortunados amantes, contentándose con darles sepultura.

Al año siguiente, 1697, y tan luego como el Presbítero don Alonso de Busto y Monroy se hizo cargo del Curato de la Villa, mando abrir una averiguación fue cuando se supo circunstanciadamente todo lo relatado, y se puso en claro que la joven Luisa fue hija de don Gerónimo Fernández y de Doña María Obregón, los opulentos mineros de la Villa de Guanajuato, de quienes ya se ha hecho referencia, y que el amante de Luisa no se llamaba Antonio como ella lo nombraba, sino que era un mestizo llamado Miguel de Tapia, vecino de Irapuato y descendiente de don Fernando de Tapia, cacique de Jilotepec y conquistador de Querétaro.

Cuentan las consejas, que cada año y desde el mes de Junio hasta mediados de Agosto, de tiempo en tiempo, como a la mitad del Callejón del Beso, se oye perfectamente, poco antes del medio día, un eco dulce y apasionado, después, una especie de alarido y por último, el suave rumor de un beso.²

Como se muestra, es una leyenda muy completa y muy diferente a las demás ya que aquí no es el papá que entierra una daga a su hija por no haber cumplido su petición de dejar de ver a su amado. Algo interesante es que la historia da un giro cuando Luisa recibe los dos libros y se enclaustra para poder dedicarse a la lectura de los mismos en tanto Antonio resulta ser un mestizo descendiente de un cacique.

Las otras versiones se parecen más unas a otras, las historia se da entre Ana y Carlos en una relación amorosa que el padre no admite pues desea que su hija se case con un español que además de ser amigo suyo era adinerado, garantizando con ello el futuro de la familia... ¿Qué más sucedió?... Aquí tienen la historia que nos presenta Salvador Ponce de León:

Lo que voy a contar a ustedes presenta tristes pasajes, en el tierno amor que se profesaban dos jóvenes: Ana y Carlos. Ella, hermosa y pura como una vestal, frisaba en los veinte años y era cariñosa y única hija. Él, apuesto mancebo como de veinticinco años, alto y fornido, tez morena y de carácter arrogante

² Carlos de Gante, *Cuentos Históricos Guanajuatenses*, Puebla, México, Tip. Gante-Diazsanciprian, núm. 16, 1908, pp. 71-84.

te, adornado de las mejores cualidades morales, como la de no adolecer de ningún vicio, y dedicarse con empeño a cumplir con el trabajo que su tío, el escribano, le proporcionaba en su oficina; estimulado, además, con la promesa de que a la muerte de éste, heredaría la escribanía. En esas condiciones conoció a doña Ana casualmente, y como afirman los cuentistas románticos, tan pronto se miraron, un lazo amoroso e indestructible ató a ambos. Carlos, a partir de ese momento, pasó con frecuencia por la casa de doña Ana en los atardeceres, porque era la hora en que salía de su trabajo. Y ella, con el mismo afán de verlo se situaba en el balcón, hermosa como una Dulcinea, blanquísima, de grandes y expresivos ojos negros, luciendo un bellissimo y auténtico mantón de Manila que su padre le había obsequiado; de modo que en cuanto pasaba el apuesto galán, ella le regalaba con una encantadora sonrisa.

Así transcurrieron varias semanas, hasta que él se atrevió a saludarla y la joven le correspondió con una amable inclinación de cabeza. Al día siguiente se inició la plática, titubeante al principio, pero cordial, como empieza todo noviazgo, y más tarde, como correspondía a dos enamorados, acompañada de dulces frases y promesas de amor. Rápidos pasaron las semanas y los meses, envueltos en las halagüeñas esperanzas de realizar pronto sus dorados sueños ante el altar, contando con la venia de la madre de ella, de doña Matilde, digna y virtuosa matrona que había aceptado con buenos ojos las relaciones de su hija con aquel joven de irreprochable conducta, aunque de escasos recursos económicos. Sin embargo, tenía la oposición del padre, que tenía planeado casarla con un amigo suyo, potentado, residente de la Península, a quien Ana jamás había visto. Tal circunstancia hizo pensar a doña Matilde que aquellas pretensiones no tenían más fuerza que las de un vago proyecto, y de acuerdo con los jóvenes, juzgó pertinente comunicarle al padre aquellas santas relaciones, que no habían pasado de meros coloquios al pie de la ventana de su casa.

En cierta ocasión el padre sorprendió a los jóvenes en amena charla, y después de haber denostado a Carlos severamente, le prohibió que volviera a hablarle a su hija. Por cuanto a ésta, la amenazó que de continuar aquellas relaciones, la recluiría en un convento. Y doña Matilde, excuso aclararles, fue objeto de duras reconvenções. Es decir, aquel idilio prácticamente había quedado roto; no obstante, ninguno de los dos amantes quedó conforme con la actitud irascible del padre, y Carlos decidió reanudar sus relaciones a espaldas de aquél. Ideó, pues, alquilar una habitación en una casa situada frente a la de su novia, en donde había una especie de postigo a la altura de la ventana, por donde él podría hablar libremente con su novia, sin ser advertido, y fraguar algún plan que llegara a ablandar la voluntad del obstinado padre. Mas en cuanto urdían un plan, tan pronto venía por tierra, para dar lugar a otro

que les parecía mejor. Así pasaron las semanas, ocultando su noviazgo a la luz del día, y sólo viéndose a altas horas de la noche, desde la ventana de la joven y el escondrijo de él, cuando el padre de la doncella estaba entregado al sueño. Mas la desgracia abatió de repente aquel amoroso diálogo, pues el padre, habiendo sospechado aquellas misteriosas entrevistas, se levantó furtivamente de su lecho, sacó de su buró una filosa daga, y ciego de ira se dirigió hacia la ventana; se le interpuso en el camino su esposa, tratando de disuadirlo; mas él violentó la escena y llegó hasta donde estaba la joven, quien al ser sorprendida, consternada, pretendió dar una explicación, sin que le diera tiempo, pues el padre le clavó en mitad del pecho aquella aguda arma.

Ana quedó moribunda, boca arriba en el pretil de la ventana, e inclinada levemente a un costado, con un brazo caído hacia el callejón. En ese momento la argentada luz de la luna alumbró tan dramático cuadro, y se vio cómo el joven amante, conturbado por el más intenso dolor, tomó, ansioso y efusivo, la blanquísima mano de la novia, le imprimió un tierno beso, y dos ardientes lágrimas humedecieron aquella azucena marchita. Desde entonces, se le llamó a esta callecita romántica, El Callejón del Beso.³

Otra versión muy parecida es la que nos narra Juan José Prado, que como mencionó su hijo, recopilaba distintas versiones y sacaba apuntes tanto bibliográficos como de entrevistas a la gente para hacer su propia versión. De igual manera Juan José Prado –hijo–, ha representado en teatro dicha leyenda y al igual que el papá también construye su propia versión:

[...] bueno la historia que yo encontré, basándome en el libro de mi padre, yo me base en el libro de mi papá, y luego leí otros libros para ver que coincidencias tenía con las de mi papá, si ya había las mismas coincidencias, tal vez en nombre no, e inclusive yo he inventado nombres, pero siempre se menciona el padre de Doña Ana, nunca mencionan el nombre, yo basándome en una bebida le puse don Pedro, nada más así, pero fue nomás basándome en el nombre de una bebida, pero nunca se menciona el nombre del papá, y dice, “entonces llega el padre de Doña Ana y le clava una daga”, también le puse nombre de la Matilde, a la dama de compañía de Ana; y yo he visto en otros libros que se llaman de otra manera los personajes, ¿no? la más famosa sí es don Carlos y doña Ana.⁴

³ Salvador Ponce de León, “El Callejón del Beso”, en: José Rogelio Álvarez, Selección, introducción y notas onomásticas, *Leyendas mexicanas*, Volumen II, España, Editorial Everest, pp. 404-407. Esta leyenda fue retomada del libro *Guanajuato en el arte, en la historia y en la leyenda*.

⁴ Entrevista hecha a Juan José Prado, por Gabriel Medrano de Luna y Francisco Javier

Expongamos ahora la versión hecha por Juan José Prado que a diferencia de otras versiones improvisa diálogos entre los enamorados. Esta historia a su vez sirvió como modelo para que otros autores escribieran dicha leyenda con nuevas fuentes de información:

Cuántas y cuántas veces oró doña Ana ante aquel milagroso San Antonio de su alcoba.

¡Con que infinidad de lágrimas empapaba sus finas batistas!

La dura intransigencia de su padre la aterraba, y las ternuras de doña Matilde, su dama de compañía desde la muerte de su madre, eran muy débiles para acallar su desesperación.

Porque su desesperación era muy honda: en contra de la voluntad del padre, había aceptado las insinuaciones amorosas de aquel apuesto galán: aún saboreaba con dulzura el recuerdo del día en que don Carlos se había prestado a ofrecerle el agua de la pila del templo.

Descubiertos aquellos amores disimulados, con qué furia se abatió sobre ella el enojo de su padre. Se vino el encierro, la amenaza de enviarla a un convento lejano donde murieran sus ilusiones...

Pero a últimas fechas había cambiado su resolución: tenía el proyecto de casarla en la Península con un viejo y acaudalado noble. Así acrecentaría la herencia de la esposa, cuya fortuna se mermaba a grandes pasos.

Fueron inútiles los ruegos: el padre exigía la sumisión a sus mandatos, y ya Matilde tenía instrucciones de arreglar la ropa y vestidos de doña Ana para iniciar el viaje de regreso a la Península.

Juntas lloraron mucho tiempo en espera del milagro. Pero éste no venía.

Y el tiempo acercaba implacable la fecha de la partida.

Al fin pudo Matilde salir para llevar a hurtadillas a don Carlos la infausta nueva.

Rápido, urdió mil planes: primeramente pensó en obligar al padre a consentir en su boda y hacerlo desistir de su propósito de casarla con un desconocido; luego, ante la seguridad del fracaso, pensó en el duelo: lo retaría a singular combate, y ya huérfana, se casaría con ella. Pero. ¿Aceptaría casarse con el matador de su padre? No, indudablemente que no aceptaría. ¿Entonces...? ¡El rapto! La raptaría y... ¿Y la sociedad? ¿Sería bien aceptada por la sociedad, la esposa de don Carlos, después del escándalo que se originaría con el rapto?

Aquí su imaginación no acertó a discurrir más. Tan sólo tuvo una idea que se dispuso a poner en práctica.

Velásquez Estrada, el día 25 de julio 2008, en Guanajuato, Gto.

Una de las ventanas de la casa de doña Ana daba a un callejón muy estrecho, tan estrecho que se podía tocar la pared frontera sacando la mano.

Y la casa de enfrente, precisamente a la altura de la ventana de su amada, tenía un pequeño postigo. Si consiguiera entrar en tal casa bien podría don Carlos escuchar las palabras de la propia boca de doña Ana, y pedirle que le ayudara a resolver tan grave problema.

Informóse con el Notario quién era el dueño de aquella casa. La hizo pagar a precio de oro y fué a esperar a Matilde para transmitirle la cita a doña Ana.

Muy grandes abrió los ojos, asombrada, Matilde. Pero con verdadero regocijo acogió el plan de don Carlos y llevó el recado a su destino.

Por la noche, con cuánta impaciencia aguardó don Carlos en su reducto.

De pronto la ventana se abría. Una sombra se asomó y una mano blanca y perfumada salió ofrendándosela.

don Carlos sintió su corazón darle vuelcos, y se apresuró a tocar aquella tersa mano.

—Doña Ana.

—don Carlos.

—Sois mi vida, doña Ana.

—Y vois la mía, don Carlos.

Pero de improviso se escucharon voces en la casa de doña Ana. El padre se había levantado y luchaba con Matilde que trataba de contenerlo.

Atónita, doña Ana no tuvo tiempo de quitarse del lugar en que se encontraba, y habiendo el padre sorprendido el ardid, enfureciese y sacado su daga la clavó en el pecho de su hija.

Mudo testigo fue don Carlos de la tragedia.

Quedó el brazo de ella colgando sobre el callejón, y en silencio don Carlos depositó un beso en la mano yerta de doña Ana.

Por eso se llama desde entonces el “Callejón del Beso”.⁵

El encanto de esta leyenda no sólo la ha hecho la más famosa de Guanajuato, sino también ha logrado crear un público cautivo al representarla en teatro, como señala Juan José Prado —hijo—, quien nos cuenta que hay una versión española con la misma trama de la historia y que ha sido escenificada frente acaso 300,000 personas.

[...] se alcanzan a tocar las dos ventanas, este, y estando ahí es cuando llega el papá, y los cacha a los dos, y en vez de matar al muchacho mata a la muchacha, mata a su hija, y se arrepiente, y hasta ahí se queda la historia, nunca se

⁵ Juan José Prado, *op. cit.*, *Leyendas y tradiciones guanajuatenses*, pp. 13-21.

sabe qué pasa con el papá, no se sabe que pasó con don Carlos, sabes que se murió la hija, hasta ahí, eso es lo mágico de las leyendas, es una leyenda muy comparable a las que existen en otros lugares, tenemos una similitud con la ciudad de Teruel, en España donde hay un romance, el romance de doña Isabel, es muy parecido, lo escenifican inclusive en Teruel, España, es una leyenda, están enamorados dos, una muchacha y un muchacho, el papá la quiere casar con otro fulanita, otro señor, y eh, cuando él va, don Carlos, en este caso el yerno era Carlos, de esa historia, y ya le pide que se huya con él, y ella le dice no, yo ya estoy comprometida con otro, entonces él va y se suicida, estando ahí casándose con el señor, pasa el cortejo fúnebre donde llevan al muchacho, la muchacha acababa de casarse con el otro, sale y ve al otro que va pasando en ese momento, y creo que se mata en ese momento.

Son situaciones románticas, trágicas, que dan pie a historias conmovedoras, que esta ciudad de Teruel, gracias a esa leyenda junta cerca de 300,000 personas para ver esa representación callejera, es algo que yo he estado tratando de hacer, llevo dos años ya representando esta leyenda, aquí en los jardines y dentro de San Sebastián, no se llega a esa cantidad de gente pero es un principio pa' tratar de rescatar en un teatro itinerante, moviéndose sobre los jardines y por las calles, pero es una similitud de las leyendas.⁶

Efectivamente, hay muchas situaciones románticas y trágicas que dan pie a historias conmovedoras como la leyenda del Callejón de Beso. La historia referida por Juan José Prado es muy parecida a la que nos cuenta Guadalupe Appendini, sólo que ésta autora añade más datos y hace una adaptación más completa, para constatarlo examinemos la siguiente narración:

Al visitar la capital del Estado de Guanajuato y disfrutar de esa ciudad colonial, es obligado realizar una “callejoneada” por los evocadores rincones y estrechas callecitas de ese lugar de leyenda, en donde los sabrosos relatos se van sucediendo de generación en generación.

Es tal la curiosidad que existe por conocer las múltiples leyendas que guarda ese histórico lugar, que hay personas especializadas, que sirven de guía para realizar los recorridos a los sitios en donde tuvieron lugar las “historias”, que el pueblo ha inventado, o ha adornado –según su ingenio e inventiva– convirtiéndose en leyendas, que a su vez, forman parte de la historia de esa provincia.

“El Callejón del Beso”, es de las tantas leyendas que existen en Guanajuato, una de las fábulas más “socorridas”, y según el relator la va haciendo más interesante, agregándole de su cosecha datos “espeluznantes” que le dan

⁶ Entrevista hecha a Juan José Prado, por Gabriel Medrano de Luna y Francisco Javier Velásquez Estrada, el día 25 de julio 2008, en Guanajuato, Gto.

un giro más interesante, por lo que el oidor, no pierde detalle del suceso.

Desde épocas muy lejanas se viene contando esta fábula. Se dice que doña Ana, era una joven muy bella. Desde muy niña había perdido a su madre, la que había muerto de “tiricia”, (posiblemente un cáncer que entonces todavía no se diagnosticaba) y se quedó a su cuidado doña Matilde, la dama de compañía de su señora madre, que desde que nació doña Ana, la vio como una hija.

Doña Matilde, una mujer madura, gruesa, con facciones duras, pero de gran bondad, vio crecer a la niña, a la que le dio no solamente su atención, sino su ternura, lo que hacía contraste con la rigidez y dureza de su señor padre, que aunque la adoraba, para hacer sentir su autoridad, era adusto e inflexible y por su actitud de frialdad, parecía que no quería a su hija.

Doña Ana, como toda mujer provinciana de la época, era muy piadosa. Todos los días iba a misa a la Catedral, acompañada de doña Matilde, su fiel amiga y confidente, la que había dejado a su familia para dedicarse en “cuerpo y alma”, a aquella pequeña huérfana, que no había conocido el cariño de madre.

En una de tantas veces que la joven, acompañada de su nana, Matilde, fue a la iglesia a cumplir con sus deberes de cristiana, conoció a don Carlos, un apuesto galán, que al ver a la niña se prendó de ella. Doña Ana tenía dieciocho años, era muy bella; con un cutis como de porcelana, sonrosado y unos bellos ojos negros y rasgados, los que dejaban ver la gran ternura de su corazón. Su pelo era blondo, el que como “cascada” caía sobre sus hombros. Su boca parecía que estaba dibujada y una nariz respingona que la hacía muy “agraciada”.

don Carlos se paró cerca de la pila del agua bendita y una vez que doña Ana iba a tomar esa bendición, él tuvo el atrevimiento de ofrecerle con su mano el agua, a lo que ella sonrió. Varios días sucedió lo mismo. Doña Matilde se hacía la desentendida y los jóvenes, se intercambiaban miradas amorosas. Por varios meses los dos asistieron a la misa de ocho de la mañana.

Así nació el romance de don Carlos y doña Ana, bajo la vigilancia de doña Matilde que aprobó este puro amor entre los dos jóvenes, que ya estaban en edad de merecer.

Como del cielo a la tierra no hay nada oculto, pronto se empezó a rumorar sobre el noviazgo de estos jóvenes de sociedad; lo que no tenía nada extraño, ya que don Carlos era hombre trabajador, uno de los mejores partidos de Guanajuato y doña Ana, una chica muy bella, la que tenía derecho a querer y ser correspondida. Pero su padre, no lo entendía, pensó que su niña no había crecido, que era una bebita a la que tenía que cuidar y encerrarla en un capelo y así conservarla toda su vida.

Nunca falta un “chismoso”, hombre de mala ley, resentido con la vida, el que no puede ver que alguien sea feliz, y le hablo al padre de doña Ana; le refirió los amores de su hija con don Carlos, solapados por la ama de llaves doña Matilde. El padre enloqueció de rabia; su hija no podía entrevistarse con ningún hombre. Desde ese momento le prohibió salir más a la calle y la amenazó con enviarla a un convento lejos de Guanajuato para que se olvidara de aquel hombre.

El padre de doña Ana, un hombre rico y ambicioso, medito una noche sobre la situación y cambio de opinión. En lugar de encerrarle en el convento de “Las Arrepentidas”, sería preferible casarla con un noble acaudalado; si fuera viejo, mejor, así el sería el encargado de cuidarla.

Debería ser rico para acrecentar la fortuna que la madre de Ana le había dejado a su hija.

Pensó en varios prospectos y cuando ya le había echado el ojo a uno (el más rico), habló con su hija, le dio a conocer su decisión y tanto a ella como a Matilde les ordenó arreglaran sus cosas, pues salían de viaje a la Península Ibérica, en donde su hija contraería matrimonio con un amigo suyo, un acaudalado español, que estaba de acuerdo con él para unirse con doña Ana.

Cuando doña Ana se enteró del asunto, tanto ella como Matilde lloraron mucho, a ningún precio se casaría con un hombre, al que no conocía, y mucho menos que no quería, seguramente un tipo viejo, asqueroso, que le faltaran los dientes y que se quedara dormido en la mesa, después de comer.

Pasaban los días y las dos mujeres no sabían que hacer por más que pensaban, nada se les ocurría y lo peor, que no podían consultarlo con nadie por tenerlas encerradas el papá de doña Ana.

Por su parte, don Carlos estaba también desesperado, se pasaba toda la mañana en Catedral pensando que doña Ana iría a cualquier misa, pero todo era inútil. Se las había tragado la tierra.

Una mañana doña Ana amaneció optimista, muy decidida, escribió una misiva a don Carlos, en la cual le platicaba la situación por la que estaba pasando. Le expresó el deseo de su padre y la irremediable partida a España la siguiente semana. Doña Ana le entregó la carga a doña Matilde, le suplicó que buscara a don Carlos hasta que diera con él y le hiciera entrega del pliego, y esperara la contestación.

Doña Matilde se echo la carta al “seno” y como fugitiva salió de la casa. No paró hasta que dio con el novio de doña Ana, el que al leer la carta, fue cambiando de color hasta estar amarillo tango. Por un momento le pasaron mil cosas por su cabeza, como hablar con el papá de Ana, pedirle consintiera en su matrimonio; no podía obligarla a casarse con un desconocido. Pero... sabía la obcecación del papá de su novia, y ante el fracaso, pensó en un duelo;

lo retaría y si quedaba con vida, se casaría con Ana. ¿Pero aceptaría casarse con quien había dado muerte a su padre? Indudablemente no. ¿Entonces? ¡El rapto! La raptaría... ¿Qué pensaría la sociedad? La aceptaría después del escándalo que originaría el rapto?

Don Carlos no podía dar solución a su problema, ni ordenar sus pensamientos. Por fin, tuvo una idea y se dispuso a ponerla en práctica.

Una ventana de la casa de doña Ana daba a un callejón muy estrecho, tan estrecho que se podía tocar la pared frontera sacando solamente la mano.

En la casa de enfrente, precisamente a la altura de la ventana de la recámara de doña Ana, había una ventana, por la cual pensó don Carlos que si lograba introducirse a esa casa, podría verla, hablar con ella y entre los dos, resolver el grave problema en el que se encontraban.

Don Carlos pertenecía a una familia distinguida y respetada en la ciudad. Todos conocían su honorabilidad y buen juicio por lo que no le costó trabajo hacer gestiones para comprar la casa, cuyo dueño era un notario, amigo de sus padres. Éste se la vendió a un alto precio (más de su valor real), pero gustoso se lo pagó con tal de poder hablar con su novia a la que tenían encerrada.

Lo primero que hizo fue espiar a Matilde que salió a la calle por algún encargo. Le contó su plan, pidiéndole se lo comunicara a doña Ana, señalándole la hora en que podían entrevistarse de ventana a ventana. A Matilde, a la vez que le dio susto, sintió una gran alegría de que se pudieran ver los novios, antes de que salieran de viaje a Europa. Feliz llegó a la casa a platicarle a su ama lo que tramaba don Carlos.

A la hora señalada se abrieron los dos balcones; doña Ana lloraba de alegría y el corazón de don Carlos palpitaba de emoción de ver a la mujer de sus sueños. Se iniciaron promesas de amor eterno, nada ni nadie los separarían, lo juraron al apretarse las manos, cuando de pronto... se escuchó un grito estridente que los dejó helados. Era el papá de Ana, que “descompuesto” alterado hasta la locura, gritaba con toda su fuerza: “¡mala hija!, ¡traidor!, ¡ladrón!...” Doña Matilde trataba de contener la furia de su amo al que le decía: “Recapacite, no hay nada de malo, los muchachos se quieren, piénselo”, pero de un aventón la mando al otro lado de la pieza.

Doña Ana, se quedó muda, a la vez que sintió las piernas paralizadas lo que le impedía moverse. don Carlos pálido como muerto, no supo qué hacer, sabía lo que le esperaba a su amada, pero sentía una gran impotencia de defenderla, por haber una calle —aunque muy estrecha— de por medio.

Ofuscado el padre de doña Ana, sintiéndose burlado por la desobediencia de su hija y el atrevimiento de don Carlos, enfurecido sacó una daga y sin pensar lo que hacía, la clavó en el pecho de su única hija, la que poco a poco fue cayendo sin vida.

Aquello fue un cuadro dantesco. El hombre con los ojos que se le salían de las orbitas, el labio inferior caído, el rostro con un color cenizo y en la mano una daga ensangrentada. La joven y bella niña, tirada en el suelo desangrándose con un brazo que le colgaba al callejón. Y don Carlos depositando un beso en la mano yerta de doña Ana, de quien las últimas palabras fueron para su novio: “Hasta la muerte lo adoré”. Matilde gritaba como enloquecida, jalándose los cabellos: “Qué es esto. La tragedia entró a esta casa. Ave María Purísima, el diablo anda suelto...”

La noticia corrió como reguero de pólvora por la ciudad. Fue un duelo general, todo Guanajuato asistió al sepelio de doña Ana y en voz baja se comentaba la tragedia que ensombreció para siempre la casa de aquella familia.

Las cortinas de la residencia se cerraron para siempre; el papá de doña Ana, enloqueció y jamás volvió a salir de su casa, cuidado por enfermeros. Matilde desapareció. Se cuenta que se fue para su pueblo en donde falleció cuando era una ancianita de más de cien años y don Carlos... el mismo día de la muerte de doña Ana, puso tierra de por medio.

Ni sus propios familiares supieron en donde se encontraba. Después de muchos años, un conocido lo encontró en París, y al hablarle se hizo como el que no lo conocía. Se había cambiado hasta el nombre, y se dice que jamás volvió a México, llevó en Francia una vida de ermitaño, dedicándose a cultivarse. Nunca se casó, paso sus últimos días en la Ciudad Luz, tratando de olvidar aquel frustrado amor y la horrenda tragedia...

...Y el vulgo, con el ingenio que le es característico, bautizó la calle de las dos estrechas ventanas como “el Callejón del Beso”, el que a la fecha es conocido y la leyenda sigue siendo la atracción de los turistas.⁷

Manuel Sánchez Valle en su Guía Histórica y Turística de Guanajuato refiere la misma historia pero además ofrece al principio otra versión muy poca conocida; lo diferente de su texto es que al final presenta un poema que surge a partir de la leyenda:

Cuenta la leyenda que un capitán de dragones, amigo de un alto funcionario e insigne benefactor de Guanajuato, conoció a una dama de 18 años, caracterizada por su belleza y su costumbre de usar trajes de los más costosos de esa época. Este capitán intento seducirla, construyendo una casa junto a la de su amada, y logró hablarle a través de la reja que separaba a ambas construcciones. El padre de la joven, cuando se dio cuenta, mató a su hija y también al capitán. Desde ese entonces, parece que se besan las almas de los amantes.

Otra leyenda, y la más conocida, dice que antiguamente vivían dos ena-

⁷ Guadalupe Appendini, *op. cit.*, *Leyendas de provincia*, pp. 168-173.

morados llamados Doña Ana y don Carlos. Ella era una rica española cuya casa quedaba del lado izquierdo; él un pobre minero, tenía su casa enfrente (lado derecho).

Una noche, el padre de Ana los encontró besando desde los dos balcones contiguos. Le dijo a su hija que si la volvía a ver en tales circunstancias iba a matarla, pero Ana volvió al balcón para encontrarse con Carlos, el padre no le dijo nada, bajo a la recámara y tocó una daga, que enterró en la espalda de doña Ana, quien estiró el brazo derecho dándole sobre el dorso de su amada el último beso.

El callejón mide 45 centímetros de su parte más angosta y 68 entre los dos balcones.

don Carlos trabajó en la mina de la valenciana y posteriormente ahí se suicidó. Ahora, dice la leyenda que las parejas que visiten este Callejón del Beso, si no se dan un beso en el tercer escalón, se llevarán siete años de mala suerte, y si se lo dan, quince años de buena suerte.

Callejón inesperado
en que se perdió un suspiro,
porque antes del beso aquel
ya suspiraba el olvido.

Hoy en todas las ciudades
ese callejón propicio,
donde las bocas se oprimen
en un anhelo furtivo.

Callejón de dos balcones
con un silencio expresivo,
casi se tocan, se tocan,
en las noches de platino.

Casi se tocan las almas,
callejón largo al contacto fugitivo
del beso en que se perdió un suspiro.⁸

La historia hecha por Ezequiel Almanza Carranza es muy diferente a las demás, como lo señala Joaquín Arias:

⁸ Manuel Sánchez Valle, *Guía Histórica y Turística de Guanajuato*, México, Presidencia Municipal de Guanajuato-Dirección Municipal de Cultura, 1ª edición, 2001, pp. 115-117.

El maestro Almanza Carranza, le dio un giro total a esa leyenda, la del Callejón del Beso, se comete un crimen. Esta persona va a casarse con la heroína después de haber mandado matar al héroe de la leyenda, él mismo lo mata, mandándolo fuera de Guanajuato y después se sabe perfectamente que él fue, incluso lo narra en dos tiempos. El tiempo de la leyenda, en la cual no hay el crimen del papá...⁹

Esta interpretación también cambia los nombres de los protagonistas, la mujer es una huérfana de nombre María Teresa y no es rica como en las otras historias, su amado es un señor rico llamado Alfonso, pero aquí se incluye a un segundo enamorado llamado Fernando quien para lograr casarse con María Teresa mata a su prometido que es Alfonso; pero sobre todo para lograr enlazar la historia incluye a otro personaje conocida como “La Coyota”, de hecho, al final de la leyenda dice que ese suceso dio origen para que a esos callejones se les llamara del Beso y de la Coyota. Mejor será mostrar esta interesante leyenda:

Es noche de plenilunio.

La linajuda ciudad de Santa Fe y Real de Minas de Guanajuato se baña con luz de luna, para que sus embrujados callejones luzcan su belleza escondida.

La campana mayor lanza su quejumbre de bronce anunciando el toque de silencio. Es la hora propicia para que la abuela relate cuentos de fantasmas y aparecidos y se rece el rosario de las animas.

La ronda pasa por la calle real, provista de su farol de mecha, y de tiempo en tiempo anuncia las horas de la noche. El silencio es solemne, enmarcado en la pálida blancura de la luna.

De repente, la soledad se llena de una música tenue y arrobadora que lanza sus notas armoniosas en el callejón más estrecho de Guanajuato. Un laúd y un salterio se quejan al pie de una ventana llena de tiestos floridos. Una voz varonil canta una endecha, con acento apasionado.

A la luz de la luna se destacan las figuras de tres jóvenes embozados en sus capas, que han ido a ofrecerle serenata a la criolla más hermosa de Guanajuato. Se llama María Teresa, de ojos gitanos, en cuya mirada se despiertan las auroras y se duermen los ocasos. Sus dieciocho años de vida le dan ese

⁹ Entrevista hecha a Joaquín Arias Espinosa, por Gabriel Medrano de Luna, el día 3 de abril de 2008 en el Jardín Unión, en Guanajuato, Gto. Como parte del “Seminario de Culturas Populares” de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Guanajuato.

derecho de lucir su belleza con la arrogancia de su coquetería que es natural en toda mujer bonita.

El enamorado que ha ido a cantarle, acompañado de sus dos amigos, se llama Alfonso, es el primogénito de un rico minero que atesora sus caudales de miles de doblones en viejos balcones de hierro. Todas las noches en la solitaria callejuela se escucha esa música al pie de la ventana de María Teresa, quien la recibe conmovida oyéndola detrás de las cortinas, música deliciosa que la hace soñar en divinos idilios y dulces esperanzas, que han que trocarse en realidad para cuando tengo la dicha de poder concederle la primera cita de amor.

Pero esa noche, después de que se apagan las notas de la canción se entreabre la ventana y aparece el rostro angelical de ella. don Alfonso se le acerca y le declara su cariño... Tantas noches que espero ese momento para hablarle y decirle lo mucho que la quiere. Pero la entrevista es de breves instantes suficientes para jugarse amor eterno.

Ella es huérfana y está amparada con una tía que se desvive por complacerla en todo. Ella se imagina que esa María Teresa a quien le lleva música todas las noches, y desde luego le ha advertido que debe ser cauta para corresponderle a don Alfonso, porque se trata de un hombre rico, y ellas no igualan en fortuna. No obstante eso, las relaciones se formalizan, y noche a noche los idilios se suceden.

A María Teresa la pretende un militar que ha jurado hacerla suya, cueste lo que cueste se llama Fernando, y es Alférez del Regimiento Provincial que resguarda la alcaldía de Guanajuato. Pero ella esquivo todo contacto con él, por queno lo quiere.

Un poco más debajo de donde vive la hermosa muchacha de ojos gitanos, habita en un cuartucho una mujer a quien apodan "La Coyota", porque se dedica a conseguir mujeres fáciles y a llevar y traer mensajes amorosos a quienes solicitan sus servicios. El Alférez la conoce, y desde luego la contrata para que lo tenga al tanto de las entrevistas de don Alfonso y María Teresa, quienes cada vía se quieren más. El militar no acepta esos amores, y cuando comprende que es imposible poseer ese cariño, urde vengarse. Le paga con esplendidez a "La Coyota" para que los espíe día y noche, mientras él buscaba la forma de perjudicarlos.

Días después, su padre le ordena a don Alfonso que debe realizar un viaje a la Villa de Guadiana de la Nueva Vizcaya, donde también tiene negocios mineros y su presencia es indispensable. Acuerdan la fecha en que debe partir, y se hacen los preparativos. Hay que salir muy de madrugada, pero antes de todo, tiene que despedirse de María Teresa.

La víspera del viaje, ha llovido a cántaros todo el día, y por la noche sigue una lluvia tupida y pertinaz, que no deja transitar a nadie por las calles. Pero

urge salir a las tres de la mañana porque así lo requiere el caso. A las doce en punto don Alfonso se encuentra frente a la ventana de su prometida. Va envuelto en una capa española para evitar que el agua lo empape... enseguida aparece María Teresa, notándole en su rostro resplandeciente de belleza cierta expresión de tristeza, porque va a marcharse lejos de ella el hombre que es la adoración de su vida.

Los momentos corren de prisa pero ellos están embelesados con las palabras que se dicen y las caricias que se prodigan... pero llega el instante de la separación, como son todos los instantes que anteceden a las despedidas: dolorosas y estrujantes.

Por primera vez, don Alfonso le pide un beso, y María Teresa toda ruborosa, se lo concede... es el primer hombre que la besa en su vida, con un beso divino y fascinante, donde se ha desbordado todo el amor que se profesan. Es caricia que estalla en estremecimientos, para sellar una pasión eterna.

—Que este beso sea el juramento que me haces, de no querer a nadie más que a mí... prométeme que esperarás mi regreso, para unir nuestras vidas para siempre, le dice él.

—Te juro, por este amor que te tengo y que ya es tuyo, le contesta ella.

La lluvia sigue cayendo sollozante y monótona...

—Dime adiós con tu mano. Quiero llevarme la caricia de ella impresa en las mías... y María Teresa la coloca entre las de él, que la llena de besos.

—Entumida de frío por la lluvia está, ella le dice. Y la coloca encima de su corazón.

Al separarse, don Alfonso queda esperando que ella cierre la ventana. Los heliotropos y los jazmines exhalan su perfume como despidiéndose de él.

Al iniciar su regreso, advierte que cuatro sombras se dirigen a su encuentro, estorbándole el paso... apenas tiene tiempo de sacar su espadín, cuando se le van encima con sus aceros descubiertos, entablándose un duelo desigual. Luchan con violencia. Las espadas al chocar producen un ruido lúgubre de muerte, y al final, rueda un hombre agonizante...

Clarea la mañana... la lluvia ha cesado, pero antes, ha lavado la sangre del empedrado, el cielo quedan jirones de nubes arrojando los tintes de una aurora opalina. Las golondrinas cantan en él alfeizar de la ventana donde hubo besos y despedida.

María Teresa ha despertado, su primer pensamiento vuela en pos de don Alfonso, que tal vez a esas horas va galopando por la campiña rumbo a la Villa de Gadiana... a su recuerdo enciende una lamparilla de aceite para que alumbré la imagen de la Guadalupana, que ha de cuidarlo en su camino, y para que lo traiga pronto.

Han transcurrido lentos seis meses, y María Teresa no recibe noticias de

su ausente. Tal vez sus ocupaciones no le permiten escribirle, pero abriga la esperanza de que pronto regrese.

En ese desatino está cuando un día recibe carta, donde le comunican gentes desconocidas que don Alfonso fue asesinado por los indios Tepehuanes del norte. La noticia le hace enloquecer de dolor y desesperación. Cree que la pena la matará si él no regresa, porque no podrá soportar esa tragedia.

El padre de don Alfonso igualmente recibe la noticia de la muerte de su hijo, y ordena que dos de sus criados más fieles se trasladen a aquella lejana provincia para recabar informes.

La tía le propone a María Teresa que viajen a la capital de nueva España, para que el cambio de lugar mitigue un poco su dolor. Así lo hacen, y se radican en aquella ciudad durante veinte años, en cuyo transcurso de tiempo muere de tristeza el padre de don Alfonso sin poder aclarar el misterio de la muerte de su hijo.

Pasados esos años, un día María Teresa y su tía regresan a Guanajuato. Hay en ella cierta resignación. Su cabello pinta canas, y arrugas prematuras surcan su rostro pero su belleza persiste a pesar de todo lo que ha sufrido.

don Fernando, el Alférez, al saber el regreso de María Teresa, vuelve a pretenderla; y ante la imposibilidad de recuperar el cariño de don Alfonso, le corresponde al militar. Con este triunfo él le ofrece matrimonio, y ella al aceptarlo, se fija la fecha de los esponsales.

La noche víspera del matrimonio, cuando María Teresa tiene en su casa el vestido blanco de novia que ha de lucir al día siguiente, llaman a su puerta. Es una mendiga la que la busca.

La hace entrar, y en la penumbra de la sala, le confía un secreto. Le relata que, en sus años de pecadora le llamaron “La Coyota”. Que ella sabe quién mató a don Alfonso su prometido.

Fueron cuatro soldados del Regimiento que comandaba el Alférez don Fernando. Que una noche lluviosa lo asesinaron a estocadas en ese callejón, después de la última entrevista... que el cuerpo moribundo de don Alfonso fue escondido en la casa de “La Coyota”, hasta que falleció, habiéndolo sacado después para llevarlo a la mina de maravillas, donde fue arrojado en el socavón... que el alférez fue el autor de este crimen...

Cuando la vieja mendiga terminó su relato, desapareció en la oscuridad de la callejuela.

Con esa confesión, María Teresa revivió sus momentos de felicidad y sus años de tortura. Volvió a sentir todo el mal que le había hecho el destino y don Fernando. Anonadada quedó en un sillón, con la vista fija en la ventana donde había recibido el primer beso de su vida, y había jurado fidelidad en aquella noche lluviosa...

Sería la media noche, cuando vio junto a ella una sombra.

Creyó que era una alucinación motivada por su estado de ánimo provocado por la impresión del sufrimiento que le renacía.

Pero aquella sombra le habló:

—María Teresa, vas a quebrantar tu juramento que me hiciste esa noche al darme un beso, de que no serías de nadie más que mía... Recuerda, que desde la eternidad te sigo amando y no permitiré que seas de nadie. Vengo por ti...

María Teresa quiso detener esa sombra que le hablaba, para irse con ella al más allá, por que reconoció que era don Alfonso que volvía.

Al levantarse del asiento para seguirlo, cayó al suelo, insensible, invadiendo su cuerpo un temblor que la hacía estremecer.

A la mañana siguiente, cuando la tía fue a despertarla para avisarle que ahí estaba su prometido para ultimar todos los detalles del matrimonio que se celebraría ese día en el templo de San Diego de Alcántara, la encontró muerta. La sorpresa que le causó la confesión de a “La Coyota”, de que fue el Alférez con el que se iba a desposar era nada menos que el autor del asesinato de don Alfonso, victimado frente a la ventana de su casa, fue lo que había motivado la muerte fulminante de ella, cuyo secreto se llevó a la tumba.

El paso de los años fue borrando esa tragedia, pero como todos los dramas que trascienden al pueblo, toman el camino de la tradición y la leyenda, los vecinos de ese lugar aseguraban que en las noches de plenilunio del mes de enero, escuchaban una música deliciosa y fascinante, y en las noches lluviosas de junio veían cinco espectros con figura humana que luchaban con sus estroques, al desvanecerse en las sombras esos fantasmas, quedaba flotando en el ambiente el eco doloroso de un lamento que exhalaba un cuerpo herido.

Después, el silencio de la noche envolvía la callejuela.

Ese suceso dio origen para que a esos callejones se les llamara del Beso y de la Coyota.¹⁰

Andrés García es un autor que escribió dos libros sobre leyendas de Guanajuato, en ambos muestra casi las mismas historias y muchas veces reproduce párrafos iguales, en otras ocasiones sólo agrega algunos párrafos o le da un giro a la manera de contar la leyenda pero lo referido es lo mismo, además, es posible que sus versiones las haya tomado de los libros ya publicados como el de Juan José Prado y Ezequiel Almanza y tan sólo altera una mínima parte para hacer sus historia. Para dar un ejemplo, presentamos dos versiones de la misma leyenda que escribió este autor:

¹⁰ Ezequiel Almanza Carranza, *op. cit.*, *Relatos y sucedidos de Guanajuato*, pp. 73-79.

En la urdimbre de la añosa leyenda olorosa a siglos, se asoma todavía el recuerdo de aquella noche de tragedia que tuvo por epílogo el grito desgarrador de una hermosa mujer herida de muerte por el puñal artero de su padre, en el balcón florido de los idilios inefables, bajo la luz de las estrellas, en los momentos en el que el galán besa su mano blanca y perfumada.

Después las medrosas pisadas de alguien que huye furtivamente cuesta arriba, embozado en su capa y al amparo de las sombras fortunas, mientras la ronda se acerca presurosa por el callejón de “La Coyota”.

Dentro de la casa, la bella muchacha está agonizando.

Una enorme mancha de sangre sobre su pecho, que mana de la herida, semeja una rosa púrpura prendida en su vestido color azul... su padre la ha asesinado antes que permitir que se despose con el hombre que ella ama, y que él odia hasta la muerte.

La noche ha sido testigo del estrujante drama y el susurro del viento se convierte en queja y sollozo al recorrer la callecita escueta y sombría.

Desde entonces a ese pequeño Callejón se la llama “De el Beso”, paraje que atrae a viajeros por su rara fisonomía y su fascinante leyenda; pues aun no llegan nuestros visitantes a Guanajuato y ya vienen preguntando por donde se va a ese rinconcito, que es la primera estación que hacen en su recorrido por la ciudad embrujada y deliciosa.¹¹

He aquí la otra versión escrita en su libro *Guanajuato histórico y legendario*:

Érase don Carlos un opuesto y joven galán, trabajador y honrado quien se prendó de la joven y virtuosa doña Ana, tras largos desvelos y pesares, logró que su avasallador amor fuera correspondido por la gentil provinciana.

Felices en su romance, hacen planes para el futuro, más el padre de Doña Ana se entera de estos amores y furioso se opone a permitir este enlace, amenaza a su hija con internarla a un convento, más por azares del destino y quizás una vida licenciosa, éste se encuentra arruinado y cambiando de idea, compromete a su hija en matrimonio con un viejo acaudalado español con el cual pronto emprenderán viaje a la Madre Patria.

Al saber esto doña Ana, pasa las noches llorando y el amanecer sorprende a la bella dama orando y esperando un milagro del Todopoderoso para evitar esta unión, porque su corazón ya pertenece a otro caballero.

Su dama de compañía compadecida de ver a su niña con esta zozobra, corre e informa a don Carlos de lo que se ha tramado con la candorosa doncella.

Don Carlos angustiado no encuentra cómo resolver el problema y ce-

¹¹ Andrés García, *op. cit.*, *Guanajuato maravilloso y legendario*.

losos, por su mente pasan multitud de soluciones a cual más descabelladas, sosegado en su ánimo, planea una entrevista con su amada en la casa vecina, se encuentra una casa con una ventana pequeña que mira hacia el balcón de su amada, sólo medio metro que mira hacia el balcón de su amada, sólo medio metro los separa; con el permiso del dueño, don Carlos y la dama de compañía de doña Ana, concertan la cita para así resolver el problema que los atormenta; a la hora convenida, en la ventana el galán espera con ansia a la mujer amada, pos su balcón ella sigilosa asoma, y su blanca y dulce mano al ser querido ofrece, éste la toma y trémulo deposita casto y tierno beso, con frases de amor y cariño se juran amor eterno a pesar de lo tramado por el padre de ella, hacen planes, más de pronto se oyen ruidos en las casa de doña Ana, su dama de compañía luchando para que no entre a la alcoba, en cuyo balcón se llevaba a cabo una cita al amparo de las sombras, pero al fin entra el padre y furioso por ver sus planes frustrados de obtener dinero en abundancia al unir a su hija con el rico español, ciego de ira saca su puñal y con saña inaudita lo hunde en el pecho de su bella hija, don Carlos que presenció todo esto sin poder intervenir para salvar a su amada, embotados sus sentidos y sin uso de razón, sólo deposita un beso en la mano de su amada que queda colgando para afuera del callejón.

Después se oyen las medrosas pisadas del padre asesino que huye furtivamente cuesta arriba, embozado en su capa y al amparo de las sombras nocturnas, mientras la ronda se acerca presurosa por el callejón de La Coyota.

Dentro de la casa, la bella muchacha está agonizando, una enorme mancha de sangre de sobre su pecho de la herida, semeja una rosa púrpura, prendida en su albo vestido. La noche ha sido testigo de este estrujante drama y el susurro del viento se concierte en queja y sollozo, recorrer el callejón escueto y sombrío.

Desde entonces a ese pequeño callejoncito se le llama del Beso paraje que atrae a los viajeros por su rara fisonomía y su fascinante leyenda.¹²

Mostremos una versión más que Erasmo Mejía Ávila dejó como obra inédita, ahí mismo podemos dar cuenta que las variantes son mínimas de las versiones más recientes:

Uno de los lugares que más busca el visitante cuando viene a Guanajuato es el callejón del Beso, lugar al que atribuyen varias leyendas.

La que más gusta por su sabor de auténtica leyenda es la siguiente:

Se cuenta que doña Ana era hija de un padre intransigente, pero, como siempre sucede, nunca habrá suficiente vigilancia para evitar que el amor florezca.

¹² Andrés García, *Guanajuato histórico y legendario*, México, 1971, pp. 20-22.

Doña Ana era cortejada por su galán, don Carlos, en el mismísimo templo, primero ofreciéndole de su mano a la de ella, el agua bendita, al ser descubierta, sobrevinieron el encierro y hasta las amenazas de enviarla a un convento, y lo peor de todo, casarla en España con viejo y rico noble, con lo que, además acrecentarían su mermada hacienda.

La bella y sumisa criatura y su dama de compañía, doña Matilde, lloraban juntas. Así, antes de someterse al sacrificio, resolvieron que doña Matilde llevaría una misiva a don Carlos con la infausta nueva.

Mil conjeturas se hizo el joven enamorado, pero de ellas hubo una que le pareció más llevadera.

Una ventana de la casa de doña Ana daba hacia un angosto Callejón, tan angosto, que era posible, asomado a la ventana, tocar con la mano la pared de enfrente.

Si lograba entrar a la casa frontera, podría hablar con su amada y, entre los dos encontrar una resolución a su problema.

Preguntó quién era el dueño de aquella casa y la pago a precio de oro.

Hay que imaginar cual fue la sorpresa de doña Ana cuando, asomada a su balcón, se encontró a tan corta distancia del hombre de sus sueños.

Unos cuantos instantes habían transcurrido de aquel inenarrable coloquio amoroso, pues, cuando más abstraídos se hallaban los dos amantes, del fondo de la pieza venían voces de hombre. Era el padre de doña Ana increpando a Matilde que se jugaba la misma vida por impedir que su amo entrara a la alcoba de su señora, descubriendo la escena.

El padre venció, como era natural y, con una daga en la mano, de un sólo golpe la clavó en la espalda de su hija...

Don Carlos quedó mudo de espanto... la mano de doña Ana seguía entre la suya pero cada vez más fría. Ante lo inevitable, don Carlos, dejó un tierno beso sobre aquella mano de lirio, ya sin vida.

Es por eso que a este Callejón, sin duda uno de los más típicos de nuestra ciudad, se le llama "del Beso."¹³

Ahora cabría preguntarnos ¿cómo se sigue contando esta leyenda?, ¿cuál versión es la que más prevalece?, ¿cómo la narran? Para dar respuesta convendría mostrar tres versiones obtenidas a través de las entrevistas; se podrían rescatar más historias pero los guías de turistas que son quienes principalmente la cuentan, la aprenden de memoria y la transmiten de igual manera, coincide que los personajes principales son Ana y Carlos y también que cada pareja de enamorados deben darse un beso el tercer escalón para

¹³ Erasmo Mejía Ávila, *Lugares Históricos de Guanajuato*, 1908-1996 (obra inédita).

que gocen de quince años de buena suerte pero si no se lo dan tendrán siete años de mala suerte.

La primera versión la proporcionó José Manuel Hernández Ramírez, oriundo de Guanajuato, Gto., a pesar de contar con diez años de edad ya es guía de turistas; cabría mencionar que la leyenda se la enseñó su hermano Cristian Omar de quien también se dedica al mismo oficio y tiene quince años de edad:

Antiguamente, en este callejón del beso vivían dos enamorados que se llamaban Ana y Carlos. Ana era una rica y española que vivía del lado izquierdo. Carlos, era un pobre minero que le alquilaban la casa derecha por algunas cuantas monedas de plata y oro.

Al padre de Ana, no le convendría con él. Que se casara con un rico y español que fuera de su clase. Una de las primeras noches, el padre de Ana subió y la sorprende ver besando de la casa de un balcón al otro. Le dice:

—Hija Ana, si te vuelvo a ver besándote con es pobre minero te voy a matar.

Ana, siendo la única hija, lo tomó como un simple juego, un simple regaño. Y a la siguiente noche vuelve a pasar lo mismo. Él ya no le dice nada. Bajó muy enojado a la recámara de Ana, y lo que hace, es agarrar una filosa daga. Esa daga fue enterrada tras de la espalda de su propia hija.

Ana lo único que alcanza a hacer, es estirar el brazo derecho. El minero viéndola morir se lo toma, le da su último beso que fue en el dorso de la mano.

Así es como se le queda el nombre de esta leyenda.¹⁴

La siguiente versión fue obtenida del guía de turistas Jesús Ángel Díaz Rodríguez, quien tiene 19 años y comenzó desde los nueve años contando la leyenda. Esta persona señaló que hay varias formas de aprenderse las leyendas; hay veces que el papá hereda el oficio a sus hijos y les enseña las leyendas, tal fue el caso de nuestro entrevistado; otros desde niños se arman para escuchar las historias, memorizarlas y posteriormente contarlas a los turistas; Jesús Ángel señala que son pocos las que las estudian de los textos.

Para comprobar lo anterior, le pregunté si conocía los libros o leyendas de personajes, pero señaló que la única leyenda que conoce es la del Beso.

¹⁴ Entrevista hecha por Cecilia del Mar Zamudio, el 25 de julio de 2008, en el Callejón del Beso, Guanajuato, Gto., como parte del Verano de Investigación Científica de la Academia Mexicana de las Ciencias.

Le mencioné a ciertos autores como Carlos de Gante, Juan José Prado, Ezequiel Almanza, Manuel Leal, o Andrés García... sucede que no ha escuchado ni sabe nada de ninguno de estos autores.

Algo importante que reveló fue que de los casi veinte guías de turistas que hay en el Callejón del Beso todos cuentan la misma versión, las variantes son mínimas y lo que cambia es el acento que cada guía le pone para hacerla más entretenida o divertida. Al preguntarle si creía en la historia confesó: “Pues es una leyenda, es una fantasía, usted sabe que la leyenda es, este la ciudad es leyenda, es historia, más que nada es una ciudad de pura leyendas e historias lo que se data aquí la ciudad. Esta es una leyenda, puede ser cierto o mentira, veda, pero pos más que nada, ora sí que es la creencia de cada persona y su fantasía y la mente y su creación que tenga cada quién.”

Efectivamente, es la creencia de cada persona acorde a su imaginación y su fantasía. He aquí la leyenda nos narró:

[...] este es el callejón de El Beso, éstos son los dos balcones donde está el farol y del lado derecho. Aquí vivía una pareja de enamorados llamados Ana y Carlos. Ana era una rica española. Ella vivía en el balcón del lado izquierdo donde está el farol. Carlos, él era un pobre minero, él rentaba esta casa derecha por unas monedas de oro y plata, él trabajaba en la mina de Valenciana. Una noche el padre de Ana los sorprendió besándose, de lo que fue de un balcón a otro. Le dice muy enojado el padre a la hija que si a la siguiente noche vuelve a ocurrir lo mismo la va a matar. Ella siendo única hija no lo toma en serio, lo toma como una burla, un regaño, incapaz que el padre le hiciera eso. A la siguiente noche, vuelve a ocurrir lo mismo. El padre ya no le dice nada a la hija, Únicamente lo que hace su papá, baja a la recamara muy enojado, sube al balcón y le entierra una daga en la espalda de su hija Ana. Causándole la muerte. Ana lo último que pudo fue alcanzar a estirar su brazo derecho, el minero se lo toma y le da el último beso en el dorso de la mano. Así es como se le quedó lo que fue el Callejón del Beso.

Esta leyenda sucedió hace doscientos años en el siglo XVIII cuando era la época de los españoles. El callejón del Beso lo que mide son 75 centímetros de la parte más angosta que cabe una solo persona y sesenta centímetros de un balcón a otro.

Ahora se quedó una tradición para las parejas que visitan este lugar. Se tienen que dar un beso en el tercer escalón que está pintado de rojo, si no lo hacen son siete años de mala suerte, los que se den su beso quince años de buena suerte y los que no traigan pareja no les pasa nada.

Ésa es toda la leyenda.¹⁵

La tercera versión fue contada por Raymundo Guerra, quien contaba al momento de la entrevista con 44 años de edad; además de ser profesor de escuela primaria es también guía de turistas:

Del lado izquierdo vivía Doña Ana y del lado derecho vivía don Carlos, casualmente estaban besándose y el papá se va con su hija y le dice: te vuelvo a ver besándote con Carlos, el pobre minero, y te mato; ella lo dudó por ser hija. En la siguiente ocasión, los volvió a ver besándose, sube él enojado y daguó a su hija Doña Ana por detrás de la espalda; lo único que hizo don Carlos fue cogerle la palma de la mano, la estiró, la besó en la palma de la mano. Es posible de que se puedan besar ambas gentes porque hay una leyenda precisamente que dice que son de 75 centímetros de angosto y 78 de los dos balcones, por eso se le quedó el Callejón del Beso. La “estimulación” que se le da a los viajeros de ambos sexos, es que se besen para evitar el tabú de que la rica con el pobre se puedan casar, y se eviten asesinatos, por eso, ya se ha hecho algo folklórico, que cuando le rezan la leyenda, dícese que a los tres escalones hay que darse el beso para tener siete años de buena suerte, eso es la leyenda del callejón del beso.¹⁶

Lo que me parece interesante de todas las versiones de la leyenda del Callejón del Beso, es el mensaje moralizante que contiene, en un sentido más profundo es sabido desde años atrás que la gente pobre no “podía” casarse con la gente rica y en muchas ocasiones tampoco debía “relacionarse”. No cabe duda que esta historia es la muestra más clara para marcar jerarquías sociales que desde la época referida viene proponiéndose.

Independientemente de si es verdad o no alguna de las leyendas referidas, seguro estoy que si no conoce este callejón, y después de haber leído estas historias, anhelará conocerlo; y es probable que sea testigo de lo mencionado por Carlos de Gante: “como a la mitad del Callejón del Beso, se oye perfectamente, poco antes del medio día, un eco dulce y apasionado, después, una especie de alarido y por último, el suave rumor de un beso”.

¹⁵ Entrevista hecha por Gabriel Medrano de Luna y el grupo de estudiantes, como parte del Seminario de culturas populares de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Guanajuato, a Jesús Ángel Díaz Rodríguez, el día 7 de mayo de 2008, en el Callejón del Beso, Guanajuato, Gto.

¹⁶ Entrevista hecha por Ana Obdulia Cuevas Manjarrez a Raymundo Guerra, el día 17 de noviembre de 2007, en las Escalinatas de la Universidad de Guanajuato.

La Bufa y El Pastor

Otra leyenda de gran arraigo en Guanajuato es La Bufa y el Pastor, su encanto radica en la historia creada en torno a estos dos cerros que conforman parte de la toponimia del lugar; además de ser una de las historias más difundidas el lugar es interesante porque hay una gran tradición el día de San Ignacio de Loyola, patrono de Guanajuato, que se efectúa precisamente en los cerros mencionados. Sobre esta costumbre, Erasmo Mejía escribió una historia para dar cuenta del Día de la Cueva:

El día de la Cueva en Guanajuato, para los que somos de casa, mucho importa cuidar la tradición de la tierra, porque de este modo disfrutamos del añejo sabor que tiene la provincia, pero, quienes por estas fechas vienen por primera vez a conocer y a admirar las costumbres de Guanajuato, con toda seguridad que habrán de saborear la sorpresa tan agradable de estos motivos que mantienen en alto el nombre de “La Ciudad de las Épicas Montañas”, de “La ciudad Palomar”, como dijera el poeta. Y aquí tenemos una de esas razones para querer más y mejor este suelo con todo lo que constituye su inconfundible personalidad, con ésta que, indudablemente es la más vieja tradicional de Guanajuato, ya que data de más de 375 años.

El día de La Cueva, o el día de San Ignacio de Loyola, 31 de julio, que tiene un significado especial para los guanajuatenses. La historia singular de La Cueva de San Ignacio está saturada de una honda raigambre y profundas vivencias tradicionales. La fiesta del primer Santo Patrono de nuestra ciudad minera arranca del fecundo siglo XVII, y fue el año de 1616 cuando este pueblo devoto abrió una cueva en honor de San Ignacio de Loyola en las rocas vivas de la Bufa, como la cueva que tenía dedicada en Manisera, provincia de Barcelona.

En 1616, Guanajuato perpetuó su fe al Santo titular de nuestras montañas milenarias en cuyas vertientes se arrulla y duerme nuestra increíble ciudad. En el interior de la cueva, pintores populares plasmaron frescos alusivos a los pasajes de su vida, entre ellos un demonio asaltándolo durante su ayuno de cuarenta días a pan y agua, otro de la Virgen María protegiéndole de los asechanzas del maligno y finalmente otro cuadro que representa la figura peregrina y macilenta de San Ignacio vestido con una túnica de saco de cáñamo áspero, un cinturón en forma de cuerda, alpargatas de esparto, bordón de peregrino y su correspondiente calabaza, alimento de los caminantes; imágenes que hasta hoy pueden verse.



La Bufa y El Pastor
CARLOS ORTEGA

El día 31 de julio de 1616, don Diego Gómez, diputado general de la minería en Guanajuato y cura beneficiado de esta Villa Real de Minas y Santa Fe de Guanajuato, solemnemente proclama que el pueblo de Guanajuato jure por Patrono, por lo que se mandó erigir, además, una pequeña capilla junto al templo de los Hospitales.

Este fue uno de los acontecimientos religiosos y sociales que más conmovieron al pueblo guanajuatense y a partir de esa fecha se inician las fiestas típicas, populares y alegres romerías en La Cueva de San Ignacio en la Bufa, donde se celebra, desde entonces una misa para los asistentes.

El 18 de junio de 1624 el Cabildo y Sede Vacante de Valladolid aprobó el Patronato de San Ignacio de Loyola a favor del pueblo de Guanajuato, cuyo original acuerdo, a la letra dice:

Y por su señoría vista y examinada por sus partes y circunstancias, dijeron y votaron: que haciendo como hacen loable estimación del afecto pío y acuerdo de los vecinos de el Real Santa Fe, Minas de Guanajuato, aceptan y aprueban la elección que así han hecho de su particular Patrón al Patriarca San Ignacio de Loyola, y la promesa y voto jurado de celebrar todos los años y guardar el día de su natal y fiesta que es el postrero del mes de julio, perpetuamente. Y tienen y declaran el dicho voto por firme grato y obligatorio en general y en particular para todos los vecinos estantes y habitantes presentes y futuros del dicho Real de Santa Fe Minas y haciendas, viviendas y poblaciones de aquel beneficio, y feligresía, de todas naciones, sexos y estados.

Ante tan inapelable “acuerdo”, desde luego, que no hay más que obedecer, por lo que, en esa fecha, desde temprano, antes que nazca el día, muchos hay que siguen el sendero para ascender hasta los Picachos de la Bufa y ya estando en la altura saturar los pulmones con el aire purísimo que allá se respira, como también para extasiar el alma con el paisaje que es único, porque así es el abigarrado caserío de Guanajuato, descansando en el lecho verdiazul de la cañada.

Pero la mayoría emprenden la subida nada más hasta la falda del cerro del Hormiguero, un poco más tarde, para deleitarse de la tradición romería bajo el sol o la lluvia, y, en todo caso, para vivir momentos de las más íntima fraternidad y compartir el pan y el vino con sus familiares y amigos o con los visitantes, y allá en la Falda del cerro del Hormiguero, escuchar, cada año, esa canción que se confunde con el alma de Guanajuato: “Entre Sierras y Montañas”, recordando en todo momento la sentida inspiración de Chucho Elizarrarás, cuyo espíritu palpita en el ambiente de este día como en ningún otro.

Por eso decimos a Guanajuato:

“Si el visitante te ve con amor
tendrá luz de cobalto en la mañana,
en la tarde frescor de alfarería
y en la noche diamante
que embruja el callejón.”¹⁷

Una vez mostrada esta historia como contexto para comprender de mejor manera la leyenda, presentaremos cuatro leyendas escritas por Salvador Ponce de León, Juan José Prado, Agustín Lanuza quien titula su texto “La ciudad encantada”; una versión muy corta de José Luis Martínez Jiménez y al final incluimos dos versiones contadas por dos personas que optaron no dar su nombre. Presentaremos a continuación la leyenda escrita por Salvador Ponce de León:

Hace varios siglos, en los principios de la época colonial en la Nueva España, existía un modesto hogar de campesinos en una pequeña planicie, casi perdida entre el muro de montañas que rodeaban a la recién nacida ciudad de Guanajuato. Estaba integrada a la familia, además de los padres, por un joven como de diez y ocho años y una niña de nueve. El padre se dedicaba a la alfarería, auxiliado por su mujer y la pequeña, y por su parte, el joven se ocupaba del pastoreo, llevando a las ovejas y cabras –propiedad de ellos, que con mucho esfuerzo y sacrificio habían comprado– a apacentar, ya al pie de los montes, o bien a las partes elevadas y planas de aquellos, donde crecía en abundancia la hierba. Nuestro pastor, de nombre Lorenzo, no obstante su rusticidad, era sensible a la belleza, y se extasiaba en la contemplación de los paisajes que la aurora pintaba con sus dedos de rosa, y en el mar de oro licuado de los crepúsculos; o creía adivinar cantos misteriosos que el viento le llevaba desde la espesura, a la hora del Ángelus. Su alma saturada de la polifonía de la naturaleza, cuyos arpeggios unas veces eran suaves y dulces en las gargantas de las aves, y otras sonidos horriblos en las tormentas que él trataba de expresar en modulaciones y ritmos con una flauta de caña, que con mano maestra había construido, sentado en algún pequeño montículo, desde donde vigilaba a su ganado. Y de ese modo dejaba transcurrir las horas, casi inmóvil y ensimismado en el encanto del lugar, hasta la hora del atardecer, en que volvía con paso tardo, dirigiendo a sus animales hasta la cabaña. Una de tantas veces a su regreso creyó oír una voz que partía detrás de una roca hacia un lado del sendero. Se detuvo deleitado para localizarla; pero casi instantá-

¹⁷ Erasmo Mejía Ávila, *op. cit.*, *Lugares Históricos de Guanajuato*.

neamente cesó de escucharla. Atribuyó aquello a alguno de los mil ruidos que se oyen en la montaña y continuó su camino. Así pasaron varias semanas, y ya casi había olvidado aquel suceso, cuando nuevamente en el mismo sitio que la vez anterior, volvió a oír la voz, tan tierna como el canto de un ruiseñor, pero esta vez como si fuese un lamento. Se paró, puso atento el oído, y entonces escuchó claramente una voz que le decía: “¡Sálvame!” Acto continuo corrió hacia el sitio de donde había salido la voz, mas todo estaba solitario y únicamente el viento peinaba los casahuates y breñales. Creyó estar sufriendo una alucinación, originada por la conseja que escuchó a un grupo de viejos, quienes cierta vez al pasar por esos lugares oyeron la voz de una virgen encantada que pedía auxilio. Satisfecho con esa explicación, que él mismo se dio, se incorporó a sus ovejas, sin embargo, un raro desasosiego había quedado grabado en su conciencia.

Al día siguiente y a la misma hora, Lorenzo volvió hacia el aprisco, indiferente a lo que le había ocurrido el día anterior; mas al pasar por el mismo sitio, la misma voz lo detuvo: “¡Lorenzo, sálvame!”

Veloz se dirigió al lugar, y vio a una hermosísima joven, con el pelo negro suelto y la mirada suplicante, que le extendió los brazos, rogándole: “El mago que me custodia se ha ausentado por unos momentos, llévame hasta la parroquia, en donde al llegar, quedará conjurado el hechizo”.

Lorenzo estaba como petrificado ante aquella cautivante belleza, como si estuviera viviendo un sueño. Y la joven, adivinando lo que le pasaba al pastor, volvió a repetirle con voz insinuante: “No pierdas en tiempo, joven intrépido, llévame contigo, y a cambio de ello te entregaré la ciudad encantada que existe entre estos montes”.

El joven pastor, en esta ocasión, no resistió la súplica, volvió hacia la joven, la cargó entre sus brazos, y con un vigor y una rapidez de que no se creía capaz, comenzó a bajar por los vericuetos espinados y peligrosos. Durante el trayecto, agregó la joven: “No vuelvas el rostro por ningún motivo, a pesar de que sientas que te persiguen, no temas a las voces que te amenazan, no te detengas a sus retos, a sus imprecaciones, y corre sin descanso hasta la parroquia”.

A poco, a su espalda, escuchó voces imperativas que lo querían obligar a detenerse, y amenazas de muerte. Pero la voz acariciante de la joven lo animaba sin cesar a seguir adelante. Y él, fascinado con su belleza, no prestaba oídos al coro infernal.

Ya llevaba gran trecho caminando y las fuerzas no lo abandonaban, pero de repente sintió que algo le tocaba por la espalda, e imprudentemente volvió el rostro hacia atrás. Al punto su preciosa carga se transformó en monstruosa serpiente que huyó por entre las grietas de las rocas. El pastor, al principio

sorprendido, no supo qué actitud tomar, mas en cuanto se repuso corrió hacia la cueva por donde había creído verla. Llegó hasta el lugar y buscó ansioso, pero ningún rastro revelaba la presencia del animal. Atónito y profundamente decepcionado de haber perdido a su bellísima virgen, a causa de su imprudencia, se quedó inmóvil; empero de esa actitud lo sacó un ruido espantoso que se produjo a su alrededor, y una especie de terremoto comenzó a sacudir las rocas que se fueron agitando a su vista, a manera de colosal mausoleo, donde había quedado sepultada su bien amada.

Entonces, con el más ferviente deseo imploró a los espíritus de esos sitios, le permitieran para siempre quedarse custodiando el sepulcro de su desdichada virgen. Y aquellos seres invisibles de las montañas, accedieron a aquel ardoroso deseo y convirtieron al pastor en un enorme peñasco, el cual se conoce desde entonces, con el nombre de El Pastor, y la gigantesca roca, como el de La Bufa.¹⁸

La leyenda contada por Juan José Prado señala que:

Aquel viejo me lo contó: “Al otro lado de la Sierra había una ciudad encantada, una ciudad que nadie pudo nunca ver, porque los ojos de los humanos no ven las cosas encantadas. De este lado, poco más abajo del picacho mayor, en una cueva vivía una mujer hechizada, que fue condenada por el mago que encantó la ciudad, a vivir así hasta que algún mortal rompiera el misterio.

Nunca salía. Nadie la llegó a ver tampoco. Pero de que existió, existió, y se asegura que era una mujer joven de singular belleza. Cuánto caminante pasaba por las laderas, y peor si era de noche, sentía sus piernas casi doblarse de miedo ante los lastimeros ayes que retumbaban en la planada. Eran los gritos de la mujer que suplicaba a los peregrinos que la librasen de su martirio, pues ella misma decía que sufría mucho. Varios llegaron a caer desmayados por el temor, y cuando al despertar abrían sus ojos azorados, notaban con espanto que una fuerza desconocida los había transportados hasta las puertas de sus casas, sin que se pudieran explicar el cómo y el cuándo.

Los lamentos que se escuchaban parecían quejas de agonizantes y los ruidos de cadenas que se arrastraban pusieron en fuga a más de una expedición de valientes.

En nada estuvo que el encanto desapareciera. Un día, un pastor de ganado se interesó por todo lo que se decía. Pidió datos y decidió partir dispuesto a ser el héroe. Era un muchacho arrogante, fuerte, animoso. Se preparó y aunque su confesor trató de hacerlo desistir, el pastorcillo no cejó en su propósito.

¹⁸ Salvador Ponce de León, “La Bufa y el Pastor”, en: José Rogelio Álvarez, Selección, introducción y notas onomásticas, *op. cit.*, *Leyendas mexicanas*, pp. 413-415.

Al atardecer partía. Un grupo de amigos lo acompañó hasta la planada, y cuando cerró la noche lo dejaron sólo.

No tardó mucho en oír las quejas, los ayes y los lamentos. Pero el pastor avanzó con paso firme. Llegó a la cueva y con gran a sombrero vio que se prendía una luz vivísima que permitía ver a la joven encantada.

¡Qué bella era! Y una voz melodiosa le dijo:

—Gallardo doncel: sé que tú eres el que me ha de liberar de mis sufrimientos. Allá, puedes ver la ciudad encantada, que será tuya si consigues arrancarme de esta cueva. Lo que tienes que hacer es llevarme en brazos desde aquí, y dejarme a la puerta de la Parroquia. Con esto desaparecerá el hechizo y volveré a ser mortal como tú. El mago que reina en esta región, tiene un séquito de espíritus que tratarán de ponerte obstáculos, pero procura rehacer tus fuerzas. No hagas caso a lo que oigas. No te detengas. No voltees la cabeza, porque entonces...

El pastor interrumpió:

—Hermosa dama: cualesquiera que sean las tentaciones, yo las sabré vencer, pues llevaré tan preciosa carga.

Y tomando en brazos a la mujer, inició el descenso. Desde aquel momento, los ruidos extraños comenzaron a aumentar. Después no fueron simplemente ruidos, sino los más agudos gritos de dolor, escenas de ahorcados, asesinatos y suplicios que se producían incesantemente. El joven cerraba los ojos, se hacía el sordo, pero luego tropezaba con cadáveres aún humeantes que caían a sus pies pidiendo misericordia.

Cayendo y levantando, el joven seguía.

Su carga se hacía más pesada a medida que avanzaba. Los espíritus le rozaban la cara con sus largas túnicas de gasa, y sentía el vaho de sus asquerosas bocas.

—¡No te detengas!

No, no se detenía. Sus dedos se tejían haciendo cruces para ahuyentar a la horda. Pero en vano. Antes bien, en tropel desordenado se agigantaba la persecución.

Aquel ruido dejaba percibir las más hirientes maldiciones, imprecaciones e insultos.

Atrás se oyó un formidable estruendo y luego el cielo pareció consumirse en una inmensa llama.

El pastor no se pudo contener y volteo la mirada.

Eso fue su perdición.

Se derrumbó la montaña y se acalló el infernal griterío para dar lugar a que retumbara en los contornos el trepidar de la mole de piedras que se abatía en el abismo.

La bella mujer se convirtió en una descomunal serpiente, que arrastrándose fue a postrar su cuerpo en la hosquedad abierta. Y creció y creció hasta transformarse en montaña.

En cuanto al pastor, voló por los aires en un corto tiempo y luego empezó a bajar, pero bajó petrificado, también convertido en roca, sólo que parecía estar en pie.

No lejos, chisporroteaba la ciudad encantada y sus cenizas se esparcían por el espacio.

La sierpe formó esas montañas que ahora se llaman de “La Bufa”, y la pequeña que atrás la acompaña llave el nombre de “El Pastor”.

El viejo terminó su relato.

Cavilando, trataba yo de ordenar la pregunta, pero él me adivino:

—Esto sucedió hace muchos, centenares de años. Pero yo bien lo sé. Tan bien, como que conocí al pastorcillo.

—¿Cómo? ¿Conoció al pastorcillo?

—Era mi hijo, —repuso secamente”.

Atónito, me volví a mirar al viejo, pero sólo pude percibir una sombra que se fue diluyendo y se escurrió por un agujerito de la pared.¹⁹

Agustín Lanuza la cuenta por partes:

Primera parte

EL SUEÑO

Sobre la altiva pendiente
de gigantescos barrancos,
cuyos graníticos flancos
son el cauce de un torrente,
se alza la Bufa imponente,
limitando la cañada
que se llama La Rodada,
y es conseja popular,
que existe en aquel lugar
una ciudad encantada.

Desde el crestón se domina
la llanura del bajío,
y el extenso caserío

¹⁹ Juan José Prado, *op. cit.*, *Leyendas y tradiciones guanajuatenses*, pp. 35-44.

de la población vecina;
mas si la altitud fascina
y causa grande arrebato,
es el paisaje más grato,
ver entre las verdes lomas,
como nidos de palomas
las casas de Guanajuato.

El vulgo cuenta en verdad,
que cuando en la noche obscura,
un viandante se aventura
por aquella soledad,
aparece una deidad
de belleza encantadora,
que gime, suplica y llora
con acento lastimero,
porque la libre el viajero
de aquel sitio donde mora.

Que en hombros la ha de llevar,
dando de entereza ejemplo,
de la Parroquia hasta el templo,
donde la debe dejar;
y ofrece desencantar
una rica población,
poniendo por condición,
que no torne la mirada,
aunque sufra encarnizada
y tenaz persecución.

Mucho tiempo transcurría;
el monte desierto estaba,
y si alguien se aproximaba,
las suplicas desoía;
presa de pavor corría,
sobrecogido de espanto,
y de las rocas en tanto,
en las quiebras y en los huecos,
se dilataban los ecos
de triste y lúgubre llanto.

Del sol el radiante disco,
al hundirse en la floresta,
en oro baña la cresta
del más empinado risco;
y tornando hacia el aprisco,
que se oculta en el alcor,
seguido por el pastor,
cruza el rebaño, y ante el,
camina un viejo lebrel
para cuidarlo mejor.

De súbito el pastor mira
que la cumbre gigantea,
pesada se bambolea
y bajo sus plantas gira.
Y si sueña o si delira,
a comprender no lo alcanza,
porque a medida que avanza,
creciendo su desvarió,
parece que en el vacío
aquella cumbre lo lanza.

Negra nube entolda el cielo,
y semeja el aquilón,
el desacordado son
de mil campanas a vuelo.
Cubre el horizonte un velo,
muere la luz en ocaso,
y al tenue fulgor escaso
que la excelsa cumbre toca,
cree mirar que cada roca
alza un baluarte a su paso.

Y sintiéndose invadido
por un vértigo invencible,
cual si de un filtro terrible
hubiese el licor bebido,
ante su vista, encendido,
cruza un relámpago rojo,
y sin fuerza y sin arrojó

para vencer a su suerte,
desplomase, al cabo, inerte,
como un mísero despojo.

Segunda parte

LA VISIÓN

Sólo el “Ángelus” se oía
por La Bufa solitaria
como la triste plegaria
con que se despide el día.
Mientras, la noche prendía
por los campos siderales,
las antorchas sepulcrales
de su cielo de safir,
como si fuera a asistir
a suntuosos funerales.

Y por el monte ríscoso,
de los misterios albergue,
donde La Bufa se yergue
como un soberbio coloso,
al conjuro milagroso
de algún encantado ser,
dicen que se suele ver,
rompiendo el negro capuz,
la silueta, toda luz,
de seductora mujer.

Envuelta en un traje leve,
desnudo el mórbido cuello,
y destrenzado el cabello
sobre su espalda de nieve,
con paso tranquilo y breve
aquella beldad que hechiza,
entre una nube rojiza,
diáfana, sutil, etérea,
como una fantasma aérea,
blandamente se desliza.

Luego asciende con premura,
febril, jadeante, loca,
de la levantada roca
por la enhiesta escarpadura.
y la soberbia figura,
que en el cantil suspendida,
sintiendo exhalar la vida,
en tierno llanto se anega,
parece la Sapo griega
sobre la Leucade erguida.

No bien la sombra que encanta
al abismo se derrumba,
y grandísono retumba
el gemir de su garganta;
pero luego se levanta
una humareda copiosa,
que envolviendo la radiosa
excelsitud de lo inmenso,
como la nube se incienso,
se disipa presurosa.

De un blanco velo al través,
surge La Bufa imponente,
mientras el raudo torrente
pasa besando sus pies.
torna el silencio después
que la visión se ha perdido,
y sólo es interrumpido
cuando se llega a escuchar,
el monótono graznar
de los cuervos en el nido.

Tercera parte

LA ROCA DEL PASTOR

Era la noche sombría,
de esas noches otoñales,
en que recios vendavales

soplan con fuerza bravía,
la luna apenas lucía
sobre el vasto firmamento,
como un ojo soñoliento,
y adonde estaba el pastor,
lanzaba el débil fulgor
de su disco amarillento.

Dulce cantiga, no oída,
cual la voz de un arpa eólica
que vibrase melancólica,
por diestra mano tañida,
en las rocas escondida
resonó muy blandamente,
y por la inhiesta pendiente
del levantado peñón,
se vio cruzar la visión
andando pausadamente.

Duerme el pastor recostado,
con indolencia que pasma,
cuando la hermosa fantasma
llega en silencio a su lado.
un bello cántico alado
puebla el paraje desierto,
y al oír ese concierto
el pastor, con frenesí,
no sabe, al volver en sí,
si está soñando o despierto.

Quiere huir, pero imposible:
oculta mano de atleta,
fuertemente lo sujeta
con poder irresistible.
y al sentir de lo invisible
aquella emoción extraña,
un helado sudor baña
su altiva y pálida frente,
turba el vértigo su mente
y su mirada se empaña.

Pero entre dolientes quejas,
la aparecida exclamo:
no te vayas de aquí, no,
que me muero si te alejas;
mas si en la puerta me dejas
de la Parroquia, al llegar,
te ofrezco desencantar
una población muy bella
y luego la sombra aquella,
triste, se puso a llorar.

Sintiendo que se rompía
su corazón en pedazos,
tomo el pastor en sus brazos
a la dama que gemía.
se reviste de energía,
la noche no le amedrenta;
que a medida que anda y huye,
su fuerza se disminuye
mientras la carga se aumenta.

En pos del templo soñado
a donde anhela llegar,
prosigue sin voltear
a los ojos a ningún lado.
su pensamiento obstinado
le hace insensible al temor;
pero percibe el clamor
de insultos que lo provocan,
golpes de armas que se chocan
con inusitado ardor.

Escucha sonidos vagos
que en la sombra se producen,
palabras que lo seducen
con cariñosos halagos.
después, denuestos, amargos,
terribles imprecaciones,
recio trotar de bridones
que baten los duros cascots,

produciendo en los peñascos
espantosas conmociones.

La ciudad ambicionada
muy próxima se veía,
y el pastor, ya presentía
el final de su llegada;
pero tornó la mirada,
y la mujer misteriosa,
cual por fuerza poderosa
de un hechizo estremecida,
quedó luego convertida
en una sierpe monstruosa.

Y dicen que el caminante
vio desaparecer la fiera,
mucho antes de que pudiera
seguir su marcha adelante;
pues casi en el mismo instante,
presa de intenso dolor,
quedose con estupor
en un peñón convertido,
que entre el vulgo es conocido
con el nombre de El Pastor.

Si por la mañana oscura
algún viajero camina,
al ver la roca se inclina
y un “Padre Nuestro” murmura.
Dobla después con premura
la tortuosa encrucijada,
y se pierde en la cañada
del paraje solo y triste,
en donde es fama que existe
una Ciudad Encantada.²⁰

²⁰ “La ciudad encantada”, en: Agustín Lanuza, *Romances, tradiciones y leyendas guanajuatenses*, México, 3ª edición, 1950, pp. 23-33.

José Luis Martínez Jiménez la describe como una aparición en el cerro de la Bufa:

Por la mañana en el cerro de La Bufa un día al año, exactamente en la fiesta del pueblo aparece una extraña mujer, la más bonita que han visto los testigos, vestida con sensuales ropas de noche. Los campesinos que atraviesan dicho cerro a través de una vereda, súbitamente la han visto aparecer de noche en los árboles, ella les pide que la lleven a la iglesia en sus brazos y su belleza hace que ningún hombre se niegue, sin embargo, al seguir caminado empiezan a escuchar ruidos demoníacos, rugidos de fieras y voces huecas que los llaman, si ellos voltean con miedo la linda mujer se convierte en una serpiente que huye a los matorrales. Si el valiente campesino sale del cerro sin miedo y sin voltear, se dice que esa mujer quedara deshechizada y librada de sus apariciones.²¹

Otra versión de una persona que prefirió no dar su nombre señaló:

Todos los Picachos existen en la antigua Guanajuato. Que es únicamente construido en oro todas las construcciones son de oro, demasiado riqueza, cuenta la leyenda de que por una desobediencia hacia Dios los castigó y desapareció ésa ciudad quedando sepultada en los cerros que conocemos como los Picachos. Y generalmente para el día 31 de julio de cada año se hace una fiesta popular en todos los lugares aledaños y la mayoría de las gentes suben a lo alto de los Picachos para observar la ciudad de Guanajuato. Pero la leyenda en sí nos narra la entrada a una cueva a un subterráneo que entra hacia el centro de la tierra y la persona que logre encontrar esta cueva y penetrar hasta la antigua Guanajuato pues lo va a desencantar. Es un encantamiento que existe sobre la antigua Guanajuato. Para desencantar esta ciudad tiene que trasladar del centro de la tierra a una princesa, una niña, una jovencita, la leyenda no es muy explícita en ese sentido. Pero la tiene que trasladar cargada en sus espaldas hasta el templo principal aquí en la ciudad de Guanajuato que es la Basílica Colegiata de Nuestra Señora de Guanajuato. Cuentan los antiguos de hace muchos años al fin y al cabo es una tradición que una persona sí logró entrar y que le decían antes de desencantar y ver a la niña que escuchara lo que escuchara y viera lo que viera no volteara la vista hacia atrás. Entonces esta persona pues escuchaba voces sobrenaturales veía figuras fantasmagóricas y sin embargo continuaba ascendiendo los peldaños de la cueva

²¹ “Aparición en El Cerro de la Bufa” en: José Luis Martínez Jiménez, *Leyendas de fantasmas y casas embrujadas, aparecidos y casos paranormales*, México, D.F., 5ª edición, 1992, p. 23.

hacia la superficie y empezó caminar por los cerros y ya para llegar al templo principal para la gente que lo miraba se horrorizaba y le decían: “Mira lo que traes atrás” y él no volteaba pero ya para llegar al templo pues la curiosidad lo venció y volteó hacia sus espaldas y vio que en realidad no cargaba una niña sino una serpiente con varias cabezas y al momento de ver eso pues cayó desmayado y obviamente en seguida desapareció todo el encanto. Por lo cual la ciudad sigue siendo encantada hasta la fecha no hay ninguna persona que haya logrado localizar esa cueva. Y pues sigue la tradición que ahí está el Guanajuato antiguo, el esplendor y todo el lujo que se puede encontrar oro, plata, riquezas innumerables para fines de la tradición.²²

Otra versión es la siguiente:

Cuando subía un pastor allí al cerro de la Bufa, él siempre escuchaba que hablaba una persona, ¿verdad? Entonces, cuando una vez que volteó hacia abajo, hacía el suelo, él miró una princesa que estaba tirada en el suelo. Entonces ella le dijo que la tenía que llevar cargada, dice “ese cerro hasta el altar de la iglesia de la Basílica”, pero que no tenía que voltear él hacia atrás porque si volteaba él hacia atrás, ella se iba a convertir en una serpiente y lo iba a destruir; y entonces al llegar a la iglesia de la Basílica mucha gente le gritó que llevaba una serpiente cargando en los hombros. Él volteó hacía atrás y ella se convirtió en serpiente y lo destruyó. Por eso es que Guanajuato es una ciudad encantada porque no ha habido quien lo desencante. Y cada año les hacen su fiesta a ese cerro que se llama el cerro de La Bufa, ahí su santito que se llama San Ignacio de Loyola.²³

Esta leyenda sigue siendo significativa para los guanajuatenses, quizá su arraigo en la memoria colectiva de los guanajuatenses, además de lo interesante de la historia, se deba a la tradición festiva del día de la cueva. Mucha gente acude año con año a la cueva el día de San Ignacio de Loyola. Otro aspecto importante es la creencia popular en muchas regiones no sólo de México sino en otros países de que en algunas cuevas se encierra un tesoro y el que lo encuentre se debe llevar “todo o nada” pues de tomar sólo una parte fallecerá en el interior de la cueva. En La Bufa y El Pastor pasa algo

²² Entrevista hecha por Elin Dalsei, en el Jardín Unión, como parte del Seminario de Culturas Populares de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Guanajuato, el día 10 de octubre de 2007, Guanajuato, Gto.

²³ Entrevista hecha por Elin Dalsei, en el Mercado Hidalgo, como parte del Seminario de culturas populares de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Guanajuato, el día 10 de octubre de 2007, Guanajuato, Gto.

semejante, hay una bella dama que puede ser el tesoro pero sucede que a su vez representa el mal ya que se convierte en serpiente.

Aquí tenemos otra historia que contiene una lucha entre el bien y el mal, entre una bella mujer y un personaje común, es decir, un pastorcillo. Algo valioso de la historia es que da cuenta de la riqueza que poseen los cerros en el paisaje mexicano, mientras que en ciertas zonas indígenas los cerros son centros ceremoniales, en otros estados son bellezas naturales donde encontramos alguna leyenda que nos muestra su origen.

Sólo falta invitar a los lectores de este libro que no duden en ir al cerro de La Bufa y El Pastor con la férrea intención de liberar a la bella dama y así poder desencantar tanto a ella como a la ciudad guanajuatense.

La Calle del Truco

¿Quién al andar por la ciudad de Guanajuato no ha pasado por la calle del Truco?, ¿cuántos de esos transeúntes conocerán la leyenda que ahí se cuenta?, ¿cuántos habrán visto en la actualidad aparecerse al hombre que refiere la leyenda?

Además del encanto físico que goza la calle, también pervive una leyenda que da cuenta de la vida cotidiana guanajuatense en tiempos pasados, de una élite social que solía apostar como hasta ahora lo siguen haciendo en diversos lugares de México. Pero he aquí lo diferente de la historia, imaginemos a los españoles de gran distinción, su forma peculiar de vestir, de hablar, y sobre todo el valor de la palabra para cumplir cualquier promesa hecha... incluso cuando se apuesta a la esposa y se pierde... Ésa es la siguiente historia que presentamos.

Son distintas versiones para exponer este suceso, como ya se ha mencionado, Carlos de Gante nos ofrece la versión más antigua y pareciera que su historia es la más convincente porque las otras pareciera que le anexan sucesos ideados para hacer más sugestiva la historia, nos referimos a las ofrecida por Juan José Prado y por ende la de Guadalupe Appendini. Para completar dichas versiones incluimos la compuesta por Agustín Lanuza y dos más rescatadas de la tradición oral. La primera contada María Esther



La Calle del Truco
ANGÉLICA ROCÍO HERNÁNDEZ ARCAJ

Orozco y la última por Guillermo Ramírez Rosales. Comencemos por la versión escrita por Carlos de Gante:

A principios del siglo XVII, las pocas calles que había en la ciudad, eran bastante concurridas tanto por los naturales del lugar, como por los españoles atraídos por las minas, que entonces ya causaban profunda sensación por sus riquezas. No había calle en la que no hubiera habido un centro de reunión, en donde los buenos moradores de la Muy Noble y Muy Leal Villa de Santa Fe y Minas de Guanajuato, pasaran sus ratos de ocio.

En la Plaza Grande, que aún no estaba de todo formada, se levantaban de trecho en trecho algunos edificios que daban al lugar un aspecto original.

En el costado izquierdo de la Parroquia, que entonces no estaba concluida, se abría una calle de poca extensión, y, como todas las de la ciudad, angosta. En ella, y por el lado que da al río, precisamente en el lugar en que está ubicada la casa en la que actualmente –1903– está el Juzgado 2do. Municipal de lo Civil, existía una casa de tosca arquitectura, cuyos dueños eran unos comerciantes españoles que, no hacía mucho, habían llegado. En esa casa, todos los días, desde las seis de la tarde, se reunían varias personas de las más acomodadas, y se entretenían en el juego de los naipes. El juego favorito era conocido con el nombre de el Truco, en el que más de uno de los concurrentes se arruinó.

Pronto la casa adquirió fama, siendo conocida desde luego con el nombre de Casa del Truco. Más tarde, tomó ese mismo nombre la calle en que estaba ubicada y desde entonces así es asignada hasta la fecha.

Infinidad de disputas se suscitaron en esa casa, de las cuales, algunas fueron bastante serias, tanto, que obligaron a las autoridades a dictar enérgicas medidas; mas, a pesar de esto, las disputas continuaron, hasta que un día, a principios de 1689, en que el Alcalde Mayor, Teniente de Capitán General y Juez de Minas, Señor don Francisco Martínez de Tejada, tomó, a la vez que los anteriores cargos, el de Juez de Tandas de la Villa de Santa Fe y Minas de Guanajuato; un Señor de nombre Martín Padilla, asiduo concurrente a la casa referida, jugando al Truco con varios individuos de los más viejos adoradores de Briján, perdió cuanto llevaba y cuanto poseía, y no contento con esto, jugó a su esposa, que era una guapa joven de veintidós abriles, y la que perdió también. Nicolás Jiménez fue el jugador afortunado que ganó la esposa de Padilla; pero por más hermosa que era la joven, el encontró mayor atractivo en el juego y cedió todos sus derechos a la dama, a otro jugador llamado José de Herrera, hombre de unos treinta y cinco años de edad, el más pendericero de los calaveras de esa época en el Mineral, por la cantidad de cien pesos, cantidad que perdió esa misma noche.

Eran las tres de la madrugada cuando los jugadores se retiraron de aquel garito. Herrera, que ansiaba la llegada de esa hora, tan pronto como Padilla salió a la calle, se le acercó y le exigió la entrega de la dama: el esposo, que estaba bastante excitado por el alcohol y por el juego, indicó a Herrera que lo siguiera. Los dos jugadores sin pronunciar una sola palabra, atravesaron la Plaza Grande y se dirigieron a la Subida de los Hospitales. —Entonces esa calle no tenía más construcciones de importancia que las que existían junto a la pequeña Iglesia de los Hospitales y otras cercanas; en todo lo demás, sólo había algunos jacales que habitaban los naturales del país y desde ahí hasta el cerro del Cuarto, estaba casi deshabitado—.

Nuestros hombres llegaron a una casa baja de buena apariencia, en donde actualmente se levanta la casa letra L. Uno de ellos llamó a la puerta, la que no dilató en abrirse. Una joven de grandes ojos azules, de tez blanca, de estatura alta y de complexión robusta, sin llegar a lo deforme, y vestida con una bata color de rosa, apareció llevando en la mano una lamparilla a cuya luz se distinguía perfectamente su hermosura y su elegante porte. Los dos hombres entraron y se instalaron en la sala; el esposo estaba triste, pensativo y su respiración era trabajosa, como si alguna enfermedad lo agobiara; Herrera estaba gozoso, sus ojos inyectados por las continuas desveladas y el mucho beber de alcohol, clavaban sus miradas llenas de lubricidad, en la hermosa joven, que de pie estaba delante de su esposo. Un buen rato todos permanecieron en silencio: el esposo había tomado asiento en una ancha poltrona en donde permanecía con un desaliento tan grande que no dilató en llamar la atención de su esposa, quien acercándose le preguntó:

—Vienes enfermo Martín? —Martín a esta pregunta, levantó la cabeza, que la tenía inclinada sobre el pecho, y como despertando de un sueño terrible, miró por todas partes con ansia loca, y al encontrarse con las miradas de Herrera, que de pie estaba cerca, exclamó oprimiéndose el pecho con ambas manos:

—A pesar de todo, es preciso cumplir; Isabel, continuó dirigiéndose a su esposa, disponte a marchar con este caballero. —Desde este momento perteneces a él.

—¿Qué dices? —Preguntó Isabel. En esos momentos se oyó en la pieza contigua los lloridos de un niño, eran los del hijo del matrimonio. La madre corrió a ver a su hijo. Aprovechando esos momentos, Martín salió precipitadamente de la casa dejando en ella a Herrera. Momentos después, volvió a la sala Isabel llevando en sus brazos a un pequeño niño de cabellos rubios que aun gemía. La escena que se produjo entonces fue a la vez que conmovedora terrible, Isabel daba gritos de dolor y de ansiedad y el hermoso niño lloraba; entre tanto, Herrera contemplaba impasible aquel cuadro y de tiempo en

tiempo indicaba a Isabel que desde ese instante le pertenecía y que, por lo mismo, debía de seguirlo. Isabel, no pudiendo soportar su dolor ni el acto infame que acababa de cometer con ella su esposo, calló al suelo sin sentido; el niño, al caer, sufrió un terrible golpe en la cabeza que le produjo tan fuerte conmoción cerebral que en pocos instantes quedó muerta. Pasaron algunos momentos, Herrera se inclinó sobre Isabel para levantarla, pero Isabel, en esos momentos expiró; entonces el jugador salió violentamente de aquella casa donde quedaban abandonados los cadáveres de Isabel y de su hijo.

Al día siguiente se supo en todo Guanajuato lo que había pasado y la calle de los Hospitales se vio concurrida por infinidad de curiosos, y con mayor razón porque ese día era cuando tenían lugar las Tandas —con este nombre eran conocidas una fiestas populares que se celebraban durante tres días, varias veces al año—. Cuentan las crónicas de aquel tiempo, que era tanta la aglomeración de gente, que el Juez de Tandas se vio precisado a clasificar la vendimia y a repartirla en varias calles, las que durante mucho tiempo, fueron conocidas con los nombres de las mercancías que en ellas se vendían o con alguno apropiado al caso, así pues, la calle del Truco, de que se trata; fue conocida con el nombre de Calle de los Gualajareños. En 1810, con motivo de la guerra de independencia, fueron suprimidas las Tandas y aunque se restablecieron en 1826, duraron poco tiempo; pero las calles continuaron designándose con sus nombres primitivos, hasta que fueron sustituidos por lo que actualmente tienen. El Alcalde Mayor tomó cartas en el asunto, mando encarcelar a Padilla y a Herrera condenándolos después a trabajos forzados en las minas.

Para evitar otros lamentables acontecimientos, como los referidos, fue clausurada la casa de los españoles, y a éstos se les preveno que en lo sucesivo buscaran otra manera más decorosa para pasar sus ratos de ocio; sin embargo, los más empedernidos jugadores continuaron reuniéndose en una casa de mala apariencia, que estaba situada en lo que es ahora Subida de la Mula, hasta que un día, con motivo de una sangrienta riña que en ella tuvo lugar, les fueron confiscados por la autoridad todos los muebles y útiles que tenían, y se les ordenó que salieran inmediatamente de la Villa con prohibición de volver a ella.

Los Truqueros salieron de Guanajuato la mañana del día 23 de Julio de 1692, día en que se levantó una información testimonial ante el Alcalde Mayor, para hacer constar que Doña María Aguirre, había hecho, desde el siglo anterior, donación del terreno en donde se levantaba el templo de los mexicanos y su capilla.²⁴

²⁴ Carlos de Gante, *op. cit.*, *Cuentos Históricos Guanajuatenses*, pp. 31-39.

Juan José Prado dice que:

Cuando la Corona de España usufructuaba los dominios que le dieron el valor y la espada del conquistador don Hernán Cortés, Marqués del Valle Oaxaca, la Valenciana inundaba el Continente con sus preciosos minerales.

Las dos terceras partes de la plata circulante en la vieja Europa, eran productos de las explotaciones mineras de Guanajuato.

Y aquí, viejos señores y caballeros dilapidadores hacían gala y ostentación de sus regalías, derrochando a manos llenas cuantiosas fortunas, en sus residencias palaciegas y en su disipada vida de juergas escandalosas, y en las temporadas de juego, temporadas que, atento el auge de la región, se continuaban de un año a otro.

Aquél caballero fue famoso por su prodigalidad. Su nombre poco importa, pues bien puede ser reclamado con envidia por cualquier otro farolón de la época.

En la calle del “Truco” sientan sus reales jugadores profesionales. El nombre de la calle lo recuerda: juegos de “truco”, trampa o azar.

Pero...

El alguacil acaba de pasar. Va jardín abajo cantando su letanía: “Las doce y sereno”.

Una sombra se desliza presurosamente. Se santigua frente a la Parroquia y se pierde en la oscuridad de la Calle del Truco. Su capa emboza su cuerpo y descubre tan sólo su sombrero de ancha pluma y parte del rostro que deja ver dos chispas que le brillan en el rostro envejecido.

Se ha detenido ante una puerta claveteada toscamente. Uno, dos, tres golpes.

Rechina la puerta y asoma una cara iluminada por un farol. Exige la contraseña.

—“Más dinero para el diablo”.

La entrada está franca. El caballero penetra y alcanza a percibir los murmullos de los jugadores de dentro.

—don Fernando, extrañábamos vuestra presencia.

—Decid mejor que extrañabais mi dinero.

don Fernando ocupa su habitual lugar. El torvo dueño examina los semblantes y las bolsas de oro se amontonan en la mesa. La bolsa de don Fernando es la más grande.

—Traed la baraja, pronto.

Se inicia la sesión. Poco a poco el dueño ha ido desplazando a los jugadores. Sólo queda don Fernando, rodeado de un círculo de admiración. De momento se juega poco: mil ducados; tres mil maravedíes.

Esa cortedad exaspera a don Fernando. Las apuestas crecen más.
—Va mi talega entera.
—Va.
Pero la carta a la que le apostó don Fernando tardó en salir más que la del dueño.
—Van mis haciendas.
—Van.
¡Negra suerte trae ahora don Fernando! Ha perdido sus haciendas.
—Va mi finca de la calle de Alonso.
—Va la de la Plaza Mayor.
—Va la de Sopeña.
Y todas quedaron en poder de su adversario.
don Fernando ha perdido todo. No le queda más que... nada; no le queda nada.
Pero el rostro del dueño de la casa sonrío.
Aún tenéis otra cosa que apostar, don Fernando...
—¿Otra cosa decís? ¿Qué es?
Grave será el secreto, pues el dueño musita unas palabras al oído de don Fernando. Y tan grave parece, que don Fernando ha cambiado de color.
—Un nutrido roció corona a su frente. Luego exclama:
—¡No, por dios!
—Resolveos. Apostadla contra las haciendas que os he ganado.
Es tentadora la oferta y don Fernando se decide:
—Va.
En un albur la jugará.
don Fernando espera otra vez en vano; y el dueño es nuevamente el ganancioso.
¿Qué jugó don Fernando?
—Voto a tal, que tenéis pacto con el demonio.
Pero don Fernando es hombre de palabra, a lo menos lo vuelve a decir ahora, y urge al dueño a que lo acompañe a cobrar la apuesta.
Ya amanece cuando salen, seguidos de un cúmulo de curiosos.
¿Qué apostaría don Fernando?
Clarea y llegan a la casa. Aún su bella esposa lo aguarda en pie.
—Tomadla, es vuestra.
Un sordo rumor de los curiosos corea sus palabras.
Y como una sola explicación, apenas murmura:
—Os aposté, y he perdido.
—¡Gran Dios! La dama grita.

Y se desploma pesadamente a los pies del esposo, muerta, como fulminada por un rayo.

¿Qué se hizo aquel caballero que años antes atraía la atención no sólo de Guanajuato sino de la Nueva España, por su descomunal fortuna y por sus nunca igualadas orgías?

Tal vez lo pueda contestar un monje enclaustrado que consume su vida en la humedad de la celda, modelo de penitentes, que repasa silencioso todo el día las gruesas cuentas de su rosario.²⁵

Guadalupe Appendini señala que:

El ambiente de la Colonia fue propicio a los sucesos coloristas y espectaculares, sobre todo en los lugares como Guanajuato rica ciudad minera que representaba la cristalización del éxito.

Se cuenta que el mesón cervantino, donde discurría la vida piratesca de la que eran protagonistas arrieros truhanes, gambusinos, celestinas sabedoras de la vida y milagros de los habitantes de la región, en donde se contaban toda clase de historias, entre las cuales salió la de la Calle del Truco, que se convirtió en una de las leyendas más conocidas de la ciudad.

Bohemios de la comarca, viejos mineros y trovadores, frecuentaban el mesón cervantino, donde disfrutaban alejados de los centros de importancia política y en donde se conocía y hacía más política, dentro de un ambiente jovial de canciones, chascarrillos, epigramas y murmuraciones.

Como me lo contaron se lo cuento...

Así en una ciudad progresista, en la opulencia, en donde corría el dinero a manos llenas, por así ganarse, ya que las dos terceras partes de la plata circulante en la vieja Europa, era producto de las exploraciones mineras de Guanajuato, se cuenta, que de la Valenciana se inundaba el Continente con su precioso mineral, por lo cual esta ciudad fue considerada como una de las más ricas de la Nueva España, y en donde más se dilapidaba el dinero, ya que se recogía “con pala”, y se tiraba en la misma forma.

La ciudad de Guanajuato, considerada Patrimonio de la Humanidad, fue un lugar señorial, aristócrata, en donde se construyeron verdaderos palacios habitados por la nobleza, así como ricos trabajadores, carentes de títulos pero con inmensas fortunas que les daban aún más poder que un título nobiliario.

Uno de los sucesos que más conmovió a Guanajuato, en aquella época fue el de un hombre, un famoso caballero que después de encontrar una mina y explotarla, se convirtió en una de las personas más poderosas del Estado, dueño de haciendas, palacios y fincas que había comprado tanto en el centro,

²⁵ Juan José Prado, *op. cit.*, *Leyendas y tradiciones guanajuatenses*, pp. 55-65.

como en los suburbios del lugar, acumulando una de las fortunas más sólidas que entonces existían.

don Fernando, llamaremos a este caballero, que como muchos otros lugareños era amante de los juegos de azar, y frecuentaba la famosa calle de El Truco, (trampa o azar) en donde sentaban sus reales jugadores profesionales, a los que se les podía encontrar todos los días, en esos antros, dilapidando el dinero que hacía falta en sus hogares; muchas veces el que les sobraba, pero las más dejando fortunas en manos de tahúres profesiones que habían ya hecho del juego su “modus vivendi”.

El alguacil, encargado del barrio, hacía sus rondas, recibía como es costumbre, su “feria” y seguía vigilando las oscuras y empedradas calles durante el resto de la noche, hasta que empezando a clarear el día, iba su relevo para reemplazarlo, y por la noche, aquel regresaba a su faena nocturna.

Se cuenta que una noche, el vigilante vio venir a un caballero que llevaba una enorme capa negra, iba embozado, portaba sombrero de ala ancha, el que se quitó al pasar frente a la parroquia; se detuvo, se santiguó y siguió su camino.

El alguacil no identificó al hombre, sólo manifestó que le llamó la atención aquel caballero tan elegantemente vestido, que al pasar cerca de él, lo vio por encima del hombro. Sus ojos eran negros y chispeantes, el rostro pálido en el que se advertía el paso del tiempo, o los trabajos que había pasado. Le llama la atención y lo siguió con la mirada. Este se detuvo en una ancha puerta de la calle de El Truco. Después de dar tres golpes, alguna persona que no identificó, abrió el portón, iluminándole la cara con un farol y después de haberle pedido una contraseña, lo dejó entrar.

El hecho le pareció extraño, pero a la vez natural, ya que en esa calle con frecuencia llegaban personas similares, salían en la madrugada, a veces brincando de alerta y muchas otras “arrastrando la cobija”, desesperados a punto del suicidio por haber perdido cuanto poseían... Pero esto era ya familiar para el alguacil dado que su trabajo era vigilar la zona, y muchas veces hasta le servía de distracción ver entrar o salir gente de las casas de la calle de El Truco, porque se le hacía menos pesada su tarea.

Cuando corrió la leyenda de don Fernando, el vigilante agregó su parte de relato y el suceso corrió como río crecido por la ciudad y sus orillas.

Al entrar don Fernando al garito, en donde casi no se podía ver por la cantidad de humo, escucho un gran aplauso, su presencia fue muy grata en el lugar, ya que era sabido que se trataba de uno de los más grandes capitales de Guanajuato, así como un hombre de honor, que donde “se paraba, se pintaba”.

don Fernando tenía su lugar reservado; después de sentarse sacó las bolsas de oro, las que puso sobre la mesa. Mira a todos los jugadores y pidió trajeran barajas nuevas. Y sin más comenzó la sesión. Todos atentos al juego, no se

escuchaba ni el volar de una mosca. Como en el Juego de Juan Pirulero, cada quien atendía a su juego. Todos fumaban con gran nerviosismo. Y de repente se escuchaba una que otra palabra mal sonante. A lo que don Fernando subiéndole una ceja hacía un gesto de descontento, por ser un hombre pulcro, decente, enemigo de decir cualquier picardía y tampoco le gustaba que nadie dijera una palabra fuera de tono delante de él.

Poco a poco el dueño de la casa de juego fue desplazando a los jugadores, los que se fueron convirtiendo en mirones “de palo” sólo quedando en el juego él y don Fernando, el que no se inmutaba de su mala suerte al haber perdido cuanto traía. A cada momento las apuestas eran mayores y don Fernando seguía perdiendo. No era su noche, pero en lugar de levantarse al ver que la mala suerte lo seguía, se iba apoderando de él una rabia impotente que lo obligaba a seguir jugando. Pedía cartas, pero todo era en vano, seguía perdiendo.

El dueño con una sonrisa de satisfacción le decía. Todavía tiene haciendas, las puede apostar. “Van mis haciendas”, grito don Fernando y seguía el juego...

Alguno de los mirones, se atrevió a hablar diciendo: “No juegue más don Fernando esta es una negra noche para usted”. Y por contestación dijo: “Va mi finca de la calle de Alonso”. “Va la de la Plaza Mayor”, y por último, e impertérrito grito: “Va la de la Sorpresa”, y al perderla, quiso levantarse, diciendo “ya he perdido todo, no tengo que jugar”.

El dueño, socarrón le dijo: “No ha perdido todo, don Fernando todavía tiene algo muy valioso”. “Nada, contesto, mañana empezare a trabajar desde cero. Así es el juego o te da o te quita”.

Al irse a levantar don Fernando, el dueño del garito, se le acercó y algo le dijo al oído, lo que enfureció a don Fernando, diciendo: “¡No por Dios, que bajeza me está proponiendo!”

Un trato don Fernando, le dijo el hombre, todo lo que ha perdido por lo que le he propuesto. Sólo un albur, o todo o nada, ¿qué dice?

¡Acepto! Por primera vez se vio nervioso don Fernando, le temblaban las manos, así como la quijada y sin dejar de ver la baraja se tiraron cartas y se corrió el albur; la carta a la que apostó don Fernando tardó en salir y para su mala suerte, salió la del dueño del garito.

El caballero enfurecido dijo: “Tenéis pacto con el demonio, pero soy hombre de honor. ¡Vámonos, pagaré la apuesta!”

Contó el vigilante que todavía no amanecía cuando un grupo de hombres salió de aquella casa, hablaban fuerte, otros iban mudos y el de la capa y sombrero de ala ancha, parecía vencido, arrastraba los pies y con los ojos recorría el suelo.

Los hombres decían ¿Qué apostaría don Fernando que va como sonámbulo? Pero el dueño del garito, no decía nada, callado, iba tras don Fernando quien parecía un cadáver.

Empezaba a amanecer cuando aquel grupo de hombres llegó a la casa de don Fernando. Su bella y joven esposa lo esperaba —como siempre cuando él llegaba tarde— y al verlo, corrió a saludarlo. “Ordenaré se les sirva algo de tomar a los señores”, le dijo, mientras don Fernando con el semblante descompuesto le dijo al dueño de la casa de juego: “Tomadla, es vuestra”.

Aquel cuadro fue dantesco, la mujer no sabía lo que ocurría, los acompañantes que tampoco estaban en el secreto, sin explicarse lo que pasaba se miraban unos a otros. Y don Fernando besándole las manos a su esposa le dijo: “Os aposté y he perdido, el señor ha ganado todo lo que poseo incluso a ti que eres mi esposa”.

La pobre mujer sin saber que hacer miró fijamente a don Fernando y se desplomó cayendo a los pies de su marido, diciendo: “Que Dios tenga misericordia de nosotros” y en aquel momento quedó muerta.

El magnánimo dueño del garito, le hizo la concesión de que arreglara todas sus cosas y que pusiera en regla los papeles en donde todo lo que poseía pasaba a sus manos. “Me gusta tratar con caballeros y usted es un caballero”.

La noticia fue conocida por todo el lugar; don Fernando no se separó un momento de su mujer hasta que ella fue depositada en la cripta familiar. Arregló los documentos que ya no le pertenecían y desapareció.

Se cuenta que desde entonces todas las noches se ve por la Calle del Truco, a un hombre que sale de aquella casa y se mete la parroquia, atraviesa la puerta y nunca se le ha visto salir.

Otros cuentistas que han relatado esta leyenda, dicen que el dueño del garito, murió a los pocos días de haber sucedido aquella tragedia y que los bienes de don Fernando pasaron a manos del gobierno por no estar legalmente escriturados.

En otras versiones que hemos recogido, cuentan que por la Calle del Truco, se aparece un monje, el que encapuchado y con un rosario en la mano recorre todas las noches ese callejón rezando en voz alta y pidiendo perdón por sus pecados.

don Fernando, después de enterrar a su esposa, y despojarse de todos los bienes, entro a un convento de Carmelitas, en donde pidió estar enclaustrado y así en su celda, haciendo penitencia y consumiéndose pasó el resto de su vida. Pidió a los superiores del convento, que nadie supiera de él, ni avisaran el día de su muerte. Mucho tiempo después, se supo su paradero y se incluyo

en la leyenda de la Calle del Truco, admonitoria de lo que les depara el destino a los adoradores de Briján.²⁶

Agustín Lanuza comienza diciendo que:

I

Diego Busto y Peñalver,
de humilde, aunque honesta cuna,
oriundo de Santander,
desde joven vino a hacer
a Nueva España, fortuna.

Contaba con un pariente
riquísimo, en Guanajuato,
de quien, siendo dependiente,
tuvo generosamente
familiar y fino trato.

Fue de Diego el protector,
don Pedro de Carbajal,
en minas emprendedor,
y con asidua labor
adquirió grande caudal.

Al comercio, consagrado
el buen ibero vivía,
como era usanza, educado
en un régimen marcado
de severa economía.

Llegó a tener influencia;
y, aumentando su tesoro,
gastaba en su residencia,
si no lujo, sí decencia,
comodidad y decoro.

Desde temprano enviudó,
y por compañera fiel,
sólo en su hogar le quedó

²⁶ Guadalupe Appendini, *op. cit.*, *Leyendas de provincia*, pp. 165-168.

una hija a quien llamó
con este nombre: Isabel.

Y fue para él, prenda cara,
en la que con vivo anhelo,
toda su dicha cifrara,
sin que jamás intentara
volver al nativo suelo.

Padre tierno y bondadoso,
la idea constante y fija
que alteraba su reposo,
era encontrar un hermoso
porvenir para su hija.

¿Qué haría cuando él muriera,
sin amparo, sin respeto?
rica, hermosa y joven era;
mas, ¿cómo lograr pudiera
de su ventura el secreto?

Que su fortuna le daba
nombre, honor, en sociedad,
cierto; mas, ¿él ignoraba
que el dinero no labraba
nunca, la felicidad?

Muy al contrario; creía
en sus horas de tristeza,
que si alguno amor rendía
a Isabel, se prendería
de ella no, de su riqueza.

Tan tenaz presentimiento
le agobiaba por su mal.
¿Recluirla en un convento?
¿Mandarla a España? ¡Oh tormento!
Fuera su golpe mortal.

Y sin hallar solución
a problema tan extraño,

en su triste situación,
roíanle el corazón
la duda y el desengaño.

Viejo, enfermo y abatido,
sin ver alivio en su suerte,
pesimista convencido,
sólo anhelaba el olvido
en las sombras de la muerte.

De don Pedro la dolencia
en breve se exacerbó,
y con tal recrudescencia,
que el fulgor de su existencia
prontamente se extinguió.

A Isabel, amando ciego,
dijo al punto de morir:
—Que no intentes, te lo ruego,
casarte tú... pero luego
ya no pudo concluir.

Quiso Isabel, mas en vano,
escuchar en la agonía
la última voz del anciano;
pero yerta halló su mano
y su boca exangüe y fría.

Y exhalando horrible grito,
del dolor en los excesos,
cubrió aquel rostro marchito
con un raudal infinito
de lágrimas y de besos.

II

Expirante en su reinado
estaba Carlos Segundo,
tan débil cuan desgraciado,
a quien llamó el “Hechizado”,
por su fanatismo, el mundo.

La España se debatía
sin paz, gobierno, ni norte,
en espantosa anarquía;
del Rey un juguete hacía
con sus intrigas, la Corte.

Y aquel poder soberano,
y aquellas grandes conquistas
del imperio castellano,
rodaban bajo la mano
de “austriacos” y “nithardistas”.

Al pobre Rey acosaban
extravagantes ideas,
las guerras le aniquilaban,
y sus Estados mermaban
las potencias europeas.

Y la que en lejano ayer,
en los mares y en la tierra
invencible llegó a ser,
al humillar el poder
de las naves de Inglaterra,

Miró cundir su impotencia
de América al coloniaje,
donde con gran insolencia,
llegaba hasta la demencia
el más atroz bandidaje.

De piratas chusma extraña
pudo hallar el campo abierto
en costas de Nueva España,
y de Veracruz, con saña,
penetró a saco en el puerto.

Y la turba forajida,
sin patria, freno, ni ley,
se hizo a la vela, atrevida,
dejando así “mal ferida”
la autoridad del Virrey.

Y llegó a miseria tal,
Madrid, en esos momentos,
que hasta la guardia real
se alimentaba muy mal
con sobras de los conventos.

Mas, como el Rey pretendiera
nuevas nupcias concertar
con Doña Ana de Baviera,
y el tesoro no pudiera
tales gastos erogar,

Por cédula demandaba
auxilios a Guanajuato,
y cuando así lo ordenaba,
el Conde de Galve estaba
al frente del Virreinato.

La orden se pregonó
en esta opulenta Villa,
y al de Galve se le envió,
la suma que se donó
al monarca de Castilla.

En tanto, en el Mineral,
todo el mundo está de fiesta;
y, derrochando un caudal,
una “tanda”, sin igual,
a solemnizar se apresta.

Era la “tanda”, brillante
feria, de mucha importancia
para todo comerciante,
en que el oro deslumbrante
corría con abundancia.

En el naípe, los mineros
despilfarraban tesoros;
y operarios y pecheros
se gastaban los dineros
en gallos, juegos y toros.

Llegóse en la “tanda” a ver,
un tráfico inusitado,
y tan grande hubo de ser,
que fue preciso extender
a las calles el mercado.

Como en una comerciara
gran cantidad de “fuereños”,
de los de Guadalajara,
de ahí que se le llamara
la de los “gualajareños”.

Y cuenta la tradición,
que en esa calle sombría,
excitando la ambición,
en vetusto caserón
un juego de “truco” había.

Y aunque el tiempo todo arrasa,
el pueblo que todo ve
y escudriña lo que pasa,
refiere que aquella casa
testigo de un drama fue.

III

Dice un antiguo refrán,
que el amor y la fortuna
juntos por el mundo van,
y si la mano se dan,
no tienen defensa alguna.

Y dice un adagio eterno
que enseña a bien dirigir
de la familia el gobierno,
“Muéstrale tu casa al yerno
y él no tardará en venir”.

Trabajador, diligente,
Diego a la sombra vivió
de don Pedro su pariente,

quien, no como dependiente,
sí como hijo, lo trató.

Y de su dicha se ufana
Diego en el hogar aquél,
donde, desde edad temprana,
el cariño de una hermana,
hallar pudo, en Isabel.

Cual toda criolla, nacida
de América bajo el sol,
era Isabel, recogida,
hacendosa y muy querida
por el joven español.

Y aquel trato sin segundo,
noble, ingenuo, seductor,
al dejar don Pedro el mundo,
era ya un amor profundo,
vivo, intenso, abrasador.

Los dardos del niño ciego
blanco hicieron a la par
en esas almas de fuego,
y a Isabel llevó don Diego
a las gradas del altar.

Y tan bien se comprendieran
en ese su amante nido
en que dichosos vivieran,
cual dos tórtolas que hubieran
en el mismo árbol nacido.

Ella le dio su ternura,
su abnegación, su bondad,
y él, cifró toda ventura
en rendirle a Isabel pura,
honor, trabajo y lealtad.

Y estaba el cariño aquél
de su grandeza en la flor,

cuando la bella Isabel
dióle a su esposo fiel
un lindo fruto de amor.

¡Qué inmensa paz! ¡Qué alegría
en ese hogar sosegado
¡Quién a suponer vendría,
que en breve se tornaría
en espantoso nublado!

¡Triste condición humana
que no se sacia jamás...!
Si la dicha está cercana,
¿a qué en lucha estéril, vana,
ir buscando más y más...?

IV

Es de noche; Diego tarda;
Isabel recelo cobra;
en vano espera y aguarda
y siente que la acobarda
inexplicable zozobra.

Y no hay esperanza alguna
que le dé consuelo ya;
brilla en los cielos la luna,
y ella, cerca de la cuna,
velando impaciente está.

A veces, junto a la reja
de su alcoba, se aproxima,
oye un rumor que se aleja,
y no halla acento ni queja
que su tortura reprima.

O implorando con fervor,
va de Cristo ante la cruz,
do enclavado el Redentor,
muestra el semblante al fulgor
de una mortecina luz.

Ideas abrumadoras
cruzan su mente violentas,
sombrias, aterradoras...
y así transcurren las horas,
y pasan lentas, muy lentas.

En tanto, en el caserón,
donde aquel “truco” existía,
cegado por la ambición,
los ducados a montón
derrocha Diego en la orgía.

En alas de las barajas,
corre un albur y otro albur;
pierde dinero y alhajas,
y luego innúmeras “cajas”
el insaciable tahúr.

Cuando más acalorado
a su vil pasión se entrega,
habla a Diego un embozado
secretamente, y turbado,
aquél le responde: —¡Juega!

Hecho ese pacto infernal,
fue una carta de otra en pos...
—“Jugasteis, don Diego, mal;
¿y me cumpliréis?” Sí, tal.
Os lo cumplo. ¡Vive Dios!

¿Vamos? —Vamos, le responde
el que la apuesta ganó;
la faz en su embozo esconde,
y ambos se dirigen donde
la triste Isabel quedó.

Al llegar hasta la puerta,
febricitante, convulso,
qué hacer don Diego no acierta;
mas, hallándola entreabierta,
la empuja con firme pulso.

Isabel, con alegría,
corre presurosa, abraza
a su don Diego, a porfía;
y éste, con altanería,
bruscamente la rechaza.

El intruso, con premura,
suelta con garbo el embozo,
y es de ver cómo fulgura
su espantosa catadura
con satánico alborozo.

Pierde Isabel el color,
como presa de un hechizo,
y, en medio de su pavor,
contempla con grande horror
al extraño advenedizo.

Y con voz entrecortada,
que casi el llanto le ahoga,
—Pero, ¿qué es esto? turbada,
rugiendo desesperada,
a don Diego le interroga.

Vete, Isabel, vete luego;
con ese hombre sal de aquí.
—Pero, ¿qué estás loco, Diego?
—No estoy loco; es que en el juego
te he apostado, y... te perdí.

Cuitada Isabel, pretende
buscar refugio al instante;
mas Diego se desatiende,
y cobarde fuga emprende
loco, ciego, delirante.

La dama, al ver que el marido
la abandona sin temor,
lanzando horrible gemido,
se desploma sin sentido
a los pies del jugador.

Y cuando éste, audaz, procura
asirla y ganar la puerta,
burlando su desventura,
no logra acción tan impura,
porque Isabel está muerta.

Y a la calle do en vil trama,
en suerte infame se echó
el honor de aquella dama,
según nos cuenta la fama,
de *El Truco* se le llamó.²⁷

María Esther Orozco recuerda que:

En esta calle, había un casino donde se jugaba, y un señor un día que se le acabó el dinero y no tenía más que jugar, pues jugó a la mujer, entonces obviamente perdió, porque creo que le hicieron trampa además y pierde a la mujer pero obviamente no le parece a la mera hora y creo que, creo que hay pleito y lo matan, o algo así pero, ora sí que a grandísimos rasgos eso es lo que yo te puedo contar, ¿no?, ni me acuerdo, pero algo así.²⁸

Guillermo Ramírez Rosales dice que es:

Una historia de las que eran de antes, que ahí jugaban baraja, en una de las casas jugaban baraja, entonces un rico apostó a la mujer, y le hicieron un truco que perdió a la mujer.

No se verdad, pos es lo que cuentan, de la leyenda, que ahí jugaban en una casa, y ahí jugaban los más ricos, o sea la gente que tenía más dinero aquí en Guanajuato ahí jugaba y entonces ese señor perdió mucho y apostó a su mujer, y o sea que le hicieron un truco, para perder a la mujer que estaba bonita.

De nombres no, no me acuerdo de los nombres, pero a veces hay leyendas en los libros que dicen los nombres y otras traen otros, fue una persona viva y todo, y por eso le dicen la calle del truco.²⁹

²⁷ Agustín Lanuza, *op. cit.*, *Romances, tradiciones y leyendas guanajuatenses*, pp. 249-260.

²⁸ Entrevista hecha por Mariel Vera Serna, como parte del Seminario de Culturas Populares de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Guanajuato, a María Esther Orozco, el día 14 de septiembre de 2007, en Guanajuato, Gto.

²⁹ Entrevista hecha por Mariel Vera Serna, como parte del Seminario de Culturas Populares de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Guanajuato, a Guillermo Ramírez Rosales, el día 14 de septiembre de 2007, en Guanajuato, Gto.

No hubo ningún truco, sólo que esa noche la mala suerte lo acompañó a tal grado de apostar y perder a la esposa trayendo como consecuencia su muerte al momento de enterarse. La enseñanza que deja esta historia es que los juegos de apuestas no son buenos y menos cuando se trata de perjudicar a la familia... ahora se dice que ese señor vaga por la calle y se introduce a la Casa del Truco llamada así por ser una casa donde se apostaba dinero.

Los Carcamanes

A través del tiempo a Guanajuato ha venido gente atraída por su riqueza; años atrás la minería atrajo no sólo a gambusinos y españoles sino que también a comerciantes que sabían de la bonanza económica de la ciudad. Esa fue la razón por la que dos individuos extranjeros llegan a trabajar a Guanajuato.

Son varias las versiones sobre sus apellidos y origen, quizá la más certera es la que ofrece Carlos de Gante pues señala que eran de ascendencia francesa y les decían los “Carcamanes” debido a que siempre se presentaban en las fiestas públicas con un juego llamado precisamente Carcaman.

En otras versiones ponen este mote como apellido y al escribirlo como Karkaman, señalan que eran dos hermanos de origen alemán... en fin, eso es parte de las leyendas y ahora la gente cuenta esa versión: que eran dos hermanos alemanes que se mataron por una misma mujer; mejor veamos las distintas historias obtenidas sobre los Carcamanes, comenzando por la de Carlos de Gante:

A principios del siglo XIX llegaron a América dos individuos de nacionalidad francesa, y después de haber recorrido la costa del Golfo de México, se dirigieron a la Capital de la República, en donde permanecieron cerca de un año. La fortuna no les fue tan propicia, como lo esperaban, y se vieron obligados a dirigirse a Morelia, en donde, después de algunos meses de continuo trabajo, lograron formar un pequeño capital, con el que emprendieron un laborío de tierras, en los fértiles terrenos de Uruapan. Poco expertos en la agricultura, pronto vieron fracasar todos sus planes, al grado de verse obligados a emigrar.

Después de haber estado en Salvatierra y en Celaya llegaron a Guanajuato bastante escasos de recursos.

En esa época, la minería no estaba en tan mal estado como en la actualidad; todavía los mineros se permitían el lujo de llegar a cualquiera cantina y comprar todas las existencias para obsequiar a sus amigos; todavía los novios cerraban sus cartas con escudos de a peso; todavía en las fiestas públicas y en apertura de alguna casa de comercio, se arrojaba al pueblo medallas conmemorativas y dinero; por eso nuestros hombres, viendo semejantes derroches, resolvieron fijar su residencia en esa ciudad.

Trabajadores como eran los franceses, pronto pudieron proporcionarse un modo honesto de vivir; sus ratos de descanso los empleaban en visitar a algunas familias con quienes habían hecho amistad. Una de sus diversiones favoritas era el juego conocido con el nombre de *Carcamán*, en el que se habían hecho notables por su destreza y por los versos que cantando improvisaban.

No había fiesta pública en donde no se encontraran los dos franceses con su juego favorito, del cual casi habían hecho una profesión, y el que explotaban a las mil maravillas. De aquí resultó, que la gente del pueblo los comenzara a designar con el nombre de *Los Carcamanes*, apodo con que más tarde fueron conocidos generalmente, al grado que muchos ignoraban sus verdaderos nombres.

Entre las amistades que tenían, había una familia de apellido Jiménez, que vivía en una casa de regular apariencia, situada en el Callejón del Espinazo. A esa familia pertenecía una guapa muchacha de nombre Luisa, que por cierto, era un poco coqueta. *Los Carcamanes* visitaban con frecuencia a la familia Jiménez y, uno de ellos, prendado de las gracias de Luisa, no dilató en declararle su pasión, el que sin gran trabajo fue correspondido por la joven, porque esta, también lo amaba.

Los días se sucedieron llenos de luz y de perfumes para la enamorada pareja. Las relaciones habían llegado a conocimiento de los padres de Luisa y estando ellos conformes, todo estaba ya arreglado para la celebración del matrimonio, el que debería tener lugar el 21 de Junio de ese año —1803— día del nombre de la guapa muchacha.

Dos meses cabales faltaban para la boda. La noche de ese día, el futuro esposo llegó a su casa más temprano que de costumbre, sacó de una cómoda un estuche primoroso forrado de seda de color azul de cielo, dentro del cual lucía su riqueza una pulsera de oro, que por el lado de adentro, tenía grabado el nombre de la guapa novia; lo envolvió en un papel cuidadosamente y se dirigió a la casa de su prometida.

Al llegar a la entrada del Callejón del Espinazo, en donde está actualmen-

te una Botica, vio de pie junto a la ventana de la casa de su amada, un hombre envuelto en una ancha capa de fino paño; al apercibirse el embozado de la llegada del prometido de Luisa, se retiró prudentemente internándose en el jardín de una casa vecina.

El novio por más que hizo, no pudo dar con el hombre embozado; después de un buen rato y todo contrariado, llamó a la puerta de la casa de Luisa, esta salió a recibirlo como de costumbre, sorprendiéndose de que la visita fuera más temprano. El novio guardó silencio y después de haber hecho el obsequio de la pulsera se despidió.

Desde esa noche no tuvo sosiego nuestro hombre, los celos se apoderaron de él y de alegre se tornó en taciturno. Sus amigos notaron desde luego este cambio pero le atribuyeron a otras causas muy distintas de la verdadera. Comunicó todo lo que le pasaba a su compañero, quien le dijo que tal vez sería una preocupación suya, que Luisa era una buena muchacha, incapaz de engañarlo, que, por lo tanto, no debía de hacer aprecio. Sin embargo de esto, el novio siguió preocupado y continuó rondando la casa de su amada a diferentes horas de la noche. Para colmo de sus males, más de otra vez volvió a ver al hombre de la capa junto a la ventana de la casa de Luisa, sin que en ninguna de ellas hubiera podido cogerlo como deseaba. Varias veces hizo a Luisa algunas preguntas sobre el particular, pero ella fingiendo admirablemente pudo, en cada vez, desvanecer las sospechas del novio.

El día de la boda se acercaba por lo que los dos franceses, que entonces vivían en una casa de la Plazuela de San José, propiedad del Licenciado Aranda, habían preparado todo lo necesario, porque Luisa iría a vivir en esa casa haciéndoles compañía, en virtud de que *Los Carcamanes* no pensaban separarse; por lo que, el departamento del matrimonio estaba ya arreglado, así como el que en lo sucesivo ocuparía el compañero del novio.

Como Luisa era bastante agraciada a la vez que un poco coqueta, el compañero del novio se prendó de ella, y ella sin hacerse mucho del rogar, le correspondió, entablándose entre ellos, unas relaciones no tan honestas que digamos. Los amantes se veían todas las noches antes de que llegara el novio o en las altas horas de la noche.

El día 3 de Junio del referido año de 1803, estuvo el novio, como de costumbre, en la casa de su amada; a las ocho de la noche se despidió, y al dar la vuelta por la calle que conduce a la de la Sangre de Cristo, vio al hombre de la capa que cautelosamente se acercaba. Sin darse por entendido siguió su camino; pero no hubo pasado bien un cuarto de hora cuando regresó y con cuidado pudo acercarse a la casa de su novia sin ser visto. La sorpresa que llevó no tuvo límites al reconocer en el hombre de la capa que estaba en amoroso coloquio con Luisa en la ventana, a su compañero. Sin armar escándalo, se

retiró a su casa. Tan pronto como llegó se armó de un buen puñal que tenía guardado en la mesa de noche de su cama y esperó.

Eran las once de la noche cuando llegó su compañero. Tan pronto como este entró en la sala, el novio con el puñal lo agredió; el amante de Luisa, sin embargo de lo intempestivo de la agresión, procuró repelerla entablándose entre ambos una lucha terrible, que duro bien poco, porque pasados algunos momentos cayó sin vida el amante. El novio, al ver el cadáver de su compañero, tuvo miedo al castigo que le esperaba y se hundió en el corazón el puñal con que acababa de dar muerte a su compañero.

Al día siguiente la justicia tomó cartas en el asunto y después de la averiguación correspondiente mandó dar sepultura a los cadáveres, el del asesinado, en la Iglesia de San Francisco porque fue la víctima y el del suicida en el río de Pastita porque murió en pecado mortal, según declaración de la justicia eclesiástica.

La impresión que este triste acontecimiento causó en la sociedad, fue bastante honda.

Luisa a los pocos días de pasados los acontecimientos referidos, en brazos de otro hombre, salió de Guanajuato abandonando la casa paterna.

Tres años después, la guapa Luisa moría en un hospital de la Capital de la República, presa de una enfermedad asquerosa.

La casa de la Plazuela de San José, durante muchos años fue conocida con el nombre de *Casa de los Carcamanes* y aun hasta la fecha, varios la conocen con ese nombre.³⁰

Juan José Prado nos refiere que:

A principios del siglo pasado, en las postrimerías de la Colonia, vinieron a establecerse dos extranjeros. Afirmase que eran franceses, aunque no falta quien asegure que el apellido de uno de ellos lo hacía descender de familia alemana. Ambos fueron conocidos por los “Carcamanes” corrupción de Karkamán.

Dedicáronse en esta capital a operaciones de comercio y era proverbial la fraternidad con que trabajaban. Tuvieron como domicilio el entresuelo de una casa de tres pisos, en la rinconada de la Plazuela que antiguamente se llamaba de San José, y que en la actualidad lleva la de los “Carcamanes”.

En la mañana del 2 de junio de 1803, el vecindario amaneció sobresaltado con la noticia de que en la casa donde vivían aquellos extranjeros, encontraron sus cadáveres, uno a corta distancia del otro, horriblemente acribillados a puñaladas.

Un vecino, al bajar temprano a misa, notó en el suelo un hilito de sangre

³⁰ Carlos de Gante, *op. cit.*, *Cuentos Históricos Guanajuatenses*, pp. 41-49.

que llegaba a la casa de los Carcamanes. Su sorpresa fue en aumento cuando se dio cuenta de que la puerta estaba abierta y a pesar de su llamado nadie respondiera.

Dio voces y acudieron más vecinos. Todos ya, se atrevieron a introducirse a la casa y adentro se estremecieron ante el macabro hallazgo.

Se pensó inmediatamente en un doble asesinato y no faltaron conjeturas en que aún se llegara descubrir la presencia de huellas de un robo.

Pero los hechos fueron de otra manera:

No lejos de allí vivía una joven agraciada de vida alegre y disipada. Su cuerpo inerte, fue hallado también la misma mañana del 2 de junio; presentaba una certera puñalada en el corazón.

Esta joven tenía relaciones amorosas con don Arturo, uno de los Carcamanes. Y el otro, queriendo secundar los galanteos del socio, la asedió y no tardó en obtener sus mercedes.

Resentido don Arturo por la actitud de don Nicolás, que así se llamaba el desleal, aguardo pacientemente el momento de llevar a cabo su venganza, pues una cólera sorda lo consumía.

La víspera de la tragedia esperó toda la noche la vuelta de don Nicolás, y en el cubo del zaguán lo acometió a puñaladas. Allí se trabó formidable reyerta, pues don Nicolás repelió la agresión contestándola con su daga. Se propinaron mutuamente infinidad de heridas, pero las que Nicolás hubo recibido eran mortales y quedó exánime en el campo de batalla. Ciego por la ira, Arturo fue a la casa de la infiel, y encontrándola en su lecho, quizá cuando ella creía que era Nicolás que retornaba a desearle buenas noches, la dejó sin vida.

don Arturo volvió a su casa. El aire de la noche contribuyó a serenar sus ánimos y ante el cadáver de don Nicolás se abrió el pecho con el arma homicida, hundiéndose el puñal varias veces sin conseguir corarse la existencia; tras algunas tentativas casi se degolló, expirando a los pocos momentos, cuando hacía esfuerzos por estrechar la mano del muerto, como pidiéndole perdón por su crimen.

Al día siguiente, cuando las autoridades tomaron conocimiento de los hechos se procedió a la inhumación de los cuerpos, sepultándolos el de don Nicolás en el antiguo templo de San Juan, actualmente San Francisco, y el de don Arturo el suicida en el Río de Pastita.

... Así fueron las cosas.

La conseja popular vio, en repetidas ocasiones, tres espectros que deambulaban por la Plazuela de San José. Ayes lastimeros se escuchaban y los vecinos que conocieron a los actores del drama afirmaron que uno de los aparecidos era una mujer. Los espantos pasaban rozando la pared y atravesaban

las puertas cerradas de a casa de los Carcamanes, y allí retumbaban lúgubremente sus quejidos.

La casa estuvo deshabitada durante mucho tiempo.

Años después fue llamado un sacerdote para que la bendijera, y a raíz de esto las quejas no se volvieron a escuchar con la frecuencia de antes.

Los más viejos vecinos del barrio aseguran que se escucha, cuando el aire sacude las ventanas y vidrierías de la casa de Carcamanes, y cuando crujen sus apollilladas maderas, un tenue lamento que implora misericordia y que suplica a los transeúntes un “Ave María” por el eterno descanso de las almas de los protagonistas de esta lúgubre tragedia, que están condenadas a vagar eternamente.³¹

Guadalupe Appendini narra que:

Siendo la capital del Estado de Guanajuato una ciudad tan rica y próspera en el siglo pasado, bellísima por su aspecto señorial y evocadora por su estilo colonial, muchos extranjeros quisieron “echar sus reales” en ese rincón provinciano que tenía tan grande futuro.

Se cuenta que a principios del siglo pasado, llegaron a la ciudad dos jóvenes con aspecto extranjero, hablaban un “martajado” español. Eran personas educadas, de finos modales hasta con cierta timidez; bien parecidos. Dijeron que eran de origen alemán que habían venido a México a buscar fortuna. Uno de ellos se llamaba Arturo Karkamán y al otro sólo se le conocía por Nicolás.

Contaban con poco dinero, el que emplearon en comprar “barajas”, las que vendían en la calle y al poco tiempo se establecieron yendo para arriba su pequeño negocio, el que instalaron en el entresuelo de una casa de tres pisos en la rinconada de la Plazuela de San José la que después llevó el nombre de los “Karkamanes”, con el que se le conoce hasta la fecha.

Los “Karkamanes”, como se les conocía, eran personas ordenadas, ellos mismos hacían sus compras, así como su comida y siempre se les veía ocupados en su negocio. Una persona mayor se encargaba de ir todas las mañanas a asearles su casa y así, la iban pasando muy bien estos jóvenes a los que se les veía progresar.

Dos o tres años tenían los Karkamanes de vivir en Guanajuato, en alguna ocasión hablaban de su tierra con cierta nostalgia, pero a la vez felices de vivir en nuestra patria en donde se estaban labrando un porvenir.

Corría el año de 1803, se cuenta que la mañana del día 2 de junio, cuando la sirvienta abrió la puerta como todos los días a las siete, después de haber participado en la misa de seis y media en la parroquia, se encontró a los dos

³¹ Juan José Prado, *op. cit.*, *Leyendas y tradiciones guanajuatenses*, pp. 45-54.

hombres tirados, muertos por haber sido acribillados a puñaladas. La pobre mujer salió corriendo, gritaba como desesperada que habían matado a los extranjeros, noticia que se esparció por todo el barrio y que se iba pasando de boca en boca: ¡mataron a los Carcamanes!

Los vecinos, Salían, entraban, no sabían que hacer, mientras los dos cadáveres, uno cerca del otro muy serios, ya se habían desangrado.

De pronto la casa de los Carcamanes se vio llena de gente morbosa que se introdujeron a ella y aunque se estremecían de espanto por el macabro hallazgo, no se iban del lugar como para saber el chisme completo. ¿Tratarían de robarlos y por eso los mataron? ¿Serían afeminados y en un acto de amor se apuñalaron?, en fin había cientos de preguntas mientras no les quitaban los ojos de encima a estos pobres hombres que ya habían pasado a mejor vida.

Pero como del cielo a la tierra no hay nada oculto y después de las averiguaciones, se esclareció la verdad, y, al no ser reclamadas las pertenencias de los Carcamanes, se entregaron a un asilo de niños pobres.

La historia que corrió de boca en boca, sobre este hecho y que después de casi doscientos años se conoce como una de las leyendas de Guanajuato es la siguiente:

Uno de los muchachos, Arturo, tenía relaciones amorosas con una joven galante, a la que veía frecuentemente. Dada su condición y vida disipada, Arturo nunca pensó casarse con ella, pero era una amiga que le hacía la vida alegre. Nicolás, que quizá era un hombre más serio, en alguna ocasión habló sobre el asunto diciéndole a su amigo que un hombre también se desprestigiaba andando siempre con una persona como ella, en fin que buscaran personas honorables para formalizar y casarse, y viera a la mujer de vida alegre, sólo como una aventura.

Los amigos que eran tan afines quedaron de acuerdo y se acabó aquella charla que no llegó a discusión, ni mucho menos, fue sólo una plática constructiva para centrar sus ideas.

Pero una noche Nicolás salió muy misterioso, se notaba nervioso y a Arturo le entraron muchas dudas. Sin darse cuenta lo siguió y vio con sorpresa como se metía a la casa de la joven, con la que él había tenido relaciones.

Ciego de ira, se volvió a su casa, lo esperó por varias horas y cuando vio que venía muy orondo, se escondió en el cubo del zaguán y sin más lo acometió a puñaladas. Fue una sangrienta lucha, el amigo al verse atacado, tomó una daga y le contestó en la misma forma. Aquello fue una “carnicería”, Nicolás recibió heridas mortales y quedó sin vida en el campo de batalla.

Al verlo en el suelo, desangrándose, Arturo todavía le dio una patada gritándole “traidor”, en tanto Nicolás tan sólo le clavó su mirada inerte, viéndolo con la pupila fija.

Arturo Karkamán tambaleándose como si estuviera borracho, con el puñal en una mano y con la otra tratando de quitarse la sangre que le brotaba, se fue caminando por la plazuela empedrada y en condiciones desastrosas llegó hasta la casa de la joven infiel que lo había traicionado con su mejor amigo, con su “hermano”. Al oír unos pasos, ella gritó: “¿Qué pasó Nicolás, por qué regresaste, me vas a dar otras buenas noches?” Cuando de pronto vio entrar a Arturo, descompuesto y desangrándose. Ella quiso correr pero no pudo, Arturo sin más le clavo puñal en el corazón, viendo como rodaba a sus pies, muerta.

El hombre enloquecido, paso a paso volvió a su casa. El aire de la noche lo había serenado, pero al entrar y ver el cadáver de su compañero, su socio y amigo más querido, se abrió la camisa y con la misma arma que había matado a Nicolás y a la damisela, se dio muerte, hundiéndose varias veces el puñal hasta caer sin vida, cerca de su amigo.

La tragedia se supo en toda la ciudad, llenando de espanto a la gente. Los alemanes se habían ganado la estimación de las personas, y no podían comprender ese crimen entre “hermanos” por una mujer cualquiera.

Lo cierto es que así fue; después de que las autoridades tomaron cartas en el asunto y sin saber quién podría reclamar los cadáveres de los jóvenes, se dispusieron a inhumarlos. Nicolás fue sepultado en el antiguo templo de San Juan, actualmente San Francisco y Arturo, el suicida en el río de Pastiza.

Este hecho, que sacudió a la ciudad fue comentado por mucho tiempo; a las personas les daba horror pasar por la plazuela de San José, no querían voltear a la casa donde vivieron los Carcamanes. Los vecinos tuvieron que abandonar sus viviendas porque decían que por las noches se escuchaban grandes lamentos, gritos y llantos, lo que les paraba los pelos de punta.

Otras personas aseguraban, según cuenta la conseja, que por las noches se veían en la plazuela de San José a tres espectros que deambulaban dos hombres y una mujer que caminaban por la plaza y entraban a la casa de los Carcamanes, de donde no salían. Esto sucedía generalmente a media noche.

Lo que les aterraba a los vecinos del barrio, y por lo que fueron a dar parte a la policía, era que a la hora que los espantos cruzaban la plaza se empezaban a escuchar lamentos, llegaban a la puerta de su antigua mansión, la atravesaban estando cerrada y comenzaban a escucharse fuertes quejidos, gritos y carreras.

Como la policía no pudo hacer nada para evitar estos escándalos, se fue desocupando la vivienda y por muchísimos años estuvo cerrada.

Pasó mucho tiempo, hasta que los dueños de la casa llamaron a un sacerdote para que regara agua bendita y le “echara” la bendición de San Francisco, a ver si así se aplacaban los lamentos y lloriqueos que asustaban a la gente y les enchinaba el cuerpo, como gallina pelada.

Dice la leyenda que después de que el padre bendijo la casa, se acabaron los quejidos pero... por mucho tiempo la casa no se alquiló. Hasta que llegaron unos fuereños que no conocían la historia y muy contentos disfrutaron de una casa cómoda y barata.

A la famosa Plazuela de San José se le empezó a llamar la Plazoleta de los Karkamanes, como a la fecha se le conoce, y se cuenta que después de cerca de doscientos años, todavía se dice que en ese lugar, en la rinconada se ven sombras que salen de una casa, cruzan el jardín y se pierden.

Gente que no conoce la tragedia de los Karkamanes, habla de dos extranjeros que con frecuencia recorren el barrio, y sin decir agua va... desaparecen.

Lo cierto es que esta leyenda está registrada entre los sucedidos de la capital del Estado y cuando se habla de las fábulas de Guanajuato y se cuenta la antedicha, el relator pide a los oyentes una “Ave María”, por el eterno descanso de las almas de los protagonistas de la conseja, la que a través del tiempo ha entretenido a miles de personas por su tenebrosa y espeluznante historia, que aun conmueve a los que gustan de estas narraciones, que hoy serían de la nota roja.³²

Para Agustín Lanuza:

Don Domingo Montero de Espinosa,
preósito que fue del gran convento
de San Felipe Neri, la espantosa
historia refirió que a mi vez cuento.

Y aunque después que la narró se ha escrito
tal crónica, sin muchos pormenores,
yo, como lo he sabido, la transmito
para que no la olviden mis lectores.

Hay no muy lejos del centro una Plazuela,
de San José a la iglesia, algo contigua,
donde existe una casa que releva
ser por su arquitectura, muy antigua.

En el siglo pasado allí vivieron
por el año de tres, dos alemanes
que eran socios, y a quienes les pusieron
por apodo vulgar “Los Carcamanes”.

³² Guadalupe Appendini, *op. cit.*, *Leyendas de provincia*, pp. 146-149.

Pues como Karkman era el apellido
de uno de dichos socios, no os asombre
que el extraño vocablo, convertido
fuese, por corruptela, en sobrenombre.

Arturo —así el más joven que se llamaba—
el vuelo audaz de su pasión inclina
a una hermosa morena a la que amaba
y era del barrio aquel, guapa vecina.

Tan seductora fue, que sólo al verla,
prendaba corazones a millares;
mas ¡ay! que aquella perla, era una perla,
asaz perdida en procelosos mares.

Sugestiva, hechicera, tentadora,
en una noche, entre amorosos lazos,
a Arturo le tendió la red traidora
de sus impuros y nefandos brazos.

Como en lances de amor, frecuentemente,
el dar un paso mal, vale lo mismo
que resbalar por rápida pendiente
sin remedio, hasta el fondo de un abismo,

Arturo, haciendo de su dicha alarde,
cuando sintió de su razón el peso,
quiso retroceder; pero era tarde,
porque en aquella red estaba preso.

Preso sí, que la pérfida de Luisa,
—tal era el nombre de la hermosa ingrata—
le infiltró con la miel de su sonrisa
ese veneno del placer que mata.

¡Pobre! ignoraba Arturo, desgraciado,
que al par que Luisa en el, amor enciende,
a Nicolás, el socio de su amado,
caricias mil, impúdica, le vende.

Y en tanto de ilusiones se coronan
Y en ascua ardiente su pasión inflaman,
A Arturo doblemente le traicionan,
Porque su honor y su amistad infaman.

Pero un día, al salir de su aposento,
Arturo, junto al quicio de la puerta,
tirada ve que está en el pavimento
y quizá por descuido, una cubierta.

Rompe el neta, y el pliego que contiene
curioso lee; de súbito lo estruja;
un grito va a exhalar; mas se contiene
la cólera en su rostro se dibuja.

Y mientras más lo mira y lo repasa,
más con febril agitación se irrita,
puesto que allí, dentro su misma casa,
la perjura, el traidor, se han dado cita.

Al sentir de los celos el horrible
y punzante aguijón, loco se lanza
sin rumbo ni concierto; mas terrible,
combina todo un plan de atroz venganza.

Bajo un cielo de junio, encapotado,
que del bello Escorpión oculta el brillo,
cruza por la plazuela un embozado
a la indecisa luz de un farolillo.

Es don Arturo; que fingiendo un viaje,
sale de casa, y sin hacer reproche
a Nicolás, por su tremendo ultraje,
se aleja entre las sombras de la noche.

Por los roedores celos instigado,
contra el amigo que la paz le roba,
a su mansión regresa y con cuidado,
ocultase en el fondo de su alcoba.

Ya llega el alba con tranquilo paso;
en la morada lóbrega y sombría,
penetra apenas el fulgor escaso
de la dudosa claridad del día.

Y cuando Luisa marcha hacia la calle,
Arturo, al verla, asáltala violento,
y a señas, intimándole que calle,
la captura y la encierra en su aposento.

Vacilante, colérico, espantoso,
se agita un huracán dentro de su alma,
y cual tigre que acecha cauteloso,
va a donde duerme Nicolás en calma.

Y certero sobre él, la arma homicida
descarga al punto con feroz despecho.
¡no despierta aquél más...! porque sin vida,
y en sangre tinto, queda sobre el lecho.

Después, torvo el mirar, agrio el semblante,
sale Arturo de allí, ciego, convulso,
requiere con furor daga punzante
que airado empuña con nervioso pulso.

Encuentra a Luisa, trémula, angustiada,
que lívida de horror, puesta de hinojos,
perdón implora en lágrimas bañada,
y casi exhaustos de llorar sus ojos.

No oye Arturo sus ruegos ni sus preces,
ni a contenerlo la infeliz acierta;
porque le hunde la daga tantas veces,
cuantas bastaron a dejarla muerta.

Y como en brega formidable y ruda,
allá en la espesa lobreguez del monte,
el boa constrictor fiero se anuda,
y ahoga entre sus garras al bisonte,

Así Arturo, sintiendo que le oprimen
de cruel remordimiento los excesos,
ante la enormidad del doble crimen,
se levanta la tapa de los sesos.

Del suicida fue tal la desventura,
que conforme a los cánones y al uso,
en sagrado, negarle sepultura,
la justicia eclesiástica dispuso.

Firme, como avanzado centinela,
evocando el recuerdo de aquel drama,
aun mirase la casa en la plazuela
que de “Los Carcamanes” se le llama.³³

El Cantador

La ciudad de Guanajuato ha destacado también por algunos célebres personajes como militares, ingenieros, escritores, músicos o cantantes... Uno de ellos fue José Carpio, mejor conocido como “El Cantador”, porque se dice que tenía una voz muy melodiosa.

La leyenda de este personaje ha sido muy difundida precisamente porque uno de los jardines más bellos de Guanajuato es el del Cantador, la gente se reúne para platicar, caminar, correr o simplemente para llevar a los niños a pasear; esto ha dado motivo que a pesar de no conocer la historia de José Carpio al menos recuerdan que ahí había un “señor que cantaba muy bonito” y dice la gente que al morir se sigue apareciendo y deleitando con su voz ¿será cierto? Habrá que ir algún día para corroborarlo pues cuentan los abuelos que han escuchado su canto en el momento menos inesperado del anochecer.

Una muestra de su difusión es que la mayoría de los autores ya señalados la han incorporado a sus textos, aquí presentamos ocho versiones que en conjunto nos detallan muchas cosas sobre este personaje, además in-

³³ Agustín Lanuza, *op. cit.*, *Romances, tradiciones y leyendas guanajuatenses*, pp. 123-127.



El Cantador
TREVORE VALENSUELA

cluimos dos versiones que se rescataron al entrevistar a dos personas cerca del jardín; iniciaremos con la leyenda aportada por Carlos de Gante, como ya se ha dicho, es un primer referente para otros autores que escribieron leyendas:

A mediados del siglo XVIII y a inmediaciones de un recodo que, en virtud de la prolongación del cerro de Cruz Blanca, formaba el río que atraviesa la ciudad de Guanajuato, vivía, en un miserable jacal, un hombre bastante pobre llamado José Carpio. Dotado por la naturaleza de una voz sonora y dulce, recorría las calles llevando una guitarra a cuyo son acompañaba sus cantos. De las casas de las familias principales, de las de comercio y aun de las de vecindad era llamado y, por una pequeña remuneración, con la que cubría sus necesidades, cantaba las canciones que en aquellos benditos tiempos estaban de moda. La simpatías que se había creado no eran pocas, y cuentan las malas lenguas, que hubo una dama que, prendada de su voz, le hizo algunas proposiciones de matrimonio, pero al buen Carpio no las aceptó, porque gustaba más de su vida vagabunda que de las delicias del hogar. La dama, al ver sus deseos fallidos, se retiró a la Capital de la República y en Convento de la Concepción profesó tomando el nombre de Sor Filomena de la Santa Cruz. Entre tanto, José Carpio seguía siendo la delicia de los buenos habitantes de la ciudad, quienes lo designaban con el nombre de El Cantador. El canto proporcionó a nuestro hombre algunos dineros y con ellos, pudo más tarde formar, junto a su casa, un pequeño Arrastre para beneficiar metales. Caminando de día en día mejoró sus negocios, el pequeño Arrastre se convirtió en un Sangarro, que desde luego fue llamado Sangarro del Cantador.

Su nueva industria llegó a proporcionarle más recursos que el canto, el que, sin embargo, jamás abandonó entonces pensó en el hogar, no tanto por afición sino por necesidad, y comenzó a buscar a la mujer que debería hacerle compañía durante los días que le faltaban de vida.

Entre toda su clientela no dilató en encontrar a la mujer que deseaba y desde luego le hizo proposiciones de matrimonio; pero la Señora de sus pensamientos, después de haberlo hecho creer en que sería la compañera de su vida, lo engañó casándose con un minero de Valenciana. El Cantador, con semejante decepción, se puso triste hasta la muerte y en poco tiempo murió; entonces el Sangarro pasó a ser propiedad de un rico minero y pronto se convirtió en una de las mejores haciendas de beneficio; pero conservó la misma denominación.

A principios del siglo XIX, en la hacienda minera El Cantador, se habían ya beneficiado metales por una cantidad quinientas veces más del valor de la finca, y se hubiera convertido en un buen centro de operaciones, dada su

posición, sino es porque fue quemada durante la guerra de independencia, quedando convertida en ruinas, y una buena parte de ella, precisamente la que daba al río, más tarde se convirtió en basurero, que fue conocido también con el mismo nombre de El Cantador, lo mismo que el barrio que se había formado en ese lugar.

Los años siguieron pasando sin que nadie se fijara en el triste muladar, sino para en él depositar desechos.

El 3 de marzo de 1831, después de un detenido estudio, el Regidor don Francisco Calderón, amador decidió de los bellos panoramas que por todas partes presenta la Naturaleza, así como de proporcionar al público un lugar de recreo para distraer un poco el espíritu, en medio de las tristezas de la vida, presentó al Ayuntamiento un proyecto para formar en el basurero de El Cantador una Alameda, y a fin de darle la amplitud necesaria, presentó también el del tajo que debía de abrirse en el cerro de Cruz Blanca. La iniciativa fue acogida con gran entusiasmo, y desde luego el Ayuntamiento comisionó al Ingeniero Pérez para que a la mayor brevedad posible, presentara un proyecto de jardín y el respectivo presupuesto de gastos. El Ingeniero presentó ambas cosas a los ochos días y el Ayuntamiento dio conocimiento al Gobierno pidiendo su aprobación.

La noticia circuló por toda la ciudad con suma rapidez, y fue tan bien acogida, que durante varios días, El Cantador se vio concurrido por un gran número de personas de todas las clases sociales, que iban a ver el lugar que en breve se convertiría en Alameda. El Regidor Calderón, autor de la feliz idea, fue objeto de multitud de felicitaciones y de que su nombre anduviera de boca en boca de los buenos habitantes de la ciudad, principalmente de las guapas jóvenes, quienes ya se prometían un lugar más de citas con sus novios, y en donde lucir sus gracias. Cuentan las crónicas, que una Señora mayor que vivía en la calle de Pocitos, se le vino a las mentes la idea de regir al Regidor Calderón, una estatua en la entrada de la Alameda en proyecto, como premio a su iniciativa al efecto, escribió una solicitud al Gobierno ofreciendo hacer los gastos de la estatua por su cuenta; solicitud que no llegó a su destino porque en esos días se vio atacada de influenza y murió. Este documento, curioso por mil títulos, y que sus descendientes conservan con cuidado, en parte se encuentra casi borrado por el transcurso del tiempo, dice así:

“Exmo. Sr. Gobr.

La qe suscribe, de esta Naturaleza y veda. manifiesta a ese Gbno. qe teniendo en cta la gran meja y utilida qe va a prestar a este vecindario del Real de Gto la implanton de un jardin en el Basurero del Cantador qe esta p la entrada de Marfil... p... este servicio al Sr. Regid del I. Ayuntamiento D.

Francisco Calderón, conviene levantar una estatua en la entra del susodicho jardín, la que yo costearé p... la cantidad d... ta, sirviéndose... G... juato... 1... años que Dios...

María de la... chez”

El Gobierno contestó al Ayuntamiento que no era de aprobarse el proyecto de la Alameda por la escasez de fondos, quedando, con este motivo, aplazado para mejores tiempos.

El descontento que causó esta negativa del Gobierno, fue general y deseándose se llevara adelante el proyecto, hubo algunas reuniones de los vecinos de la calle de Cantarranas con el objeto de nombrar una comisión a fin de que esta colectara fondos para erogar los gastos que fueran necesarios en la construcción de la Alameda, pero para colmo de males, el que presidía esas reuniones murió y todo quedó pendiente.

Veinticuatro años después, en 1855, se dio principio a la obra tantas veces deseada, abriéndose en el cerro de Cruz Blanca, un tajo por donde se hizo pasar el río, se derrumbaron las ruinas de la hacienda de beneficio El Cantador, se amplió el terreno por el lado que lo limitan los cerros y se dio principio a la plantación de árboles, habiéndose previamente emparejado el suelo.

Continuaron los trabajos con bastante lentitud y hasta seis años después, en 1861, pudo verificarse la inauguración aunque la Alameda no estaba totalmente concluida en su ornato. Como aquel lugar y el barrio formado en los alrededores eran conocidos con el nombre de El Cantador, la Alameda tomó el mismo nombre.

Los años han seguido pasando y los Ayuntamientos que se han sucedido, han procurado embellecer el jardín hasta ponerlo en el estado en que hoy se encuentra; sin embargo, las fuentes de las glorietas central y laterales, aun no están concluidas.

A la verdad que El Cantador es un jardín bastante hermoso. El cerro que lo rodea sembrado caprichosamente de casas y el río que por uno de sus lados pasa murmurando, dan a aquel lugar un aspecto delicioso que convida al amor.

Los árboles que forman sobre el jardín un cielo de esmeralda, las flores que perfuman el ambiente, las fuentes que lucen sus cristales, las aves que entre frondas cantan y la brisa que jugueteando entre el ramaje suspira, dan a los corazones sensibles deleitosa calma y a las almas soñadoras dulces esperanzas.

Mañana, cuando hayan desaparecido las generaciones todas que contribuyeron a la formación de El Cantador, este bello jardín será el eterno recuerdo suyo para las generaciones que vengan; la Primavera con sus hechizos lo

habrá embellecido una vez más, y una vez más el cielo le habrá ofrecido sus azules cortinajes, sus celajes de oro y grana y sus fúlgidas estrellas.³⁴

Salvador Ponce de León nos introduce al tema de una manera peculiar para luego contar la leyenda:

Nos dice la historia, y agrega la leyenda, que José Carpio, desde jovencito, demostró un gran temperamento artístico y una excelente y melodiosa voz, con la cual halagaba a los que le oían bellas canciones populares, que interpretaba pulsando la guitarra, con sin igual destreza. Cuando ya había anochecido y su padre llegaba a su casa cansado del trabajo, el estado de ánimo de éste era dulcificado y confortado por las canciones alegres y graciosas que brotaban de la garganta de su hijo. Era la calidad de su voz, por su limpieza, volumen y timbre, así como por la emoción con que cantaba, y tocaba la guitarra, de la cual hacía brotar variados arpeggios, unas veces de júbilo y otras de honda melancolía, que los vecinos del lugar, mujeres, niños y hasta hombres, de aproximaban embelesados a la casa de José, a escucharlo.

Pero como todo en la vida es pasajero, y lo que se ansía fervorosamente parece muy lejano, de pronto llega y pasa con la misma brevedad de la espuma del mar que se apaga, así la placentera vida de José tuvo un periodo triste. Se padre, que era un minero que trabajaba afanosamente para llevar el diario sustento a su hogar, un día trágico, estando dedicado a su labor, se produjo un espantoso derrumbe en el túnel donde se encontraba, y murió con otros compañeros de infortunio. A partir de ese momento, José, a pesar de su juventud, empezó a sentir la aguda espina de la desolación, de la orfandad; abandonó sus primeros estudios y como no tenía más medios de vida que su extraordinaria voz, los vecinos del pueblo, por ayudarlo y más que todo para aprovecharlo en sus fiestas privadas y públicas, comenzaron a utilizarlo con gran éxito y complacencia también para el joven. Así fue como caminando por los retorcidos callejones de la ciudad, subiendo alguna cuesta o bajando alguna profunda cañada, en las aldeas o en las rancherías, la voz de José se esparcía cadenciosa y dulce por los contornos, alegrando unas veces, otras provocando nostalgias que hacían derramar alguna lágrima furtiva. Y el dinero llegaba a sus bolsillos por raudales. Sin embargo, no había olvidado las tareas de su padre, cuyo ejemplo lo tenía ardientemente grabado en la conciencia, y para que no se extinguiera la tradición, decidió darse de alta como minero; y claro, joven, fuerte como era, honesto y apegado al estricto cumplimiento del deber, como su padre, bien pronto se captó la buena voluntad del patrón, a quien le proporcionó abundantes riquezas con su trabajo; y entonces aquél,

³⁴ Carlos de Gante, *op. cit.*, *Cuentos Históricos Guanajuatenses*, pp. 61-70

con gran sentido de equidad y justicia, le obsequio su extenso campo para que en lo subsecuente pudiera vivir de él. En efecto, después de que José rindió los mejores frutos de su trabajo en las minas, se dedicó a labrar su campo, con un empeño y espíritu de sacrificio tal, que con rapidez insospechada le produjo pingües utilidades y una situación le permitió comprar un “zangarro”, cerca de la ciudad, donde beneficiaba la plata y el oro que extraía de las minas, de modo que esa situación le permitió disfrutar de una existencia cómoda y apacible, hasta el fin de sus días. Pero el “zangarro” pasó a otras manos, y en esa extensión se construyó el edificio de una gran hacienda de beneficiar la plata, a la cual se le puso el nombre de El Cantador. Y así subsistió por muchos años más, al estallar la Guerra de Independencia, la furia de las huestes de ambos partidos destruyó aquella próspera heredad en donde posteriormente el Ayuntamiento arregló un hermoso y amplio jardín, con el mismo nombre. Cuentan los que viven cerca del parque, que a veces a altas horas de la noche se escuchan hondos y dulces cánticos, al son de las graves notas de una guitarra; y agrega el vulgo, que es el alma de José Carpio que va a recordar los días felices de su mocedad [...].³⁵

Juan José Prado inicia con una estrofa que alude a El Cantador:

“Aquí está el guanajuatense,
con su sombrero de lado,
el que no conoce el miedo;
es que nunca me ha encontrado.”

Así cantaba José Carpio, un humilde y sencillo muchacho del barrio de Tepetapa.

La gente le hacía rueda, y sus canciones embelesaban no sólo a los vecinos, sino a los de algunos otros lugares de la ciudad.

Su padre, macizo operario fogueado en las labores de Cata, Mellado y Valenciana, era el patriarca de la familia. Y al caer la tarde, cuando el padre regresaba de sus rudas faenas, compartía al goce que José les proporcionaba, aunque no dejaba de mover al cabeza, sentenciosamente, como doliéndose de que José no siguiera los pasos del padre, sino más bien tirara por otros muy distintos caminos.

La habilidad de José, su natural armonía y su facilidad para entonar sencillas endechadas de amor, canciones de brabucones y sentimentales tonadas, pronto cundió por toda la población. Él solo, cuando contaba apenas con doce años de edad, había construido su propia guitarra; sus composiciones,

³⁵ Salvador Ponce de León, “Parque El Cantador”, en: José Rogelio Álvarez, Selección, introducción y notas onomásticas, *op. cit.*, *Leyendas mexicanas*, pp. 409-410.

de ambiente típicamente popular, bien pronto cundieron de boca en boca, y su fama hizo que se le conociera, no por su nombre, sino por el sobrenombre de “El Cantador”.

Pero José llevaba la mina en la sangre, herencia de su curtido padre. Y así fue que, andando en unión de su padre en el socavón, donde éste le ensañaba los secretos y entrañas de la tierra, un derrumbe segó la existencia paterna y José, que frisaba por los diecisiete años, tuvo que hacerse cargo de la familia, dedicándose de lleno al trabajo de la mina.

Calló temporalmente sus cánticos y serenatas. En el barrio parecía que las sombras de la noche respetaban el luto de José.

Y un día, una noticia inquietó a los habitantes del barrio: José había encontrado un buen “azoguito”, un rico filón había sido descubierto por los trabajadores en cuya cuadrilla se encontraba éste. Notóse de inmediato que la suerte cambiaba los destinos de José, y en corto tiempo, tras lucir vestidos nuevos y de colores chillantes, los parientes compraban una casa, en tanto que José abría un “zangarro”, donde compraba mineral, para luego introducirlo a los molinos.

Próspera fue esta etapa de su vida.

Y volvióse a acordar de su vihuela. Y su zangarro fue conocido con el nombre de “Zangarro del Cantador”, edificando una amplia casa, con capacidad para los menesteres de su compra de minerales.

Por las tardes, nuevamente, volvía a pulsar la guitarra y sus melodías trovas constituían un verdadero deleite: Ese era José Carpio, “El Cantador”.

Pero la guerra de Independencia irrumpió, y su llamado atrajo a todos los amantes de la libertad: José Carpio también partió a regar su sangre en los campos de batalla.

De su zangarro, con el tiempo, no quedó nada, sino sólo el lugar hueco, vació, donde otrora se levantaban los patios en que se amontonaban los minerales, donde se recogían las caballerizas, donde se molía el mineral...

En ese yermo lugar, se acondicionó el jardín que en la actualidad lleva el nombre de “El Cantador”, en memoria de aquel trovador mal bruñado, que con sus canciones hizo llorar de alegría a sus contemporáneos.

Todavía parece que se escucha, entre el remolinar de los pájaros y el suspiro del viento entre los árboles, aquellas bravatas que salían de su pecho:

“Ya me despido cantando,
como dijo una cotorra;
porque unos están pagando
y otros oyendo de gorra”.³⁶

³⁶ Juan José Prado, *op. cit.*, *Leyendas y tradiciones guanajuatenses*, pp. 99-107.

Este mismo final lo retoma Guadalupe Appendini para finalizar su leyenda, ella misma dice que:

En uno de los barrios de Guanajuato existe un jardín conocido como “El Cantador”, nadie conoce a ciencia cierta la historia del lugar pero con frecuencia muchas personas hablan de este jardín en donde dicen, que por las noches se escuchan melodías interpretadas por una bella voz masculinas que sale de entre los árboles, y jamás se ha conocido al trovador.

Existe una leyenda sobre el jardín “El Cantador”, la que es poco conocida ya que en la actualidad las fábulas no se cuentan y la gente ha perdido interés por estos relatos que al paso del tiempo se convierten en leyendas.

Se cuenta que hace muchísimos años, en el barrio de Tepetapa, vivía muy humilde. El patriarca era un hombre rudo que era trabajador de las minas la Cata, Mellado y Valenciana. Su gesto era adusto tenía una cara de pocos amigos quizá porque la vida lo había “aporreado” mucho, pero en el fondo era bueno. Desde muy niño trabajó en las minas y el intenso trabajo le había formado un carácter recio, autoritario.

José Carpio se llamaba este minero el que era conocido, respetado y estimado en las diferentes fincas, por ser un hombre honrado, trabajador, y muy leal.

En su hogar, don José era excepcional. Había educado a su familia, aunque humilde, pero dentro de unas normas morales, que eran el ejemplo del barrio. Aquel hombre tan rudo, en su hogar era un ángel. La mujer y los hijos lo esperaban con ansia cuando salía del trabajo, y en su casa todo era felicidad y armonía.

Su hijo mayor José, era un muchacho muy alegre y simpático, que era su orgullo. Siempre pensó que algún día sería minero igual que él, heredándole su trabajo, así como el amor a las minas, las que habían sido su pasión.

Pero José, aunque físicamente era muy parecido a su padre, su carácter diferente. Desde niño se había inclinado por la música, le gustaba cantar y hasta se atrevía a hacer música, lo que su madre le festejaba, pero don José se sentía inquieto, no quería que su hijo fuera un trovador de cantina, a lo que le veía poco futuro.

Por su carácter alegre y dicharachero, José era muy solicitado, no solamente por las muchachas del barrio, sino también por los jóvenes. Cantaba muy bonito acompañado por la guitarra, y era indispensable para las fiestas y sobre todo para llevar serenatas. Su padre se inquietaba pensaba que su hijo perdía el tiempo y nunca llegaría a ser alguien.

Pero en cambio su madre, se sentía satisfecha, de que no sólo su hijo era un muchacho bien parecido, sino que también simpático y según se veía, se

perfilaba para ser uno de los grandes compositores mexicanos, pues su música era extraordinaria y si se cultivaba podría llegar a ser gran músico.

A su padre le gustaba escucharlo, pero a la vez movía la cabeza pensando que su afición lo distraería, y nunca se dedicaría al trabajo de las minas, lo que era su ilusión. No le imponía su voluntad, pero sí con frecuencia lo invitaba a que lo acompañara a la mina de la Cata, y le platicaba los secretos de las minas, lo apasionantes que eran y lo que se podría extraer de ellas.

El muchacho lo escuchaba atento, era obediente y respetuoso con su padre, aunque por dentro sabía que su afición era otra cosa, la música le apasionaba, en ella había encontrado su felicidad y no podría dejarla nunca. Todo el barrio lo conocía por “El Cantador”, sobrenombre que le agradaba. Por dentro se decía, “pronto no seré el cantador, sino el compositor José Carpió”.

Su padre, relativamente joven, desde muchos años atrás padecía una enfermedad del corazón, que lo preocupaba. Un día le pidió con insistencia a su hijo que lo acompañara a la mina. Le dijo que había sido admitido para iniciar sus labores dentro de ella. El muchacho se aterró, pero no dijo nada, acompañó a su padre e inició su trabajo. Juntos andaban en el socavón, don José enseñó al joven todos los secretos y las entrañas de la tierra; los peligros y la manera de actuar en momentos desesperados, así como dónde se podrían encontrar los filones de oro, plata... y lo indicado para extraerlos. En fin, le confió todas las experiencias que él había acumulado en muchísimos años en que había estado bajo tierra, trabajando en las diferentes minas de Guanajuato.

Pasaron varios días, padre e hijo recorrían las minas, trabajaban y tenían grandes diálogos alrededor de estas minas, en donde don José había pasado la mayor parte de su vida. El joven sólo tenía 17 años, pero por su seriedad en el trabajo parecía que era mayor. Una de esas mañanas que los Carpió recorrían uno de los socavones, hubo un derrumbe; por más que hizo el hijo, no pudo salvar a su padre, al que un gran peñasco le había caído en la cabeza quitándole instantáneamente la vida.

Para el joven fue un golpe muy duro; después de la muerte de don José, el muchacho empezó a trabajar con más empeño, ya que sólo él era el sostén de su familia, pues su padre “se había llevado la llave de la despensa”, y sólo con lo que él ganaba podían comer su madre y sus hermanos. José colgó la guitarra, sus cantos cesaron y se olvidó de fiesta y serenatas. El barrio también se encontraba triste, su trovador había enmudecido y el suburbio estaba de luto.

Así pasó mucho tiempo, pero un día, corrió como reguero de pólvora una noticia, José había encontrado un buen azoguito, un rico filón había sido descubierto por los trabajadores en la cuadrilla en que se encontraba José Carpió. El nunca confesó el hallazgo, pero amor, dinero y cuidado, no pueden

ser disimulados pronto se vio el cambio en la casa de los Carpio. Gestionaron comprar su vivienda, hasta que pudieron conseguirlo; tanto su madre como sus hermanos estrenaban todos los días, y fiestas, salían muy “elegantes”, con trajes en colores chillantes, moños de colores vivos y enaguas que hacían ruido al caminar.

El joven, aunque ya tenía apariencia de una persona mayor por lo serio y reposado, volvió a rasgar su guitarra. Afuera de su casa abrió un changarro, donde compraba mineral para luego introducirlo a los molinos.

José Carpió era muy respetado, su negocio prosperaba, su familia vivía muy bien con cierto desahogo y él volvió a su afición de la música. No solamente cantaba, sino que sus composiciones se multiplicaban su música era conocida y se reconoció al famoso José Carpió, “El Cantador”.

Su tendajón se veía siempre lleno de amigos, por las tardes aquel era un lugar muy alegre, en donde nadie estaba triste, volvió la alegría al barrio de Tepetapa. Pero, la guerra de Independencia interrumpió la tranquilidad del pueblo, inquieto a los jóvenes y su llamado atrajo a todos los amantes de la libertad, José Carpió, no podía quedarse a un lado. Él también partió a regar su sangre en los campos de batalla. Su familia comenzó a pasar trabajos, no había qué comer, el changarro, a poco se fue quedando vacío, se fueron comiendo lo poco que vendían hasta llegar el día en que no había que vender, ni que comer.

Se cuenta que en donde se levantaban los patios en que se amontonaban los minerales, en donde se recogían y se molían, desapareció, quedó un enorme hueco, todo era desolación, tristeza, miseria...

Pasaron los años, de José Carpió no volvió a saber nadie, cuentan que fue uno de los sacrificados en aras de la Independencia, un anónimo más uno que murió por la patria, un “soldado desconocido”, y que jamás volvieron a saber de él sus familiares. Un trovador que dio su sangre por la independencia de su país. Pero siempre existe alguien que recuerda a las personas que se significaron algo, y José Carpió fue recordado.

En aquel lugar del barrio de Tepetapa, que fue saqueado y quemado, más tarde acondicionó un jardín, el que fue cultivado con todo cariño y cuidado; le puso por nombre el Jardín de El Cantador, en memoria de aquel trovador alegre, compositor malogrado, que con sus canciones hizo llorar de alegría a sus contemporáneos.

Cuenta la leyenda que desde que se hizo ese parque, tuvo algo extraordinario. Con frecuencia se escuchaba un hermoso canto, la voz de un trovador que entonaba bellas melodías, así como que —algo extraordinario—, los pájaros parecían hacer coro a la voz que salía de los árboles. Al principio esto causaba temor, pero poco a poco los habitantes del lugar se fueron acostumbrando y

con frecuencia se iban al jardín a tomar el fresco y escuchar “aquel canto del cielo acompañado por un coro de ángeles”.

Poco a poco se fue perdiendo la voz de “El Cantador” pero todavía hay quien se atreve a decir que escucha un canto que claramente dice:

“Ya me despidió cantando,
como dijo una cotorra:
porque unos están pagando
y otros oyendo de gorra”.³⁷

Andrés García presenta la versión en dos de sus libros tan sólo con algunas variantes. Veamos la primera versión:

José Carpio nacido en el barrio de Tepetapa se llamó el protagonista de esta narración. José Carpio tenía una hermosa voz y rara habilidad para tocar la guitarra y era la alegría del barrio por que a todas horas deleitaba a la gente que le hacía rueda para escuchar alguna tonada sentimental, un alegre corrido de la época o alguna dulce canción de amor.

Su padre, rudo minero llegó a creer que no heredaría su oficio, por fin a la mina va a trabajar como lupio y un venturoso día descubre una rica veta y cambia su vida por completo, ahora es un rico minero, adquiere un Zangarro, compra minerales y los beneficia con todo y esto vuelve a su vida bohemia y a entonar sus dulces canciones, pero un día abandona sus riquezas y se enrola en las filas de la Independencia de la que jamás volvió. Su vida fue a darla en aras de la libertad. Su casa y propiedades pasaron a diversos propietarios; los españoles en el tiempo de la Independencia la saquean, la destruyen y queda abandonada, con el paso de los años, vecinos de ese barrio lo fueron convirtiendo en basurero poco a poco; fue hasta el 25 de noviembre de 1840 cuando el Ayuntamiento lo compró, pero hasta 1894 se inició su construcción y el 30 de septiembre de 1896 se inauguró este hermoso parque que lleva por nombre “El Cantador” en memoria de su antiguo y pintoresco dueño.³⁸

La segunda versión es muy parecida:

En la entrada de la ciudad por la carretera a Silao, se encuentra el visitante con el parque del “Cantador”; bello y encantador albergue de los enamorados y más por su pasado que nos cuenta lo siguiente: Allá por los años de bonanza en esta ciudad, se dice que en este lugar se estableció un Zangarro, donde se compraban y beneficiaban minerales, dicho lugar fue adquirido por un honrado y trabajador minero que en poco tiempo adquirió fama y prosperidad,

³⁷ Guadalupe Appendini, *op. cit.*, *Leyendas de provincia*, pp. 143-146.

³⁸ Andrés García, *op. cit.*, *Guanajuato maravilloso y legendario*.

tuvo en su matrimonio un hijo único llamado José Carpio el cual al crecer, su padre creyó que heredaría el amor al trabajo y al oficio de minero, que en ese tiempo era de riqueza, mas no fue así y este hijo único nació bohemio y con esa rara habilidad que pocos tienen se dedicó a tocar la guitarra y a acompañarla con su hermosa y bien timbrada voz, deleitando a la gente del barrio que le hacía rueda para escuchar alguna tonada sentimental, un alegre corrido de la época o alguna dulce canción de amor, siendo por esto la alegría del barrio.

Su padre, rudo minero, lo conminaba a que siguiera su oficio, mas éste con su vida bohemia no le hacía el menor caso, ya se resignaba al padre a que su hijo siguiera con esta vida y llegó a creer que definitivamente no heredaría su oficio. Mas sus ruegos y afanes se vieron coronados, el hijo, un aventuroso día, urgido quizá por una necesidad amorosa, fue a trabajar como lupio y la diosa fortuna que no lo abandonaba, lo ayudó y en poco tiempo descubrió una rica veta... Cambia su vida por completo, ahora es un rico minero, adquiere y trabaja con ahínco su zangarro heredado. Rico y poderoso vuelve a su vida de bohemio y a entonar sus dulces canciones para ser la admiración del barrio y de las galanas mozas, más un día se enrola en las filas de la Independencia, dejando sus riquezas y su casa, jamás volvió, su vida fue a darla en aras de la libertad. Sus pertenencias pasaron a diversos propietarios, los españoles la saquean y destruyen y queda abandonada.

Con el paso de los años. Los vecinos de este barrio lo fueron convirtiendo en basurero poco a poco, fue hasta el 25 de noviembre de 1840 cuando el H. Ayuntamiento lo compró, pero hasta 1894 se inició su construcción y el 30 de septiembre de 1896 se inauguró este hermoso Parque que lleva por nombre “El Cantador”, en memoria de su antiguo y pintoresco dueño.³⁹

Manuel Sánchez Valle elabora una guía histórica y turística de Guanajuato donde alude al Jardín del Cantador:

Queriendo dotar a la ciudad de Guanajuato de un Jardín o Alameda más grande siendo Gobernador del estado el General Florencio Antillón, en 1854 se comienza a construir el ahora llamado Jardín “El Cantador” cuyo nombre se debe al trovador José Carpio, de origen minero quien por muchos años con sus bellas melodías, se hizo ese sitio notable. En el siglo XVIII se derribaron las ruinas de la hacienda de beneficiar metales.

En este mismo año, se comenzó el plantío de los fresnos y las lunetas, únicamente en la mitad del terreno. En 1857 se reanuda el plantío de árboles. En 1861 en septiembre primero, se inaugura la calzada que rodea al jardín,

³⁹ Andrés García, *op. cit.*, *Guanajuato histórico y legendario*, pp. 3-4.

quedando muy cómoda para que los carruajes circulen y puedan dar vuelta. En 1868, se construye en esta alameda las cuatro glorietas y una hermosa fuente en el centro, así como las lunetas de hierro forjado que faltaban, todo a instancias del rigido don Jesús Alcocer.

En este año, queda terminada la cañería que llevará el agua de la presa de los Pozuelos al Cantador, asegurando con esto el riego del jardín; llagando en gran abundancia por esos lugares, y proporcionando el preciado líquido gratis a los guanajuatenses.

El 25 de agosto de 1872, se construye el hermoso y romántico lago artificial que embellece la alameda del cantador, decorando el paisaje con seres vivientes, como patos y cisnes.

Débase la labor del gobierno de estado al Señor Doctor J. Jesús Rodríguez Gaona, la reconstrucción total de ese parque.⁴⁰

Agustín Lanuza también da cuenta de esta leyenda de una manera muy peculiar ya que define esta leyenda como parte de una tradición histórica:

José Carpio, “El Cantador”
según nos cuenta la fama,
vivió, se dice, a mediados,
de la edad décima octava.

Fue su cuna muy humilde,
tan humilde como honrada,
y por blasón de trabajo
ostentó siempre su casa.

Su padre, que era minero,
desde al despuntar el alba,
con “manejo” a la mina
iba todas las mañanas;

y bajaba por el “tiro”
de la mina a las entrañas,
porque era de aquella clase,
heroica, fuerte, abnegada,

del pueblo guanajuatense,
que en otras épocas gratas,

⁴⁰ Manuel Sánchez Valle, *op. cit.*, *Guía Histórica y Turística de Guanajuato*, pp. 109-110.

hizo que fuera esta tierra
la tierra de las bonanzas.

Al regresar por las noches
el padre de Carpio, a casa,
todo era júbilo y fiesta
y contento y algaraza;

pues José, que era de bello
carácter, desde la infancia,
mostró afición decidida
para el canto y la guitarra.

Y, pulsando el instrumento
con habilidad y gracia,
al son de las roncadas cuerdas
dulces cantos entonaba.

Era, cual suele decirse,
la alegría de la casa;
tan pronto como los ecos
de sus canciones vibraban,

los vecinos acudían
a escucharlo sin tardanza,
ancianos, niños, mujeres
y las doncellas más guapas.

Los años volaron presto,
que el tiempo rápido pasa,
dejando sólo un osario
de recuerdos en el alma.

Y cuando todo era gozo
y contento en la morada
de aquel constante operario
trabajador y sin tacha,

se vino un “cielo” en la mina,
y de una manera trágica,

murió el padre de José
dejándolo en la desgracia.

Por las torcidas callejas,
por las desiguales plazas,
lo mismo en el alto cerro
que en la profunda cañada,

de la ciudad primorosa
que Guanajuato se llama
era Carpio, “El Cantador”,
el ave de las montañas.

Para ganarse la vida,
por todas partes andaba,
entonando tristes cantos,
al compás de la guitarra.

Él, en el centro del corro
que la gente le formaba,
asomándose las mozas
a las puertas y ventanas,

era el deleite del pueblo,
era el cantor de la fama,
doquiera se le veía,
doquiera se le admiraba,

cuando escucharse solía
su voz cadenciosa y clara,
así atacando las graves
como las notas más altas,

ora fingiendo querellas,
ora murmurios del agua,
humedeciendo los ojos,
anudando las gargantas

al vibrar las roncadas cuerdas
de su sentida guitarra,

con los aires populares
de las canciones serranas.

Es el poder de la música
tan grande, tanto avasalla,
que a los más rudos espíritus
los conmueve y los ablanda.

Y, sin querer, las pupilas
anúblanse con las lágrimas
se agitan los sentimientos
más dulces dentro del alma.

Es asombrosa en el pueblo
la facilidad bien rara
con que retiene y repite
cualquier cántico o sonata.

Y por eso de José,
las bellas y tristes cántigas,
silbaban los arrapiezos
por las calles y las plazas,

popularizando más
de aquél su cantor la fama,
que de tiempo atrás corría
del vulgar aplauso en alas.

Pero como todo muere,
todo vuela y todo acaba,
fue extinguiéndose de Carpio
la voz armoniosa y clara.

Para ganarse la viada,
ya el canto no le bastaba,
y se decidió resuelto
como jefe de su casa,

a trabajar en las minas
con empeñosa constancia,

recordando de su padre
aquella honradez sin tacha.

El trabajo Dios lo premia
y lo bendice y lo ensalza,
pues de José los afanes
pronto colmó la abundancia.

Llegó a estar la mina en frutos
con buenas “leyes” de plata
y muy buenas cantidades
obtuvo Carpio en sus rayas.

Su patrón, que sorprendía
en él, la fe y la constancia
—en las labores de minas
más que en otras, necesarias—,

dióle un “campo” que solícito
y con empeño labraba,
y cuando menos lo espera,
encontróse una bonanza.

Ya rico, abarcó negocios,
logrando pingües ganancias,
y construyó, según dicen,
un “zangarro” que se hallaba

de la ciudad a la puerta,
sobre la planicie vasta,
do forman abruptos cerros
bella y profunda hondonada.

José vivió allí dichoso
beneficiando la plata
y el oro que nuestras minas,
en riquísima abundancia,

produjeron por entonces
y aún hoy en su seno guardan,

dentro las preciosas vetas
de estas vírgenes montañas.

Murió José; y el “zangarro”
que a su costa levantara,
a la margen del arroyo
y junto a su propia casa,

vino a poderosas manos
que después edificaron
la grande y famosa hacienda
de beneficio de platas,

que por tradición, sin duda,
era por todos llamada
con el mismo sobrenombre
que a Carpio le diera fama;

pero al estallar la guerra
de la Independencia santa;
cuando se tomó la Alhóndiga
de Granaditas, se narra,

que audaz penetró la plebe
a saco en tiendas y casas,
destruyendo cuanto pudo
y a la gente asesinándola.

Incendióse el edificio
de la hacienda: destrozaronla
y quedó una gran fortuna
en la noria sepultada.

Donde el rumor del trabajo
constantemente reinara,
en los pesados arrastres
y del molino en las mazas,

después vieron sé tan sólo
galeras abandonadas,

en cuyas rotas techumbres
los murciélagos rondaban.

Apenas en pie quedaron
arcos derruidos, pilastras,
a donde el vulgo refiere
que José Carpio llegaba

a entonar, como en un tiempo,
sentidas y dulces cántigas,
al son de las roncas cuerdas
de su llorosa guitarra.

Luengos años transcurrieron;
y aquella planicie vasta,
por mucho tiempo quedóse
inculta y abandonada.

Después el Ayuntamiento
hizo en época lejana,
un jardín donde la incuria
en breve posó sus plantas.

Hoy que el progreso, esa fuerza,
esa ley, esa palanca,
a cuyo impulso los pueblos
y las naciones avanzan,

ha tenido en Guanajuato
abiertas, sus blancas alas,
ese jardín es un parque
delicioso, que engalanan

con sus aromas, los cedros
formando de sus calles amplias,
del uno y del otro lado
artísticas balaustradas.

Tiene bellos surtidores,
que con sus cristales bañan

de los álamos y fresnos
las tupidas enramadas,

en donde revolotean
con bulliciosa algazara,
y en apretados enjambres
los tordos y las urracas.

Tiene prados que parecen
de terciopelo esmeralda,
bordados con arabescos
de flores de especies varias,

en que alternan los miosotis
y las violetas moradas,
y los perfumados lirios
y las margaritas blancas.

Tiene un lago diminuto
sobre cuyas verdes aguas,
cisnes de negro plumaje,
como góndolas resbalan.

Y en el paraje florido,
que a la ciudad engalana,
se cita lo más granado
de caballeros y damas.

Allí los traviosos niños
juegan y corren y saltan,
y allí va también el pueblo,
la gente desheredada,

de la cual salió aquel hombre
que por calles y por plazas
entonando dulces cantos,
al compás de su guitarra,

de cantador tierno y hábil
logro entre todos la fama,

y que a través de los tiempos
la tradición le guardara.

Y hoy el pintoresco sitio
donde estuvo su morada,
en memoria de su nombre
de “El Cantador” se le llama.⁴¹

En una obra inédita, Erasmo Mejía da cuenta tanto del Jardín del Cantador como de José Carpio:

El nombre de este jardín se atribuye, efectivamente, a un cantor popular que nació en esta ciudad por el Barrio de Tepetapa, llamado José Carpio.

¡Ah! pero cuando el cantaba la gente hacía rueda para oírlo y es que tenía gracia y talento natural para dar sabor y dulce entonación a las melodías más románticas de aquel tiempo, casi siempre debidas a su propia inspiración. De ahí que se le conociera más bien con el mote de “el Cantador”, desde que era casi un adolescente.

Hijo de un recio minero, con él iba a la mina y juntos se ganaban la vida honradamente, hasta que un día, un derrumbe de esos que con cierta frecuencia ocurren en la mina, cegó la existencia del padre.

José sufrió al principio su orfandad, pero esto fue por poco tiempo, pues la suerte tuvo para el cierto giro favorable. Él y los de su cuadrilla descubrieron un filón de muy buena ley. Pronto se les vio bien vestidos y gastando dinero, pero no con despilfarro.

Hombre juicioso, estableció por su cuenta una carpeta, o sea una compra de minerales. La guitarra enmudecida por algunos años, volvió a desgranar por los aires alegres melodías, ahora con más sentimiento y con más sabrosura, pues José era todo un hombre. Así iban él y su guitarra por estos callejones de Dios, regalando canciones y sembrando afecto.

Por ese Jardín de las Flores, como se llamó primero tenía José a la dueña de su amor, una muchacha morena, fresca y alegre como un amanecer y que era el centro de las simpatías de toda la gente del Barrio.

Por demás esta mencionar las serenatas y los gallos que José daba a su novia. El cantador, como todo el mundo le decía, se hizo famoso y el jardín perdió su nombre para tomar sin saber cómo ni cuándo, el que tiene hasta ahora: “El Cantador”.⁴²

⁴¹ Agustín Lanuza, *op. cit.*, *Romances, tradiciones y leyendas guanajuatenses*, pp. 49-58.

⁴² Erasmo Mejía Ávila, *op. cit.*, *Lugares Históricos de Guanajuato*.

Las versiones que cuenta la gente no exponen tantos detalles como los autores anteriores, tan sólo se abocan a la aparición de El Cantador que es quizá lo que más le impresiona:

Hace ya varias décadas había un señor que venía a cantarles a los novios, el señor venía con su guitarra y les cantaba canciones de amor, pasado un tiempo el señor falleció y los novios que venían al jardín no estaban enterado de ello y... lo seguían viendo y les seguían cantando, después se enteraron de que el señor ya había fallecido y fue como se hizo la leyenda... venía de ultratumba a cantarle a los novios.⁴³

El Callejón de la Condesa

Hemos expuesto las cinco leyendas que en un estudio anterior aún inédito, resultaron ser las más conocidas y difundidas de Guanajuato. Ahora mostraremos en un sólo grupo diversas leyendas que en su mayoría narran acontecimientos históricos sucedidos en el lugar mencionado que tienen como consecuencia el nombre de la calle o callejón, así como también refieren acontecimientos particulares como apariciones o asesinatos, citemos por ejemplo la “Leyenda de la Condesa”, el Callejón del Tecolote o el Callejón del Infierno.

Se agregan otras historias que muestran a personas que por aspectos particulares formaron parte de la memoria colectiva de los guanajuatenses y al paso del tiempo convertidos en leyendas como El Padre Belauzarán.

Después de ahondar en las leyendas ya mostradas, he resuelto mostrar las siguientes de manera grupal, tan sólo dando referencia del autor o de algún aspecto en particular con la férrea intención de distraer en lo más mínimo al lector en su lectura y con ello pueda fantasear con los sucedidos referidos en las leyendas. Iniciemos este viaje con una leyenda que habla de una condesa que decide alejarse de la sociedad a causa de las burlas que le hacían porque

⁴³ Entrevista hecha por Marina Hernández Rangel, como parte del Seminario de Culturas Populares de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Guanajuato, a Miriam Cabrera, el día 14 de noviembre de 2007, en Guanajuato, Gto.

su marido además de ser un gran militar, era un hombre enamorado.

Primeramente expondremos la versión de Juan José Prado:

Una de las residencias cuya arquitectura exterior atrae constantemente la admiración de todos los visitantes, y que puede contemplarse al lado del Palacio de Gobierno de la Capital, es la casa llamada del conde de Valenciana, sobria y estética construcción obra del arquitecto Tres Guerras, propiedad particular en la actualidad.

Recuerdos evocadores para Guanajuato, trae esta mansión de numerosas odiseas y acontecimientos románticos, de los cuales, el que más destaca es aquel en que la Condesa de Casa Rul y Valenciana, doña María Ignacia de Obregón de la Barrera, esposa que fue del Primer Conde don Diego de Rul, fue la protagonista.

Hurgando un poco en la vida de don Diego de Rul, viene a cuento su historia, que se inicia, como la de todos los aventureros hispanos que venían a hacer fortuna, a mediados del siglo XVIII, sin más recursos que lo que traían puesto. Estableciéndose en la Villa de Salamanca, Provincia de la entonces Intendencia de Guanajuato, donde abrió un pequeño negocio de compra venta de semillas; pero ambicioso y audaz, relacionóse con las Autoridades de la Intendencia y de la Corona, logrando primeramente el nobilísimo Título de Vizconde de las Tetillas, de la Provincia de Zacatecas.

Sabedor de la bonanza minera en Guanajuato, con el descubrimiento de ricos filones de plata y oro, hizo su arribo el año de 1567, y habiendo sido nombrado Comandante de las Milicias Provinciales, entre las incursiones en que tomó parte, le tocó pelear varias veces al lado del General Félix María Calleja del Rey, distinguiéndose por su denodado valor.

A decir verdad, don Diego, hombre pulcro en el vestir, gallardo e impetuoso, lucía apuesto con el vistoso uniforme de las Milicias, lo que significaba un escalón ganado en el terreno de sus conquistas y aventuras amorosas, que en varias ocasiones llegaron a poner al rojo vivo su reputación de caballero.

Fue entonces cuando conoció a la Condesa doña María Ignacia Obregón de la Barrera, hija de don Antonio Obregón y Alcocer y doña María Guadalupe Barrera y Torrescano.

Enamoróse perdidamente de ella, que por sus virtudes y alta alcurnia, llamó desde luego su atención; pero como la dama ostentaba el título de Condesa, empeñóse don Diego en obtener para sí, un título de igual categoría, logrando el de “Conde de Valenciana”, por llamarse así los fundos que en aquel entonces explotaba.

Tiempo después, se efectuaban los suntuosos esponsales entre ambos nobles, cuya nota social reunió a lo más gramado de la aristocracia colonial.

Las hazañas militares en que participo el flamante Conde de Valenciana, siguieron el ascenso, contándose entre las más notables, el asalto y toma de Zitácuaro, Villa que redujo a cenizas, por órdenes de Calleja, casi en los albores de la guerra de Independencia, acción que le valió la designación de Gobernador de la Villa.

Y en tanto que sus hechos de guerra se sucedían, sus aventuras amorosas se multiplicaban, motivando su constante ausencia de hogar, un serio distanciamiento de la Condesa, la que humillada y blanco directo de las burlas y vejaciones de que era objeto, no sólo de la canalla, sino de la misma sociedad, consagróse a cumplir con la Iglesia, encerrándose voluntariamente en su solitaria residencia, negándose a salir salvo lo estrictamente indispensable, en que lo hacía vestida de luto riguroso, cubierta su prematuramente encanecida cabeza con un espeso velo, y en compañía de dos doncellas.

Llegó a tal grado su resentimiento con el Conde, que hizo voto de no salir más a la calle, por la puerta principal de la casa, utilizando la puerta de la servidumbre, que daba a la calle de los “Depósitos” (hoy conocida como calle de “Positos”), a donde se encontró las murmuraciones de la multitud.

Los años habían pasado, cuando un día, en el mes de mayo de 1812, la condesa tuvo noticias de que su esposo, el arrogante e intrépido don Diego de Rul, Conde de Valenciana, había muerto en cumplimiento de su deber, en el Sitio de Cuautla, gloriosos para las gestas insurgentes. El que fuera comandante de las Milicias Provinciales había recibido los honores militares póstumos que a su jerarquía y valor, correspondían...

Muda de dolor, la Condesa tuvo aún un rasgo de nobleza que derivaba de su calidad de esposa: emprendió el viaje hasta Cuautla, recogió el cadáver de su impetuoso marido, y llevándolo hasta la ciudad de México, le dio cristiana sepultura, en la Iglesia de San Hipólito, previas las solemnes y lujosas exequias que en su memoria hizo celebrar.

De la Condesa de Casa Rul y Valenciana ya muy poco se supo; sobrevivió a su esposo unos cuantos meses más; y habiendo dispuesto que ni a su muerte se violara su voto de no hacer uso más de la puerta principal de la residencia, su cuerpo fue sacado por la puerta trasera, la de la servidumbre. Como muestra reiterada de su desagrado ante la infidelidad de su esposo, pues la noble dama con ello, quiso significar que no se consideraba como la señora dueña de la casa, sino como la humilde servidora de su desleal marido.

El callejón trasero de la casa, antiguamente nombrado “Callejón de Güirles”, con posterioridad a la muerte de la Condesa fue conocido por “Callejón de la Condesa”; así se llama aún, en recuerdo a aquella sombra silenciosa que como un espectro, salía de cuando en cuando, de la señorial residencia, por la

puerta de atrás, para hacer patente su desprecio ante los indultos de un noble mujeriego y disipado.⁴⁴

Guadalupe Appendini ahonda en aspectos históricos para contextualizar la leyenda y así dar cuenta de la historia:

Uno de los lugares de provincia en donde más se cuentan leyendas es sin duda en Guanajuato, sitio evocador en donde parece que se detuvo el tiempo, dando la idea de que en cada bocacalle saldrá un conde de capa y espada, o una carretela tirada de caballos de donde descenderá una elegante dama.

Cada residencia o callejón tiene su propia historia, relatos amorosos, trágicos, espeluznantes o cómicos, los que fueron conocidos y el vulgo encargó de esparcirlos y que al paso del tiempo se convierten en una leyenda que se multiplica y no se pierde por ser parte de la vida misma pueblo.

El Callejón de la Condesa, era una calle estrecha llamada de los Depósitos (conocida hoy como calle de Positos) a donde daba la puerta de servidumbre de la Casa del conde De Valenciana. Esta residencia obra arquitecto Eduardo Tresguerras (al lado del antiguo Palacio de Gobierno de esta capital), fue escenario de importantes acontecimientos, de los cuales el que más destaca es sobre la vida de la condesa María Ignacia de Obregón de la Barrera, esposa del que fue primer conde don Diego Rul, llamado “Conde de Valenciana”.

Se dice de don Diego, bizarro y donjuanesco, cortesano y galante, caballeroso y diabólico, fue un aventurero hispano que vino a México a mediados del siglo XVIII, sin más recursos que los que traía puestos. Cuenta Juan José Prado, que se estableció en la villa de Salamanca, provincia de la entonces intendencia de Guanajuato, en donde abrió un pequeño negocio de compraventa de semillas; pero ambicioso y audaz se relacionó con las autoridades de la Intendencia y de la Corona de España, logrando primero el título de Vizconde de las Tetillas de la provincia de Zacatecas y más tarde, el de Conde de Valenciana.

Comerciar con semillas se le hizo de poca categoría, mas sabiendo de la bonanza minera en Guanajuato, con el descubrimiento que se hizo en 1767 de plata y oro, nuestro personaje cambió, se dedicó a la minería.

Con el fin de descollar y hacerse indispensable, don Diego que ya para entonces tenía muchos amigos, gestionó ser nombrado comandante de las milicias provinciales, y se sabe que en varias ocasiones peleó al lado del general Félix María Calleja del Rey, distinguiéndose por su valor y disciplina.

El entonces vizconde de las Tetillas, era buen tipo, tenía unos enormes ojos soñadores, nariz larga, boca fina. Según el retrato que le hiciera el pintor Roberto Montenegro, es un caballero pleno de marcialidad, de rasgos nobles

⁴⁴ Juan José Prado, *op. cit.*, *Leyendas y tradiciones guanajuatenses*, pp. 109-121.

y finos, lleva con bizarría el vistoso uniforme de coronel de las Milicias Provinciales. Era tan fino y caravamiento que parecía un embajador japonés, con actor de cortesía que enloquecía a las mujeres.

Este hombre ambicioso y enamorado, conoció a la condesa doña María Ignacia Obregón de la Barrera, hija de don Antonio Obregón y Alcocer y de doña María Guadalupe Barrera y Torrescano (este matrimonio tuvo tres hijos, don Antonio Obregón de la Barrera, doña María Ignacia que casó con Diego de Rul y doña María Gertrudis, esposa de don Antonio Pérez de Andujar Gálvez, Crespo y Gómez, primer conde de Pérez Gálvez). Después de algún tiempo de noviazgo, pensaron en casarse, y siendo ella una condesa, don Diego quiso obtener un título igual y logró el de “Conde de Valenciana”, entroncando con la casa de Valenciana, al unirse en matrimonio con doña María Ignacia.

Poco tiempo después de casados, empezaron las dificultades. Las zonas militares en que participó siguieron en ascenso, contándose en las más notables el asalto y toma de Zitácuaro, villa que redujo a cenizas por órdenes de Calleja casi en los albores de la Guerra de Independencia, acción que le valió la designación de gobernador de la Villa

Sus hechos de guerra se sucedían, así como sus aventuras amorosas.

Doña María Ignacia conocía sus andanzas, las “amigas”, se desvivían por irle a contar lo que sabían del Vizconde de las Tetillas, Conde de Casa Rul y Conde de Valenciana, lo que entristecía a la condesa, a vez que la hacía más altiva y orgullosa, para contrarrestar las burlas y vejaciones de que era objeto, sabiendo que desde una dama de alta alcurnia, como de una sirvienta, se enamoraba su marido, y ella era el hazmerreír de toda la sociedad guanajuatense.

Por su propia voluntad y el respeto y amor que sentía por su esposo, doña María Ignacia se entregó a Dios, a la iglesia, a realizar piadosas y humanitarias, sin que nadie se diera cuenta, sólo dos de sus doncellas que se convirtieron en sus confidentes. Procuraba no salir a la calle, como no fuera para cumplir con sus deberes de cristiana y lo hacía vestida de luto riguroso, cubierta su cabeza con un espeso velo negro, guantes del mismo color; sus trajes que le daban “al huesito” sólo dejaban ver la punta negra de su botín.

Cuanto más pasaba el tiempo más sabía de las aventuras del Conde de la Casa Rul y esto, la entristecía cada vez más. Se “murió” mundo, jamás volvió a salir por la puerta principal de su residencia, cuando tenía necesidad de arreglar algún asunto en la calle, lo hacía por la puerta de la servidumbre, que daba al callejón de los Depósitos y eso, a la hora en que nadie pudiera verla.

Se cuenta que doña María Ignacia, la condesa de la Casa Rul y Valenciana, encaneció como María Antonieta —en una noche— su pelo completamente

blanco, y su rostro, que aun era joven, se le enjutó poniéndosele apergaminado; sus ojos, de tanto llorar le quedaron chiquitos y saltones.

El tiempo corría su marcha irremediable y la condesa sólo sabía su marido por lo que le contaban, las hazañas militares eran constantes, él acumulaba triunfos y ella, decepciones.

Cuando de incógnita salía la condesa, acompañada de sus doncellas, sentía que la gente la miraba, y ella, sin hacer aprecio aparente, sólo veía con el rabo del ojo las miradas de curiosidad que le lanzaban algunas personas.

Un día en el mes de mayo, doña María Ignacia tuvo noticias de que su esposo, el intrépido don Diego de Rul, el conde de Valenciana, había muerto. Su deceso, en el cumplimiento de su deber, había sido en Cuautla, lugar glorioso para las gestas insurgentes. En el mensaje que le fue entregado decía, que el que fuera comandante de las Milicias Provinciales había recibido los honores militares póstumos que a su jerarquía y valor, correspondían...

La condesa no quería creerlo, aun amaba a don Diego su esposo, que tenía esperanza regresara algún día pidiéndole perdón de sus calaveradas y ella, seguramente lo perdonaría.

Con un dolor intenso, y un rasgo de nobleza, quiso ver a su esposo entendió el viaje hasta Cuautla, recogió el cadáver y se lo llevó a la ciudad de México en donde le dio cristiana sepultura en la iglesia de San Hipólito, previas las solemnes y lujosas exequias que en su memoria hizo celebrar.

Sobre la muerte del conde, relata don Luis González Obregón: “Entonces un niño de doce años de edad, llamado Narciso Mendoza, natural: el pueblo y que a la sazón se hallaba oculto entre las casuchas del lado Norte de la Plaza de San Diego, vio venir a la columna enemiga, de Dragones del Regimiento de Guanajuato, con su valiente y arrojado Jefe a la cabeza, don Diego de Rul, Conde de Casa Rul, que montaba un alazán hermoso y de gran alzada”.

Los dragones venían a todo correr, sable en mano; jadeantes y sudorosos sus caballos, y ellos ahogándose de fatiga, por el calor y el polvo.

Avanzaban, llegaron al parapeto donde se encontraba el cañón solitario, al que sólo le hacían compañía, mudos y yacentes soldados muertos, que habían caído allí mortalmente heridos, vitoreando a nuestra causa y a nuestro gran Morelos.

El Niño Narciso Mendoza no esperó más, saltó sobre los muertos, pisó sobre la sangre encharcada, ya fría, que derramaron nuestros bravos artilleros, cuyos cuerpos estaban tendidos aquí y allá, y corrió en dirección a la pieza.

Uno de los jinetes, prevenido de lo que el niño iba a ejecutar, extendió su espada sobre la trinchera, e hirió a Narciso en el brazo derecho.

El niño, para no caer se afirmó en una estaca, y rápido como el pen-

samiento que había concebido, tomó la antorcha encendida que se hallaba enclavada y dio fuego al cañón.

Relampagueante la luz del fogonazo; el humo de la pólvora enciende los aires; el disparo hace ensordecer los oídos y estremecer el piso, la trinchera y las casas de la calle.

El Conde de Casa Rul, cae herido y es llevado por los suyos para morir después. Su muerte fue el 19 de abril de 1814”.

Después de que la condesa de Casa Rul y Valenciana sepultó a su marido, regresó a Guanajuato. Aun se encerró todavía más. No quería ver a nadie, y sólo acompañada de sus dos fieles servidoras, asistía a misa. Jamás volvió a salir por la puerta principal de la residencia y dio instrucciones de que ni a su muerte, se violara su voto de no hacer más uso de la puerta principal de la casa de los Condes de Valenciana. Pocos meses le sobrevivió a su esposo y su cuerpo fue sacado por la puerta trasera, la de la servidumbre, como muestra decía Juan José Prado; “reiterada de su desagrado ante la infidelidad de su esposo, pues la noble dama, con ello, quiso significar que no se consideraba como la dueña de la casa, sino humilde servidora de su desleal marido...”

Después de la muerte de la condesa el callejón de Güirles, como se le conocía, se le empezó a decir “Callejón de la Condesa”, y así se le sigue llamando en recuerdo de aquella silenciosa mujer que como un espectro, salía de su elegante mansión por la puerta de servicio, para hacer patente su tristeza de ser “ninguneada” y despreciada por el hombre que había amado.

Esta historia es relatada con frecuencia por guías, en su mayoría niños, al hacer un recorrido por las calles de Guanajuato, como algo insólito, de pasión, o de locura...

Sin embargo, recién a la muerte de la condesa de Casa Rul y Valenciana, doña María Ignacia de Obregón de la Barrera, mucho se dijo que a alguna hora determinada, se escuchaba como se abría la puerta del Callejón de Güirles, y en silencio salía una mujer vestida de negro, que recorría las calles, llegaba a la iglesia, y se perdía.

Otras personas llegaron a decir que por el Callejón de la Condesa se veía caminar una mujer, como una sombra, la que rezaba en voz alta que al seguirla, desaparecía en una pared.

A la fecha, al hacer un relato sobre esta leyenda en el propio Callejón de la Condesa, aseguran los relatores que ellos han visto “con estos ojos que se han de comer los gusanos”, salir una mujer vestida de negro, con un manto en la cara, acompañada de dos jóvenes sirvientas. Esto sucede todos los días por la mañana.

Otros, aseguran, que la han visto sentada frente al quiosco de la plaza, del lado en donde se encuentra la Posada de Santa Fe, propiedad de los Herrera Romo.

Lo cierto es que en este bello Guanajuato, parece que se detuvo tiempo y se advierte en el nostálgico callejón de la Condesa, el espíritu de doña María Ignacia Obregón de la Barrera, la desdichada esposa que don Diego Rul, a quien tan mal sentaron la ambición, las mujeres... y los insurgentes.⁴⁵

Ahora mostraremos la versión inédita hecha por Erasmo Mejía Ávila:

Da nombre a esa singular calleja una distinguida dama de los tiempos bonancibles de Guanajuato, la Condesa de Casa Rul y Valenciana, Doña Maria Ignacia Obregón de la Barrera, esposa que fue del Primer Conde don Diego de Rul y este el dueño de una de las mejores mansiones que adornan esta ciudad y que igualmente lleva su nombre situada en la Plaza de la Paz.

Cuéntase de cierto noble que vino a la Nueva España a mediados del siglo XVIII, animado, como otros muchos con la idea de hacer fortuna. Se estableció en la Villa de Salamanca, Provincia de la Intendencia de Guanajuato, donde tuvo un pequeño negocio, de compraventa de semillas.

Hombre audaz, aprovechó sus buenas relaciones con las Autoridades de la Intendencia, logrando el Título de Vizconde de la Tetillas, de la Provincia de Zacatecas y más tarde Comandante de las Milicias Provinciales, habiéndole tocado pelar varias veces al lado del General don Félix María Calleja del Rey.

Por entonces fue cuando conoció a la Condesa, hija de don Antonio Obregón y Alcocer y de doña María Guadalupe Barrera Torrescano, de quien se enamoró perdidamente.

Queriendo igualar la alcurnia de la dama, empeñóse en obtener para sí, y lo obtuvo, el Título de Conde de Guante Blanco.

Tiempo después se efectuaban los suntuosos esponsales que tuvieron el testimonio de la más selecta concurrencia.

Las hazañas militares se sucedían al parejo de las aventuras amorosas. Tanto sí, que sobrevino la desavenencia conyugal.

La dama ofendida y humillada por la conducta de su esposo, tomó la resolución de no salir más a la calle, y si lo hacia era por la puerta de servicio, por detrás de su casa, o sea por la Calle llamada de los Depósitos, o Positos.

Esta puerta quedaba muy cerca del Callejón aludido al principio, recibiendo el nombre de la condesa, a la muerte de la noble y gentil señora.⁴⁶

⁴⁵ Guadalupe Appendini, *op. cit.*, *Leyendas de provincia*, pp. 152-156.

⁴⁶ Erasmo Mejía Ávila, *op. cit.*, *Lugares Históricos de Guanajuato*.

El ahorcado de Mexiamora

Otra interesante leyenda es la del ahorcado de Mexiamora, la gente manifiesta que en ese lugar se sigue apareciendo el ahorcado que por razones “divinas” no alcanzó ser ahorcado. Esta leyenda aparece en el libro *Relatos y sucesidos de Guanajuato* de Ezequiel Almanza Carranza:

El día 25 de noviembre de 1810, dos meses después de la toma de la Alhóndiga de Granaditas, y de la muerte del intendente Juan Antonio Riaño Bárcena, el ejército realista comandado por Félix María Calleja y Manuel Flan, conde de la Cadena se apoderó de Guanajuato, después de combatir contra los insurgentes al mando del capitán general don Ignacio Allende, que retenía la plaza.

Sabedores de los trágicos sucesos acaecidos desde el 28 de septiembre al 25 de noviembre, se dieron a la tarea de escarmentar a la población con disposiciones sanguinarias, como la de entrar a la ciudad a “Toque Degüello”, represalia inicua, que de haberse llevado a cabo, hubiera recibido otro baño de sangre la ciudad de Guanajuato; pero gracias a la intervención heroica del padre José de Jesús Belaunzarán que calmó la ira de Flan, exhortándolo a nombre de Cristo, hubo de contener una nueva hecatombe de vidas.

Manuel Flan fue a visitar a su cuñada doña Victoria de Saint Maxent viuda del intendente Riaño, para que le diera detalles sobre la muerte de su esposo, a fin de proceder en la forma más inhumana como lo hizo después.

El hogar de esta señora reflejaba el drama que todavía estaba viendo allí. La muerte de su esposo la había sumido en un estado de postración desesperante; sus hijos Gilberto, herido de gravedad en la toma de Granaditas, y Celestino, el menor, sufriendo la ceguera de la vista desde chico, completaban aquel cuadro de intensa tragedia.

Recabados todos los pormenores, sale de la casa, colérico y fuera de sí. En su ánimo va incubando la peor de las venganzas. Se entrevista con Calleja para iniciar los actos de barbarie que entre los dos van a consumar.

En la tarde de ese mismo día 25, Calleja hace comparecer a don José Ignacio Rocha, escribano y notario del gobierno de la intendencia, exigiéndole que haga una lista con los nombres de las personas que tomaron parte en los asesinatos de los españoles en Granaditas, para lo cual les fija un plazo de media hora. don José Ignacio le aduce que no le es posible en ese tiempo formular la relación que le pide, porque podría cometer alguna injusticia al consignar el nombre de un inocente; y le suplica que le conceda 24 horas para hacerle lo que le solicita. Calleja acepta, y es entonces cuando el señor Rocha



El aborcado de Mexiamora
AZPITARTE

se da a la búsqueda de todos los comprometidos, para avisarles de la suerte que van a correr si no huyen.

Cumplido el término, le presenta la nómina de los que serán aprehendidos, encabezándolo su hijo Ignacio Rocha.

Al ordenar Calleja la captura de todos ellos, no encuentran a ninguno, como la mayoría han huido. Enseguida dispone que se diezme a la población, para hacer el escarmiento planeado.

El día 26, los dos jefes realistas reúnen a todos los carpinteros de la ciudad, para ordenarles que construyan horcas de madera que serán instaladas en cada una de las plazuelas donde se han de llevar a cabo las ejecuciones de los diezmos.

Los instrumentos de suplicio son colocados en las plazuelas del Roperero, Mexiamora, La Compañía, San Diego, San Juan, San Roque, El Baratillo, Granaditas y San Fernando, así como en los minerales de Marfil, Valenciana y Mellado. La horca de la plaza mayor estaba colocada en forma permanente en ese sitio.

Hay más de ciento ochenta entre jóvenes, hombres de edad madura y dos ancianos; personas que recibirán muerte afrentosa en esos cadalsos.

El día 27, al llegar la noche, se inician las ejecuciones. Para la horca de Mexiamora son destinadas veintitrés víctimas, las cuales son sacadas de la Alhóndiga de Granaditas, amarradas de los brazos y en medio de una escolta de soldados. Entre ellos va un muchacho de 22 años, alto y fornido, de rostro moreno, minero de Mellado y compañero del Pípila, a quien ayudó a desprender la loza de la banqueta del callejón de los Mandamientos, y a romper la puerta de la tienda de la Galarza, de donde extrajeron la tea y el aguarrás.

Fue delatado por la esposa de un dragón realista muerto durante la toma de Granaditas. Al interrogarlo, ratificó la acusación que le hicieron, creyendo que negarla era falta de hombría. Pero esa enteresa que lo hacía digno, enardeció al instinto feroz de Flan, quien le cruzó la cara con su espada. El muchacho hizo el impulso de echársele encima, pero dos de los soldados lo detuvieron. Desde ese momento fue maniatado y confinado en una de las trojes convertidas en celdas de Granaditas.

Al llegar a Mexiamora, advirtieron que no había verdugo que desempeñara ese trabajo macabro. El comandante de la escolta se da a la tarea de buscarlo. Las calles y los callejones están desiertos y los vecinos azorados; pero de una de las casas del Baratillo sale casualmente un individuo, y sin más explicaciones el comandante lo atrapa diciéndole que lo necesita para que le haga una trabajito liviano y sencillo, y lo amenaza si se resiste.

Al que han tomado de leva se llama Luis Camacho, de oficio velero;

hombre tímido, de espíritu corto, que no es capaz de matar una mosca ni aplastar un grillo.

Desde el momento que se encuentra con el soldado, empieza a temblar. El corazón le da saltos como avisándole que va al desempeño de una comisión de horror y muerte.

Al llegar a Mexiamora y contemplar el espectáculo que esta frente a sus ojos, lo advierte todo. La horca en medio de la plazuela con la soga suspendida. A un lado los soldados en fila con los fusiles listo. Delante de ellos los veintitrés condenados a muerte, atados de los brazos. Un sacerdote cerca de ellos está de rodillas y musitando unas oraciones en latín.

Una fogata alumbraba la escena. Las llamas oscilan a impulso del viento, y eso hace achicar y agrandar las siluetas de los condenados, cuyas sombras se retratan en un muro leproso.

El improvisado verdugo le suplica al jefe de la escolta, que lo releve de ese trabajo que nunca ha desempeñado, porque se gana la vida haciendo velas.

—Eso tiene de mejor, le contesta. Las velas se hacen con los pabilos colgados del aro. Lo único que tienes que hacer, es ponerle la soga en el pescuezo y jalar hasta que se estire la pata y saquen la lengua.

Y como Luis Camacho se resistiera, lo amenazan con matarlo si no obedece. Uno de los soldados le ayudará.

Por fin, principian las ejecuciones. El primero que va a la horca, conmueve por su impasibilidad y su valor para morir. El sacerdote se le acerca, lo bendice y lo absuelve. Su cuerpo se contrae en un estremecimiento espantoso, y enseguida queda rígido, dando flancos; su boca expresa un rictus estrujante, y sus ojos abiertos y vidriosos fijan su mirada hacia abajo.

El jefe de la escolta ordena que sea bajado, y queda tendido en el suelo. Uno de los soldados lo arrastra de los pies y lo coloca a cinco varas de la horca... está bien muerto porque el cuello lo tiene roto.

De esa manera prosigue la tarea, con intervalos de algunos minutos cada ejecución.

El último en sufrir la pena, es el muchacho de veintidós años. Se nota su serenidad que es reto a la muerte, a pesar de que ha presenciado todo ese conjunto de suplicios que no han podido acobardarlo. Antes que se le conduzca al patíbulo, él mismo por su propio pie se acerca a la horca y con voz energética les dice:

—Acabemos pronto de una vez, y se le queda mirando a Luis Camacho el verdugo que está más muerto que vivo.

—Le suplico, vaya mañana ver a mi madre, se llama Rosario Medina.

Vive en Mellado. Dígale que he muerto hoy en la madrugada, para que no me espere jamás, –le recomienda con arrogancia el ajusticiado, haciendo de derroche de valor.

Cuando le colocan la soga en el cuello, grita:

–¡Viva la Libertad!... y por ella muero.

El sacerdote se le acerca y le reza las oraciones de ritual...

Para esas horas, la fogata se ha extinguido y todo está en tinieblas. Son las dos de la mañana... el cielo esta borroso y en la plazuela juguetea un viento helado de tragedia...

Cuesta trabajo levantarlo por su elevada estatura. El verdugo y el soldado están desfallecidos por tanto esfuerzo y tantas impresiones.

Por fin, logran suspenderlo; pero en ese momento la cuerda cruje y se revienta, y el ajusticiado cae muerto. En seguida, se da la orden de retirarse y todos se alejan aprisa de aquella escena de muerte y de tragedia.

Los cadáveres quedarán insepultos en el lugar de la ejecución, hasta que amanezca, para hacer más terrible el escarmiento.

A Luis Camacho lo llevan dos soldados; arde en fiebre y no puede caminar por sí mismo. La conmoción nerviosa que le ha causado el espectáculo, es tremenda.

El sacerdote es el único que queda acompañando a los muertos para rezarles los últimos responsos.

Concluidas sus oraciones, se pone de pie para retirarse, cuando de tras de él oye una voz ronca y apagada que le dice:

–¡Padre!

Sorprendido y temeroso por lo que acaba de escuchar, vuelve su rostro y alcanza a distinguir que el último condenado a muerte tiene vida, y se encuentra sentado, y le repite:

–¡Padre! No eh muerto. Las bendiciones de mi madre me han salvado... siento un dolor tremendo en la garganta que no me deja respirar. Ayúdeme...

Una hora después, aquel muchacho que había regresado del otro mundo, es ocultado en el Convento de Franciscanos de la Tercera Orden, donde un grupo de hermanos del que había asistido a los ajusticiados de Mexiamora, le prodiga atenciones y medicamentos para curarle las lesiones de la garganta, que le dejó la horca.

Han pasado los meses, y aquel muchacho que no murió en el suplicio, fue a recluirse por el resto de su vida en el templo del mineral de Cata, por habérselo ofrecido así al santo señor de Villaseca que ahí se venera, tomando el hábito de la Virgen de Guanajuato: una túnica burda de jerga que tenía más apariencia de mortaja. Su rostro le quedó pálido y ojeroso desde esa noche de horror. Su voz se le hizo sofocada y gangosa, y le costaba trabajo hablar.

Una tarde, al oscurecer, Luis Camacho fue a ese templo a rogarle al santito que le perdonara sus culpas y pecados por haber sido verdugo contra su propia voluntad.

Estando entregado a su oración, alcanzó a distinguir que en la puerta que comunica el altar mayor con la sacristía, apareció una sombra de forma humana, que lentamente comenzó a caminar con dirección a donde él se encontraba. Al acercársele, se dio cuenta que era aquel muchacho que había ahorcado en Mexiamora, porque en aquella noche de horror y muerte, se le gravó su fisonomía en el momento de ahorcarlo, y ahora venía del otro mundo tal vez a reclamarle la vida que le arrancara en el patíbulo.

Al quedar frente a Camacho aquella aparición, le habló de esta manera:

—¿Se acuerda de mí? Yo fui ahorcado por usted en Mexiamora...

Luis no pudo oír más, porque intempestivamente se levantó y corriendo hacia fuera comenzó a dar alaridos, diciendo que ahí adentro del templo estaba un ánima en pena de uno de los ajusticiados que había colgado en Mexiamora, y que había venido del otro mundo a reclamarle la vida que le había quitado.

Nadie pudo detenerlo en su desenfadada carrera, en cuyo trayecto seguía lanzando gritos terribles que le producía el terror por haber visto a su víctima en el templo de Cata.

Al llegar a Guanajuato, siguió gritando en forma desesperada, por lo que hubo la necesidad de que la ronda lo aprendiera y lo llevara a la cárcel.

Al día siguiente, todavía el pánico invadía su cuerpo, contándoles a todos el suceso de la noche anterior.

El pobre Luis Camacho estaba loco de remate y su demencia era incurable.⁴⁷

¿Cómo la cuenta la gente? La narración hecha por Francisco Gómez Ramos, que a sus 88 años aún recordaba muchos sucesos de Guanajuato y conoció personalmente a Manuel Leal, de quien cuenta que con él platicaba historias, tradiciones y leyendas de Guanajuato.

Y en esta plazuela y otra que está abajo, en el Baratillo, aquí en la del Roperero y en la época de Hidalgo, del coraje que tuvieron los españoles por lo que les hicieron en el castillo de Granaditas, mandaron poner unas guillotinas, unas horcas, en todas esas plazuelas, en la plaza de la Paz también, para pasar a degüello en venganza de lo que les habían hecho en el castillo de Granaditas. Colgaban y mataban gente en venganza, este Calleja, Flon, un general que mandó Calleja.

⁴⁷ Ezequiel Almanza Carranza, *op. cit.*, *Relatos y sucesos de Guanajuato*, pp. 93-100.

También se decía que el padre Belauzarán no había existido, pero sí existió, porque ese sacerdote estaba en San Diego y fue el que le detuvo las bridas al caballo, que trajo este Flon, con la orden de pasar a degüello a todos los guanajuatenses, y que le dijo –¡detente malvado, no vayas a sacrificar sangre inocente! –¿Pos los guanajuatenses que culpa tenían de lo que había pasado en Guanajuato?, bueno sí, sí tuvieron culpa porque tuvieron parte también los indios, porque había mucha población indígena en Guanajuato en esa época.⁴⁸

Es claro que hay leyendas que la gente no recuerda todos los acontecimientos a detalle como en las narraciones escritas, eso se explica porque muchas leyendas han pervivido gracias a la tradición oral, en tanto otras se van dejando de contar y con el tiempo la gente las va olvidando.

Callejón del Infierno

Otra leyenda que poca gente recuerda es la del Callejón del Infierno, ¿fue verídica?, ¿o es una historia que nos deja un buen mensaje para alejarnos del vicio y la perdición? Será mejor adentrarnos a la leyenda contada por Juan José Prado:

Aquella extraña visión del infierno que tuvo un minero ignorado de Guanajuato, ¿fue producto de su imaginación perturbada por los humos del alcohol, o bien fue una experiencia real o un llamado que recibió y que lo convirtió en el elegido para ese secreto inescrutable?

No podemos precisar, y, como me lo contaron, os lo cuento:

Allá por el siglo XVIII, cuando las fabulosas bonanzas de la Valenciana y Mellado prodigaban al mundo sus vetas de oro y plata, y grandes riquezas se encontraban a flor de tierra a merced de los gambusinos más humildes como de los más acomodados señorones de la época, todos ellos podían darse grandes lujos que comprendían desde ostentosas viandas palaciegas hasta la dilapidación íntegra de sus cuantiosas fortunas logradas por la generosidad de la noble entraña.

⁴⁸ Entrevista hecha por Mariel Vera Serna, como parte del Seminario de Culturas Populares de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Guanajuato, a Francisco Gómez Ramos, el día 14 de septiembre de 2007, en Guanajuato, Gto.



Callejón del Infierno
CARLOS ORTEGA

Un campista de profesión es el personaje central de este relato, el Mine-ral de Mellado era el principal punto de sus andanzas, y ora encontraba un filón que lo resarcía de muchos meses de penuria, y mañana derrochaba las utilidades en fiestas con amigos y mujeres, de las cuales salía sin un centavo y con la esperanza de hallarse otro filón que le permitiera continuar sus orgías, entre altibajos de opulencia y de miseria: tal era la vida de nuestro Florentino Montenegro, que ese era el nombre de nuestro pródigo gambusino, buscón y barretero de la mina de San Juan de Rayas.

Florentino, fiel a su costumbre, asiduo concurrente a las casas de mala nota y tabernas del Callejón de Robles, cierta noche emprendía su enésima parranda, llenos sus bolsillos de profusas monedas de plata, producto de la última hornada de la pujante Casa de Moneda de la ciudad de Guanajuato.

Ya le esperaban sus amigos en la cantina más próxima. Y allí fue el correr del dinero, del vino y de los excesos más inauditos, que poco a poco fueron menguando las faltriqueras del derrochador Florentino.

Cuando al filo de las dos de la madrugada los amigos se retiraban y nues-tro gambusino quedaba sin más compañía que una mujerzuela, Florentino hastiado ya, intentó retirarse también, y así lo hizo.

El frío de la madrugada estaba en todo su apogeo.

Al pasar por un callejón vecino al de Perros Muertos, percibió una voz femenina, suave y meliflua, que lo llamaba desde la puerta oscura de una casa, de la cual salía un amable calor que lo invitaba a entrar.

De pie, dentro del cuarto, una mujer con un vestido de blanca gasa, reiteraba la invitación, mostrándole una mesa en la que abundaban botellas de vino. Ni tardo ni perezoso, nuestro personaje ingirió de un sorbo un vaso lleno de licor, que le pareció un raro brebaje, haciéndolo sentir de inmediato cosas extrañas que nunca había experimentado.

Bajo aquel estado de ánimo, Florentino cortejó a la misteriosa dama.

La dama, complaciente en un principio, después se mostró reacia a los galanteos de Florentino, y pareció insinuarle que sólo accedería a sus deman-das en aquel cuarto subterráneo, de donde salía una espacie de vapor que al través de un leve resplandor rojizo, más bien parecía una nube tibia que lo llamaba acogedora.

Cuatro o cinco peldaños en aquel rincón eran los que se veían claramen-te, los demás se perdían entre aquel humo luminoso. Un escalofrío sacudió su cuerpo, pero Florentino era un hombre de aventura. Tomó de la mano a la beldad, y ésta, descendiendo por delante, guiaba a nuestro hombre. Pero a medida que bajaban, los peldaños se hacían interminables; calculaba Floren-tino que habían estado descendiendo por más de una hora, y mientras más se internaban, más se acentuaba el resplandor y las nubes de humo.

Y de trecho en trecho, como en el tiro de una mina, veía algunos cruceros o socavones en que había seres indefinibles que lanzaban lamentos que hacían estremecer al más templado.

Presa de pánico, Florentino intentó varias veces devolverse, pero su guía lo alentaba con una mirada dulce, y él se sentía seguro yendo acompañado de aquella mujer. Por fin, llegados a un lugar en que hacía descanso la escalinata, vio que en apretada procesión salían otros seres endemoniados que se golpeaban unos a otros, con látigos llenos de garfios y pinchos; se retorcían horriblemente, víctimas de los golpes que recíprocamente se propinaban.

De pronto, sintió que la mano de la mujer que lo guiaba se desvanecía, como también desapareció la beldad, quedando Florentino sólo en aquella misteriosa profundidad.

Chorreaman de las paredes de aquel antro espesas capas de lava hirviendo, y destilaba del techo agua que quemaba las rudas espaldas del minero.

Y fue entonces cuando vio que el más encarnizado flagelador, un ser diabólico de descomunales proporciones, tenía a la mujer que había guiado a Florentino, y que los dos concentraban sus miradas en el aventurero y se dirigían hacia él, en actitud desafiante.

Horrorizado, Florentino buscó la salida y en precipitada fuga, ascendió los peldaños, dándose cuenta de que aquellos seres demoníacos se lanzaban en su persecución.

Subió y subió y subió con una agilidad que nunca había tenido. Pero la interminable escalera parecía que lo vencía. Cuando ya la respiración lo traicionaba, logró llegar al cuarto, traspuso la puerta y extenuado por el cansancio, cayó al suelo, exhausto...

De allí lo recogieron los vecinos al otro día.

Pero Florentino estaba idiotizado y no pronunció palabra durante muchos días. Y cuando pudo hacerlo, allá, en el Mineral de Mellado, narró a sus familiares su terrible aventura.

¿Hubo alguien que lo creyera?

Las risotadas y las burlas eran el comentario del relato del atribulado gambusino.

Enterado el señor Cura del Mineral, de aquel suceso, conminó a Florentino al buen camino, sin darle crédito a la narración.

Y a instancias de Florentino, el incrédulo Cura aceptó acompañarlo hasta la casa donde aquél le aseguraba que era el lugar de lo ocurrido.

Y, ¡oh sorpresa! Aquel cuarto, en efecto, era la morada de una damisela. Pero ésta, famosa un cuarto de siglo antes, había muerto hacía varios años, y de su cuarto no quedaban más que las paredes.

Hisopo en mano, entró el señor Cura al ruinoso tugurio, y, en el lugar preciso en que Florentino señaló la existencia de la escalinata infernal, vieron que había unos cuantos peldaños que conducían a una salida falsa, al otro lado del callejón.

Florentino juró y perjuró que era cierto lo que decía que le había sucedido, y que él estuvo en el Infierno.

El señor Cura bendijo el lugar, y se alejó moviendo pensativamente la cabeza.

Florentino se retiró también, pero sin volver la espalda. E hizo voto de enmendar su vida. Lo cumplió y fue conocido, desde entonces, como uno de los más honestos, generosos y laboriosos hombres del Mineral.

Pero el Callejón aquél, se le conoce desde aquellas fechas, con el nombre de “Callejón del Infierno.”⁴⁹

Ezequiel Almanza también habla de este acontecimiento:

En el siglo XVIII fue para Guanajuato el siglo de oro, por la enorme bonanza de sus minas que atrajo de miles de gambusinos de todos los rumbos, deseosos de hacer fortuna. La inmensa riqueza nativa guardada en el seno de sus montañas dio motivo para que en torno de su esplendor se tejieran las más bellas fantasías y las leyendas más singulares. La buena fama de la ciudad corrió leguas por todas las rutas del mundo. Allá lejos sabían que sus cerros estaban henchidos de metales preciosos; que la plata fluía a la superficie y se derretía al contacto de los rayos del sol; que el oro brillaba en las noches como inmensos luceros en los riscos escarpados; que las casas habían sido construidas con adobes del arcilla mezclada con polvo de plata, y que todas las campanas estaban hechas de oro. Por algo el Rey de España Felipe II en cuyos dominios jamás se puso el sol, envió a esta ciudad el valioso presente de la imagen de la Virgen María, con el nombre de Santa María de Guanajuato; y por algo también el monarca Felipe V le distinguió con el título de “MUY NOBLE Y LEAL CIUDAD DE SANTA FE Y REAL DE MINAS DE GUANAJUATO”, concediéndole a su vez el Nobilísimo Escudo de Armas, como testimonio de su magnificencia.

Justamente con la abundancia de tanta riqueza, aparecen los centros de vicio; las tabernas, donde se bebe, se juega y se baila, para alegrar a los mineros a cambio del fruto de su trabajo.

En el callejón de Robles se ha instalado un bodegón regenteado por un andaluz maldiciente y dicharachero, que hace agradable la estancia de los parroquianos.

⁴⁹ Juan José Prado, *op. cit.*, *Leyendas y tradiciones guanajuatenses*, pp. 161-173.

Al toque de queda, las puertas del establecimiento se cierran, para dar principio a la jugada de las cartas y el baile con las mancebas. Muy seguido se suscitan pendencias donde la sangre torna en tragedia la alegría de esas bacanales.

Entre los clientes más asiduos, y gastadores en esta taberna, se cuenta Florentino Montenegro, un barretero de la mina de San Juan Rayas, buen mozo y galán atrevido, que tiene buena suerte para las mujeres, porque todas lo quieren y además tiene buena suerte para el juego porque siempre gana. Pero lo malo es que las ganancias las despilfarran en el vino y en el amor. Su hora de salida de ese antro es a las tres de la mañana, dando traspiés y sin acordarse de nada.

Una de esas noches en que el frío del invierno se cuele hasta los huesos Florentino Montenegro se marcha más temprano que de costumbre. Son las doce pasadas. Al salir a la calle, el aire helado le despeja un poco el cerebro embotado por el vino. Percibe con claridad todo lo que le rodea y esto le hace caminar más a prisa.

De pronto, al llegar a la esquina distingue el contorno de una figura humana adosada a una puerta, como esperando a alguien. Florentino se le acerca para cerciorarse de quien se trata. Es una mujer con trazas de ser joven y bonita. La oscuridad de la noche y los restables del alcohol no le dejan apreciar a sus anchas aquel hallazgo. Como es atrevido y enamorado, se le declara y le hace proposiciones de que le acompañe. No se ha equivocado, es una muchacha de facciones lindas y de cuerpo esbelto, vestida toda de negro. Al acercársele, ella quiere huir, pero sus manos están prestas para sujetarla de los brazos. Se sucede un violento forcejeo y al final queda vencida. Le pregunta donde vive, y por qué anda a esas horas en la calle. Con un ademán le indica ella la dirección que deben tomar, por lo que desde luego inician la marcha. Suben y bajan callejones hasta llegar al de Perros Muertos, torciendo hacia la izquierda para penetrar en un callejón estrecho y misterioso, donde las sombras de la noche son más densas. Caminan a tientas, y al llegar a fondo, ella abre una puerta por donde penetran al interior, que se encuentra iluminado por un resplandor rojizo.

Florentino siente una corazonada, pues lo que le rodea afecta formas extrañas y desconocidas para él; pero lo atribuye su estado de embriaguez. En seguida advierte que en uno de sus rincones hay una oquedad en el suelo, por donde los dos penetran y descienden por unas gradas angostas en forma de espiral, que son salientes de la roca, situadas alrededor del enorme agujero como cráter de volcán, de cuyo abismo brota ese resplandor rojizo. Nota que su compañera que va adelante, y le lleva de la mano, cambia el entorno de su silueta, que a veces semeja una gran mariposa negra, que aletea y en

otras un murciélago colosal que lo envuelve con sus remos membranosos.

Florentino se siente desfallecer, es la primera vez en su vida que experimenta miedo mezclado con horror, por todo lo que le rodea... Instintivamente levanta la vista hacia arriba y puede distinguir un pequeño punto negro allá muy lejos, es el enorme agujero vertical por donde penetraron. El temblor de sus piernas hace que se pierda el equilibrio y resbala con estrépito hacia la sima...

No puede precisar el tiempo en que dura en caer, pero al llegar al fondo queda sorprendido por lo que ve. Figuras grotescas bailan en torno de una gran antorcha que lo ilumina todo. A los lados hay espaciosas galerías, en unas se encuentran multitud de hombres y mujeres encadenados, cuyos pesados grillos los vuelve inmóviles, en otras, hay montones de oro y plata, donde unos hombrecillos de estatura diminuta se entretienen en inyectar en la roca la plata y el oro que extraen otros hombrecillos de la enorme antorcha, al fin de formar las vetas que se convertirán en veneros inagotables de riqueza, cuya cantidad rebasara los límites de la fantasía, para asombro del mundo. Este procedimiento le sustrae de sus temores pues le interesa conocerlo, toda vez que él es minero.

El fuego que ahí reverbera en esa antorcha, lo produce un pedazo de sol robado al dios Febo por los manes de Argento y de Aureón hace tres mil millones de siglos, cuando la tierra formaba parte de la Vía Láctea y las galaxias eran pequeños mundos perdidos en el infinito.

En otra galería se encuentran muchos cadáveres petrificados, de pie, formando filas interminables. Son los que han muerto a consecuencia de ese trabajo agotador, sin haber podido disfrutar esos tesoros.

Hay un momento que Florentino alcanza escuchar los terribles alaridos que lanzan las mujeres y los hombres que están encadenados, no obstante el ruido ensordecedor de ese tráfago. Es que los están martirizando con tormentos horribles, para que el oro y la plata se saturen con esos gritos dolorosos, de cuyos lamentos combinados resultará un agradable y fino sonido al ser acuñadas las monedas, para que el circular por el mundo lleven aparejadas todas las desgracias, los egoísmos, las miserias y los orgullos...

No puede ya más soportar ese espectáculo rebosante de crueldad y empieza a gritar enloquecido por todo lo que está viendo...

Dos gigantes de rostro ahumado lo sujetan, colocándole una pesada cadena. Así, prisionero, quedará para siempre en ese antro infernal, para que ingrese al grupo de condenados a esos trabajos... Su desesperación no tiene límites, lanza imprecaciones hasta enronquecer...

La mujer que lo había llevado hasta allí, nuevamente se le aparece y para calmar su desatino le convida a beber de un brebaje que trae en rebosante

copa. Apenas alcanza a tomar dos sorbos y queda profundamente dormido.

Son las seis de la mañana. La campana mayor de la parroquia anuncia el “Ave María”. Guanajuato se despierta para iniciar sus labores diarias. La aurora de ese amanecer aun no disipa del todo las sombras de la noche, cuando la ronda municipal en el último recorrido se encuentra a un hombre dormido y titiritando de frío en el estrecho callejón que desemboca en la calle del Hinojo.

Es Florentino Montenegro, el barretero de la mina de San Juan de Rayas, conocido por todos por su popularidad.

Uno de los vigilantes lo despierta. Y el pobre borracho entumecido, se incorpora tembloroso soñoliento.

—Le hace falta todavía sueño y vino, dice otro de la ronda.

Al escuchar esta chanza Florentino le contesta:

—Es que “acabo” de llegar del infierno. He pasado una noche tremenda de aquellas horrosas profundidades... allí está la puerta de entrada, y les señala un cuartucho todo ruinoso. La puerta que da acceso al tugurio deshabitado, se encuentra cerrada. Al abrirla se dan cuenta que no hay indicios de que haya sido habitado el cuarto por que la basura invade el piso de ladrillos y las telarañas el techo. Tampoco no hay ningún agujero, para creerle que ha venido del infierno.

—Florentino Montenegro está loco por tanto vino que bebe, comentan los guardianes municipales; pero él jura por todos los santos y haciendo la señal de la cruz, ser cierto lo que les relata.

La noticia de su increíble aventura corre por todo Guanajuato, y desde esa noche no volvió jamás a la taberna del andaluz maldiciente y dicharachero.

Envejecido por los años y achacoso por las enfermedades Florentino solía sentarse en una silla afuera de su casa en el barrio de Terremoto, para contarles a los muchachos la extraña contingencia que le sucedió aquella noche y a los mineros para instruirlos en el procedimiento de hacer oro y plata.⁵⁰

Guadalupe Appendini nos ofrece una versión más extensa en la cual dice que:

En Guanajuato existen rincones evocadores, callecitas románticas y callejones trétricos que la leyenda ha inmortalizado, por lo que son muy visitados por turistas, deseosos de conocer las fábulas que guarda esa ciudad colonial.

El Callejón del Infierno, es uno de los que tienen leyenda y existen personas dedicadas a relatar lo sucedido en ese lugar. Un guía como de unos quince

⁵⁰ Ezequiel Almanza Carranza, *op. cit.*, *Relatos y sucedidos de Guanajuato*, pp. 59-63.

años, fue nuestro cicerone, contando una historia espeluznante y como si estuviera cantando recitó este suceso.

Guanajuato tuvo una época de gloria, por el siglo XVIII todo era bonanza, el oro y la plata corrían a raudales y no solamente los señores se daban la gran vida, sino humildes gambusinos despilfarraban el producto de la generosa tierra de Guanajuato. La Valenciana y Mellado prodigaban al mundo sus vetas de oro y plata por lo que la ciudad progresaba, había verdaderos palacios, en pocos días se amasaban grandes fortunas, pero también así se dilapidaban.

Los gambusinos, buscones y barreteros encontraban “su mina de oro”, pepenando “migajas”, con lo que vivían admirablemente bien, el que lograba encontrar un filón, era como si se sacase una lotería; el ordenado, iba formando su capital y a través de los años podía decirse hombre rico. Pero, había muchos que decían: “El que guarda para otro día, de Dios desconfía”, y con este pensamiento derrochaban lo que tenían con amigos, en fiestas y con mujeres. Al día siguiente, con una “cruda” moral y física, cabizbajos continuaban buscando los metales para poder seguir disfrutando de la vida.

Florentino Montenegro era un gambusino prodigo. Hombre agradable, alegre, a quien todos sus amigos seguían por tener “ángel”, don de gentes y ser muy desprendido. Tenía mucha suerte, seguido se encontraba filones de oro, los que cambiaba por monedas en la Casa de Moneda de la Ciudad de Guanajuato, e iniciaba la parranda rodeado de amigos.

Se cuenta que como corría tanto dinero, también proliferaban las cantinas y los tugurios de mal vivir, los que eran visitados no solamente por los humildes, sino que a los señores también se les veía con frecuencia en esos lugares bailando con las de tación dorado. Pero había tabernas que eran selectivas a las que solamente entraban los “de la alta”, prohibiéndoles la entrada a los pelados, aunque trajeran mucho dinero. Para éstos había otras “emborracharías”, en donde se divertían de lo lindo.

En el callejón de Robles había una serie de tabernas de casas de mala nota, las que eran muy visitadas por los barreteros y gambusinos; allí, con frecuencia se encontraba a Florentino Montenegro y sus amigos, los que gastaban dinero a manos llenas, por lo que eran consentidos, tanto de los dueños de los establecimientos como de las muchachas que los divertían.

Una noche de invierno, en la que había un frío glacial, Florentino que había bebido muchas copas y se sentía cansado, salió de la cantina. Sus amigos insistían que se quedara pero él, como se sentía mareado, prefirió irse a su casa. Salió de la cantina haciendo “eses”, dio la vuelta en la esquina y tomó el callejón de Perros Muertos, de pronto oyó una voz que le hablaba por su nombre, movió la cabeza y siguió caminando. Pero la voz insistió llamándole “Florentino, Florentino, ven entra”, aquello lo hizo voltear. En una puerta

angosta, estaba parada una mujer que no solamente con la voz, sino con las manos lo invitaba a entrar. “Pasa Florentino, hace mucho frío, aquí te doy el calor necesario para calentar tu cuerpo que está helado”. Florentino descontrolado se paró frente a aquella mujer, y sintió que algo helado le recorría el cuerpo. Era una mujer bella, vestida de blanco y con un pelo blondo, quien con voz suave lo invitaba a entrar a su cuarto.

Mareado, mareado, Florentino no pudo resistir la invitación de aquella dama; como pudo entró al cuarto. En medio había una mesa en donde se encontraban varias botellas de vino, alrededor de la mesa, cuatro sillas, al fondo un anafre que estaba prendido, en donde se calentaba café oloroso. En un rincón una cama desvencijada y la pared estaba adornada con varias calaveras.

Aquella mujer misteriosa vestida de blanco, le ofreció a su invitado un vaso de licor, el que Florentino se tomó con ansiedad. Después de que ingirió la bebida, comenzó a sentir cosas extrañas. Sentía como que la cabeza le crecía, la lengua no le cabía en la boca y con ganas de gritar como Tarzán. La dama de blanco, que no le quitaba los ojos de encima, le dijo: “Me agrada que estés contento”, pero no dejaba que Florentino se le acercara. Tarareaba una canción y bailaba alrededor de él.

Con gran zalamería la mujer le dijo a Florentino, te voy a llevar a un lugar precioso, en donde nos vamos a divertir mucho, y tomándolo del brazo lo llevó a un rincón del cuarto, en donde había una puerta, de ahí una escalera llevaba a un subterráneo que parecía iluminado y estaba envuelto en una nube tibia que daba un calor acogedor.

Bajaron varios escalones, el lugar ya estaba oscuro y Florentino comenzó a sentir miedo, un escalofrío le recorría el cuerpo, quiso retroceder, pero su “hombría” se lo impidió y dándose valor siguió adelante del brazo de aquella dama “la que no tenía malos bigotes”, además le gustaba la aventura. Tomó de la mano a la dama para darse valor y siguió descendiendo por aquel lugar lúgubre, oscuro y húmedo y que empezaba a oler a azufre.

Bajaban, bajaban y bajaban, y los escalones no terminaban; se volvió a ver el resplandor rojo y nubes de humo que los envolvían.

Dice la leyenda que de trecho a trecho, como en el tiro de una mina se veían algunos cruceros o socavones en que había seres indefinidos que lanzaban lamentos que hacían estremecer a Florentino, quien le apretaba la mano a la mujer, disimulando su miedo. Muchas veces quiso regresar pero su “hombría” se lo impedía, y seguía adelante.

Florentino se sentía agotado, cuando vio un lugar que había, descansó en la escalinata y pensó sentarse a recuperarse un poco, la mujer no lo permitió, jalándolo. Por fin se llegaron a un gran salón en donde se encontraban seres endemoniados los que se golpeaban, gritaban y chillaban como ratas aplasta-

das. Otros daban grandes lamentos como el ulular del viento. Florentino, se pellizcaba, pensaba estar soñando pero... la realidad era ésa. La mujer lo tenía tomado de la mano fuertemente y le lanzaba miraditas lánguidas de amor, lo que desconcertaba al hombre.

De pronto y sin saber cómo, la dama lo soltó de la mano y Florentino no vio cómo se fue convirtiendo en calavera, se fueron cayendo las carnes de la cara de la mujer, así como del cuerpo y un esqueleto rumbero se encontraba frente a él. De las paredes de aquel antro se desprendían capas de lava hirviendo así como chorros de agua caliente, que lo hacían correr de un lado a otro para librarse de ser quemado por aquel líquido.

Florentino se hizo “mono” en un rincón, cuando vio que uno de los diablos de descomunales proporciones tenía en brazos a la mujer, convertida en huesos —la que lo había guiado— reconociéndola por un moño blanco que tenía en la cabeza, que para entonces ya era calavera. Los dos miraban fijamente a Florentino y le lanzaban insultos. Mientras los otros demonios bailaban desnudos frente a él.

Horrorizado Florentino, al que para entonces ya se le había bajado la borrachera, buscó la salida, encontró aquellas escaleras iluminadas y brincando de dos o tres escalones subió y subió hasta que encontró una puerta que daba al cuarto de la mujer. Vio en la mesa varias botellas de vino, así como los dos vasos. En una de las sillas estaba su sombrero, lo recogió y salió como alma que lleva el diablo de aquel cuartucho en donde había entrado llamado por una bella mujer.

Florentino desde aquel momento, no recordó más. Ni él mismo supo cómo llegó a su casa. Su mujer arrastrándolo lo metió a su cuarto en donde pasó varios días en un estado lamentable. Parecía que estaba idiotizado, no pronunciaba palabra y tenía la mirada fija a un sólo punto. Su esposa consultó a un curandero el que le dijo que estaba hechizado, que necesitaba de una limpia para poder volver a la normalidad. Pero a su señora le dio miedo. Y sin pensar más fue a buscar al sacerdote de la parroquia para ver si él podía hacer algo por Florentino.

El padre visitó al hombre y después de contemplarlo por mucho rato le preguntó qué era lo que le pasaba: “descarga tu alma y platica tus penas que esto te hará bien”. Y así fue como Florentino contó al sacerdote todo lo que le había pasado aquella noche en la cantina. El señor cura no lo creía, le pidió reposara ese día, comiera y durmiera bien y en dos días más regresaría para continuar con aquella plática.

El mismo señor cura pensó que Florentino Montenegro había perdido la razón, se fue preocupado y no dejó de pensar en él. A los dos días lo fue a visitar, Florentino ya estaba muy arreglado esperándolo, y los dos salieron de la casa.

“Me vas a decir, le dijo el padre, en dónde es la casa en que la mujer te invitó a entrar”. Y caminado llegaron hasta un costado del callejón de Perros Muertos. Al señalar Florentino la casa al cura, éste se llevó una gran sorpresa. Aquel cuarto, en efecto, era la morada de una damisela, la que había fallecido hacía cerca de treinta años, y a quien el padre ayudó a bien morir. Muerta aquella mujer su cuarto quedó abandonado, estaba totalmente deteriorado, Florentino acompañado del sacerdote quiso entrar. Estaba la mesa, las botellas de vino y los dos vasos a medio servir. En el lugar preciso en que Florentino señaló estaba la puerta y la escalinata infernal. Vieron los peldaños que conducían a una salida falsa que daba a otro callejón.

El Padre le dijo a Florentino que no había sido un sueño, que había pasado una experiencia diabólica ocasionada por la vida desordenada que llevaba y este aviso de Dios era para que volviera al buen camino, a su familia y dejara el licencioso camino que se había trazado, de parrandas y borracheras, lo que lo conducía a la perdición.

Florentino le pidió al padre lo acompañara a la parroquia para jurar ante la Virgencita que sería otro hombre, a cambio de que se le borrara aquel espeluznante pasaje de su vida, que lo tenía aterrado.

Cuenta la leyenda que Florentino regresó a su trabajo; aquel hombre simpático, dicharachero y vacilador, se convirtió en una persona seria, la que sólo se dedicaba a trabajar y disfrutar del cariño de su esposa y sus hijos.

Los amigos se le empezaron a retirar, el hombre desprendido se había hecho “agarrado”, todo lo que encontraba en la mina lo llevaba a su casa, y se dice que llegó a ser uno de los hombres ricos de la ciudad. Nadie sabía la razón del cambio radical que había tenido, que lo había convertido en un ermitaño, sólo el sacerdote conocía su secreto.

El padre, días más tarde de la confesión de Florentino, volvió a la casa de aquella mujer alegre, la exorcizó, la regó con agua bendita y le pidió a Dios que no se volviera a aparecer a algún trasnochador, ya que si ella estaba juzgada por el Señor, dejara en paz a los parroquianos.

Pero cuenta la leyenda, que por el Callejón del Diablo, se aparece una mujer de blanco que recorre toda la calle, a veces se le escucha cantar, otras dar tristes lamentos y las más de las veces acompaña (sin ser vista) a quienes pasan por ese lugar, les habla, los invita a pasar y cuando voltean, no hay nadie.

El alma de aquella persona todavía está en pena y hay que rezar por ella, dijo el guía, para que se vaya para siempre de este mundo y se reúna con los del otro. Amén.⁵¹

⁵¹ Guadalupe Appendini, *op. cit.*, *Leyendas de provincia*, pp. 156-160.

El crimen de Tanganitos

Manuel Leal habla del crimen de Tanganitos retomando entre otras, la versión de Agustín Lanuza:

La plazuela de Mexiamora, sitio mismo donde se han representado los castizos “Pasos” de Lope de Rueda, fue conocida otrora “de Acosta”, por haber nacido y morado en ella el primer aeronauta mejicano, don Benito León Acosta. Tiene, como toda plazuela que se respete, su fuente murmuradora, y a ella afluyen multitud de callejas de peregrinas denominaciones: La Cervatana, El Rayo, Las Tamboras, Perros Muertos y, por fin, uno cercano, el llamado de *Tanganitos*, que es el que motiva a esta crónica. Es deleite de acuarelistas y también ¡ay!... testigo de horroroso crimen.

Nos relata el señor licenciado Agustín Lanuza, con fluidez y sabrosura, como una tal Tranquilina Ramírez apareció un mal día ahorcada y suspendida en la vigería de una tahona. Tenía por esposo a Francisco Tejada, a quien se imputó ser el autor del espantoso asesinato. El sujeto fue condenado a la última pena, y murió sosteniendo su inocencia.

Junto al vecino callejón que lleva el medroso nombre de *El Infierno* se oculta una rinconada sórdida, no obstante haberse remozado la casita del fondo, que fue el escenario del crimen, con pintorescos aliños que le dan presencia de modernidad. En ella encontraron difunta, por el año de mil novecientos veinte, a doña Lupe Fernández. Varios días tenía de haber sido abandonada por el ánima. Apareció el cadáver con la boca pletórica de inmundos hilachos, con los cuales seguramente lograron sus victimarios ahogar los gritos angustiados de la infeliz, que murió por estrangulación y a quien robaron infinidad de ropas y alhajas, pues fue dueña del montepío *El Diamante*. La voz popular señaló como autores del crimen a un rufián y a su esposa, pero el homicidio quedó impune. ¡Cosas de Temis!

El vecino callejón de La Cabecita debe su nombre al hecho de haber estado suspendida en una de las esquinas la cabeza de Juan Cipriano, minero guanajuatense que tomó parte en el motín levantado por el pueblo con motivo de la expulsión de los padres Jesuitas. Juan Cipriano fue decapitado en el callejón de Buena Vista el año de 1767.

La misma calleja fue teatro del protvervo asesinato de una mujer de las llamadas del *honor perdido*, por ironía llamada Ángela, que fue asesinada a balazos por su amante, un músico de la Banda del Estado llamado Pedro Carrera, quien a su vez se suicidó, clavándose un filoso puñal bajo la mandíbula derecha.



El crimen de Tanganitos
ESTUDIO MQ

No se crea por lo que hasta aquí ha leído que la Plazuela de Mexiamora, conectada con todos estos lugares que fueron teatro de crímenes, sea albergue de hampones o de maleantes: muy por el contrario es habitada por gente apacible y de honorable reputación, por muchachas risueñas y lindas, y no falta un buen empleado de Rentas, servicial y honorable. Allí habita de igual modo Nicho, amigo bueno y respetable, y también don Fernando Espinosa, de quien hemos tratado ampliamente en páginas anteriores. Dicho a quedado que, no obstante sus noventa años cumplidos, don Fernando sabía platicar muy lindos sucesos de sus andanzas por ruedos y escenarios. Residen también en la plazuela una morenaza con ojos de gacela y una graciosa chica capaz de hacer perder la cabeza al propio San Antonio, así como otras gachís sobradamente hermosas y con méritos abundosos por andar de continuo cortejadas por enjambres de pretendientes y hasta por algún novio, que con copiosa frecuencia alegra el barrio con sus serenatas.

Junto a mi parva morada —que es la de usted— lector amigo, habita una honorabilísima familia toda bondad y comedimiento. Era madre y regente de ella doña Felipa, matrona de muchos años y de más méritos, lamentablemente fallecida de poco tiempo acá. Madre era de una multitud de chicos y de chicas, a visitar alguno de los cuales, a su vez, acudía copiosa prole de ambos sexos y varia disparidad de edades. Cada año, en los diez de mayo, la casa se volvía toda música, tal como si fuera aquella la mansión Euterpe: mañanitas, obsequios envueltos en celofán y rematados en moños levantiscos. Doña Felipa, al casar a la menor de sus hijas, quedó como España en las postrimerías del siglo diecinueve: sin *Filipinas*. Fue doña Felipa compañera mía en la escuela de párvulos, pues estás para saber, paciente lector, que estudié en las primeras letras de una escuela particular, que por igual educaba hombres y mujeres, de las que entonces llamaban popularmente “escuelas de viejas”.

Alguna noche, graciosamente, mis vecinas me invitaron a tomar una copa de rubio y delicioso rompopo. Felipa me contó haber oído de labios de su longeva abuela un relato que completa la historia de proditorios crímenes, semejantes a los antes descritos.

Hay en Mexiamora una casita de minúscula fachada, cuyo número es ya ilegible por las pedradas y pellas de lodo con que lo han aculado los pilluelos, plaga abundosa y endemoniada que abunda por aquí. En esta casita habitó a mediados del siglo pasado un jayanzote, a quien, con antelación a los “méritos” que luego haría, se le bautizó con el concomitante y olímpico nombre de Dionisio. Tal parece que al bautizarle le consagraron a la báquica deidad: si tal era su nombre de pila, el mote que le agregé el pueblo fue el de “el encuerado” y no porque anduviera ajeno de ropas que lo amparasen, sino porque habitualmente vestía añejo traje charro de gamuza color de yesca,

con muchas y prolijas bordaduras de pita y con descabalada botonadura de acero, como los vaqueros de las antiguas haciendas mejicanas.

Este hampón de mostachos corniveletos, de fosco mirar, con el ciclópeo ojo que le quedaba, ya que el otro lo perdió en tormentosa riña, cubría el hueco de la cuenca con endrino y alborotado greñero que le caía al desgaire, supliendo el clásico parche con que suelen pintar a los piratas de Caribe.

En su tabernaria hoja de servicios contaba, del lado del haber, con escandalosos tumultos, pues era rijoso y de genio avinagrado. Riñas sangrientas, hurtos y orgías complementaban el cenagal de merecimientos que le proporcionaban vacos días de holganza en la cárcel de los Arcos.

Tenía por consorte este jayán a una mujeruca mansa y sufrida, que con lamentable frecuencia era blanco de sus satánicos furores. Si al sujeto aquel le fue concedido alguna vez algún adarme de entendimiento, ésta era robado de inmediato por sus continuas libaciones, que acto continuo ingería entre léperos y barraganas de las que frecuentaban el barrio del Palmar, del que regresaba más bronco y feroz que en anteriores borracheras. En una ocasión llegó dando alaridos de comanche a su pobre hogar, en el que su consorte se dedicaba a sus domésticos menesteres, triturando maíz en el metate aborigen, o cuidando el hervor de las ollas que se agrupaban en la hornilla. La acompañaba, como era habitual, un gracioso perrillo en quien ella concentraba lo más tierno de sus afectos para corresponder a su noble lealtad.

Orlando *el Furioso* fuera un santo benedictino y beatificado comparado con aquel frenético Dionisio, que entretejía eructos con blasfemias y con desvergüenzas de la más ruin laya. La mayoría de sus baldones venía a desplegarse sobre su pobre esposa, que, generosa y dulce, encaraba aquellas furias con persuasivas razones y bondadosos ofrecimientos.

—Ven hijito... —decía risueña, forzándose para sonreír—. Ya está tu sopita. Ven, come algo, duermes un rato y verás como te compones. ¡Ven!

—¡Yo sabré lo que hago, vieja tal por cual! —Y diciendo otras lindezas de similar jaez, le arreó tan tremendo bofetón que la hizo caer de espaldas sobre el brasero. El fiel canecillo le ladró con indignada furia, mordiéndolo en un carcañal, siendo intraducible el borbotón de denuestos procedente de la más inmunda gallofa que en caudalosa abundancia arrojaba el protervo Dionisio. Me concretaré a decir que, en el elevado hervor de su ira, tomó al perrillo por el cuello y suspendió por algunos segundos su satánica furia, mientras el mismo diablo le aconsejaba mayores maldades. Obligó a su mujer a dejar la Plaza de Mexiamora. Era aquella bestia lo sobradamente fuerte para *dar un cuarto al pregonero*, de manera que, tomado de un brazo a la pobrecilla, que lloraba presintiendo algo terrible y sujetando con la otra mano al perrillo que

se agitaba aullando dolorosamente, los condujo a una casuca que tenían en un sórdido callejón cercano que sería la meta de su crimen, y a la que se dirigió subiendo por el de *Perros Muertos* o por el de *Las Tamboras*, que ambos desembocan en Mexiamora. Entrados ya en la casuca, dio el rufián a su atribulada esposa: “¡Voy a hacerte lo mismo que le haga a esta animalucho!”. Y sacando de ignoto sitio un cachicuerno tranchete, de cuatro machetazos cercenó las patas del perrillo, que aullaba espantosamente, y que todo desangrado moría pocos instantes después.

La mujer se arrastraba de rodillas, pidiendo clemencia con alaridos desesperados. Pero esa piadosa palabra era desconocida dentro del léxico troglodítico del malvado. Arrojándola al suelo, y a pesar de que ella forcejeaba desesperadamente, fue vencida, y entonces el infame asesino le cortó de varios golpes las falanges de las manos; y luego, dejándola revolcarse desesperadamente en medio de dolorosos espasmos, la abandonó.

Muchas gentes oyeron los desesperados gritos de la víctima, pero sabedores de la ferocidad del terrorífico Dionisio, y poseídas del terror que les inspiraba, se abstuvieron de intervenir, hasta que lo vieron descender tambaleándose y retador. Entonces subieron para amparar a la malpocada mujer, que toda desangrada entraba ya en el periodo agónico, hasta salirsele el alma del cuerpo. El impacto que le produjo el terror, el desangre copiosísimo y la virulenta infección que vino rápida, acabaron pronto con la vida de aquella pobre mujer.

Se delató el caso a las autoridades, y ante la intervención de éstas se calmó el terror que amedrentaba a la barriada. Dionisio fue fusilado frente a la casa del difunto don Manuel Morales, sita, en la actualidad en que escribo, en la misma plaza de Mexiamora.

En lenguaje coloquial, la gente del pueblo nombra *tanganitos* a las falanges que integran los dedos.

Y por eso, aquel callejón que fuera escenario de la tragedia, para lo sucesivo, se denominó “el callejón de *Tanganitos*”.

Aquí está todavía, como en los siglos que se fueron, la placita de frente cantarina, poblada de rondas de niños que juegan cantando romances aprendidos de memoria que proceden del siglo XVIII; plazuela que animaron los Pasos de Lope de Vega.

—“De los álamos vengo, madre”...

Las buenas gentes que ahora rodean la plazuela... ¿conocen la macabra historia del crimen que tiñó de sangre su historial?⁵²

52 Manuel Leal, *op. cit.*, *Croniquillas de Guanajuato*, pp. 149-152.

La Cuesta del Tecolote

Esta leyenda es otra de las que atraen a la gente cuando la escucha por el contenido mismo de la narración, como usted mismo lo podrá corroborar después de leer las siguientes versiones. La de Carlos de Gante difiere a las otras pero precisamente eso es parte de la riqueza del folclor literario y particularmente de las leyendas, la gente las va contando acorde a su imaginación, quizá olvida datos o los omite conscientemente para anexar otros que a su juicio sean más atrayentes o verídicos.

Antes de adentrarnos a las leyendas presentaremos dos versiones que ofrece Andrés García sobre el Campanero, dando referencias geográficas e históricas que nos permitirán entender mejor la leyenda de la Cuesta del Tecolote:

Estampa clásica de las épocas de oro de Guanajuato, donde se conserva todavía ese sabor delicioso y original, que le produce emoción al viajero venido de otras partes.

Calle del Campanero, con su puente plano y atrevido, que dio acceso a la casa de un minero acaudalado.

Por debajo de él pasaron las conductas de oro y plata, que venían de Sirena, Peñafiel, el Monte, Pingüico y Peregrina; cuyas bestias, portadoras de esos tesoros sacaron con sus herrajes acerados chisperío de luces en las piedras de esa calle, cuya lumbre aun ilumina las fantásticas memorias de las bonanzas de eso siglos, que se antojan fabulosas.

Por allí también pasó el enigmático coche de don Melchor Campuzano, envuelto en llamas, jalado por dos demonios con figura de caballos. Si caminamos un poco más adelante, encontramos la casa donde vivió en Intendente don Juan Antonio de Riaño y Bárcena, de la cual salió para morir como un soldado en la Alhóndiga de Granaditas el memorable 28 de septiembre de 1810.

A la derecha está el pasamano de calicanto de la subida del “Tecolote”, el primer camino real abierto a la arriería en Guanajuato, por donde bajaron las primeras recuas de mulas trayendo sobre sus lomos, desde la Capital del Virreinato, las sedas de la China, los encajes de Holanda, los terciopelos de Damasco, los perfumes de Francia y los mantones de España, para las lindas criollas y mestizas de Guanajuato.⁵³

⁵³ Andrés García, *op. cit.*, *Guanajuato maravilloso y legendario*.



La Cuesta del Tecolote
ERIKA AYALA

Estampa clásica de la época de oro, esplendor y belleza de la muy Noble, Culta y Real de Minas de Santa Fe de Guanajuato, donde se conserva todavía ese sabor deliciosos y original que el viajero venido de otras tierras contempla deleitándose y recordando épocas pasadas.

La calle del Campanero con su puente plano y atrevido que da acceso a la casa que fue de un rico minero y a su derecha al antiguo Callejón del Tecolote con sus pasamanos de Calicanto y que fue el primer camino real abierto a la ciudad de Guanajuato, por donde bajaron las primeras recuas de mulas, trayendo sobre sus lomos desde la Capital del Virreinato las sedas de la China, los encajes de Holanda, los terciopelos de Damasco, las lindas y acaudadas criollas y mestizas que adornaban a Guanajuato, así como sacando de esta ciudad las riquezas de las minas con destino a España.

Este puente se tuvo que construir porque años después que se terminó la Presa de la Olla, por 1795 y debido también al aumento de la población a la presa, lugar que poco a poco poblando.⁵⁴

Adentrémonos a la leyenda de la Cuesta del Tecolote retomando primeramente la versión de Carlos de Gante:

En la primera mitad del siglo XVII, vivía en una casa de regular apariencia, que estaba situada frente al lugar que hoy ocupa la iglesia de San Francisco y esquina de Sopeña, Quesna, jefe de una de las tribus de los naturales de la comarca, que se había convertido al catolicismo, era un fanático consumado, intransigente en todo lo relativo a su nueva religión hasta el barbarismo; fuera de sus ideas religiosas, era un excelente amigo y un buen padre de familia. Su fortuna no era tan escasa que digamos; su carácter altivo y sus antiguos privilegios, como descendiente del Gran Cacique, jefe de las tribus de toda aquella comarca; así como el ascendiente que tenía entre los suyos, le daban un porte distinguido y lo hacían acreedor a las consideraciones de las autoridades y de todos los habitantes de Guanajuato.

Quesna era un hombre como de cincuenta años de edad, alto, de complexión robusta y de tez bronceada; sus costumbres eran raras, tan raras, que llamaban la atención de todos cuantos lo conocían; era más dado a la contemplación de los hermosos panoramas de la Naturaleza que al estudio de cuanto le rodeaba; sus creencias religiosas exageradas, lo habían hecho supersticioso, como eran casi todos los naturales que habían abrazado la nueva religión, porque las nuevas creencias unidas a las antiguas, habían hecho una verdadera revolución en el espíritu de los naturales del país; su carácter firme, se había acentuado en lo que más impresión había hecho en su ánimo, fuera bueno

⁵⁴ Andrés García, *op. cit.*, *Guanajuato histórico y legendario*, p. 38.

o malo; por eso, en aquella época, se registraron actos bárbaros que horrorizaban a todos, como actos meritorios que la historia ha conservado, aquellos como una triste recordación, y estos con cariño. Quesna no estaba salvo de esta enfermedad social, era supersticioso y, en este sentido, era temible hasta la exageración. Nunca sus actos crueles tuvieron castigo, porque las autoridades de entonces temían un levantamiento de los indígenas, que hubiera sido de fatales consecuencias, principalmente para los españoles; por eso Quesna estaba orgulloso y hacía cuanto deseaba; sin embargo de esto, era recatado y sólo cuando no podía contener el ímpetu de sus pasiones estallaba, y entonces, los buenos habitantes de la Villa de Santa Fe, Real y Minas de Guanajuato, procuraban alejarse de él; por fortuna, esos accesos dilataban poco tiempo, y Quesna seguía siendo, el excelente amigo y el buen padrea de familia.

Entre sus bienes raíces tenía una amplia finca de campo a inmediaciones del cerro que actualmente atraviesa en su mayor extensión la Cuesta del Tecolote que parte desde la Plazuela del Ropero y llega a la cima en donde se reúne a la Calzada de las Carreras que recorre parte del cerro de San Miguel, para llegar a la garita del Hormiguero. En esa época, casi estaba despoblado aquel lugar, y Quesna desde la casa solariega de la finca que daba frente a la de esquina de Sopeña, podía ver perfectamente todo lo que pasaba en ésta.

Acababa de pasar el día de San Ignacio, y Quesna, de regreso de las fiestas de las Cuevas y el Hormiguero, se había detenido en su casa solariega en compañía de su familia, bastante numerosa por cierto.

La noche del 31 de julio de 1630, había llegado ventosa y fría. Negros nubarrones cubrían el cielo y un sordo rumor se oía por todas partes. Una tempestad formidable estaba próxima a estallar; por eso los habitantes de Guanajuato se habían recogido en sus hogares, y a las ocho de la noche, ni un alma viviente andaba por las calles.

Quesna se encontraba sentado sobre una enorme piedra, labrada en forma de banco, que estaba en su ángulo del jardín así llamaremos a una pequeña plantación floral que Quesna personalmente cultivaba desde cuyo lugar se denominaba perfectamente una buena parte de la entonces Villa, así como el camino que, bajando desde el cerro de la Bufa, recorría toda la cañada que hoy ocupan, desde la Presa de la Olla hasta la Plazuela del Ropero, hermosos jardines y elegantes chalets.

La noche estaba oscura y esa oscuridad sólo era interrumpida, de tiempo en tiempo, por los relámpagos de la tempestad que azotaba en el lugar en donde se encuentra la mina Valenciana. Quesna, impassible permanecía dirigiendo la vista hacia el lugar en donde la tempestad crecía de momento en momento; de repente un relámpago alumbro toda la comarca y, a su luz, vio Quesna un bulto negro de forma humana, que entre los cercanos

matorrales, se adelantaba en dirección al lugar en que actualmente se reúnen la Calzada de las Carreras y la Cuesta del Tecolote, antigua garita del Hormiguero. Quesna, a pesar de su impasibilidad ante cualquier peligro, de su valor a toda prueba, como movido por una fuerza hercúlea, se puso de pie inmediatamente y un ligero estremecimiento recorrió todo su organismo, su corazón comenzó a latir con violencia y en actitud amenazante dio un paso hacia donde viera el bulto, empuñado en la diestra el grueso y nudoso palo que nunca abandonaba. El viento comenzó a soplar con fuerza y enormes gotas de agua empezaron a caer; los relámpagos se sucedieron, y en los momentos en que Quesna daba la vuelta con dirección a una de las piezas de su casa, algo, como un cuerpo blando, paso junto a él rozándolo con tal fuerza que lo hizo dar un paso en falso; Quesna dirigió una imprecación a aquel ser desconocido, imprecación que, la tempestad con sus truenos, se encargó de contestar, a la vez que en cercano paraje, dejaba oír sus lúgubres acentos un tecolote. La tempestad acreció, y en el interior de la pieza, en donde Quesna había ido a ocultarse al oír el canto del tecolote, era todo silencio, mientras en las afueras era todo ruido, ruido que infundía pavor.

Serían como las dos de la madrugada, cuando la tempestad calmó. Quesna ni uno sólo de los rumores de las afueras había perdido, porque el canto del tecolote le había producido honda impresión; preocupado hasta el extremo, permanecía de pie en la puerta de una de las piezas de su casa solariega, con la mirada fija hacia el campo, queriendo penetrar la oscuridad. Más de una hora pasó cuando de repente vio acercarse con cautela un bulto humano. Sin querer, Quesna dio un paso hacia atrás aterrizado, pero reponiéndose en el acto, afirmó en su mano derecha el bastón que portaba, dispuesto a repeler cualquiera agresión; el bulto siguió avanzando en dirección suya y, cuando estuvo a tres pasos de distancia delante de él, se detuvo, y levantando las manos exclamó: “Poderoso Quesna, haz oído el canto del tecolote, prepárate porque ha llegado tu hora”, diciendo esto desapareció entre las sombras de la noche. Quesna quedó como petrificado, sin hacer un sólo movimiento y sin pronunciar una sola palabra, porque era espantoso lo que acababa de oír de boca de aquel bulto, en quien, a la débil luz de las estrellas, que comenzaban a brillar en el cielo, reconoció a una negra mujer adulta que, el 13 de Abril de 1628, había llegado con la servidumbre del Presbítero don Rodrigo de Chávez Campoverde, nombrado Cura de Marfil, y que sin embargo de esto, pasaba en el lugar por bruja, hasta que catequizada por don Juan de Liñan, por encargo del cura Campoverde, fue bautizada en la Parroquia del mismo Marfil el 26 de Julio de 1630 tomando el nombre de Cristina.

Amaneció el siguiente día, primero de Agosto, lleno de luz y de alegría, sólo Quesna, triste y pensativo, permanecía en el interior de su casa solariega;

los acontecimientos de la noche anterior lo tenían agobiado de tal manera, que apenas si se daba cuenta de lo que pasaba en su derredor.

Por cinco noches consecutivas se oyó el canto del tecolote en aquel lugar; los pocos vecinos que había en la cercanías, aterrorizados por ese lúgubre canto, dieron parte a las autoridades quienes se limitaron a aconsejarles que se trasladaran al centro del mineral, es decir, en torno de la Capilla del Hospital para indios que entonces era el lugar más poblado; la familia de Quesna acobardada también, huyó dejando sólo a su Señor en la más desesperante situación.

Del sexto día en adelante, no se volvió a oír el canto del tecolote, ni hubo otra cosa que llamara la atención.

Pasaron los días, y el 10 en que se celebraba con pompa en la Capilla de los Hospitales, la función de San Lorenzo, llegó la noticia de las autoridades, que en la Cuesta que conducía al Hormiguero y en la casa solariega de Quesna, se percibía un hedor insoportable como de carne podrida; inmediatamente uno de los alguaciles se dirigió al lugar indicado; su sorpresa fue grande al encontrarse con el cadáver de Quesna, que estaba en una de las piezas en estado completo de descomposición. La noticia se esparció por todo el Mineral haciendo honda impresión, no sólo en el ánimo de los naturales del lugar, sino también en el de los españoles vecinados ahí.

Después de las pesquisas consiguientes, nada se sacó en claro; entonces se atribuyó la muerte de Quesna a alguna brujería anunciada por el canto del tecolote, tanto más, cuanto que se tuvo conocimiento de los acontecimientos de la noche del 31 de julio.

No habían pasado aun quince días desde los acontecimientos referidos, cuando se volvió a oír el canto del tecolote en el mismo lugar; los vecinos más cercanos que había vuelto a sus hogares, se alarmaron de nuevo y de nuevo cambiaron de habitación; pero esto no bastó porque al día siguiente de haberse oído el canto fatídico, amaneció muerto otro natural del lugar, que vivía en lo que es ahora Calle del Campanero.

Los días siguieron pasando y el canto del tecolote no dejó de oírse de tiempo en tiempo y los muertos se siguieron encontrando.

La alarma había cundido en el Mineral, no solamente entre la gente supersticiosa, sino también entre las personas más distinguidas de aquella sociedad por su ilustración y su buen juicio, hasta que, a principios del mes de Septiembre, llegó al Mineral un español llamado Juan de la Concha, huyendo de la justicia, por haber cometido un espantoso crimen en la Capital de la entonces Nueva España, precisamente el 13 de Agosto, día en que tenía lugar el Paseo del Pendón, fiesta que a la vez tenía el carácter de cívica y religiosa porque era en conmemoración de la victoria alcanzada sobre los mexicanos

por los conquistadores y de la toma de la Capital del que fue imperio de Moctezuma, y sabedor de lo que pasaba, se propuso cazar al tecolote para dar fin a aquella alarma; así lo anunció públicamente y sin esperar más, se instaló en la casa de Quesna, que se encontraba abandonada, resuelto a cumplir su propósito.

Pasaron dos días, al tercero, volvió a oírse el lúgubre canto por tres días consecutivos, sin que se tuviera noticias del español; pasado otro día más, y cuando las autoridades y los vecinos ya creían que el español había muerto, Concha se presentó en la Plaza Mayor llevando atado en la punta de un palo el tecolote ya muerto. Este hecho le valió el aprecio y una seguridad completa, por parte de las autoridades y de los naturales del lugar, de quienes fue después, uno de sus más denodados defensores.

Desde los acontecimientos que se han referido, ha sido conocida la calzada que se extiende desde la esquina de la Calle del Campanero a la Garita del Hormiguero, con el nombre de Cuesta del Tecolote.⁵⁵

Ahora confrontemos esta historia con la de Ezequiel Almanza:

El primer camino de herradura que se abrió para comunicar Guanajuato es el que baja por la cuesta del callejón del Tecolote. Por ahí don Perafán de Rivera llegó en 1557 con la imagen de la virgen de Guanajuato; por allí salieron las primeras conductas transportando la plata de las minas para ser llevadas a España; y bajaron las recuas trayendo el cargamento de sedas que vinieron en la nao de China, los terciopelos de la Damasco, los encajes de Holanda, las mantillas de Andalucía, los perfumes de la antigua Lutecia, los vinos de Borgoña, las vajillas de Sajonia, la orfebrería de Florencia y los espejos de Venecia. Igualmente llegaron por ese camino las primeras caravanas de gambusinos en busca de riquezas.

Por esa pendiente subían los arrieros en las madrugadas, cantando el Alabado, y bajaban por las noches al toque de oración, musitando el Credo o entonando corridos o canciones de la época.

Al terminar el caserío de esa subida que le daba la forma de una calle, había un ventorrillo que atendía una mujer de nombre Marcela, guapa y joven, la que al quedar viuda estableció ese negocio donde expedía bebidas embriagantes y comida. A la ventera la codiciaban todos cuantos pasaban por allí y la conocían. Pues para hacerle el amor tenían el pretexto de tomarse un trago o comer de los guisos que ella preparaba. Fue tanto lo que la asediaban, que un día cayó en los brazos de uno de los arreadores llamado Rodrigo. Pero fue breve la ilusión que a este le duró con aquella hembra fornida y de hermosa figu-

⁵⁵ Carlos de Gante, *op. cit.*, *Cuentos Históricos Guanajuatenses*, pp. 19-30.

ra. Los demás compañeros de viaje al notar el despego con ella, se intrigarón, y por ello lo colmaron de preguntas para conocer ese cambio tan brusco. Y él les contó los motivos que había tenido para separarse de esa mujer... les relató que ella se trasformaba por las noches en una vieja horrible y repugnante, y que ejercía el oficio de hechicera. Que los sábados a las doce la noche salía del ventorro, montada en un palo de madroño y se dirigía al cerro del Meco, donde con las demás brujas se reunían para celebrar el aquelarre presidido por el diablo. Los jueves recibía la visita de mujeres que iban a consultarle sus problemas amorosos y a pedirle consejo en sus desdichas personales, o para que se les curara la mala suerte y les devolviera la felicidad.

Sin embargo, en el día era la mujer más seductora y bella, cuya bondad esplendía en los servicios que brindaba a quienes iban a tomarse un trago o a comer a su ventorro.

Rodrigo el arriero tuvo buen cuidado de ya no subir por esta cuesta, pues siendo el único camino que entraba a Guanajuato, encargaba su atajo a sus compañeros de viaje, cuando el rodeaba por otras veredas para no pasar por la casa de la que había sido su amante, quien seguía queriéndolo y había jurado vengarse de su ingratitud y su traición.

Rodrigo se reía de esas amenazas por que no creía que las artimañas diabólicas de esa mujer llegaran a ejercer en él más poder que su fuerza física y sus destreza; y para probar que no era cierto lo que ella decía, se buscó una novia, con la que caso enseguida, creyendo ser muy feliz con ella, yendo a vivir en el callejón de Púquero... pero un sábado, tres días después de su matrimonio, llamaron a la puerta de su casa, un poco más tarde de la media noche. Rodrigo que acababa de dormir el primer sueño, despertó intrigado, porque no se imaginaba quién tocaba a esa hora.

—¿Quién llama?, preguntó.

—El alguacil mayor de la ronda. Abrid, os lo exijo en nombre de la ley, contestó una voz gruesa.

Al abrir la puerta, Rodrigo encontró un hombre corpulento, vestido con los arreos de vigilante nocturno; con su lanza en la diestra y un farolillo en la izquierda.

—Por órdenes del Señor Justicia y el Capitán de Minas y Tandas de esta villa, para que inmediatamente salgáis a México con una conducta de platas que corresponden al quinto de su Majestad el Rey de las Españas y para el pago de los haberes de los soldados que luchan en Flandes y la Gascuña... aprestaos luego a cumplir esa misión, porque de lo contrario hago valer mi autoridad a como dé lugar...

—Esperad, contestó Rodrigo, voy a preparar los aparejos de las bestias para salir en seguida.

—No se necesita nada de eso. La carga ya está hecha y puesta sobre el lomo de los animales. Lo que hace falta es el arriador, y vuestra merced fue escogida para ello. Apresurad vuestros pendientes para no retardar la salida.

Lo único que pudo hacer Rodrigo fue regresarse hacia el lecho donde descansaba su esposa y despedirse de ella, quien se había dado cuenta de la conversación. En seguida se dijeron adiós, ofreciéndole regresar pronto.

Apenas cerró la puerta, cuando aquel hombre gigantón convertido en Justicia, casi lo arrastró para que emparejara el paso, perdiéndose entre los vericuetos de los callejones invadidos por las sombras de la noche.

A donde fue a parar Rodrigo fue a la casa de Marcela la ventera, situada al final de la calle que servía de camino para llegar a Guanajuato.

Allí estaba ella, con su cara de bruja de mirada diabólica. Al reír se advertía lo desdentada de su boca, por donde salían palabras misteriosas y frases cabalísticas. Ella, Marcela, la que por las mañanas era su risa fresca y dulce como los amaneceres de Guanajuato.

Al ver entrar a los dos soltó una carcajada siniestra que hizo estremecer de espanto a Rodrigo, porque sabía que su enamorada iba a cumplir su amenaza. Era sábado y en esa casa se iba a celebrar el aquelarre, porque allí estaban la tía Luciana, de Pastita; la tía Gabina, del Temezcuítate; la tía Jerónima, de la Tamazuca y la tía Matiana de Tepetapa.

Tenían que deliberar todas ellas respecto a la clase de castigo que debería imponersele a Rodrigo, para que no volviese a burlarse de las mujeres.

Todas ellas habían sido hermosas, de una hermosura fascinante, pero también como Marcela, habían sido seducidas, engañadas y abandonadas por los hombres que más habían querido en su vida.

El burlador que la tía Luciana, estaba convertido en un enorme murciélago que solamente le era permitido volar en las noches de tormenta por los campos invadidos por las sombras y la soledad. El peor de los castigos que se le había dado fue el de no poder ver la luz del sol.

El burlador de la tía Gabina, estaba transformado en cuervo, cuya miserable vida la pasaba amarrado de una estaca.

Cuando se le permitía volar por las montañas sus graznidos atraían al gavilán, quien lo hacía huir a picotazos, y al llegar a la casa era eslabonado a su cadena.

La tía Jerónima guardaba un escarabajo, era el animal en que se había convertido el ingrato de sus sueños le servía de amuleto contra la mala suerte, y le tocaba sus días de soledad en alegría.

La tía Matiana había convertido a su versátil doncel en una cabra, que en forma de nahual, recorría las escuetas callejuelas de Guanajuato para espantar a la ronda y a los trasnochadores.

¿Pero qué fuerza sobrenatural poseían esas mujeres para convertir en animales a sus desdeñosos amantes? Era que habían hecho pacto con el diablo. Una noche al reunirse en el aquelarre, lo invocaron para que presidiera al conciliábulo. A las doce de la noche en punto, se resintió un viento huracanado que se convirtió en una humareda espesa, de donde surgió Satanás.

Las cuatro mujeres le pidieron tres mercedes. Primera: que las hiciera muy hermosas. Segunda: que les diera todo el poder, el hechizo y la coquetería para vencer a todo hombre que las engañara. Tercero: que les permitiera convertir a los hombres en lo que ellas quisieran, para vengarse de ellos. A cambio de todo eso, le darían su alma.

Al oír estas peticiones el diablo dio un salto, se rascó la cabeza y accedió a lo que le pidieron... desde entonces, toda mujer que se siente amada, se torna desdeñosa, ingrata y soberbia con el hombre. Pero si se le desprecia, usa todas sus artimañas para vengarse, cambiando el destino de los hombres, para hacerlos desgraciados.

Pero volvamos a esa noche. Allí, en el aquelarre estaba el diablo convertido en alguacil mayor de la ronda, sujetando a Rodrigo, y quien con los pelos de punta y sudoroso contemplaba casi loco de terror, aquellas maniobras.

Después de deliberar un rato con voces imperceptibles, acordaron que Rodrigo debería sufrir el castigo de ser convertido en tecolote, para de esa manera no volviera a separarse jamás de la tía Marcela... y el designio de ella se cumplió.

Desde esa noche, los caminantes que bajaban y subían por esa cuesta solitaria y oscura, escucharon el triste lamento de un tecolote posado en la espesura de la arboleda que bordea ese camino. Su canto en la soledad de la noche infundía pánico a quienes lo escuchaban porque era un aviso agorero que anunciaba desgracias y crímenes para los que viajaban a esas horas.

La esposa de Rodrigo, murió esperando su regreso. La tía Marcela falleció de vieja, y el tecolote siguió expresando sus quejas en el canto doliente que se escuchaba en los plenilunios y en las noches de tormenta, como un presagio de futuras desdichas.

Con los años, ese camino tomó el nombre de Subida del Tecolote.⁵⁶

⁵⁶ Ezequiel Almanza Carranza, *op. cit.*, *Relatos y sucesidos de Guanajuato*, pp. 103-108.

Callejón de la Cabecita

Ésta es una leyenda que por lo sucedido dio origen al nombre del callejón; Ezequiel Almanza nos expone dichos acontecimientos:

Aquella mañana los vecinos de la placita del Baratillo, y callejones adyacentes de la ciudad de Guanajuato, tuvieron material para contar, y comentar los detalles de un crimen inaudito. Todos los miembros de una familia compuesta del padre, la madre, y cinco hijos, habían sido asesinados a puñaladas por un individuo atacado de locura furiosa, según versión recogida en el lugar de los hechos.

A las seis de la mañana del 25 de diciembre de 1704 los guardianes de la ronda encontraron en una casa del callejón del Ave María, los cadáveres de siete personas. Al hacerse las investigaciones, se supo que le victimario era un hombre que andaba perturbado por el alcohol; cuya aprehensión se pudo lograr hasta un mes después en Irapuato, de donde fue trasladado a Guanajuato para la transformación del proceso.

El hombre asesinado juntamente con su familia, era originario de la provincia de Santander, España; había venido a estas tierras de América en busca de fortuna, radicándose en Guanajuato en donde se casó, formó un hogar y ganó mucho dinero en el alboreo de las minas. Se llamaba Gabriel.

Quienes los conocieron, aseguraban que allá en España tenía esposa y dos hijos, a quienes abandonó por el deseo de correr mundo y llegar a estos lugares donde la plata y el oro corrían en los arroyos y se retienen en montañas al contacto de los rayos solares. Que había una tribu cuyo jefe era conocido por el Dorado, porque su cuerpo lo cubría con polvo de oro, y todo lo de su uso personal y hasta su casa, eran también de oro macizo.

Cuando el asesino estuvo en poder de la justicia y se le traslado a Guanajuato, declaró ante los jueces, lo siguiente:

Llamarse Diego, ser nativo de Santander España, de oficio pescador y marinero, por cuyas ocupaciones había recorrido todos los mares, y en el último naufragio que sufrió, pudo llegar a las costas de Nueva España, habiéndose internándose tierras adentro en busca de trabajo. Que había caminado varios meses sin saber a dónde dirigirse por desconocer el país. Que sufrió hambre, frío, y cansancio, hasta que logró la compañía de unos hombres que se dirigían a las minas del real de Guanajuato. Que siendo él y su hermano muy pequeños, su padre los abandonó, quedando al amparo de su madre, quien les platicó después que su padre había venido en un galeón de los que traían mercadería y llevaban oro y plata para el rey.

Que aquí en Guanajuato Diego conoció a un minero, que trabajaba en el laboreo de San Juan de Rayas, habiéndole dado ocupación como velador, pero debido al vicio de la embriaguez que tenía muy arraigado, por haberlo adquirido en los años en que fue pescador y marinero, fue despedido del trabajo, pero su protector le siguió dando hospedaje y alimentos, condolido de su suerte.

La urgencia de dinero a veces lo hacía robar pequeñas cantidades siendo la víctima de ese latrocinio su generoso hospedero.

Diego se daba cuenta que don Gabriel tenía guardada plata acuñada y en pasta fruto de su esfuerzo, mientras él carecía de unas cuantas para sostener su vicio; por lo que no pudiendo sobrellevar esa vida miserable llena de privaciones, un día planeó robar a don Gabriel; y tal como lo proyectó lo llevó a cabo. Espero a que todos se durmieran para consumir el hurto. Pero no se daba que don Gabriel sufría insomnio, y cuando dormitaba el menor ruido lo despertaba.

Diego se encaminó al baúl en donde guardaba los ahorros su protector, y al tropezar con una silla que derribó al suelo hizo que don Gabriel se incorporara en su lecho, y preguntara integrado:

—¿Quién anda ahí?

Diego al verse descubierto se le fue encima empuñando una daga a la que le hizo varias heridas mortales. Al sentirse herido don Gabriel, empezó a gritar, pidiendo auxilio su esposa y sus hijos al oír las exclamaciones, acudieron a su ayuda, por lo que también quedaron todos heridos de muerte. Al darse cuenta Diego de que todos habían fallecido se llenó los bolsillos de monedas y emprendió la huida, hasta que un mes más tarde fue hecho prisionero en Irapuato.

Terminadas las investigaciones, se supo que Diego, el asesino, era nada menos que el hijo de don Gabriel que había dejado pequeño en España, que por una confidencia se había vuelto a encontrar en Guanajuato, sin que ninguno de ellos se hubiera reconocido, sino por lo que el asesino declaró con relación a su procedencia y el nombre de su padre.

Para escarmiento, fue descuartizado vivo, en el cerro del Ejido, habiendo colocado las partes de su cuerpo en los siguientes lugares: la cabeza, en el callejón de la Ave María, donde cometió el crimen; la pierna derecha en el camino del Real Camino de Marfil; los brazos en el cerro de San Miguel y el tronco en el cerro del Ejido.

La cabeza del ajusticiado permaneció muchos años en el lugar donde fue clavada por la justicia, y según cuentan viejas tradiciones, su piel se momificó, y fue disminuyendo de tamaño a la vez que le iban creciendo el pelo del cráneo y la barba de la cara.

Con el tiempo se hizo costumbre entre los vecinos de ese barrio ver aquel despojo humano suspendido en un garfeo. Alguien, después, puso una repisa para colocar ahí una lámpara con aceite, para que en las noches le alumbrara, por que tuvieron la creencia de que aquella cabeza les hacía milagros a quienes se encomendaban a ella; lo que dio por resultado que a ese callejón se le cambiara el nombre del Ave María por el de la Cabecita, que hasta la fecha así se llama.⁵⁷

Retomamos de Agustín Lanuza otra versión del mismo suceso:

Después que la Nueva España,
por más de dos siglos largos,
hubo de vivir tranquila
como en una paz de claustro,
Los Virreyes, los Oidores,
y Ayuntamientos nombrados,
de su autoridad tan sólo
por el prestigio, imperaron,
sin que menester hubiesen
de fuerzas ni de soldados.

Y, si hubo conspiraciones,
y si los indios se alzaron,
o de extranjero enemigo,
varias veces, hubo amagos,
presto, para la defensa
de provincias y poblados,
el pueblo todo se armaba
en las minas o en los campos,
y luego de restaurarse
la paz y orden alterados,
a sus hogares volvía,
como cualquier ciudadano,
para de nuevo entregarse
a la vida del trabajo.

Pero, al correr de los tiempos,
las cosas fueron cambiando
entre Inglaterra y España

⁵⁷ Ezequiel Almanza Carranza, *op. cit.*, *Relatos y sucesos de Guanajuato*, pp. 67-70.

surgieron conflictos arduos,
y la guerra, la cruel guerra,
hubo de estallar al cabo.
Se encendieron las pasiones
en los dominios hispanos,
y ya a más de la mitad
del siglo décimo octavo,
cuando las naves británicas
la Habana bombardearon,
a la sazón ejercía
en la Nueva España el mando,
el Virrey Marqués de Cruillas,
quien, temiendo un desembarco,
fortificar mandó el puerto
de Veracruz, en el acto;
y, sin sentirse en la fuerza
de las armas apoyado,
mandó echar leva por todo
el extenso Virreinato,
y formó el primer ejército
que hubo en suelo mexicano,
compuesto de negros, de indios,
de mestizos y mulatos.

Entonces, en la Colonia,
se operó profundo cambio
el minero, su barreta
trocó por la espada en tanto,
dejó el menestral su industria,
dejó el labriego sus campos,
dejó el pueblo de ser pueblo
para volverse soldado,
y en un vivac, convirtiéndose
este suelo rico y vasto.

Consciente así de su fuerza
el ejército formado,
al ver que en él radicaban
la ley, el poder, el mando,
se sintió una casta aparte,

un cuerpo privilegiado,
que, en el correr de los siglos,
sólo de nombre cambiando,
muchos, de los que a su sombra,
poder y fortuna hallaron,
nuevo ejército a la postre,
hubieron de hacer al cabo.
De las libertades todas
del pueblo, se apoderaron,
de los derechos del hombre
y de los del ciudadano,
y en todas las convulsiones
que han a México agitado,
ha sido siempre el ejército
de nuestros destinos, árbitro.

Era el Rey Carlos Tercero
en la época que relato,
de la España y de las Indias
el señor y soberano;
y ya en cartera tenía
el plan muy bien meditado
de expulsar a los jesuitas
de los dominios hispanos,
como antes, el Parlamento
de París, lo hubo acordado
para expulsar de la Francia,
de Loyola, a los soldados;
pero, en Nueva España, entonces,
el problema era más arduo,
pues gozaban los jesuitas
de un prestigio extraordinario,
cual grandes educadores
de indios, criollos y blancos.
En muchas de sus conquistas
a los reyes ayudaron,
y aquí, muy principalmente,
en suelo de Guanajuato,
eran por todos queridos,
por laboriosos y sabios;

ellos, de la Compañía
el gran templo edificaron,
esa soberbia basílica
del arte gala y ornato.
Ellos, también, el Colegio,
que hoy se llama del Estado,
cual semillero fecundo
de las ciencias, levantaron.
Ellos, en fin, eran ricos,
poderosos, respetados;
pero el Rey, resuelto estaba,
a todo trance, a expulsarlos,
por razones que, tan sólo,
reservó en su real ánimo.

Al Teniente General
Juan de Villalba, dio el cargo
de venir a Nueva España,
tomar de la fuerza el mando,
disciplinar el ejército
que el Virrey hubo formado,
y con terminantes órdenes
de reprimir sin reparos,
cualquier motín o asonada
que hubiese en el Virreinato.
Y al Virrey Marqués de Cruillas,
ordenóle el soberano,
que a Villalba no pusiese
en su cometido, obstáculos.
El Virrey, muy resentido,
al verse supeditado,
empero, a Villalba puso
cortapisas y reparos
se negó a que reformara
las guardias, en el Palacio,
y lo acusó ante la Corte,
su conducta motejando,
porque a las calles salía
con gran pompa y aparato,
cual si fuese el Virrey mismo,

con mucha fuerza escoltado,
y al frente, de batidores
en cuerpo, con sable en mano.

El celo y rivalidades
entre dichos funcionarios,
muy en breve fue cundiendo
y trascendió al pueblo bajo.
Del Virrey y de Villalba,
divididos en dos bandos,
en las plazas y en las calles,
y de modo inopinado,
por quítame allá esas pajas,
con cualquier pretexto sandío,
trababan sangrientas riñas
militares y paisanos,
atizando así los odios
entre mestizos y blancos,
y eran la orden del día
tos pleitos y los escándalos.

Entonces a Nueva España,
por Visitador nombrado,
vino don José de Gálvez,
con el aparente encargo,
de reformar las costumbres,
vigilar los empleados,
arreglar la Hacienda Pública
y establecer los Estancos;
mas con la misión secreta
de prender al Virrey, bajo
de partida de registro,
luego a la España mandarlo,
para que allí, ante el Consejo
de Indias, respondiese al cargo
que se le hacía, del grave
delito de peculado.

Y, a la vez, en su maleta,
de Gálvez, también, intactos,

traía pliegos secretos
para abrirse sólo cuando,
bajo pena de la vida,
lo mandase el Soberano.

Era don José de Gálvez
un jurisconsulto eximio,
alcalde de casa y corte,
y magistrado, asimismo,
del gran Consejo de Indias,
hombre de rectos principios,
de incontrastable energía
y de un grande valor cívico.
Y —tan luego que el letrado
a la Nueva España vino—,
dictó severas medidas,
todo vio, estudió, rehizo;
organizó tribunales,
destituyó de su oficio,
alcaldes, jefes, justicias,
y aplicóse decidido
a establecer los estancos
del tabaco, prevenidos,
designando en qué lugares,
de dicha planta el cultivo,
sólo debiera de hacerse,
y en qué otros, quedaban listos
los almacenes reales
para vender dicho artículo.

Tantas y tales medidas
el visitador previno,
que suscitaron al punto
muchos y graves conflictos;
pero el más grave de todos,
más alarmante y temido,
fue el que estalló en Guanajuato,
como nunca se hubo visto.

Una mañana, en que estaba

todo, al parecer, tranquilo,
y el vecindario, entregado
a sus labores, pacífico,
coronando las alturas
y cerros circunvecinos,
que a Guanajuato dominan,
como a manera de sitio
de súbito presentáronse
varios millares de indios
y mulatos de las minas
y haciendas de beneficio,
armados con palos, piedras,
armas de fuego y cuchillos.

Cercó las Casas Reales
aquel pueblo levantisco,
pretendiendo, en gran tumulto,
con desaforados gritos,
acabar con Guanajuato,
en aquel instante mismo.
—¡Viva el Rey!, gritaban unos,
y todos, enfurecidos,
—Y, ¡que muera el mal Gobierno!
¡Abajo los estanquillos!

En medio de aquel confuso
y tremendo vocerío,
qué hacer no hallaba el Alcalde
ni qué pensar el Cabildo.
El Contador de Alcabalas
fue por el pueblo aprehendido,
para que ya no exigiese
ni un ochavo más. Los indios
tronaban contra la leva,
otro tanto, los mestizos,
y todos, como un torrente
desbordado, impetuosísimo,
frenéticos se agitaban
sin medios de reprimirlos.

En vano fue que el Alcalde
y Escribano de Cabildo
salieran a apaciguarlos,
no hubieron de conseguirlo.
En vano fue que el Vicario,
en términos expresivos,
les arengase, exhortándolos
a usar de medios pacíficos:
todo inútil, más crecían
el tumulto y vocerío.

Salió el Alguacil Mayor
para ir en persona él mismo,
a las principales minas
a quitar los estanquillos,
a fin de que viese el pueblo
satisfechos sus designios.
Representó ante el Virrey,
dándole cuenta, el Cabildo,
pues ya que, en tales instantes
no encontró mejor arbitrio
de poder salir airoso
ante tan grave conflicto,
aprobara esas medidas,
y el Virrey, hubo accedido,
temeroso de que fueran
a alzarse otra vez los indios;
pero ya para él, muy tarde,
porque ya estaba en camino
el Marqués de Croix, nombrado
por Virrey de estos dominios.

Carlos Francisco de Croix
era un soldado flamenco,
Marqués de Croix, de familia
de linajudo abolengo.
Militó en Italia, al lado
de su Rey Carlos Tercero
y gozó de su privanza
y de su real afecto.

Fue la obediencia sin límites
el norte de su gobierno,
era honrado a toda prueba
y de carácter de hierro.
Por tal lo necesitaba
el monarca en estos reinos,
para hacer cumplir sus órdenes
sin ambajes ni rodeos.
Era, entonces, Guanajuato,
un mineral opulento,
la mina de Valenciana
se encontraba en su apogeo,
y la ciudad populosa
por doquiera iba creciendo,
y a millares trabajaba
en aquella mina el pueblo,
como que la Veta Madre
era un inmenso venero,
que a torrentes derramaba
tesoros en el comercio,
en los campos, dondequiera,
pues, parecía, de cierto,
como que, si inagotable
durara siglos enteros,
como que fue la más célebre
que hubo en todo el Universo,
como así lo dijo Humboldt
y dicen muchos expertos,
y hoy sólo espera otras manos
cual las de tiempos pretéritos
y otros hombres de carácter,
de empuje, de fe, de genio.

El veinticinco de junio
del año mil setecientos
sesenta y siete, en la Plaza
y frente a concurso inmenso,
rodeado por las tropas,
y los tambores batiendo,
la voluntad del monarca

hace oír el pregonero,
y así de solemne modo,
exclama con voz de trueno
“A todos los habitantes
y vasallos de este imperio,
sin remisión, el Rey manda
que se cumpla este decreto
que por causas que reserva
en su real ánimo, luego,
quedan expulsados todos
los jesuitas, de estos reinos,
y que se ocupen sus bienes,
sus iglesias y conventos,
sin poner reparo alguno
y que salgan al momento.
Y sepan los que esto oyeren,
de cualquier clase o empleo,
que serán ejecutados
militarmente, y sujetos
a sufrir la última pena,
cuantos hicieren comento
de esta orden soberana,
ya en público, ya en secreto,
en conversaciones, juntas,
o por cualquier otro medio;
pues de una vez para todas,
de hoy para lo venidero,
han de saber los vasallos
que para callar nacieron
y obedecer, sin mezclarse
en asuntos del gobierno”.

La indignada muchedumbre
al oír ese decreto,
toda en masa se levanta,
y va en tumulto tremendo
donde moran los jesuitas,
y se apodera de ellos;
los pone en lugar seguro,
e impide por el momento,

que del monarca se cumpla
el dictatorial decreto;
va hacia las Casas Reales,
y, sin ningún miramiento,
las apedrea y rompe
las puertas con gran estrépito;
saca el tabaco y la pólvora
del estanco del gobierno,
y arrojándolos al río,
por las calles discurriendo,
aquí y acullá se entrega
al pillaje y al saqueo.

Por espacio de tres días,
con el mayor desenfreno,
de las populares iras
se desbordan los excesos,
y por todas partes soplan
los huracanados vientos
de rebelión, que amenazan
echar abajo al gobierno.

Cuando el Virrey supo en México
el motín de Guanajuato,
al Visitador de Gálvez
ordenóle que, en el acto,
un muy severo escarmiento
hiciera a los sublevados.
De Gálvez llegó, y al punto,
formó un proceso sumario,
y tras de crueles tormentos
que a los reos se aplicaron,
ordenó severamente
que fueran decapitados,
y que en los lugares públicos
y en los cerros inmediatos,
en escarpías, las cabezas
y miembros, fueran clavados.
Item más: impuso luego
al pueblo de Guanajuato,

ocho mil duros de multa
que pagaría cada año,
como así se satisfizo .
por más de ocho lustros largos,
hasta que tomó esta plaza
el Libertador Hidalgo.

Entre aquellos miserables,
a quienes alcanzó el fallo
de pagar con sus cabezas
el motín de Guanajuato,
hubo un indio muy famoso,
de las minas operario,
al que le daba la gente
por nombre, el de Juan Cipriano.

Fue la mujer de este indio
a ver a Gálvez, llorando,
rodeada de sus hijos
y otro pequeño en sus brazos,
y para ablandar el alma
del severo magistrado,
le llevaba unas gallinas
la infeliz, como regalo.
Gálvez oyóla impasible,
y sin despegar los labios
ni admitir la humilde dádiva,
cerró los ojos, en tanto
que un doblón de oro ponía
de aquella india en la mano.

A la siguiente mañana,
de Buena Vista en el cerro,
que de las ejecuciones
fue el patíbulo sangriento,
por un callejón trepando,
tortuoso, empinado, estrecho,
hasta el lugar del suplicio
acudió el curioso pueblo,
y de Juan Cipriano, entonces,

la cabeza todos vieron,
suspendida de una escarpia,
para terrible escarmiento.
Las gentes, en romería,
y por costumbre, acudieron,
ara hacer a la cabeza
mil ceremonias y rezos.
Unos, le llevaban flores,
otros más, velas ardiendo,
pues Juan Cipriano era santo,
afirmaba todo el pueblo.
Milagrosas curaciones,
sobrenaturales hechos,
a la célebre cabeza
de Cipriano, atribuyeron;
y al callejón, por donde iban
tantos devotos romeros
a llevarle sus ofrendas
y sus flores y sus rezos,
de la Cabecita, llama
desde entonces, nuestro pueblo.⁵⁸

El Callejón de Tejada

Del mismo Agustín Lanuza retomamos la leyenda del Callejón de Tejada:

De un archivo polvoriento
desenterré la memoria
del drama que ahora os cuento,
y este drama truculento,
más que cuento, es una historia.

Historia ya muy antigua,
y por antigua, olvidada;

⁵⁸ Agustín Lanuza, *op. cit.*, *Romances, tradiciones y leyendas guanajuatenses*, pp. 341-356.

mas no de interés exigua,
como así nos lo atestigua
tradicción bien comprobada.

En sórdida callejuela,
torcida, empinada, angosta,
que el vecindario recela,
y va a dar a la plazuela
que antaño fue la de Acosta,

donde, entre tantas casuchas,
en recodos y rincones,
y entre encrucijadas muchas,
se pierden aun las más duchas
gentes de los callejones;

donde en nichos angulares
prendidos en la esquinas,
levantaba el pueblo altares
a sus santos tutelares,
en las viejas hornacinas;

do hay puertas claveteadas,
volados miradorcillos,
y ventanas enrejadas,
con tiestos engalanadas,
de claveles y tomillos;

allá; oculta en un rincón
de la calleja, al extremo,
de do, como de un balcón,
se ve de la población
el panorama supremo,

en que se puede admirar,
cuál surge, en formas extrañas,
una ciudad singular,
como queriendo escalar
las cumbres de las montañas;

allá, entre tantas casuchas,
constante luchador, digo,
fue a levantar, entre muchas,
la que fue para sus luchas
por la vida, firme abrigo.

Y estableció en la plazuela
consabida, una tahona,
a donde no acude, vuela,
muy numerosa clientela,
que el dueño atiende en persona.

Era el dicho tahonero
Un don Francisco Tejada,
Hombre de carácter fiero,
—contaba el vulgo— altanero,
y de maldad refinada.

Por tal lo tuvo la gente,
y, malas lenguas decían
que, en su hogar, constantemente,
como en un infierno ardiente,
marido y mujer vivían.

Mas no porque mala fuera
Ni a sus deberes faltara
La infeliz mujer, pues era
De la virtud verdadera,
Una fuente limpia y clara.

Pero la murmuración,
que en todo anda diligente,
con razón o sin razón,
motejaba aquella unión:
¡déle usted gusto a la gente!

Ya la del alba sería,
—como Cervantes dijera—
cuando, al sonar cierto día,

de las del Ave María,
la campanada primera,

alguien, salir vio a Tejada
desde obscuro ventanillo,
y que, dejando cerrada
la puerta de su morada,
la llave echó en el bolsillo.

No bien hubo el hombre aquél
salido de casa, cuando
enorme y negro lebrel
corriendo se fue tras él,
lúgubre aullido lanzando.

Y aunque lo quiere acallar,
el can, con agitación,
insiste más en aullar,
y husmea en todo lugar,
sube y baja el callejón.

Grande alarma se provoca
entre todo el vecindario,
con curiosidad no poca,
y corre de boca en boca
que algo pasa extraordinario.

Una comadre afirmó,
haciéndose de papeles,
que ella a Tejada miró
que a su casa penetró
llevando gruesos cordeles.

Que se acostó sin rezar,
contra sus costumbres viejas
y a la tahona, al llegar,
mandó también apagar
del taller, las candilejas.

Y agrega alguna sirviente,
que dice estar informada,
que hay sospecha muy vehemente
de que, acaso, delincuente,
ser pueda ser el mismo tejada.

Pues, cuando ya amanecía,
penetró, sin ser sentido,
donde su esposa dormía,
y luego, ésta se dolía
y daba horrible gemido...

Y así se fue entretejiendo
de un negro crimen la trama,
y la versión fue cundiendo,
y la justicia inquiriendo
los pormenores del drama.

Está la calle invadida
por compacta multitud
y en la casa consabida
de Tejada, conmovida,
se agolpa con inquietud.

Y la espectación aumenta
cuando, de modo inaudito,
la justicia se presenta
para poder darse cuenta
de si hay allí algún delito.

Vánse a la casa, derecho,
y penetran los de toga,
y, ¡oh; terror! ven que del techo,
con las manos sobre el pecho,
y pendiente de una sogá,

negra la faz, y angustiada
por tormentos inhumanos,
la esposa está de Tejada
y el cadáver de la ahorcada
tiene un rosario en las manos.

¿Es tal acto cruel sevicia?
¿Hay un drama conyugal?
¿Lo inquirirá la justicia?
¡Quién sabe! Pero ella inicia
un proceso criminal.

Y como hay un cargo grave,
a Tejada se le aprehende;
mas la justicia no sabe
dó está el crimen la clave:
niega el preso, se defiende.

Una a otra presunción
se acumula y encadena,
pues la pública opinión,
como autor de aquella acción
a Tejada lo condena.

Pero niega el inculpado
protestando su inocencia,
pues dice el desventurado:
– “Mi mujer se ha suicidado!”
“¡Fue por hacer penitencia!”

Causa a la justicia asombros
aserto tan singular,
y, cual marchando entre escombros,
Tejada siente en sus hombros,
la cabeza vacilar.

Porque todo Guanajuato
pide un severo escarmiento
para aquel marido ingrato,
que tan cruel muerte y maltrato,
dió a su esposa en el tormento.

La voz fiscal endereza
pedimento acusatorio:
del reo pide la cabeza,

porque, por naturaleza,
es su crimen, proditorio.

Hábil jurista, en descargo
del presunto criminal,
lo defiende, sin embargo;
rebata, cargo por cargo,
la tremenda voz fiscal.

Ingenio y sabiduría
Hacen prodigios: esgrimen
Mil razones de valía,
Y así el Defensor decía
Buscando el móvil del crimen:

—“¿Qué móvil; qué móvil es
el que a Tejada impulsó
de aquel suceso a través?
¿los celos? ¿el interés?
¿el dio? ¿la fama? No.

“¿Celos? La esposa no ofrece
belleza ni juventud.
¿Interés? No lo parece.
Pues de fortuna carece.
¿odio?, ¿por qué?, ¿a su virtud?

“¿La fama?, ¡cuál?, ¿ser maldito?,
¿ser infamado, en verdad?,
¡llevar en la frente escrito
el estigma de un delito?
¡Bien triste celebridad...!

“A imagen y semejanza
del Creador, Daguerre formó
del hombre la fiel semblanza:
pero... ¿qué es la luz?, ¿alcanza
el genio a saberlo? No.

“Franklin arranca del cielo

el rayo, en la tempestad,
doma y refrena su vuelo;
mas, ¿sabe, acaso, en su anhelo,
lo que es la electricidad...?

“Así ¡oh jueces! ¿por ventura,
del crimen en los anales,
no contempláis con pavora
que hay en la magistratura
sus misterios judiciales?

¡De Themis la faz serena
no cubre negro capuz;
¿queréis pues, una condena?
Necesitáis prueba plena,
Tan clara, como la luz.

“Y, esa prueba, ¿dónde está?
¿en la pública opinión?
Vuestra ciencia sabe ya
que no vale ni valdrá
cual prueba, una presunción.

“Contra hechos, no hay razones:
no hay quien lo contrario arguya,
y, en materia de opiniones,
como son las presunciones,
cada quien forma la suya.

“Si abrigáis firme conciencia,
y por el Bien, santo anhelo,
no firméis vuestra sentencia
con sangre de la inocencia,
pues la sangre clama al cielo”.

Y, la defensa, en seguida,
a los jueces presentó
a un niño, prenda querida
del presunto uxoricida,
y así luego, prosiguió:

“De este niño en el semblante
ved su negra desventura;
de su sangre palpitante,
es esa voz sollozante
que va del cielo a la altura.

“No consintáis que taladre
su alma, dolor inclemente:
él perdió a su tierna madre,
si vos la arrancáis al padre,
mataréis a un inocente.

“Y, entre su desvalimiento,
cuando miréis cómo gimen
su orfandad y su aislamiento,
¿no tendréis remordimiento
de haberlo lanzado al crimen?

“Aunque por la esclusa ruede
como un harapo social,
mucho habrá que en su alma quede,
porque nada igualar puede
al santo amor paternal.

“Si lo arrojáis cual desecho,
del mundo, en la soledad,
si más tarde, un mal ha hecho,
decidme ¿con qué derecho
lo increpa la sociedad?

No matarás: ley preclara,
ley sublime, ley de Dios:
si la vida se quitara
al reo, nunca se repara
el mal, quitándola a dos”.

Así, con celo y pericia,
El sabio jurista habló
Con decoro y sin malicia;

Pero al reo, la Justicia,
A muerte lo condenó.

Y, del público en presencia,
—según en la causa leo—
protestando su inocencia,
se ejecutó la sentencia
en la persona del reo.

De los años al correr,
la cripta del camposanto
llegó en su seno a tener,
la momia de una mujer
que a todos causaba espanto.

Espantosamente abiertos
los ojos, la piel, en mengua;
y, asomando entre los muertos
labios, de polvo cubiertos,
la apergaminada lengua.

En las ropas haraposas,
un girón de escapulario,
y entre las manos huesosas,
como huellas misteriosas,
unas cuentas de rosario.

Y, de la cripta la escoria,
la momia yació olvidada;
pero de su triste historia,
aun conserva la memoria
El Callejón de Tejada.⁵⁹

⁵⁹ Agustín Lanuza, *op. cit.*, *Romances, tradiciones y leyendas guanajuatenses*, pp. 315-356.

El Hormiguero y el Callejón de la Luna

Otra leyenda que da nombre al callejón es esta precisamente, narrada por Carlos de Gante:

La mañana del día 31 de Julio de 1624; había nacido fresca, el sol apenas se levantaba en el Oriente inundando de luz los anchos horizontes; entre tanto, un sin número de personas llenaba en toda su extensión la Cuesta del Tecolote y la Calzada de las Carreras, para reunirse en la cumbre del cerro, y de ahí seguir por las pendientes hasta llegar al Cerro de la Bufa. Al pie de este cerro, existe un lugar desde donde los panoramas que se ofrecen a la vista por todas partes, son bellísimos; por el sur se mira una dilatada llanura cuyos límites se pierden en los confines del horizonte; esa llanura, que en muchos kilómetros, se ensancha en el interior de la Republica, forma lo que se conoce con el nombre de El Bajío: por las demás partes, se levanta la serranía con todas sus escarpaduras y variadas formas, que muestra, la importancia de la Sierra Madre Oriental, de la que es una de sus dilatadas ramificaciones; en ese lugar ameno, conocido con el nombre de El Hormiguero, por una tradición de épocas lejanas que se pierde en la noche de los tiempos, se veían muchas tiendas de campaña improvisadas con mantas de algodón y de lana de abigarrados colores; en esas tiendas se invitaba a los concurrentes a saborear un excelente desayuno o exquisitas frutas; varios grupos de personas, alegres como unas pascuas, se veían en diferentes partes, que al son de algún instrumento cantaban picarescas coplas o bailaban deliciosas danzas; bajo las verdes ramas de los arbustos vecinos, varias personas habían buscado albergue; entre tanto, el camino, que desde ese lugar parte para el Cerro de la Bufa, se veía cubierto de gente que, a duras penas, se dirigía a la cumbre, en donde existen las Cueva Nueva y Cueva Vieja de San Ignacio, cuya imagen se halla pintada sobre las rocas, a rendir su homenaje o la simple curiosidad. Los que iban a rendir sus homenajes, cubiertos de un ropaje extraño unos y otros medio desnudos, danzaban frente a la entrada de la Cueva Vieja al son del ronco acento de las conchas de armadillo, que a guisa de panderos y guitarras, manejaban; concluida la danza y después de una breve oración ininteligible, depositaban en el suelo sus ofrendas y se retiraban; les siguieron otros y así continuaron hasta cerca de la caída de la tarde. Los curiosos contemplaban con mal disimulado recogimiento aquellas manifestaciones, hijas de un fanatismo y de una superstición sin límites.

En la Muy Noble y Muy Leal Villa de Santa Fe, Real y Minas de Guanajuato, cuyo título no hacía mucho, en 1619, le había concedido el Rey

Felipe III, con el correspondiente escudo de armas, aun permanecían palpitantes las impresiones de las solemnes fiestas que se acababan de celebrar, con motivo de la aprobación y confirmación por el Cavildo Sede-Vacante del entonces Valladolid, del patronato de San Ignacio de Loyola, en Guanajuato, hecha en 18 de Junio de ese mismo año de 1624, iniciado en 1612 por el Cura don Diego Gómez, y jurado solemnemente en 1616.

En varias casas aun se veían restos del adorno hecho en las recientes fiestas, llamando la atención el que todavía existía en una casa que estaba situada en la Plazuela del Roperero, en cuyo extremo opuesto, se abría el camino, después, Cuesta del Tecolote, que uniéndose en la cumbre del cerro con la Calzada de las Carreras conduce a la Garita del Hormiguero. En esa casa vivía don Antonio Altamirano, primo del General don Juan, Diputado de Minería; ambas personas distinguidas de la población.

En esa mañana, 31 de Julio de 1624, bien temprano, la familia de don Antonio se dirigió al Hormiguero, con objeto de pasar en el campo un día mejor que los anteriores, en medio de las fiestas populares que se celebraban.

Desde la víspera, Leonor, hija de don Antonio, preparo todo cuanto se necesita para pasar el día fuera de casa.

La joven era esbelta, de porte distinguido, de cabellos rubios y de tez blanca; el rostro redondo y excesivamente pálido, por lo que, era conocida en todo Guanajuato, con el apodo de La Luna.

En la Calle de Cantarranas, precisamente en el lugar que ahora ocupa la casa en donde vive el Señor Coronel don Cecilio Estrada, existía un edificio de arquitectura pesada que había sido construido por un español, minero de Cata y cuyo nombre no ha podido conservarse.

Debajo de una de las piezas que se levantaban por el lado Oriente, el español mando construir un subterráneo que tenía entrada por uno de los ángulos de un cuarto contiguo, en donde había un pequeño horno de pan. En el subterráneo fue el español acumulando ricas piedras minerales que robaba en la mina en donde trabajaba. Además, en ese subterráneo guardaba todos los ahorros de su trabajo y todo lo que adquiriría aun de mala manera. Paso tiempo, hasta que acusado de robo de algunas barras de palta, fue aprehendido y encarcelado, apremiado por su situación, confeso de plano su delito e indico el lugar en donde se encontraba lo robado. Las autoridades de aquel tiempo, favorecían bastante a los españoles, al grado, de dejar impunes los delitos que cometían, por más espantosas que fueran, con raras excepciones; así es que, se contentaron con tener un poco de tiempo arrestado a nuestro hombre y después fue desterrado, permitiéndosele sacar del subterráneo parte de su tesoro, y para no despertar la codicia de alguno, se mando tapar la entrada de ese

subterráneo, dejando en el respeto de las riquezas acumuladas por el español, y se vendió al mejor postor la casa.

Don Miguel de la Hidalga, comerciante de Irapuato, fue el que compró la casa, la que después de hacerle algunas composturas, dio a su hermano don Andrés, que entonces vivía por el rumbo de Tepetapa, para que la fuera habitar.

Don Andrés era un hombre como de cuarenta años de edad, de estatura elevada, de complexión robusta y de mirada inteligente.

Tan pronto como don Andrés fue a vivir a la Calle de Cantarranas, se hizo de amistad con don Antonio Altamirano. Las gracias de Leonor hicieron honda impresión en su corazón y no dilató en declararle su pasión a la joven; ella, dio oídos a las reiteradas protestas de amor de don Andrés.

La enamorada pareja paso algún tiempo acariciando las más dulces esperanzas, pero don Andrés, no contento con eso, un día propuso la fuga a su amada; esta, después de algunos escrúpulos que con habilidad logro vencer el novio, consintió, y de común acuerdo determinaron efectuarla el día de San Ignacio que estaba ya muy próximo.

El día ambicionado llegó, y desde muy de mañana don Andrés se dirigió al Hormiguero; a pocos momentos llego la familia de don Antonio; ahí se reunieron todos y pasaron el día muy contentos. A las seis de la tarde emprendieron la marcha de regreso, pero era tanta la aglomeración de gente, que difícilmente se podía dar un paso. La noche no dilato en llegar cubriéndolo todo con sus sombras. Unos cuantos hachones encendidos se veían en todo el trayecto, que en lugar de disipar la oscuridad que reinaba, más la aumentaba. La algaraza de la multitud y lo accidentado del camino, hacían bastante difícil la marcha y a que se dieran cuenta los concurrentes, en compañía de quienes iban. Leonor y don Andrés aprovechando esta circunstancia, se apartaron del camino sin que por nadie fueran vistos ni buscados, y después de algunas horas de penosa marcha, llegaron al lugar que hoy ocupa el jardín de la Presa de la Olla; de ahí se dirigieron a la ciudad, yendo a pasar la noche en una casa preparada de antemano en un callejón desconocido.

Cerca de ocho días permanecieron ocultos los amantes en esa casa hasta que don Andrés, protestando un asunto, salió de ella para no volver más, sin que después se hubiera tenido noticia alguna de él. Leonor quedo abandonada en esa casa sin amparo ni protección alguna. Pronto se le acabaron las provisiones que tenía y se vio, a su pesar, precisada a recurrir a la caridad de los vecinos, quienes la auxiliaron de muy buena voluntad. Como esta vida no podía prolongarse por mucho tiempo, por mediación de una de las vecinas pidió perdón de sus faltas a sus padres, éstos, por desgracia suya, se negaron y aún amenazaron a su hija con un severo castigo si insistía. Leonor, desespe-

rada de su situación, dejó de permanecer oculta y se entregó al libertinaje. Su fama corrió por toda la ciudad y sus padres se vieron obligados a emigrar, y se fueron a radicar a la Capital de la entonces Nueva España.

No hubo libertino de esa época que no hubiera visitado a Leonor, a quien designaban con el apodo de La Luna, nombre con el que también, desde entonces, fue conocido el callejón en que vivía y que hasta hoy es así llamado.

Los escándalos que cometió fueron tantos que muchas ocasiones tuvo que intervenir la policía, hasta que siendo intolerable su permanencia en la ciudad, fue desterrada.

La casa en la que vivió no fue más habitada; el tiempo la convirtió en ruinas, ruinas de las que hoy no quedan ni vestigios.

Desde la jura del patronato de San Ignacio, el 31 de Julio de cada año, se celebran en El Hormiguero y en las cuevas del Cerro de la Bufa, las fiestas de que se ha hecho relación, y aun en la actualidad se celebran con grande animación.⁶⁰

Estos sucesos siempre nos dejan ver lo cruento de la sociedad guanajuatense en aquella época, pues al no tener provisiones ni el apoyo tuvo que dedicarse al mal; aquí nuevamente tenemos esa lucha entre el bien y el mal, la confrontación entre la mujer “decente” y la mujer “indecente” donde muchas veces se cuestiona en un sentido más profundo ¿quién es mejor mujer?

El Padre Belaunzarán

En contraposición a la historia anterior, tenemos a otros personajes que por sus hazañas fueron reconocidos como grandes hombres y aún permanecen “vivos” en la memoria de los guanajuatenses gracias a la transmisión de leyendas como la El Padre Belaunzarán, y para muestra veamos la historia contada por Juan José Prado:

El 13 de mayo de 1936, al practicarse una excavación en los cimientos del moderno Hotel Guillow, en la esquina que forman las calles del Cinco de Mayo e Isabel La Católica, de la ciudad de México, lindando con el templo

⁶⁰ Carlos de Gante, *op. cit.*, *Cuentos Históricos Guanajuatenses*, pp. 51-60.

de la Ex casa Profesa, se encontró un cadáver momificado, que por investigaciones minuciosas, resultó ser el del heroico sacerdote D. Fray José María de Jesús Belaunzarán y Ureña, nacido en la propia capital el 31 de enero de 1772 y muerto el 11 de septiembre de 1857, venerable franciscano con quien la posteridad está en deuda, por su valiente intervención ante la furia de un español encolerizado, que ávido de venganza trataba de segar millares de vidas inocentes, haciéndolas pasar a cuchillo.

La momia del sacerdote Belaunzarán, una vez identificada según la aseveración del investigador guanajuatense D. Antonio Pompa y Pompa, fue inhumada el 20 de mayo del mismo año de 1936, en el panteón Civil de México, debiendo, en concepto nuestro, reposar en la Rotonda de los Hombrs Ilustres del Panteón de San Fernando, de la Capital de la República, al lado de nuestros más significados próceres, atenta la magnitud de la hazaña en que fue protagonista, y que relatamos a continuación:

“Aún convalecía la ciudad de Guanajuato de los cruentos sucesos del 28 de septiembre de 1810 en que las tropas insurgentes tomaron a sangre y fuego el reducto realista de la Alhóndiga de granaditas, a pesar de la tenaz resistencia del ameritadísimo Intendente Juan Antonio de Riaño y Bárcena; hechos gloriosos que dieron principio a nuestra Independencia Nacional.

La Alhóndiga, ya en poder de los insurgentes, albergaba en calidad de prisioneros y rehenes a soldados españoles que sobrevivieron a la sangrienta epopeya, algunos comerciantes iberos, otros guanajuatenses adictos al Rey, algunas familias y civiles más, que hacían un total de doscientos cuarenta y siete, mismos que fueron objeto de un ataque desenfrenado de parte de la iglesia, que soliviantada por un negro de nombre Lino, abrió las puertas de la Alhóndiga, pasando sobre la guardia, a pesar de la desesperada resistencia y recomendaciones estériles del Capellán de Belén, para evitar la matanza.

Después de la jornada de la Alhóndiga, el Cura don Miguel Hidalgo y Costilla se dirigió a Valladolid, en su avance triunfal hasta el Monte de las Cruces, presurosos del desastre de Aculco y Calderón y de su trágica peregrinación por el Norte del País.

Acaecida la derrota de San Jerónimo, Aculco, Hidalgo y Allende emprendieron la fuga, viniéndose este a Guanajuato, y fue aquí donde hizo frente, en vano, a Calleja, que venía a vengar la afrenta realista del 28 de septiembre, y la matanza de españoles obras del negro Lino.

Félix María Calleja del Rey, General realista, avanzando por el mineral de Valenciana con un buen pertrechado ejército, ciego de cólera, entró a Guanajuato sin la menor resistencia, mandando tocar a degüello la campana mayor de la Parroquia.

Entretanto, Allende, al no tener contestación de Hidalgo, a quién había

solicitado ayuda en repetidas ocasiones, optó por replegarse a la sierra, con las escasas fuerzas de que disponía.

Y fue el Conde de la Cadena, don Manuel Flon, militar de gran severidad y rigor, el encargado de llevar a cabo la ejecución de tan inhumana disposición, sebándose en la pacífica población, que había permanecido al margen de los sucesos sangrientos acabados de perpetrar.

Dictando sus órdenes desde el atrio del templo de San Diego, se disponía a cumplimentar la orden de degüello, cuando de improviso apareció en escena, un fraile de humilde apariencia que salió por de la puerta principal del templo de San Diego, con un crucifijo en la mano derecha, y levantándola en alto, con virilidad no propia de su carácter religioso, se enfrentó al satánico Conde Flon; con la mano izquierda sujeto las bridas del corcel, deteniéndolo, y ante la expectación general, con voz suplicante pero tonante, exclamó:

—Señor... esta gente que se halla presente a los ojos de V.S., no ha causado el menor daño; si lo hubiera hecho, vagaría fugitiva por esos montes como andan muchos; suspéndase, Señor, la orden que se ha dado; y yo os pido por este Señor, que en el último día de los tiempos le ha de pedir cuenta de esta sangre que va a derramar...

Apenas acabó de pronunciar estas rígidas palabras cuando el Conde de la Cadena, aún con los ojos desorbitados por la sed de venganza, pero contrito por la conminación que le hacía el Padre Belaunzarán, revocó la orden de degüella dada, que hubiera sido la tumba de la población entera”.

Tal fue la titánica hazaña de Fray José María de Jesús Belaunzarán y Ureña, que semeja toda una leyenda.

Ignorado durante mucho tiempo, su memoria ha sido exaltada por el gobierno del Lic. José Aguilar y Maya, poniéndosele su nombre a una de las más típicas calles de la ciudad de Guanajuato.⁶¹

Otra leyenda que refiere esta misma hazaña es de Guadalupe Appendini:

La Hazaña de fray José María de Jesús Belaunzarán es un hecho histórico acaecido en Guanajuato, que coloca al sacerdote entre los héroes del Estado, y su figura es conocida y querida al grado que en cerca de doscientos años todavía se advierte la presencia del padre Belaunzarán que “recorre la ciudad para cuidarla de sus enemigos”.

Todos los historiadores hablan de este hecho histórico que el pueblo ha convertido en una leyenda y para hablar del padre Belaunzarán hay que agachar la cabeza, como respeto por la gesta paladina consumada por un monje, que, dentro del claustro, fuera humilde ovejilla, dócil, mansa.

⁶¹ Juan José Prado, *op. cit.*, *Leyendas y tradiciones guanajuatenses*, pp. 77-86.



El Padre Belaunzarán
KARINA MOSQUEDA

Convalecía la ciudad de Guanajuato de la sangrienta hecatombe del 28 de septiembre de 1810 en que las tropas insurgentes tomaron a sangre y fuego el reduto realista de la Albóndiga de Granaditas. Impreso estaba aún en los rostros el rictus de pavor, pues el reduto aún estaba enfermo del delirio de aquellas noches de aquelarre, en que se iluminaron cuadros de pesadillas con el infernal bermellón de las teas y de los incendios, que burilaban goyescas aguasfuertes sobre el negro abismal de las noches septembrinas, desgarrando los momentos de calma; la puñalada de un alarido escalofriante, arrancado tal vez a una víctima degollada o los bárbaros aullidos de los rebeldes, ebrios de alcohol y de triunfo.

La Alhóndiga, ya en poder de los insurgentes, albergaba en calidad de prisioneros y rehenes a soldados españoles que sobrevivieron a la sangrienta epopeya, algunos comerciantes iberos, otros guanajuatenses adictos al rey.

Familias de civiles los que hacían un total de doscientos cuarenta y siete, mismos que fueron objeto de un ataque desenfrenado de parte de la gleba que soliviantada por un negro de nombre Lino, abrió las puertas de la Alhóndiga, pasando sobre la guardia, a pesar de la desesperada resistencia y de los ruegos y recomendaciones estériles del capellán de Belén, para evitar la matanza, dice el licenciado Juan José Prado.

Los escasos sobrevivientes, histéricos de espanto, ocultaban su vida doliente en íntimos corrillos en los que comentaban en voz baja sus desdichas, y antes de que llegase el periodo de convalecencia, se cierne sobre la ciudad un nuevo fantasma; las fuerzas realistas ávidas de venganza, ciegas de cólera y necesidad, “es preciso reconocerlo, de señalar con un ejemplar castigo las atrocidades recientemente cometidas, cercan a Guanajuato. Pocos días antes pacífico y esplendoroso”, dice Manuel Leal.

Vuelven a revivir las escenas de aquel 28 de septiembre. La chusma excitada por el negro Lino, oriundo de Dolores, y platero de oficio —quien estaba resentido con la sociedad y acomplejado por su raza— enloquecida camina en grupos, los que roban lo que pueden a su paso. Su deseo era llegar al castillo y asesinar a los reos que estaban recluidos en él, en su mayoría burgueses ajenos a todo lo que estaba pasando.

Escribe Leal que “Se veían volanderas sotanas y sombreros de teja de los sacerdotes que corrían a exhortar a la plebe al orden, procurando hacerles desistir de su macabro empeño. Uno de los sacerdotes que les dirigió una arenga, fue el padre Gutiérrez, pero nadie le hizo caso, la guardia fue acribillada y la tormenta se desencadenó hacia el interior del castillo. La mayor parte de los reclusos fueron pasados por las armas.

Aquello era espantoso, todo era confusión, uno de los supervivientes de la matanza, don Andrés Sotero, fue a Valenciana a participarle a Félix María Calleja del Rey, general realista, los pormenores de los sucesos. Calleja envió al capitán don Francisco Guizamótegui con un pertrechado ejército para hacer las investigaciones. Pero éste regresó trayendo la confirmación de lo dicho por Andrés Sotero. El patio del castillo estaba sembrado de cadáveres, era algo terrible ver los cuerpos desnudos, mutilados por el odio y la violencia de la chusma, guiada por el negro Lino.

Frenético Calleja ante tales nuevas, entra a Guanajuato, al imponente son de la campana mayor que toca a degüello”. Afortunadamente —dice Leal— por ser la hora temprana, sólo encuentran en las calles a don Agustín Calderón, que se dirigía a misa de madrugada a la iglesia de San Roque, al llegar a la plaza. Calleja suspende la orden.

El conde de la Cadena, don Manuel Flon, hombre duro y de resoluciones, ordena también el degüello. Él es el encargado de llevar a cabo la ejecu-

ción, cebándose en la pacífica población que había permanecido al margen de los sucesos sangrientos que había vivido la ciudad.

Desde el atrio del templo de San Diego el conde Flon se dispone a dar la orden de degüello, cuando de pronto, como un gigante aparece, por la puerta principal del templo, un fraile insignificante, de humilde sayal, que con un crucifijo en la mano, como su arma más potente, que “como Constantino su lábaro lleva en alto”. Se enfrentó al conde don Manuel Flon.

Y de enérgico manotazo detiene de la brida al caballo del satánico Flon y hablándole con una voz firme y resuelta, le pide se detenga con las siguientes palabras que señala Bustamante: “Señor... Esta gente que se halla presente a los ojos de v.s. no ha causado el menor daño, si lo hubiera hecho, vagaría fugitiva por esos montes como andan otros muchos: suspéndase, señor, la orden que ha dado, y yo se lo pido por este Señor, que en el último día de los tiempos le ha de pedir cuentas de esta sangre que va a derramar...”

Al terminar de hablar el monje, el conde Manuel Flon se le quedó mirando con los ojos desorbitados, se detuvo y él que tenía sed de venganza, al ver la firmeza y decisión del sacerdote, revocó la orden de degüello que había dado y “que hubiera sido la tumba de la población entera”. Salvando así a la ciudad de Guanajuato de la más terrible hecatombe de su historia.

Y se cuenta que la Presencia de Cristo justiciero y la energía del padre Belaunzarán, que doblegó al severo y drástico militar, corrió como reguero de pólvora; por toda la ciudad, se hablaba de la hazaña del cura convirtiéndolo en un héroe.

Pero aquello ocurrido en el año de 1810, se fue olvidando hasta quedar sólo como una leyenda la titánica hazaña de fray José María de Jesús Belaunzarán y Ureña.

José María de Jesús Belaunzarán y Ureña, nació en la ciudad; México el 31 de enero de 1771. Estudió en la escuela de San Nicolás de Valladolid graduándose Bachiller en Artes en la Real y Pontificia Universidad de México. Más tarde (sintiendo un llamado), abrazó la carrera del sacerdocio, profesando en el Colegio Apostólico de los P. P. dieguinos de la ciudad de Pachuca, desempeñando los cargos de guardián de los conventos de esta orden en Oaxaca y en Guanajuato, ocupando ese cargo en la ciudad de Guanajuato desde el año de 1807 hasta 1820 se dice que fue elocuente orador sagrado.

Ocupó distinguidos puestos hasta culminar en el de obispo en la ciudad de Linares, N. L. Falleció en la Ciudad de México el 11 de septiembre de 1857, en el más injusto olvido. Hasta la época en que fue gobernador del Estado el licenciado José Aguilar y Maya, se comenzó a honrar su memoria y reconocer la epopeya por él realizada en Guanajuato. Una de las calles de la ciudad lleva su nombre.

El historiador guanajuatense don Antonio Pompa y Pompa, se refiere a este sacerdote a quien tanto le debe Guanajuato y dice: “El venerable cadáver momificado de D. Fray José María de Jesús Belaunzarán y Ureña, se encontró el día 13 de mayo de 1939 al hacer unas excavaciones en la planta baja del Hotel Guillow, contiguo al templo de la Casa Profesa, inhumando nuevamente el cadáver por iniciativa del R. P. González Rivera C.O. el día 19 del mes y año antes dicho, en el Panteón Civil de México, donde reposa para siempre”.

Su vida y obra es poco conocida, sólo se cuenta como leyenda la hazaña heroica del padre Belaunzarán que detuvo la masacre del pueblo de Guanajuato en la guerra de independencia de México.⁶²

Erasmus Mejía Ávila también da cuenta de este suceso:

Cada población tiene sus símbolos, Guanajuato, ciudad de las que en el país tienen más recio abolengo, no podía escapar a ese destino.

El Pípila y el Padre Belaunzarán, contra todo lo que se diga, tiene honda y real existencia en el alma de nuestro pueblo, algo así como, guardando desde luego todo respeto, la imagen de la Virgen de Guadalupe, que es para México la esencia misma de su mexicanidad.

Fray José María de Jesús Belaunzarán y Ureña, e el nombre completo del insigne franciscano, nacido en la ciudad de México el 31 de enero de 1772 y muerto el 11 de septiembre de 1857.

Que ese primer tramo de la calle sobre los ríos de Guanajuato lleve su nombre, no es sino un gesto de gratitud del pueblo, al recordar su valiente intervención ante el Conde Flan, portador de la terrible orden de Calleja, de pasar a degüello a todos los habitantes de la ciudad.

Así fue en efecto: la venganza del Jefe Realista hubiera sido fatal. Al frente de un bien pertrechado ejército, tomo la ciudad sin que se le ofreciera la menor resistencia. Ciego de cólera por la matanza de españoles en la Alhóndiga de Granaditas, el 28 de septiembre de 1810, dio esa terrible orden contra el pueblo inocente.

El severo Jefe Militar Realista don Manuel Flan, Conde de la Cadena, fue encargado de ejecutar la inhumana como injusta disposición. Y fue el humilde cuanto valeroso sacerdote quien lo impidió, saliendo al encuentro del mencionado Jefe con un Crucifijo en la mano y exhortándolo a abandonar su cruel propósito en el nombre de Dios y de su fe.

El Conde de la Cadena, creyente en el fondo, sintió profundo arrepentimiento de lo que iba a hacer y en un gesto de la más auténtica sublimidad, abandono su actitud, salvando así la población entera de Guanajuato.

⁶² Guadalupe Appendini, *op. cit.*, *Leyendas de provincia*, pp. 136-138.

Que mucho pues que nuestro pueblo, por la mano de uno de sus Gobernantes, el Lic. don José Aguilar y Maya, reconociera la heroica hazaña del sacerdote, dedicando su nombre a una de las calles que es admirada por su aspecto tan singular que la gente le dice “la calle sin puertas”, y que apreciamos más aun en la parte que le sigue, bajo la bóveda, hasta la salida de la ciudad, con sus tantos pasas a desnivel.⁶³

El Padre Jorgito

Otro personaje muy recordado por los guanajuatenses fue el Padre Jorgito. Juan José Prado dice ¿quién que sea de esta tierra no lo conoció?... Asimismo refiere que a este padre se le atribuyen muchos milagros; mejor veamos dicha historia:

¿Quién, que sea de esta tierra no lo conoció?

Pero de él se cuenta tantas y tan maravillosas cosas, que su vida fue casi una leyenda.

Nació el año de 1858. Su padre, don Ángel López, si no era un hombre de recursos, sí tenía un terreno que cultivaba en “La Sauceda”. El niño Jorge y sus tres hermanos crecían y cuando aquél estuvo en edad, fue enviado al Seminario de Valenciana donde comenzó y terminó sus estudios Sacerdotales. De esto hace medio siglo.

Y fue el Padre Jorgito quien, que desde que cantó su primera misa, si hizo cargo del templo de San Sebastián.

Allí vivió y moró sin temor a los espantos que se dice se levantan de las tumbas del ruinoso Panteón.

Hasta aquel su rincón mundano le llegaron las desesperadas peticiones de los moribundos soterrados en la mina, y presto, Jorgito, bajó a las entrañas de la tierra y llevó el auxilio de su piadosa palabra.

Y cuántas peripecias le ocurrieron en vida.

Sólo, con un sobrino por compañía, visitaba el Padre a los mineros en sus propias casas, conminándolos a la unión religiosa. Muchas veces fue bien recibido; pero otras... la recompensa a sus cristianos deberes se convirtió en palabras soeces y golpes.

Las puertas de su casa estuvieron siempre abiertas para todos.

⁶³ Erasmo Mejía Ávila, *op. cit.*, *Lugares Históricos de Guanajuato*.

—¡Lo roban, Padre!

—Que se lo lleven todo, hijo. Han de tener necesidad.

Y aún dejaba sobre la mesa algún dinero, pan y ropa, por si “alguien lo necesitaba”.

Pero la revolución llegó.

Año tras año, el Padre preparaba con singular cariño las fiestas de su Patronato para el 20 de enero. Con castillos, danza, música: toda una feria.

En el entrar y salir de los combatientes, hubo un Jefe que en su afán de allegarse fondos, tuvo noticia de que el padre Jorgito guardaba algunos ahorros.

—¿Cuánto tiene usted Padre?

—No sé, hijo, lo guardo para la fiesta del Señor San Sebastián.

—¿Cómo cuánto será?

—Acaso serán doscientos. Aún me falta otro poco. Pero si te sirven, tómalos. Ya Dios nos socorrerá a ti y a mí.

—No Padre, guárdese los usted.

Y el “Jefe” ordenó que se le diera al Padre Jorgito un baúl repleto de billetes para que hiciera en grande sus festejos.

¡Qué de proyectos forjó con aquel regalo! Adornaría su Templo como nunca. Repararía el Altar, remendaría la vieja Iglesiasita, que estaba pidiendo a gritos miles de composturas. ¡Y quemaría dos castillos cada noche durante las fiestas!

La pantomima de la Plata del Rey sería el número especial del programa. Alquiló con tiempo los burros, mandó hacer los adobes cubiertos de papel de estaño que representaban las barras de plata. Contrató a los “ladrones”, seleccionó y adiestró a los soldados de su Majestad que custodiarían el Tributo del Soberano, y...

De pronto otro Jefe hizo irrupción en la ciudad. Como primera providencia desconoció la moneda circulante, y el baúl del Padre Jorgito se quedó lleno de papeles inservibles.

Pero el nuevo Jefe, enterado, también cooperó con su dinero para los festejos a Sr. San Sebastián, los que, sin embargo, no resultaron tan lucidos como eran los deseos del Padre.

Y durante el conflicto religioso, tuvo que andar escondiéndose, trabajando como cualquier obrero en las minas, para poder comer; huía más por respeto a las leyes, que porque se le persiguiera. ¿Quién le iba a hacer algo a aquel misericordioso sacerdote, que para estar más a tono con sus humildes obligaciones, vestía la yompa de mezclilla, calzaba zapatos con estoperoles, usaba tejana de minero y su vida era tan sencilla como la de la más pobre gente? Digna es de mencionarse la actitud de cierto empresario extranjero,

que percatándose de las actividades del Padre, que se circunscribían al auxilio espiritual de los mineros, facilitó los medios y concedió su autorización, para que en el interior del “tiro” se celebraran regularmente misas y diversos actos de culto.

Aún los puesteros recuerdan al Padre Jorgito, que a diario bajaban al centro de la ciudad repartiendo sonrisas, y agradeciendo con un “¡Dios te pague, hijo!” la limosna que recogía de ellos, de transeúntes y feligreses, que lo rodeaban demandando su bendición.

Fue el día 2 de junio de 1941 cuando traspuso los dinteles de la Eternidad. El duelo fue general; toda la ciudad se conmovió con la noticia, y entre la gente humilde, sobre todo, el pesar fue más sincero.

Podría asegurarse que a su entierro concurrió la población en masa, manifestando así el dolor que le producía la desaparición del Padre Jorgito, el humilde Capellán de San Sebastián.

Durante 5 años, sus restos descansaron en una gaveta del Panteón Municipal, cercana a la cripta del Osario; numerosas reliquias, recuerdos y aún retablos, patentizaron alrededor de la lápida, los milagros que el modesto Soldado del Señor hacía a sus creyentes.

Hoy sus mortales despojos, según sus deseos, yacen en aquél su rincón preferido, en la capilla de San Sebastián, bajo severa y sencilla lápida de bronce que reza así textualmente:

PBRO. JORGE LOPEZ

A 23 de Abril de 1858

2 de Junio de 1941

Los vecinos de San Sebastián y los fieles de esta ciudad,
venerando su memoria le consagran este recuerdo.

7 de Junio de 1946.

R. I. P.⁶⁴

⁶⁴ Juan José Prado, *op. cit.*, *Leyendas y tradiciones guanajuatenses*, pp. 23-33.

Apariciones

En este apartado presentamos diversas leyendas sobre apariciones que dan cuenta de personajes que en vida dejaron algo sin concluir y regresan como espantos para finiquitar lo que en vida dejaron pendiente, otras leyendas exponen algún personaje que se viste como fantasma para salir por las noches y asustar a la gente hasta que se descubre su verdadera persona y deja de espantar. Una de las leyendas más divulgadas sobre apariciones es la de “La Llorona”, en Guanajuato también aparece este personaje manteniendo ciertos rasgos característicos: una mujer que arroja sus hijos al agua y después se aparece por las noches cerca de los ríos en busca de sus hijos ahogados por ella misma y gritando: “¡Aaaaay mis hijoss; ¿Dónde estarán mis hijos?”

La mayoría de los autores de estas leyendas son los mismos de los arriba mencionados, Carlos de Gante, Juan José Prado y Guadalupe Appendini quienes han sido nuestro referente para dar cuenta en cierta medida de las diversas versiones y cambios que se han dado en las leyendas, es decir, cuando el autor crea su propia interpretación, ya sea apeándose a fuentes históricas como Appendini, a la combinación de las fuentes orales con ciertos aspectos fantasiosos para hacer de la leyenda como Prado; o apeándose a la tradición oral como Gante.

Comencemos mostrando la leyenda del Padre Marcelino mangas en la versión de Guadalupe Appendini:

El Padre Marcelino Mangas

Se cuenta que varias historias sucedieron en el Colegio de la Purísima –hoy Universidad de Guanajuato– narraciones que se han repetido de generación en generación y que se registran como hechos ocurrido en ese legendario colegio por donde han pasado miles de estudiantes muchos de ellos importantes hombres que incursionaron en la política, la industria, las artes, las ciencias y la literatura.

Entre tantas leyendas que se han ventilado se cuenta la de un fantasma que vagaba por los amplios corredores del colegio, un ánima en pena que todas las noches salía, y a su aparición se escuchaba un aullido del viento y un triste y largo lamento de algún perro, o el maullar de un gato. Aquello duraba mientras la sombra recorría los pasillos, entraba a los salones, como para ver si todo estaba en orden, y después de una hora, el espectro se esfumaba al entrar a un determinado salón. Aquello tenía a los estudiantes aterrados, nada más llegaba la noche y se juntaban para darse valor. Temblaban, les castañeaban los dientes sin querer les salían las lágrimas del miedo que experimentaban, al ver la sombra y escuchar los ladridos y maullidos.

Según las descripciones que dieron los muchachos al rector y él hacer las investigaciones pertinentes, llegaron a la conclusión de que se trataba del padre Marcelino Mangas, uno de los maestros del Colegio de la Purísima, que a más de ser un catedrático muy destacado en su época y querido, enseñó desde el año de 1802 varias asignaturas, especializándose en latinidad, cátedra que impartió casi siempre gratuitamente, pues le tocó vivir en uno de los periodos en que la pobreza estrechó cruelmente la economía del plantel. “Es más en infinidad de ocasiones se privó de sus alimentos para comprarles libros de estudio a sus pobres alumnos, incapacitados por la miseria para cubrir esta necesidad”, escribió el señor Manuel Leal, en su libro *Añoranzas y panoramas Guanajuatenses*.

Sobre el padre se supo que nació en 1772, desde niño se notó su vocación por la vida religiosa, así como por el magisterio. Siempre se le veía estudiando, rezando y realizando obras piadosas. Recibió las Sagradas Órdenes el año de 1798. A lo largo de 58 años ejerció el ministerio sacerdotal “siendo todo su paso por la vida, espejo de virtud y heroísmo, de ese heroísmo desposeído de atuendo, y de vocinglería que son como puntales de la fama”, dijo Leal.

El padre Marcelino Mangas murió, madrugada del 26 de septiembre de 1856, a la edad de 84. En su tránsito por el mundo, se le recuerda derramando infinidad de bondades a quien necesitaba de su ayuda, tanto espiritual como económica.

Era “limosnero” y caritativo; así como recibía las limosnas las repartía. Recorría las minas, auxiliaba a los enfermos y a los pobres vergonzantes los visitaba, dejándoles discreta ayuda para sus necesidades más apremiantes.

De este sacerdote se dice que se “alimentó” espiritualmente en el Colegio de la Purísima, ya que decía, vivía de la energía de los jóvenes.

Enseñarles lo que sabía, era una gran necesidad de compartir con ellos lo que él había aprendido y esa juventud contagiosa, le daba las fuerzas necesarias para seguir luchando en este Valle de Lágrimas.

Existen infinidad de anécdotas de Marcelino Mangas, se cuenta que tenía



El Padre Marcelino Mangas
ERIKA HERNÁNDEZ (TITATINTERO)

el don de la ubicuidad; que mientras impartía su cátedra en el colegio y estaba con los muchachos dejándoles la tarea, se le veía en el Mineral de San Juan de Rayas, en la Valenciana o en otro lugar, ayudando a bien morir a algún enfermo o llevándoles ropa y comida a las personas más pobres de la región.

En su viejo y cansado rocín, el padre Marcelino Mangas recorría las minas. Desde luego, llegaba primero con los ricos caballeros a los que entre broma y veras les pedía su ayuda para sus pobres; estos muchas veces a regañadientes le soltaban la plata, la que depositaba en su morralito. Le daba la bendición a su benefactor y seguía su camino, siempre con la alegría de un niño.

Cuentan que en una de tantas veces que el padre hacía su recorrido, siempre con el rosario en una mano y la otra en las riendas del caballo, salieron varios forajidos puñal en mano. Le pidieron les entregara cuanto llevaba o le costaría la vida, el padre Mangas con la tranquilidad de Jefe justo, les entregó su morralito, el que para entonces estaba repleto de monedas de plata y una que otra de oro que le había dado algún parroquiano generoso, diciéndoles a los bandoleros: “esto es todo lo que tengo”.

Y ante las burlas y risas de los maleantes, bandidos que abundaban por los caminos en tiempos de la Guerra de Independencia, les volvió a decir el Sacerdote: “No poseo más, son las limosnas que me han dado, para socorrer a mis pobres”. Y estos infames le contestaron mientras, soltaban una sonora carcajada: “Nosotros somos tus pobres maldito Cura...”

El padre Mangas no alcanzaba a comprender la maldad de esos hombres y dándole gracias a Dios, dijo: “que bueno que hoy pude ayudar a estos hermanos que seguramente estaban muy necesitados”. Y al meterse la mano a uno de sus bolsillos, se encontró que traía un peso, de aquellos “grandotes” que había en la mitad del siglo pasado. Al ver la moneda, le dio un fuetazo a su caballo y fue a alcanzar a los bandoleros los que se habían alejado un poco, gritándoles: “¡Señores!... les había dicho que no traía más dinero y cometí un error, he encontrado esta, nueva moneda y aquí la tienen, y para que no graven sus conciencias con el feo pecado del robo, voluntariamente os hago donativo de todo alto. Vuelvan a Dios y regeneren su vida”.

Don Marcelino se fue muy contento, encaminó sus pasos hacia el centro de la ciudad por tener que decir misa en la parroquia. Estaba satisfecho de haber cumplido con su deber de cristiano de “darle de comer al hambriento”... aquellos hombres podrían llevarles el pan a sus hijos por ese día.

Este, personaje sobrenatural iniciaba cada día una aventura... siempre encaminada al servicio del prójimo.

Después de que falleció el padre Marcelino Mangas, la madrugada del 26 de septiembre de 1856, empezó a correr el rumor en la Ciudad que el espíritu del sacerdote rondaba las minas, las calles y la escuela, que si su cuerpo había

pasado a ser pasto de los gusanos, su esencia andaba por allá penando, pidiendo sufragios para su pobre alma huésped del purgatorio.

Muchas personas aseguraron que el padre Marcelino Mangas seguía visitándolos. Aquel anciano cansado llegaba hasta los hogares más pobres llevando su ayuda económica y espiritual, y hasta se llegó a decir, que algún moribundo había sido atendido por un sacerdote chaparrón de cabeza redonda, con rasgos nipones, el que con frecuencia visitaba a los enfermos de las minas.

Asimismo referían los conserjes de la escuela, que habitualmente el padre Marcelino recorría sus salones de clases, y como era su costumbre caminaba por los corredores del plantel. En algunas ocasiones, lo había sorprendido rodeado de perros y gatos, animales que lo seguían por ser él quien les daba de comer.

Aquella leyenda se fue apagando, las nuevas generaciones que no conocieron al padre Mangas, sólo escuchaban con curiosidad alguna de sus andanzas, por ser pintorescas, sin darle la menor importancia, pero en no pocas ocasiones, muchos de los estudiantes de esa vieja escuela vieron al fantasma, un ánima en pena que recorría los salones y corredores de la actual universidad. Ya para muchos era familiar el fantasma y hasta con falta de respeto le decían: “Quítate Mangas, no estorbes. Déjanos platicar; no te vengas a entrometer”.

Según supimos recientemente, en esa máxima casa de estudios, la Universidad de Guanajuato, con frecuencia se ven fantasmas, espíritus de otro mundo, sombras que pasan y desaparecen en las paredes, almas en pena de muchos de los maestros que aun quieren convivir con los alumnos; o algunos nostálgicos que desean volver a sus felices días de estudiantes.

Y el padre Marcelino Mangas el recordado maestro de la primera mitad del siglo pasado, permanece “vivo”, en una de las leyendas que con frecuencia se cuentan en Guanajuato.⁶⁵

La carroza de don Melchor Campuzano

El tema de las apariciones ha sido muy atractivo para quienes gustan de escuchar leyendas, en Guanajuato se habla de don Melchor Campuzano y se dice que aún es posible verlo en su carruaje por las noches en los alrede-

⁶⁵ Guadalupe Appendini, *op. cit.*, *Leyendas de provincia*, pp. 149-152.

dores de la plazuela de El Baratillo... ojalá y un día usted también pueda ser testigo de tal suceso como nos lo señala Juan José Prado:

De aquí una leyenda típicamente colonial, en que la fantasía popular ha convertido en firme creencia, un suceso producto de la imaginación calenturienta de los crédulos... aunque se afirma, que el hecho es cierto...

—¡Las doce y serenooooo!

Han sonado la última campanada de la media noche. La calle está desierta y sólo se percibe el monótono taconeo del sereno que retumba por la acera, bajando a la Plaza Mayor.

Apenas ha torcido la esquina, cuando la puerta de una casa lateral al Baratillo, se abre de par en par, como si manos invisibles la manejaran, chirriando sus goznes enmohecidos: sale de improviso y en forma espectacular, un extraño carruaje, tirado por dos briosos caballos negros, de aspecto diabólico, que arrojan fuego por los ojos y espuma por las fauces; espíritus alados de aspecto repugnantísimo ayudan a impulsar las dos últimas ruedas del vehículo estrafalario.

Un atronador ruido precedente a la estampida del carro, que baja precipitado, chisporroteando los cascos de los caballos, en las piedras de la calle de Sopeña. Al poco rato, una nube de olor a azufre, envuelve al carruaje, el cual se pierde, dejando una estela de humo a su paso. Y lo más extraño, no es precisamente la aparición del Carruaje, sino la carga que lleva: un alma en pena corporizada en un esqueleto, al que cubre un sudario blanco, y que son un látigo en la diestra fustiga desesperadamente a los caballos, que producen un ruido ensordecedor.

Pasada aquella momentánea aparición, ávidos, los vecinos se arriesgan a correr los visillos de sus ventanas y balcones: unos, los más osados, se atreven a salir a la calle e indagar las causas del suceso, que noche a noche se repite, pero sólo alcanzan a percibir el insoportable hedor que ha dejado la maldita aparición.

Procedente de la Madre Patria, vino a establecerse a Guanajuato un aventurero de nombre Melchor Campuzano, honrado, activo trabajador a carta cabal.

Habiendo amasado ya una regular fortuna, pensó en asociarse con otros dos españoles, ricos a su vez, a fin de emprender negocios de pingües utilidades, y antes de regresar a España, uno de tales socios, don Manuel de Cabrera, falleció de una manera repentina, dejando una enorme fortuna, la cual dispuso en su testamento que se distribuyera pródigamente entre la gente humilde, designando para el caso, en calidad de albacea ejecutor de su última voluntad, a su socio, don Melchor Campuzano, en atención a su acrisolada honradez.



La carroza de Don Melchor Campuzano
ERIKA AYALA

Llevó éste a cabo la repartición encomendada, con tanto tino, que la fortuna de don Manuel de Cabrera enjugó muchas lágrimas de hambre, ayudó a innumerables menesterosos, enfermos y hogares, que bien pronto las bendiciones de la gente caían profusas sobre la mano bondadosa de don Melchor Campuzano, que no sólo agotó las arcas de don Manuel, sino que de su propio peculio, prorrogaba la tarea que se la había encargado.

Pero las malas lenguas, que nunca duermen, propalaron la versión de que don Melchor repartía avariciosamente la fortuna de don Manuel, de la cual separaba gran parte para sí, acrecentando sus riquezas, robándose lo que le correspondía a los pobres, y privando así a los necesitados, de lo que el magnánimo don Manuel les había legado.

Sabedor don Melchor de aquella miserable calumnia, montó en cólera y decidió vengar la afrenta cesando la repartición de dinero que se había echado a cuestras, no obstante que sus caudales eran inmensos, y dio orden de que su solariega residencia permaneciera siempre muda, silenciosa, sorda a cuanto ruego implorante se escuchara, y aún más, con inaudito alarde de egoísmo, dispuso que las obras de sus opíparas comidas, que acostumbradamente se repartían entre los pedigüños, se tiraran a los animales, en sus pesebres.

Unos cuantos años después, moría don Melchor Campuzano, siendo su sepelio muy concurrido, merced a que disfrutaba a la aristocracia de su época, de un lugar entre los señores acaudalados nobles.

Sus exequias fueron solemnes y muy concurridas aun por los pobres a quienes había negado al pan que de él imploraban.

Y es aquí donde cuenta la leyenda, que cuando el Ministro del Señor rogaba por el eterno descanso del alma de don Melchor, se dejó escuchar una voz suplicante y plañidera que decía:

“No roguéis por mí, os lo suplico; no pidáis por la paz de mi espíritu, que si bien fui en vida un hombre honrado, antes de morir me torné en cruel. Más yo mismo compurgaré mis penas, suplicando la clemencia de quienes ofendí. Y vagaré por las calles sin descanso alguno, hasta que se me conceda el perdón de la voluntad divina”.

Los dolientes acogieron aquellas tremendas palabras con miedo y respeto: se santiguaron en silencio y procedieron a dar sepultura a los mortales despojos del otrora potentado don Melchor Campuzano, y, también en silencio, con terror, divulgaron el suceso, cuya noticia se esparció por toda la población como un reguero de pólvora.

Han transcurrido los años. La conseja ha menguado; pero hay gente que nunca fue supersticiosa, pero que asegura haber visto, en las noches de luna llena un carruaje manejado por un esqueleto, a velocidad inaudita, que ensordece con el arrastrar de cadenas y rechinar de herrajes, que se pierde en

lontananza, no dando tiempo a que ningún mortal le pueda dirigir un Ave María, para que cese la penitencia de don Melchor.⁶⁶

Guadalupe Appendini alude a este evento como La venganza de Melchor Campuzano:

El generoso ofendido puede convertirse en cruel, sentimiento que no es moral, pero sí humano. Esto le sucedió a un hombre bueno que herido en su amor propio y dolido por la maldad humana, cambio su bondad por odio, envenenando su propia vida, siendo tan desdichado, que ni después de muerto pudo estar tranquilo.

Fue don Melchor Campuzano, un hombre muy conocido en el Estado de Guanajuato en la época virreinal, a quien la leyenda inmortalizó y su historia ha sido conocida “de generación en generación” como dice la oración de la Magnífica.

Este hombre llegó a la ciudad muy joven, procedente de la Madre Patria (como se le llamaba entonces a España). Era un muchacho aventurero, con deseos de trabajar y hacer de México su segunda patria, sabiendo que nuestro país era un lugar de promisión. Campuzano era un joven honrado, vertical que desde que inició sus labores en la capital del Estado, hizo de su centro de trabajo un verdadero templo.

Como todas las personas que se desplazaron de España, en esa época, Melchor Campuzano comenzó desde abajo; para él no había día de descanso y a base de esfuerzo y constante trabajo logró amasar una gran fortuna. Sus amigos eran los jóvenes españoles que como él habían llegado a trabajar. Pronto los invitó a colaborar en su negocio, que daba para todos, haciéndolos socios. Varios amigos aceptaron, entre ellos don Manuel Cabrera, quien era más que amigo, un verdadero hermano.

Por muchos años trabajaron juntos y después de la faena cuando tenían un merecido descanso, hablaban de su niñez, de sus familias que vivían en España y con nostalgia pensaban que algún día regresarían a su tierra, con una gran fortuna con la que pudieran vivir con desahogo toda su vida, y sacar de la pobreza a sus parientes.

Así pasaron muchos años. Pero, como la vida la tenemos prestada, un buen día y sin pedirle permiso a nadie, don Manuel Cabrera falleció de una muerte repentina; un infarto masivo lo sacó de este mundo. Era soltero y dejó una inmensa fortuna que ni el mismo imaginó que poseía. El señor Cabrera, era un hombre decente, ordenado y justo, por lo que con mucha anticipación había hecho su testamento, señalando que si moría en México, el dinero que

⁶⁶ Juan José Prado, *op. cit.*, *Leyendas y tradiciones guanajuatenses*, pp. 87-97

había hecho en nuestro país, debería repartirse entre los mexicanos, entre la gente humilde del Estado de Guanajuato, entre los pobres vergonzantes que no eran capaces de pedir limosna, aunque se murieran de hambre. De esos a quienes el hambre los tumba pero el orgullo los levanta, así como entre los enfermos y menesterosos. Sabedor de la acrisolada honradez de don Melchor Campuzano, de su espíritu de justicia y su bondadoso corazón, en su testamento lo dejó en calidad de albacea, ejecutor de su última voluntad.

Después de la muerte de don Manuel Cabrera, su amigo Campuzano no alzaba cabeza, tanto por la tristeza de que se hubiera ido su amigo más querido, como por la encomienda que le había dejado de repartir su dinero entre los pobres. Se le hacía muy triste disponer de aquel dinero como si fuera de él; pero siendo la última voluntad de su amigo tendría que hacerlo algún día, por ser la disposición de un muerto.

Un día, cuando estaba más quitado de la pena, le habló el Notario quien había realizado el testamento, señalándole, de muy buen modo, el último deseo de su cliente y como ya habían pasado varios meses y no daba señales de vida, le recordaba con amistad su compromiso moral con el difunto.

Sin quedarle más remedio, don Melchor pidió a su secretario le ayudara para hacer una encuesta, un verdadero trabajo social, informándose realmente de la situación de las personas para poder iniciar la ayuda económica a nombre de don Manuel. Los pobres se prodigaban como los hongos, nunca pensó don Melchor que existiera tanta necesidad en la capital del Estado y sus alrededores y comenzó una labor social increíble. Mandaba un citatorio a las personas indicadas, con discreción les hacía saber el deseo que tenía de ayudarlas para aliviar un poco sus penas y estas acudían a su residencia en donde él mismo les entregaba el donativo, diciéndoles desde luego, que había sido la voluntad de don Manuel Cabrera, su amigo que había desaparecido físicamente pero que estaba presente mediante la ayuda económica que por su conducto les daba.

Eran tantas las necesidades de la gente que don Melchor no se daba abasto; pronto se agotaron las arcas de don Manuel, (se acabaría pronto el mar si el mar fuera de dinero) pero al ver tanta pobreza, don Melchor seguía ayudando de su propio peculio a tanta gente que vivía con la vergüenza de ser pobre.

don Melchor se había encargado de propalar la disposición de don Manuel Cabrera, y siempre que daba un centavo al escuchar: “Dios se lo pague”, él les decía: pídanle al Señor por el Alma de Manuel Cabrera, que él es quien les da la ayuda. Pero... nunca falta una gente mala, se soltaron las malas lenguas que decían que de la fortuna de don Manuel, el señor Melchor Campuzano separaba una gran parte para él, acrecentando así su fortuna, la

que era muy grande, robándoles a los pobres lo que les correspondía ya que generosamente se los había dejado de herencia don Manuel Cabrera.

Cuando llegó a oídos de Melchor Campuzano, el que era un hombre recto, leal, de una pieza, montó en cólera. La ira lo cegó y como el lobo de San Francisco de Asís, diciendo “hermanos no se acerquen mucho”, se les volteó a los humildes, aborreció a los pobres y decidió levantarles la canasta”, y ellos que seguramente no tenían culpa, jamás volvieron a recibir un sólo centavo, pagando justos por pecadores.

La actividad tan enorme que se había echado a cuestras, cesó de un día para otro. La puerta de su casa ubicada cerca del Baratillo, se cerró, enmudeció para siempre. Cuenta don Juan José Prado que para vengar la afrenta, dio órdenes de que su solariega residencia permaneciera muda, silenciosa, sorda a cuanto ruego implorante se escuchara y aún más con inaudito alarde de egoísmo, dispuso que las sobras de sus opíparas comidas que acostumbraba repartir entre la gente que en la puerta de su casa pedía “un taco”, se retirara a sus animales en sus pesebres, sabedor de que “sólo una madre ama y sólo un perro agradece”.

La gente humilde hacía cola frente a la casa de don Melchor Campuzano, el que cruelmente mandaba a sus criados para que la echara de allá a latigazos. Se había despertado en el un odio asesino ante la pobre gente que al final de cuentas, no había tenido la culpa de que algún resentido hubiera regado esa calumnia que había corrido por todo el Estado; que don Melchor Campuzano era un ratero; lo que le había dolido hasta el fondo de su alma por ser un hombre generoso que quería seguir el ejemplo de su amigo Cabrera de repartir entre los pobres su fortuna, sabiendo que los ricos sólo son administradores de Dios en la tierra.

La decisión que había tomado lo hacía aparecer como muy cruel, de alma negra y corría el rumor de que se le había metido el diablo, pero en el fondo, estaba triste, vivía amargado. De ser un hombre dicharachero y simpático, se había convertido en gruñón, serio, su habitual buen humor, había desaparecido.

Unos años después don Melchor Campuzano enfermo gravemente, su casa cerca del Baratillo, sólo era visitada por sus amigos más cercanos, los médicos y sacerdotes que con frecuencia llegaban a verlo; pero él jamás volvió a sonreír.

Se cuenta que el día de su muerte todo Guanajuato asistió a su sepelio, tanto la aristocracia a la que pertenecía, como la gente del pueblo, los humildes, los pobres vergonzantes, a los que él les tenía una mayor atención, y muchísimas personas que rezaban y lloraban ante el féretro de aquel hombre que de santo, se volvió más malo que Satanás.

Y cuenta la leyenda que cuando el sacerdote rogaba por el alma de don Melchor Campuzano, se escuchó una voz como de ultratumba que decía:

“No roguéis por mí, os lo suplico; no pidáis por la paz de mi espíritu, que si bien fui en vida un hombre honrado, antes de morir me torne en cruel. Más yo mismo purgaré mis penas, suplicando la clemencia de quienes ofendí. Y vagare por las calles sin descanso alguno, hasta que se me conceda el perdón de la Divina Providencia”.

Dice José Luis Prado, que: “los dolientes acogieron aquellas tremendas palabras con miedo y respeto; se santiguaban en silencio y procedieron a dar sepultura a los mortales despojos del potentado don Melchor Campuzano, y también en voz baja, con terror divulgaron el suceso, cuya noticia se esparció por toda la población como un reguero de pólvora”.

La misma noche que se le dio sepultura a don Melchor Campuzano, algo extraño sucedió. Al sonar las doce se abrió la puerta de la casa lateral del Baratillo, y en forma espectacular un carruaje, tirado por dos caballos negros, de aspecto diabólico, los que arrojaban fuego por los ojos y espuma por las fauces, salieron como exhalación haciendo un estrepitoso ruido al pegar los cascos de los caballos en las piedras. Relinchaban los pencos, se paraban de manos y como enloquecidos corrían por las silenciosas calles de la ciudad. Aquel extraño ruido despertaba a los vecinos provocando su espanto, por lo que con terror se asomaban a las ventanas diciendo: “Ave María Purísima”.

A su paso, la carroza iba dejando un espantoso olor a azufre, así como una nube de humo negro que oscurecía la calle. Pero lo extraño no era tanto aquel carruaje del demonio que como flecha pasaba por las arterias de esa capital, sino el auriga que lo guiaba. Un esqueleto encapuchado con una especie de hábito blanco del que sólo se vela la calavera y de las cuencas de los ojos le salía lumbre. En la esqueletuda mano traía un látigo con el que fustigaba desesperadamente a los caballos, que daban unos alaridos, que quienes los escuchaban sentían que se le paraban los pelos de puntas. Aquel carro satánico recorría toda la ciudad, y después regresaba al lugar de donde había salido, se abría la puerta, entraba el estrafalario carruaje, se cerraba el portón y todo quedaba en calma.

Esto sucedía todos los días, aquel espectro guiando sus briosos caballos negros, salía de la casa dando las doce de la noche, gritando como poseído por el demonio y dando fuertes latigazos a los caballos que los hacían correr, como alma que lleva el diablo, logrando hacerlos casi volar. Aquella alma en pena daba unos alaridos tan lastimeros como si anunciara el Juicio Final.

Según la leyenda la venganza de don Melchor Campuzano, por haber dudado de su honorabilidad, fue tan grande que llegó hasta la locura, su bondad se convirtió en odio, lo que envenenó su alma. Arrepentido por ha-

ber obrado con tanta saña contra los humildes, inocentes de la calumnia, su forma de pedirles perdón era recorrer todos los barrios de la ciudad, sin dar descanso a su alma, en castigo por su baja acción.

Durante mucho tiempo el recorrido de aquella carroza diabólica, fue cotidiano, al grado que ya no asustaba a nadie y muchos trasnochadores con tranquilidad decían: “ahí va don Melchor Campuzano”.

Con el paso del tiempo se fueron espaciando las salidas del carruaje, hasta que se fue olvidando al potentado Campuzano y su historia. Pero, hay quienes todavía aseguran que en las noches de luna llena, se ve salir el coche arrastrado por caballos negros y guiado por un esqueleto. Del carruaje cuelgan cadenas las que hacen un ruido ensordecedor. Los turistas se espantan, pero los guanajuatenses que conocen la leyenda, no le dan la menor importancia; es una de tantas cosas que suceden en esa aristocrática ciudad, la que toda ella es una leyenda.

Y aunque se afirma que el hecho fue cierto, la fantasía popular le ha dado visos de fábula, adornándola según el narrador.

Lo que sí es un hecho, es que esta típica leyenda virreinal, es muy conocida y ésta registrada entre las consejas de Guanajuato y que tal vez de ahí venga el refrán que dice:

“De lo que oigas no creas nada y de lo que veas ni la mitad” o “calumnia que algo queda.”⁶⁷

Agustín Lanuza habla sobre el coche de don Melchor y ubica a la leyenda como una tradición popular:

Es la noche muy obscura;
nubes pesadas y gruesas,
el alto cielo entoldando,
cual anchas cortinas negras,
el diáfano resplandor
ocultan de las estrellas,
y a la ciudad que dormita
envuelven con sus tinieblas.
De tenaz y fina lluvia,
que persistente gotea,
se ven los dorados hilos
cruzar en oblicuas hebras,
al través de los cristales
de una ventana que deja

⁶⁷ Guadalupe Appendini, *op. cit.*, *Leyendas de provincia*, pp. 160-164.

a medio abrir, como un cuadro
de luz mortecina y trémula.
Nadie que la vio se explica
cómo alumbrar puede aquella
luz que a deshora se advierte
en la ventana entreabierta,
y que alguien está velando
sin duda alguna demuestra,
y nadie dicho misterio
descubrir tampoco acierta.
De mil diferentes modos
el suceso se comenta,
y trae en el vecindario
asustadas a las viejas,
y a esa gente timorata
y supersticiosa, de esa
que del otro mundo, dice,
que vienen almas en pena;
pues que la dicha ventana,
que iluminada se observa
a deshora de la noche,
pertenece a una vivienda
muy antigua, abandonada,
y que tiene a piedra y mezcla,
y sin inquilino alguno,
cerradas todas sus puertas.
Quién de un crimen, que se fragua
oculto en las sombras, piensa;
quién asegura que allí
se hace “cachucha” moneda;
pero lo más raro aún
que del “espanto” se cuenta,
es que antes de dar las doce
de la noche, al sitio llega
un elegante carruaje
que se detiene a la puerta
de la entrada de la casa,
y que entonces, con cautela,
de la ventana se mira
que se cierran las maderas;

mientras que abajo, en la calle,
obscura, sola, desierta,
piafando están impacientes
dos frisonos de piel negra,
que pegados al vehículo,
animosos gorbetean,
y con los herrados cascós
lumbre sacan de las piedras.
E inmóvil, como una estatua,
el auriga mudo espera,
sosteniendo fuertemente
las bridas que los sujetan.
No bien se oye de las doce
la campanada primera,
cuando gira en el cerrojo
de aquella casa en la puerta,
pesada llave, y al punto,
larga, aguda, lastimera,
como el eco pavoroso
de horrible y profunda queja,
rechina en su duro gozne
una hoja de la puerta;
sale de ahí un embozado,
violento, tras sí la cierra,
y en el lujoso carruaje
con festinación penetra.
El auriga con la fusta
recio azote al tiro pega,
y, veloz como el relámpago,
parte el coche con presteza,
rebotando por las calles,
y con tal ruido, que altera
de los vecinos el sueño,
y sorprendidos despiertan;
acuden a los balcones,
a las ventanas y puertas,
y miran que a todo escape
por las calles atraviesa,
un coche que tira un tronco
de frisonos de piel negra,

que van arrojando chispas
por ojos, fauces y orejas,
y que un acre olor de azufre
a su rauda paso dejan.
Y miran dentro del coche,
entre una fosforescencia,
embozado personaje,
que recatándose, muestra
bajo el ala del sombrero
dos pupilas, rojas, fieras,
que con brillo inusitado
y dando terror, llamean.
El tal vehículo alcanza
vertiginosa carrera,
y dejando en el trayecto
como una infernal estela,
ante la absorta mirada,
desaparece y se aleja,
volviendo a quedar la calle;
obscura, sola, desierta...
El “espanto” da motivo
a innumerables consejas;
las devotas, a sus santos
favoritos se encomiendan,
cuélganse al pecho reliquias,
encienden benditas velas,
y el misterioso suceso
de mil modos se comenta,
y las niñas se desmayan
y se atolondran las viejas,
y para calmar los ánimos,
y para ahuyentar las penas,
se hace entrar en “ejercicios”
a varones y a doncellas;
a los padres de familia
se les exhorta y apremia
que vayan al tribunal
santo de la penitencia;
pues el que en gracia de Dios
suele estar, según se reza,

los demonios de su cuerpo
y de su espíritu ahuyenta.

Refieren las tradiciones,
que en una lejana época,
—sin que fuere necesario
citar el año y la fecha—
en la susodicha casa
de que trato en mi leyenda,
habitó por muchos años
un tal don Melchor, que era
acaudalado minero,
hombre ya de edad proyecta,
que por los muchos negocios
que manejaba, se cuenta,
era persona de alta
posición y de influencia;
pues no sólo en Guanajuato,
ciudad rica y opulenta,
en la Metrópoli misma,
y otras varias intendencias,
gozaba de nombre y fama
por lo pingüe de su hacienda.
En los múltiples asuntos
y gestiones financieras
en que intervino, mostraba
honradez a toda prueba;
y mantuvo relaciones
mercantiles, muy estrechas,
con dos españoles ricos
que giraban por su cuenta,
y con fuertes capitales,
en León, una gran tienda.
Al morir, uno de aquéllos,
dejando fortuna inmensa,
y teniendo a don Melchor
como un hombre de conciencia,
al hacer su testamento
lo nombró como albacea;
y dispuso que a la clase

menesterosa, se dieran,
todos los cuantiosos bienes
de que constaba su herencia.
El ejecutor, celoso
del cargo que se le hiciera,
a los pobres repartía
el dinero, a manos llenas;
y por eso a todas horas,
de don Melchor la vivienda,
henchida de pordioseros
los curiosos la contemplan.
Pronto, entre el vulgo, esparciéronse
las más absurdas consejas,
y no faltó quien dijese
que era infiel el albacea,
pues repartido no había
ni la mitad de la herencia.
Y que como se agolparan
de don Melchor a las puertas,
innumerables mendigos,
pidiendo con insistencia,
que del cuantioso legado
su justa parte les dieran,
para ahuyentarlos, refieren
las populares consejas,
que don Melchor ordenaba,
que del balcón les vertieran
jarras con agua caliente,
y de, su opípara mesa
que se tirasen los restos
con la mayor diligencia,
a fin de que ni un mendrugo
percibiese la miseria.

En el templo parroquial
hay escogido concurso
de caballeros y damas
que visten severo luto.
De los altares y bóvedas,
de las columnas y muros,

penden negros atavíos
y en el centro, vése un túmulo
que gradualmente se eleva
sobre pedestal seguro,
circundado de blandones
con gruesos cirios. El lujo
es la nota que domina
el imponente conjunto;
mas, por otra parte, véñse
todos los semblantes mustios,
a la vacilante lumbre
de las ceras, que en profuso,
por la ancha nave esparcidas,
lanzan sus destellos lúcidos,
bordando una red de oro
en los vitrales y muros.
Los bronces del campanario
doblan con toques agudos
y plañideros, llamando
al oficio de difuntos
en honra de don Melchor
que ha partido de este mundo.
Llega el oficiante al ara,
y poseído de mucho
recogimiento, al hacer
su oblación por el difunto
quédase suspenso, tiembla,
siente en la garganta un nudo,
y levantando las manos
al cielo, exangüe, convulso,
aquestas palabras oye,
que con acento profundo,
parecen salir del antro
misterioso de un sepulcro.
—“Es en vano que roguéis
por mi alma, si no purgo
con el eterno tormento,
los males que hice en el mundo.
Cualquiera prez fuera inútil,
cualquiera tormento, nulo,

y en prueba de que en ardientes
y terribles llamas sufro
por mis pecados, y nunca
en el fuego me consumo,
tendedme la mano, oh padre...”
Y el clérigo siente al punto
cual si le hubiesen vertido
algún líquido sulfúreo
que le quemara la diestra;
pero advierte con gran susto
que de tan terrible llaga
no conserva rastro alguno.
Tan inaudito suceso
grande confusión produjo,
y la gente comentaba
que obtener perdón no pudo,
el que cumplir como bueno
en esta vida no supo.

De entonces acá refiere
una vieja tradición:
que en punto de dar las doce
de la noche en el reloj
de la Parroquia, mirábase
partir rápido y veloz
de la casa donde antaño
habitaba don Melchor,
un elegante carruaje
que iba tirado por dos
negros frisonas, que echando
chispas de rojo fulgor
por las fauces y los ojos,
cruzaba la población
conduciendo un alma en pena...
y la gente dio y tomó,
que era el famoso vehículo
El coche de don Melchor.⁶⁸

⁶⁸ Agustín Lanuza, *op. cit.*, *Romances, tradiciones y leyendas guanajuatenses*, pp. 105-114.

De estas versiones hay quien refiere una parte para dar cuenta de El carruaje maldito, como lo hace José Luis Martínez Jiménez:

La siguiente leyenda cobró mucha importancia entre los vecinos de la plaza Baratillo en Guanajuato, y aunque parece de película hay muchas personas quienes aseguran sigue sucediendo noche tras noche.

Todo empezó en el siglo XIX cuando un acaudalado español murió y al no tener familia a quien heredar su fortuna pidió a su sirvienta que la repartiera entre los pobres, pero antes de que su fortuna acabara la sirvienta decidió ya no regalar un peso más, porque aun así la gente hablaba mal de él y cerró el portón de la casa a piedra y lodo.

A la muerte de este personaje empezaron a suceder cosas muy extrañas en el interior de su mansión, y los vecinos, aterrorizados, se alejaban del lugar por las noches, ya que día tras día se incrementaban los fenómenos macabros.

Todas las noches, al sonar las doce campanadas de la iglesia, se escucha un fuerte golpe seco y un rechinado de maderas, en ese momento se abren las puertas de esa misteriosa mansión y por obra maldita sale a toda velocidad un macabro carruaje negro envuelto en llamas, los corceles son dos de color negro brillante que imponen miedo y escalofrío de tan sólo verlos, sus pezuñas sacan chispas al golpear de sus ojos sale lumbre de color rojo y por sus fauces espuma roja.

Por si fuera poco, el caballerango del macabro carruaje es un esqueleto con pedazos de carne aun pegados a sus huesos y largos cabellos erizados de la velocidad que lleva. Y en forma cruel va castigando a los caballos con un látigo cuya punta es de clavos, y al dar los azotes se escuchan como disparo de arma de fuego.

La escena dura escasos segundos, todo sucede tan repentino que los vecinos apenas logran ver detalle del carruaje, todos los animales huyen despavoridos sin saber que hacer cuando el carruaje cruza la calle.

Muchos pobladores aseguran que es el alma en pena de aquella mujer, que se encerró en la mansión y no quiso tender la mano a los pobres con el dinero de aquel español, que deseaba hacerles el bien.⁶⁹

⁶⁹ José Luis Martínez Jiménez, *op. cit.*, *Leyendas de fantasmas y casas embrujadas, aparecidos y casos paranormales*, pp. 67-68.

Deuda saldada

Al hablar de aparecidos es común ver a personas que fallecen dejando cosas pendientes y que luego regresan para cumplir dichos pendientes, tal es el caso de la historia que nos cuenta Manuel Leal sobre el muerto que regresó para cumplir su palabra:

Era doña Romana una enfermera y partera ejemplar; profunda conocedora de su oficio y su estricta y puntual ejecutora. Por encima de esas virtudes predominaba, sin duda, el amor con el que ejercía su función. Aún en los casos más difíciles, los médicos que la conocían descansaban en la convicción de que una vez giradas sus instrucciones, éstas serían cumplidas por doña Romana con exacta justeza.

La gente del pueblo acudía a sus servicios con preferencia a los de cualquier otra comadrona, porque sabía de cierto que doña Romanita, como cariñosamente se la conocía, había hecho de su profesión un verdadero ministerio, acudiendo siempre solícita a dondequiera que la llamasen, sin parar jamás mientes en zarandajas tales como si el futuro cliente era persona adinerada con quien tuviese garantizado el pago de sus servicios, o si, por el contrario, era gente de mísera indigencia sin posibilidades de cubrir siquiera los gastos que implicara la atención del trance.

Así sucedió en una ocasión que la bondadosa mujer fue llamada con apremio a visitar a la esposa de un pobre minero llamado Jesús Balandrán, que se hallaba a punto de traer a este mundo a un nuevo ser. Llegó doña Romana al sitio aquel —un callejón serpenteante en las estribaciones de uno de los muchos cerros que rodean a Guanajuato— mostrándose festiva y alentadora; y mientras ejercía sus funciones —a cuyo ejercicio llegó con afortunada exactitud—, el atribulado marido, que se hallaba en la alcoba contigua, padecía una verdadera agonía de incertidumbres y temores. Su lámpara de carburo iluminaba un añejo grabado que, presidiendo el recinto, representaba a Nuestra Señora de Guanajuato. A ella prodigaba el hombre sus oraciones, empapadas en llanto.

De la habitación que servía de escenario al alumbramiento emanaban los rumores connaturales al derrame del agua en palanganas; gemidos ahogados, y sonidos inidentificables. Aquel espacio de tiempo parecía ya interminable al pobre minero. Por fin se abrió la puerta limítrofe y apareció tras ella, risueño, el rostro de la enfermera.

—Ya no se preocupe, señor; todo salió bien. Ya es usted papá de otro futuro minero.

El padre, exultante de gozo, dijo emocionado a la partera:

—Señorita: hoy me ha dado usted una esposa y un hijo. Y aunque sé que esto con nada se paga, dígame a cuánto ascienden sus honorarios.

—Pues... descontando unas inyecciones y algunas otras cosas que traje, son... bueno... sólo le cobraré cincuenta pesos.

El pobre hombre palideció. Extrajo una añosa cartera que guardaba en los bolsillos del peto, la despojó de una liga roja con que la sujetaba, y sacando del interior un pequeño puñado de billetes, dijo tímidamente:

—Señorita... ¿Admitiría usted que le pagara ahora sólo la mitad? Necesito guardar alguna reserva para lo que venga.

—No me pague usted por ahora, —repuso gentilmente la partera, ya lo hará cuando sus circunstancias lo permitan.

El minero, hombre honesto y digno, se obstinó en hacer aceptar a la enfermera veinticinco pesos, arguyendo que ese adelanto le permitiría un desahogo y una vergüenza menor.

En la alcoba contigua se escuchó el llanto del recién nacido. La Virgen, que presidía la escena desde su modesto marco pendiente de la pared hollinosa, parecía sonreír maternalmente.

Pasó algún tiempo.

Doña Romana, acuciada por el intenso ajetreo propio de su oficio, llegó a olvidar el caso del minero, y mucho más el de la deuda contraída.

Una mañana le sorprendió el pregón de un papelerero: "...¿En un derrumbe ocurrido en la mina de 'El Pingüino' quedó muerto el humilde minero Jesús Balandrán...!"

Doña Romana revivió de inmediato la escena en que había conocido a aquel pobre hombre cuyo nombre no había vuelto a recordar. Oró fervorosamente por la salvación del alma de aquel minero miserable, ofreciendo desde el fondo de su corazón perdonar el adeudo pendiente, que sólo entonces recordó, al revivir en su recuerdo la escena del parto.

No obstante, algo del todo imprevisible habría de frustrar el generoso ofrecimiento de la mujer.

A la madrugada siguiente, doña Romana escuchó que alguien llamaba a su puerta. Ella creyó de pronto que en medio de las neblinas propias del sueño había sufrido una alucinación, y continuó dormitando.

Sin embargo, a la mañana siguiente se repitió el caso. Esta vez fue más insistente la llamada.

Supuso doña Romana que quien tocaba con tanto apremio sería el solicitante de alguno de tantos servicios relacionados con la imposibilidad de programar las horas de ejercicio de su trabajo habitual. En consecuencia, se puso una bata y bajó a recibir al solicitante. En aquellos instantes vino a su

memoria el recuerdo de un rumor que conmovía la ciudad por aquellos días y que hablaba de asaltos, secuestros y otros delitos. Temerosa de ser víctima de algún felón, abrió, precautoriamente la mirilla o puertecita que había en una de las hojas de la puerta, y preguntó:

—¿Qué se ofrece?

De afuera repuso una voz:

—No tema, señorita; sólo vengo a traerle un encargo.

Aquella voz era conocida. ¿Dónde había oído doña Romana aquella voz?

Mecánicamente la mujer abrió la puerta y quedó muda de espanto.

Vio ante sí, envuelto en la vaguedad de una neblina indescriptible, al miserable minero que, ahora lo recordaba perfectamente, había llevado el nombre de Jesús Balandrán. En su rostro, que mal se veía en la bruma, se adivinaba sin embargo diáfananamente un gesto de angustia, seguramente el mismo con el que la muerte le sorprendió.

Sintió doña Romana que se le helaba la sangre en las venas; que todo giraba en torno suyo; y, víctima de una absoluta pérdida de control de sus facultades, cayó sin sentido.

El desvanecimiento fue breve. Al recuperar el sentido la sorprendió también la paz que inundaba su alma; paz que misteriosamente había cancelado todo sentimiento de terror.

En una mesilla vecina, algunas monedas completaban la cantidad de veinticinco pesos.

Jesús Balandrán, hombre de palabra, había saldado su deuda.⁷⁰

Crimen en la Presa de la Olla

Otro tema recurrente son los crímenes en los que es frecuente que después de tal suceso retornan a la tierra para vengarse o para contar a otra persona la verdad de lo sucedido. Algo similar pasó en la Presa de la Olla, como nos lo narra Manuel Leal:

⁷⁰ Esta versión fue revisada y corregida por don Mariano González Leal, él mismo me indicó que el título fue modificado, originalmente había sido “El muerto que cumplió su palabra”. Una versión sin estas correcciones puede verse en: Manuel Leal, *op. cit.*, *Relatos de vivos y muertos y motivos guanajuatenses*, pp. 10-11.

Don Benigno Miranda fue el nombre de un honrado montañés que vino a México a mediados del siglo diecinueve. Procedía de un lugarejo de esa bella e hidalga región santanderina convencionalmente denominada *La Montaña*. En su lugar de origen había llevado la vida de pastor de ovejas; y al llegar a estas tierras pasó por penoso noviciado, habiendo sido empleado en numerosos trabajos ásperos y mal remunerados. Sin embargo, como muchos de sus coterráneos, a fuerza de tesón y bien entendida economía —factores ayudados por un bien merecido prestigio de hombre laborioso y cumplido—, logró amasar cuantiosa fortuna que lo convirtió más tarde en próspero agricultor. Hizo luego feliz matrimonio con una bella y virtuosa joven que le dio un hijo, el cual, desdichadamente, no heredó las virtudes de sus padres, lamentable condición de muchos niños que nacen con cucharilla de plata en la boca; lo que suele decirse, “con la mesa puesta”.

Es penosamente frecuente que algunos hijos de españoles sean los primeros en olvidar el valor del ejemplo paterno y las virtudes que fueron prez y gala de sus progenitores, y que carezcan de todo amor a la patria de sus ancestros, tal como ocurre con muchos mexicanos que van a los Estados Unidos y allí se arraigan involucionando en la infructuosa procura de la condición de “yankees” y encontrando luego triste y atrasada a la noble patria que abandonan.

Este fue el triste caso de Gaspar Miranda, rudo hasta la ferocidad, voluntarioso y egoísta.

Afortunadamente los bondadosos progenitores de este ingrato ser no alcanzaron a advertir tamaños defectos, por haber muerto durante la epidemia del tifo, cuando el vástago era aún muy pequeño.

Ya maduro, logró conquistar Gaspar el amor de una hermosa españolita llamada Isabel, hija de honestos y acaudalados comerciantes.

Se hallaba Isabel abundantemente abastada de todo linaje de gracias y virtudes. Diríase que las hadas que fueron sus madrinas habían volcado en ella la cornucopia ubérrima de sus preciosos dones, dotando a la ahijada de todo género de espléndidas galas. Desgraciadamente, el cerril Gaspar no poseía sensibilidad alguna que le hiciese capaz de estimar el tesoro que Dios había puesto en sus manos.

En un principio, durante el placentero periodo de la luna de miel, Gaspar supo mostrarse hipócritamente meloso, presentándose todo él como hecho de almíbares, embelesos y caricias.

Pronto, no obstante se fueron aplacando tales ardores. El individuo aquél fue despojándose con inusual presteza de la piel de oveja que lo cubría, dejando ver al lobo que se ocultaba debajo. Surgió así el verdadero Gaspar, cerril, rudo y montaraz, en quien poco a poco asomaron todas y cada una de las *lindezas* de su innoble condición. Carecía el barbaján de toda comprensión

y era incapaz de apagar el incendio de sus enfados con la dulce sonrisa con la que Isabel procuraba templarlos, y que indefectiblemente chocaba en la corteza de una roca insensible

Un día al llegar Gaspar, Isabel salió a recibirlo gozosa con un beso; y con un gesto de infantil travesura, le dijo:

—Voy a darte una sorpresa: mira qué rico guisado he preparado para ti. También te he hecho este filete de res con ciruelas, y...

—¿A eso le llamas banquete de príncipes? ¡Ni en un figón de *agachados!* Eso, dáselo al perro. Y dirigiéndose al can que no se hallaba lejos, añadió: —¡Ven Bismarck! Y entonces arrojó al perro los manjares que Isabel había confeccionado con tanto esmero y cariño.

Ella volvió el rostro y se retiró sollozando.

—¿Sabes? ¡No me gustan las escenitas en mi casa!

Y tras un fuerte golpe a la mesa, el innoble sujeto salió de la casa farfuleando maldiciones.

La pareja jamás pudo disfrutar de paz hogareña. Se había instalado en lo que al principio Isabel creyó un nido de amor y que Gaspar, con empeño digno de mejor causa, convirtió en un infierno: un precioso chalet, de los más cercanos a la Presa de La Olla.

El año de 1844 se empezó a llevar a cabo el *rebaje* del Campanero para facilitar el tránsito de carruajes al flamante barrio de la Presa, que poco a poco fue transformándose en zona residencial, pero no fue sino hasta 1878 cuando se construyó el puente del Tecolote.

Gradualmente fue cobrando importancia el barrio; y más aún, a raíz de que se construyera en sus inmediaciones la Capilla de la Asunción, lo que tuvo lugar en tiempos del ilustre General Florencio Antillón, cuyo nombre lleva el hermoso parque vecino.

No sabemos si la casa que fue teatro de nuestra historia fue la que construyó el Padre Arriaga y que está situada en la misma acera de la Capilla de la Asunción, pero al final de la calle; o bien la que se ubica del lado fronterero, donde otrora viviera un caballero inglés, y que más tarde fuera propiedad de la familia Castañeda; construcción ésta ubicada frente a la atalaya.

¡Cuánta paz hubiera quizás aportado al matrimonio de Gaspar e Isabel un retoño en quien, como lazo de unión, se conjugaran los desvelos y los cariños de ambos! ¡Cuánta dicha hubiera venido a la pareja si los dos, de consuno, hubiesen adunado sus preocupaciones con dulzuras capaces de templar el rigor de aquella fiera, atemperando su satánica vesania!

Pero corrían los tiempos, y el anhelado envío de la cigüeña no llegaba.

No parece erróneo suponer que la ausencia del ave era culpa sólo de él, y que no hallaba sus orígenes sino en su vida colmada de excesos y vicios; pero,

como era su costumbre, descargó su cargo, y con él su ira, sobre su bondadosa consorte, a quien culpaba cotidianamente de infecunda.

El injusto reclamo se convirtió en un estribillo con el que la martillaba a toda hora, aumentando el caudal de penas de la infeliz esposa.

Extremó el barbiján su crueldad hasta espetarle que si era ella inútil para el caso, él se encargaría de procurarse una mujer que no lo fuera.

Y así lo hizo: pronto encontró indigna sustituta; lo que en jerga vulgar se llama “un segundo frente”.

La elegida para el infame menester fue una cómica de carpa; pizpireta y bullanguera. A tal grado avasalló esta mujer el corazón de Gaspar, que éste llegó a prodigarle valiosos y múltiples obsequios, instalándola en una palaciega residencia, para cuyo fin invirtió —derroche por demás ofensivo e innoble— tanto su fortuna como la de su esposa.

Llegó un momento en que la digna y humillada esposa hubo de convertirse en un estorbo para la vida de Gaspar y de su nueva conquista; y sucedió entonces que en una noche de luminoso plenilunio, entró Gaspar en la cocina de su casa; y después de hablar en voz baja con la servidumbre, acudió a su esposa, tratándola con mimo inusual y hasta entonces desconocido. Le habló de arrepentimiento y de perdón; y para sellar su reconciliación, la invitó a dar un paseo para admirar las obras que por aquellas fechas estaban llevando a cabo en la ciudad el excelente arquitecto don Luis Long.

Fue tan sorpresiva esta actitud; Isabel había perdido tanto tiempo hacía la costumbre de ser tratada no sólo con cariño, sino aún con elemental respeto, que en un principio no atinaba a asumir una actitud u otra frente a su marido. Sin embargo, a la postre, encendido su noble corazón en la flama de una esperanza, accedió gustosa al convite de éste.

La pareja caminaba por la rivera de la Presa de la Olla tomada de la mano, como si Gaspar e Isabel fuesen novios quinceañeros. En una explosión de alegría, Gaspar, jugando con ella, la tomó en sus brazos. Ella, feliz, reía caudalosamente. Gaspar había buscado el sitio donde el borde de la presa era más bajo; y de pronto, sin que la pobre mujer tuviese tiempo de darse cuenta de lo que ocurría, él, con un violento e intempestivo movimiento, la arrojó a las aguas.

Se escuchó un grito espantoso que invocaba a Dios, sucedido de un chapoteo en el agua, al que siguieron unos círculos macabros que fueron ensanchándose gradualmente.

La paz volvió a reinar en aquella noche idílica.

Gaspar volvió serenamente a su casa.

Había contado a la servidumbre la inverosímil historia de que su esposa había salido de viaje; que iba a España a visitar a sus familiares, y que tardaría largo tiempo en regresar.



Crimen en la Presa de la Olla
MIGUEL ZAMBRANO

Pocos días después flotó el cadáver sobre las aguas de la Presa de la Olla. *El Barretero* y *La Opinión Libre*, los periódicos que entonces eran lectura habitual de nuestros abuelos, hicieron tremendas referencias del suceso; las autoridades tomaron cartas en el asunto, pero Gaspar se fingió inconsolable víctima del caso. Exhortó a las autoridades a que se hiciera justicia, remuneró policías secretos; hizo de su “dolor”, en una palabra, toda una comedia.

Se abrió farragoso proceso en el que comenzaron a acumularse pruebas contra el uxoricida. La servidumbre dió elocuente testimonio del mal trato que el esposo daba continuamente a su víctima, estrechando las sospechas en su contra, que resultaban cada vez más acusadoras.

Una noche, Gaspar fue a refugiarse a la casa de su amante, donde renació una vez más su instinto de fiera. La insultó por naderías; se produjo una fuerte discusión, y...

... Y al día siguiente, Gaspar amaneció muerto.

Su fallecimiento fue obra de un activo veneno, cuya acción letal fue evidenciada por la autopsia de su cadáver.

Nunca se supo si el energúmeno aquél, sintiéndose estrechado por las sospechas judiciales y sabiéndose perdido, se había suicidado, o bien si su muerte había sido obra de su amante.

La inundación de 1905 aniquiló los archivos y talleres de el *Barretero*; y don Justo Palencia, Director de *La Opinión Libre*, había emigrado a la ciudad de México.

La causa judicial se archivó, y aquella trágica historia fue poco a poco emigrando a las nebulosas regiones del olvido; pero la fantasía popular, que canta sus dolientes corridos y romances en las guitarras de los ciegos y en las vagas consejas que inevitablemente se urden, relata que Rodrigo, el viejo mayordomo de la familia Miranda, había visto, lleno de espanto, regresar a su casa a la señora Isabel.

Y aseguraba además que el canalla había sido encontrado muerto en su lecho, ahorcado por una trenza rubia... tan rubia, como rubio era el cabello luminoso de la gentil señora que había sido dueña de la casa.⁷¹

⁷¹ Esta versión fue revisada y corregida por don Mariano González Leal. Una versión sin estas correcciones puede verse en: Manuel Leal, *op. cit.*, *Relatos de vivos y muertos y motivos guanajuatenses*, pp. 20-22.

Espantable suceso de horrenda fantasma que apareció en vieja casona

Manuel Leal también nos describe otros sucesos similares a los ya referidos, leyendas que a continuación exponemos:

Corrían ligeros los años de mi mocedad, tan abastados de graciosas travesuras. Vivía yo en aquellas vegadas en el añoso caserón que otrora perteneciera a los señores Marqueses de San Juan de Rayas.⁷²

La casa estaba provista de dos patios. En el primero de ellos, situado a la entrada, un pródigo aljibe nos dotaba del precioso elemento. El segundo patio constituía un bonito motivo para pintores. Por lo antañón, era espejo fiel de los viejos castillos castellanos; con su vigería centenaria de la que pendían grises nidos de parleras golondrinas. En el decrepito corredor se hallaban los aposentos de la servidumbre, que en aquellas épocas era muy numerosa y fiel: Pedro, mayordomo de castizo hablar; Quirina, longeva y bravía niñera que sabía muy donosas canciones sacadas de otras edades; Matiana, la buenísima Matiana, sapientísima cocinera que sabía meterle a uno la Gloria en la boca; Asunción, costurera pizpireta y guapilla de suyo; Bartola, lavandera que emergía de entre los borbotones de blanca espuma que derramaba la artesa, donde diligentemente lavaba ropas que dejaba más blancas que el alma en una novicia.

Corrían a la sazón malos días. Llegaron a la ciudad las hordas guerreras de alguno de los caudillos *revolucionarios* de los que por aquellos tiempos abundaban: algún desaforado bandolero capitán de feroz mesnada, que había metido el medror y la angustia en aquel Guanajuato donde antaño la vida transcurría mansa y llena de paz.

Tales rigores estrecharon la economía de mi hogar. Aquellas estrecheces se tradujeron en la consiguiente reducción de servidumbre.

Mi hermano José y yo dedicábamos poco tiempo al estudio. Algunos de nuestros maestros eran foscos y regañadores; y temerosos de ellos, dejamos de mano los estudios y los aburridos libracos. La austera voz de *dómine*; el cautiverio en lóbregas mazmorras dichas “almacenes” y la temida aparición del Padre Mangas en las noches de cautiverio, nos hicieron preferir, dando regalo a nuestros días moceriles, el salir a lidiar embravecidas bestias, que a las veces nos tornaban en volanderos papeles enviándonos, a base de coces y de sonoros golpeteos, a explorar los espacios remotos, de los que yo despertaba bien

⁷² Esquina de Positos y los Hospitales.

molido y ricamente policromado de cardenales, magulladuras y descalabros.

En esos días, como llevo dicho, mi madre tenía necesidad de una azafata diligente, ya que la penuria había reducido la servidumbre a dos criadas: la fiel Matiana y la bravía Quirina, modelos de lealtad, pero, por sus circunstancias, componentes las menos útiles de la otrora abundante servidumbre.

Quirina feneció en aquellos días, vencida por una crecida longevidad que traspasaba el siglo, y su óbito dejó un hueco lamentable. Mi madre necesitaba de ella, y en vano buscaba sustituirla. Fieles amigas o diligentes comisionados para procurar su reemplazo, dieron a la postre con una indefinible mujeruca que entrada la noche se presentó a mi madre en la vetusta casona, donde mi progenitora la entrevistó con luz escasa en la “asistencia”, donde sólo se trataban asuntos menores y se recibían amigos de confianza, ya que el gran salón del estrado sólo se abría para recibir visitas de alto viso y copete.

Mi madre tenía, además, la desdicha de padecer una miopía de alto voltaje, que un profesor de matemáticas hubiera calificado de elevada al cubo.

Concertó el convenio de trabajo con aquella mujeruca fijando el sueldo y además condiciones, pero... ¡ah! “Cuando el rubicundo Febo ya alumbraba la paz de la anchurosa tierra” y la vio en pleno día, quedó muda de espanto.

La Malle Babbe pintada por Franz Hals; las tres gorgonas con todo y la Medusa, fueran beldades olímpicas en comparación con aquella arpía espantosa, cuya horrenda catadura era además entenebrecida por vaporoso gesto en el que se dibujaba demoníaca ferocidad. Era la nueva criada una imagen, envejecida y empeorada, de aquellas torvas mujeronas que acompañaban a los soldados en los cuarteles y campeaban con ellos en las batallas. Su voz era ronca y cerril, y sus maneras, ásperas y rudas como las de la hembra de un gorila.

Mi madre estaba temerosa de tornarse algún día víctima de aquel energúmeno, que por armas tenía renegridas uñas de cernícalo lagartijero. Nos confió sus temores, su invencible miedo a convivir con aquella fiera indomesticable. Lo cual oído por mí, y enternecido yo por el quebranto de su voz, me determinó a ofrecerle salvar el conflicto.

* * *

La noche dejaba oír sus ocho badajadas en la vieja Parroquia cuando llamé a la terrorífica Proserpina. Le pedí comprar en la vecina farmacia una azumbre de árnica para curar los magullones con que me había decorado un toro bravío. Ella gruñó ásperamente, farfullando denuestos y reniegos por desacomodar su descanso aquella diligencia, y finalmente salió de casa haciendo flamear su rebozo arcaico.

Llamé a Enrique, mi hermano el menor, a la sazón niño. Le embijé el rostro con blanco de zinc; haciéndole cerrar los ojos remolineé sobre sus párpados un corcho quemado, enjuté sus mejillas con dos rayas negruzcas, y poniéndolo a horcajadas sobre mis hombros, lo cubrí con una sábana que envolvía desde su cabeza hasta mis pies, quedando el gigantón aquel con facha de hórrida y escueta fantasma. Requerí luego, de los plúteos de la biblioteca paterna, apergaminado librote; y del oratorio familiar, un cirio encendido.

En el segundo patio, donde se aposentaba la servidumbre, había un rincón en el cual, a imitación del batihaja don Lope de Rueda, los hermanos representábamos festivas comedias, que nosotros mismos escribíamos. Autores éramos también del escenario en que actuábamos.

De aquel rincón, macabro por la hora y por la escasa luz que lo bañaba, deberíamos de salir Enrique y yo, el uno sobre el otro, cuando regresara la fiera a reintegrarse a sus aposentos.

Dejando el medicamento en mi alcoba, regresó la horrenda Proserpina a sus habitaciones, que a la sazón se habían sumergido en lóbregas tinieblas.

De pronto, la mujeruca aquella quedó muda de espanto. Vio surgir de entre aquella negrura el alba y siniestra figura de una fantasma horrenda, que en una mano pulsaba un añoso libro que leía muy atenta; y en la otra un cirio obeso y flameante, que lóbregamente iluminaba en rojo la macabra calavera en que su esquelética humanidad se remataba, escueta y ambulante.

Más que caminar, la fantasmal figura parecía flotar por sobrenatural permiso concedido de seguro para el fin de pagar penitencia. De su desdentada boca salían frases esotéricas; incomprensibles para la rudeza de la fámula.

La verdad es que aquellos sonidos no procedían de la boca de la calavera, sino de la mía propia, que ocupaba la altura del vientre de la fantasma, misma que musitaba con tristísima y ronca voz, tan lúgubre que helaba la sangre, abundosos disparates como estos:

—Introibo ad altare Dei, ad Deum qui laetificat juventutem meam... ¿Quós-que tandem, Catilina, abútere patientia nostra?... ¡Allons, enfants de la patrie!... To be, or not to be... ¡Nec mortale sonans... ¡Fratelli d'Italia, l'Italia s'è desta!...

Sucedían aquellas frases malhilvanadas numerosos e inacabables desatinos de similar jaez.

La malpocada fámula, tremante de pánico, se asió a la baranda para no desplomarse, y con voz muelle, apenas audible, espetó la fórmula del caso:

—¡En nombre de Dios te imploro que me digas si eres de esta vida o la otra!

A lo que respondió la fantasma:

—¿No lo veis, mujer incauta? ¿No sabéis que tengo más de cien años de difunto?

La mujerona rodó escaleras abajo, fugándosele el sentido.

En aquel momento el asustado fui yo. Derramé ventruda garrafa de agua frescales sobres su hirsuta testa, con lo cual regresó al conocimiento, que no a la razón, pues razón jamás conoció su cerebelo bestial. Ya recuperada, voló, más que corrió, a encontrar a mi madre.

Yo, fingiendo asombro y desposeído ya de mi fantasmal disfraz; muerta la flama del cirio y reintegrado a su anaquel el voluminoso tomo de *Las Siete Partidas* del Rey Sabio, le pregunte ansioso:

—¿Qué le pasó? ¿Por qué esos lloros, buena mujer?

Ella, sin contestarme, y vuelta hacia mi madre, le dijo:

—*Niña*, yo me voy ahora mismo de aquí. Ni por toda la plata de Valencia-na pasaría aquí la noche. He visto un difunto pasear en el patio aquel. Llevaba una vela en la mano. Iba diciendo no sé qué jerigonzas, y me dijo que venía del otro mundo. No son figuraciones mías. ¡Lo vi clarito!

Grandes fueron las risadas que dio mi madre cuando le descubrí que la terrorífica y muy espantable fantasma que tanto había aterrorizado a doña Proserpina, no era otra que yo mismo, que, valido de aquella industria, había retirado el peligro de aquella horrenda arpía, misma que, antes de dimitir de su flamante oficio, había descalabrado la vajilla y dejado huérfanas de ropa blanca las purísimas entrañas del armario que las contenía.

Hasta la buena Matiana aseguraba que al salir, la Gorgona había dejado tras de sí cierto olor a azufre, como los diablos de comedia.⁷³

⁷³ Esta versión fue revisada y corregida por don Mariano González Leal. Una versión sin estas correcciones puede verse en: Manuel Leal, *op. cit.*, *Relatos de vivos y muertos y motivos guanajuatenses*, pp. 35-37. Don Mariano González Leal señala que esta historia “es más bien una anécdota veraz, relativa a la juventud del autor. Es autobiográfica. El hecho debió ocurrir hacia 1912. También nos ofrece el significado de algunas palabras que aparecen en esta anécdota: Abastado: Arcaísmo, significa “poblado”, abundante. Vegada: Arcaísmo, significa “era”. En aquellas vegadas es lo mismo que en aquellos tiempos, en aquellos días. Usual en el siglo XVI.

El paladín se aterroriza

Nuestra centuria decimonónica fue un mosaico de contrastes, inherentes a todo país que comienza a ser nación. Se alumbra su historia con las luces de epónimas victorias, y se entenebrece con lamentables derrotas. Se compone, pues, de triunfos y de fracasos, de glorias y de traiciones; convulsiones naturales en todo pueblo en proceso de cristalizar en formas estables y definitivas.

Las turbulentas guerras de Reforma contaron con un paladín señalado; guerrero que fue, en lo militar, el brazo derecho de Benito Juárez: don Sóstenes Rocha.

Rocha fue un general de carrera: sabio en el manejo de las armas, excelente estratega; y además, animado siempre por un valor rayano en la temeridad.

Nació don Sóstenes en el pueblecito de Marfil, aledaño a la ciudad de Guanajuato, habiendo sido sus padres el Coronel Francisco Rocha del Río y doña Dolores Hernández. Hizo sus estudios en el colegio militar, al que ingreso en 1851. Sobre él, así se expresa la obra “Los hombres prominentes de México”, editada en 1888: “Anotó en su hoja de servicios ciento cincuenta acciones de guerra a las que concurrió personalmente, representando en ellas un papel importante. Es difícil que haya, no sólo en el país, sino en el mundo entero, un hombre de armas que haya contado tantos combates”. Fue autor de valiosas obras de técnica militar muy meritorias dentro de su época.

Aparte de estos merecimientos en de su vida militar, destacan en la personalidad de don Sóstenes características tan pintorescas, tan coloridas, que hacen de él un verdadero héroe popular, digno de ser cantado en corridos y romances. Héroe de mil lances novelescos; valeroso espadachín, su figura parece arrancada de los escenarios de Los Tres Mosqueteros de Dumas o del Cyrano de Bergerac de Rostand. Jamás flaqueó su espíritu ante los riesgos de las batallas ni ante las audacias quijotescas.

Y sin embargo, en una ocasión fue víctima del terror; y en otra, se abismó ante el misterio de la muerte.

Lo primero se verificó cuando don Sóstenes era apenas un niño. Doña Dolores, su madre, lo llevó a confesar al templo de La Compañía, de capacidad monumental, de solemnidad majestuosa; iglesia cargada de severidad en sus formas arquitectónicas, donde en vano la gracia barroca hace esfuerzos por sonreír, al decorar con chorreones de rocalla la robusta grandeza de los enormes pilastrones dignos de basílica romana.

Contribuía a la impresionante solemnidad del ambiente la hora. La tarde estaba por declinar. La oscuridad era progresiva. Intrusa, la noche iba entenebreciendo el ámbito inmenso del templo; y extraño parecerá que los escasos cirios que alumbraban algunos altares, acrecentaran la lobreguez del templo, tal como los cirios amarillos que aumentan el misterio de los cuadros del Greco.

Los pecadillos del niño Sóstenes deben de haber sido nimios; una verdadera nonada, si se comparan con los que más tarde habrían de decorar las páginas de su azarosa vida.

Concluida la administración del Sacramento y lograda la absolución, la criatura se encaminó a practicar la penitencia que se le impuso, consistente en rezar un Credo ante la imagen del Señor de la Columna que se encontraba del otro lado de la nave central de la iglesia.

Con los bracitos cruzados y con la mirada fija en el rostro de la imagen, Sóstenes comenzó devotamente su oración.

Es menester advertir al lector que la imagen del Divino Nazareno que recibía la infantil plegaria es verdaderamente terrorífica: el noble rostro amaratado por los infames golpes con que el Señor fue profanado; la melena desordenada cayendo a borbotones a los lados del doliente rostro; el dorso, materialmente deshecho, muestra, entre los desgarrones de las carnes, la obscura abundancia de la sangre. Es la referida escultura, en su trágica denuncia del deicidio, un conjunto de realismo pavoroso, que hiela la sangre a quienes la contemplan. La escultura posee una fuerza magnífica que llama irremediablemente a una inmensa conmiseración.

El niño no había corrido la mitad de la oración, cuando repentinamente lanzó un alarido tremolante. Acudió alarmada su madre, y encontró al niño presa del pánico, con los ojos desorbitados y la manecilla regordeta señalando el rostro del Santo Cristo.

—¡Me ha sacado la lengua...!

—¡No, niño!, repuso doña Dolores, seguramente fue una alucinación. Fíjate bien que...

Doña Dolores no pudo terminar la frase. En aquel momento percibió que efectivamente algo se movía entre los labios de Nuestro Padre Jesús. Entonces ella fue la que profirió un alarido.

Otra persona que acudió al notar aquella alarma, y que estaba ausente de toda sugestión, les hizo ver, regocijante, que la causa de su miedo era un inocente ratoncillo, que habiendo instalado su albergue dentro de la hueca escultura pugnaba por salir; pero, amedrentado por la gente que veía enfrente, tornaba a meterse presuroso. Esto era lo que ocurría en realidad, aunque gentes de traviesa malicia aseguraban que al asomar el pequeño roedor y ver el desmedrado rostro del niño, el tímido ratoncillo se ponía de inmediato

en fuga; porque feo, sí que lo era, con crecida obstinación y desde que era lactante, el niño Sostenitos.

* * *

La segunda vez que se inquietó el ánimo de don Sostenes, ya General del Ejército, fue una ocasión en que venía desde el pueblcito de Marfil con rumbo a Guanajuato. Gallardamente cabalgaba sobre un magnífico corcel, ya que era un espléndido jinete. De pronto, sería a la altura de Noria Alta, salió a su encuentro un venerable viejecito que imploró su auxilio, diciéndole:

—Mi General, ¿quisiera ayudarme para comprar las ceras para un difunto que tengo en mi casa?

Sacó el General un reluciente peso, que generosamente obsequió al buen solicitante, impresionado por sus rasgos indígenas y por su aspecto patriarcal, subrayado por mosaica barba blanca y crecida; señas que quedaron fielmente fijadas en la mente de don Sostenes.

Continuó el bravo militar su camino, espoleando al arrogante y bravo alazán. Ya cerca del Jardín del Cantador, salió a su encuentro otra viejecita formulando idéntica solicitud:

—Señor General, una limosna para las ceras de mi difuntito.

Airado, el General, creyéndose burlado, increpó severamente a la mujeruca.

—¡Cómo se entiende! No hace diez minutos que me acaban de pedir una limosna para otro muerto. ¿Qué, hay epidemia? ¿Qué, murió todo el pueblo?, dijo el General altamente fastidiado, suponiendo, no sin razón, que aquellos dos limosneros habían tomado la muletilla del muerto para burlar su ingenuidad.

Indignada a su vez la viejecita al verse tildada de mentirosa, repuso:

—Mi General, mi muerto está aquí cerquita. Si su merced quiere verlo, venga conmigo.

El General decidido a poner un escarmiento a quienes suponía que pretendían burlarlo, aceptó la invitación con objeto de confundir a la que él suponía falsaria.

Al entrar en la miserable casuca, don Sostenes vio que, en efecto, allí había un difunto tendido en un pobre petate, en medio de un cuartucho paupérrimo. Sólo estaba el difunto cubierto por una sábana parduzca.

Una vez acostumbradas sus pupilas a la tiniebla del ambiente, y observando el cadáver con mayor atención, quedó atónito el General al observar que el rostro del difunto no era otro que el de aquel viejecito que momentos antes saliera a su encuentro a pedirle una limosna. Bien grabados habían quedado sus rasgos en su memoria.

Pero lo más sorprendente era que el cadáver tenía su diestra mano aferrando algo apretadamente.

Al abrir con esfuerzo su puño y separar los dedos, don Sóstenes y los deudos que le rodeaban descubrieron que lo que el difunto guardaba era una moneda: nada menos que el flamante peso que momentos antes le diera el General.

Don Sóstenes, profundamente conmovido, y emocionado como pocas veces lo estuvo en su azarosa vida, socorrió larga y generosamente a la viejecita.

Estas dos ocasiones fueron quizás las únicas en las que el Héroe de la Bufa y de la Ciudadela tembló ante el misterio de lo sobrenatural.⁷⁴

Una noche con la muerte

Un suceso que pocos creen y otros más siguen con la duda, pero que quizá nos pueda pasar por incrédulos, es la leyenda que cuenta Ezequiel Almanza:

Han transcurrido muchos años de esto que voy a relatar, y sin embargo todavía me queda la impresión de aquella noche sombría en que estuve de visita en la casa de la muerte.

La tarde del 2 de noviembre de 1925, día de los fieles difuntos, me encaminé al cementerio municipal, para llevarle un ramo de flores a Telina, prima hermana mía, que se había ausentado para siempre ese mismo año, cuya separación había dejado un inmenso dolor en el hogar y en mi corazón.

Esa tarde el recinto de la muerte era un inmenso jardín matizado de flores y coronas que adornaban tumbas, nichos, mausoleos y monumentos.

Una enorme cantidad de visitantes llenaba la mansión donde la vida descansa en el sueño eterno. Mujeres llorosas hacían destacar su hermosura con su tocado negro; viudas llevando en brazos el último vástago nacido en la orfan-

⁷⁴ Esta versión fue revisada y corregida por don Mariano González Leal. Una versión sin estas correcciones puede verse en: Manuel Leal, *op. cit.*, *Relatos de vivos y muertos y motivos guanajuatenses*, pp. 38-40. Don Mariano González señala que "Este texto se publicó originalmente con el título 'Cuando el Héroe tembló', en el libro *Añoranzas y panoramas guanajuatenses* (edición de 1957). Su origen fue una tradición oral conservada por la familia Rocha, que transmitió doña María Rocha y Buenromero (hija del General Pablo Rocha y Portu, medio hermano de don Sóstenes por parte paterna), a su amigo don Manuel Leal. Ambos, doña María y don Manuel, fueron casi coetáneos y cultivaron estrecha amistad".

dad. Hombres de mirada triste postrados junto a las tumbas guardadoras de los despojos de sus seres amados. Pequeñuelos jugando junto a un montículo de tierra recién removida, donde acababan de sepultar un cuerpo. Allí cerca, la oración fervorosa mezclada con sollozos en labios de una mujer deshecha en llanto, pidiendo descanso eterno para el ausente. La plegaria del viento que se esparcía entre el follaje de los cipreses, y el arrullo de la torcaza despidiendo los últimos reflejos de la tarde que se iba por el ocaso, como se nos va la vida...

La noche llegó con su cargamento de Estrellas, y el manto de sombras cubrió el contorno de las montañas.

De la ciudad subió el quejumbre funeral de las campanas tocando a muerto, cuyo sonido hacía más triste la fisonomía de la tarde.

Los deudos y visitantes abandonaron el cementerio que se quedó silencioso y lleno de flores.

Ya transponía yo la puerta de hierro, para salir, cuando me saludo don Isaac, el viejo enterrador que se había acostumbrado a vivir entre las tumbas y los muertos, que guardaba en su memoria muchos relatos de tragedias y espantos.

Me invito a participar en una singular aventura.

—Quiero, me dijo, que me acompañe a vivir esta noche entre los muertos. Iremos al subterráneo donde están las momias, para que vea lo que hacen y dicen esos despojos...

Aquella invitación me sorprendió y me lleno de horror. Negarme era tanto como de mostrarle miedo y a la vez desconocer lo que hacen esos cuerpos que un día tuvieron vida.

Al aceptarle yo esa proposición, volvió a decirme:

—Así me gustan, que no tengan miedo. El otro año invité a dos amigos míos, y nomás de pensar que irían con las momias, uno se enfermó del susto, y el otro desde entonces no me habla.

En esos momentos, llegó su hijo Juan Antonio con la merienda: champurrado, leche y puerquitos de granillo. Me ofreció y comí de aquello.

Abajo, a través de la puerta de hierro, Guanajuato esplendía con sus miles de luces como cocuyos prendidos en los cerros. Las campanas habían cesado de doblar y el silencio era imponente.

Después de permanecer casi una hora sentados, contándome que él había visto de cerca a La Llorona y un Jinete sin cabeza, me invitó que fuéramos a la capilla a rezar un rosario de difuntos por el alma de Cirilo el degollado, cuya cabeza se encontraba en el altar.

Al llegar a la puerta de la capilla, salieron graznando dos lechuzas.

—Estos animalitos vienen aquí todas las noches a beberse el aceite de la lámpara que alumbró el recinto.

La capilla presentaba un aspecto sombrío. La luz parpadeante.

De la lámpara proyectaba un débil reflejo, dándole a las cosas formas lúgubres y misteriosas. Allí estaba la cabeza apegaminada de Cirilo que murió de susto al saber que iba a hacer fusilado.

—Cada año le crece un centímetro el pelo de la barba y la cabeza. A muchas personas les ha hecho milagros.

Terminado el rosario, le dijo a su hijo:

—Hoy mi amigo y yo vamos allá bajo, y para que ninguno de los dos nos salgamos, cierras con candado el escotillón de la escalera, y hasta mañana a las seis nos abres.

Enseguida nos dirigimos a la puerta de entrada. El bajó primero, y yo lo seguí. Un frío helado como la caricia de la muerte tocó mi cara... a tientas bajé los escalones porque la oscuridad era completa.

—Aquí no hay que fumar, me dijo al oído, ni debemos de hablar en voz alta, sino que quedito, para no turbar el reposo de estos cuerpos.

Guardamos silencio cerca de dos horas, que para mí fueron siglos...

—¡Oiga!, me dijo.

Yo comencé a escuchar un murmullo tenue como de voces lejanas y melodiosas, algo así que venía de ignotos lugares...

Todos los años a la media noche del dos de noviembre se escucha todo eso que vamos a oír... son las almas de estos difuntos que empiezan a rezar... son voces de hombres y mujeres que musitan oraciones. Después los escucharemos cantar y efectivamente, rezaban oraciones que para mí eran desconocidas, por la forma tan distinta a las que se escuchaban en los templos. Oraciones que se iban diluyendo en las argentinas voces de esas bocas desdentadas y secas. Esas bocas que creemos enmudecidas para siempre.

Después, callaron, y el silencio profundo volvió a reinar. A veces el aire de la noche silababa lúgubre al entrar por las claraboyas.

—Ahora van a cantar, me dijo don Isaac.

De fondo de la galería se inició un canto que no era de este mundo. Algo así que tenía una rara sinfonía con matices de concertina y salterio, que cautivaban mis oídos por la dulzura de su acento.

Cantaban muchas voces y cada una tenía un tono diferente de cuyo conjunto brotaba una melodía inefable y tierna... aquellos cantos me atraían. Lejos de acordarme serenaban mis nervios y deleitaban mis oídos. Había voces quejumbrosas; otras cristalinas y exquisitas; las de más allá graves y esotéricas, porque eran de hombres que acompañaban con sus lamentos musicales a las mujeres.

La oscuridad del recinto y lo avanzado de la hora, hacían que los cantos me fascinaran por su acento melodioso y su expresión diáfana, ya que las sombras de la noche me ayudaban a imaginarme que se trataba de voces vivas



Una noche con la muerte
ANGÉLICA ROCÍO HERNÁNDEZ ARCAY

y no de muertas. Voces que tenían la dulzura de bocas que cantaban con el sentimiento dulce y emotivo de quienes expresan en un arpeggio lo que no es capaz de expresarse en otra forma... poco a poco fue apagándose el coro de voces como si se alejaran lentamente, hasta quedar en una tenue musicalidad que se volvía divina, doliente y apacible...

Después, todos callaron simultáneamente y el silencio volvió a enseñorearse de la oscuridad, un silencio de tumba, imponente como el misterio de la misma eternidad.

—No tardan en llorar, me informó don Isaac.

A los pocos momentos comenzamos a escuchar la voz sollozante de una mujer que en forma desesperada modulaba palabras que se confundían con un prolongado lamento como si algo le obstruyera su respiración, para enseguida quedarle sólo un ronquido como estertor agónico, conmovedor y espantoso.

—A esa muchacha la enterraron viva; y lo que acabamos de oír; es la repetición de la tragedia que vivió cuando volvió del ataque cataléptico y se encontró bajo tierra y encerrada en un ataúd, falta de respiración y de movimiento.

Momentos más tarde se oyó otra voz de timbre cristalino que decía:

—¡Que inmensa es la eternidad! ¡Dios mío! Hace muchos años que espero la visita de los míos; pero me han olvidado. Yo que los recuerdo tanto a cada instante, y sin embrago ellos no han vuelto...

Terminó sollozando...

—¡Bendito sea Dios! Ahora con los ojos del alma puedo verlo todo. Yo nací y morí con los deseos de conocer un rayito de sol, ahora se iluminan las sombras de este camino infinito que no terminara nunca... —Así hablaba una mujer que nació ciega.

—Que horrible es estar muerta sin tener la dicha de volver a ver al hombre que fue la ilusión más bella de mi vida... su abandono y su olvido me aterran más que esta soledad... señor! —Perdónale su ingratitud, porque todavía sigo queriéndolo... decía otra.

—Virgen santísima: te pido por tu amor al niño Jesús, me cuides a mi esposa y a mis hijos que hoy van solos por el mundo ofreciendo su orfandad y llorando esta ausencia que no tiene regreso... dijo la voz sollozante de un hombre.

—A mí me fusilaron aquí. ¡Qué horrible son los instantes que preceden a la muerte... las bocas de los fusiles son espantosas y de una ferocidad sinies- tra... las balas al entrar queman el cuerpo, y la dolencia es tremenda... mis padres aún me esperan en un pueblito del norte...!

—Ese que habló fue un revolucionario que ejecutaron los villistas, me dice don Isaac.

—Siguieron escuchándose voces de ruego y de perdón, que se alzaban al cielo en busca de misericordia.

Después, otra voz de acento profundo y misterioso comenzó a rezar una especie de letanía, la que era contestada en coro por los demás, con esta frase muy clara: señor: que muy pronto nos volvamos a reunir con los nuestros.

No supe a qué hora me quedé dormido. Tal vez a causa de las extraordinarias impresiones recibidas por todo lo que oí, o por no sé qué motivos, el caso es que tuve una extraña revelación en el sueño. Soñé que las almas de todos esos cuerpos regresaban de la nada para reintegrarse en ellos. Que la muerte era una nueva vida donde volvían a encontrarse los que se habían amado en la tierra. Que era una dicha morir para reunirse con los seres queridos, donde ya nadie los volverá a separar, porque ahí la compañía es eterna en la que no hay dolor, ni tristeza, ni lagrimas... que el dolor de los que se quedan es tan inmenso como el de los que se van, y sólo termina hasta que tienen la dicha de reunirse en la eternidad... que morir es una transmigración que no debe de espantar a nadie, que es la verdadera vida donde nos volveremos a ver lo que nos hemos amado en la tierra...

Uno de esos cuerpos me invitó para que me asomara a la eternidad unos momentos, para que la conociera. Sentía que ya la impresión de la mano que oprimía mi brazo de quien me iba a conducir hacia el más allá... era una silueta blanca y vaporosa, con figura de mujer que me insinuaba a que la acompañara, para quedarme allí con ella para siempre.

En eso desperté. Por las claraboyas de la galería entraba la tenue claridad del amanecer. don Isaac estaba de pie junto a mí, fumándose un cigarrillo.

A los pocos minutos abrieron la puerta y el escotillón y se escucharon pasos que se escuchaban por la escalera. Era su hijo Juan Antonio que iba por nosotros.

Dirigí una mirada a los cuerpos momificados. Ahí estaban silenciosos y fríos, con sus muecas trágicas y en la misma posición que conservan desde hace muchos años.

Nos alejamos de ahí. Subimos la escalera. El aire mañanero refrescó mi cara y tonificó mis nervios... había vuelto de la eternidad.

El alba ponía un tono de belleza en aquel conjunto de tumbas, de cruces y de monumentos. Allá abajo, Guanajuato dormía plácidamente al amparo de las últimas sombras de la noche que poco a poco se desvanecían entre los callejones embrujados ante la llegada de la aurora de este mundo.⁷⁵

⁷⁵ Ezequiel Almanza Carranza, *op. cit.*, *Relatos y sucedidos de Guanajuato*, pp. 83-90.

Fiesta en el infierno

Otra historia similar a la anterior en cuanto al tema de presenciar a muertos o al mismo diablo es la que refiere José Luis Martínez Jiménez:

El caso que a continuación les narraré es único en el mundo, es aterrador y fue rescatado de las leyendas de esa encantadora ciudad de Guanajuato ubicada en México.

Como ustedes saben, en todos los pueblos y ciudades hay músicos populares que tocan en restaurantes, mercados y a quien los solicite, van hasta donde se les indique; tal es el caso del grupo de músico encabezado por el maestro Miguel Ruiz, el cual acudió a cantar “Las mañanitas” a una muchacha, ahí un hombre muy elegante los estuvo viendo, cuando los músicos se disponían a retirarse los detuvo este personaje y les pidió sus servicios para que esa noche fueran a tocar a su fiesta, diciéndoles: “Yo pago muy bien. Pero tienen que ir bien vestidos y de color negro”; ellos no pusieron ninguna objeción, llegaron a un acuerdo en el que se verían en esa misma esquina a las 11 de la noche, se fueron a descansar y vestir como se los había pedido el cliente.

Como la puntualidad los caracterizaba llegaron a las 10:30; ya reunidos todos, esperaron, y al oír las campanadas de la hora marcada, vieron en forma extraña cómo ese hombre que los había contratado apareció de improvisto entre la penumbra de la noche.

Se preguntaron unos a otros: “¿Saldría de la pared?”. Ignorando esto, lo siguieron a pie como él les pidió y después de una larga caminata llegaron a la calle de las ánimas a una elegante mansión y se veían unos a otros, ya que nunca habían visto esa casa, de hecho no existía.

Entraron y todo les parecía de lujo, pero muy fúnebre. Al llegar a la sala, el señor pidió que esperaran ante la poca iluminación, decidieron sentarse, unos minutos más tarde salió un sirviente y les indicó que empezaran a tocar un vals, que los invitados irían llegando poco a poco. Así lo hicieron.

Sin hablar ni voltear empezaron a salir varias parejas de una puerta que estaba al fondo, salían bailando al son de la música de vals, sin pensarlo, los músicos dedicados a sus notas se olvidaron de lo que pasaba en la sala, pero al finalizar una melodía, echaron una mirada, al tiempo que se hacían señas entre sí horrorizados.

Las parejas de bailarines no tocaban el piso, tenían patas de cabras con pezuñas y sus ojos eran aterradores, rojos como si echaran lumbre por ellos.

Nuestros músicos se sintieron desfallecer de miedo, experimentaban un escalofrío que los paralizó y querían huir.

De pronto, una mujer de las parejas se acercó a ellos, sorprendido la reconoció —Cómo es posible, si es Juanita, hermana de uno de los músicos, ¡Ella murió hace dos años!

Ella les habló en voz baja. —¿Pero no se han dado cuenta?, salgan inmediatamente, este es el infierno.

Los músicos en ese instante salieron sin decir nada, olvidándose de sus instrumentos.

Se dice que días después algunos integrantes del grupo musical se enfermaron como consecuencia de tan terrible experiencia.⁷⁶

La Llorona

¿A quién no le han contado la historia de la llorona? ¿quién no la ha escuchado? Ya se habló de este personaje en la introducción, por ello considero más pertinente mostrar la leyenda, y que mejor en versión de Agustín Lanuza:

Una de las tradiciones
que nuestra tierra atesora,
quizá de las más antiguas
que corren de boca en boca
entre gentes, que son dadas
a saber casos y cosas
de raras apariciones
y fantásticas historias,
es la leyenda que todos
denominan “La Llorona”.

En la Metrópoli misma,
en una ciudad o en otra,
esa tradición refieren
en las más distintas formas,
ya populares consejas,
ya literatos de nota.

⁷⁶ José Luis Martínez Jiménez, *op. cit.*, *Leyendas de fantasmas y casas embrujadas, aparecidos y casos paranormales*, pp. 50-52.

La cantó el poeta Carpio
en sus clásicas estrofas,
Roa Bárcena engarzó el cuento
en el oro de su prosa;
dramatizando el asunto,
Neve al teatro llevóla,
y los románticos, Peza,
y Riva Palacio, en joyas
de las letras mexicanas,
muy subidas y valiosas,
en un castizo romance,
nos legaron “La Llorona”.

¿Quién no sabe, pues, el cuento?
¿Quién no sabe que, a deshora
de la noche, cuando brilla
la dulce luz melancólica
de la luna, y en silencio,
las calles se encuentran solas,
de repente se aparece
una mujer misteriosa,
que viene del otro mundo
a llorar penas ignotas?

¿Quién, que la vio, no refiere
que la fantástica sombra,
con el cabello erizado,
vestida de blanco toda,
rauda por los barrios cruza,
horrible y aterradora,
exhalando agudas quejas,
largas, lastimeras, hondas?

¿Qué dolor, grande y profundo,
el corazón le destroza?
¿Por qué huye? ¿Por qué pena?
¿Por qué gime? ¿Por qué llora?

Nadie asegurarlo puede,
y saberlo nadie logra,



La Llorona

ALEJANDRO MONTES SANTAMARÍA

porque luego que el gemido
se dilata y se prolonga,
lo repiten los ecos
de las montañas sonoras,
nadie, movido de espanto,
por su ventana se asoma;
se cierran puertas, postigos,
todas las gentes se azoran,
y se santiguan las viejas,
y se desmayan las mozas.

Alguien dice que es en pena,
el alma de gentil novia
que, en vísperas de sus nupcias,

perdió al prometido, y, loca
de dolor viene a traerle
las puras y blancas rosas
con que aquel ceñir no pudo
a su frente una corona.

Quien, más informado, cuenta
que aquella sombra, es la sombra
de una doliente viuda
que, tras de lucha espantosa,
miró perecer de hambre
a sus hijos, y que, estólida,
—¡Un pan! ¡Sólo un pan!, a gritos
desgarradores implora;
sin que nadie, compasivo,
se apiade de sus congojas.

Otros dicen que se trata
de una moribunda esposa
que, estando ausente el marido,
ella expiró, y que ahora,
en medio de hondos lamentos,
vaga por las calles lóbregas,
y a traer viene a su amado,
cual triste y tierna memoria,
el ósculo postrimero
de despedida amorosa,
que, en su tremenda agonía,
darle no pudo su boca.

Otros, en fin, aventuran
que la consabida sombra,
es la de una mujer santa
a quien, en menguada hora,
mató el marido, excitado
de los celos por la cólera;
pero como aquella, nunca
faltó a su deber de esposa,
a protestar viene al mundo
por su inocencia y su honra.

Fuere, a la postre, cual fuere
la verdad de la leyenda,
yo voy a contar cómo es
“La Llorona” de mi tierra.

Allá, cuando era yo un niño
de unas cuantas primaveras,
escuché, lleno de espanto,
la muy popular conseja;
pero saber nunca pudo
mi credulidad ingenua,
el por qué aquella Llorona,
mujer de entrañas de hiena,
un proceder tan infame
tuvo y acciones tan negras,
que sólo de oír su nombre,
la sangre helaba en mis venas.

Con que, dejemos preámbulos,
y vamos a mi leyenda:

En ya muy remotos tiempos
en que Guanajuato fuera
por sus muy famosas minas,
un emporio de grandeza,
hija de noble familia
linajuda y opulenta,
una niña vino al mundo,
de aquel tronco primogénita,
en cuna de ricas blondas
y entre pañales de seda.
Y como era rubia y blanca,
linda, como una azucena,
Blanca, sus padres le dieron
por nombre, a la niña bella.
Creció, y cuando ya era joven,
fue más linda y hechicera,
y como en el mundo diesen
mayor brillo a su belleza
lo ilustre de su prosapia

y el fulgor de su opulencia,
los pretendientes llovían
aquí, acullá, y por doquiera.

¡Quién imaginar podría
que tan singular belleza,
fuese un lirio del pantano
y no flor de la pradera...!

La madre, que la adoraba
con una pasión inmensa,
a menudo le decía
a su muy amada prenda
—“Eres niña de mis ojos,
blanca flor de pura esencia,
tenerte bajo un capelo
de cristal, siempre cubierta,
de mil amores querría,
porque ni el aire te diera”.

Y el padre, a Blanca mirando
tan pura, gentil y tierna,
con vagos presentimientos
de inquietud y de tristeza,
celoso de su cariño,
con pasión más avarienta,
en caja de siete llaves
guardaba tan linda perla.

Era el padre, un bonancero
de los muchos de esta tierra,
y le dió su mina tantos,
tantos pesos y riquezas,
que dizque hasta se barría
el dinero en sus bodegas.
De noble ostentaba un título,
señor de grandes haciendas,
de carruajes, de caballos,
de alhajas las más soberbias.

Su casa, ¡vaya! su casa,
¡un alcázar!, y, ¡su mesa!
lo más abundante y rica,
y de lo mejor, espléndida.
Los azafates, de plata,
de la China, las bandejas,
las mancerinas, de oro,
donde, oloroso a canela,
riquísimo chocolate,
con bollos y con soletas,
a las visitas servían
dos mulatos de librea.

Una paz inalterable
reinaba en la casa aquella
a la oración, el rosario,
tras el rosario, la cena,
y luego que en la Parroquia
daba “la hora de la queda”,
y la joven recibía
las bendiciones paternas,
cada quien, como en un claustro
conventual, iba a su celda.
Blanca, en su alcoba dormía
sin zozobras y sin penas,
tal así, sus padres viven
sin temores ni sospechas.
Pero una hermosa mañana
que, en las torres de la iglesia,
las esquilas repicando
como en son de alegre fiesta,
al vecindario convocan
a la misa tempranera,
los señores de la casa
sobresaltados despiertan;
porque informan los sirvientes,
con grande alarma y sorpresa,
que del balcón de la alcoba
do duerme Blanca la bella,
sin que nadie se lo explique,

está colgando una cuerda.
Van todos al aposento,
la ventana está entreabierta,
intacto el mullido lecho,
y Blanca, allí no se encuentra.
Toda la casa registran;
los pasillos y azoteas,
los lugares excusados,
las covachas, las bodegas;
!todo en vano, todo inútil!
Blanca está, seguro, ¡muerta!
Pero, ¿en dónde su cadáver?
¿dónde, del crimen, las huellas...?

La madre, dando de gritos,
sobre un sofá se accidenta;
baja el padre, ciego de ira,
la señorial escalera,
mirando que está cerrada
del férreo portón la verja;
despide al viejo portero,
a la servidumbre increpa,
y sintiéndose burlado
de tan extraña manera,
marcha en pos de la justicia
y por las calles se aleja.

En la Plaza y en la calle,
y en el atrio de la iglesia,
en corrillos, por lo bajo,
el suceso se comenta
unos dicen que se trata
de asesinato, por fuerza;
otros, que no, que es un robo
con escalo, y una vieja,
de las que en todo se meten
y de todo se hacen lenguas,
a otra de junto le dice
muy gazmoña y muy risueña
—No se canse, mialma, ¡es claro!

dejaron la jaula abierta
y se escapó la paloma...
¡Vamos a ver si la encuentran...!

Algunos años corrieron,
no se supo más del caso;
poco a poco, en la memoria
del pueblo, se fue olvidando
aquel suceso que hiciera
en la ciudad tal escándalo,
y así quedó en el misterio
más profundo, sepultado;
pero el pueblo, que a consejas
y a cuentos los más fantásticos,
con facilidad se inclina,
tiene por cierto y probado,
que de sórdida casucha,
de algún apartado barrio,
de las que dan para el río
que atraviesa Guanajuato,
a las doce de la noche,
envuelta en un velo blanco,
cuando la pálida luna
desplega su níveo manto,
cruza por los callejones
tortuosos y solitarios,
una mujer misteriosa
que un bulto lleva en sus brazos.
Llega al río, y aquel bulto,
envuelto en sucios harapos,
en un muladar lo tira,
y espantada ante aquel acto,
cual sí de su propia sombra
fuese huyendo con espanto,
prorrumpe en un alarido,
desgarrador, hondo, largo
—¿En dónde los hallaré...?

Y así va, doquier, llorando,
y ha de llorar para siempre,

sin término ni descanso,
porque es la Blanca del cuento
que hubo a sus hijos tirado,
y que se huyó de su casa
por andar en malos pasos;
pero, por siglos de siglos
ella ha de vivir penando,
y, cual castigo del cielo,
nunca, nunca ha de encontrarlos...⁷⁷

El diablo en los ejercicios

Este mismo autor nos cuenta un suceso ocurrido en Mineral de Rayas cuando el diablo se pareció en los ejercicios:

Piense el lector lo que guste
sobre este caso estupendo,
que en el Mineral de Rayas
ocurrió en lejano tiempo,
y, que voy a referirle
sin hacer ningún comentario,
en mal forjado romance
de humildes y rudos versos.
No le quito ni le pongo
al relato, nada nuevo,
que si bien las tradiciones
de algún curioso suceso,
se desfiguran y menguan
en boca del vulgo, creo
que no acontece lo mismo
si el que relata los hechos,
es persona de conciencia,
de ilustración y criterio.
Y tal sucede en el caso

⁷⁷ Agustín Lanuza, *op. cit.*, *Romances, tradiciones y leyendas guanajuatenses*, pp. 279-288.

con este acontecimiento,
que refirió un literato
y sacerdote de mérito,
en llano y fácil estilo,
y dándole un tono serio,
sin que yo afirme ni niegue
si es leyenda, historia o cuento.

Desde que pisó las aulas,
fue Lucio un niño modelo,
de precoz inteligencia,
y de tan claro talento,
tan constante en el estudio
y a las letras tan afecto,
que sobresalió bien pronto
de todos sus compañeros,
y la estimación captóse
de los más doctos maestros,
hijo de rica familia
de prosapia y abolengo,
enviósele al Seminario
de Valladolid, por cierto,
muy reputado entre todos
los planteles de aquel tiempo.
la carrera de eclesiástico
abrazó con mucho empeño,
y al recibir la tonsura,
según el ritual severo,
al cabo de algunos años,
regresó al hogar paterno.

Y fue tanto el entusiasmo
y tan ardientes sus celos,
que con otros minoristas,
sus antiguos compañeros,
levantó, según refieren,
de San Miguel en el cerro,
pequeña iglesia, en que había
como en los mejores templos,
cálices, palios bordados,

y blandones y ornamentos.
No faltaba allí la misa,
ni el “corpus” ni el “Jubileo”,
la “tercia” ni los “maitines”,
y en el púlpito severo,
el sermón que predicaba
aquel Bossuet en pequeño,
el seminarista Lucio,
orador de grandes vuelos.
Un día, prestes y diáconos,
al Seminario volvieron,
menos Lucio, quien quedóse
sin auditorio y sin templo.
Entonces cambió de rumbo
en pos de horizontes nuevos,
y al plantel de la Purísima
entró a estudiar el Derecho.
De vuelta de vacaciones,
con gran sorpresa supieron
todos los seminaristas,
que era Lucio otro sujeto;
porque en vez de usar sotana
y acanalado sombrero,
con chistera y con levita
lo miraban de paseo,
hablando de las “Partidas”,
“Las Pandectas” y “El Digesto”.

—¡Colgó los hábitos Lucio!
todas las gentes dijeron;
mas de la verdad del caso
a fe que no andaban lejos;
porque Lucio, dedicóse
al Foro con noble empeño,
y el título de abogado
obtuvo con lucimiento.
De la Cátedra Sagrada
ya no justó en el torneo
y olvidó los Santos Padres,
la Summa y el Evangelio.

En la tribuna política
desató el potente verbo,
cual otro Dantón hablóle
de libertades al pueblo,
de los Derechos del hombre,
de la Patria, del Progreso...

¡Cuán oscuro es el destino
del hombre, de este Proteo,
que como el hijo de Tetis
se transforma, y con el tiempo,
lanza audaz la inteligencia
en pos de ideales nuevos,
sin que abstraerse pueda
a la corriente del medio,
pobre guijarro impelido
a mares hondos, sin términos...!
Pero vamos al relato,
y ya no filosofemos.
Lucio, al cabo, arrepentido,
hubo de tornar al templo;
y a una “tanda de ejercicios”,
ingreso, por fin, resuelto.
Mas antes de que prosiga,
oh, caro lector, mi cuento,
es preciso que recuerde
el lugar de los sucesos,
y que desborde la lira
sus más vibrantes arpegios,
evocando la grandeza
del mineral opulento,
que en mil quinientos cincuenta
descubrió un humilde arriero.

Fue “Rayas”: su nombre debe
a Juan de Raya, que un tiempo,
explotó la “Veta Madre”
con gran fortuna, obteniendo
el oro que estas montañas
guardan en sus ricos senos.

Mas cuando llegó la mina
a su mayor apogeo,
fue en poder de Sardaneta
y Legaspi, el tercer dueño,
llamado el Marqués de Rayas,
inteligente minero,
más noble que por su título,
por su corazón benéfico.
La sola mina de rayas
produjo de España al Reino,
un tesoro: ¡diez y siete
millones de duros pesos!

Del marqués los sucesores
Fueron como él, espléndidos,
Pues don Vicente Manuel
costeo la mitad del templo
de la hermosa compañía,
que es del arte un monumento.
De La Presa de la Olla
levantó el dique soberbio,
y en el Mineral de “Rayas”
gasto un caudal, construyendo
la primorosa capilla
de calados arabescos,
que cual la bella Giralda
elevándose a los cielos,
surge como fiel testigo
de la piedad de otros tiempos,
entre las desiertas ruinas
del mineral Opulento,
que por sus grandes riquezas
fue asombro del mundo entero.

Hoy, en la opuesta ladera,
Y casi enfrente del templo,
De la “Casa de Ejercicios”
Se contemplan los cimientos.
Y fue allí donde pasaron
Los extraordinarios hechos,

A Lucio, el protagonista
De este intricado suceso.

Una tarde, ya muy tarde,
Pues estaba oscureciendo,
Un misterioso individuo
Presentósele al portero.
—Con uno de los “hermanos”,
dijo el extraño sujeto,
me importa hablar de un asunto
muy urgente, grave y serio.
—Avisaré al “celador”;
muy aturdido el portero
le contestó. —Pues avise
que de Guanajuato vengo
y es preciso que ahora mismo
hable al “hermano”. El portero
dióle cuenta al “celador”
del caso tan estupendo.
—¿Qué dices?, aquél pregunta
haciendo mil aspavientos.
—¿Hablar a un “ejercitante”?
¡Es escandaloso esto!
¡En las casas de “retiro”
vaya que es un caso nuevo!
¡Si la reina Catalina,
creyendo a su hijo muerto,
y que de Madrid llegaba,
no quiso siquiera verlo!

Si el Padre Alonso Rodríguez,
a quien se ordenó exprofeso
que hablara con sus parientes
“dos palabras” muy discreto,
bajó hasta la portería
y sin atreverse a verlos,
ni levantar la cabeza,
sólo les dijo: —“¡Laus Deo!”
es, por lo tanto, imposible
que entre aquí ese caballero;

mas si el Superior lo manda...
que él lo ordene y lo obedezco.
El Superior, informado,
resolvió: –Si el caso es serio,
id, y decidle al “hermano”
que yo en libertad le dejo.

No bien avisóse a Lucio
que se le buscaba, luego,
se negó rotundamente
a hablar con el caballero;
pero este, sin inmutarse,
y en sus pretensiones, terco,
insistió en que su negocio
era importante y secreto;
y en recados y recados,
fue el escándalo en aumento,
viéndose obligado Lucio
a recibirlo. ¡Qué aprieto!
Más ¿en qué lugar lo haría?
¿en qué celda, en que aposento?
¿en pasillos? Ni pensarlo:
¿en la iglesia? Mucho menos.
–Pues que pase al refectorio,
dijo Lucio ya molesto.

Entró al fin el personaje;
era un hombre corpulento,
de fascinantes miradas,
de barba y cabello crespos.
Correctamente vestía,
sin llevar en el sombrero,
en el calzado y el traje,
el más leve desaseo;
lo que con mucha extrañeza
notó Lucio en el momento,
pues de Guanajuato a “Rayas”
es muy polvoso el trayecto,
y sin embargo, el incógnito,
elegante hasta el extremo,

bien pudiera presentarse
como el mejor caballero,
en el brillante sarao
de aristocrático centro,
que en Guanajuato esa noche,
iba a dar rico minero.
Jamás en su vida, Lucio
había visto a ese sujeto,
Que saludó cortésmente,
y tomó enseguida asiento,
hablando con elocuencia
al buen Lucio, en estos términos:
–Bien está que cuando el hombre
cansado del mundo, enfermo,
con el corazón marchito
por desengaño y duelos,
busque en el claustro un refugio
donde olvidar sus tormentos,
donde ocultar sus tristezas
y sus culpas y sus yerros;
pero vos sois joven, rico
ilustrado, de talento,
¿qué hacéis aquí?, estos lugares
oprimen el alma, yertos
dejan nuestros corazones,
matan nuestros sentimientos;
hacen timorato y débil
al más robusto cerebro,
sus más atrevidos vuelos.
¡Esta noche nos convida
al placer! Un baile espléndido
nos brinda con sus halagos,
nos transportará a los cielos.
¡cuántas mujeres divinas,
cuántos ojos hechiceros
deslumbrantes como soles,
nos quemarán con su fuego!
¡Cuántos cimbradores talles,
cuántos labios rojos, frescos,
murmurarán al oído

de amor, sublimes acentos...!
Con que vamos, pues, al baile,
mi buen Lucio, gozaremos;
dejad pueriles escrúpulos,
nada temáis, resolveos.
a tantas insinuaciones,
que trastornaban el seso,
en vano Lucio oponía
mil excusas y argumentos.
Entonces el personaje
cambió de plan: –Pues hablemos
con claridad. ¿Qué os detiene?
Decidme, ¿queréis dinero?,
soy rico, soy poderoso,
tengo en el mundo buen puesto.
Tomad, os regalo este oro;
un hombre, cual vos, de genio,
no merece estar cohibido
entre las garras... –¡Silencio!,
dijo Lucio, si es acaso
este el asunto, resuelvo
que le doy por terminado
y me retiro. Hasta luego.
Y volviéndole la espalda
al importuno sujeto
se salió del refectorio
en ese mismo momento.
No supo más; pero el caso
fue que atónitos, perplejos,
quedáronse “ejercitantes”
y celador y portero,
porque al extraño individuo
salir de ahí no le vieron.
Gran escándalo y gran susto
originó este suceso,
porque en Guanajuato y “Rayas”
todas las gentes dijeron,
que en la “Casa de Ejercicios”,
un extraño caballero
que era el “diablo”, quiso a Lucio

llevarse hasta los infiernos.
Yo no sé, lector querido,
si el asunto es o no es cierto;
más, cuál la historia lo dice,
así exacto lo refiero.
Y si alguno me tachare
de supersticioso y crédulo,
que con su pan se lo coma,
tal como lo sé, lo cuento.⁷⁸

Religiosas

Las leyendas con tema religioso muestran aspectos vinculados a las divinidades como favores recibidos, apariciones de Cristo en árboles o como narraciones que agradecen a una deidad algún favor recibido. Una de las más conocidas en Guanajuato es la de El Señor de Villaseca a quién se le atribuyen muchos milagros e incluso viene gente no sólo de distintos estados de la República Mexicana sino hasta emigrantes, principalmente de Estados Unidos de Norteamérica. Otras leyendas conocidas son la de Los cirios del Padre y El señor del Buen Viaje.

Mostraremos primeramente la que tiene por tema central al Señor de Villaseca, comenzando con la versión de Salvador Ponce de León:

El Cristo moreno de Villaseca

El templo de nombre Cata, también se denomina de los mineros, y es de gran valor artístico... Está dedicado al Señor de Villaseca, representado por una delicada figura de Nuestro Señor crucificado, de piel morena. La leyenda nos dice que la imagen fue traída a la Nueva España por don Alfonso Villaseca, amo y señor de la hacienda del mismo nombre, por el año de 1545, donde construyó una modesta capilla que servía para que los mineros de Cata hicie-

⁷⁸ *Idem*, pp. 171-182.

sen sus ejercicios espirituales. Como la imagen era propiedad del señor Villaseca, los habitantes del lugar la denominaron desde entonces de tal modo. Mas al respecto es pertinente dejar explicado que años después, en 1618, un descendiente de don Alfonso fue el que instaló el crucifijo en la capilla, y posteriormente en ese mismo sitio, se empezó a construir el templo de Cata, que se concluyó en 1725, Lo milagroso del crucifijo se le atribuye a una leyenda que nos habla de un matrimonio de labriegos, que por mucho tiempo habían vivido felices; pero que, como acontece a menudo en las situaciones humanas, aquel cielo de felicidad lo cubrió de pronto una nube negra.

En uno de esos días, llegó a trabajar a la mina del lugar un joven trabajador, de buena presencia, que pasaba diariamente frente a la casa de los campesinos, a la hora en que el esposo iba a atender las labores del campo, de manera que la joven y hermosa mujer, podía salir a ver a aquel trabajador, sin ser advertida por algún indiscreto testigo. Al percatarse del ostensible interés de la campesina, él, a su vez, correspondió al coqueteo, que bien pronto culminó en un amoroso idilio. La joven campesina, diariamente, al filo de las doce del día, le llevaba a su amante el almuerzo en una canasta tapada con una blanquísima servilleta. En cuanto llegaba, ambos se dedicaban a disfrutar a las viandas calientes y de sus fogosos amoríos, sin pensar en las consecuencias.

Aquel amor que había empezado ocultamente, después, debido a la costumbre de las frecuentes entrevistas, se descuidó, pensando que nadie se había enterado de él. Sin embargo, la curiosidad de la gente descubrió los amores ilícitos, y el escándalo creció como una bola de nieve, hasta que en forma anónima llegó la noticia al esposo, que se resistía a creer el tan vil engaño, que contrastaba con las sonrisas y caricias melosas de Gabriela, que así se llamaba ella. Mas ya con la hoguera de los celos y la indignación de las entrañas, quiso sorprender a su mujer *in fraganti*; para ello disimuló el ardor de sus propios sentimientos, y urdió un plan. Al día siguiente de que supo la infausta noticia, muy temprano, a la hora acostumbrada, salió de su casa al trabajo; previamente escondió entre sus ropas una filosa daga, y emprendió la marcha. Cuando observó que el pueblo quedó atrás y que nadie le veía, se puso a asecho entre los breñales y esperó a que pasara su esposa. No tardó mucho, pues a poco se escucharon sus pasos y a continuación apareció ella, hermosa y lozana, luciendo un vestido limpiísimo de percal. El esposo al verla tan bien presentada, sintió que la ira le nublabla la mente; sin esperar a que se reuniera con el otro, salió de su escondite esgrimiendo la daga, se plantó frente a ella con los ojos desorbitados y la denostó acremente; después, le ordenó que descubriera la canasta.

La joven se puso aterrada e intensamente pálida al ver a su esposo; y al propio tiempo, al levantar los ojos, advirtió el templo de Cata que se desta-

caba sereno y majestuoso, a poca distancia del lugar; al instante pasó por su cerebro una idea salvadora; se encomendó mentalmente al Cristo de Cata, y desde el fondo de su alma le pidió sincero perdón por su grave culpa. Enseñada, con la mayor humildad, le respondió al esposo:

—Le llevo flores al Señor de Villaseca.

Él, sin esperar más explicaciones, arrebató la servilleta, y ambos quedaron pasmados ante el espectáculo que ofreció la canasta descubierta, porque en su interior, las viandas, ¡oh milagro!, estaban convertidas en flores de delicioso aroma, iguales a las que tenían en su propio jardín.

A partir de ese hecho asombroso, la leyenda se fundió con la historia, y los habitantes del lugar juzgan que el Señor de Villaseca es el amigo y protector de los mineros, quienes lo veneran con unción, solicitando de él los ilumine y resuelva sus problemas y les proporcione el bálsamo del consuelo, que tanto necesitan sus corazones doloridos.⁷⁹

Ezequiel Almanza también escribe sobre el milagro del Cristo de Villaseca que se venera en el Mineral de Cata e incluye un corrido al Santo Señor de Villaseca:

A dos kilómetros de la ciudad de Guanajuato, y en el fondo de dos montañas en cuyas cimas se asoman como aves al abismo, los pintorescos caseríos de Mellado y Valenciana, descansa el risueño pueblito del mineral de Cata, con su vetusta iglesia donde se venera la milagrosa imagen del señor de Villaseca, llena de retablos y de promesas cumplidas, que tapizan el interior de sus muros con una variedad de pinturas, que la imaginación creadora de artistas anónimos expresan a su manera motivos originales, que son el trasunto de las diversas situaciones dramáticas de la vida de quienes llevan allí el fervor de su gratitud publicado gráficamente.

Quien tenga interés en conocer la existencia azarosa de los mineros, en todos sus detalles de sacrificio, llena de peligros y tribulaciones para arrancarles el oro y la plata a las profundidades de la tierra, que se detenga a contemplar y leer cada una de las pinturas que muestran en los retablos las inscripciones de los milagros concedidos, casi todos ellos con temas alusivos a los riesgos que ofrecen el laborío de las minas.

Allí en la época de la Guerra de Independencia de México, se reclusó un insurgente para hacer penitencia por el resto de su vida, teniendo la ocupación de sacristán y campanero. Era un hombre joven cuando ingresó a ese templo. Tenía la voz ronca y gangosa, y contaba que le quedó así a con-

⁷⁹ Salvador Ponce de León, “El Cristo moreno de Villaseca”, en: José Rogelio Álvarez, Selección, introducción y notas onomásticas, *op. cit.*, *Leyendas mexicanas*, pp. 407-409.

secuencia de haber sido uno de los ajusticiados del chacal Calleja en la horca colocada en la placita de Mexiamora cuando entró a Guanajuato al toque de aquello, para vengar la matanza de españoles consumada por el pueblo en noviembre de 1810.

Relataba dicho individuo que entre los miles de exvotos que había en ese recinto, existía uno que atraía la atención y movía la curiosidad, por que representaba a una mujer que llevaba una canasta llena de flores, y un hombre embozado que con la punta de un puñal levantaba la servilleta que cubría la cesta. Tiempo después ese retablo desapareció, tal vez se lo robaron, pero la tradición siguió conservándose en recuerdo del pueblo, con ese sabor grato de las cosas añejas que se transforman en leyenda, de donde nacen los corridos populares.

Sucedió, que allá por el año de 1724, los viejos mineros descubrieron una ancha veta de plata rosicler, cuya bonanza atrajo a muchos mineros para arrancarle a las rocas el tesoro codiciado.

Por esa época uno de los contratistas más famosos de ese laborío, encontró la figura de la imagen de la Virgen de Guadalupe trasplantada en un petanque de plata pura, cuya aureola estaba formada por un hilo de oro. Ese hallazgo dio motivo para que esa porción minera cobrara auge y celebridad.

Muchos años después, entre los habitantes de Cata había una muchacha linda y graciosa, cuya belleza era una joya que codiciaban fuereños y nativos, que se desvivían por ser correspondidos por ella. Pero como el amor se va a donde quiere él, no a donde lo mandan, ella le correspondió a un joven de nombre Rafael Meléndez, que trabajaba de vigilante en la hacienda de beneficiar metales, en ese mismo mineral.

La muchacha se llamaba Isabel Torrescano, era huérfana, y vivía al amparo de una tía paterna, y para subsistir lavaban y planchaban ropa, y regentaban a la vez una fonda en la que servían comida a los mineros que tenían como abonados.

Meses después se desposaron, viviendo muy felices. Pero como la dicha se pesa en adarques y la desdicha en quintales, Rafael comenzó a sufrir malos tratos y bajezas del capataz que tenía a su cargo el patio de los arrastres. Ese intolerable proceder del sobrestante se debía a que dicho individuo pretendía a Isabel pues quería a todo trance hacerla su querida.

Rafael sabedor de toda esa maldad, ardió en ira, y una tarde lo espero por el rumbo de San Luisito para ajustar cuentas que ya no era posible acumular en su paciencia, y en un desafío de hombre a hombre, lo dejó muerto con el corazón partido de tremenda puñalada.

Rafael se entregó a la justicia quien lo condenó a muchos años de prisión.

Durante los primeros meses Isabel fue constante y fiel con el prisionero.

Mas luego después dejó de visitarlo, y poco a poco se le fue borrando el recuerdo y el cariño de aquel hombre que era su esposo, hasta quedar en nada. Eso debía a que Isabel le había entregado su amor a otro hombre... Y así fueron pasando muchos años, tantos, que un día el olvidado cautivo supo que próximamente saldría libre. Pero también supo que Isabel, aquella mujer que había sido suya, y que aun la quería con el alma, pertenecía a otro. Horas de angustia y noches de desesperación sufrió el pobre presidiario... Por su mente ensombrecida por los celos y el dolor, se paseaba la figura siniestra de su impulso vengador.

—La mataré tan luego como salga en libertad, solía decir sollozando cuando la pena le abrumba.

—Un día del mes de diciembre le abrieron la puerta de la celda.

—Estás libre, le dijo el carcelero, mientras le entregaba la papeleta de su condena cumplida.

Dieciséis años de su reclusión en el penal habían operado un cambio completo en su vida. Salió sombrío y lleno de rencor para con la que había amado tanto.

No sabía cómo descubrir la perfidia de esa mala mujer que le había robado todo su amor y su vida y su tranquilidad, y ahora arrastraba su recuerdo y su honor por el lodo.

Una noche, guiado por el brillo de las estrellas, tomó el camino del mineral de Cata, armado de una larga y filosa daga, para saciar su cólera contenida tantos años.

Por allí cerca, donde había vivido sus días felices, le informaron que Isabel, la esposa de un preso condenado a cadena perpetua, trabajaba en una fonda heredera de su tía que había muerto poco tiempo antes, y que todas las mañanas ella se encaminaba al tiro de Guadalupe con una canasta con el almuerzo... Que la trataba con mucha reserva un minero; pero que a ellos no les constaba nada de eso.

Con aquellos informes Rafael maduró sus planes, y al despuntar el nuevo día se apostó cerca de la vereda por donde veían subir a Isabel todas las mañanas.

A las seis de la madrugada el toque del Ave María fue entonado por la campana de la iglesia de Cata. Era la hora en que los mineros se preparaban para bajar a las profundidades hoscas y oscuras de esos antros, donde se seultan la vida.

Rafael meditaba sobre su nueva tragedia... De nuevo se iba a perder, pero ahora tal vez para siempre. ¿Pero que importaba ese sacrificio? Él sentía que la seguía queriendo con esa devoción de hombre enamorado como en los primeros días cuando se unieron.

Ensimismado estaba en el drama que iba a suceder, por momentos, cuando allá lejos, una mujer envuelta en un tápalo de Gro, tomaba la vereda que conducía al tiro de Guadalupe... Esperó impaciente. El corazón le tronaba dentro del pecho como si le fuera a estallar. La mano que sostenía la daga estaba sudorosa pero firme y dispuesta para hundir el acero en el pecho de la ingrata.

De improviso, quedaron frente a frente. Isabel lanzó un grito de sorpresa.

—¡Rafaell!

—Sí, yo soy, y he venido a verte porque has faltado al compromiso de esposa y de mujer buena. Dime, ¿A dónde vas con esa canasta?

Aquella mujer toda temblorosa por la impresión, parecía azogada, como si le fuera a faltar la respiración. Pero, con todas las mujeres están dotadas de esa facultad que se llama imaginación para eludir todos los peligros y satisfacer todas las dudas, Isabel hizo uso de esa habilidad y volviendo por sus fueros de mujer pecadora que se jugaba la vida, le contestó a su marido serenamente y con la mayor naturalidad:

—Voy al templo a llevarle flores al Santo Señor de Villaseca... mientras sus labios dibujaban una sonrisa arrobadora y sus negros ojos esplendían fascinantes como dos luceros de esa mañana de invierno.

A esa respuesta, Rafael sacó por debajo de su cobija que le embozaba la cara y le cubría las piernas, un descomunal puñal, y con la punta levantó una parte de la servilleta que cubría la canasta. Y en efecto, sus ojos inquisitivos que radiaban coraje y celos, contemplaron dos manojos de flores frescas y perfumadas en cuyos pétalos temblaban todavía las perlas del rocío tempranero.

¿Qué se dijeron después aquellos dos seres atormentados por el destino, y que la fatalidad había separado por muchos años, y al encontrarse de nuevo, en vez de surgir otra tragedia, él tal vez la perdonó? Sólo ellos lo supieron. Pero lo cierto es que al separarse, Rafael tomó el camino de la mina, y ella entró al templo con las flores a rezar. Y quienes la vieron, contaron después, que aquella mujer envuelta en su tápalo de Guerrero, estuvo por muchas horas de rodillas, orando y sollozando, arrepintiéndose de todos sus pecados.

Al día siguiente, los primeros madrugadores encontraron en una de las calles del mineral de Cata, a un hombre asesinado a puñaladas; y la voz del pueblo propaló la versión de que el muerto era nada menos que el amante de Isabel; pero jamás se llegó a saber nada de quien había sido el autor de ese crimen.

Isabel y Rafael desaparecieron de ese mineral a víspera del suceso, y como si se los habría tragado la tierra, no se les encontró en ninguna parte, como tampoco los volverá a encontrar el lector de este relato que va a terminar; solamente apareció, en el templo de Cata, un retablo en el que Isabel le daba las gracias al Santo Señor de Villaseca, por un milagro que le había concedido.

Un trovador anónimo le compuso después el siguiente corrido de aquel suceso, que cantaba en su guitarra por las calles de Cata y Guanajuato el cual dice así:

Corrido del Santo Señor de Villaseca

Año de mil setecientos
noventa y uno el pasado,
tuvo el lugar un suceso
con una mujer casada.

Era esposa de un minero,
pero era una mala mujer,
que mientras él trabajaba
ella con otro se iba a ver.

Era de mero Mellado
pero ella era una ingrata,
porque tenía a su querido
y bajaba a verlo a Cata.

Cuando lo supo el marido,
afiló una enorme daga,
para lavar su deshonra
matando aquella malvada.

Temprano salió del trabajo
para espiar a su señora,
y al verla pasar le dijo:
—¿A dónde vas mujer traidora?

Ella en vez de asustarse,
le dijo haciendo una mueca:
—Voy a llevarle estas flores
al Señor de Villaseca.

Lo que traía en la canasta
con servilleta elegante,
era un almuerzo sabroso
que le llevaba a su amante.

Quiso matarla en el acto
por infiel y por coqueta,
y con la punta de la daga
levantó la servilleta.

Su sorpresa fue muy grande
como eran sus sinsabores;
pero vio que la canasta
estaba llena de flores.
El Señor de Villaseca
el milagro le había hecho,
y el marido sin saberlo
se quedó muy satisfecho.

Ella pidió confesión
para desterrar al diablo,
y al Santo de Villaseca
le mandó hacer un retablo.

Ya les conté este corrido
de aquella mujer ingrata,
cuya historia sucedió
en el mineral de Cata.

* * *

Guanajuato, enero de 1792.

Nota: este corrido lo cantó el pueblo minero de Guanajuato durante los años de 1792 a 1795, cuya música se desconoce por no estar incluida de la letra.

Cuando el suceso que se describe en el texto, dejó de interesar al pueblo, ya no se volvió a cantar el corrido por haber pasado de moda, por cuyo motivo se fue olvidando quedando más tarde como tradición y leyenda.⁸⁰

Agustín Lanuza retoma este tema para hacer su propia adaptación sobre el Señor de Villaseca:

Es la fe para las almas,
soplo que anima y alienta,

⁸⁰ Ezequiel Almanza Carranza, *op. cit.*, *Relatos y sucesidos de Guanajuato*, pp. 49-56.

que al pensamiento da bríos
y al corazón entereza.
Es un astro de la mente;
pero de luz tan intensa,
que mientras más nos alumbra,
con sus destellos nos ciega.
No mide la fe tropiezos;
acomete hondos problemas;
no hay para su vuelo, abismos,
para su empuje, barreras.
Los más grandes de la historia
sólo han triunfado por ella;
en su ideal han creído,
los ha salvado su creencia.
En las más altas conquistas,
con que audaz el hombre sueña,
en los asuntos más serios,
en las más arduas empresas,
ha sido la fe el baluarte
en donde todo se estrella
celos, ambiciones, odios,
rencores, envidias, penas.
La fe salvó a la heroína
que figura en mi leyenda;
mas no siendo el caso, artículo
de fe, para tu conciencia,
bien puedes, lector amado,
comentarlo como quieras;
yo sólo relato el hecho,
si lo dudas, no lo creas.

Dicen antiguas historias
que en mil quinientos cuarenta,
hubo un noble toledano
que fue célebre en América,
por los muchos beneficios
que impartió con sus riquezas,
por su talento y virtudes
y sus costumbres austeras
Ese noble se llamaba

Alonso de Villaseca,
hombre de adusto carácter;
pero de ejemplares prendas.
Aunque se meció su cuna
en la mayor opulencia,
no tuvo apego en la vida
ni al fausto ni a las riquezas.
Cifró toda su ventura
en hacer obras benéficas,
y en los negocios de minas
alcanzó fortuna inmensa.
Tras de aquel semblante rígido
y aquella ruda apariencia
que mostraba don Alonso
en su trato y sus maneras,
se ocultaba generosa
un alma siempre dispuesta
para el bien, un noble pecho
tan blando como la cera.
Nunca se vió a la desgracia
llamar en vano a las puertas
de tan insigne filántropo;
y en premio a tantas larguezas,
su corazón bondadoso
nunca buscó recompensa,
pues juzgaba cual lisonja
de la gratitud las muestras.
Los pobres en él veían
una santa providencia;
un firme sostén las viudas,
dulce amparo las huérfanas.
Grandes colegios y asilos
se fundaron con sus rentas,
y aplicó crecidas sumas
para dotes de doncellas.

Así gozó don Alonso
de la estimación sincera,
de aquella que no se compra
con dinero y con bajezas.

Y contaba de los pobres
con la voluntad completa,
porque en su intachable vida,
los años y la experiencia,
cuando frecuentó la corte,
le dieron patentes pruebas
de que es raro el poderoso
cuya protección no encierra
vanidades y egoísmo,
calculadas conveniencias;
que la amistad de los grandes
sólo desengaños deja,
y que oro es lo que oro vale,
y lo demás... son simplezas
Piadoso como ninguno,
con fe ardiente, verdadera,
mandó traer de la España
tres Cristos, a sus expensas
uno lo donó a Ixmiquilpan
donde su fortuna hiciera,
y otro a las famosas minas
del Real de Zacatecas.

Era el ocho de septiembre
de mil quinientos ochenta,
cuando a Dios entregó el alma
Alonso de Villaseca.
Y al morir el potentado
ordenó a sus albaceas,
que se remitiese a “Cata”
el Cristo que allí veneran.
La muerte de don Alonso
produjo gran condolencia;
mandó el Virrey, que al cadáver
solemnes honras se hicieran;
pues en un grave tumulto
que hubo en México, se cuenta,
que a no salir don Alonso
con criados de sus haciendas,
y contener de la plebe

los excesos y violencias,
el Virrey y los oidores
en grave apuro se vieran.
Esto movió a los Ministros
del Rey, en correspondencia,
a rendirle a don Alonso
por su intervención benéfica,
justos honores debidos
a sus excelentes prendas.
Se hizo traer de Ixmiquilpan
el cuerpo, en una litera,
y se le hicieron en México
las más suntuosas exequias,
oficiando el Arzobispo
Pedro Moya de Contreras.
Y los más encopetados
de la corte y de la Audiencia,
tuvieron a honor muy alto
llevar el féretro a cuestas.

Más de treinta años pasaron
sin que el mandato cumplieran
del testador, y a la postre,
según la historia lo muestra,
en mil seiscientos dieciocho,
uno de los albaceas,
de don Alonso heredero,
—cuyo nombre no conserva
la tradición—, trajo a “Cata”
el Cristo que allí se encuentra
y al que llaman desde entonces,
“El Señor de Villaseca”.

Ante la tosca escultura
de aquel Cristo de tez negra,
modelado en una pasta
de cartón, engrudo y cera,
nos dicen los que lo saben,
que iba a orar Marta la bella,

y a llevarle en las mañanas
un ramo de flores frescas,
pidiéndole que un milagro
como gran merced le hiciera.

Era Marta de la Fuente
una linda “galereña”,
de negros y ardientes ojos
que miraban con terneza.
Un sol de encantos brillaba
sobre su frente morena,
y sus encendidos labios
tan rojos y frescos eran,
como la carnosa pulpa
de almibaradas cerezas.
Su talle lo envidiarían
los juncos y las palmeras,
su andar las movibles ondas,
sus blancos dientes las perlas,
y las sombras de la noche
el ébano de sus trenzas.

¿ Qué milagro le pedía
al “Señor de Villaseca”
cuando le llevaba flores
Marta, la linda morena?
Misterios que el alma oculta,
hondas pasiones, sujetas
por el deber, ese potro
que a la maldad atormenta.
Marta, unida en matrimonio
con un minero, León Peña,
amaba a otro, sentía
por él atracción inmensa.
Cuando al hogar regresaba
de Marta el esposo, aquella
pugnaba por ocultarle
en vano, su indiferencia.
Pero León sorprendía

algo en las pupilas negras
de Marta la infiel, y a veces
reprimiendo su impaciencia,
cuando el reproche acudía;
pero sin tener la prueba,
por la frente del minero
cruzaba nube sangrienta,
y quedaba pensativo
y taciturno León Peña;
en tanto Marta, llorando,
sin levantar la cabeza,
fingiendo amor, le decía
—¡Si son cosas que tú inventas...!
Así se fueron pasando
días, semanas enteras,
y de León se tornaban
las dudas, en hondas penas.
No inquirió; pero su pecho
se agitaba con violencia;
porque punza más la herida
que hace en el alma una afrenta.
Marta, un día, aprovechando
de León la corta ausencia,
suponiendo que se hallaba
entregado a sus faenas,
se levantó de mañana
muy hacendosa y contenta,
hizo un opíparo almuerzo
que colocó en una cesta
cubriéndola con bordada
y preciosa servilleta.
Y echando la cesta al brazo,
y muy feliz y risueña,
salió, camino del monte
en pos de su amada prenda.
La primaveral mañana
estaba tibia, serena,
y al ir doblando, la hermosa,
de la montaña la cuesta,
cuando menos lo imagina,

cara a cara a León encuentra.
—¿A dónde vas?, irrito,
León le interroga al verla:
—¿Qué llevas ahí? ¿Qué es eso?
Pronto; responde, contesta.
Y sacando en el instante,
de su cinto, daga fiera,
al punto en que loco de ira
clavársela a Marta intenta,
levantando ésta los ojos
le dice con voz muy tierna
—Voy a llevarle estas flores
al “Señor de Villaseca”.
Con la punta de la daga
alzó León la servilleta,
contemplando con asombro
que rebosaba la cesta,
cuajada de lindas flores,
blancas, perfumadas, frescas.
Ante tan raro prodigio,
según dice la leyenda,
hizo Marta juramento,
que mientras ella viviera,
flores nunca faltarían
al “Señor de Villaseca.”⁸¹

Erasmus Mejía Ávila también escribe sobre Mineral de Cata y el Señor de Villaseca:

Doce años antes que llegara a esta ciudad la imagen de Nuestra Señora de Guanajuato (1545), otro virtuoso varón, don Alfonso de Villa Seca, trajo también de España un Crucifijo grande delicadamente hecho de cierta pasta de cartón, que mide aproximadamente un metro y sesenta centímetros y que se venera en el mineral de Cata.

Se dice que este Cristo fue traído de la Madre Patria junto con el cuatro más que ostentan el mismo estilo de la escultura y que conservan originalmente el color negro, tal vez porque venían destinados a los indios. Dos ellos son el llamado Señor de Burgos que se hallan en el templo de San Diego

⁸¹ Agustín Lanuza, *op. cit.*, *Romances, tradiciones y leyendas guanajuatenses*, pp. 193-201.

y el Señor del Hospital, altamente admirado también en la iglesia de igual nombre, en la ciudad de Salamanca. Otro que, se sabe que dono al pueblo de Ixmiquilpan, porque allí había hecho su fortuna, y uno más a las famosas minas de Zacatecas.

Estos Cristos fueron, si no los primeros, sí de los primeros que vinieron a este continente.

El Señor de Villa Seca fue patrono de los mineros por varios años y lo sigue siendo para muchos de ellos, basta ver la enorme cantidad de reliquias y exvotos que tapizan las paredes del templo para darnos una idea del grado en que los fieles le profesan devoción.

El nombre que ostenta este Crucifijo viene precisamente del que llevara el donador. Ahora que, en la mencionada iglesia, no estuvo desde el principio, pues se asegura que un descendiente de Villa Seca fue quien lo llevo al templo de Cata hasta 1618.

Pero hagamos referencia a la construcción del edificio, cuya fachada, en opinión de varios que conocen de arte, es la más interesante de cuantas tenemos en la población, por la pureza de su estilo churrigueresco.

Dos bellos altares de madera recubierta con la laminilla de oro hablan de la cultura colonial ya asimilada por nuestros artesanos y de la riqueza que Guanajuato, en sus comienzos, allá por 1725, cuando los indios gustaban tanto del color, que adornaron los altares con atractivos colores.

De gran significación para el turista es el valor folclórico que encierran los exvotos en los que el pueblo creyente agradece y patentiza con incomparable ingenuidad los milagros y favores que ha recibido del Señor de Villa Seca.

De tal manera así, que recomendaríamos al visitante pasar en el templo siquiera un par de horas para hacer un recorrido interiormente y leer esas manifestaciones de la fe popular que alcanzan, además, inconcebibles alturas de un valor espiritual que sólo puede apreciarse en la provincia.

El Gobierno del señor licenciado don Manuel M. Moreno (1967-1973), tuvo la feliz idea de restaurar los templos que se hallan en los minerales que corresponden a este municipio.

El proyecto comenzó por esta iglesia que aquí reseñamos, por ser la que está a unos cuantos minutos, casi lindando con la capital.

Un grupo de técnicos, encabezados por el joven arquitecto Edmundo Almanza, no sólo restauraron el templo, sino la placita y las casas contiguas, además de construir, para cerrarla, tres o cuatro edificios más.

Lo interesante del caso es que se respetó en todas sus partes la fisonomía del lugar. De tal manera se logró, que una persona que acaba de regresar de España, visitó Cata y, al descender de su automóvil y hallarse de pronto en la plaza remodelada, frente al templo exclamó: ¡Estoy otra vez en España!

Estas mejoras materiales culminaron con la celebración del Primer Festival Internacional Cervantino en esta capital, acontecimiento que atrajo visitantes de todas partes del mundo, especialmente de Europa.⁸²

Los cirios del padre

Otra leyenda con motivo religioso es la que cuenta Salvador Ponce de León intitulada “Los cirios del padre”:

—Señores, dijo doña Natalia a su auditorio, cómodamente instalado en la sala de la casa, esta vez voy a tener el gusto de narrarles una de las leyendas más típicas de Guanajuato, con el sabor tradicional y religioso que casi todas presentan; se denomina “Los cirios del padre”.

La noche había desprendido sobre la tierra sus espesos copos negros, y la ciudad de Guanajuato, como una beata envuelta en un gran velo enlutado, se protegía entre los montes. A poco el resplandor de un relámpago iluminó el firmamento, y las compuertas del cielo abrieron sus presas, y un tupido aguacero lavó montañas y senderos, arboledas y hondonadas.

A esa misma hora, un jinete caminaba lentamente en un caballo negro, hacia la capilla de la hacienda de Santiago de Rocha, donde se adoraba la divina imagen de Cristo llamada “El Crucifijo de la Caridad”, donado por el religioso monarca Felipe II.

El viajero entró al casco de la hacienda por una calzada que escoltaban a ambos lados gigantescos y frondosos eucaliptos, cuyas ramas, como enormes brazos, parecían tocar a su paso el sombrero del jinete. Por fin llegó hasta la puerta de la hacienda de enormes proporciones, tachonada de clavetones herrumbrosos, descendió con ligereza del corcel y llamó con el pesado aldabón, que quebró con el ruido el silencioso azabache de la hora. Minutos después se escucharon pasos que se acercaban, y en seguida una tranca que se quita y al propio tiempo una voz que preguntaba:

—¿Quién es?

—Vengo a ver al señor cura.

—¿De parte de quién?

—Un viajero a quien le urge el ministerio del padre.

⁸² Erasmo Mejía Ávila, *op. cit.*, *Lugares Históricos de Guanajuato*.

—La hora es inapropiada y el tiempo tempestuoso; no creo que el señor cura pueda acompañarlo.

—Le ruego que me anuncie y él verá si puede o no.

—Vuelvo en seguida.

Se alejó aquella voz y minutos más tarde regresó el portero aclarando:

—Que se sirva esperarlo, no tarda, dijo enfadado.

Instantes después el sacerdote preguntó desde adentro:

—¿Quién a esta hora y con la tormenta encima, desea que camine yo por esos tortuosos caminos?

—Padrecito, un alma fervorosamente necesita su absolución.

Una de las hojas de la puerta giró sobre sus goznes, y el fraile con una linterna en la mano, la levantó hasta la altura del rostro del desconocido.

Un hombre del pueblo, como de cuarenta años, con sombrero de palma y cubierto con amplio sarape, se presentó a la vista del sacerdote.

—Señor, un agonizante, vecino de Santa Ana, pide confesión con urgencia.

—Los caminos son peligrosos hijo, respondió el cura, y a mis años no se soporta sus consecuencias un chubasco. ¿Por qué no acudes al confesor que se encuentra en el pueblo? Regresa, hijo mío, búscalo.

—En vano, padre, lo busqué durante más de una hora, hasta que logré indagar que está en retiro, y que por lo menos tardará ocho días en regresar. No permitirá, padre, que el enfermo muera sin confesión, pues Dios permitió que fuera usted cura, para que atienda estos casos.

—Que Dios nos ayude y nos proteja, dijo el cura, espérame un instante.

Cerró el fraile la puerta, y en pocos minutos regresó, montando una mula. Ambos se internaron en el fondo negro de los caminos. Ráfagas heladas les azotaban el rostro y la tempestad fue amainando. Así llegaron hasta la cañada del río, en donde buscaron la parte accesible para cruzarlo. Sin embargo, hubo momentos en que titubearon debido a la rápida corriente que bramaba a su paso; pero los jinetes fustigaron a las nobles bestias, y éstas caminando con dificultad por entre las piedras resbalosas del río, lograron llegar a la ribera contraria. La tormenta había cedido a la fuerza del viento que arrastraba vertiginosamente las nubes, y la Luna con rostro de enferma, trataba de asomarse entre ellas.

Pronto llegaron a las faldas del Cerro Gordo, y empezaron a rodearlo; de repente, de un sendero se escucharon gritos conminatorios para que se detuvieran y un grupo de hombres, bandoleros tapados hasta los ojos, montados a caballo, intentaron darles alcance. El padre y su acompañante volvieron grupas fustigando a las bestias. El ranchero logró internarse en la serranía; mas el sacerdote no pudo hacer lo mismo pues su cabalgadura mordió el freno, se encabritó, y como a pocos metros se hallaba la barranca, ambos cayeron al

fondo de la misma. Se escuchó el rebotar de los cuerpos por entre las breñas y riscos, hasta caer en el lecho de la corriente impetuosa, que los arrastró en pocos segundos.

Sin duda el sacerdote por cumplir con su generoso ministerio pereció, y Dios lo acogió en su seno. Como una demostración de la infinita misericordia, sucedió que al estrellarse su cuerpo en el primer peñasco, las ampollas de los óleos sagrados, al romperse, dejaron dos huellas blancas indelebles. A partir de entonces, por las noches, se encienden como cirios resplandecientes que desde lejos se ven. De ahí que los peregrinos al pasar cerca del lugar, se santigüen devotamente y musite alguna plegaria.

Han transcurrido desde ese acontecimiento milagroso muchos años, y la memoria de los mismos se conoce en el pueblo con el nombre de Los cirios del padre, que los padres transmiten a los hijos, construyendo así la leyenda aterciopelada de los siglos.⁸³

Agustín Lanuza se interesa por este acontecimiento y escribe la siguiente narración que nombra “Las velas del padre”:

La superstición es hija
de la ignorancia, y no en balde,
ha sido origen de muchas
consejas extravagantes.
la imaginación del vulgo,
fantástica, inagotable,
con los hechos más sencillos,
más claros y naturales,
ha zurcido mil leyendas
y mil cuentos espantables,
a propósito del nombre
de una plaza o de una calle,
de un callejón, o de un cerro,
o cualquier otro paraje,
donde a media noche, dicen,
que algún alma en pena sale,
para hacer revelaciones
de fabulosos caudales,
que sepultados se encuentran
desde remotas edades.

⁸³ Salvador Ponce de León, “Los cirios del padre”, en: José Rogelio Álvarez, Selección, introducción y notas onomásticas, *op. cit.*, *Leyendas mexicanas*, pp. 411-413.

O bien se trata de brujas,
viejas horribles e infames,
que secuestran a los niños
y que le chupan la sangre.
O de algún “zorro” hechicero,
que con inmundos brebajes,
logra el amor de alguna joven
para el desdeñado amante.
Nos hablan de encantamientos
de palacios y ciudades,
a cuya entrada hay cavernas,
dédalos inextricables,
resguardados por dragones,
por endriagos y gigantes.
De esos pueriles relatos
por sencillos, agradables,
con el sueño de la infancia
arrullaron nuestros padres:
de esas hermosas leyendas,
de esos cuentos populares,
que surgen en la memoria
como borroso paisaje,
que sin brillo ni realce,
en desaliñados versos
permitidme que os lo narre.

En la muy antigua hacienda
de beneficiar metales,
que fue “Santiago de Rocha”,
y después de “Rocha Grande”,
donde el “lavadero” nuevo
construyérase más tarde,
hubo antaño una Capilla
en que culto llegó a darse
a un vetusto crucifijo
que en la “Casa Rul” guardábase,
como preciosa reliquia
de otras era venerables.
A ese Cristo, le llamaban
de “La Caridad” enantes,

y fue, según refieren
las consejas populares,
muy milagrosos, entre muchas
de aquellas toscas imágenes,
que el Rey Felipe Segundo
a la Nueva España enviase.

De la iglesia de mi cuento,
era capellán un Padre
cuyo nombre no conserva
la tradición; mas se sabe,
que una pavorosa noche,
de esas noches estivales,
en que estaba la tormenta
muy próxima a desatarse;
en que del viento las rachas
casi descuajan los árboles,
y en los cielos se vislumbra
con lívidas claridades
la viva luz del relámpago,
y el trueno asorda los aires,
al capellán presentóse
un hombre de humilde clase,
pidiendo con mucha urgencia,
para un enfermo muy grave
que se encontraba en Santa Ana,
auxilios espirituales.
Enterado del asunto,
mas con desconfianza, el padre,
—no puedo, díjole al otro,
ir, cual queréis, al instante.
En Santa Ana hay un confesor;
id por él. —Es que ayer tarde
salió para Guanajuato
y aún no regresa. —Buscadle.
Quizá haya vuelto. —No tal,
aunque lo busque, es en balde;
dicen que se fue a “Retiro”
y es fácil que se dilate
lo menos una semana.

Con que ya veis. —Es muy tarde,
y a mi pesar, imposible
ir por esos andurriales.
Es tan oscura la noche,
tan largo y penoso el viaje!
El camino, con la lluvia
Se encontrará intransitable.
—Está bien; si se me despacha
y muere sin confesarse
el enfermo, me descargo
en usted, y usted lo sabe,
que yo no quiero que venga
después el difunto a hablarme,
ni atrapar con Dios o el Diablo
más responsabilidades.
—Ave María; blasfemas.
—No blasfemo; pero... El Padre
quedó un instante suspenso,
penetró sin replicarle,
mandó ensillar su caballo,
y murmurando una “Salve”,
tomó los sagrados óleos
y en ancha capa embozándose,
—Vamos, le dijo. Salieron,
y pudo entonces mirarse
que al fulgurar un relámpago
con lívidas claridades,
en las sombras se perdieron
el importuno y el fraile.

Pasan aullando los vientos
cual si fuesen tristes ayes;
del cielo las cataratas
los fieros vórtices abren,
y rugiendo estrepitosa,
la tempestad se deshace.
El caudaloso torrente
rueda bramando en su cauce,
y se retuerce y encorva
sus escamas ondulantes:

aquí socava montañas,
acullá, troncos abate,
inunda fértiles campos,
miserables chozas barre,
y avanza, avanza sin tregua,
como corcel, que salvaje,
sintiera constantemente
el punzador acicate.
Iban con rumbo a Santa Ana
los nocturnos caminantes,
por una difícil senda
que cruza entre peñascales,
do faldeando “Cerro Gordo”,
hay un barranco espantable:
cuando un grupo de bandidos
que ahí en acecho ocultábanse,
de concierto con el otro
que en busca salió del Padre,
asaltándolo de improviso,
y sin defensa ni escape,
intenta volver la grupa,
y el caballo, encabritándose,
tasca el freno y se despeña
por el voladero... caen
jinete y cabalgadura
en las rocas destrozándose,
mientras el bravo torrente,
cruza rugiendo en su cauce,
y se retuerce y encorva
sus escamas ondulantes.

Hubo muchos comentarios
del suceso, sin que nadie
pudiera saber qué suerte
cupó al desdichado Padre,
pues se perdió en el misterio
con su nombre, su cadáver;
pero como cierto tienen
las consejas populares,
que en el lugar en que el clérigo

se despeñó, al derramarse
los óleos sobre la roca,
dejaron como señales,
dos blancas huellas, que el vulgo,
toma por cirios que arden,
y por eso dicen todos
que son Las Velas del Padre.⁸⁴

El Señor del Buen Viaje

Sobre “El Señor del Buen Viaje”, Agustín Lanuza escribe la siguiente leyenda:

Por una de las torcidas
callejas de Guanajuato,
como quien va para “El Meco”
por la montaña trepando;
y a los pies de ese coloso
de abolengo legendario;
de una cañada a los bordes,
do el agua, jugueteando,
plácidamente discurre
por entre guijas y cantos,
desde inmemoriales tiempos,
hay un pintoresco barrio,
que es uno de los suburbios
más viejos de Guanajuato.

Cuentan antiguas historias,
que allá, en muy remotos años,
tan remotos, que por viejos,
casi se van olvidando,
y mucho antes que estas tierras
las hubiese sujetado

⁸⁴ Agustín Lanuza, *op. cit.*, *Romances, tradiciones y leyendas guanajuatenses*, pp. 163-169.

Nuño de Guzmán, al cetro
del gran poder castellano,
aquel lugar fue el asiento
de nuestros mazahuas bravos,
de los indios aborígenes
que poblaban Cuanaxhuato;
por cuya razón, el sitio
que por ellos fue habitado,
desde entonces se conoce
de mazahuas por el barrio.

Al sentir de la Conquista
el empuje audaz y trágico,
de las cumbres de la Sierra
remontáronse a lo alto;
y tras de sangrientas luchas
en que, indómitos, pugnaron,
en contra de los Virreyes,
sesenta y tres luengos años,
defendiendo su terruño,
sus aduares, palmo a palmo,
a la postre sucumbieron,
después de ajustar un pacto,
en el que hicieron las paces
con el Virrey de Velasco.

Los frailes, que a las misiones
de los indios, hubo enviado
aquel Virrey, consiguieron,
después de muchos trabajos,
y de muchos sacrificios,
con celo, evangelizarlos;
enseñáronles su lengua,
y en vez del culto zoolátrico,
que aquellos indios rendían
aun a los seres más bajos,
y que por herencia hubieron
desde sus antepasados,
los piadosos misioneros
nueva fe les inculcaron

inspirada en las doctrinas
de Cristo Crucificado.

Así corrieron los siglos,
y en el lugar donde antaño,
a sus groseros fetiches
esos indios adoraron,
hubo un piadoso vecino
que levantó en ese barrio
allá, de mil setecientos
noventa y cinco en el año,
una pequeña capilla
en que se venera a un santo
que es el Señor del Buen Viaje”,
patrón de aquel vecindario,
y es, por cierto, un crucifijo
que reputan los del barrio
cual prodigioso portento
de sorprendentes milagros.

Y dicen, los que lo saben
y están muy bien informados,
que el vecino de mi cuento,
—como lo reza el retrato—
fue don Domingo Somoza,
cuya efigie, allí está hablando
y él fue quien hizo esa iglesia,
y allí está muy estirado,
con su gorguera de encaje,
su casaca de cuello alto,
bordada con canelones,
y rica chupa de raso
y el ilustre personaje,
de gran coleta peinado,
la imagen tiene a su diestra
de aquel Cristo venerando,
al que los indios adoran
hace muchísimos años,
pues, por tradición, sin duda,
desde aldehuelas y ranchos,

vienen a hacerle su fiesta
devota de aniversario,
como heredada costumbre
desde sus antepasados.

Es domingo, y es de julio
la fecha del veinticuatro,
y es de mirar cuál se alegra
y cuál se engalana el barrio.
no hay casucha que no ostente
aunque pobre de aquel santo
crucifijo, alguna estampa
en el más sencillo cuadro,
y todas, con gallardetes,
cadenas, y adornos varios,
tal parece que compiten
y que se están emulando.

De ventanas y de puertas
cuelgan cortinillas, trapos,
festones de maravillas,
guirnaldas de quiebra-plateos,
policromos farolillos,
y bandejas y colgajos.
Los vecinos, en las puertas
de sus casas, y en los patios,
están formando corrillos,
todos empernejilados,
en medio de sus macetas
de albahacas y geranios,
y exhalan los floripondios
de sus copas de alabastro,
un embriagador aroma,
el ambiente perfumado.

Hay apiñado concurso
de curiosos en el atrio
de la modesta capilla,
silban los cohetes raudos,
y en la torrecilla humilde

las campanas, repicando,
a una extraña ceremonia
convocan al vecindario.
Dentro, y en medio de cirios,
de flores y lindos ramos,
surge la doliente efigie
del Cristo Crucificado;
y muchos exvotos penden
de aquel su cendal de raso,
y del cruento madero,
y de los pies y las manos,
porque son muy numerosos,
según cuentan, sus milagros.
Arman alboroto y gresca
en la calle, los muchachos,
al son del tambor y el pito
al torito capoteando;
y cuando todo es bullicio
y algaraza, acompasado
y monótono rasgueo
de guitarras, va anunciando
que se presentan las danzas
que van a adorar al Santo.
Visten los indios sus trajes
vistosos y abigarrados,
luciendo gallardas plumas
en sus enormes penachos,
con espejuelos y cuentas
y con cintas adornados.
Portan todos tunicelas
de terciopelo o de raso
que les dan a las rodillas,
y cuajadas de bordados,
y usan medias de colores,
y cacles como calzado.
Los varones, las guitarras
de armadillo van pulsando,
y las mujeres empuñan,
a modo de cetro, un mango
de madera, del que penden

cintas de colores varios.
En el centro de la danza
se ven tres abanderados
que portan los estandartes,
las insignias de su bando.
Bailan al son del rasgueo
de las guitarras, con paso
entre todos, uniforme,
rítmico y acompasado,
cual si una cruz, en el suelo
fueran con los pies trazando.
Y aquella sencilla música
tiene acentos tan extraños,
como si fueran los ecos
de un dolor mudo y lejano,
como si fueran los ayes
que en el fondo del pasado
arrullasen a una raza
en su profundo letargo.
Los de la danza se postran
de rodillas, desde el atrio,
y así penetran al templo
hasta las plantas del santo.
Entonces, de las gargantas
de esos seres olvidados,
se exhala, como un gemido,
este ingenuo y triste canto:

“Aquí estoy a tu presencia,
a tus plantas humillado,
Señor, que sea perdonado,
¡Penitencia! ¡Penitencia!

¡Aquí estoy a tu presencia
A los pies de vuestro altar,
Padre, SEÑOR DEL BUEN VIAJE,
Tú nos has de perdonar...!”

Las costumbres forman leyes
que van de edad en edad,

que tiene hondas raíces
imposible de arrancar.
Son como el alma del pueblo,
son su sello pertinaz,
son su historia, son su vida,
y nunca se olvidarán.
Pero el día que se logre
de los pueblos arrancar
sus costumbres y su historia,
ese, por siempre jamás
pierden los pueblos su patria
y su nacionalidad.
Por eso, los pobres indios
¿a qué pueden aspirar
si no se educan su espíritu
y su sentido moral?
Hoy, como ayer, de rodillas,
Hoy a un santo y a otro más,
sólo le piden buen viaje,
buen viaje a la eternidad.

Segunda parte



Momias de Guanajuato
ESTUDIO MQ



En esta segunda parte se revelan aquellas historias que no necesariamente son leyendas, más de algún lector podrá decir que sí es leyenda en tanto otros no lo admitirían. Por ello e independientemente de si son o no, deseamos incluirlas como una aportación y difusión de la identidad, cultura e historia de Guanajuato, además de que el libro se vería beneficiado al contar con tales historias.

Los textos incluidos en este apartado refieren algún suceso o acontecimiento histórico, o narraciones que contienen referentes a la arquitectura guanajuatense como el Teatro Juárez, el Mercado Hidalgo, La casa de Moneda, el túnel del Cuajín o la Alhóndiga de Granaditas; de sus templos como la Basílica Colegiata y de la Virgen de Nuestra Señora de Guanajuato; e incluso de algunas batallas como la que emprendieron los Zafenis; otras historias mencionan la tradición de la Apertura de la Presa o algún callejón como el de los Pajaritos. Pero de todas estas historias es indudable que las Momias de Guanajuato cobren mayor interés para algunas personas.

Momias de Guanajuato

Un tema que no debe faltar en un libro como este es lo concerniente con las momias de Guanajuato, si bien han gozado de gran difusión gracias al cine nacional, también han sido las historias quienes han logrado que el público se interese en venir a esta ciudad para verlas personalmente... ¿y por qué no? De paso ir al Callejón del Beso o simplemente a “callejonear”... seguro que en ese recorrido se interesará en escuchar algunas leyendas o historias guanajuatenses como las de la momias, de ser así, aquí le presentamos algunas de ellas, comenzando por la de Carlos de Gante:

Un día de la Primavera del año de 1902, paseando en el hermoso jardín El Cantador, mi grande amiga la poetista Luisa Godoy, en compañía de quien iba, me dijo:

—Muchos pueblos tienen sus particularidades, sus cosas propias, quizá únicas en el mundo, por las cuales se distinguen entre los demás pueblos de cada país o de la tierra toda; así, Puebla tiene sus alfajores, sus muéganos, su mármol y su loza; Jalapa sus flores; México sus patos y sus chinampas; Celaya sus cajetas; Salvatierra sus cacahuates; Querétaro sus camotes; Guadalajara sus muñecos de barro; Durango sus alacranes; la mixteca oaxaqueña sus nihuas, y por este tenor muchos otros pueblos siempre tienen que ofrecer al viajero; Guanajuato, ciudad de importancia, tiene también sus cosas propias, y entre varias de esas cosas, se encuentran las momias, las momias que en sus pavorosas actitudes, están diciendo a cada viajero, a cada visitante que se les acerca, toda una serie de acontecimientos de la vida humana a través del tiempo, y

uno de esos acontecimientos, por demás singular, y que se relaciona con las momias, voy a referirte.

—¿Se trata de un relato de ultratumba?

—Nada de eso, es un acontecimiento de la vida humana como cualquiera otro, escucha, pues, amigo mío:

Hace años, sin que se pueda precisar la fecha, vivía en el barrio de Tepetapa un matrimonio compuesto de los esposos Juan y Andrea y dos pequeñas niñas Rosa y María.

Juan era un mocetón como de veinticinco años de edad, robusto y bien conformado, que trabajaba en la mina de Cata como barretero.

Andrea era una guapa muchacha que a lo sumo habría visto sucederse veinte primaveras, de hermosos ojos negros, complexión robusta y estatura elevada.

El matrimonio vivía feliz, ni una nube había enlutado el cielo de su dicha, ni un dolor había llegado a su corazón, ni un pesar había atormentado a su alma; por eso en todo el barrio ese matrimonio era tomado como modelo.

Juan toda la semana permanecía en la mina trabajando; los sábados salía y después de rayar se dirigía violentamente a su casa en donde lo esperaban con ansia su esposa y sus hijas y no volvía a separarse de ellas sino hasta el lunes siguiente en que iba a trabajar de nuevo.

Aunque de muy escasa instrucción era Juan un hombre entendido y sobrio en todos los actos de su vida, honrado como el mejor y de muy nobles sentimientos.

Estas cualidades, que no eran desconocidas de nadie, le granjearon al aprecio general y, tanto sus compañeros de trabajo como de sus principales, le guardaban toda clase de consideraciones.

En poco tiempo sus economías le permitieron comprar un terreno situado muy cerca del Panteón Municipal, junto a la amplia calzada que más tarde se abrió desde el Puente Nuevo hasta el Panteón, y en él construyó una casita humilde pero llena de luz y de alegría, en donde fue a vivir en compañía de su familia.

Doce años habían pasado, doce años de dicha y de ventura para Juan y su familia, en cuyo hogar vivían en dulce consorcio el amor y la honradez.

Rosa y María eran unas jóvenes llenas de gracia y de sencillez, en sus corazones guardaban para sus padres un inmenso amor y en sus almas acariciaban las más risueñas esperanzas de un porvenir aún más venturoso para ellos, quienes estaban orgullosos de tener unas hijas de tan bellas dotes.

Comenzaba el Invierno.

Las fiestas de Navidad acababan de celebrarse, durante las cuales, Juan había permanecido en su casa por licencia, que para ello, tuvo de sus principantes.

El día 28 de Diciembre Juan se fue a Cata con objeto de reanudar su trabajo interrumpido.

Serían como las seis de la tarde de ese día cuando Andrea vio llegar a su casa apresuradamente uno de los trabajadores de la mina todo sudoroso y empolvado y casi sin poder articular palabra por lo fatigado que estaba.

Andrea presintiendo algún triste acontecimiento, llena de angustia, hacía al hombre mil preguntas que este no contestó.

Después de un momento de descanso dijo a Andrea que su principal lo mandaba a participarle que Juan estaba enfermo, y sin dar más explicaciones se retiró violentamente.

Andrea sin pérdida de tiempo, en compañía de sus hijas Rosa y María y de una amigueta suya, se dirigió inmediatamente a la mina de Cata en auxilio de su esposo.

Juan iba descendiendo a la mina por el tiro principal, cuando se rompió el cable que lo sostenía y cayó al fondo en donde murió a los pocos momentos a resultas de una fuerte conmoción cerebral que sufrió.

Sus principales, al enterarse de lo que acababa de sucederle, corrieron en su auxilio, pero todo fue en vano porque ya era tarde y nada pudieron hacer en su favor; entonces dieron parte a las autoridades en presencia de quienes sacaron el cadáver. Practicadas las primeras diligencias, se dio el permiso para sepultar el cadáver y se ordenó la detención del encargado del malacate, como presunto culpable de tan triste acontecimiento, por ser el inmediato responsable de todos los útiles para la bajada y subida de los trabajadores y del mineral, por lo tanto, en su deber estaba revisar cuidadosamente esos útiles para que se conservaran siempre en buen estado.

La llegada de Andrea y las muchachas a la mina, causó profunda sensación entre los vecinos del lugar, quienes ya tenían conocimiento de todo lo ocurrido en el tiro principal.

Los jefes del mineral en vista del estado de excitación de Andrea, se vieron en la necesidad de conducirla al lugar en donde se encontraba el cadáver de Juan.

La escena que se produjo ante el cadáver fue bastante triste y conmovedora.

Cuando Andrea, Rosa y María se encontraron ante el cadáver de Juan, ni una lágrima brotó de sus ojos, ni una queja de sus labios; quedaron inmóviles de pie frente aquel despojo humano que poco antes, había animado toda una vida llena de cariño y de honradez. Era tan inmenso el dolor, era tan profunda la pena que había llegado hasta los corazones y hasta las almas de aquellas tres mujeres, que las lágrimas y las quejas huyeron espantadas; sus ojos desmesuradamente abiertos veían sin mirar, porque el dolor y la pena eran más grandes que la claridad del día.

Los que se encontraban presentes no se atrevieron ni a decir una palabra, ni acercarse a las mujeres porque la solemnidad de aquellos momentos había también paralizado sus acciones todas.

No sé qué tiempo pasaría, pero cuando las mujeres cayeron al suelo sin sentido, una reacción vino en el organismo de todos los presentes quienes acudieron en socorro de aquellas, ¡el momento de suprema angustia había pasado!

El día siguiente amaneció triste, polvoso y frío.

Las mujeres estaban en una pieza del rayador y eran atendidas personalmente por los principales de la mina y por el Doctor que al efecto había ido a Guanajuato.

Rosa y María se quejaban dolorosamente como si alguna herida sangrara sus sonrosadas carnes; Andrea apenas daba señales de vida; entre tanto, el cadáver de Juan, todo amoratado, era conducido en hombros de sus compañeros de trabajo al Panteón Municipal, que entonces, aunque no estaba del todo concluido, pues comenzaba la construcción de la gran galería subterránea que se extiende por todo el costado que da frente a la entrada, destinada para el osario; sin embargo, ya estaba al servicio público.

Allí, sobre su sepulcro, lloraron sus compañeros de trabajo y sus amigos. Allí quedó Juan durmiendo el sueño eterno, el sueño de los buenos.

Los días pasaron y cuando Andrea volvió a la vida, Andrea había perdido la razón; las horas todas de su vida, desde entonces, fueron de terrible angustia, de espanto, de zozobra, de dolor inmenso; sus ojos perdieron la vida de otros tiempos y su boca la palabra; por fortuna suya, esa terrible existencia se extinguió antes de llegar la Primavera.

Su cadáver fue sepultado junto al de su esposo.

Rosa y María quedaron huérfanas y en su orfandad, sobre el sepulcro de sus padres derramaron todas las lágrimas de sus ojos, las lágrimas que en días pasados habían huido ante la inmensidad del dolor.

Vestidas de negro iban diariamente en peregrinación de su casa al Panteón, y tantos días se sucedieron y tan acostumbrados estaban ya los vecinos del barrio a verlas recorrer el camino del Panteón, que cuando dejaron de verlas, no hubo ni joven ni viejo que hubiera dejado de preguntar por ellas, y como su desaparición fue casi intempestiva, la sensación que se produjo en todo el barrio fue grande, y la noticia atravesó el río, y llegó a la Plaza Mayor, y siguió su camino, y llegó hasta la Presa de la Olla por un lado, y por el otro, llegó hasta Marfil, y las autoridades tomaron cartas en el asunto, y hubo pesquisas judiciales; sin embargo, Rosa y María no parecían, y solamente cuando los vecinos de Tepetapa dijeron que el último día en que las vieron en su peregrinación cotidiana iban acompañadas de otra enlutada, una Señora ya

entrada en años, entonces fue cuando se averiguó que esa Señora era hermana de Andrea y, por lo mismo, tía de ellas, que residía en Irapuato, a donde había regresado llevándose a vivir con ella a sus sobrinas.

Las jóvenes, en la víspera de su partida, hicieron su última peregrinación al Panteón y allí, sobre el sepulcro de sus padres, dejaron las últimas lágrimas de sus ojos, allí dejaron su corazón, su alma, su vida toda; porque desde entonces, para ellas, todo había acabado, y dijeron adiós al terruño donde se había mecido su cuna, y a la alegre casita en donde tan felices habían sido, en donde habían sonreído y en donde también habían llorado y dijeron adiós al Panteón en donde dejaban los despojos mortales de sus padres, y dejaron su cielo de fulgente luz bañado, sus flores perfumadas y sus pájaros cantores, y dejaron allí en Guanajuato sus creencias, su fe, y su Dios, todo cuanto de grande y de noble, todo cuanto de tierno y de hermosos para ellas había, y se alejaron para ir a otra tierra y bajo otro cielo a vivir la vida del no ser.

Los vecinos todos no olvidaron ni aun hasta hoy olvidan a sus enlutadas, porque para ellas han guardado en sus corazones un cariño verdadero que está alimentando el fuego sagrado del recuerdo; pero no es esto todo, amigo mío, continuó la poetista, aun queda algo más importante, algo que quiero que veas con tus propios ojos y que, si es posible, palpes con tus propias manos, ven, voy a mostrarte ese algo, y tomándome del brazo emprendimos la caminata por toda la calzada de Tepetapa.

Casi media calzada habíamos andado, cuando deteniéndose mi guía me dijo:

—¿Ves aquellas paredes ennegrecidas por los años, entre cuyas piedras brotan multitud de arbustos?

—Sí, son ruinas al parecer de una casa.

—Efectivamente, esa fue la casa de Juan y Andrea, en ella nacieron Rosa y María, las jóvenes enlutadas de otros tiempos, en ella vivió la ventura por varios años y en ella también vivió el dolor por muchos días.

Desde la ida de Rosa y María, la casa quedó abandonada y desde entonces nadie se atrevió a entrar porque el dolor de sus moradores parecía palpitar en todas partes de aquel lugar, que infundía temor y respeto a la vez; solamente el tiempo había llegado hasta él y poco a poco había ido destruyendo la alegre casita de otros tiempos, hasta convertirla en las ruinas que aún se veían ¡tristes recuerdos de lo que fue!

Aun no es todo, continuemos la marcha, me dijo mi guía, y tomándome nuevamente del brazo nos pusimos en camino.

La calzada está muy pendiente, y después de esfuerzos fatigosos, llegamos a la entrada del Panteón, que se extiende sobre una meseta irregular, desde donde se ofrece a la vista la ciudad de Guanajuato en un panorama bellísimo

que los ojos no dejan de admirar, ni el corazón de sentir, ni el alma de soñar.

Allí, sentados sobre una piedra a la entrada del panteón mi amiga y yo, hicimos memoria de lo que fuimos, consideramos nuestra vida presente y pensamos en el porvenir; allí habíamos sobre las glorias mundanales y allí meditamos sobre las cosas de ultratumba, y cuando nuestro cuerpo estuvo repuesto de la fatiga y nuestro espíritu fortalecido ante la belleza del panorama y la soledad del lugar en que nos encontrábamos, traspusimos el umbral y entramos a la morada de los muertos.

Un vientecillo helado soplabá; la poetista y yo paseamos nuestras miradas por todo el campo mortuorio; el silencio que reinaba apenas era interrumpido por el hablar quedo de algunos visitantes del lugar que, o hacían memoria de las virtudes de alguna persona que allí se encontraba sepultada o hacían comentarios sobre la belleza o la fealdad arquitectónica de los sepulcros.

Los dolientes, los que allí tenían sepultada alguna persona querida, tristes y meditabundos permanecían junto a los sepulcros en donde habían ido a depositar flores o a quemar incienso.

De lejos en lejos se veía algún sepulcro lujoso; ya una capilla de estilo caprichoso que levantaba al cielo sus agujas; ya algún enlozado que ostentaba su lápida llena de inscripciones; ya alguna cruz que se erguía sobre un montículo de indefinida forma como emblema de la piedad cristiana de los dolientes; ya una columna rota como signo de una vida acabada en su florescencia; ya un ángel en actitud aflictiva como símbolo del dolor causado por la desaparición del ser querido cuyo cadáver allí había sido sepultado; y sobre cada uno de aquellos sepulcros, como manifestación de una vida latente, de un recuerdo impercedero, de un cariño profundo hacia los seres idos, elevaban a los cielos sus perfumes las pocas flores que el Invierno no había dejado ostentar su hermosura.

El recogimiento de nuestros espíritus en aquella mansión de la muerte era tan profundo, que nuestro ser vivo en aquellos momentos, la vida de otro mundo, y tuvo pensamientos y emociones ajenos de esta tierra, y entonces sentimos nuestros corazones oprimirse, y nuestras almas conmoverse, y nuestros cuerpos flaquear, y ante nuestros ojos se ofreció un vacío inmenso, sin color, sin forma, sin variedad alguna, que dejara acariciar una esperanza, y bajo nuestros pies se abrió un abismo profundo, tan profundo que no osamos movernos por temor de caer en él. Los instantes que pasamos en este estado de inconciencia fueron una eternidad para nuestra pobre humanidad.

Cuando todo pasó, cuando nos dimos cuenta de nosotros mismos, la poetista oprimiéndose uno de mis brazos me dijo:

—Al osario amigo mío y valor.

El sol en los dos tercios de su carrera, alumbraba vivamente por todas partes.

Atravesamos el campo mortuorio y nos detuvimos en el extremo opuesto a la entrada.

Un empleado del Panteón a quien mi amiga presentó una tarjeta del Señor Gobernador del Estado, levantó una loza que estaba cerca de nosotros y nos indicó el camino que debíamos de seguir.

Bajamos una escalinata de no se cuántos peldaños y al fin nos encontramos en el centro de una inmensa galería, que recibe la luz por unas pequeñas ventanas circulares que se abren en la parte alta; a la derecha se amontonan millares de huesos humanos desde el suelo hasta la bóveda; fémures, tibias, falanges, costillas y cráneos en desordenado conjunto muestran los despojos mortales de los que fueron, de los que ayer sonrieron y lloraron, de los que levantaron los ojos al cielo en demanda de consuelo para sus almas afligidas, de los que dudaron de todo, hasta de sus propias existencias, de los que amaron mucho y amando murieron, de los que odiaron y odiando bajaron a la tumba; allí están todos los de ayer, sin distinción de edades, de sexos, de categorías, porque al acabar la vida terrestre, se llega a la verdad única, que nada somos.

A la izquierda se extiende la galería de las momias.

—Mira, amigo mío, me dijo la poetista, allí están, o los buenos que por buenos no han sido pasto de los gusanos o los malos que por malos esos gusanos no se han atrevido a devorarlos; allí están los inmortales materiales, los que aun después de muchos años de muertos no han perdido la forma humana, quizá para expiración de sus pecados, quizá para glorificación de sus buenas obras, pero allí están bebiendo la vida de la materia muerta, y entre todos aquellos que ves, allí, en primer término sobre nuestra derecha están juntos, como en vida estuvieron, Juan y Andrea; allí están, míralos; él apretándose el pecho con ambas manos, como queriendo contener los latidos de su corazón y con la boca entreabierto como exhalando la última queja de su alma, esta diciendo la suprema angustia de que fue presa su vida en sus últimos instantes, al pensar que dejaba en esta tierra desamparada a una esposa amante y huérfanas a unas hijas cariñosas, y ella, mírala, tiene las cuencas de sus ojos vaciados y profundas, envueltas en las sombras, y que están diciendo que su inmenso dolor no solamente secó sus lágrimas dadas, sino que acabo con esos ojos que fueron hermosos, que dieron luz, calor y vida a Juan, a Rosa y a María; allí están los dos en actitud doliente por sus hijas, esas niñas queridas de su alma que dejaron huérfanas es este valle de lágrimas, pero allí están juntos, siempre juntos, como lo estuvieron en vida, porque el amor que se profesaron los unió de tal manera, que ni la muerte ha sido capaz de separarlos.

—¿Y los demás quiénes son?

—Aquel que miras encorvado, con la cabeza inclinada sobre el pecho, ese

fue un ateo que ni en vida quiso levantar los ojos al cielo por temor de llegar a creer en la existencia de Dios; aquél que avanza la cabeza hacia adelante y que muestra en la boca dos hileras de blancos dientes simulando una sonrisa, ese fue un ambicioso, uno que hasta con el aliento quiso abarcarlo todo, uno que atesoró mucho para morir en la miseria, para morir de hambre, sus enjutas carnes, dicen la vida de privaciones que llevó; aquel otro, bonachón, de actitud reposada, con los brazos extendidos a lo largo del cuerpo, fue un cura que jamás ejerció la caridad, que jamás consoló al afligido, que jamás partió su pan con el hambriento porque solamente se preocupó de sí mismo; aquella otra que tiene la boca desmesuradamente abierta, con las manos cerradas y levantadas a la altura del último espacio intercostal, ésa fue la beata de Valenciana, la primera mujer que entró al templo de esa famosa mina antes de ser consagrado, por cuya osadía fue expulsada del lugar, la más habladora de su tiempo, su actitud aun después de muerta dice su atrevimiento, su desenvoltura, quizá su histerismo.

—¿Y aquel que aún conserva sus ropas?

—Ese fue un Notario, persona de leyes, pero de fórmulas rutinarias, de palabras sacramentales, de estribillos nunca variados, por eso su actitud es reposada, su semblante serio y aun el entrecejo se le mira adusto.

—¿Y los demás?

—Los demás son otros tantos personajes cuya historia más o menos interesante te contaré en otro día y entre tanto llega, retirémonos y dejemos en paz a los muertos.

El sol se hundía en el Ocaso y el cielo iba enlutado sus azules cortinajes, mientras los pájaros en la enramada cuchicheaban sus amores despidiendo al día.

La poetista y yo, temblorosos y sumidos en la más profunda melancolía, nos dirigimos al centro de la ciudad.

Nuestras almas soñadoras eran presas de un sobresalto indescriptible y nuestros amantes corazones palpitaban con violencia.

Cuando nos despedimos, la poetista me dijo:

—No quiero morir en Guanajuato porque temo momificarme.

—Mejor sería que te momificaras porque entonces tendrías dos vidas una en la memoria de los que te queremos y te admiramos y la otra corporal en la galería del Panteón para consuelo de los tuyos.

—No, moriré lejos de aquí para que no quede de mí nada, no quiero que las generaciones que sucedan vean los despojos míos porque todo despojo siempre es triste, quiero que me recuerden, porque el recuerdo es la inmortalización del ser humano, adiós pues, amigo mío.

Se extendieron las sombras sobre la ciudad, en el cielo comenzaron a brillar las estrellas y por todas partes a oírse los rumores de la noche; entre tanto,

me dolía el corazón y mi alma, mi pobre alma, la soñadora de imposibles, estaba triste, triste hasta la muerte.¹

José Luis Martínez Jiménez también retoma a las momias para contar una historia:

Era una mañana del año de 1880 cuando por órdenes del presidente municipal los panteoneros empezaron a cavar sobre una tumba para sacar los restos de un muerto que había cumplido el tiempo que podría estar enterrado en el panteón, ya que sus familiares no pagaron los derechos de uso; al abrir la caja mortuoria gran asombro causó a los presentes el cuerpo de los que fue un médico francés, que estaba deshidratado, pero bien conservado, era una momia hecha por procesos naturales en forma incomprendible; a partir de ese momento Guanajuato llegó a ser conocido y visitado por sus momias, que llevó a la pantalla de cine el productor René Cardona en la película *Santo y Blue Demon contra las momias*, filme en el cual éstas reviven y atacan al pueblo en busca de venganza, esta película fue vista en todo México llenando las salas de cine por largos periodos, así mismo tuvo mucho éxito en Centro y Sudamérica, lugares en los cuales son recordadas las Momias de Guanajuato.

Cuando sacaron las primeras momias de sus cajas, buscaron un lugar donde ubicarlas y aprovecharon un pasillo que estaba a la entrada del panteón, ahí las recargaban en la pared sin objeto alguno; tiempo después decidieron colocarlas en vitrinas y arreglar el museo, ya que era mucha la gente que acudía a verlas, incrédulos pensaban que eran maquetas, las tocaban y esto las destruía, incluso se dice que hubo gente que les quitaba algo como recuerdo, sin embargo hoy día continúan paradas y usted puede visitarlas sin riesgo de que revivan y lo ataquen como sucede en la película.

De las primeras momias que hemos oído mencionar, se encuentran las de Egipto, que fueron hechas por procesos químicos; primero abrían el cuerpo para sacarles todos los órganos internos menos los pulmones y el corazón, después lo llenaban y rellenaban con mirra, los embalsamaban con ciertos líquidos derivados del petróleo, lo enredaban con vendas y lo metían a una caja llamada sarcófago, el cual ubicaban cerca de todos sus bienes materiales, como joyas y dinero, tal es el caso de muchos reyes egipcios cuyas tumbas fueron pirámides que muchos aventureros se atrevieron a abrir para llegar a las cámaras y llevarse los grandes tesoros, como sucedió a la de Tutankamen. Hoy en día esas momias egipcias son estudiadas en Inglaterra con el equipo más moderno, como son los tomógrafos y *scanner*, ya que encierran un misterio desde su mismo proceso de momificación.

¹ Carlos de Gante, *op. cit.*, *Cuentos Históricos Guanajuatenses*, pp. 119-139.

Las momias de Guanajuato para envidia de las egipcias, están hechas en forma natural, en ella los órganos internos casi desaparecen, los tejidos externos, cabello y uñas se conservan aunque se deshacen casi al tocarlas, sus dientes están en buen estado y se conservan gracias al nivel de oxigenación y humedad que hay en el interior de la tierra, pero sobre todo, el clima y la gran concentración de sales, las cuales matan a cualquier microorganismo o enzima que destruye los tejidos, incluso esto ahuyenta a las moscas de panteón.

Para ver a las momias de Guanajuato, debe llegar al centro de la ciudad del mismo nombre, de ahí a diez minutos se encuentra el panteón, en lo alto de una loma habitada, entra usted al museo y en el pasillo de este encontrará más de cien momias, entre las que resalta la momia más pequeña del mundo que es la de un niño, la del médico francés, siendo esta una de las más antiguas, la de un hacendado, y la de una mujer que en su rostro expresa angustia y desesperación, ya que se dice que fue enterrada viva.

En torno a las momias egipcias, se dice que en una ocasión en un sarcófago fue enviada a Inglaterra una de ellas y que en el barco acontecieron cosas muy extrañas, que incluso hubo alucinaciones en los tripulantes y todo culminó con el hundimiento del barco, el cual nunca logró el objetivo de llegar a su destino.

Hay también varias leyendas en torno a las momias de Guanajuato, en una de éstas, se dice que se ve cuando una momia persigue a la gente por las calles, va vestida como si fuera un monje y se comenta que es el alma de un sacerdote muerto.²

De Andrés García retomamos las dos versiones que incluye en sus dos libros:

La acrópolis o cementerio de Guanajuato se encuentra en la cima de un cerro dominando la ciudad, como en la antigua Atenas. Es un hermoso lugar para descansar para siempre. Allí se encuentran sepultados el Lic. y General Manuel Doblado, insigne diplomático que suscribió los Tratados de Soledad. El Señor General Florencio Antillón, defensor de la República.

Se inició su construcción el 30 de agosto de 1853 y el primer cuerpo inhumado fue el de Virginia Hernández O., de once años de edad, el 10 de abril de 1861.

Es un hecho realmente extraño la momificación en este lugar; no se sabe a ciencia cierta lo que origina este fenómeno porque con frecuencia en gavetas

² José Luis Martínez Jiménez, *op. cit.*, *Leyendas de fantasmas y casas embrujadas, aparecidos y casos paranormales*, pp. 33-35

colindantes hay cuerpo momificado en una y otro no y aún más frecuentes es en la fosa.

Para visitarlas hay que bajar una tétrica y antigua escalera de caracol, a una cripta en la que a primera vista conserva este letrero: “Como te ves me vi; como me ves te has de ver”.

El primer cuerpo momificado que exhumaron fue el del Dr. Remigio Leroy, de origen francés, en el año de 1870.

En la actualidad son aproximadamente 150 momias quienes con sus gestos grotescos cautivan el interés de los visitantes que contemplan esas momias, que es lo que queda de la vida en la igualdad con la muerte.³

En tiempo de la colonia en esta Villa de Guanajuato, no había cementerios, únicamente en los templos había criptas y en otros lugares que se destinaban para familias nobles.

En las pestes o calamidades que eran muy frecuentes aquí en Guanajuato, se echaban los cadáveres en hoyos profundos que en partes alejadas de la ciudad se abrían; apenas cabían estos y la mayoría quedaban insepultos; por esta razón y más tarde el panteón de San Sebastián fue puesto a disposición del pueblo, pero en poco tiempo fue insuficiente. Más tarde se abrió el de San Cayetano y por el año de 1833 los protestantes hicieron el de San Agustín, que también fueron insuficientes.

El 30 de agosto de 1853 se inició la construcción del actual Panteón Municipal cuyo terreno se localizó en la cima de un cerro que en la actualidad domina la ciudad como en la antigua Atenas y es un hermoso lugar para descansar eternamente.

Esta obra se suspendió porque alegaban que el terreno era propiedad de la Parroquia de Marfil; este problema fue solucionado por el Obispo don Clemente de Jesús Munguía, Obispo de Michoacán. Ya resuelto se reanudaron las obras. Siendo Gobernador del Estado el General don Manuel Doblado, lo inauguró.

El primer cuerpo momificado fue el del Dr. Remigio Leroy, de origen francés, sacado en el año de 1870, es un hecho realmente extraño la momificación en este lugar; no se sabe a ciencia cierta lo que origina este fenómeno, porque con frecuencia en gavetas colindantes hay un cuerpo momificado en una y en otra no y aún más frecuentes en la tierra.

Para visitar las momias, hay que bajar una tétrica escalera antigua de caracol, hay una inscripción en una placa con éstas palabras: “Como te ves me vi y como me ves de has de ver”, en la actualidad hay aproximadamente 150

³ Andrés García, *op. cit.*, *Guanajuato Maravilloso y legendario*.

momias. Quienes con sus gestos grotescos cautivan el interés del visitante que contempla las momias y que es lo que queda de la vida en la igualdad con la muerte.

En este panteón se encuentran sepultados el Lic. y Gral. Manuel Doblado, insigne diplomático que suscribió los Tratados de Soledad, el Sr. Gral. Florencio Antillón defensor de la República y muchos más insignes guanajuatenses.⁴

También Erasmo Mejía Ávila alude a este tema:

Nuestra ciudad ofrece muchos atractivos al viajero, por su fisonomía material que es única, por su historia que es sencillamente maravillosa, por su abo-lengo cultural que la coloca en un sitio de privilegio en el país y más allá de sus fronteras, por sus últimas manifestaciones artísticas a través de su Teatro Universitario y su Orquesta Sinfónica.

Sí, así es en efecto, pero, las cosas, raras serán siempre motivo de singular atracción.

La gran mayoría de turistas, los que por primera vez vienen a Guanajuato, han recibido de los anteriores, de manera especial, dos recomendaciones: que visiten el Callejón del Beso y el Museo de las Momias.

No en todas partes ocurre este fenómeno con los cadáveres. Aquí mismo, en nuestro panteón, sólo en el lado sureste, o sea en la cuarta parte del cementerio.

La manifestación se debe, sin que sea esta una opinión científica, a la ventilación especial, a la altura, al terreno, pues lo mismo ocurre en las gavetas en el suelo.

Con toda seguridad que el fenómeno tiene lugar desde que fueron exhumados del Panteón Municipal, al término reglamentario, los primeros cadáveres.

Este término es de cinco años, pero la momificación debe consumarse desde antes.

El dato de mayor importancia para nuestra población, por la circunstancia de la gran mortalidad que hubo y porque varios de los cuerpos por temor de que se propagara más la peste, eran inhumanos casi en seguida que se declaraban muertos; pero sucedía que en algunos casos se les sepultaba cuando en realidad todavía no expiraban, de modo que, al volver de aquel estado cataléptico, ya se hallaban en la tumba, muriendo, finalmente, por desesperación, por angustia y por asfixia. De ahí esa mueca de dolor que hay en algunas momias.

⁴ Andrés García, *op. cit.*, *Guanajuato histórico y legendario*, pp. 6-7.

Esto fue cuando la peste de cólera *morvus* se registró en nuestra población, allá por el año de 1833.

Tal era la cantidad de muertos, que fue necesario abrir panteones complementarios en las laderas del Cerro de San Cayetano y en la parte de la cañada de Marfil.

Las Iglesias ayudaron mucho a resolver este problema casi en todo el país. Aquí, La Compañía, San Francisco, San Diego, Belén, San Roque, San Sebastián, etc. Este fue uno de los más antiguos.

Hasta 1861 que se inauguró el Panteón Municipal, siendo Gobernador del Estado el General Francisco Pacheco. De esta fecha datan las primeras momificaciones. El primer cadáver momificado que se exhibió corresponde al Doctor francés Remigio Leroy, en 1865 y que aún existe.

Hace años las momias se exhibían al público en un hipogeo que se halla justamente debajo del lugar donde se registra este hecho curioso. En una galería que hay al fondo, se ofrece el macabro espectáculo, formando las momias una doble fila como de 25 metros de fondo y acertadamente detrás de una vidriera.

Por ahora se encuentran en otro lugar, detrás del panteón, donde siguen exhibiéndose a la morbosidad del turismo, pero ya debidamente protegidas en vitrinas.

Por todo lo anteriormente expuesto en forma tan llana, el público debe desechar, por inciertas, todas esas leyendas baratas que cuenta la gente.⁵

El gran Teatro Juárez

Con gran consternación, pánico y curiosidad, amaneció la población, el 19 de julio de 1861, en que como reguero de pólvora cundió la noticia de que el Convento de San Pedro de Alcántara, soberbio edificio de la colonia, anexo al templo de San Diego caía bajo la piqueta y barrenos de activa cuadrilla de hombres.

Y esto no hubiera llegado a mayor cosa, si no hubiera sido porque la demolición se llevó a cabo precisamente el día del santo patrono del Convento, motivo suficiente para que la conseja popular lo considerara como grave afrenta e imperdonable sacrilegio, no faltando la “maldición” de las comadres:

⁵ Erasmo Mejía Ávila, *op. cit.*, *Lugares Históricos de Guanajuato*.

“los hombres que allí laboraban morirían accidentados de distintas maneras por haber osado levantar su piqueta contra la casa de Dios”.

La realidad, fue que el acaudalado hombre de negocios, don Encarnación Serrano, ex-jefe Político de la Administración Pública, adquirió en ínfima suma de dinero, el vetusto Convento de San Pedro de Alcántara, como si fuera un terreno mostrenco, para construir en su lugar un edificio de tres pisos, con fines lucrativos, que una vez terminado denominó: “Hotel Emporio” instalado en sus bajos las Oficinas del “Servicio de Diligencias” único medio de comunicación de aquel entonces, a través de veredas y caminos sinuosos, entre la ciudad de Guanajuato y el resto del país.

La maldición popular no se dejó esperar mucho, pues poco tiempo después, la enorme cúpula de Convento vino a tierra estrepitosamente, de manera inesperada, sepultando para siempre bajo sus escombros a una docena de trabajadores. A este lamentable accidente siguieron muchos más con pérdidas de vidas y derramamiento de sangre. Con estos antecedentes, el pánico se generalizó, cundiendo el rumor que todos los pasajeros que se hospedaban en el trágico “Hotel Emporio”, si no se enfermaban de gravedad, fallecían a consecuencia de cualquier accidente, por lo que su propietario bien pronto se vio obligado a realizarlo a bajo precio, previa demolición del mismo a pesar de la fuerte inversión que en él había hecho.

Posteriormente, el general don Florencio Antillón, Gobernador del Estado, para aprovechar el terreno abandonado, pues nadie lo quería adquirir, decidió levantar en su lugar un enorme monumento a la cultura, como lo es aún el hermoso Teatro Juárez de Guanajuato. En efecto, el 3 de agosto de 1872 comenzaron las nuevas obras bajo la dirección técnica del Arquitecto don Juan Noriega, quien para el caso tuvo que vencer enormes dificultades, pues refiere el Padre D. Lucio Marmolejo en sus Efemérides, que al acabar los cimientos, se encontró con un Convento subterráneo, a semejanza de las ruinas de Pompeya, en pequeño, probablemente debido a que con las frecuentes inundaciones que sufría la población en aquella época, se elevó considerablemente el piso de las calles. Una vez zanjadas estas dificultades, colocóse la primera piedra el 5 de marzo de 1873, y las obras se desarrollaron a ritmo acelerado hasta el 31 de diciembre de 1874, pero éstas se suspendieron de improviso, por disposición expresa del General Díaz, por falta de dinero.

Fue hasta pasados 18 años, o sea el 30 de enero de 1893 cuando los trabajos se reanudaron, siendo Gobernador del Estado el General don Manuel González, quien por coincidencia (¿o por la fatídica “maldición?”), falleció en su Hacienda de Chapingo el mismo año, prosiguiendo las obras el Gobernador don Joaquín Obregón González, bajo la dirección del arquitecto Antonio Rivas Mercado. El encargado del fastuoso ornato, adquirido en Nueva York

y parte de Chicago fue el ingeniero don Alberto Malo; el elegante mobiliario de Foyer, que ocupa el frente de la planta alta, que se complementa con pesados cortinajes de terciopelo rojo, bordados con hilo de oro, así como las esbeltas estatuas de bronce y esculturas de Carrara fueron hechos en París. El gigantesco telón original que hasta poco fue reemplazado, fue pintado por el decorador M. Labasta escenógrafo de la Opera Cómica Francesa y representaba el “Cuerno de Oro del Puerto de Constantinopla”.

Corona el proscenio un gigantesco arco de herradura de riqueza ornamental única, toda la filigrana morisca, que rima con el estilo predominante del resto del salón de espectáculos.

Colaboraron en la construcción y ornato de este coliseo, el famoso pintor metropolitano señor José Cabrera Jr.; los escenógrafos mexicanos Pérez y Herrera y el catalán Federico Amérigo.

Hay la versión de que al estar instalando el candil principal, éste se cayó y causó la muerte de varios obreros que en tal labor se encontraban; pero parece que el accidente no produjo consecuencias trágicas, sino que hubo confusión respecto de las noticias, pues en aquel entonces, en el Teatro de la Ópera de París había ocurrido un suceso de proporciones trágicas de idénticas características.

Fue el 27 de octubre de 1903, con asistencia del General don Porfirio Díaz, acompañado de gran parte de su Gabinete, del Cuerpo Diplomático y varios Gobernadores de otros estados, cuando se llevó a efecto la solemne inauguración del Gran “Teatro Juárez”, con la opera “Aída” del famoso compositor italiano José Verdi, representada por la famosa compañía de Opera Italiana “Ettose Doig y Cía.”, bajo la dirección artística de Napoleón Siene.

A este acto sin precedente en los anales de Guanajuato, acudió lo más selecto de la élite metropolitana y guanajuatense, luciendo las damas sus más atrevidos y finos vestidos y los caballeros costosos trajes, en un verdadero alarde de elegancia y fraternal competencia de pedrería, exquisitos perfumes y fastuosas telas, ricamente confeccionadas, que hicieron remontarse a los concurrentes, a una maravillosa noche de cuentos de hadas.

El selecto público aplaudió hasta el delirio la actuación de las excelsas artistas Grissi y Pozzi, a los cantantes Logobardi y Ottomoni y a los bardos Juan de Dios Peza y Agustín Lanuza (Sr.).

Desde su inauguración hasta nuestros días, el Gran Teatro Juárez ha lucido sus mejores galas en todos los aspectos, y han desfilado por sus escenarios cosechando aplausos, artistas de fama internacional: entre ellos Luis Tétrazini, Jaime Nunó, Ricardo Castro, el Cuarteto Tener, la Orquesta Sinfónica de México, la Orquesta Típica Miguel Lerdo de Tejada, Virginia Fábregas, Esperanza Iris, Luisa Bonoris, la malagueña Amparo Garrido, la gitana Carmen

Amaya, la exquisita Norma Ruskaya, los maestros Manuel M. Ponce y Julián Carrillo; la familia Carero, los contemporáneos hermanos Soler, Sofía Álvarez, Louis Mario Moreno, Tata Nacho, Mario Talavera, el Ballet Concierto de México, etc.

El Gran Teatro Juárez, orgullo de los guanajuatenses, donde artistas de fama mundial han plasmado con la magia de su arte la excelcitud de la belleza y la virtud de sus facultades, aún se yergue majestuoso cual si acabara de estrenarse, como una elegía a la cultura guanajuatense, como algo único en la América Latina como un remedo de los templos greco-romanos.

Ocho de las nueve musas griegas, bellamente esculpidas en bronce, coronan su frontispicio monumental y se yerguen arrogantes como retando al cielo una sobre cada columna en el interior del edificio pues por razón de estética en la construcción, fue suprimida una de sus columnas.

Para los que no retienen fácilmente la memoria los nombres de las deidades griegas, a continuación las enumeramos: Clío (la Historia), Melpómene (la Tragedia), Talía (la comedia), Terpsícore (el Baile), Erato (la Elegía), Caliope (la Epopeya), Urania (la Astronomía) y Polimnia (La Elocuencia), la que falta es Erato (la Elegía).⁶

Mercado Hidalgo

Este monumental edificio empezó a construirse sobre los terrenos de la antigua Plaza de Toros de Gabina, el 11 de junio de 1904, pero por fatal inundación el primero de julio de 1905, y la construcción de las bóvedas sobre el río, se suspendieron las obras por algún tiempo. Por lo que se entiende, que la formal construcción de edificio empezó el 15 de enero de 1909.

Éste tiene de longitud 70 metros y de fondo 35. Tiene tres entradas; la puerta principal esta tallada primorosamente en cantera rosa formando un arco, en la parte superior de este se encuentra un medallón formado de frutos y con fecha 1910. A ambos lados de la misma portada, fueron colocadas dos hermosas placas de mármol que contiene la siguiente inscripción: en la primera a la derecha, “Comenzó la construcción de este edificio, el 15 de enero de 1909 y terminó el 16 de septiembre de 1910, Primer Centenario de la Pro-

⁶ Juan José Prado, *op. cit.*, *Leyendas y tradiciones guanajuatenses*, pp. 133-149.

clamación de la Independencia Nacional, siendo Presidente de la república el Señor General de la División Don Porfirio Díaz, y gobernador del estado, don Joaquín Obregón González”.

En la portada a ambos lados de las placas se pueden ver grandes y magníficos albornotes sostenidos con arcos de hierro vaciado, con sus lámparas de 1000 bujías cada una, para iluminar suficientemente el frente y la calle del mismo.

En el interior tiene cuatro escalinatas para subir al segundo piso, desde el cual se admira la solidez del edificio que lo componen un sólo armazón y la bóveda de hierro, así como el conjunto que forma todo el edificio; teniendo luz natural por medio de 34 grandes y profusos ventanales. En el centro y alto de la bóveda, se construyó una torrecilla en la cual se encuentra un reloj de 4 carátulas, que da cuartos, medias y horas con claras y sonoras campanadas. En esta cúpula para finalizar, se colocó un veleta, sobre ella un pararrayos, que funciona debidamente. En las afueras se encontraban sus dos prados, uno a cada lado de la puerta principal.⁷

Jardín de la Unión

A pesar de su pequeña extensión, adaptado a la difícil situación topográfica de la ciudad, es la plaza principal de Guanajuato.

Se encuentra situado al sur por la calle de Alonso, al oriente por varios edificios; entre ellos el Casino y el Café Valadés; al poniente, el Hotel Luna. El lugar que ocupa hoy el Jardín de la Unión estuvo la plazuela y atrio del convento de San Pedro de Alcántara. Siendo gobernador del estado, el licenciado y general Manuel Doblado, el 1 de octubre de 1861, ordenó a la jefatura política construir una plaza entre el Convento de San Diego y la Casa de Moneda siendo preciso derrumbar el templo y parte del convento de tercera orden.

En este lugar se construyó el lujoso hotel Emporio y una plaza o mercado, llamada la Constancia. Poco tiempo después el hotel fue derrumbado para construir en ese lugar el gran teatro Juárez y el jardín de la Unión.

Los primeros días del mes de octubre de 1861, se comienza la plantación del Jardín Unión, contándose con los fresnos que ya existían y la hermosa fuente que estaba en el centro de la plaza. Colocando lunetas de piedra, sem-

⁷ Manuel Sánchez Valle, *op. cit.*, *Guía Histórica y Turística de Guanajuato*, pp. 113-114.

brando pastito y plantas florales. A fin de este mes queda terminado. Con motivo de la ocupación de la ciudad de Guanajuato, el 8 de diciembre 1863, por el general conservador Tomas Mejía. El pueblo maltrató el jardín procediendo a asearlo y a arreglarlo nuevamente.

Siendo gobernador del estado, el licenciado Manuel Muñoz Ledo, el 16 de septiembre de 1863, se reestrena el jardín, con importantes reformas; sustituyéndose las lunetas de piedra por otras de fierro o madera, la ampliación de los embanquetados, estrenando el elegante quiosco para la música.

En esta fecha, encendieron por primera vez los focos de luz eléctrica.

Según disposiciones del Ayuntamiento, pronto se extendería este gran beneficio por todo el centro de la ciudad.

En 1867, se colocaron los elegantes arbotantes, los martes toca el Jazz Bat de la policía, los jueves y domingos, la banda del Estado en las serenatas. En las fiestas locales y nacionales, hay serenatas de gala, concurren a estas personas de todas las clases sociales.⁸

Las Casas de Moneda en Guanajuato

Contra una generalizada creencia, que ha ido tomando cuerpo y arraigo entre mucha gente, en Guanajuato no existió ninguna Casa de Moneda durante casi toda la extensión del Virreinato. Fue hasta sus postrimerías, en 1812, cuando se instaló formalmente la primera, aunque durante la ocupación de las fuerzas insurgentes en esta ciudad a partir del 28 de septiembre de 1810 hubo un antecedente del que es necesario hablar.

En efecto, Hidalgo improvisó una Casa de Moneda en la antigua hacienda de beneficio de San Pedro, pues tenía necesidad de acuñar las barras de plata sustraídas de Granaditas. De entre los presos liberados de la cárcel, que en aquellos tiempos estaba ubicada en los Arcos, utilizó a dos que habían sido reclusos por ser monederos falsos, designando como director a don José Mariano de Robles.

Dicha hacienda de beneficio perteneció a don Joaquín Peláez, y en la sazón que la traemos a cuento, era cuartel del Regimiento de Caballería del Príncipe; más tarde Cuartel Primer Ligerero; en la actualidad, condominio multifamiliar. Dicha Casa de Moneda debe haber funcionado en una forma

⁸ *Idem*, pp. 111-113

muy elemental, pues era imposible de un momento a otro se improvisaran las máquinas técnicamente perfectas, así como todo lo demás que concierne a ese ramo de la industria, cuando en Guanajuato se carecía de antecedentes al respecto. Por otra parte es menester señalar que esta improvisada Casa de Moneda tuvo una duración verdaderamente precaria, pues después de la entrada del ejército insurgente, transcurrió, indudablemente, un periodo de tiempo prudente para poder instalar y poner en estado de funcionamiento a todo el equipo destinado a esa finalidad. Las maquinas fueron retiradas a la ciudad de México el 9 de diciembre del propio año, de manera que la referida Casa debió haber funcionado, cuando mucho, dos meses. En la misma opinión confirma el ingeniero don Francisco Antúnez en su meritísima obra *Monografía Histórica y Minera del Distrito de Guanajuato*. Dice: “No se tienen datos para comprobar que la Casa de Moneda que intento establecer el Cura Hidalgo haya quedado concluida, ni se conoce tampoco ninguna moneda acuñada en ella. Lo probable es que, debido al ataque y toma de la ciudad por el jefe realista don Félix María Calleja del Rey y por don Manuel Flon, Conde de la Cadena e Independiente de Puebla, la cual tuvo lugar el 25 de noviembre de 1810, hayan quedado en suspenso los trabajos para la fundación de la Casa de Moneda”.

El mineral, en que tan prodigas fueron nuestras minas, fue acuñado, durante el Virreinato, en la única Casa de Moneda que hubo en ese tiempo, y que fue instalada en la ciudad de México el año de 1537.

En 1812, el gobierno español se dio cuenta de la urgencia con que se precisaba la instalación de una Casa de Moneda en Guanajuato, pues aparte del recargo de trabajo que se había acumulado en la Capital del Virreinato, había que contar con las dificultades que había para el transporte del metal en época tan revuelta, por cuyas razones se autorizó la implementación de este establecimiento por primera vez en Guanajuato; aunque en mayo de 1813 se produjo la suspensión de sus actividades. “Durante el periodo de cinco meses que funcionó este establecimiento se acuñó en él la suma de \$311,325.00”.

El 20 de marzo de 1821, el Coronel don Anastasio Bustamante dispuso que se restablezca la Casa de Moneda de Guanajuato, y aunque por el momento se opuso el Ayuntamiento a este restablecimiento, se verifica pocos días después.

En 1821 —continúa Antúnez—, el primer Jefe del Ejército de las Tres Garantías, don Agustín Iturbide y Arámburu, llega a la Capital de la Intendencia de Guanajuato, desde donde dirigió por algún tiempo las operaciones

de la campaña dictando varias disposiciones importantes: el 23 de abril de ese año Iturbide dirige dos comunicaciones al Ayuntamiento de la Ciudad. La primera, admitiendo a don Fernando Pérez Marañón la renuencia como Intendente de la Provincia, lo que no se lleva a efecto por haberse opuesto empeñosamente los miembros de la Corporación; la segunda, que en el acto se establezca de nuevo la Casa de Moneda de la Capital; y mando que para ese efecto se desocupe sin demora el edificio del Colegio de la Purísima Concepción y se ponga este a disposición del Ensayador don Bernardo Galindo, que había sido Director de la Casa de Moneda. El Ayuntamiento contesta que así se hará sin discusión alguna, y el 23 de abril de ese año comienzan las labores de ese importante establecimiento.

No obstante el cúmulo de dificultades que tuvo la Casa de Moneda de Guanajuato desde su iniciación, del 25 de abril al 31 de diciembre del mismo año, se acuñaron \$291,150.00; y como en los años de 1812 a 1813 se habían troquelado \$311,125.00 al finalizar el año de que se trata la Casa había producido, en moneda –según datos del propio ingeniero Antúnez– la suma de \$ 602,575.00.

En el referido sitio estuvo ubicada la Casa de Moneda hasta el 29 de agosto de 1827, fecha en que las autoridades respectivas ordenaron la integración del Colegio de la Purísima a sus antiguas instalaciones.

Se volvieron entonces a instalar las antiguas máquinas en una nueva sede ubicada en la Calle de Sopeña. Los instrumentos deben haber sido de lo más adelantados de su época, como lo confirmaban los magníficos troqueles que hoy codician los coleccionistas numismáticos.

Allí duró la Casa de Moneda hasta la disposición dada el 1 de julio de 1900, en que se ordenó su clausura, habiendo acuñado en los sesenta y dos años de su actividad, sumados a los que amparan los de 1812 a 1827, la suma de \$334,174,459.00.

Desde el inicio de la guerra de independencia se fueron sucediendo infinidad de asonadas, pronunciamientos y todo linaje de alteraciones al orden y a la paz pública, por lo cual privaba en el país un estado de constante inseguridad. No existiendo en esa época instituciones bancarias ni medio alguno de asegurar los caudales privados, fueron frecuentes en los entierros de valores en escondrijos de diferentes índoles, lo que originó infinidad de patrañas que las viejecitas relataban, sentadas en su sillita baja de combo asiento de pita, desvirtuadas ya por una fantasía galopante, que hacía que aquellos relatos fuesen gradualmente cobrando cuerpo y que se retransmitiesen aderezados, de generación en generación.

Así, la fantasía inicial adquirida en un momento dado desorbitadas pro-

porciones: lucecillas que se veían brillar todas las noches junto al poyito de la cocina; lamentos de las almas y demás consejas de similar jaez.

No faltaron los episodios chuscos que en estas versiones populares se generaron.

En una ocasión, habiendo recibido cierta dama el aviso de una fantástica relación que relataba el lugar de un entierro, cautelosa y poseída de intensa emoción se puso a cavar en el muro que señalaban la conseja de marras. Sus manos, finas y trémulas por la emoción, quitaban cascotes y ladrillos. Hacia caer el escombro en un balde oportunamente cubierto con trapos abundantes para evitar que el ruido se convirtiese en su denunciante. Por fin, al terminar de taladrar el muro, su corazón latió vivamente. ¡Había dado una caja misteriosa! Introdujo ansiosa la mano trémula, y... ¡Oh, sorpresa! Substrajo una cuchara de plata. Siguió su exploración, vivamente emocionada, cuando con pánico mortal sintió que su mano era asida firmemente. Nuestra diligente exploradora había dado nada menos que con el comedor de la casa contigua.

En otra ocasión, otra curiosa dama, guiada por otra mendaz denuncia y aprovechando el silencio de la media noche, comenzó a horadar el muro en igual y con idéntico frenesí que en el caso antes relatado. Ésta, más resuelta y más vigorosa, manejaba el pico con valor, energía y destreza; y como ahora el muro era de mucho mayor espesor y hecho de cal y canto, logró desprender un grueso pedrusco. Con pavorosa sorpresa vio asomar otro pico similar, procedente del lado opuesto. Era que un curita, vecino de la finca colindante, se dedicaba a la misma labor. Se trocaron los picos en manos que cordialmente se estrecharon, riendo festivamente de la aventura.

Estos hechos fueron reales, sin intervención alguna de fantasmas de guardarropía ni de ánimas en pena que no eran sino sacudidores colgados de largas escarpas.⁹

El túnel del Cuajín

Como Guanajuato está situado en una cañada, siempre que llovía fuerte, era víctima de espantosas y horribles inundaciones; en veinte ocasiones y otras más, fueron destruidas las fincas, habiendo innumerables víctimas humanas. El 5 de octubre de 1905, las autoridades alarmadas por tantas y repetidas

⁹ Manuel Leal, *op. cit.*, *Croniquillas de Guanajuato*, pp. 105-107

inundaciones, abrieron una convocatoria para que desde luego, se construyera el túnel de Cuajín, mismo que quedó perforado el 23 de enero de 1908, pero antes se habían suspendido los trabajos, y el gobierno de estado acordó prorrogar hasta el 31 de enero de 1906 el plazo de la convocatoria, para el contrato de túnel del Cuajín, quedando terminado el 23 de enero de 1908.

El 15 de septiembre de ese año, se inauguró echando a vuelo las campanas de los templos, y la sociedad entera alababa a Dios y dando gracias por aquella grande obra que era la salvación de la ciudad, y en la explanada que se halla en la extremidad del túnel, estaba la concurrencia de todas las clases sociales. El trayecto del Jardín Unión a la mencionada explanada estaba vestido de gala y había gran alboroto. El toque del clarín, anunciaba la llegada del señor gobernador Joaquín Obregón González y su comitiva; se hicieron los honores de ordenanza, procediendo luego al descubrimiento de la placa, y acto seguido se desbordó el júbilo y los aplausos de aquella muchedumbre se hicieron sentir. Se dijo que de hoy en adelante, ya no se registrarían más catástrofes como la de 1905, ya que el túnel desviaría las impetuosas corrientes y la alejaría del centro de la ciudad.

La placa quedó al descubierto y en ella se lee la siguiente inscripción:

Túnel Porfirio Díaz
1906-1908
Presidente de la República Mexicana
Sr. Gral. Porfirio Díaz
Gobierno de Guanajuato Sr. Joaquín Obregón González
Ingeniero de la obra Sr. Ponciano Aguilar
Construido por la Compañía Mexicana
De Construcciones y Obras de Ingeniería S.A.
Guanajuato, 15 de Septiembre de 1908.

Los entendidos maestros fueron los perforistas italianos Hugo Constantini, Luis Semevelo, Francisco Terioli y Guillermo Chessari. La longitud es de 1, 162 metros, la sección es enteramente circular con un diámetro interior de 7 metros. A la entrada y salida de él se practicaron dos tajos, siendo el de la extremidad de entrada de 90 metros y el de la extremidad de salida de 110 metros.

Disparados los dos últimos barrenos que definieron la perforación, la comitiva penetró al túnel y hacía la medianía del mismo hicieron uso de la palabra los señores Izquierdo y Lanuza con dos composiciones que fueron improvisadas allí mismo.¹⁰

¹⁰ Manuel Sánchez Valle, *op. cit.*, *Guía Histórica y Turística de Guanajuato*, pp. 108-109.

Alhóndiga de Granaditas

Sobre la Alhóndiga de Granaditas se encontraron tres versiones, la que a continuación presentamos hecha por Carlos de Gante:

A mediados del siglo XVIII, entre la hacienda de Dolores y la Cuesta de Mendizábal, vivía un buen hombre que todos le decían: Tío Miguel, pero en realidad, se ignoraba su verdadero nombre, cuyos recursos pecuniarios le permitían vivir con cierta holgura. Era amante de las flores y de toda clase de plantas y arbustos, por lo que en su casa tenía un jardín que en su fuerza de cuidados estaba hermoso.

Su predilección por las plantas era bien conocida de todos los buenos habitantes de Guanajuato, circunstancia por la cual siempre le llevaban plantas a vender.

Un día llegó a Guanajuato un hombre que entre sus mil baratijas llevaba unos granados. Sabedor de que el Tío Miguel podría comprárselos, sin pérdida de tiempo se dirigió a su casa acariciando la idea de hacer un buen negocio.

El Tío Miguel tan pronto como vio los granados, se prendó de ellos y bien hubiera dado sin vacilar una respetable suma, tanto más cuanto que en ese tiempo se escaseaba bastante esas plantas en Guanajuato.

Entregó al hombre el precio convenido y desde luego se dedicó a cultivar esas plantas, que bien pronto formaron en la casa del Tío Miguel un verdadero bosque.

Esta circunstancia hizo que esa casa fuera, desde entonces, conocida con el nombre de Casa de Granaditas.

Los años pasaron y a fines de Enero del año de 1792, habiendo el Tío Miguel tomado parte activa en las fiestas que se celebraron con motivo de la toma de posesión de la Intendencia de Guanajuato por don Juan Antonio de Riaño, que nació el 16 de Mayo de 1757 en Liérganes, España, y fue nombrado por el Rey Intendente Corregidor de la ciudad de Guanajuato y su Provincia, el 22 de Julio de 1791, a resultas de un enfriamiento que sufrió en dichas fiestas, murió en los primeros días del siguiente mes de Febrero.

La ya entonces famosa Casa de Granaditas quedó en poder de don Antonio, uno de los parientes más cercanos del Tío Miguel.

Con motivo del hambre que se dejó sentir en 1786, se tuvo la idea de hacer construir una Alhóndiga, en donde poder almacenar semillas en suficiente cantidad para prevenir otros tristes acontecimientos como los del llamado año del hambre.

Esta idea altamente humanitaria, no pudo llevarse a efecto desde luego, no tanto por las dificultades que se presentaron, sino por la apatía de los iniciadores.

Don Antonio era un hombre ya entrado en años, más de sesenta primaveras había visto sucederse y, durante todo ese tiempo, nunca habían llegado a entristecer su alma ni a sangrar su corazón las ingratitudes y los dolores humanos, era, por lo tanto, un hombre feliz hasta donde se puede ser en este mundo.

Estaba casado con una guapa joven que a lo sumo tendría veintiocho años de edad, se llamaba Luz y era modesta, de carácter dulce y muy dada a los quehaceres de su casa, cualidades que la hacían ser estimada de cuantos la trataban, principalmente de su esposo con quien confrontaba perfectamente en todo su modo de ser.

Fruto de su unión de don Antonio eran dos hermosas niñas, pequeñas aun, que daban a aquel hogar toda la alegría y toda la ventura que puede desear el triste mortal.

Don Antonio había sido casado antes y de su primer matrimonio le quedaban, a esas fechas, una hija llamada Leonor, que entonces vivía en Pastita con su esposo, y un joven de nombre Manuel, como de veintiséis años de edad, que viva en su compañía y lo ayudaba a cuidar y cultivar el jardín que les había dejado el Tío Miguel.

Cuatro años habían pasado.

La Primavera de 1796 anunciaba su llegada adornado de brotes los jardines, dando a los riachuelos murmurar sonoro y a las aves dulcísimos gorjeos; este anuncio de alegría y de contento llegó a los buenos habitantes de Guanajuato, como una bendición del cielo y como un aviso para el porvenir, entonces fue cuando se amamantó la idea de la construcción de una Alhóndiga en donde se pudiera guardar buena cantidad de semillas, para prever el hambre que ya antes había afligido a la ciudad, y por el arquitecto don José Alejandro Duran y Villaseñor se presentó al Ayuntamiento el plano y presupuesto de esa obra y se pidió licencia al Virrey para erogar los gastos y llevar adelante la construcción; entre tanto, don Antonio y su familia dejaban pasar los días en el recogimiento del hogar, sin más aspiraciones que ser felices, sin más consuelo que el que les proporcionaba el cariño mutuo.

Luz desde que conoció a don Antonio y a Manuel, se efectuó en todo su ser una revolución que se tradujo en un profundo cariño, respetuoso para el primero y jovial para el segundo.

Don Antonio desde entonces, no tuvo para Luz sino palabras llenas de cariño y desde luego le ofreció su mano y su nombre, considerando que aquella muchacha modesta y cariñosa, había de llevar a su casa el consuelo y la ventura que necesitaba en el último tercio de su vida, y levantó en su alma un

templo cuya sola divinidad era ella, y ella, huérfana, porque al venir a la vida, su madre murió, y no supo por entonces quién era su padre, la caridad de unas buenas gentes le dio abrigo y tuvo pan para calmar su hambre, y tuvo ropa para cubrir su desnudez, y vio en don Antonio el refugio de su orfandad y se entregó a él en cuerpo y alma.

Más que esposa, era la hija que reclinaba sobre el pecho del anciano, recibía de este las más tiernas caricias, y Manuel era para ella, no el entonado, para el que siempre las madrastras guardan el más profundo rencor, si no el hermano a quien le daba sus sonrisas y a quien profesaba un grande cariño, y esas mismas sonrisas, y ese mismo cariño guardaba también para Leonor.

A fines de 1797 y habiendo sido aprobados los planos de la Alhóndiga, reformados por los profesores de la Academia de San Carlos de la entonces Nueva España, y otorgado por el Virrey el permiso respectivo para erogar los gastos de la construcción, y elegido el lugar, el Ayuntamiento compró varias casas que mando derribar desde luego. Entre estas casas estaba la de Granaditas, tan conocida en todo Guanajuato más que por sus flores, por sus granados.

Don Antonio y su familia dejaron aquel lugar en donde habían sido tan felices y al dejarlo derramaron abundantes lágrimas, las primeras que desde que se instalaron en aquella casa, habían surcado sus mejillas, porque les pareció que allí habían dejado su dicha, su alma, su vida toda, y se fueron a vivir en una casa de la Plazuela del Baratillo.

En Enero de 1798, dio principio la grande y magnífica obra de la Alhóndiga, que desde luego fue designada con el nombre de Castillo de Granaditas, lo primero por su forma exterior de construcción, y lo segundo por haberse levantado en el mismo lugar en que estaba la casa que fue del Tío Miguel, Casa de Granaditas, en donde don Antonio y su familia pasaron los más felices años de su vida.

Entre tanto la construcción de la Alhóndiga se llevaba adelante, el cariño que se profesaban Luz y Manuel fue aumentando de tal manera que después no podían estar el uno sin el otro, era un cariño sin interés, puro, immaculado, un cariño fraternal en el que no cabían las debilidades del sexo, un cariño tan natural en ellas que jamás tuvieron escrúpulo de ocultarlo a nadie.

Las personas que trataban más de cerca de la familia de don Antonio pronto se dieron cuenta del afecto que unía a los jóvenes y comenzaron las hablillas.

La maledicencia hizo presa en Luz y Manuel y llegó el día en que por todas partes se decían que esos jóvenes eran amantes, y más aún, que las últimas dos niñas que habían nacido en el hogar de don Antonio, que eran el fruto de los amores adulterinos y quizá incestuosos de Luz y de Manuel, y no paro allí, sino que hubo alguien que diera la mala nueva a don Antonio, y de don

Antonio, desde entonces, se apoderaron los celos con todas sus crueldades, y nació en su alma el odio y la venganza para su hijo y para su esposa, odio y venganza que fueron tomando proporciones gigantescas a medida que pasaba el tiempo, y el cielo de aquel hogar fue poco a poco nublándose y poco a poco la alegría y la ventura fueron tornándose en tristeza y en dolor.

Jamás en el pecho de padre y esposo alguno llegó a abrigarse odio y venganza tan profundos hacia un hijo y una esposa como el odio y la venganza de don Antonio hacia su hijo Manuel y hacia su esposa Luz.

El calvario de Luz había comenzado y doce años largos, muy largos, fueron para ella de sufrimientos, de dolores, de pesares y de inmensas angustias. ¡Cuántas veces estrechando contra su corazón a sus hijos, lloraba amargamente por los desprecios, por las palabras duras que recibía de su esposo! ¡Cuántas veces de rodillas solicitó de su esposo la explicación de su cambio para con ella, sin obtener más que una sonrisa sarcástica por toda respuesta! ¡Cuántas veces imploró la protección divina y la Divinidad permaneció muda e impasible ante su dolor!

Luz examinaba todos los actos de su vida y en ninguno de ellos pudo encontrar ni la más leve culpa, ni la más pequeña mancha, ni el más insignificante motivo que justificara el cambio de su esposo.

Ni ruegos, ni protestas, ni caricias fueron suficientes para conmover el corazón de don Antonio porque este permanecía indiferente, adusto, lleno de severidad y de profunda intransigencia.

Manuel recibía de su padre los mismos desprecios, las mismas durezas y cuando quería entrar en explicaciones, su padre le imponía silencio, entonces Manuel lloraba y llorando llegaba hasta Luz y ésta y él confundían sus lágrimas, y acariciaban sus dolores, y caían de rodillas ante la imagen del crucificado, y el crucificado, como don Antonio, permanecían impasible, sin oírlos, sin darles un consuelo, sin dejarlos vislumbrar una esperanza.

Así pasaron esos largos doce años.

En Noviembre de 1809 quedó concluida la fábrica de la Alhóndiga o Castillo de Granaditas.

El historiador Don Lucas Alamán hace de este hermoso edificio la siguiente descripción:

“Escogió (el Intendente Riaño) para levantar este edificio un sitio a la entrada de la ciudad, en la loma en que termina hacia el poniente el cerro del Cuarto, que es el punto donde se juntan el río que atraviesa la población y el que baja de las minas, que por el nombre de una de ellas se llama de Cata, Riaño en esta construcción, quiso manifestar no sólo su pródigo cuidado para el abastecimiento de la capital de la provincia que gobernaba, sino también sus conocimientos y buen gusto en la arquitectura. Es la alhóndiga un cua-

drilongo cuyo costado mayor tiene ochenta varas de longitud en el exterior no tiene más adorno que las ventanas practicadas en lo alto de cada troje, lo que le da un aire de castillo o casa fuerte, y lo corona un cornisamento dórico, en que se hallan mezclados con buen efecto los dos colores verdoso y rojizo, de las dos clases de piedra de las hermosas canteras de Guanajuato. En el interior hay un pórtico de dos altos en el espacioso patio; el inferior con columnas y ornato toscano, y el superior dórico, con balaustres de piedra en los intercolumnios. Dos magníficas escaleras comunican el piso alto con el bajo, y en uno y otro hay dispuestas trojes independientes unas de otras, techadas con buenas y sólidas bóvedas de piedra labrada. Tiene este edificio al oriente una puerta adornada con dos columnas y entablamiento toscano, que le da entrada por la Cuesta de Mendizábal que forma el declive de la loma y se extiende hasta la calle de Belén, teniendo a la derecha al subir el convento de este nombre, y a la izquierda la hacienda de Dolores situada en el confluente de los dos ríos. Al sur y poniente de la alhóndiga corre una calle estrecha que la separa de la misma hacienda de Dolores, y en el ángulo del nordeste viene a terminar la cuesta que conduce al río de Cata, en la plazuela que se forma en el frente del norte, donde está la entrada principal adornada como la del oriente, en la que también desemboca, frente al ángulo nordeste, la calle que se llama de los Positos y la subida de los Mandamientos, que es el camino para las minas. El edificio tiene en el exterior dos altos por el lado del norte y parte de los de oriente y poniente, y en el resto de estos y en lienzo del sur tres, requiriendo así el descenso del terreno: este piso más bajo no tiene comunicación con el interior y en el exterior, no hay más que las puertas de las trojes que lo forman”.

Con motivo de la conclusión de la Alhóndiga hubo una manifestación pública en la que tomaron parte las autoridades y el pueblo.

En la noche de ese día, 7 de noviembre de 1809, Manuel, que tomó parte en las fiestas populares, se dirigió a su casa como a las once de la noche; atravesó la Plaza Mayor, paso frente a la Parroquia y dio vuelta por la Calle del Truco. Al llegar a la esquina de esta calle y la de la Compañía, se encontró frente a frente de un hombre embozado quien sin decirle una sola palabra, le hundió un puñal en el pecho y huyó. Manuel apenas pudo exhalar un débil quejido y cayó sin vida al suelo bañada en su propia sangre.

La ronda, que poco después pasó por aquel lugar, no vio el cadáver dada la escasa luz de sus linternas y la grande oscuridad de la noche.

Al día siguiente, ocho de noviembre, los primeros vecinos del lugar que pasaron por aquel sitio, encontraron el cadáver de Manuel e inmediatamente dieron parte a las autoridades, quienes comenzaron desde luego a practicar las diligencias del caso.

Don Antonio fue llamado inmediatamente y don Antonio acudió a la casa de justicia desde luego, y ante el cadáver de su hijo quedó tan impasible como tantos años lo estaba ante los ruegos y las suplicas de sus hijas y de su esposa.

Luz lloró amargamente la muerte de Manuel, única persona que tenía en el mundo a quien le daba sus quejas y en quien encontraba consuelo y alivio a sus males. Su vida desde entonces fue más triste, más llena de amargura y de dolor.

Don Antonio se hizo más retraído y, por lo tanto, menos comunicativo, hasta con sus mismas hijas.

El cadáver de Manuel fue sepultado al tercer día.

Por lo pronto, las averiguaciones judiciales no dieron ningún resultado y el asesino de Manuel permaneció en el misterio durante algunos meses; pero la actitud de don Antonio y los datos que se pudieron recoger de sus antecedentes, llamaron profundamente la atención del Intendente Riaño, quien se propuso aclarar los hechos y al efecto, él personalmente se ocupó del asunto, ayudado de algunas personas de su entera confianza, y puso en juego cuantos medios tuvo a su alcance para lograr el fin que se había propuesto, y no pasó mucho tiempo sin que hubiera estado sobre la pista del crimen.

Un día del mes de Mayo de 1810, muy de mañana, intempestivamente se presentó el Intendente Riaño en la casa de don Antonio, a quien encontró en una pieza sentado sobre un banco con la cabeza inclinada sobre el pecho y las manos apoyadas en las rodillas, y tan ensimismado estaba en sus pensamientos, que no se apercibió de la llegada del Intendente.

Luz y sus hijas aún dormían en una pieza contigua.

Después de unos momentos el Intendente habló a don Antonio, este quedó tan turbado ante la presencia de la autoridad que cayó de rodillas y sin preámbulos de ninguna clase, confesó su crimen relatando circunstanciadamente los hechos, pues él y no otro, era el asesino de su hijo. El Intendente, a pesar de esa confesión tan clara, puso en duda todo creyendo que don Antonio había perdido la razón, porque nunca había ni siquiera imaginándose, que un padre pudiera asesinar de una manera tan cobarde a su mismo hijo, sin embargo, en cumplimiento de su deber, en el acto lo hizo conducir a la casa de justicia perfectamente custodiado y de allí a la cárcel.

Luz y sus hijas, que se apercibieron de lo que pasaba, se levantaron violentamente, pero el Intendente no les permitió entrar a la pieza en donde estaba don Antonio hasta que este acabó de relatar los hechos todos del crimen.

Luz, a instancias del Intendente, relató todos los acontecimientos de su vida, y como asegurara que ningún efecto impuro la había unido a Manuel a quien, sin explicarse la causa, le había profesado profundo cariño; el Inten-

dente, para asegurarse de lo dicho por Luz, creyó oportuno practicar un cateo en la casa con el objeto de ver si encontraba algo que confirmara lo dicho por Luz o la condenara.

Entre todo lo que había en la casa, se encontraba una cajita de madera de cedro que conservaba Luz y cuidada en esmero por ser el único objeto que le quedaba de su madre, y que las buenas gentes que la habían recogido al nacer, le entregaron cuando se casó, pero ella nunca había visto lo que contenía, no por falta de curiosidad, sino porque estaba cerrada con llave y no teniendo ésta, temía que al forzar la cerradura se rompiera la cajita.

El Intendente la abrió y en ella encontró varios papeles y un pañuelo, quita sol, bordado en sus cuatro esquinas y en el centro el nombre de don Antonio. Entre los papeles había varias cartas amorosas de don Antonio dirigidas a una mujer llamada Brígida, esta fue la madre de Luz, y en algunas de ellas le hablaba del hijo, fruto de esos amores, que estaba próxima a dar a luz.

El Intendente quedó pasmado ante semejante descubrimiento; hizo varias preguntas a Luz y de sus respuestas, así como de esas cartas, vino en conocimiento de que Luz era hija de don Antonio y, por lo tanto, hermana de Manuel y de Leonor. No satisfecho de su descubrimiento, guardó aquellos documentos y demás objetos contenidos en la cajita y se retiró a su despacho, dejando persona de su confianza que atendiera y cuidara que a Luz y a sus hijas nada les faltara.

Nunca en su vida Riaño estuvo tan preocupado como en ese asunto y, por lo tanto, puso el mayor empeño para descubrir la verdad de los hechos.

Después de una serie de indagaciones y en vista de los datos del proceso que se instruía a don Antonio, confirmo, lo que desde un principio había creído, que Luz era hija de don Antonio y hermana de Manuel y de Leonor, hijos de aquel y de una Señora llamada Isabel, cuyo matrimonio tuvo lugar dos años después de haber nacido Luz. Isabel falleció en 1790, según las constancias del archivo de la Parroquia del centro.

Efectivamente, don Antonio, en sus mocedades, tuvo amores con una mujer llamada Brígida, hija de un comerciante español y de una criolla que hacía muchos años que habían fallecido, y el fruto de esos amores fue una niña, a quien las personas caritativas que la recogieron, le pusieron por nombre Luz, por haber sido este el de la Señora que la llevo a bautizar, y esa Luz, no era otra, sino la segunda esposa de don Antonio, quien, al morir Brígida, no se ocupó de su hija en lo absoluto, ni tuvo más noticia de ella que la habían recogido unas buenas gentes que no conocía; así pues, sin saberlo, se había casado con su propia hija.

Las brisas estivales mecían las enramadas en los jardines y los buenos habitantes de la ciudad haciendo recuerdos de las delicias de la Primavera que

acababan de pasar, esperaban, en el próximo Otoño recoger en los campos abundantes mieses; entre tanto, el Intendente Riaño aclaraba perfectamente los hechos todos de los acontecimientos referidos, y cuando la verdad se abrió paso entre las dudas de esos acontecimientos, se vio en el caso de hacerlo saber a don Antonio y a Luz.

La impresión que don Antonio recibió fue tan fuerte que ni su espíritu, ni su organismo pudieron resistir, y al día siguiente murió a una edad de cerca de ochenta años.

Luz perdió la razón y fue internada el Hospital; entre tanto, sus cuatro hijas fueron enviadas a México, al convento de la Concepción.

Al mes de estos últimos acontecimientos, las huestes del cura don Miguel Hidalgo y Costilla tomaron a sangre y fuego la Alhóndiga o Castillo de Granaditas en donde pereció el Intendente Riaño.¹¹

Manuel Leal también hace referencia a la Alhóndiga de Granaditas en un texto que titula Reivindicación de Granaditas:¹²

Reivindicación de Granaditas

Fue al discurrir del año de 1949 cuando, a raíz de la celebración de las fiestas de septiembre, cobró palpitante interés la histórica alhóndiga. Después de ochenta y cinco años de sufrir la ignominia de ser cárcel; después de algunos fracasados intentos para librarla de ese oprobio, obtuvo el señor licenciado don Luis Díaz Infante, a la sazón Gobernador de Guanajuato, un triunfo de resonancia nacional al lograr la modificación del destino del histórico edificio: por aberración y en lamentable antinomia había figurado como cárcel lo que fuera concebido como palacio.

Uno de los obstáculos que hasta entonces se habían considerado como infranqueables escollos para el efecto consistía en la necesidad de construir un nuevo presidio convenientemente acondicionado, y que llenara las necesidades inherentes a ese género de instituciones. Al señor Díaz Infante le bastaron solamente tres meses para construir un amplio y eficiente edificio penal en una de las viejas haciendas de beneficio abandonadas.

Una vez consignado el testimonio de ese noble impulso, es menester

¹¹ Carlos de Gante, *op. cit.*, *Cuentos Históricos Guanajuatenses*, pp. 141-161.

¹² Manuel Leal, *op. cit.*, *Croniquillas de Guanajuato*, pp. 219-221.

considerar al menos algunos de los poderosos valimientos que amparan al glorioso monumento que constituye la alhóndiga de Granaditas.

El primero: es un valioso exponente de la previsión española, a la cual bastó un año de sequía —que originó las calamidades del hambre y de la peste— para emprender esta obra magna, apta para evitar cualquier otra fatal contingencia de la misma índole.

El segundo motivo queda manifiesto por la importancia arquitectónica de su grandiosidad romana, que la hace figurar como el primer depósito de semillas de la América Española. Adúndanse en este monumento la misión funcional y el gran carácter artístico, pleno de señorío sobrio y austero, dentro del estilo toscano tan característico de Guanajuato.

La alhóndiga, por otra parte, ha sido teatro en ocasiones, y testigo en otras, de las páginas definitivas no sólo para la historia de Guanajuato, sino del continente mismo.

Afligía a la ciudad de Guanajuato un año de hambre espantosa, ocasionada por una helada importuna ocurrida en el año de 1786. En esta ocasión, una vez más, se manifestó la grandeza de alma de don Antonio de Obregón y Alcocer, primer Conde de Valenciana, quien en el hospital de Belén daba de comer diariamente a más de trescientos pobres, llegando su celo hasta atender personalmente a los enfermos víctimas de la peste, que se desarrolló como consecuencia de la penuria de alimentos. La epidemia fue tan terrible: se dice que ocasionó más de ocho mil víctimas, en su mayoría mineros desnutridos por la falta de cereales. Esta solicitud del Conde originó su muerte, ocurrida a fines del mismo año.

Tan desgraciado acontecimiento originó la idea de crear un depósito de cereales que proveyera su abastecimiento en casos análogos. El Intendente don Juan Antonio de Riaño y Bárcena, gran benefactor de Guanajuato, hombre sabio y dinámico, fomentó el propósito de crear este depósito, con tesonero empeño. El 19 de febrero de 1793, el procurador del Ayuntamiento presentó la iniciativa ante la misma corporación, y claro está que encontró eco en el mismo Intendente, que había sido el principal promotor de la idea desde dos años antes.

El día 6 de agosto de 1796 se eleva la solicitud, por conducto del Ayuntamiento, al Virrey Marqués de Branciforte, solicitando las licencias necesarias para llevar a cabo la construcción de la alhóndiga. El Virrey otorgó la concesión para tal solicitud, otorgando las licencias para hacer los gastos presupuestados.

Se colocó la primera piedra el 5 de enero de 1798.

Don Lucas Alamán, en el tomo 1 de su Historia de Méjico, describe así el monumento:

Escogió (el Intendente Riaño), para levantar el edificio, un sitio a la entrada de la ciudad, en la toma que termina hacia el poniente del Cerro del Cuarto, que es la que baja de las minas, que por el nombre de una de ellas se llamó Cata. Riaño, en esta construcción, quiso manifestar no sólo su pródigo cuidado para el abasteciendo de la Provincia que gobernaba, sino también sus conocimientos y buen gusto en la arquitectura. Es la alhóndiga un cuadrilátero cuyo costado mayor tiene ochenta varas de longitud. El exterior no tiene más adorno que las ventanas practicadas en lo alto de cada troje, lo cual le da un aire de castillo o fortaleza, y la remata y coronamiento dórico, en que se hallan mezclados, con buen gusto, los colores verdusco y rojizo, de las dos clases de piedras de las más hermosas canteras de Guanajuato. En el interior hay un magnífico pórtico en los altos en el mencionado patio; en el interior, las columnas y ornato son de orden toscano, y en el superior, dórico, con balaustres de piedra en los intercolumnios. Dos magníficas escaleras comunican el piso alto con el de abajo, y en uno y en otro hay dispuestas trojes independientes, techadas con buenas y solidas bóvedas de piedra labrada.

Tiene este edificio al oriente, una puerta adornada con dos columnas y entablamiento toscano. La que da entrada por la Cuesta de Mendizábal, que toma el declive de la loma y se extiende hasta la calle de Belén, tiene a la derecha, al subir, el convento de ese nombre; y a la izquierda la hacienda de Dolores situada en el confluente de los dos ríos (se refiere a los de Cata y de Guanajuato).

Al sur y al poniente de la alhóndiga corre una calle estrecha que la separa de la misma hacienda de Dolores, y en el ángulo del noreste viene a terminar la cuesta que conduce al río de la Cata. En la plazuela que se forma al frente del norte, está la entrada principal, adornada como la de oriente, en la que también desemboca. Frente al ángulo del noreste, que se llama Pósitos, está la subida de los Mandamientos, que es la subida de las minas. Este edificio tiene en el exterior dos altos por el lado del norte y parte de los de oriente y poniente, y en el resto de éstos y en el lienzo del sur, tres, requiriéndolo así el descenso del terreno. En el piso más bajo no tiene comunicación con el interior, y en el exterior no hay más puertas de las trojes que la forman.

Solía reprender festivamente don Juan Vicente Alamán, padre de don Lucas, al Intendente, diciéndole que estaba haciendo un palacio para el maíz, considerando el alto costo y suntuosidad de su estructura y ornamentos.

Los sucesos del 28 de septiembre de 1810, donde Riaño perdiera la vida en el mismo edificio que construyó para salvar del hambre a Guanajuato, son de tal magnitud, y son tan repetidas año con año sus rememoraciones, que

no creo pertinente insistir una vez más en su reiteración, ya que me desviaría de mi objeto.

Solamente narraré una anécdota digna de recordación. Durante la mudanza de los presos a su nuevo domicilio, ocurrió un curioso incidente. Dicho traslado ocurrió discretamente a las primeras horas del día, siendo los presos —que afortunadamente eran pocos— bien custodiados por numerosa escolta.

La cárcel de mujeres, que la gente del pueblo designaba con el mote de las Arrecogidas, estaba situada en el costado del castillo que ve al oriente, en la faja que media entre este edificio y en la Escuela Tipo.

A tan temprana hora transitaba un turista; y, viendo a una mujer que barría la calle en las afueras de dichas Arrecogidas, la llamó, rogándole que, previa generosa gratificación, fuera a traerle una cajetilla de cigarros, pues él, siendo forastero, ignoraba el sitio donde pudiera obtenerla a esa hora; y por otra parte, deseaba aprovechar la luz matinal para tomar algunas fotografías del castillo.

A la solicitud del forastero contestó la mujer:

—Lo siento mucho, señor, pero no puedo alejarme de aquí, porque estoy presa.

—¿Cómo? ¿Está usted presa y anda libre, por la calle?

—Me mandan a barrer. Me tienen confianza porque doy mi palabra de no fugarme.

Maravillado quedó el turista al escuchar esta respuesta de diáfana honradez.

Andrés García refiere a este lugar como un lugar destinado a almacenar, comprar y vender semillas, de él presentamos dos versiones muy similares:

Este majestuoso y heroico edificio, cuya construcción se debe al Intendente de Guanajuato, don Antonio de Riaño y Bárcenas en los años de bonanza, que dieran esplendor y riqueza a la Vila de Santa Fe de Guanajuato, hizo aumentar la población de tal manera, que las alhondiguillas que había no eran suficientes y además como estaban en la parte baja de la ciudad, eran anegadas por las constantes avenidas del río que causaban inundaciones y tragedias en la entonces Villa de Guanajuato; por estas razones y de otras más, el ayuntamiento propuso al señor don Juan Antonio de Riaño, Intendente de Guanajuato, quien había tomado posesión de su cargo el 28 de enero de 1792, la necesidad de una nueva Alhóndiga, señalando el lugar ideal para su construcción el 22 de marzo de 1796 ordena Riaño que se levante plano y costo de la obra al maestro don José Alejandro Durán y Villaseñor, ya que fueron terminados, el Intendente Riaño los envió a la Capital de la Nueva

España para solicitar al Virrey don Miguel de la Grúa y Branciforte la autorización de levantar dicha Alhóndiga en esta ciudad.

El 6 de agosto de ese mismo año, el Virrey ordenó que los planos fueron rectificadas al arquitecto don José del Mazo, maestro de Arquitectura de la Nueva España, rectificó y éstos fueron los que la Junta Superior de México concedió la licencia. Se tomaron para su construcción \$85,000.00, que tenían las arcas públicas; se solicitó a la minería de Guanajuato contribución monetaria para dicho proyecto, así como gabelas a cada carga de grano que entrara a la ciudad.

Fueron nombrados don Salvador Réutegui y don Juan Larín para administrar la construcción, está duró 12 años aproximadamente; innumerables constructores y artífices laboraron para que este glorioso edificio que más tarde fue cuna de nuestra Libertad, su costo total fue de: \$218,263 cero reales tres octavos, según el administrador don Juan Larín.

Es la Alhóndiga un cuadrilongo de 60 metros por 42 aproximadamente, en su interior dos colosales puertas, una que da al norte y otra al oriente, unas ventanas situadas a lo alto de cada sala o troje, lo remata un cornisamento de estilo dórico. El interior con un amplio patio enlazado, está circundado por dos corredores, el de la planta baja con columnas y ornato toscano, con intercolumnas horizontales en donde descansa el corredor del piso superior, éste con columnas dóricas con balaustres de cantera rosa, rematadas con intercolumnas horizontales, en el patio se construyó un aljibe para almacenar agua, dos escaleras que comunican con la planta alta.

Se dice que el historiador don Lucas Alamán le dijo al Intendente Riaño que había construido un palacio para el maíz. El día de la bendición de la obra, reunió el Intendente Riaño a los miembros del Gobierno, a la sociedad del pueblo en general, entre ellos el señor Cura don Miguel Hidalgo y Costilla, Cura de Dolores, don Carlos María Bustamante, don Manuel Abad y Queipo, Obispo de Valladolid (quien más tarde excomulgó a Hidalgo), el Regidor don Juan Vicente Alamán.

Esta Alhóndiga prestó servicio por cerca de 4 años, pues se comenzó a introducir grano y semillas sin estar concluido.

En este edificio, el 28 de septiembre de 1810 las huestes libertarias comandadas por don Miguel Hidalgo y Costilla, venerable Cura de Dolores, se llenaron de Gloria al conquistar a sangre y fuego este baluarte, en el que se habían hecho fuertes los realistas y civiles españoles, que al saber del levantamiento para lograr la independencia se había iniciado en el pueblo de Dolores.

Los españoles que quisieron defender la ciudad trajeron a la Alhóndiga sus bienes y riquezas, los caudales del Gobierno Real del Ayuntamiento sus

bienes y riquezas, las rentas de Tabaco y se calcula que eran alrededor de 309 barras de plata, \$160,000 pesos de plata, \$32,000 en barras de oro, ascendiendo a poco más de cinco millones lo depositado en la Alhóndiga por todos.

La batalla fue cruenta, pero victoriosa para los insurgentes, debido más que nada al valor y arrojo de Juan José de los Reyes Martínez Amaro “El Pípila”, quien quemó la puerta para que entrarán las fuerzas de la Independencia.

“El Pípila”, aun cuando algunos historiadores niegan su existencia, fue real: nació en San Miguel el Grande, hoy San Miguel de Allende, el 3 de enero de 1782 y falleció de dolor cólico en la misma población el 25 de julio de 1863 a la edad de 81 años. Trabajó de minero en Mellado, Mineral de la Villa de Guanajuato, su nombre fue Juan José de los Reyes Martínez Amaro.

Desde entonces esta Alhóndiga de Granaditas es símbolo de lucha, Gloria y Sacrificio.¹³

Este majestuoso edificio cuya construcción se debe al Intendente Corregidor de Guanajuato don Antonio de Riaño y Bárcena, quien proyectó y llevó a cabo de la construcción; es uno de los bellos edificios con que cuenta Guanajuato.

En este edificio, un cuadrilongo de sesenta metros por las puertas, una queda al norte y otra al oriente, unas ventanas situadas en cada sala o troje, lo remata un cornisamento de estilo dórico.

El interior con un amplio patio enlosado, esta circundado por dos corredores, el de planta baja con columnas y ornato toscano con intercolumnas horizontales, en donde descansa el corredor del piso superior, éste tiene columnas dóricas unidas con balaustres de cantera rosa, rematados con intercolumnas horizontales, en el Patio se construyó un aljibe para almacenar agua, dos escaleras comunican a la planta alta.

Su edificación se inició en el año de 1798 y se concluyó el 7 de Noviembre de 1809, su costo fue de 210, 306 y seis reales, y su constructor don José Alejandro Durán Villaseñor.

Se dice que el Historiador don Lucas Alamán, le dijo al Intendente Riaño que había construido un palacio para el maíz.¹⁴

¹³ Andrés García, *op. cit.*, *Guanajuato histórico y legendario*, pp. 9-12.

¹⁴ Andrés García, *op. cit.*, *Guanajuato histórico y legendario*.

Las batallas de los “Zafenis”

Sobre los Zafenis mostramos dos versiones, comenzando por la de Guadalupe Appendini:

Al iniciarse el auge de las minas en Guanajuato, los grupos trabajadores en cada mineral, que tenían viejas rencillas, organizaban para desahogar su furia, sangrientas batallas en la que perdían la vida muchos mineros de diferentes grupos. Los zafarranchos dividían familias y creaban odios entre hermanos.

El Guanajuato de 1679 era un poblado de diez mil habitantes, se dice que Manuel Leal que “... era aquel Guanajuato como un nido de tuzas, como nos llaman entre burlas y donaires los vecinos de otros Estados. En el fondo de espectacular barranco, el apiñado caserío multicolor, caserío coronado por riscales que engendraron leyendas de ciudades amuralladas, rematadas en altivos torreones que cautivan princesas de peregrina belleza convirtiendo todo en rocas por arte de encantamiento”.

Se cuenta que por aquellos días la tierra de Guanajuato manaba torrentes de plata; en donde se “rascara” se veía el oro entre las piedras y sólo el que no quería no era rico, pues las minas, daban para todos, según la ambición y el trabajo era la medida de metales que tenían y la fortuna que se iba labrando.

“¡Que Dios no me dé, que me ponga donde hay!” Y al saberse que aquella región era muy rica y se sanaba el dinero a manos llenas, constantemente llegaban gentes de diferentes partes a trabajar a las minas gambusinos codiciosos, aventureros osados, arrieros truhanes y capataces brutales formaban el personal de las minas. Éstos tenían un sueldo, pero también “echaban el gato a retozar” ya que el dinero corría como río por aquellos días. Se ganaba tan fácilmente, que también prohijaba los vicios; la mayoría de los trabajadores llevaba una vida desordenada y el relajamiento de las costumbres se advertía en todos los barrios, era una corrupción absoluta entre esta gente extremadamente pobre, que de la noche a la mañana se había convertido en potentada, sin saber cómo gastar el dinero.

Los religiosos en su afán de evangelizar, constantemente hablaban con los vecinos de cada barrio y de cada mineral, invitándolos a tomar buen camino; no emborracharse a perderse, actuar con prudencia y ser en cada persona a un hermano, así se deslizaría la vida como en una balsa de aceite todos vivirían tranquilos y felices.

Pero no era así, cada día se desataban más los odios entre los vecinos; odios que desahogaban en furiosas campañas sangrientas. Por cualquier provocación se comenzaban a reunir los del mismo bando y después de darse

valor ingiriendo alcohol por litros, con el valor que da inconsciencia y acompañados de sus puñales, el grupo de un partido presidido por su capitán, salía a enfrentarse a los contrarios. Se dice que aquellas batallas en masa, formadas por antagónicas cuadrillas llamadas “Zafenis”, solían culminar en masacres.

Por aquella época la violencia se desató y no había día que no hubiera un muerto por venganza, se les asesinaba en las narices de todos y se quedaban tan tranquilos, dejando impune el crimen.

Se cuenta que en una ocasión uno de los mineros acompañaba al párroco del templo de los Hospitales, un padre que era todo un personaje, tanto por su jerarquía como por su aspecto; usaba un escandaloso sombrero tejano, era chaparro, regordete, de familia distinguida, lo que a leguas se le veía, por sus finos modales y su manera de hablar, con la que trataba de convencer a los nativos, pero ellos no le entendían, como si les hablara en chino. Sin embargo era bondadoso, así como generoso; una vez a la semana los reunía en la casa parroquial, los invitaba a desayunar y mientras disfrutaban de ricos manjares, el sacerdote les hablaba sobre el evangelio, los mandamientos y el respeto a la persona, sabedor de la violencia que imperaba en la región.

Aquella mañana el padre platicaba con uno de sus feligreses en el atrio del templo, de pronto, se quedó hablando sólo, el indio, sombrero de petate en mano y con una sonrisa de oreja a oreja por el chascarrillo del cura, cayó como fulminado por un rayo al ser mortalmente por el puñal de un minero del bando contrario, quien sin miramientos de que pisaba un lugar sagrado acabó con su adversario. Al ver aquel crimen el sacerdote, daba vueltas como guajolote sin saber, que mientras el asesino limpió su cuchillo con la manga de la camisa le sopló, y tranquilamente siguió su camino.

Hechos como éste se registraban todos los días y los matones tranquilos andaban por la calle, muy orondos disfrutando su dinero en una desordenada vida, la que provocaba la violencia en que se vivía por aquellos días.

Uno de los sucesos más sonados, fue el de los hermanos González, Pedro y Juan, que por vivir en distinto barrio y pertenecer a diferentes minas, se odiaban... cada uno era el capitán de su cuadrilla.

Los dos eran mineros, Pedro trabajaba en la mina de la Cata en la San Juan de Rayas. Según cuenta la leyenda, los dos era hombres bien parecidos y hacían gala de su fuerza y a pesar de ser temidos los indígenas los seguían por ser sumamente divertidos, simpáticos y alegres.

El hecho fue que como ya era costumbre, se iban a enfrentar los dos bandos en campal y desaforado combate los “Zafenis” de la mina de la Cata con los de la mina de San Juan de Rayas. Como siempre para darse valor los dos partidos comenzaron a tomar hasta embrutecerse y al grito de “échenme al gato”, se inició el enfrentamiento, se armó la de Dios es Cristo, se inició aquel

zafarrancho, con pedradas, maldiciones y los puñales comenzaron a brillar. Por allí se escuchaba un gemido por allá una mala palabra y siguió aquella batalla. De pronto, Pedro reconoce a su hermano Juan, el que ya iba a ser atacado por uno de sus compañeros, éste da un grito diciendo: “Deténgase, se termina la pelea esta vez ganamos”. El equipo de Rayas, corría despavorido siguiendo a Juan González su capitán, el que se sintió ofendido por haberle perdonado a su hermano Pedro la vida. Quiso regresarse para enfrentarse a su hermano y darse un mano a mano hasta que cualquiera de los dos cayera pero sus compañeros lo detuvieron. Mientras Pedro pedía disculpas amigos por amparar a su hermano, lo que los malandrines comprendieron, “duele más el cuero que la camisa” y la sangre, es la sangre.

Pero el orgullo de Juan se sintió lastimado, “sintió afrentada su vanidad de macho vencido y por añadidura protegido por su vencedor, lanzando una turbonada de maldiciones, y se alejó más enconado que agradecido”.

Así pasó el tiempo, los diferentes grupos seguían enfrentándose con adversarios y las matanzas, no cesaban; los odios se acrecentaban y las ambiciones se desbordaban, el rico quería ser más rico, y hundir cada vez más al pobre.

Pero el castigo divino es para todos, y la peste, la viruela negra llegó con fuerza a Guanajuato arrasando con la población. Se cuenta que los carpinteros de la ciudad eran insuficientes para fabricar los ataúdes que requería la implacable mortalidad. Aquello era impresionante, parecía una romería, el desfile de comitivas que iban a acompañar a sus difuntos en la última morada. Los cadáveres desfigurados por la enfermedad eran quemados, “retacados” en los ataúdes y regados con criolina. Así, que el mal olor también había cundido por la ciudad que se veía desierta y triste.

Por las rancherías también era aterrador, la enfermedad había cundido con gran velocidad, y los muertos apilados se contaban por miles.

Un bondadoso cura recorría todos los lugares llevando su consuelo y los santos oleos a los moribundos, sabedor que algún día él también contagiado por esa terrible enfermedad; pero era su misión, no permitir que las gentes murieran sin confesión, y ayudado por un bastón subía y bajaba las calles empedradas y caminaba leguas para atender un moribundo.

En un barrio apartado, lejos de la ciudad había una pequeña choza donde salía humo y olía a incienso. Una bruja practicaba sus hechizos a un hombre víctima de la viruela. Se encontraba arriba de un petate en el rincón del cuartucho, mientras aquella mujer pasaba sobre su cuerpo virulento, ramas de pirúl, de un jarro tomaba agua, hacía un buche y se lo regaba en la cara descompuesta del enfermo, y como si fuera poco, le pasaba encima de su enjuto cuerpo una gallina negra mientras le decía letanía de cosas extrañas.

El hombre que ya no podía ni abrir los ojos por tenerlos infectados, pedía por piedad a la bruja le fuera a traer a un sacerdote. “No me puedo morir mientras no descargue mi alma, soy un pecador empedernido, un mal hombre, matón, ambicioso y además, borracho”.

Sin saber cómo, el cura de la parroquia de los Hospitales se apareció en aquel infecto lugar y ordenándole a la hechicera abandonara el sitio él confesó al moribundo y poniendo una cruz de cal en la puerta salió el padre, la mujer se encontraba afuera despidiendo un olor nauseabundo y al hacer la señal de la cruz el sacerdote, aquella figura se fue corriendo, como alma que lleva el diablo dejando una estela de humo, así como de olor y no, a ámbar...

No había pasado una hora que se había alejado el sacerdote, cuando llegó un hombre a la choza, de una patada abrió la puerta y con paso firme se dirigió hasta el petate en donde yacía el moribundo. Con una voz de trueno le dijo: ¿Pedro, me conoces? El hombre no podía abrir los ojos, con una apagada voz contestó: “No sé quién eres porque no puedo ver, la enfermedad me ha cegado la vista”.

Y el recién llegado dándole una patada que lo volteó de lado le gritó más fuerte, “voltea a verme, quiero que antes de morir te lleves mi imagen, la que te verá con ojos de odio”, el hombre quiso abrir los ojos, mas no pudo, los tenía abotagados por la viruela, y le contestó no sé quién eres.

“Sí me conoces, soy Juan y vengo a matarte”. “Pues óyelo bien quien me vence tiene que morir de mis manos, no será la ‘vigüela” quien te lleve, y sacando de su faja el cachicuerno tranchete corvo lo hundió repetidas veces en el pecho de su hermano”. La bruja que había regresado y se encontraba en la puerta, a cada golpe que le daba Pedro, daba un grito, diciendo ¡Estaba sacramentado! ¡Estaba sacramentado! Y desde el rincón agitaba sus brazos flacos y sarmentosos, en los que flotaban desgarrados harapos como alas de murciélago.

Juan salió de aquella choza dejando a su hermano muerto y la bruja una vieja mujer a la que Pedro había socorrido siempre, como pudo enredó en su rebozo y fue a dar parte a sus pocos compañeros que quedaban de la mina de la Cata.

Aquel fratricidio fue muy sonado y aunque el pueblo estaba desolado y triste por la peste, se hablaba de tomar venganza. El padre del templo de los Hospitales viéndose impotente para resolver aquel pidió ayuda a la capital y fue el padre José Vidal, el encargado de arreglar este asunto que por años había sido una batalla campal.

Se cuenta que “Ante el Santísimo expuesto, obligó el padre Vidal a los jefes de los más enconados partidos a abrazarse, lo hicieron gembundos y llorosos, arrepentidos se hicieron frecuentes visitas los correspondientes bandos

opuestos, pidiéndose perdón, lo que fue mutuamente concedido, terminando así, radicalmente hasta nuestros días, los rencores homicidas de los partidos hostiles”, según escribió Manuel Leal.

La muerte de Pedro González fue lo que vino a solucionar el conflicto de las cuadrillas llamadas “Zafenis”. Juan desapareció de la escena desde que asesinó a su hermano, aunque mucho se dijo que a su vez lo había asesinado uno de los pertenecientes a la banda de la Cata, y lo había tirado a uno de los peroles en donde se funden los metales en mina.

Esta historia fue muy conocida y comentada en su época, y al paso del tiempo se convirtió en leyenda. Dicen, que tanto en la mina de Cata como en la de San Juan de Rayas, se aparecen los hermanos González. Algunas veces los han visto peleando, insultándose y gritando, pero, muchas otras. Juntos, muy hermanables. Lo cierto es que el desenlace de estos sucesos vino a arreglar los conflictos que por años venían sufriendo los diferentes barrios de la ciudad.

Todavía hoy día los abuelos lo cuentan a los nietos cuando éstos discuten por cualquier motivo y los chiquillos se calman para no repetir aquel horrendo acontecimiento entre hermanos.¹⁵

Carlos Barajas en su libro *Leyendas y paisajes guanajuatenses* menciona también a los Zafenis:

Guanajuato, es una ciudad única en la República; y, tal vez única del mundo. Edificada en una honda barranca, que altas paredes limitan; construida en los flancos de las montañas, en las laderas que descienden de los cerros. Hechas sus calles en las viejas torrenteras y sus plazas en los remansos del río, son irregulares las primeras y estrechas las segundas. Esta ciudad, donde cada casa es un nido de aves, y cada construcción, desafía a las leyes que los geómetras han inventado, es uno de los triunfos que el hombre ha logrado contra la naturaleza, siempre cruel, más bien madrastra que madre, del que se cree rey y amo de la creación.

En los empinados callejones, en las tortuosas subidas, se atan las casas, se fijan en el suelo, como si hincaran sus cimientos, como si sus basamentos fueran grapas; y, las paredes se yerguen, se levantan desafiando el abismo, dominando el caserío, que yace abajo. Ello forma en los que allí viven, almas indomables, espíritus soberbios; gentes que piensan, en lo que en lo alto ven, y cuyas pasiones están encadenadas a las tortuosas callejas y a los sucios fan-gales.

El laboreo de las minas, productivo pero cruel; la vida en los socavones,

¹⁵ Guadalupe Appendini, *op. cit.*, *Leyendas de provincia*, pp. 138-143.

donde la luz se quiebra en los chichicles, formando fuegos que vuelan, espíritus luminosos que brillan y se extinguen, almas fosforescentes que nacen, fingen y crean ideas de crueldades. Sobre la tierra, el perfil de los crestones, la lucha incesante para que las aguas no se lleven de las laderas la poca tierra vegetal; debajo de la tierra, la roca dura, la pólvora que deflagra; arriba las inundaciones, debajo los cataclismos; arriba la montaña con sus grietas y sus rocas; debajo, la plata y el oro, los espatos, las cristalizaciones; arriba mucho sol; debajo muchas tinieblas...

Y así como del suelo nacen las plantas, del suelo vienen también las almas.

El que nació en Guanajuato, como horizonte, tiene los crestones de la Bufa que le harán soñador; los contrastes del clima, las dificultades de la vida que le harán valiente; la lucha en el fondo de la tierra que le hará cruel; las riquezas del suelo que le harán voluble y generoso.

Y, por eso, ese sitio da sabios, que como dijo el poeta, en la noche laboran y cincelan el oro, pulen gemas, tallan los diamantes del entendimiento y como el avaro Shylock, trabajan y urden, analizan el mineral y esculpen el verso; labran la estatua e inventan la ficción.

Pero, allí también nacen criminales; las pasiones brotan intensas, como los torrentes que bajan de las rocas, tan crueles como los derrumbamientos de las minas; tan ásperas como los riscos...

Juan González era operario en Cata, su hermano Pedro, en Rayas; ambos eran trabajadores, y ambos los primeros de sus minas.

Juan era el mayor, contaba treinta años, Pedro, sólo veinte; el primero era casado y tenía dos hijos; el segundo, enamoraba, pero no creía haber hallado la mujer que podría hacerlo feliz.

Juan, siempre limpio, con el albo patío ceñido a las caderas, el jorongo del Saltillo en el hombro de derecho y el sombrero de amplias alas, con bordados de plata, era el primero en llegar al tiro; en el pequeño quimil, llevaba las tortillas enchiladas, con la carne y los frijoles medio machacados. No bebía; y su mayor gusto era llevar, los domingos, a su mujer y a sus hijos a comprar las medias que la nao traía de China, los castores de la Península y mercar, como entonces se decía, algo para sus muchachos. Juan era bueno, pero tenía la vanidad de creerse valiente y hábil, nadie en la mina pudo con él; más de una vez, al volver los sábados, de su trabajo, algún rufián quiso arrebatarle lo que había cobrado; entonces sin armas, con sus fuertes puños, con sus brazos de acero, había arrojado al suelo al que lo atacaba; le había quitado el filoso puñal; después, tranquilo, llegaba a su casa y con los pesos que había ganado, entregaba a su mujer la daga que podría haberle arrancado la vida. Y siempre sonriente, siempre satisfecho de sí mismo, contaba a su esposa y a sus amigos

sus hazañas. Era valiente, pero no había herido ni matado a nadie; era recio, pero nunca su fuerza fue cruel.

Pedro, era alto, hermoso, con hermosura varonil, con hermosura de criollo. Esbelto e infatigable en el laboreo, era el que más alto jornal alcanzaba. Sus ocios los pasaba contando sus aventuras en la mina; los ademes que se caen, el techo que se desmorona, el barreno mal puesto y mal calculado, con su estrépito siniestro; él, había descubierto la veta grande en Rayas; él, había salvado la vida a muchos de sus compañeros.

Juan, habitaba una pequeña casa en la subida del cerro de San Miguel, por el Baluarte. Pedro, vivía en una de las múltiples callejas que van al Terremoto.

Costumbre vieja, eran los zafenis. Es decir, la lucha armada de un grupo de hombres de un barrio, contra otro grupo de hombres, también armados, de otro barrio.

En aquellas luchas se peleaba, no por odio, no por venganza, no por pasión; se peleaba por amor al barrio, se peleaba por ostentación. Esos combates eran los torneos de los caballeros armados de punta en blanco; y lo mismo que el noble conde rompía lanzas con el esforzado duque; lo mismo que los paladines luchaban por su honor y por su dama, así, los rudos mineros, los hijos de los segundones sin título y de las enamoradas indias, por herencia y por añoranza, combatían por su mina y por su barrio.

Siempre habían sido amigos y aliados los vecinos de San Miguel y los del Terremoto; Juan y Pedro seguían a sus compañeros; fuertes, como eran, custodiaban a los caídos y más de una vez salvaron una vida. Sus trofeos eran las armas arrancadas de furiosas manos.

Aquellos crueles simulacros tenían lugar en los cerros, en los llanos, en las plazas, donde se creía oportuno.

Corría el año de 1670.

Es el mes de agosto.

La tronadora, ostenta sus cálices amarillos; las maravillas, de diversos colores, matizan la montaña; la flor de romero y la de San Juan aroman el ambiente.

No hace muchos días que la fiesta de San Ignacio se ha celebrado. La Calzada de las Carreras es bella y los bretones de la Bufa destacan sus enhiestas cimas en la belleza de la tarde.

Dos grupos de hombres armados de hondas, palos y cuchillos, llegan, uno, por el lado de la Cueva de San Ignacio, otro del cerro de San Miguel, ágiles y presurosos los hombres trepan riscos, suben las rocas más salientes; requieren las hondas, del suelo, recogen filosos guijarros y prestos los lanzan. El combate se verifica primero a distancia grande; y, siendo todos hábiles en

el manejo del arma que diera fama a los baleares, esquivan el proyectil, y escapan con insignificantes magulladuras. El combate sigue, los hombres se acercan, esgrimen los cuchillos; las luchas se hacen personales, cada uno pelea con el que se halla cerca; el chocar de las afiladas hojas produce especial ruido; la sangre corre; uno, en un gemido, exhala su último aliento; otro con el sombrero contra el vientre retrocede vacilante; aquél lleva cruel cuchillada en la cara; éste cae con amplia herida en el pecho. La Calzada de las Carreras se tiñe de sangre. El sol llega al ocaso.

Los del Cerro de San Miguel, empiezan a retroceder; los del Terremoto avanzan.

En ese día fatal; ¡crueldad del destino! Juan había sido nombrado jefe de los de San Miguel y Pedro de los del Terremoto. Iniciaba la derrota de los primeros, no fue una retirada la que hicieron, sino una desordenada fuga. Solamente Juan, con el filoso y ensangrentado cuchillo en la mano quiere morir; le rodean diez o más, pero, hábil, esquivo el golpe con un brinco, o con una parada, hiere a tres o cuatro.... una piedra, que le pega en la mano, cae, sus enemigos se lanzan sobre él, seis puñales van a caer sobre su pecho...

La voz de Pedro se escucha terrible y fiera.

—Deténganse aparceros, es mi hermano, al que lo toque, lo mato.

Juan, dolorido, se levante y dice:

¡Eres tú Pedro!... ¿tú has peleado contra mí?... ¿tú me has vencido?... ¿ahora me perdonas?... ¡maldito seas! ¡Te mataré...!

Pedro, pálido, le oye y sólo le dice:

—Vete... ¡acuérdate de mi madre!...

Quince días después, Pedro se hallaba muy enfermo; en Guanajuato reinaba mortal epidemia de viruelas.

En la pobre casa en que vivía se hallaba solo. Sus amigos tenían miedo del contagio; sólo la vieja curandera, mitad harpía y mitad bruja, le acompañaba preparándole pocimas de yerbas...

La vieja se ha marchado. Es la media noche. La calleja empinada está desierta; una marchita candileja ilumina la estancia... Pasos furtivos en el callejón... Se abre la ventana de pobre cuarto, un hombre vestido de blanco salta por ella... Se acerca al lecho, en que yace el moribundo; hace pocas horas que uno de los padres de Belem le trajo los óleos..

Pedro, con la cara hinchada, está horrible con las pústulas; de su boca escurre sanguinolenta baba; sus ojos están cerrados.

El que llega tira el sombrero, se yergue y de su pecho saca puntiagudo cuchillo.

—Soy yo, tu hermano Juan, al que hicites juir hace ocho días... ¿Me oyes?...

—¡Sí! ¿Me miras?... ¿No?... pues voy a abrirte los ojos.

Se acerca y con mano despiadada le separa los párpados de un ojo, el cual está fundido, la supuración lo ha destruido. Le abre el otro y, sólo sale un líquido sanguinolento y pestilente.

—¿No puedes verme?... ¡Vengo a matarte!...

Y como un loco, se arroja sobre su hermano y le introduce diez o doce veces el puñal... Cuando no sale más sangre de aquel cuerpo corrompido, Juan saca el cuchillo, toma su sombrero, recoge su jorongo y ligero salta la ventana...

Han pasado seis años, la ciudad se halla conmovida; en los atrios de las iglesias, en los mercados, en las plazas se comenta el caso... Muchas gentes han visto un fraile en la Parroquia, nadie sabe quién es.

—Sí, niña yo lo vide, con estos mismos ojos...

—¿Pero cuando lo vió, Petra?

—Ayer, muy de mañanita, cuando el señor cura dice su misa; estaba en el púlpito el aparecido; es alto, con su bonete, con hábito negro, con su faja de seda, en la cintura...

Puedo asegurar a vucencia señor licenciado, que es un jesuita; los conozco desde México... Cuando llegué estaba frente a nuestra Virgen del Patrocinio, creí que era el señor Cura Hurtado de Castilla, me incliné para rezar y cuando levanté la cabeza había desaparecido... Fui a ver al señor Cura, a la sacristía, y, él me aseguró que no había estado en el altar mayor; además... Ahora que pienso... El señor Cura es gordo y el padre que yo vi era muy alto y muy delgado...

—No le quepa duda a su señoría, es un milagro que Dios nos hace, para llevarnos por el camino de la virtud y del bien; el Teniente me ha dicho hoy, que pronto vendrá a esta ciudad el padre Vidal; santo jesuita, que ya ha realizado muchos milagros; sí, señor Marqués, se lo aseguro a Ud., sólo Dios puede librarlos, de esta malhadada caterva de demonios que han encarnado en nuestros mineros... y... a propósito; ¿sabe usted algo de aquél Juan González, que mató a su hermano, al capataz que tenía usted en rayas...?

—Sé, que ese impenitente huyó por los cerros y anda como fiera brava purgando su delito; yo mantengo a su mujer y a sus hijos.

—Dios le perdone.

—Sí, Dios le perdone... y creo que estos milagros que se realizan en nuestra Parroquia, son la señal de que la Madre que tanto sufrió, se ha fijado en nosotros, yo le he ofrecido una peana de plata maciza.

—Vuesamerced, siempre tan noble y tan bueno... Le beso la mano y hasta los maitines de esta noche.

Algunas semanas después, llegó a la ciudad el Padre Vidal. Los milagros

que ha hecho son muchos, los señores de la curia y del juzgado los comentan, las damas nobles están maravilladas, las comadres se hacen lenguas.

Acompañan al santo varón, doce jesuitas, que más que en la cátedra bajan en el confesionario; el primer esfuerzo se hace contra aquellas terribles luchas, contra los zafenis que aterrorizaban a todos los guanajuatenses. Los primeros que vienen son los subalternos, después los capitanes, todos se confiesan; todos ofrecen el día de la comunión, reconciliarse delante de la Divina Forma.

La víspera del día solemne, un hombre cubierto de harapos, sucio, con la barba crecida, con los ojos rojos y fuera de las órbitas llega a la Parroquia y pregunta por el santo jesuita, un sacristán quiere impedirle el acceso, pero el hombre lo rechaza con fuerza y entre donde se halla el padre Vidal...

—¡Ave María Purísima!...

El hombre cae de rodillas.

—¡Ave María Purísima!... ¿Sabes rezar?... ¿qué quieres?

—Señor he matado... maté a mi hermano...

—Dios es grande y omnipotente, Él, te perdona por mi boca...

Los zafenis terminaron.

Juan, todas las mañanas, subía de rodillas desde el Puente Nuevo hasta la Parroquia...

Dios, le había perdonado y los hombres también.¹⁶

Basílica Colegiata y Nuestra Señora de Guanajuato

Juan José Prado hace una reseña histórica de la Portentosa Imagen de Nuestra Señora de Guanajuato, poniendo al principio una nota importante que dice “Entre los textos de mis leyendas se cuenta la narración de la gloriosa hazaña del granadino Perafán de Rivera, quien desde España trajo a la venerabilísima Soberana, Nuestra Señora de Guanajuato; pero habiéndonos brindado el muy ilustre Señor Cura Párroco don Estanislao Velásquez, la oportunidad de conocer tal proeza con mayor número de detalles, con su venia y a manera de reseña histórica me permito insertarla a continuación”.

¹⁶ Carlos Barajas, *Leyendas y paisajes guanajuatenses*, México, Librería de la Vda. de Ch. Bouret, 1916, pp. 17-29.

Esta imagen celeberrima y portentosa es, a no dudarlo, la más antigua de cuantas se veneran, no sólo en la República Mexicana, sino en todo el Nuevo Mundo, ya que existía en España por lo menos desde el séptimo siglo de la era cristiana y era tenida en gran veneración en la ciudad de Santa Fe de Granada; por lo que, el año de 714, en que fue invadida España por los moros, los piadosos granadinos la ocultaron en una cueva subterránea para libertarla de los desacatos que pudieran cometer los infeles. Allí permaneció por unos ocho siglos y medio, siendo esto de admirar un verdadero portento, pues ocho siglos y medio de estar donde se quiera, pero muy especialmente en un subterráneo húmedo y sin ventilación, son más que bastante para destruir la más firme madera; sin embargo, la Santísima Imagen no padeció la más leve lesión, conservándose intacta, para venir a ser luego la protectora dulcísima de la ciudad de Guanajuato.

Fue por fin descubierto ese tesoro inestimable hacia la mitad del siglo XVI; y muy poco tiempo después, sabiendo el Rey Felipe II la asombrosa riqueza que había en Guanajuato, le mandó la Santísima Imagen como un presente mil veces más rico que las entrañas de sus montes; la entregó a un caballero llamado Perafán de Rivera, quien la trajo con veneración; pero estando como a tres leguas distantes de Guanajuato, en un punto llamado la Hierbabuena, ya entrada la noche y no sabiendo por dónde continuar porque ignoraba el lugar fijo de la ciudad, hizo alto allí con sus compañeros; y en tal conflicto, ocurrieron a la Santísima Imagen de que eran portadores y colocándola sobre un tambor y encendiéndole dos velas, le suplicaron afectuosamente que los alumbrara para conocer el lugar de su destino. Los escuchó la Señora benignamente, pues luego que amaneció vieron en el campo dos palomas, de donde infirieron que había cerca algún poblado, por lo que siguieron la dirección que las palomas les marcaban y con esta guía llegaron a Guanajuato, a donde eran destinados. Y desde luego comenzaron los guanajuatenses a tener especial devoción y a venerar con singular afecto a esta Imagen. Esto sucedía el 9 de agosto de 1557.

Llegó primeramente al Hospital que Don Vasco de Quiroga fundó para los aborígenes otomíes, en cuya Capilla (actualmente Biblioteca de la Universidad) le dieron a la Santa Imagen los primeros cultos, permaneciendo en esta lugar durante ocho años, y después fue colocada en el templo que entonces era Parroquia y que ahora se llama los Hospitales, y allí permaneció más de un siglo hasta que en 1696, que se dedicó la actual iglesia matriz de Guanajuato, fue trasladada a ella con gran pompa y colocada en el crucero del Evangelio en es cual se le formó una capilla magnífica con sacristía particular, que actualmente es bautisterio. Estuvo en el crucero hasta el año de 1814, que fue trasladada al altar mayor, el cual fue construido de nuevo en 1858,

formándose en su centro y expresamente para la imagen, un magnífico ciprés en donde hasta hoy permanece.

El 21 de agosto de 1907, Monseñor Caroli, a nombre de Excmo. Sr. Dr. Leopoldo Ruiz y Flores, actual Arzobispo de Morelia y en aquel entonces Obispo de León, presentó a S. Santidad el Papa Pío X las preces suscritas por más de 19,000 católicos guanajuatenses pidiendo el Patronato y la Coronación Pontificia de esa imagen. Su Santidad accedió benignamente, suscribiendo de su puño y letra el pliego de peticiones “Juxta preces in dómínio”. Fue coronada el 31 de mayo de 1908 por el Excmo. y Revmo. Sr. Obispo Dr. D. José Mora del Río, predicando en esa solemnidad el Excmo. S. D. Ignacio Montes de Oca y Obregón, hijo ilustre de Guanajuato.

La imagen es de cuerpo entero, vestida de manto y túnica de la misma madera. Sin embargo, constantemente aparece cubierta con vestidos de riquísimas telas que le ha ofrecido la piedad de sus hijos y devotos. El manto cae por los lados en graciosos pliegues. En la cabeza ciñe la corona de ingente valor. A sus pies, que tiene cubiertos con túnica, hay una media luna de plata muy bien labrada, midiendo cada cuerno más de 27 cms. En la mano derecha tiene cetro de plata; (anteriormente en vez de cetro tenía un rosario); y en el brazo izquierdo mantiene sentado a su Divino Niño, hecho de la misma madera que la imagen de la Madre y formando una sola pieza. El niño tiene la manecita derecha abierta y levantada ante el pecho de la Virgen, la izquierda vuelta hacia abajo cogiendo con ella un pajarito verde. Uno de sus piecitos descansa en el seno purísimo su Madre, y el otro, que tiene levantado, está calzado con sandalia de oro. En su cabecita luce riquísima corona imperial. En todo el continente de la Virgen hay tal amabilidad y dulzura, que arrastra con suave violencia los corazones de cuantos la miran; y ella con los ojos bajos y alguna inclinación en la cabeza, a todos mira como queriéndoles regalar.¹⁷

Agustín Lanuza hace su propia versión y la dedica “A la memoria de mi ejemplar madre, la señora doña Francisca Romero de Lanuza”:

I

Cuando los bravos musulimes,
guerreros de altiva raza,
tras de animosas contiendas
invadieron a la España,
conservábase de antaño
una Virgen venerada,

¹⁷ Juan José Prado, *op. cit.*, *Leyendas y tradiciones guanajuatenses*, pp. 121-132.

que era la joya del pueblo
de Santa Fe de Granada.
Los piadosos granadinos,
recelando que la audacia
de los hijos de Mahoma
a la imagen profanara,
quisieron a todo trance
de un desacato librarla,
ocultándola en el fondo
de una cueva subterránea.
Porque jamás consintiera
la piadosa fe cristiana,
ver a su Reina y Señora
de la audaz morisma esclava.
Y allí, en aquel antro obscuro,
sola, triste, abandonada,
ajena de toda pompa,
desnuda de toda gala,
sin escuchar de los fieles
las fervorosas plegarias,
sin que acariciar llegase
su frente la luz del alba,
ni como en mejores días,
el bronce de las campanas
en torno de Ella, a los hijos
de su amor, los congregara,
mientras que la Media Luna
posó en Santa Fe la planta,
por el polvo de ocho siglos
cubierta fue; pero intacta,
incorruptible, la misma
que cuando la sepultaran,
sobrevivir pudo al cabo
de una clausura tan larga,
venciendo la acción del tiempo
que todo destruye y mata
poder, imperios, riquezas,
dichas, glorias, esperanzas
Centuria tras de centuria,
la Virgen quedó olvidada,

y el siglo décimo sexto
en sus anales no guarda,
cómo llegó a descubrirse
joya de estima tan alta,
sin caer bajo el dominio
de las huestes musulmanas.

II

Los pueblos conquistadores,
por dondequiera que pasan,
según lo muestra la historia
con sus sabias enseñanzas,
imponen a los vencidos
cuanto es propio de su raza:
sus leyes y sus costumbres,
su religión y su habla.
Ya Cortés, el fiero Hernando,
al conquistar el Anáhuac,
donado había un tesoro
a la corona de España,
alcanzado con el brío
y el arrojo de sus armas;
pero mucho más grandiosa,
más digna de nombre y fama,
fue aquella labor gigante,
ímproba, tenaz y ardua,
del heroico misionero
venido a la tierra indiana,
que humilde, pobre, descalzo,
cruzó por estas comarcas,
sin pedir repartimientos,
sin buscar riquezas vanas;
sin más lecho que las rocas
de las sierras escarpadas,
sin más albergue que un árbol,
y sin empuñar otra arma,
que la de su inteligencia,
su saber y su palabra,
logró aprender de los indios
aun las lenguas más extrañas,

y con su genio y paciencia
dominó toda una raza,
no del arcabuz temible
con la mortífera bala,
ni con la acerada punta
del estoque y de la daga,
sino con la luz bendita
del saber y la enseñanza,
que rompe las lobregueces
profundas de la ignorancia,
y la sed de los espíritus
abreva en sus linfas claras.
¡Varones por siempre ilustres,
varones de eterna fama;
tú, “Motolinía”, tú, Gante,
tú, Valencia, tú, Las Casas!

Cuando la sepulta Virgen
fue de la cueva sacada,
era el César Carlos Quinto
señor de la Nueva España,
y de tan lejanos mundos
y tan extensas comarcas,
que jamás en sus dominios,
su lumbre el sol apagara.
Entre ellos, era presea
en la rica Nueva España,
la opulenta Guanajuato,
venero de oro y de plata,
cuyas ingentes riquezas
cautivaron al monarca,
y al Mineral ofrecióle,
como gran merced y gracia,
de la milagrosa Virgen
mandarle la efigie santa,
que antaño fuera el orgullo
y la gloria de Granada.

III

Poco después, cuando el César
Carlos Quinto, despechado
de no poder abarcar
todo el mundo con su mando,
triste, enfermo, retraído,
abdicó, y sus desengaños
fue a esconder en el silencio
y la soledad del claustro,
al Rey Felipe Segundo,
su hijo, le dió el encargo
de cumplir con la promesa
que le hiciese a Guanajuato.
Dicho Rey dió a un caballero
aristócrata, y de rango,
la misión de conducir
a Nueva España el regalo;
y confiriéndole el título
—entonces muy señalado—,
de juez, Superintendente
de minas en Guanajuato,
embarcóse el caballero
rumbo a las Indias marchando.

Don Perafán de Rivera
se llamaba el cortesano,
por su origen, granadino
de ilustre familia vástago,
y pariente del Marqués
de Tarifa, don Fernando
Afán de Rivera Enríquez,
Duque de Alcalá, con cargo
en la bella Andalucía
de Mayor Adelantado.
Luego que Afán de Rivera
llegó a México, acordaron
el Arzobispo y la Audiencia,
y el Virrey Luis de Velasco,
que una expedición partiese

camino de Guanajuato,
y así quedase cumplida
la promesa del Rey Carlos.
Tras de fatigas sin cuento,
en un trayecto tan largo,
por empinadas veredas
y por caminos muy ásperos,
la comitiva formada
de nobles y de vasallos,
con don Perafán al frente,
arribó a un punto cercano
que llaman la Yerbabuena,
donde todos acamparon.
Era avanzada la noche;
estaba el cielo enlutado,
en la bóveda sombría,
no fulguraban los astros;
doquiera pavor, tinieblas,
envolviendo con su manto,
de las agrestes montañas,
los gigantescos picachos.

Aquí, la elevada cumbre,
acullá, el profundo tajo;
todo lobreguez. Entonces
era el rico Guanajuato,
un primoroso diamante
de altas sierras circundado,
donde los robustos pinos
y los robles centenarios,
la vegetación exúbera
en los fragosos peñascos,
prestaba al bello conjunto
un indescriptible encanto,
pues la población seguía
las curvas de los barrancos,
diseminadas las casas
por laderas y collados,
sobre las bruscas pendientes
y en las cañadas, formando

tan pintoresco paisaje
y arrobador espectáculo,
que el pincel más ingenioso
no consiguiera trazarlo.
Esa exuberancia puso
a exploradores, en claro,
que en América existían
de oro y plata ricos mantos,
no tan sólo en las entrañas
de los montes despoblados,
como en Granada la Nueva
o allá en los Andes peruanos,
sobre cuyas calvas crestas,
que cubren níveos penachos,
el bello sol de los Incas
prende sus purpúreos rayos.

Don Perafán, que ignoraba
en sitios para él extraños,
el lugar donde se asienta
la histórica Guanajuato,
en medio de aquellos bosques
tupidos y solitarios,
la ruta perdió... quedóse
con los suyos extraviado;
y estando allí, sin más templo
que el cielo infinito, bajo
los olorosos follajes
de los robles centenarios,
mandó colocar la Virgen
sobre un tambor, y alumbrado
por dos hachas, así hablóle
ambas rodillas hincando
—“Señora, tú que venciste
del mundo falaz e ingrato
el olvido en que te tuvo
por tristes y luengos años;
Tú, que la acción destructora
de los siglos, has domado,
y fuiste allá en mi Granada

fe y amor, consuelo y faro;
Tú, que eres luz para el ciego
y para el que sufre, bálsamo,
brújula y puerto seguro
para el infelice náufrago;
Tú, que al través de los mares,
del 'Mar Estrella', has surcado,
para ser la soberana
de ese rico Guanajuato,
sé mi norte, sé mi guía
en este trance apurado;
condúceme a tu destino,
acógeme con tu amparo,
por Ti abandoné mis lares,
por Ti crucé el océano,
y de todas las tormentas
de vida y mar me has salvado!"

IV

Cuando el sol, al otro día,
filtraba en haces de fuego
la tibia luz de sus rayos,
por entre el follaje espeso
de las añosas encinas
y los pinos corpulentos;
y los pájaros salvajes
se despertaban risueños,
desatando mil torrentes
de armonías y gorjeos;
cuando al saltar entre guijas
la crencha del arroyuelo,
dejaba un polvo de perlas
sobre los húmedos pétalos
de silvestres margaritas
y mirtos color de fuego;
nos cuentan los que lo saben,
que los extraviados vieron
cruzar dos blancas palomas
por el claro azul del cielo;
y tomándolas por guía,

su mismo rumbo siguiendo,
doblaron de las montañas
los escarpados senderos,
y llegar a Guanajuato
a la postre consiguieron.
Al punto, a la milagrosa
Virgen, llevaron a un templo
que al Hospital de los indios
estaba entonces anexo,
y era sólo una capilla,
santuario humilde, modesto,
que al Colegio del Estado
sirvióle, andando los tiempos.
Desde entonces fue la Virgen
muy amada por el pueblo
guanajuatense, que en Ella
reconcentró sus afectos;
y en cuantas calamidades
a la Ciudad affigieron,
ora en la escasez de lluvias,
ora en los grandes siniestros
causados por epidemias
o por combates sangrientos;
cuando en el siglo dieciocho¹⁸
y en el pasado, se oyeron¹⁹
fuertes ruidos subterráneos
que causaban ronco estrépito,
cual si todas las montañas,

¹⁸ “A la media noche del 9 de enero de 11784, dice D. Manuel Orozco y Berra, se oyó un ruido subterráneo semejante al de un carro pesadamente cargado sobre un suelo empedrado, terminando con un fuerte estallido. Los habitantes se alarmaron y huyeron de la población, sin llevarse la mucha cantidad de barras de plata que había en las haciendas de beneficio”.- Dic. de Historia y Geografía. T. III, págs. 720 y 7211.- N. del A.

¹⁹ Este mismo fenómeno se observó en los años de 1859 y 1874, encomendando el Gobierno el estudio del caso, al sabio sismólogo guanajuatense Ing. D. Juan N. Contreras, quien informó, que como el fenómeno estaba circunscrito a la sierra, en un radio de más de diez leguas. muy retirado del centro, y como caso de haber respiraderos, éstos se verificarían en las “domas”, estando Guanajuato a más de dos mil metros sobre el nivel del mar, no habría erupción de lavas incandescentes, sino lodo, gases o agua caliente, como pasó en Quito, en los Andes del Perú y en el Jorullo.- N. del A.

crujieran en sus cimientos,
a la Virgen se acudía
por el aterrado pueblo
y era de suntuosas fiestas
y veneración objeto.
Y dice una tradición
que es constante en nuestro pueblo,
que en mil ochocientos once,
cuando atacar pretendieron,
la ciudad desguarnecida,
numerosos guerrilleros,
la miraron resguardada
por un formidable ejército,
y en medio de él, a la Virgen,
por cuyo extraño suceso,
la “banda de Generala”
colocaron en su pecho.

V

¡Oh! pueblo guanajuatense,
pueblo heroico, grande, noble,
ceñiste imperial corona²⁰
a tu veneranda imagen,
y rico y valioso cetro
en su mano colocaste.
Un regio manto has prendido,
con perlas y con brillantes,
encasquillados en oro
de los mejores quilates,
a los hombros de tu Reina
que ha vivido invulnerable,
y aun vive, desafiando
en sus egregios altares,
las tormentas de los siglos
y el polvo de las edades.

²⁰ Don Juan de Dios Fernández de Sousa, en un pergamino impreso en México el año de 1764, refiriéndose al culto tributado a la Virgen de Guanajuato, dice “... y como a Fu Reyna, le pufieron en la cabeza de tiempo inmemorial acá, una Corona imperial de oro, j tributo de fus minas, avalorada en un caudal por fu fineza y magnitud”.- N. del A.

Yo tus creencias respeto
y admiro tu fe constante;
me seducen tus leyendas
como encantado miraje.
¡Tu historia, tus tradiciones,
tus luchas y tus afanes,
merecen que los poetas
en áureas rimas engarcen,
porque son vivo reflejo
de tu pasado gigante,
de tu esplendor, de tu gloria,
de tus hechos inmortales!²¹

Andrés García también da cuenta de la Basílica Colegiata y Nuestra Señora de Guanajuato:

Debido al esplendor y grandeza que esta Villa iba tomando, por el descubrimiento de minas que día a día se hacían, la población tan enorme requería una nueva y amplia parroquia, ya que la antigua que fue de los otomíes, era pequeña y mal proporcionada, por tal motivo se hizo necesario y se decidió construir una amplia y funcional en el centro de la ciudad.

Esta se inició en el año de 1671 y su construcción duró veinticinco años, al Cura don José Hurtado de Castilla se debe esta grandiosa y magnífica obra arquitectónica, para el pueblo católico de la rica Villa minera de Guanajuato, se terminó en el año de 1696.

Este templo fue construido con derroche de lujo y riquezas, porque los fieles de Guanajuato eran pródigos en desprenderse para enriquecer su parroquia; entre los que ayudaron con magnanimidad fueron: el conde de Valenciana, Marqueses de San Clemente y Rayas, don Gonzalo de Aranda, Marqués Pérez Gálvez, don Miguel Rivera Llorente regaló lo que costó la sacristía, la Marquesa de Rayas, doña Ángela R. Llorente, regaló en 1803, el servicio para la misa de oro cuajado de piedras preciosas, la Mina de Valenciana, el altar que fue plata de la Virgen de Guanajuato. Hubo un altar que fue regalado por don Luis Ramón de Aranda, de estilo churrigueresco y dorado muy fino y que fue dedicado al patrono de los mineros, San Nicolás Tolentino, más en el año de 1864, fue retomado el templo por el cura don Ignacio Arciga y fue retirado este maravillosos altar y junto con él otros hermosos tesoros desaparecieron. El señor Cura don Antonio Labarrieta hizo construir el atrio en el año de 1799.

²¹ Agustín Lanuza, *op. cit.*, *Romances, tradiciones y leyendas guanajuatenses*, pp. 143-155.

La imagen de la Virgen que vino a ser patrona de la ciudad, fue colocada en el altar mayor en el mismo año de la dedicación del templo en 1799, esta imagen Granadina estuvo 8 años en la capilla de los aztecas y 131 en la parroquia de los Hospitales.

Cuando fue trasladada a su parroquia nueva, fue día de fiesta para todo el pueblo, pues fue celebrado esto con procesiones y fiestas de todas las clases en donde se mezclaban los ricos y los pobres de Guanajuato, la sagrada imagen se colocó en unas andas y sobre los hombros de los mineros y sus benefactores, recorrió las calles principales, así hizo su entrada a la parroquia nueva.

El 18 de noviembre de 1810 los jefes del movimiento de Independencia, la bajaron de su trono y en solemne procesión por la ciudad, la pasaron implorando su auxilio y ayuda para la causa tan noble y justa que se echaron a cuestras.

Aldama, Jiménez, Arias y Abasolo, llevaban en sus hombros las andas, don Ignacio Allende iba tras detenimiento el manto de la sagrada imagen, esta comitiva iba precedida de una banda de guerra con tambores enlanados para tal acto, un rico Palio y los soldados atrás marchaban bizarros.

Esta venerable imagen, fue donada por el Rey de España don Carlos V, a la ciudad de Guanajuato, en recompensa de tanta riqueza que se llevaron a España y se cuenta que estuvo oculta en una cueva de Granada por 800 años durante la dominación de los Moros, se conservó intacta siendo ella de madera.

El encargado que fue para trasladarla a la ciudad de Guanajuato, fue el noble caballero español don Perafán de Rivera y dícese que ya para llegar al rancho de la Yerbabuena, se perdió la comitiva y temerosos de los indios chichimecas que habitaban esa región, colocaron la sagrada imagen sobre un tambor y oraron fervorosamente pidiéndole les iluminara el camino para llegar sanos y salvos, a su destino, al asomar las primeras luces de la aurora, vieron unas palomas blancas que volaban sobre sus cabezas, creyeron que fueron oídos sus ruegos y siguieron a las palomas que les indicaron el camino a Guanajuato.

Esta sagrada imagen se venera hasta la fecha en Guanajuato como Patrona de la ciudad, aunque el patrono de la ciudad es San Ignacio de Loyola. Esta parroquia fue transformada en Basílica menor el 31 de julio de 1957 por disposición Papal y con su fachada de hermosa arquitectura de Barroco puro, es uno de los edificios más hermosos de la ciudad.²²

²² Andrés García, *op. cit.*, *Guanajuato histórico y legendario*, pp. 27-29.

La Presa de la Olla

El sol tras elevados picos dejaba ver sus dorados rayos, el cielo estaba limpio, una brisa suave rizaba los trigales en la inmensa extensión de la lejana llanura, las aguas cristalinas con trabajo serpenteaban por pendientes escarpadas y las aves habían enmudecido.

Allá en la pradera, apenas si se veía alguna pálida flor que entreabría su cáliz y triste se inclinaba sobre su tallo.

La naturaleza toda estaba como dormida, ni una nube cruzaba los anchos horizontes, ni se escuchaba ese rumor incierto que es la voz de lo creado, ni se veía a las pintadas mariposas refrenar su vuelo.

Principiaba el mes de Diciembre del año del Señor de 1741.

En las márgenes del torrente, que serpenteando entre las peñas de los contrafuertes orientales del cerro de la Bufa, alimenta a la presa de San Renovado y ésta a su vez la de Olla, y precisamente en el lugar en que actualmente luce sus galas el Parque de la Acacias, se levantaba una casita sencilla humilde, pero llena de esa gracia que caracteriza a las aldeas de algunas partes de nuestro país, llena de esa tranquilidad que siempre rodea a las modestas habitaciones del campo. Esa casita pertenecía al Rancho de la Olla y en ella vivía la más encantadora mestiza de aquellos tiempos, la sin par María, hija de un viejo campesino, arrendatario del dueño del Rancho.

A la izquierda, se miraba una elevación de rocas ennegrecidas por los años, que daba al lugar un aspecto originalísimo. A la derecha, se veía otra elevación de rocas aún más original, más llena de encantos, más grandiosa, que da abrigo a las famosas canteras de Guanajuato; estas rocas son la que forman el cerro de la Bufa. Hacia delante, seguía el torrente su curso murmurando y dando vida a la floresta.

Todo esto presentaba a los ojos un raro panorama, mezcla de tristeza y de alegría que es difícil describir, sólo aquel que en invierno haya estado en campo, sólo aquel que haya viajado, sólo aquel que se haya detenido para contemplar la hermosura y la grandeza que encierra lo creado puede formarse una idea del lugar que nos ocupa.

A la entrada de las canteras y al pie de la elevación de rocas, se encontraba un joven de hermoso parecer, estatura elevada, pelo negro, tez morena y mirada penetrante, sentado sobre un tronco de árbol, era Pascual, mestizo también, y descendiente de Don Andrés de Liceaga y Zavala que fue en 1692 Alcalde Mayor, Teniente de Capitán General y Juez de Minas y Tandas de Guanajuato.

A cada instante fijaba la mirada hacia la casa de campo, después la dirigía hacia el torrente siguiendo su curso y contemplando el bello panorama que se ofrecía por toda la cañada hasta llegar a la ciudad.

Después de poco tiempo y entre los arbustos que se levantaban en aquel lugar, pareció una joven de tez sonrosada, grandes ojos negros y vestida de color de rosa. Llevaba en la mano un cesto y cubría su cabeza un gracioso sombrerito de paja del que pendían dos anchas cintas de seda encarnada que caían sobre sus hombros.

Esta joven se llamaba Flora, era encantadora, con toda la belleza de los quince abriles, en su semblante se dibujaba toda la grandeza de su alma y los nobles sentimientos que abrigaba en su corazón, toda la modestia y la sencillez que la adornaban, era un ángel venido al mundo para dicha de sus padres; Dios quiso poner en ella toda la hermosura de los ángeles, toda la ternura de una madre, toda la castidad de una virgen y toda la pureza del cielo.

Cuando Pascual volvió a dirigir sus miradas hacia la casa de su amada, ésta, la sin par Flora, aquella virgen que adoraba con todo el corazón, la que miraba en sueños acercarse a él llena de amor y cubrir de besos su frente y después estrecharlo enamorada entre sus brazos; aquella mujer en quien cifraba todo su porvenir, toda su esperanza, toda su dicha y a quien había elegido para compañera de su vida, bajó violentamente la escarpada pendiente, corrió a su encuentro y llegando a ella, tomó una de sus pequeñas manos y apretándose el corazón con ella le dijo:

—Flora de mi alma. —A estas palabras la joven lo miró fijamente, con esa mirada tan llena de ternura y de cariño del que ama, y a sus labios asomó una dulce sonrisa. Algunos instantes permanecieron mudos los dos enamorados, reinaba aquel silencio en el que se pueden escuchar los latidos del corazón, en que el pensamiento se eleva hasta las etéreas regiones de lo infinito, en que los seres que se aman, en dulce comunión se transportan a un mundo de dichas y esperanzas, en que las miradas hablan y los corazones se comprenden.

—Te esperaba con ansia, Flora mía.

—Buscaba en la pradera alguna flor para traértela; pero no encontrándola, corté estos zacatones que te traigo. Pascual los tomó, los llevó a sus labios y después dijo:

—Me amas mucho Flora?

—Tú sabes bien que te amo con toda el alma.

Pascual la estrechó contra su corazón, imprimió un beso en su virginia frente y tomándola de la mano se dirigieron por toda la rivera del torrente hacia el centro de la Villa, con objeto de asistir, según habían convenido de antemano, a la festividad que en honor de Nuestra Señora de Guanajuato, se celebraba ese día, el 8 de Diciembre de 1741, en la Parroquia del centro de la Villa.

Entre tanto en Guanajuato se celebraban con suntuosidad las fiestas religiosas de ese día en España, y en el palacio del Buen Retiro, el Rey D. Felipe V, expedía el título de Muy Noble y Muy Leal Ciudad a la, hasta entonces, Villa de Santa Fe, Real de Minas de Guanajuato, solicitado por el Ayuntamiento, según acuerdo en la sesión que esa Corporación celebró el 26 de Febrero del año de 1737.

Los pájaros elevaban sus últimos cantos despidiendo al día, hermosas nubes doradas por los rayos del sol que se ocultaban tras los cercanos montes, se extendían en el Occidente y en las vecinas colinas se miraba a los pastores acercando sus rebaños y entonando el canto de la tarde.

El paisaje más hermoso que se pueda imaginar se presentaba a la vista de Flora y de Pascual, que estaban sentados sobre un montón de las piedras que se estaban empleando en la construcción de la Presa de la Olla, cuyo proyecto, el Ayuntamiento en sesión de 3 de Julio de ese año de 1741, tomó en consideración a moción del Alcalde Mayor D. Juan Jiménez, y que, casi al mes, el Regidor D. Alfonso García de Malabehar, encargado de estudiar el asunto, presentó su informe, y en vista de él, se acordó pedir la licencia necesaria al Virrey para proceder a la construcción. El Virrey, en atención a las razones expuestas por el Ayuntamiento y en virtud de ser esa obra de utilidad pública, concedió la licencia y desde luego se dio principio a la construcción, a cuyo efecto, el dueño del Rancho de la Olla, cedió el terreno en que debía de hacerse esa construcción. La presa tomó desde luego el mismo nombre del rancho, con el cual hasta la fecha es conocida.

Era la hora más bella y más preciosa del crepúsculo vespertino: era el momento en que aquellos dos seres unidos por los lazos del amor, dejaban pasar las horas sin sentir y sin fijarse que la noche se acercaba con sus sombras; era el instante más propicio para que pudieran pensar en el porvenir; sin duda por eso Pascual, teniendo la mirada fija en Flora, la contemplaba con toda la ternura del que cree y adora; mas, sin embargo de la inmensa felicidad que se siente junto al objeto amado, Pascual estaba pensativo y triste, y no pudo ocultar las lágrimas que se escaparon de sus ojos.

—¿Lloras?... —le preguntó Flora estrechándolo contra su corazón—, ¿por qué lloras, Pascual de mi alma, por qué tus ojos vierten llanto, no crees en mi amor, pues que no sabes que te quiero mucho?... No, ¿tú no debes llorar porque tus lágrimas me hacen sufrir y me hacen creer que algo malo te pasa y que eso tú me lo ocultas, por qué pues lloras?...

—¡Ay! Flora, es tanto lo que siento, es tanto lo que pienso que sería difícil decírtelo todo.

—¿Qué no me tienes confianza? Dime, por qué lloras, qué te pasa, dímelo todo, te lo ruego por nuestro amor, por el cariño que nos une.

—Bien, voy a decírtelo, tú sabes que nada te oculto, levantémonos y siguiendo el torrente te diré lo que siento y lo que pienso.

Los dos amantes cogidos del brazo, emprendieron la marcha por la vereda que se había formado para comunicar la presa con la población y en dirección a la casa de Flora.

—Así como veo, continuó Pascual, en estos momentos morir el día, y llegar la noche, y buscar los pájaros a sus nidos; así creo que tal vez algún día llegues a olvidarme y con tu olvido mueran para siempre todas mis esperanzas y que entonces cruzaré estos campos triste y solitario, quizá vuelva a este mismo lugar sin ti, sin ti que eres todo mi encanto, todo mi consuelo, toda mi alegría...

—¡Oh Pascual! ¿Qué palabras son esas que no entiendo?, —replicó Flora—, ¿qué es ese lenguaje que lastima mi corazón y me hace sufrir tanto, qué tienes, mi bien, por qué me hablas así?... Tú no me amas, tú me ofendes porque dudas de mi amor y por eso te expresas de esa manera, ¿no sabes bien que te quiero, que te he dado toda mi vida, y todo mi corazón, y toda mi alma; no sabes que es tuyo mi amor y mi cariño; no vez que vengo ansiosa y contenta a verte, porque pues, me haces sufrir, ¿por qué lastimas mi corazón?...

—Sé perfectamente bien que me amas, y que correspondes a mi cariño, y que piensas en mí, como yo te amo, como yo pienso en ti...

—Si me amas, por qué piensas en cosas tan...

—Perdona mis palabras, no he querido dudar de tu cariño, tú sabes cuánto te amo y la felicidad que experimento mirando por ti mi cariño correspondido; esto mismo, a veces me hace pensar que tal vez pronto acabe todo, me considero indigno de ti y mi insignificancia me hace pensar todo esto; pero dejemos esas cosas tan fastidiosas y pensemos en nuestra eterna felicidad. Ven Flora, ven a mis brazos y piensa que soy tuyo y que al mundo he venido sólo para amarte, —y diciendo esto, los dos amantes se sentaron sobre una grande de piedra que estaba en el lugar en que se levanta actualmente la casa del Señor Licenciado Don Joaquín Obregón González, que por lo enorme y plana que tenía la parte descubierta, llamaba la atención, sobre ella se sentaron, decía y se abrazaron.

Los instantes corrieron, el sol ocultó sus rayos de oro tras los montes, las aves y las fuentes callaron y la noche extendió por todas partes sus densas sombras.

En la comba comenzaron a brillar las estrellas y en la ciudad sus habitantes a dirigirse a sus hogares en busca de descanso.

Siete años después de los acontecimientos referidos, en 1749, la Presa de la Olla quedó completamente concluida, sin embargo, dos años antes fue puesta al servicio público.

En junio de ese año, 1749, y con motivo de que el Ayuntamiento ordenó

la limpia del río que atraviesa la ciudad, que ya se había ensolvado y que se quitaran los muladares que, en varios parajes públicos, había; los vecinos más inmediatos se prestaron de muy buena voluntad para hacer ese trabajo, ya personalmente, ya poniendo peones por su cuenta; Pascual, que entonces vivía, en compañía de Flora, que ya era su esposa, y de tres niños, fruto de esa unión, en una casa que estaba en el lado sur de lo que es ahora Plazuela de San Francisco y en donde existía uno de esos muladares, no quiso contribuir para esos trabajos por más instancias que le hicieron los vecinos, así como el encargado de la dirección de ese trabajo, y por más que sus amigos y su misma esposa le manifestaron la necesidad de contribuir para esa obra de utilidad pública.

La actitud de Pascual causó muy mala impresión en el ámbito de los buenos y sencillos habitantes de Guanajuato. Sus numerosos amigos comenzaron alejarse de él, y las autoridades, desde entonces, dejaron de guardarle las consideraciones de los días pasados.

Pascual, que aunque era un hombre de mediana ilustración, estaba dotado de un talento poco común, que lo hacía distinguirse siempre entre los habitantes de Guanajuato, no dejó de comprender desde luego sus imprudencias y comenzó a buscar la manera de recobrar el aprecio y la estimación de tiempos pasados.

Flora por el contrario, desde ese entonces, fue más estimada, no sólo de las personas que la rodeaban, sino de todos los habitantes del lugar. Su carácter apacible y dulce, sus buenos modales, su modestia y sus excelentes sentimientos, la hacían simpática y acreedora a toda clase de consideraciones.

La conducta de Pascual parece que le abrió las puertas del cariño general y hasta las autoridades se mostraron con ella complacientes.

Todo esto fue de gran valía a favor de Pascual, porque de otro modo su trágico fin se hubiera adelantado algún tiempo.

A Pascual no gustó mucho lo que ocurría respecto de su esposa y comenzó a dar cabida en su alma y en su corazón a infinitos celos y un odio profundo a su esposa.

La serie de disgustos que se sucedían en su casa diariamente, hicieron de aquel hogar, antes lleno de tranquilidad y de dicha, un infierno imposible de soportar; sin embargo, Flora sufría y callaba y estrechando entre sus brazos a los hijos de sus entrañas lloraba amargamente.

Finalizaba ese año de 1749 y el señor licenciado don Luis Antonio Espinosa que desempeñaba, a la sazón, el cargo de segundo cura de Guanajuato, como sucesor del señor don Francisco Alcocer, y quizá ya presintiendo el hambre que había de asolar al país en los años siguientes, en una plática dominical, a la cual, por su indicación, asistieron sus feligreses, les hizo ver la conveniencia de hacer acopio de cereales y demás artículos de primera necesidad, para

estar prevenidos contra cualquiera emergencia que ocurriera, en atención a que las cosechas en los años anteriores y en éste, habían sido muy escasas; además, manifestó que las personas que no pudieran guardar las semillas en sus casas, las podían llevar al curato, en donde se guardarían, al efecto comisionó a varios vecinos de los principales de la ciudad para que hicieran saber esto a los que no habían concurrido. Uno de esos comisionados fue Pascual.

Tres días después, el cura tuvo conocimiento, por algunos de sus feligreses, que Pascual, no solamente no cumplía con la comisión que se le había dado, sino que andaba aconsejando a los vecinos, no hicieran aprecio al cura porque estaba loco. El cura dio poca importancia a esas noticias; pero como las habladas de Pascual siguieran y de día en día fueran más ofensivas, el cura mandó llamar a Pascual, quien, en su presencia, no sólo se mostró altanero, sino que lo insultó; el cura se limitó a despedirlo de su casa.

Todo parecía que había terminado, pero algunas personas que habían escuchado los insultos de Pascual al cura, contaron lo ocurrido a cuantas personas tuvieron a su alcance.

En aquellos tiempos en que la ignorancia y el fanatismo lo llenaba todo, lo ocurrido entre el cura y Pascual, fue tomado como uno de los hechos más infames de hombre alguno y Pascual considerado como hereje y, por lo tanto, declarado por el pueblo, enemigo de la iglesia.

Pascual no se arredró y continuó sus ataques contra el cura aún más terribles; por lo que el cura se vio precisado a excomulgarlo.

Pronto Pascual se vio aislado por completo, todo el mundo huía de él y hasta su misma esposa y sus hijos lo abandonaron yéndose a refugiar en el curato, en donde el cura les dio hospitalidad, porque, según algunas versiones que andaban de boca en boca de los indiferentes, tenían cierto interés en la hermosa Flora.

Seis días después, se encontró el cadáver de Pascual tirado en un callejón que fue designado desde entonces, con el nombre de Callejón del Infierno, acribillado a puñaladas y hecho pedazos el cráneo, al parecer a pedradas.

Las autoridades, al tener conocimiento de lo ocurrido, sin hacer averiguaciones de ninguna clase, pues que se trataba de un excomulgado, se limitaron a mandar arrojar el cadáver al río, en donde fue pasto de las aves de rapiña y de los perros vagabundos.

El triste fin de Pascual hizo honda impresión en el ánimo de Flora. Una melancolía infinita se apoderó de ella, que ni las atenciones y cuidados de lo que la rodeaban, ni las caricias de sus hijos fueron suficientes para reanimarla.

Los días que se sucedieron fueron para Flora tristes como días sin sol. Desde entonces, ni una sonrisa volvió acariciar en su mente.

Cuatro años, que para Flora fueron cuatro siglos, se sucedieron llenos de

luto y ansiedad, llenos de pesares y de congojas para aquella linda mestiza, tal vez la que primero habitó en el lugar en que hoy ostenta su aristocracia lozanía el Parque de las Acacias, hasta que el 8 de Mayo de 1753, bajo la tumba, precisamente el día en que nació el padre de la Independencia nacional don Miguel Hidalgo y Costilla, en la hacienda de Corralero, jurisdicción de Pénjamo, Estado de Guanajuato.

Los años se sucedieron y la Presa de la Olla, único depósito de agua hasta entonces de importancia, guardó en su seno las cristalinas aguas del torrente, testigo de los felices días de Flora y de Pascual, para cubrir las necesidades del pueblo guanajuatense; los hijos de este pueblo que pudieron apreciar la belleza del lugar y los que buscaban solamente sus comodidades, construyeron sencillas pero hermosas quintas en todo el trayecto desde la ciudad a la presa, rodearon sus casas de jardines y allí en ese retiro deliciosos, lejos del bullicio de la ciudad minera, dejaron sucederse los días y los años, los años y los días para consuelo de sus almas enristecidas y alivio de sus corazones dolientes, y cuando la vida se manifestaba, en aquel apartado lugar, llena de alegría, a fines del año de 1849, don Marcelino Rocha, vecino de ese lugar, y el que más tarde había de obsequiar con un banquete al Emperador Maximiliano, el día 25 de Septiembre de 1864, dio principio a las grandes obras de albañilería para levantar a la altura conveniente, la cortina de la Presa de la Olla, colocar sus cañerías y edificar la Presa Chica o de San Renovato, para aumentar el agua e introducirla de la manera más conveniente a la ciudad, en virtud del contrato que, al efecto, celebró el señor Rocha con el Ayuntamiento y aprobó, a su vez, el Gobierno, y elevado a escritura pública el 31 de Diciembre de ese mismo año de 1849, ante el Notario Público don José María López.

Tres años más tarde, el 2 de Junio de 1852, brotó por primera vez, en la fuente que se construyó en la Plaza Mayor, el agua de la Presa de la Olla. El regocijo público fue inmenso como inmenso es el benéfico que, desde ese día, comenzaba a recibir el pueblo guanajuatense.

No hubo niños, ni jóvenes, ni viejos que no dejaran asomar a sus labios una dulce sonrisa, ni hubo hombre honrado ni hombre perverso que no sintiera conmovido su corazón de gozo. Guanajuato ya tenía agua y ya sus jardines podrían florecer con más lozanía, y ya sus árboles podrían dar frutos más sabrosos y de más vigor. La primavera desde entonces en adelante, ostentaría sus galas en aquel mineral lleno de escarpaduras y las bellas mitades del género humano, darían luz y vida a sus hogares, la luz de sus ojos y la vida de sus amores; pero aún faltaba algo para completar la obra, faltaba un jardín en la pared, un jardín lleno de fragantes flores en donde pudieran refrenar su vuelo las pintadas mariposas, y elevar sus cantos los pájaros, y lucir su gallardía las bellas hijas de Guanajuato; faltaba un jardín para dar luz, calor y vida al

retiro guanajuatense, que tiene por atalaya al soberbio cerro de la Bufa; y aún más todavía, faltaba un templo en donde los niños ofrendaran a la divinidad sus sonrisas, las doncellas sus ilusiones y sus esperanzas y los ancianos sus recuerdos; faltaba un templo a donde acudieran los necesitados, los tristes, los huérfanos y los proscritos a buscar consuelo para sus corazones dolientes y alivio para sus almas enfermas; y ese jardín y ese templo fueron construidos; en el uno se elevan a los cielos los perfumes de las flores, en el otro se elevan también a los cielos el perfume del incienso ofrendado por los creyentes; en el uno alienta la expansión del espíritu, en el otro el recogimiento de ese espíritu, ambas cosas necesarias a la vida, a la vida del ser humano; pero aún no era todo para el pueblo guanajuatense, ese pueblo capaz de todas las emociones del espíritu, de todos los dolores del corazón, de todas las alegrías y de todas las tristezas del ser humano, necesitaba una fiesta popular digna de su carácter, de esa presa, de ese jardín y de ese templo; entonces, conciliándolo todo, escogido el 24 de Junio para el comienzo de esas fiestas y los ocho o diez días siguientes para la continuación de ellas, terminándolas con la apertura de la presa.

La manifestación popular desde la noche del primer día hasta el último, es atrayente y original, es típica del pueblo guanajuatense para la presa, para el jardín y para el templo, como son típicas las fiestas del Hormiguero y del cerro de la Bufa el día de San Ignacio, y como lo fueron las Tandas en otros tiempos, y como lo son las familiares en el recogimiento del hogar.

Al extremo opuesto de la Presa de la Olla y entre la mina Valenciana y la ciudad, se levanta majestuosa la Presa Esperanza, soberbia obra de ingeniería que contiene una enorme cantidad de agua que en mil cañerías lleva a la ciudad.

Su construcción, sus filtros, su inmensa red de cañerías son, sin duda, obras maravillosas; su importancia para la ciudad es mayor que la de la Presa de la Olla, pero nunca tendrá el mérito de ésta, por que ésta ha dado vida a la flora y a la fauna de Guanajuato, ha madurado las mieces y los frutos de los campos y de los árboles, ha mitigado la sed del hombre, ha dado impulso a la industria y a las artes, ha sido cual otra peña de Moisés dejando escapar su cristalino líquido para alivio de la tierra y de los hombres y para glorificación de la divinidad; por eso la Presa de la Olla es la madre querida de Guanajuato, y para esa madre, sus hijos le han levantado su jardín y su templo y le ofrecen anualmente, como manifestación clara de su cariño, soberbias fiestas populares.²³

²³ Carlos de Gante, *op. cit.*, *Cuentos Históricos Guanajuatenses*, pp. 85-105.

¡Aquellas fiestas de la Presa!

Los días que se sucedieron fueron para Flora tristes como días sin sol. Desde entonces, ni una sonrisa volvió acariciar en su mente.

En 1893, con motivo de la toma de posesión del Gobernador del Estado, licenciado don Joaquín Obregón González —quien sucedió al General don Manuel González, fallecido en el ejercicio de su mandato el 8 de mayo del mismo año—, se organizó por primera vez una fiesta en la Presa que llevaba entonces por nombre Manuel González. Por primera vez se abrieron las compuertas, concurriendo, como suele decirse, todo Guanajuato. Previamente se había anunciado con profusión la apertura.

Asistió también una gran cantidad de gente procedente de otros lugares, que se sumó a la que asistía a la toma de posesión del nuevo Gobernador. Grande fue el entusiasmo, y todas las familias levantaron sus casas de campaña en los cerros para pasar el día, transformando aquello en una verbena encantadora.

A medio día se anunció la apertura de una válvula de una de las compuertas, anuncio que realizó una de las hijitas del nuevo mandatario. La concurrencia se puso en pie para celebrar tal acontecimiento: como las válvulas estaban bien provistas de aceite, la niña pudo abrirla. De inmediato, el agua, con presión, rompió el barro acumulado en el tubo.

El chorro salía con tanta fuerza que, al chocar con el cerro que quedaba al sur de la cañada, éste se fue desmoronando como si hubiera sido de azúcar.

Allí estaba acampada una familia de apellido Hinojosa. La gente se comenzó a dar cuenta del peligro que corría, pues era tal la cantidad de agua que se desalojaba, que no era suficiente para desfogarla el nivel de la cañada, y a cada instante aumentaba el volumen del agua. Las autoridades, al darse cuenta del peligro que corría la familia Hinojosa —peligro que aumentaba con la trepidación de las válvulas que amenazaban romperse—, dieron orden de cerrarlas. Con muchísimo trabajo varios hombres lograron el objetivo, pero quedó asustado el público que presenciaba las maniobras.

Desde aquella fecha no se volvió a intentar la apertura, sino hasta la época del Gobierno del ingeniero Antonio Madrazo. Se repitió lo sucedido la primera vez, pero sin lograr el cierre de la válvula. Se procedió entonces a inutilizarla haciendo uso de sacos de cemento, con lo que se consiguió condenar la comunicación del tubo con el agua.

A principios del gobierno del licenciado Joaquín Obregón González, el Estado adquirió, por compraventa, los ranchos de El Durazno, San Rafael

de América —propiedad hasta entonces de don Ramón Alcázar— y Melchiores, que forman las cañadas que dan el agua a la Presa de la Esperanza. Las autoridades permitían que por esos lugares transitara la gente de las minas de El Durazno y San Rafael de América, por estar al corriente del pago de los impuestos mineros, concesión que quedaría nulificada si los impuestos dejaban de cubrirse.

El terreno del Gobierno, como se le llamó, pasó del Estado al municipio para su vigilancia, pagando éste los sueldos del presero y guardabosques. Dicho terreno se atendía debidamente, hasta que el gobierno de don Agustín Alcocer autorizó a uno de sus familiares para que cortara madera para las minas y para hacer carbón.

En la vaga nublanza de mi pasado se destacan con vigorosos perfiles aquellas fiestas de la Presa de la Olla, que para los pocos que aún quedamos de aquellos tiempos, constituyen cifra y síntesis de guanajuatismo.

Era el Paseo de la Presa barrio residencial y veraniego. Afiliadas a la categoría de este prestigio y a los rigores de la estación, se fueron construyendo al filo de sus avenidas preciosas residencias, algunas de ellas verdaderas mansiones plenas de señorío.

Con frecuencia tenían jardín, o, en su defecto, prolongados barandales coronados de tiestos floridos. Uno de los jardines privados más hermosos era el de doña Antonia del Moral de Jiménez, pues estaba literalmente cuajado de rosas, mismas que, al decir de la tradición, se secaron a la muerte de tan insigne y pía señora. Y a fe mía que esta vez la tradición no mintió, pues fui testigo de tan portentoso suceso.

Enhiestas araucarias señoreaban gallardamente el paisaje, y la purpurada nota de las bugambilias alegraba el rico colorido de aquellos jardines, que gustoso hubiera pintado Santiago Rusiñol. En aquellos tiempos el agua no escaseaba, y los jardines no constaban sumas excesivas.

En la Quinta de Zaragoza, de la cual era propietaria la familia Chico, resplandecían los magníficos paseos de los pavorreales, que entre las frondas extendían sus joyantes abanicos, no concordantes con los ásperos graznidos que a distancia se escuchaban. La gente llamaba a esta mansión la Casa de los Pavos.

Enfrente espejeaban las verdinegras aguas de la llamada Presa de los Patos, que otrora diera sepultura al infortunado don Thomas Haller, héroe de espantable drama. Esta bellísima finca perteneció hace muchos años a don Cenobio Vázquez, y en ella estuvo ubicada la primera capilla que disfrutó el Paseo de la Presa.

Calle de por medio se instalaban las acreditadas pastelerías de El Ramillete de Juan Vázquez, muy decoradas de vistosa policromía de papel de china. Allí comprábamos los famosos y deliciosos suspiros de la Presa, los volcanes, puerquitos y otros exquisitos pastelillos por nuestro mal desaparecidos.

Al iniciarse la estación veraniega, las familias pudientes iban ocupando casas de recreo con gran beneplácito de las que allí habitualmente vivían. Era frecuente que en las noches de luna se hiciera la tertulia en los espacios y frescos corredores de alguna de las casas, y las bellas señoritas de entonces, acompañadas de bandurrias y mandolinas, cantaban aquellas sentidas y románticas canciones de entonces: “Perjura” de Lerdo de Tejada, “Secreto Eterno” de Perches, o “Recuerdo” del maestro Alvarado, que parecían embalsamar el aire de la noche.

En los frescos atardeceres salían aquellas bellísimas guanajuatenses, en su sencillo traje de percal ceñido por el sedño rebozo de Santa María, de finísimo hilo de bolita que acentuaba la esbeltez de sus cuerpos juncales.

En aquellos paseos de trezaban los idilios en eterno romance amoroso. Es por ello que difícilmente podrá haber un guanajuatense que no guarde un recuerdo aromado de ternura, conectando con el ambiente vespéral y poético de este paseo y con su verde mocedad: con esa banca con aquel fresno que aun guarda en su corteza dos iniciales entrelazadas y circunscritas dentro de un corazón.

Las fiestas duraban más de un mes, situándose infinidad de barracas desde el Parque Florencio Antillón, hasta lo que son en la actualidad los jardines del Hotel Orozco. Bajo sus mantos había toda clase de antojitos: neverías —entre las que destacaban la de Inocencio Rodríguez y la de Marcial Cano—; tamales, pollo y enchiladas, y los clásicos pastelitos de la Presa que he loado anteriormente.

Desde lejana distancia se escuchaba el ronronear de la enorme bola, que giraba haciendo rodar los números de la lotería de tablititas. Se escuchaba la estentórea voz del Peche Rocha que anunciaba: “¡Se rifa un ternito de China, una charola y un juego de vasos!”. En seguida iba enumerando las cartas que, en prolífico parto, iba extrayendo de la grávida bola: el que pica con la cola, la víbora, el ciprés, el enano, la severiana, el que le canto a San Pedro... Los jugadores iban anotando con granos de maíz las cartas premiadas. De pronto se escuchaba un grito jubiloso: “¡Lotería!”... El ganancioso había tenido que apurar la imaginación para traducir los enigmáticos enunciados. Un coime auxiliar iba confrontando las cartas enunciadas en línea recta, horizontal o vertical, con las que habían salidos de la bola. El Peche gritaba: “¡Es buena y se la llevó...!”

Las diez de la mañana cruzaba la ciudad un tranvía especial en el que iban las cantadoras de los gallos. Casi todas eran mujeres alegres de origen tapatío:

de entre ellas destacaba una muy opulenta de carnes a quien apodaban la Tambora y que despertaba gula de los amantes vulgares. Era morena y de no malos bigotes; cantaba las lindas mariposas del amor, las coplas de Ponciano o la Marcha de Zacatecas.

¡Oh felicidad!!!... En aquellos tiempos no había sinfonolas ni altoparlantes. La Rueda de la Fortuna giraba lenta, ofreciendo a los viajeros del espacio panoramas no vistos antes; los tiouvivos o caballitos de vapor, como entonces se les llamaba, hacían las delicias de la chiquillería.

Viejas acuchilladas acudían en el alegre vivace al cubilete, invitando a los paseantes a jugar a los carcamanes, desplumándolos con sutiles argucias. En contraste, y en la mansión situada camino abajo y contigua a la antes citada Quinta de Zaragoza —mansión de la cual era propietario don Enrique Langenscheidt—, se instalaba la partida de cartas, donde los señorones adinerados jugaban cuantiosas fortunas, perdiendo grandes sumas con la sonrisa en los labios.

Pocos números del festejo ofrecían mayor interés que las peleas de gallos, cuya plaza se instalaba en los jardines de lo que en la actualidad es mansión del bonachón y próspero Nacho de la Garma, y que entonces lo era de la familia del licenciado Manuel Villaseñor, senior. Más tarde, la plaza se trasladó a la cola de la Presa, en la entrada del Tepozán.

La víspera del día de San Juan recorrían las calles infinidad de gallos²⁴ monopolizando las orquestas de la Compañía y de los Arcos, de las que era primera figura el Charro Molina. *La jeunesse d'or*, los fifies de entonces, iban en magníficos caballos, luciendo esplendentes trajes de charro vistosamente alamarados y ornados con ricas botonaduras de plata.

Desde temprano subían a la Presa, por el Campanero, lujosos carruajes tirados por finos troncos de caballos frisonos. La gente del pueblo vestía de chillones colores de estallantes sedas; y los varones, me refiero a los mineros, calzón blanquísimo, el patio bordado, huarache y sarape solferino al hombro. Los más ostentosos portaban pantalón negro ajustado, zapato de amarillo naranja con puntera de charol ornada de ojillos dorados, y el sombrero charro de alta copa cónica que era tan representativo de lo mejicano, hoy infelizmente trocado por una imitación de sombrero vaquero tejano.

Los cerros se cubrían literalmente de casitas de campaña construidas de lona, o de sarapes prendidos a los ramazones de los cazahuates; y de esas casitas fluían los sones de guitarras y las notas de la linda canción mejicana, aun no prostituida por las detestables sinfonolas, tormento de la edad moderna. Se cantaba entonces el heroísmo del Padre Jarauta o las valentías de Lino Zamora o de Valentín Mancera.

²⁴ Serenatas.

...Soy de puro Guanajuato
donde se rebana el oro...
Yo me baño en agua limpia
y no me revuelco en lodo...

Por la tarde solían traer las camillas con adaptación de las correas para asegurar al ocupante, que con frecuencia era alguna señora borracha y maldiciente. Se cubría el artefacto con gruesa lona que impedía el espectáculo vergonzante, velando además las crecidas voces que proferían los gruesos balones de la infeliz.

A las doce en punto —don Joaquín Obregón era muy puntual— se abrían las compuertas de la Presa a los melodiosos acordes del inmortal vals “Sobre las olas” y escapaba abundosa catarata desbordada, compuesta de aguas rojizas y espumosas.

Algunos audaces se arrojaban a nadar contraviniendo las disposiciones municipales, y a sabiendas de que al salir serían aprehendidos y remitidos sin novedad.

En infinidad de ocasiones venía la aguafiestas: una nube negra y tonante que asomaba por el Cerro de la Bolita, y que en lo mejor del festejo descargaba toda su furia acuosa y relampagueante. Al decir de algunos, uno de los atractivos de la fiesta —el chiste, según ellos—, consistía en echar a perder todo el atuendo de su ropa fiestera. Para eso se hacía el dinero redondo, para que rodara... y para ver a las galereñas con sus castores lentejuelados o con las sedas, solferinas o amarillas, y los rebozos arrastrando en el fango rojizo; a la humedad fermentada modelando sus cuerpos.

Pasó aquello; cambiaron los modos de diversión. Hoy las fiestas se organizan, se instalan comités y se elige una preciosa muchacha como reina. Ya no hay quien eche patitos a la Presa con pesos fuertes. La alegría es la misma; lo procedimientos son distintos. Hoy los camiones van repletos. Las cascadas tumultuosas entusiasman a las multitudes, y el mismo vals Sobre las Olas, hierve en la sangre de los guanajuatenses, que hoy, como antaño, se alegran entre músicas y tormentas.²⁵

²⁵ Manuel Leal, *op. cit.*, *Croniquillas de Guanajuato*, pp. 193-197.

Origen de la Presa de la Olla y la tradicional apertura

El Alcalde Mayor don Juan Jiménez promovió ante el Cabildo, el día 3 de julio de 1741, el proyecto de construir una presa para agua potable en el sitio llamado Hoya Grande, y aliviar la escasez que había de ese precioso líquido.

Se dispuso para ello pedir licencia al Virrey. Concedida ésta, dio principio la obra poco después.

El terreno escogido para hacer el vaso pertenecía al “Rancho de la Hoya”, y como se hallaba lejos del caserío y en despoblado, se hizo una vereda para comunicarla.

A principios de 1747 quedó la presa en servicio y en ese mismo año se llenó por primera vez, aunque en realidad la obra se concluyó dos años más tarde.

La cortina presentaba como adorno cinco estatuas de cantera sobre sendos pedestales en forma de medias columnas, en forma similar a las que aún pueden verse en la Presa de Los Santos en Marfil.

Como la población crecía más, junto con la escasez de agua, que llegó a valer tres reales la carga, el problema de traer el agua a la ciudad era inaplazable.

A fines del siglo pasado el Ayuntamiento construyó la gran calzada que iba de la hacienda de San Agustín a la Presa, siguiendo las sinuosidades del río o de la cañada, que entonces era lo mismo.

El intendente don Juan Antonio de Riaño influyó directamente en la terminación de esta obra, por lo que uno de los puentes que se tendieron de un lado a otro del arroyo, llevaba su nombre y otro el de su esposa, Victoria.

El 11 de marzo de 1816 el propio Ayuntamiento fijó una contribución pública al agua de esta presa y a la de los Pozuelos, a razón de cuartilla por carga que se introdujera a la ciudad.

Don Marcelino Rocha, caracterizado vecino de ese barrio, propuso al Municipio que se entubara el agua y se construyeran las fuentes o hidrantes que fueran necesarias, pero esto se realizó hasta varios años más tarde.

Todavía a mediados del siglo pasado esa parte seguía casi despoblada. Las casas llegaban nada más a la Hacienda de San Agustín; en adelante sólo había las chozas de los antiguos ranchos Los Garridos y la Hoya Grande, la casa del Ayuntamiento junto a la presa y las haciendas de Zaragoza, donde hubo también una presa con este nombre, que más tarde se desecó para construir el memorable Hotel Orozco, hace algunos años convertido en un jardín público: y de Santa Gertrudis, frente al que fue Colegio del Estado,

después Hospital Civil y ahora Escuela Normal. En esta época (mediados del siglo XVIII) empiezan a construirse hermosas fincas de campo que vuelven pintoresco ese paseo.

Las primeras de estas casas pertenecieron a don Ruperto Campuzano, a don Pedro Carvajal y a don José María Acevedo. Dos pasaron a ser propiedad de don Marcelino Rocha y de don Epifanio Jiménez.

Así fue que se inauguraron, además, las pequeñas calzadas que hay cerca de la Presa y los puentes de la Escondida y San Renovato.

Como el entubamiento del agua no se realizaba todavía, el líquido se distribuía a 200 cuartillos por medio real, y a los aguadores se les pagaba a cuartilla la carga de 120 cuartillos.

Para aumentar el caudal de agua potable se acordó la construcción de otros vasos en la misma cañada, como fueron San Renovato y la Escondida.

El 3 de diciembre de 1849 dieron principio las obras de levantar la cortina, colocar por fin las tuberías y construir la Presa de San Renovato, lo mismo que la torrecilla de la Atalaya en la Presa de la Olla.

Estas despresas, situadas en diferentes planos, están unidas entre sí por un túnel.

Por haberse convertido en un sitio imprescindible para fiestas y paseos, como sigue siendo hasta la fecha, el propio Intendente don Juan Antonio de Riaño y Barcena, allá por los años de 1756, dispuso que se hiciera un camino, pues las gentes transitaban por una angosta vereda.

El entubamiento del agua se realizó, también, hasta el 3 de diciembre de 1849. Este señalado beneficio que recibió el pueblo, tuvo un precio demasiado alto. El de haber quitado las estatuas que había en el borde de la cortina.

Para atravesar el río era indispensable construir puentes. Fue el mencionado Riaño quien mandó hacer los dos primeros, el de San Juan, frente a la casa que fue de la familia Parkman, y que recibió aquel nombre probablemente en honor del Intendente, circunstancia que, indudablemente, pudo ser la razón para que se festejaran, desde entonces, ese día, el de San Juan, en la Presa de la Olla.

Y, además, dar origen a otra de las tradiciones más bellas, que se hacen hasta nuestros días en este maravilloso Guanajuato, con el acto saliente de la Apertura de las Compuertas, que por primera vez se llevó a cabo en julio de 1850, fecha en que acordaron los Regidores don Juan N. Repasar y don Manuel Ajuria, aceptando la proposición hecha por don Marcelino Rocha, de que, “a partir de esa fecha y todo primer lunes del mes de julio, se efectuara tal festividad con desfile de carros alegóricos, audiciones musicales, festivales acuáticos, carreras de caballos, globadas, fuegos artificiales y cucañas”. Mis-mos que dan lugar a importantes festividades que, a lo largo de más de un

siglo, año por año acude con entusiasmo desbordante el pueblo entero de Guanajuato a ver como se derraman las aguas de la Presa de la Olla por sus vertederos, teniendo como fondo, además, los acordes del Vals Sobre las Olas, del inmortal músico de Santa Cruz de Galena.

Al paso de los años, el entusiasmo sigue en pie, gracias al impulso que la tradición tiene provincia, como una fuerza mágica que se renueva en cada generación.

Por muchos años ha sido y seguirá siendo motivo de regocijo general asistir a la Apertura de las Compuertas de la Presa de la Olla, y momentos después de abrir las compuertas, dar paso a la verbena popular que continua hasta la noche.

Ese día, como he mencionado, se congrega toda la población en ese lugar, llevando consigo exquisitos platillos típicos que saborean en las cañadas y en las lomerías circundantes conviviendo entre familiares y amigos.

Por la época a que se refiere este relato dominaba la influencia francesa, mejor dicho europea, como se ve en los estilos de esas casas.

La construcción de la Capilla de la Asunción se debe a don Cenobio Vázquez, El jardín Florencio Antillón, construido por iniciativa de ese Gobernante, vino a embellecer más todavía ese paseo.²⁶

Callejón de Pajaritos

La irregularidad del suelo de esta ciudad ilustre, dio origen las más bellas callecitas que atraen visitantes de todos los rumbos de la Patria y del extranjero.

La forma caprichosa de estos vericuetos encantadores, tienen a cada paso sorpresas y emociones distintas. A la vuelta de un recodo o a la saliente de un muro, nos encontramos con una callejuela angosta y empinada, que se pierde en un pequeño jardincito de una casa o el acantilado de una barranca. A veces no sabemos si el terreno que pisamos es el de un Callejón, el patio de una casa o el techo de una vivienda. Así está hecho Guanajuato, de bellezas y sorpresas.

En ocasiones subimos un vericuelo y por ir contemplando todos estos detalles que cautivan nuestra curiosidad, no nos damos cuenta de que esta-

²⁶ Erasmo Mejía Ávila, *op. cit.*, *Lugares Históricos de Guanajuato*.

mos en la cima de un cerro, desde donde podemos admirar un pedazo del único panorama fronterero, que subyuga y atrae por la posición y colorido de sus casas que son únicas por su estilo y fisonomía.

El callejón de “Pajaritos” se pierde entre la madeja de calles que suben y bajan. Lo pintoresco de sus viviendas, adornadas con flores, de rústicas escaleritas y cobertizos coquetos, hacen de esta angosta callecita un bello cromograma que cobra interés para el viajero y forma parte de este álbum evocador, porque frente a él en el fondo se destaca el agreste paisaje del Cerro de “Sirena” que espera pacientemente al artista que ha de plasmar ese detalle sugestivo.²⁷

Para rematar, a continuación expongo el texto inédito “Travesura heredada” escrito por Manuel Leal Guerrero y proporcionado por Mariano González Leal, sirva el cierre del libro como muestra de gratitud al apoyo y confianza brindada para conocer un poco más sobre la vida y obra de don Manuelito Leal, como afectuosamente le decían sus amigos en Guanajuato:

Travesura heredada

A mi sobrino Mariano.

El mezcal es malo. Nubla el entendimiento y vuelve soez al individuo que gusta de libarlo en demasía, por más que sus adictos le atribuyan falsas virtudes, tales como la de arriscar su valentía cuando más bien la insolentan; la de introducir en su ánimo la jocundia cuando tan sólo se hacen poseer por descompostura bellaca.

De ello podía dar buena cuenta Úrsula, fámula al servicio de mi casa en los años de mi retोजना mocedad.

Úrsula era de rostro mongólico y redondo; tinto de subida morenez pasada de tueste, tal, que recordaba un pan de los que el vulgo denomina semitas, término nunca peor aplicado dada la nada semita conformación de sus rasgos.

Notoria era su afición por la blanca bebida de los sueños negros. En una ocasión en que había bebido una copilla de más, se sumergió en blando y

²⁷ Andrés García, *op. cit.*, *Guanajuato maravilloso y legendario*.

gratísimo sueño, de esos que suelen brindar deleites de Nirvana; en cuyos ignotos escenarios, quizá se soñaba huir de algún paraíso totonaca.

Aprovechando su estado de beodez, me aproximé a donde ella dormía.

Era el común aposento de criados de aquella época, un camaranchón en calado, con muros que otrora fueron blancos y que a la sazón recordaban muy de lejos un mosaico bizantino, por la cantidad de hemípteros que allí habían sido despanzurrados. Viguería pintada de tierra roja en tono pálido; zócalo de almagre con un filete de azul hermoso; y en un rincón, adosada junto a la pared, la clásica artesa donde se lavaba la doncella.

El “baúl” pintado de verde, que servía de armario, ostentaba en la parte interior de la tapa chillona vistosa policromía de calcomanías varias. Dentro, se guardaba la ropa que constituía el vestuario de su dueña; y entre las prendas, se alojaba una lata de sardinas vacía destinada a la custodia de un peine “liendrero”. Complementaban el modesto ajuar un jabón corriente, una escobeta destinada a domar el par de trenzas endrinas, y un espejito redondo, a cuyo reverso lucía un episodio taurino.

Tras la puerta de acceso al recinto había dos letreros. Decía el primero. “Detente, enemigo: el Corazón de Jesús está conmigo”. Y el otro rezaba: “Ave María, Gratia Plena”.

Con esmeradas precauciones me llegué al aposento. Ella dormía, como era su modo y manera habitual, en áspero y rudo petate. Yo caminaba con paso medrosico, lento y cauteloso, bien provisto de un corcho quemado. Ella alternaba sonoros ronquidos, que evocaban las notas graves de una de esas especies de contrabajo popularmente llamadas tololoche, con fétidos regüeldos, en los que ofendía menos la pestilencia alcohólica que la botánica, si acaso, merced a la similitud estrictamente semántica de los vocablos, pudiéramos referir a esta noble ciencia el infumable aroma de las botanas ingeridas y a medio digerir.

Con delicadeza suma fui dibujando en los rollizos carrillos de la fámula un par de enhiestos y marciales mostachos a la borgoñona; tales, que el mismo D’Artagnán los hubiera envidiado. Las guías de los mostachos se erguían retorcidas, hasta avvicinarse a los rabillos de aquellos ojos rasgados de deidad nipona. Con las mismas medidas precautorias, fui alejándome de puntillas hasta ponerme fuera de la zona peligrosa.

—¡Úrsulaaaaaaaaaaaaa!, grité entonces.

Oí entonces un gruñido de marrano ahíto, un refufe de fastidio —peculiar de quien está a punto de ser presa de la desesperación—, y un repetido “¡Voy, voy”.

Y surgió entonces, de entre las sombras, Úrsula, decorada magistralmente con mi obra de arte, y con la mirada envaguecida por una somnolencia vencida sólo a medias.

Al contemplar aquella precoz obra pictórica, que no dudaría en calificar de maestra, estuve a punto de malograr la travesura, pues la risa pugnaba por escapárseme, festiva y caudalosa.

Logré, no sin fatiga, poner contingencia a mi regocijo, y le dije, al desgaire:

—Úrsula: hágame favor de traer de El Edén un vaso de jarabe de grosella, como éste.

El Edén era una lujosa dulcería y pastelería, sita en aquella sazón en el sitio mismo donde actualmente está ubicada la taberna Luna, vecina al Jardín de la Unión.

Era domingo de serenata, y el jardín estaba rebosante de concurrencia, entre la cual se contaba buen acopio de jocundos estudiantes.

Y eran las ocho de la noche, hora en que la serenata estaba en su apogeo.

Úrsula se acicaló para transitar por el jardín con la debida compostura. Se proveyó de crujiente bata de seda con la falda almidonada, y se ornó con su lujo máximo: un rebozo bronceado, bien ceñido a su corpachón de moza robusta.

A su regreso puso en realidad su tragedia. Venía toda llorosa, pues magüer que borrachina, era una buena muchacha.

Al ser pasto de las risas y burletas de transeúntes y doncellicas dependientes de la dulcería, pretendió borrar el motivo de la afrenta, pero sólo consiguió extender el tizne; y así, con la cara embijada de prieto, no logró sino hacer más cómicos sus zollipos y pucheros.

En un principio fingí asombro e inocencia.

—Pero... ¿quién te pintó, Úrsula?

—No si haga, señor, si nomás me puso de risión.

En su voz no había rencor, sino dolor.

Me sentí tentado de pedirla perdón, de abrazarla; de arrodillarme ante ella.

Me concreté, sin embargo, a poner un billete de cinco pesos —en aquellas edades una pequeña fortuna— en sus manos, y a decirle:

—Anda, Úrsula: vé a lavarte la cara y sírvenos la cena.

* * *

Mariano González Leal, mancebo discreto y tomado por graves estudios —que es además muy estimado sobrino mío—, me relató una anécdota de que fue actor mi bisabuelo, don Mariano Leal y Araujo —quien allá por 1845 moraba en la casa transformada ahora en Banco de Guanajuato—;²⁸ casa que hoy ha

²⁸ Casa que hace esquina con el Callejón de Zapateros —hoy del Estudiante—, que fuera luego de don Jesús González hasta transformarse, con el correr de los años, en sede del

sido modificada, pues antaño tenía tres pisos y ahora sólo se compone de dos, aunque amplios y bien acondicionados. La noticia que me ministró mi sobrino la recogió a su vez de nuestros consanguíneos comunes, quienes a su vez la oyeron de sus abuelos, modo del cual sigue su curso, hasta su origen, la tradición familiar.

Se sabe que mi buen antepasado fue hombre que destacó en la vida guajuatense, ocupando relevantes puestos en la política y en las ciencias. Era además excelente poeta, dibujante y acuarelista; pero no obstante tan dignas cualidades, no dejaba de tener sus escapes, orientados a graciosas travesuras.

Su vida era pacata y recoleta, afiliada a las costumbres de su época, que correspondió a la primera mitad de la decimonónica centuria. Rosario a las ocho; alguna partida de tresillo con los íntimos de la familia; cena a las nueve, e inmediato reposo.

Aquel día, como solía ocurrir con alguna frecuencia, concurrieron a cenar a la casa de don Mariano sus amigos más allegados: Alamanes, Irízares y Septienes. Ello fue que la sobremesa se prolongó en animada charla hasta horas desusadas. La servidumbre se había quedado dormida profundamente, aguardando el retiro de la concurrencia.

Advirtiéndolo, don Mariano —de igual guisa que yo, sin saberlo, lo haría más de medio siglo después—, dibujó, con un corcho quemado, altivos y retorcidos mostachos de mosquetero en los rostros del mayordomo y de la cocinera.

Con algún fútil pretexto, don Mariano los despertó; y al mirarse ambos entre sí, mutuamente reventaban de risas cada vez más estrepitosas y alegres. Se señalaban con el índice; y tornaban cada uno a la explosión jocunda de sus risas jubilosas. Cada uno de ellos creía que su compañero era el único en estar ornado con tales aditamentos.

Don Mariano los veía jovialmente con su peculiar ironía a través de sus ojos azul acero, mientras sus dedos acariciaban sus blancas patillas de reminiscencia iturbidiana. Remataba su charla sobre las recientes bonanzas de La Luz, o quizá disertaba sobre las demasías del ejército norteamericano arrebatándonos medio territorio; o acaso, si se ofrece, sobre su última reunión, en la Capital, con Su Alteza Serenísima, con quien le unía una cordial y mutua estima generada en los tiempos moceriles en que ambos convivieron con estrecha amistad en la ciudad de Méjico.

De pronto llamó:

—Pedro, supongamos que así se llamaba el mayordomo, vé a la sala. Sobre la consola encontrarás mi pipa. Házme favor de traerla.

Banco que llevó dicho nombre

Cuando Pedro fue a la sala, se miró en el espejo que señoreaba la consola, quedando mudo de sorpresa. Él también estaba maculado con desaforados bigotazos de pirata berberisco.

Aclaradas las cosas, ambas víctimas reanudaron sus risas, y sólo comentaron:

—¡Ah, qué el señor...!

Ignorando tal suceso, yo repetí el acto, con ligeras variantes, muchas décadas después.

Deseo que mi travesura haya servido de escarmiento a la buena de Úrsula, para alejarla para siempre del nefasto mezcal.

Conclusiones

A través de las leyendas e historias guanajuatenses podemos advertir en un plano más profundo que hay una idealización romántica de la época minera de Guanajuato, es ese Guanajuato encantado y lleno de riquezas que un día retornará... como bien señalaba Benjamín Valdivia, que hay un anhelo a una grandeza perdida y la bonanza guanajuatense un día retornará.

¿Qué quedó ahora? ¿Qué muestra Guanajuato a sus visitantes? ¿Dónde está esa ciudad minera? Ahora lo que se muestra es precisamente un reflejo de aquello que un día fuimos y un día lo volveremos a ser, y para mostrarlo a los visitantes, que mejor que su arquitectura, sus entremeses, su festival cervantino pero sobre todo sus leyendas y sus historias que dan cuenta de la riqueza que ha tenido el estado a través de tiempo, y para constatarlo veamos la siguiente historia:

Cuando nuestros mineros ganaban mucho dinero

En los tiempos del Guanajuato bonancible —fines del siglo XVI, todo XVII y parte del XVIII— se hizo proverbial que nuestros mineros ganaban, como gastaban, el dinero a manos llenas.

Conviene aclarar que no todos podían darse ese lujo. Debe entenderse que esto podían hacer nada más algunos gambusinos o buscones afortunados, por haber hallado un rico “calvo” de mineral, o los contratistas que tenían varios hombres a se servicio y, además, eran mimados también de la suerte.

Un hecho cierto, indiscutible casi desde entonces, es que la producción

de plata, cuando el auge de la Valenciana, significó las dos terceras partes de la que circulo en el mundo.

Esto no se sabe de ningún otro centro minero en todo el haz de la Tierra, ni las minas del Potosí.

Era cosa de ver a nuestros mineros en día domingo. Vestían trajes de paño, generalmente de color oscuro, ancho sombrero importado, con toquilla de plata y chapetones del mismo metal, mascada de seda anudada al cuello; la cobija o gabán fino terciado sobre el hombro, de modo que un extremo casi tocaba el suelo y su inevitable víbora (cinturón doble de cuero), alrededor de la cintura, repleta de monedas de oro y plata.

¡Ah! y había que ver a la mujer. Erguida con donaire de gran señora, zapatos de raso y delantal de encaje; ricas gargantillas de coral, aretes con piedras preciosas y el fino rebozo de seda, a rayas o de bolita, que le daba el toque supremo de feminidad.

Ahora que en las noches de serenata o el domingo al salir de misa, para luego ir de compras, entonces se escuchaban los requiebros o piropos, producto de la galantería y del ingenio que los hombres ponían en la frase para chulear a la que más llamaba su atención.

De manera especial aumentaba el lujo en el hombre y en la mujer cuando en las grandes festividades relacionadas con algún acontecimiento minero, se decía misa en el socavón de alguna mina.

Entonces concurrían personas de más calidad: campistas y dueños de hacienda; el juez de minas y hasta el Alcalde Mayor.

Había procesión, llevando en andas al Santo Patrono de la mina, con música y cohetes desde el amanecer y mil vendimias que iba de la ciudad.

En esas fiestas corría el dinero en el vestir y en le gastar, porque había mucho y porque la moneda tenía muy alto valor.

Esa calle del Terremoto es testigo de la época a que nos referimos. Por allí había tiendas de ropa, de abarrotes, boticas, carnicerías, panaderías y cuanto pudiera desearse; tanto allí se vendía, por la razón de que esa era una de las principales entradas a la ciudad y el paso obligado de la gente que venía de los minerales a la población.

Tiempos típicos y bellos del Guanajuato minero y heroico que se fueron para siempre.

Sólo así, escribiendo y leyendo, es posible que las gentes que viven hoy, tengan una pálida idea de tanta grandeza y de tanta holgura en el vestir y en el gastar de nuestros mineros.²⁹

²⁹ Erasmo Mejía Ávila, *op. cit.*, *Lugares Históricos de Guanajuato*.

Posiblemente esa fue una de las razones por las que Carlos de Gante, Juan José Prado, Guadalupe Appendini, Salvador Ponce de León, Manuel Leal, Ezequiel Almanza y Andrés García entre otros, decidieron escribir las leyendas... porque “escribiendo las leyendas” dejaban palpable la grandeza guanajuatense a futuras generaciones.

Algo muy interesante es, que algunos autores no nacieron en Guanajuato, pero sus visitas los cautivó y “atrapó” ¿será parte de la fantasía? ¿de algún conjuro manifiesto en las leyendas?, ¿o tal vez pudieron ser testigos de algún acontecimiento referido en las leyendas?... O se hicieron cómplices de la ciudad encantada quedando encantados al mismo tiempo. Esa atracción la muestra Manuel Leal haciendo una comparación con la mujer:

[...] oiga usted, hay poblaciones mucho más hermosas que ésta, bajo el punto de vista urbanístico, pero sucede lo que en las mujeres, las hay perfectas, ajustadas a todos los cánones de la belleza y sin embargo, que no emocionan, que nada dicen al espíritu, en cambio hay otras bajitas, de ojos pequeños y vivarachos, nariz respingonsilla decidoras, graciosas, pimpantes y que gustan mucho más que las otras. Eso pasa aquí, este es un pueblo con duende, con gracia que emociona y dice tanto y tanto deja en misterio, que inevitablemente atrae.

Carlos de Gante también muestra la seducción que tiene Guanajuato cuando se recorre la ciudad:

[...] si al mundo hemos venido para admirar lo bello, allí están El Cantador y el jardín de la Presa de la Olla; si para contemplar lo grandioso, allí están el Teatro Juárez, la cúpula el templo de la Compañía y el histórico Granaditas; si para pensar en la otra vida, allí están las Momias del Panteón con sus gestos pavorosos y con sus impresionantes actitudes; si hemos venido para amar y para soñar, aquí están nuestros corazones que atesoran ternuras infinitas, aquí están nuestras almas que acarician imposibles.³⁰

Los autores mencionados de alguna manera forman parte de esa idealización romántica de la época minera, de ese Guanajuato encantado donde abunda el oro y la plata... donde la vida no vale nada como decía José Alfredo Jiménez... de esa “Tierra de mis amores” que compuso Chucho Elizarrarás.

³⁰ Carlos de Gante, *op. cit.*, *Cuentos Históricos Guanajuatenses*, pp. 163-169.

Guadalupe Appendini señala que en la ciudad de Guanajuato se desarrolló la leyenda porque su pueblo tuvo las cualidades y defectos para que adoptaran y proliferaran estos mitos que se fueron sucediendo de padres a hijos y que “muchas veces, las historias en que estas se inspiran no son conocidas por una nación, sino que se refieren a una localidad determinada: un milagro, una hazaña pública que se ha olvidado, un personaje típico del lugar, una pareja, en fin hasta con una palabra se puede bordar una interesante Leyenda”³¹. En ese mismo texto esta autora incluye tres estrofas que dan cuenta de la idealización señalada:

Allí estás, Guanajuato, cuya historia.
Tiene la esplendidez de tus riquezas,
Y revela un pasado de grandeza,
De luchas, de heroísmo y de gloria,

Cuando ni el polvo de mis huesos quede
Que recoja una mano generosa,
Y del olvido en la ignorada fosa
De tu cantor hasta la sombra ruede,

Yo sé lleno de santos regocijos
Que vivirán tu gloria y tu renombre,
Y mientras pueda, grabaré tu nombre
Sobre la tierna frente de mis hijos...³²

Revela un pasado de grandeza... y qué mejor las leyendas para dar cuenta de ello, para mantener viva la tradición y enseñar valores humanos a nuestros hijos, para mostrar quiénes somos, de dónde venimos y hacia a dónde vamos.

Al lector le tocará comprobar la veracidad o ficción de los sucedidos expuestos en la leyendas, tendrá que recorrer calles, callejones, jardines, plazuelas y edificios... “callejonear” de noche para dejarse atrapar por la fantasía guanajuatense, quizá se encuentre con la carroza de don Melchor Campuzano; si va a algún río podrá escuchar a la Llorona; en la Calle del Truco verá al apostador; sería recomendable ir al Jardín del Cantador para escuchar la voz de José Carpio; o a Mexiamora para conocer al ahorcado;

³¹ Guadalupe Appendini, *op. cit.*, *Leyendas de provincia*, p. 135.

³² *Ibidem*.

en el Callejón de los Carcamanes es posible que vea a uno de los personajes lamentándose por matar a su hermano; pero sobre todo lo mejor sería ir a la cueva ubicada en los cerros de La Bufa y El Pastor para que pueda rescatar a la bella dama y así desencantar a Guanajuato, pero no tendrá que voltear para nada pues de ser así seguiremos encantados en esta ciudad.

Finalmente, considero este texto como una aportación al rescate de las historias y leyendas guanajuatenses, prueba de ello son las diversas versiones que se lograron obtener de algunas leyendas con la intención de brindar un libro más consumado y sugerente de los ya existentes en Guanajuato. Sólo usted, amigo lector, podrá juzgar si se logró este propósito.

Bibliografía

- AGUILAR ZAMORA, Rosalía, y SÁNCHEZ TAGLE, Rosa Ma., *De vetas, valles y veredas*, México, Ediciones La Rana, 2002, Col. Nuestra Cultura.
- ALMANZA CARRANZA, Ezequiel, *Relatos y sucesidos de Guanajuato*, León, Gto., México, 5ª edición, 1972.
- ÁLVAREZ DEL REAL, María Eloísa, Dirección General, *Diccionario de términos literarios y artísticos*, Panamá, Editorial América, 1990.
- ÁLVAREZ, José Rogelio, Selección, introducción y notas onomásticas, *Leyendas mexicanas*, Volumen II, España, Editorial Everest.
- APPENDINI, Guadalupe, *Leyendas de provincia*, México, Editorial Porrúa, Primera edición 1996, Tercera edición 2003.
- BARAJAS, Carlos, *Leyendas y paisajes guanajuatenses*, México, Librería de la Vda. de Ch. Bouret, 1916.
- Biografías*, Órgano de divulgación del Archivo Histórico de Guanajuato, Números 37-41, Director Jesús Rodríguez Frausto.
- BONTE, Pierre, IZARD Michel (directores), *Dictionnaire de l'ethnologie et de l'anthropologie*, Paris, Press Universitaires de France, 1991.
- CASTILLO, Alma Yolanda, *Encantamientos y apariciones. Análisis semiótico de relatos orales recogidos por Tecali de Herrera*, Puebla, México, INAH, 1994, Regiones de México.
- CORTAZAR, Augusto Raúl, *Esquema del folklore. Conceptos y métodos*, Argentina, Columba, 1959.
- DÍAZ CASTILLO, Roberto, *Folklore y artes populares*, Guatemala, Centro de Estudios Folklóricos-Universidad de San Carlos de Guatemala, 1968, (Colección Problemas y Documentos, volumen 1).
- ESTÉBANEZ CALDERÓN, Demetrio, *Diccionario de términos literarios*, Madrid, Alianza Editorial, 1996.
- ÉTIENNVRE, Jean-Pierre, editor, *La leyenda. Antropología, historia, literatura: Actas del coloquio celebrado en la Casa de Velásquez - La Légende. Anthropologie, histoire, littérature: Actes du colloque tenu á la Casa Velásquez, 10/11-XI-1986*, (Colloque franco-espagnol), Madrid, Universidad Complutense-Casa de Velásquez, 1989, Casa de Velásquez / Universidad Complutense de Madrid, #6.
- GANTE, Carlos de, *Cuentos Históricos Guanajuatenses*, Puebla, México, Tip. Gante-Diazsanciprian num. 16, 1908.
- GARCÍA, Andrés, *Guanajuato histórico y legendario*, México, 1971.

- , *Guanajuato maravilloso y legendario*, México, D.F., 2ª edición, 1969.
- GENNEP, Arnold van, *La formación de las leyendas*, Facsímil de la edición de 1914, presentación de Ramona Violant, Madrid, Alta Fulla, 1982.
- GÓMEZ DE SILVA, Guido, *Diccionario Internacional de Literatura y Gramática*, México, Fondo de Cultura Económica, 1ª reimpresión en español 2001.
- JACINTO ZAVALA, Agustín, OCHOA SERRANO, Álvaro, (coordinadores), *Tradicción e identidad en la cultura mexicana*, México, El Colegio de Michoacán-CONACYT, 1995.
- JÁUREGUI DE CERVANTES, Aurora, *Relato histórico de Guanajuato*, México, Ediciones La Rana, 1ª reimpresión 1998, Col. Nuestra Cultura.
- LANUZA, Agustín, *Romances, tradiciones y leyendas guanajuatenses*, México, 3ª edición, 1950.
- LEAL, Manuel, *Croniquillas de Guanajuato*, Notas de Mariano González Leal, Guanajuato, México, Gobierno del Estado de Guanajuato, 1ª edición 2009, Serie Inclusión.
- , *Relatos de vivos y muertos y motivos guanajuatenses*, México, Ediciones Valadés, 1972.
- Leyendas, cuentos, fábulas, apólogos y parábolas*. Antología, México, Editorial Emilio Rojas, 1993.
- MARMOLEJO, Lucio Pbro, *Efemérides Guanajuatenses*, Reedición Conmemorativa del VIII Concurso Fraternal, con motivo del CCXXXV Aniversario del Antiguo Hospicio de la Santísima Trinidad, hoy Universidad de Guanajuato, México, Universidad de Guanajuato, 1967.
- MARTÍNEZ JIMÉNEZ, José Luis, *Leyendas de fantasmas y casas embrujadas, apariciones y casos paranormales*, México, 5ª edición, 1992.
- MEDRANO DE LUNA, Gabriel, *Danza de Indios de Mesillas*, México, El Colegio de Michoacán, 2001.
- MEJÍA ÁVILA, Erasmo, *Lugares Históricos de Guanajuato, 1908-1996* (obra inédita).
- MENDIETA Y NÚÑEZ, Lucio, *Valor Sociológico del Folklore y Otros Ensayos*, México, Biblioteca de Ensayos Sociológicos-Instituto de Investigaciones Sociales-Universidad Nacional, Cuadernos de Sociología.
- ORTIZ, Renato, *Cultura popular: Románticos e Folkloristas*, São Paulo, Pontificia Universidad Católica de São Paulo, 1985.
- PÉREZ MARTÍNEZ, Herón, GONZÁLEZ, Raúl Eduardo, Editores, *El folclor literario en México*, México, El Colegio de Michoacán-Universidad Autónoma de Aguascalientes, 2003.
- , *Refrán viejo nunca miente*, Zamora, Mich., 1993.

- PONCE DE LEÓN, Salvador, *Guanajuato en el Arte en la Historia y en la Leyenda*, Ed. La impresora Azteca, México D.F., Febrero 1973.
- PRADO, Juan José, *Leyendas y tradiciones guanajuatenses*, México, Editorial Prado Hnos., 1964.
- SÁNCHEZ VALLE, Manuel, *Guía Histórica y Turística de Guanajuato*, México, Presidencia Municipal de Guanajuato-Dirección Municipal de Cultura, 1ª edición, 2001.
- SCHEFFLER, Lilian, *Cuentos y leyendas de México. Tradición oral de grupos indígenas y mestizos*, México, Panorama, 1982.
- , *La cultura popular de Guanajuato*, México, Ediciones La Rana, 1ª reimpresión 1997.
- Semblanza de Manuel Leal*, Guanajuato, Gto., 1982, Secretaría de Educación y Servicios Sociales-Museo Diego Rivera INBA.
- Teorías de folklore en América Latina*, Venezuela, Instituto Interamericano de Etnomusicología y Folklore del CONAC, 1975, (Biblioteca INIDEF # 1).
- VARGAS, Fulgencio, *Al Licenciado Agustín Lanuza. Sr. Poeta, historiador y Maestro*, Guanajuato, Gto., Imprenta del estado, 1944.

HEMEROGRAFÍA

- Biografías*, Órgano de divulgación del Archivo Histórico de Guanajuato, Números 37-41. Director Jesús Rodríguez Frausto.
- Relaciones*. Estudios de Historia y Sociedad, Numero 59, Vol. XV, verano de 1994, Zamora, Mich., El Colegio de Michoacán, 1995.

ENTREVISTAS

- Anónimo, entrevista hecha por Elin Dalsei, el día 10 de octubre de 2007 en Guanajuato, Gto.
- Arias Espinosa, Joaquín, entrevista hecha por Gabriel Medrano de Luna, el día 3 de abril de 2008, en Guanajuato, Gto.
- Cabrera, Miriam, entrevista hecha por Marina Hernández Rangel, el día 14 de noviembre de 2007, en Guanajuato, Gto.
- Cadena Barquín, Marisela, entrevista hecha por Ana Obdulia Cuevas Manjares, el día 28 de noviembre de 2007, en Guanajuato, Gto.
- Díaz Rodríguez, Jesús Ángel, entrevista hecha por Gabriel Medrano de Luna y el grupo de estudiantes el día 7 de mayo de 2008, en Guanajuato, Gto.
- Gómez Ramos, Francisco, Entrevista hecha por Mariel Vera Serna, el día 14

- de septiembre de 2007, en Guanajuato, Gto.
- Guerra, Raymundo, entrevista hecha por Ana Obdulia Cuevas Manjares, el día 17 de noviembre de 2007, en Guanajuato, Gto.
- Guzmán Luna, Enedina, entrevista hecha por Ana Obdulia Cuevas Manjarez, el día 24 de noviembre de 2007, en Guanajuato, Gto.
- Hernández Ramírez, José Manuel, entrevista hecha por Cecilia del Mar Zanudio, el día 25 de julio de 2008, en Guanajuato, Gto.
- Liliana, entrevista hecha por las hermanas Dulce María y Olivia Rangel Ríos, el día 7 de julio de 2008, en Guanajuato, Gto.
- María Guadalupe, entrevista hecha por las hermanas Dulce María y Olivia Rangel Ríos, el día 16 de julio de 2008, en Guanajuato, Gto.
- Marín Rodríguez, Luis, el 2 de mayo 2008 por Gabriel Medrano de Luna en la Casa Museo Gene Byron, Guanajuato, Gto.
- Orozco, María Esther, entrevista hecha por Mariel Vera Serna, el día 14 de septiembre de 2007, en Guanajuato, Gto.
- Peña, Luis, entrevista hecha por las hermanas Dulce María y Olivia Rangel Ríos, el día 25 de julio de 2008, en Guanajuato, Gto.
- Poniatowska, Elena, entrevista hecha por Gabriel Medrano de Luna, el 9 mayo de 2008, en Guanajuato, Gto.
- Prado, Juan José, entrevista hecha por Gabriel Medrano de Luna y Francisco Javier Velásquez Estrada, el día 25 de julio 2008, en Guanajuato, Gto.
- Ramírez Rosales, Guillermo, entrevista hecha por Mariel Vera Serna, el día 14 de septiembre de 2007, en Guanajuato, Gto.
- Rocha Rueda, Jesús, entrevista hecha por Marina Hernández Rangel, en noviembre de 2007, en Guanajuato, Gto.
- Valdivia, Benjamín, entrevista hecha el 14 de mayo del 2008, como parte del “Seminario de Culturas Populares” de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Guanajuato, a cargo de Gabriel Medrano de Luna.

Directorio de ilustradores

ALEJANDRO MONTES SANTAMARÍA

México, 1978

Nace en la Ciudad de México y actualmente reside en Guanajuato capital. Estudió la Licenciatura en Diseño Gráfico en la Universidad de Guanajuato. Posteriormente, tomó diferentes cursos en la Escuela de Artes Plásticas de la misma institución, destacándose su interés por las disciplinas del grabado y el dibujo.

[aurora.horror@gmail.com.com](mailto:aurora.horror@gmail.com)

www.tesmon.deviantart.com

ANGÉLICA ROCÍO HERNÁNDEZ ARCAJ

Es licenciada en Artes Visuales y amante de la ilustración, animación, cine y cómic. Ha trabajado como asesora en talleres y cursos de artes plásticas, además de impartir clases de inglés a jóvenes renuentes. Su producción gráfica cuenta generalmente con representaciones de roedores. Tristemente, estos decidieron no hacer aparición en las ilustraciones de esta publicación.

ERIKA AYALA

En 2006 fue auxiliar de diseño en “Imprenta Digital Andrade” de Guanajuato Gto. y posteriormente apoyó en diseño en la agencia “INDX, Diseño y Comunicación” de Irapuato Gto. A partir del 2008 labora en el Departamento de Arte y Diseño, EsComic! en León Gto. Se dedica a la ilustración en general (diseño de personajes, ilustración de material POP, color de cómic) y al desarrollo de páginas Web; maneja diversos software como Adobe (Photoshop, Illustrator, InDesign, Dreamweaver, Flash), además de Corel Draw, Corel Painter.

Web: bakeneko333.deviantart.com

Email: bakeneko333@gmail.com

ERIKA HERNÁNDEZ (TITATINTERO)

México. D.F. 1982

Hace estudios de Licenciatura de Diseño Gráfico y colaboró para diferentes estudios de diseño. Actualmente trabaja en su taller-estudio especializándose en ilustración y su aplicación a la cerámica de baja temperatura.

www.titatintero.com.mx

titatintero.blogspot.com

titatintero@gmail.com

KARINA MOSQUEDA

Irapuato, Gto., 1982

Diseñadora gráfica de la Escuela de Diseño de la Universidad de Guanajuato, con reconocimiento Laureado, participó en algunos eventos culturales dentro de la Ciudad de Guanajuato y durante un semestre realizó un intercambio académico en la Universidad Mayor de Santiago de Chile.

Para el 2009-10 realizó un master en Diseño y Dirección de Arte, en la Escola superior de Disseny, Barcelona España, donde realizó prácticas profesionales en diseño y publicidad dentro de la Agencia de Publicidad Targis-cdm; durante el ciclo 2010-11 fue beneficiaria de una Beca para Estudios en el Extranjero por parte del FONCA-CONACULTA para estudiar un Curso profesional en Motion Graphics en la escuela IDEP, Barcelona España. Actualmente realiza proyectos personales y trabaja como independiente.

TREVORE VALENSUELA

Ilustrador y músico de la Ciudad de México. En 1998 entró a la ENAP – Escuela Nacional de Artes Plásticas donde estudió diseño y comunicación visual Posteriormente ingresó a la orientación de ilustración. Su trabajo se ha visto mayormente reflejado en el arte de los discos y merchandise de la banda de rock instrumental Austin tv. Independientemente hace pintura sobre parches de batería como una especie de dogma artístico y también se dedica al tatuaje.

Facebook: www.facebook.com/trevoreoriginal

Twitter: @trevoreru

ESTUDIO MQ

Estudio mexicano dedicado a la ilustración y la animación fundado en el 2010, integrado por los ilustradores Dahia, Augusto Mora y Uriel Pérez. Ha desarrollado proyectos para Coca Cola, CNDH, MVS, Mc Millan, Televisa, Canana Films, Richmond, Santillana, Pearson, entre otros. Además de elaborar publicaciones de cómics como son “El Maizo”, “Muerte Querida”, “Pedacito de alma” y demás material impreso y artículos. También ha realizado presentaciones en ferias del libro, convenciones y conferencias en universidades.

contacto@estudiomq.com

www.estudiomq.com

www.facebook.com/estudiomq

(0155) 6277 5300



Como me lo contaron se los cuento. Leyendas de Guanajuato
de Gabriel Medrano de Luna se terminó de imprimir en
enero de 2016, en los talleres de la imprenta Dávalos,
ubicados en Paseo del Moral, núm. 217, col.
Jardines del Moral, León, Guanajuato. El cuidado
de la edición estuvo a cargo de Miguel Aguilar Carrillo
y el autor.

Tiraje: 1000 ejemplares